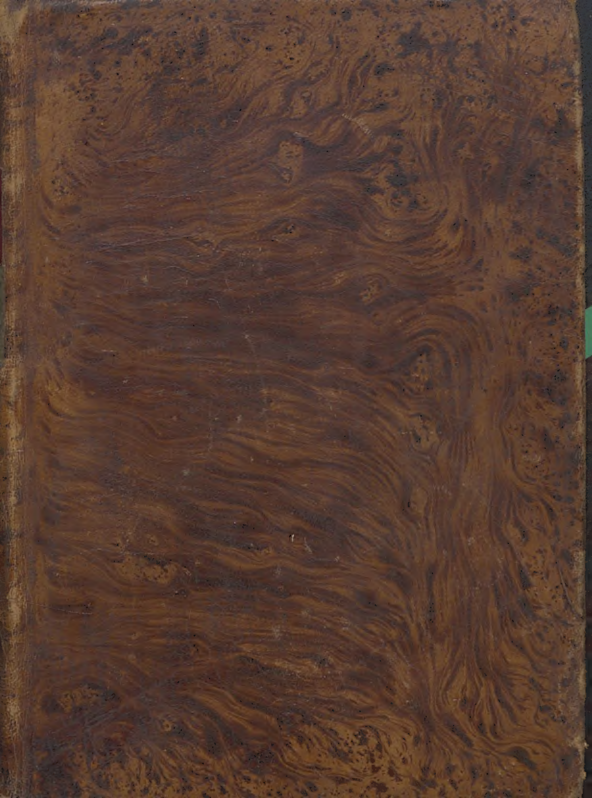






AÑO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

ABRIL.





MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.

DOMINICA TERCERA

DESPUES DE LA PASCUA DE RESURRECCION.

El Patrocinio de san José.

En los primeros siglos de la Iglesia, sin embargo de que por institucion de los sagrados apóstoles y de los prelados que les sucedieron, se celebraba la memoria de la vírgen María, y la de los mártires que derramaron su sangre por la confesion de Jesucristo, no encontramos que se tributase veneracion alguna en las liturgias al glorioso san José. Sin duda las mismas causas que movieron á nuestro Dios para llevarse de este mundo al santo Patriarca antes de que el Hijo de Dios manifestase al mundo su doctrina, y obrase nuestra salud en medio de la tierra, le movieron tambien para que su Padre putativo estuviese sin el culto de los fieles por muchos centenares de años. La causa de la divinidad de Jesucristo, que impugnaron tantos hereges, y la de la virginidad perpetua de su sacratísima Madre, pedian que no se expusiese por entonces á los ojos de los fieles, todavía rudos y tiernos en la fe, la festividad de un justo con el nombre de Esposo de la Vírgen y del Padre de Jesus. Fortalecidos los cristianos en la doctrina del evangelio, y bien instruidos en sus dogmas, les proveyó la Iglesia de todas las ayudas que podia subministrarles la religion en sus trabajos, y les señaló las fuentes de donde podian beber dulcísimos consuelos en sus tribulaciones. Enseñóles que los bienaventurados son en el cielo unos poderosos intercesores para con el Padre de misericordias, por cuyos méritos é influxo les concede liberalísimamente el tesoro de sus gracias.

Aunque el nombre de san José se halla en algunas liturgias griegas y latinas de tiempos muy remotos, es constante que su festividad no fue ordenada en la Iglesia latina hasta que el papa Gregorio XV. lo mandó, arre-

glándose sin duda al espíritu de la misma Iglesia, que celebraba ya á este gran Santo de tiempo inmemorial, como se deduce de los breviarios Muzárabe, el de Milán y otros muchos. Y es digno de notarse, que el fervor y cuidado de su culto se ha debido siempre con especialidad al sagrado órden mendicante de Carmelitas, quienes tanto en el Oriente, cuando florecia allí la cristiandad, como en Occidente, cuando en el siglo XI. decayó notablemente, conservaron siempre una particular devocion á san José, celebrando su festividad con sumo esmero. La experiencia hizo conocer á los fieles cuán provechosa les era la intercesion del Esposo de María; y así para desahogar sus corazones clamaron á fin de que tuviese una festividad propia y peculiar su Patrocinio. Los intérpretes de sus votos fueron los carmelitas descalzos de la congregacion de España, que siguiendo fielmente el espíritu de su santa madre santa Teresa de Jesus, dirigieron á la silla de san Pedro sus humildes ruegos, para que concediese celebrar la fiesta del Patrocinio de san José. En efecto, el dia 6 de abril del año de 1682 concedió benignamente el papa Inocencio XI. que en la Dominica tercera despues de la Pascua de Resurreccion pudiesen celebrar esta festividad, dando á todos los cristianos el consuelo espiritual de enviar al cielo sus votos, alegrándose del poderoso patrocinio que disfrutan en el santísimo y virginal Esposo de la Madre de Dios y Madre de los pecadores.

Que los santos que reynan con Cristo ofrecen á Dios sus oraciones por los hombres: que es bueno y útil invocarlos humildemente, y acogerse á sus ruegos, á su favor y auxilio para alcanzar beneficios de Dios por los méritos de su hijo Jesucristo nuestro Señor, que es nuestro solo Redentor y Salvador: es un dogma de fe conocido siempre en la Iglesia, establecido en los concilios, y singularmente en el de Trento, cuyas son estas palabras (*Sess.* 25.): Ignoramos el grado de gloria, y valimiento para con Dios que tiene cada uno de los bienaventurados; pero conjeturando prudentemente de sus virtudes y dignidad que nos son notorias, es preciso afirmar, que el patrocinio de san José es de los mas poderosos que tenemos en el cielo. De dos principios podemos deducir esta ver-

dad, que son el poder y la voluntad de favorecernos, y ambos están afianzados en la gran santidad de nuestro santo Patriarca, y en la dignidad de Padre putativo del Hijo de Dios, á que le destinó la eterna Sabiduría, y de Esposo de la Reyna de los ángeles. ¿Porque, qué dignidad no contiene en sí ser esposo de María? Si el Discípulo amado del Señor es elogiado sin término solo por haber tenido la dicha de recibirla á su cuidado, ¿cuál será la dignidad de aquél que fue verdadero marido suyo; que tuvo en élla legítimo dominio y potestad; que fue su señor y cabeza; que la cuidó, la alimentó, y tuvo en su compañía hasta su dichosa muerte? Si el Bautista fue santificado en el vientre de santa Isabel luego que María la saludó, ¿cuánta gracia, cuántos dones, cuánta santificacion causaria en nuestro Santo la conversacion contínua de su Esposa? Si es imponderable la venturosa dignidad del santo Discípulo porque la llamó madre, ¿cuánto será la de san José, á quien la Vírgen llamaria señor y Esposo? ¡O sumamente admirable sublimidad de José! ¡ó dignidad incomparable, que la misma Madre de Dios, Reyna del cielo y Señora del mundo no se desdeñase de llamarte señor! Así exclama el devotísimo Juan Gerson. Esta dignidad se percibe todavía con nuevos brillos de grandeza y de poder, atendiendo á que Dios mismo con una particular providencia le destinó para esposo de María, como sienten uniformemente todos los padres. El mismo Dios dixo, que la muger habia de ser una ayuda del varon hecha á su semejanza: de lo cual se forma esta reflexíon, que es muy óbvia. Si María es semejante á José, y es al mismo tiempo la pura criatura, ¿qué mas gracia, qué mas dignidad y poder tuvo ni tendrá hasta la consumacion de los siglos? ¿cuánta será la dignidad, cuánta la gracia y cuánto el poder de este Santo para decir con verdad que es semejante á su Esposa? Y si la semejanza es causa de amor, ¿cuánto sería amado de la Señora quien tanto se la parecia en las virtudes y en la gracia?

Sabía María, dice san Bernardino de Sena, cuánta era la unidad matrimonial en el amor espiritual: sabía que san José le habia sido dado por el Espíritu santo por esposo suyo, por fiel custodio de su virginidad, y para ser

participante en el amor de caridad y obsequiosa solicitud de la prole divina que habia de nacer de su seno: y por tanto, le amaba sencillísimamente con todo el ahinco de su virginal corazon. Mas: siendo del varon ó del marido lo que es de la muger, creo que la bienaventurada Vírgen comunicaba á su Esposo todo el rico tesoro de su corazon, extendiéndose su liberalidad adonde llegaba la capacidad de nuestro Santo. Hasta aquí son palabras de san Bernardino: de donde puede inferirse la dignidad, la grandeza y esclarecidos merecimientos del bienaventurado Esposo. Porque si la muger prudente es un don de Dios, como se dice en los Proverbios (*Cap.* 19.): Si es bienaventurado el varon fiel que logra una muger honesta y virtuosa, y es ésta el premio que le concede el Señor en remuneracion de sus buenas obras, como dice el Eclesiástico (*Cap.* 26.); ¿cuánta será la ventura, el mérito y la dignidad de quien mereció la mas prudente, la mas santa de todas las mugeres, de quien mereció á la misma Madre de Dios? ¿cuánto será su poder, su virtud y su valimiento? Mídalo aquel Dios de bondad, que supo y quiso darle tanta gracia; que á nosotros los mortales solo nos es permitido admirarlo sin llegar á comprenderlo: y el mejor modo de conocer la dignidad de san José, es el sencillo con que dixo san Gregorio Nazianceno las virtudes del marido de su hermana Gorgonia: ¿Quereis saber, dice este Santo, quién fue este grande varon? Yo os lo diré en pocas palabras: Fue un digno marido de Gorgonia. De la misma manera podemos decir, y con infinita mas razon: ¿Quereis saber quién es José? Es un digno esposo de María; y con esto parece que está dicho cuanto se puede desear para formar concepto de la alteza de su dignidad y de la grandeza de su patrocinio.

Esta consideracion cobra nueva fuerza atendiendo al título de *Padre de Cristo.* Prescindamos de la gloria y dignidad que le podria resultar, de que este título de *Padre* le convenga propiamente sin el adito de *putativo* ó *exístimado.* El sábio varon Cornelio Alápide prueba con mucha erudicion y solidez que á san José le conviene propiamente el título de *Padre de Cristo*, y cita en prueba de su modo de pensar á muchos teólogos de reputacion;

y al gran padre san Agustin. Las razones que para ello propone, ya de la familia y genealogía de Cristo: ya del derecho legítimo con que el Santo poseía el cuerpo santísimo de la Vírgen, y de consiguiente aquella purísima sangre de que fue formado el que tomó y unió á sí el divino Verbo: ya del derecho de posesion comun al esposo y á la esposa acerca de los bienes legítimamente adquiridos durante el matrimonio; ya porque Jesus tenia el derecho filial respecto de san José, por el cual le pertenecia el reyno de Judá, y de consiguiente san José tambien habia de tener el derecho paterno y otras semejantes, son razones bastante bien fundadas, y que ningun teólogo cuerdo podrá tachar de frívolas. Pero sin recurrir á ellas, y quedando el título de san José en el de *Padre putativo de Cristo*, es suficiente para argüir de él una dignidad y un poder casi inmenso que hacen admirable su patrocinio.

De luego á luego basta para llamarle de algun modo padre del Salvador del mundo; y si este título en María arguye una dignidad sobre todos los ángeles y serafines, ¿cuál será la que se suponga en el santo Patriarca? Por este título *estaba sujeto Cristo á san José*, como dice san Lucas (*Cap.* 2.): y así como en el Señor arguye esta sujecion una humildad infinita, dice Gerson, así en el santo José denota una dignidad incomparable. Con razon exclama el gran padre san Agustin (*Serm.* 24. *de Nativ. Dom.*): *Gózate, José santo, gózate y complácete en la virginidad de María, pues mereciste tú solo poseer, juntamente con los honores y privilegios del matrimonio, la gloria de un virginal afecto; pues por amor á esta angelical virtud, de tal modo te separaste de los derechos que tenias sobre tu santísima Esposa, que en premio eres llamado Padre del Salvador.* ¿Cuántos favores podemos pensar que haria Jesus á su Padre putativo? ¿qué don, qué privilegio le reservaria? Si al Discípulo amado le llenó de gracias con solo reclinarle una vez sobre su amoroso pecho, y llamarle hijo de su Madre santísima: José, que contínuamente le hablaba, le tenia en sus brazos, le estrechaba á su pecho, y gustaba sus dulcísimos ósculos, ¡qué privilegios, qué dones no recibiria! Por eso dice Juan Gerson en la oracion de la Natividad de

la Vírgen, que predicó en el concilo constanciense, que se puede creer piadosamente, que este Santo fue santificado en el vientre de su madre: y afirma que se contiene así en el oficio jerosolimitano de este Santo; y que no solo este beneficio, sino el de haber subido en cuerpo y alma gloriosos al cielo juntamente con Jesucristo. Y á la verdad, prosigue este piadoso Varon, si el mismo Cristo afirmó, que en donde él estuviese allí habia de estar su servidor y ministro, sin duda que san José está en cuerpo y alma en el cielo, y tanto mas inmediato al trono de la Magestad, cuanto fue mas cercano y esmerado en el ministerio con que le sirvió en la tierra despues de María.

De todo lo dicho se infiere cuánto es el poder de san José para favorecernos, y se puede formar el siguiente raciocinio: Si justamente tiene el padre dominio en los bienes del hijo, luego se puede decir de este santo Patriarca, que tiene en cierto modo á su arbitrio, y en sus manos toda la potestad de Jesus para favorecer á sus devotos: luego tiene un poder, y cuya extension no puede poner límites la necesidad mas extrema; un poder tan vigoroso que no se le puede representar necesidad ó calamidad que no sea inferior á su beneficencia; un poder en fin, que junto con una voluntad finísima, con que siempre está pronto á oir nuestras miserias, forma un patrocinio completo y perfectísimo: un patrocinio con tanta confianza, seguridad y poderío como que sus súplicas á Jesus y María se pueden reputar por preceptos de un marido á su muger, y de un padre á su hijo. Así lo dice su enamorado devoto Juan Gerson en la admirable obra que compuso á san José, intitulada *la Josefina*, obra dulcísima, poema precioso en verso latino, que dedicó á su Héroe, y de que no tenemos que tener envidia los españoles, teniendo en nuestra lengua otro poema de no inferior mérito, y dirigido igualmente á celebrar las glorias de san José, compuesto por el sábio maestro Valdivieso, que con tanta aceptacion anda, no solo en las manos de los eruditos, sino tambien en las de los verdaderos devotos.

No basta que un sugeto pueda favorecernos y librarnos enteramente de calamidad y de miseria, si su

voluntad no se inclina á tan piadosa execucion: así como no basta tampoco querer proteger á úno, y darle auxílio en sus fatigas, si falta poder y fuerzas para poner por obra lo que se quiere. Por tanto, habiendo ya declarado algun tanto cuán grande es el poder y valimiento del patriarca san José, resta decir algo de la prontitud y fineza de su voluntad, para que así se pueda formar concepto de la grandeza de su patrocinio, y con cuánta razon le propone con festividad especial la santa madre Iglesia á los fieles sus hijos para su consolacion y provecho. Muchas razones se pudieran traer para hacer ver que nuestro Santo tiene una voluntad sencilla y verdadera de favorecer á sus devotos; pero sin mas que considerar la piedad del santo Patriarca y nuestras propias miserias, hallarémos suficiente fundamento para deducir lo que deseamos. No tiene duda, que cuanto mayores son las aflicciones de un desdichado, otro tanto mas mueven los corazones humanos á la compasion. Nunca experimentó el pueblo de Dios mas pronta la proteccion divina, que cuando el cautiverio de Egipto llegó á lo sumo de la opresion: cuando se vió perseguido de un rey pérfido y soberbio: cuando en el desierto llegó á secarse de sed: cuando en Babilonia gemia entre la dureza de las cadenas y grillos: cuando Betulia estaba cercada de la sed, de la hambre y de la fiereza de los asirios, y cuando por todas partes le oprimian las desgracias: entonces las mismas miserias arrancaban del corazon del Todopoderoso la misericordia, aunque por otra parte tuviesen sus ingratitudes irritada su justicia.

Aunque el hombre quiera cerrar los ojos de la razon para no conocer cuánto distamos en este valle de lágrimas de la verdadera felicidad y ventura, se la harán percibir y confesar sus mismas pasiones, y la inquietud perpétua con que vive. ¡Cuántas miserias nos afligen! ¡cuántos peligros nos cercan! ¡cuántas penas nos ahogan! ¿Adónde volvemos los ojos que no nos sorprenda el temor? ¿qué paso fixamos que no nos haga estremecer el precipicio? Nuestros tratos, nuestras ocupaciones, nuestros exercicios, las mismas personas con quienes comunicamos, ¿son otra cosa que una contínua cadena de tropiezos, y una série de desconfianzas, de

sustos y de peligros? Vemos á Saul que corre riesgo de perecer estando durmiendo; y lo mismo le sucede á David, cuando por el contrario, estaba sujeto á un contínuo cuidado y vigilancia: la comida es un peligro para el aborrecido Esaú; y no comiendo, encuentra Jonatás el mismo peligro: Noé pierde el juicio y la razon bebiendo; y el no beber lleva á Ismael á la muerte: en la mar es sepultado Jonás en el vientre de una ballena; y corriendo por la tierra, queda Absalon colgado de una encina pasado el corazon á lanzadas. En todas partes, en todo tiempo, en todas circunstancias es nuestra suerte infeliz; necesitamos de patrocinio y ayuda, y es tal nuestra infelicidad, que aun cuando el hombre se apartase del ruido y comercio de los demas hombres, y habitase en un yermo, donde ni fieras ni serpientes hubiese que le persiguieran, allí mismo tendria que guardarse de sus pasiones, se veria acosado de toda suerte de desventura, y tendria consigo todas las lástimas solo con tenerse á sí mismo. Siendo, pues, tanta nuestra desventura; si cuando clamamos, clamamos con una voz flaca, formada entre las angustias de nuestro corazon; ¿cómo es posible que dexe de moverse á piedad el que es digno esposo de la Madre de misericordia? ¿cómo será posible que no se conmuevan sus entrañas piadosas, teniendo una alma formada de la misma piedad y ternura? ¿cómo es posible que no sea pronto y seguro el patrocinio de quien nos ama como á hijos, y no desea otra cosa que libertarnos de la opresion y de la miseria?

Ni esto quiere decir que sea precisamente necesario ser desdichados para hallar pronto el patrocinio de san José; porque su generoso espíritu se rige por mas favorables motivos. El asemejarse á su sacratísima Esposa, el seguir las huellas y el exemplo de aquél que no se desdeñó ser reputado por hijo suyo, y colocó en el nombre de Jesus ó Salvador todo el timbre de su gloria: el concurrir por su parte, como tan interesado en ello, á que logre toda su eficacia la sangre que vertió Jesucristo por nosotros, y que no nos sea su pasion estéril por nuestra flaqueza: su alma misma ricamente abastecida de todas las virtudes y dones del Espíritu

santo, son el motivo mas poderoso de la fuerza de su voluntad. Verá á su dulcísima esposa María tan pródiga de piedades y misericordias, que á semejanza de la granada, como se dice en los Cantares, abre su seno para derramar el fruto de su proteccion, aun en los mas perezosos en solicitarla: ¿y estará el santo Esposo mirando tanta piedad con rostro sereno y con entrañas de dureza? Verá á su santísimo hijo Jesus ofrecerse en víctima por el hombre: tomarle como solícito pastor sobre sus hombros para librarle de la perdicion: saltar los montes y los collados para socorrerle, y darle su sangre, echando á las espaldas y al olvido sus ingratitudes y sus yerros, ¿y no abrirá san José el seno de su piedad? ¿y tendrá cerrada su boca el silencio para que no pronuncie súplicas por nosotros? ¿mirará nuestra perdicion, verá desperdiciada en nosotros la sangre preciosa que él alimentó con su trabajo, que cuidó con tanto esmero, y que del cielo le fue singularísimamente encargada como de un valor infinito, y se estará ocioso, sin precaver, en cuanto le sea posible, nuestros precipicios, sin socorrer nuestras miserias, y sin explicar con nosotros la poderosa virtud de su patrocinio? Es tan al contrario, que, segun san Bernardo, él mismo abre su pecho para que de sus piedades se surtan y provean todos largamente.

Es dificultoso apurar del todo esta materia, y por otra parte es élla de suyo tan clara, y está tan apoyada con la experiencia, que aun cuando faltaran razones en su abono, ó no fueran bastantes las dichas, suplirian por todo las mismas obras. Hombres, mugeres, ancianos, jóvenes, ¿quién podrá negar que apenas ha abierto la boca para implorar el patrocinio de san José, cuando ya ha visto con alegría que le enxuga las lágrimas con beneficios? Cualquiera que sea verdadero devoto del Santo, y quiera repasar su memoria, hallará que muchas veces le sacó del ahogo, que le libró del apuro, que templó sus miserias, que remedió sus desgracias, y que previno su total ruina. Esto mismo han atestiguado muchos devotos de san José; pero los acaecimientos de santa Teresa de Jesus, y sus recomendaciones sobre este punto son de tanto peso, que bastará

citar á esta gran Santa, y al mismo tiempo gran Maestra de espíritu, para que quede suficientemente comprobado con la autoridad y con exemplos, cuanto se ha dicho de lo poderoso que es el patrocinio de san José, de la fina voluntad con que favorece á los que se le encomiendan; y últimamente, de lo provechosa que es esta devocion, tanto para los males del cuerpo como para los del alma.

En el capítulo sexto de la vida de la santa Madre, escrita por élla misma, despues de haber dicho la necesidad en que se hallaba, sigue de esta manera, y con estas elocuentísimas palabras: "Tomé por abogado y »señor al glorioso san José, y encomendéme mucho á él: »ví claro que ansí de esta necesidad, como de otras ma»yores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor »mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. Ni »me acuerdo hasta ahora habelle suplicado cosa que la »haya dexado de hacer: es cosa que espanta las grandes »mercedes que me ha hecho Dios por medio de este »bienaventurado Santo, de los peligros que me ha libra»do, ansí de cuerpo como de alma. Que á otros santos »parece les dió el Señor gracia para socorrer en una ne»cesidad; á este glorioso Santo tengo experiencia que so»corre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, »que ansí como le fue sujeto en la tierra (que como tenia »nombre de Padre, siendo ayo, le podia mandar) ansí en »el cielo hace cuanto le pide.... Querría yo persuadir á »todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran »experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. »No he conocido persona que de veras le sea devota, »y haga particulares servicios, que no la vea mas apro»vechada en la virtud; porque aprovecha en gran ma»nera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme »há algunos años, que cada año, en su dia, le pido una »cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la »peticion, él la endereza para mayor bien mio.... Solo »pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me cre»yere, y verá por la experiencia el gran bien que es en»comendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devo»cion. En especial personas de oracion siempre le habian »de ser aficionadas.... Quien no hallare maestro que le en-

»señe oracion, tome este glorioso Santo por maestro, y »no errará en el camino.”

Todas las sábias, altísimas y elocuentes obras de esta gran Santa están recomendando la misma devocion con palabras semejantes á las que quedan referidas, que no pueden ser ni mas sólidas, ni mas sencillas, ni mas vivas y afectuosas para recomendar el patrocinio de san José. La misma Santa refiere en diversos lugares de sus obras los particulares beneficios que consiguió de Dios por la mediacion de este gran Santo; pero entre todos merece una particularísima atencion el que la misma Santa refiere en una carta que escribió á un hermano suyo desde la cárcel de Toledo, en donde se hallaba presa de órden del Nuncio que la juzgaba una muger hechicera, bruxa, engañadora y andariega, como se explica la misma Santa. Allí experimentó toda la fineza con que este santo Patriarca socorre á sus aficionados y devotos: allí entre los horrores de la cárcel vió la Santa que se rompian los cielos, y que baxaba san José cercado de resplandores y de gloria á consolarla, y darla cuenta del dia en que habian de tener fin sus trabajos, y comenzarian sus prosperidades, como efectivamente se cumplió: y en agradecimiento á tamaño beneficio dedicó la Santa el convento de monjas Carmelitas de Toledo al glorioso patriarca san José. De todo se infiere, que bien se atienda á las razones, bien se consulte la autoridad, ó bien se quieran exâminar los exemplos y la experiencia, siempre resulta para consuelo de los cristianos que san José es su protector, su amparo, su sombra y su refugio: que su patrocinio no solamente es seguro, sino tambien poderosísimo: que la representacion de nuestras miserias, su piedad y ternura, el exemplo de su misericordiosísima Esposa y de su Hijo, los intereses de la sangre del Unigénito de Dios vertida por nosotros; y últimamente, la experiencia testificada por los santos, todo está acreditando una voluntad finísima, un patrocinio seguro, tan lleno de firmeza como ageno de todo rezelo. Demos, pues, infinitas gracias á Dios, que quiso prepararnos en su Padre putativo un protector en nuestras miserias y trabajos. Demos gracias á nuestra madre la Iglesia, que solícita y amorosa nos propone esta festivi-

dad para que de élla saquemos copiosos frutos, no solamente para el cuerpo, sino tambien para el espíritu. Y últimamente, procuremos aprovecharnos de las larguezas con que el cielo manifiesta su misericordia y beneficencia hácia nosotros: bien seguros, de que si no recibiésemos en vano la gracia de Dios, como nos amonesta el apóstol san Pablo, serán tan ópimos y copiosos los frutos que sacarémos del patrocinio de san José, que ni las asechanzas del enemigo comun podrán enredarnos en sus lazos; ni los pasatiempos y falsedades del mundo aficionarán nuestros corazones; ni el fuego de la concupiscencia ennegrecerá con su humo pestífero nuestras almas, ni nos abatirán los trabajos, miserias y desventuras; ni las prosperidades y fortuna enchirán nuestros pechos de vanidad y de soberbia; en una palabra, seremos con el patrocinio de san José verdaderamente venturosos, verdaderamente felices y verdaderamente cristianos.

La misa es del Patrocinio de san José y en honor de este Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui ineffabili providentia beatum Joseph sanctissimæ Genitricis tuæ sponsum eligere dignatus es; præsta, quæsumus, ut quem protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis: Qui vivis et regnas in unitate Spiritus sancti, Deus per omnia secula seculorum. Amen.

O Dios, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu santísima Madre; concédenos, que ya que en la tierra le veneramos por nuestro protector, merezcamos que interceda por nosotros en los cielos: Tú que vives y reynas con Dios Padre en unidad del Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

La epístola es del cap. 49. del Genesis.

Filius accrescens Joseph, filius accrescens et decorus aspectu. Filiæ discurrerunt super murum; sed exasperaverunt eum, et jurgati sunt, inviderun tque illi habentes jacula. Sedit in forti arcus ejus, et dissoluta

Hijo que vas creciendo José, hijo que estás creciendo y hermoso de semblante. Las doncellas corrieron sobre el muro; pero le exasperaron, y riñeron con él, y le tuvieron envidia los flecheros. Su arco se apoyó sobre el (Dios) fuerte, y

sunt vincula brachiorum et manuum illius per manus potentis Jacob: inde pastor egressus est lapis Israël. Deus patris tui erit adjutor tuus, et Omnipotens benedicet tibi benedictionibus cœli desuper, benedictionibus abyssi jacentis deorsum, benedictionibus uberum et vulvæ. Benedictiones patris tui confortatæ sunt benedictionibus patrum ejus: donec veniret desiderium collium æternorum: fiant in capite Joseph, et in vertice Nazaræi inter fratres suos.

las ligaduras de sus brazos y de sus manos fueron desatadas por las manos del poderoso (Dios) de Jacob: de allí salió el pastor y la piedra de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo, con las bendiciones del abismo que yace abaxo, con las bendiciones de los pechos y del vientre. Las bendiciones de tu padre sobrepujan á las de sus padres; hasta que venga aquél que es el deseo de los collados eternos; caigan sobre la cabeza de José, y sobre la corona del Nazareno entre sus hermanos.

REFLEXIONES.

Los patriarcas antiguos tenian la loable costumbre de llamar á todos sus hijos al tiempo de morir, y á cada uno le daban su bendicion. Como hablaban por la mayor parte inspirados de Dios, cada bendicion era una profecía del bien ó del mal que habian de experimentar en el resto de su vida, y á las veces en estas bendiciones se contenian altísimos misterios, que figuraban en sombra las verdades que cumplió despues Jesucristo, ya en su misma persona, y ya en la doctrina de su ley, de que hizo promulgadores á los santos apóstoles. En la epístola que propone hoy la Iglesia nuestra madre se contiene la bendicion que dió Jacob al menor de sus hijos José, y en élla, ademas de enseñarle las divinas cualidades que habia de tener el prometido, de el cual fue figura José, le da á entender implícitamente en dónde habia de colocar su confianza para hallar un patrocinio seguro contra las adversidades de esta vida. Por eso le dice: *El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo y con las bendiciones del abismo.* Toda la confianza deben constituirla los hombres en Dios, si quieren que sus deseos logren el fin á que anhelan: porque solo Dios es el que sabe lo

que les es conveniente, y solo él tiene poder para dispensarles beneficios. Este mismo Dios quiso misericordiosamente ensanchar nuestros corazones y ampliar mas nuestras esperanzas, haciendo que los justos sus amigos y amados suyos, fuesen tambien para nosotros unos poderosos intercesores, que le hiciesen presente nuestras miserias, y que en atencion á sus merecimientos lograsen mas facilmente el remedio de nuestras penas y fatigas. Estas nos rodean, y nos afligen contínuamente mientras vivimos esta vida mortal y trabajosa. Como no tenemos en este mundo cosa alguna que sea capaz de saciar un corazon que fue hecho para amar á Dios, vivimos despedazados por nuestros mismos deseos, que siempre que no se terminen al fin debido, causan en nuestra alma una inquietud miserable, y la disipan en trabajosas é infelices pretensiones.

El hombre por sí mismo no es capaz de darse paz en sus pensamientos; sino que contínuamente lucha con un tropel de vanidades que le quitan el sosiego, deseando honras, riquezas, puestos, dignidades, y subir siquiera un escalon sobre el sitio en que se halla. Conoce facilmente que en el mundo no hay un protector ó medianero que pueda darle la mano con la felicidad de discernir si le será ó no conveniente el logro de lo que pretende, y con la voluntad y poder necesarios para satisfacer sus deseos cuando son justos y razonables. Se ciega miserablemente para no advertir en aquellos protectores que le destinó la divina misericordia, que pueden favorecerle con todas estas ventajas. Deseamos un patrocinio para precaver nuestras desdichas y ruinas, y alcanzar beneficios y venturas; pero apelamos por él á los hombres, que ó no pueden protegernos, siendo éllos por sí miserables y flacos, ó caso que nos favorezcan, suele ser para nuestro daño, y nunca pudieran ser para nosotros mas crueles, que cuando al parecer quieren hacernos dichosos. Está bien que se desee con ansia un favorecedor en las desventuras, un medianero en las pretensiones, un protector en la fortuna, y úno como columna y estribo donde se puedan colocar con seguridad las esperanzas; ¿pero en dónde se hallarán tantos bienes?

Yerra enormemente quien consiente encontrarle en el

mundo, y siempre será una verdad eterna la bendicion de Jacob á su hijo: *El Dios de tu padre será tu ayudador.* En Dios enxugará sus lágrimas el afligido, templará sus miserias el menesteroso, encontrará el triste la risa y el gusto, poder el flaco, certeza el mal seguro, estimacion el despreciado, grandeza el abatido, el pecador misericordia, el justo gracia, y todos amparo seguro y ventura completa sin rezelos. ¡O Dios, y cuán errados han sido mis pasos cuando los he dirigido á las criaturas, para obtener de éllas los bienes que no podia encontrar sino en ti solo! Aunque esta luz y este convencimiento hayan venido tarde á mi alma, yo haré que de aquí adelante se regulen por éllos todos mis deseos, y que no se extravíe mi corazon.

El evangelio es del cap. 3. de san Lucas.

In illo tempore: Factum est autem cùm baptizaretur omnis populus, et Jesu baptizato, et orante, apertum est cœlum: et descendit Spiritus sanctus corporali specie sicut columba in ipsum; et vox de cœlo facta est: Tu es Filius meus dilectus, in te complacui mihi. Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

En aquel tiempo sucedió, que bautizándose todo el pueblo, y habiéndose bautizado Jesus, y estando éste orando, se abrió el cielo: y baxó el Espíritu santo sobre él en forma corporal como una paloma; y se oyó del cielo esta voz: Tú eres el Hijo mio amado, en ti me complací. Y el mismo Jesus comenzaba ya á tener cerca de treinta años, hijo, segun se creía, de José.

MEDITACION.

Sobre la vanidad del favor humano.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánta es la debilidad de los hombres para darte ayuda y favor en tus necesidades, y por cuántas baxezas tienes que pasar para haber de conseguirle. El hombre débil, flaco y miserable por su naturaleza no muda de constitucion aunque se siente en un dorado tro-

no; aunque adorne sus miembros con oro, púrpura y piedras preciosas, aunque le cerquen muchos criados pendientes de sus labios para executar sus órdenes ó sus caprichos; aunque por su voluntad, finalmente, se regulen y distribuyan las fortunas de los otros hombres, y se repartan las dignidades. Tu corazon, tus pasiones, tus deseos, tu tristeza, tus remordimientos, la inquietud de tu conciencia, la poca seguridad de la justicia de tu alma, no están en la mano de ningun hombre, ni caen baxo del poder de ninguna jurisdiccion criada. Si estos afectos te hacen infeliz y miserable, en vano procurarás el favor humano, pensando que éste puede hacerte venturoso. Lo que no tiene para sí, mal podrá darlo á sus favorecidos. En medio de aquellos resplandores con que brilla la grandeza, hay unas tinieblas densísimas en que están envueltas las almas de los que la disfrutan; en medio de aquella gran copia de oro y abundancia de todas las cosas, apenas encuentran una que les cause un pequeño gusto, y con que den una satisfaccion á su alma. Esta misma abundancia les aumenta los deseos, y éstos les multiplican las necesidades, que por su multitud son tan insaciables como una sola en la baxa fortuna. Si te fuera posible ver claramente el corazon de un poderoso, de quien tal vez esperas favor, auxîlio y consuelo, quedarias lastimado viendo las feas pasiones que le despedazan, los cuidados que le carcomen, las recias esperanzas que le entretienen, los deseos que le atormentan, los disgustos que le martirizan, y el lleno de miseria y de desventura en que vive sumergido. Si duerme, es con un sueño interrumpido, que jamás pueden tranquilizar la olanda y los brocados: si vela, una multitud de negocios enfadosos le disipan, y hacen que descuide de sí mismo por atender á los intereses agenos: si se sienta á la mesa, la salud débil, y los humores enfermizos le hacen insípidas las mas exquisitas viandas: si va en fin al espectáculo, al festin, al pasatiempo, la misma costumbre de disfrutarlo se lo hacen zonzo, fastidioso, cansado y aun molesto. ¿Y es posible que has de poner en este hombre tu esperanza para que te dé consuelo, para que te libre de miserias, para que te haga venturoso?

¿Y esto á cuanta costa? A costa de humillaciones, de baxezas, de mil sufrimientos vergonzosos, que comparados con el bien que pretendes, son realmente un mal mucho mayor que el que estás padeciendo. Unas veces te finges humilde, ótras te aparentas modesto, ótras afectas una afabilidad risueña, ótras te ves precisado á simular con el semblante benigno y amoroso un secreto despecho que está royéndote el corazon. Tienes que frecuentar los palacios, esperar por mucho tiempo en las antesalas, confundido con una multitud de truanes, que como te ven humillado, se atreven á tratarte con la altanería de sus señores: ¿qué mas? Te constituyes en una necesidad de hacer traicion á tu alma, á tus ideas, á tus conocimientos, para lisonjear á aquel personage de quien esperas la digdidad, el puesto, ó acaso mucho menos. Porque ¿cómo es posible que tú te atrevas á llamar blanco á lo blanco, ni á decir bueno á lo bueno, si oyes que lo llama ó reputa por negro y por malo? ¿cómo osarás manifestar la verdad, aunque te la hagan conocer con evidencia tus estudios, delante de aquel que deseas tener benévolo, y ves que se declara partidario de la mentira? Pero aun esto es poco: ese hombre, cuyo favor pretendes, te desprecia, y llevas con paciencia sus desprecios. Ese hombre te insulta, y lleno de rubor baxas los ojos haciendo el sacrificio mas humillante y vergonzoso que puede hacerse á la ambicion ó al capricho. Y este hombre exîge de ti una gratitud anticipada, que apenas puedes verificar con tantas baxezas, con tantos sinsabores, con tantos sufrimientos, cuantos bastarian para hacerte su esclavo. ¿Y un favor de tan poca utilidad, un favor tan inútil y tan vano le has de comprar á tanta costa? ¿merece tanto aprecio tu misma inquietud, tu mismo abatimiento, tu deshonor mismo? ¿Serás todavía tan necio que conociendo todo esto quieras seguir con esa pretension caprichosa que te ha costado ya tantos trabajos, y que será acaso la ruina de tu familia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun cuando el favor humano sea para ti tan eficaz y efectivo, que contra su costumbre verifi-

que con los efectos las esperanzas que tienes concebidas, en esto nada mas ha hecho que doblarte un peso que te oprime, agravarte mas el yugo, y hacerte responsable de mil maneras delante de Dios y delante de los hombres. Al mismo tiempo que te veas favorecido, te verás nuevamente ligado con unas fuertes cadenas que se llaman gratitud; pero que en realidad no son otra cosa que unos lazos que atan mas fuertemente á tu alma la miseria y la desventura. El que te hizo un favor, te mira como un esclavo de sus caprichos, y ó los has de seguir ciegamente, ó has de quedar con el remordimiento de haberle sido ingrato. Pero supongamos por un momento que tengas valor para resistir á sus injustas pretensiones; supongamos que aquel que te favoreció es tan comedido y ajustado que dexa en tu mano la responsabilidad del cargo que lograste; ¿evitarás por eso los peligros que traen consigo los puestos y dignidades? ¿no es cierto que en los lugares encumbrados hieren los rayos mas frecuentemente y con mas violencia? ¿no ves como los uracanes arrancan los altos y robustos pinos que estan en las cimas de las montañas, cuando en los valles se burlan los humildes juncos de su bravura? Trae á la memoria aquel árbol frondosísimo de extraña grandeza y hermosura que vió en sueños el Rey de Babilonia, y de que habla Daniel en el cap. 4. verás que su misma grandeza fue la causa de su ruina. Esto enseña que los puestos y altas dignidades no son otra cosa que un recinto de peligros, y un iman que atrae hácia sí las desgracias.

Pero considera esto mismo con una razon superior á la humana filosofía; mira la superioridad, la dignidad, el cargo con los ojos sobrenaturales de la fe; precisamente te estremecerás cuando consideres que ha de llegar un dia en que te pida cuenta estrecha de todo un juez recto, infinitamente sábio, y delante de quien nada podrán ni la adulacion, ni la mentira, ni el artificio, ni el soborno. Esta consideracion hacia á los Crisóstomos, á los Ambrosios, á los Agustinos huir las dignidades con mas empeño que el que ponen muchos mortales en conseguirlas. Esta misma consideracion hizo que san Bernardo escribiese al papa Eugenio, admirándose de que hubiese aceptado la tiara, diciéndole (*epist.* 237.): "Considero la altura del

»puesto, y temo la caida: miro la cumbre de la digni»dad en que estás, y veo á su lado un profundo despe»ñadero que acaba en el abismo." Lograste tu pretension; el favor te ensalzó; ¿pero te dió talento y fuerzas para cumplir exâctamente tus obligaciones? ¿te eximió de la responsabilidad de las cargas? ¿no se puede decir con verdad que pretendiste tu misma inquietud, tu opresion, tu peligro y tu ruina?

JACULATORIAS.

Sperent in te qui noverunt nomen tuum, quoniam non dereliquisti quærentes te, Domine. Salm. 9.

Los que tuvieron la dicha de conocer tu sacrosanto nombre, deben, Señor, poner en ti toda su confianza; bien satisfechos de que jamas desamparas á aquellos que te buscan como á protector y padre.

Deus meus adjutor meus, et sperabo in eum. Salm. 17.

Mi Dios es mi ayudador, mi protector y mi patrono, y en él solo esperaré.

PROPOSITOS.

Todas las cosas de este mundo dice el Espíritu santo que son vanidad de vanidades; pero entre todas éllas apenas hay una á que con mas razon le convenga que al favor que con tanta ansia solicitan los hombres de sus semejantes. Cuando me vea oprimido, cuando las tribulaciones aneguen mi corazon, me servirán estas reflexíones y conocimientos para buscar alivio en donde pueda seguramente encontrarle. La razon y la experiencia me han enseñado que fuera de Dios y de sus santos no se encuentra consuelo verdadero; que las pretensiones humanas, ademas de los trabajos, sinsabores y baxezas que traen consigo, no producen mas frutos que nuevas fatigas, nuevos cuidados, y la responsabilidad tremenda delante del Juez de vivos y muertos, que se verificará sin remedio en el dia terrible de la muerte. Ya es tiempo de conocer al mundo, y de detestar sus engaños; ya es tiempo de entrar en cordura, y de decir á mi corazon, Dios solo es tu tesoro y tu riqueza. La mayor dignidad es contentar-

te con aquella suerte en que te ha puesto su adorable Providencia. Harto tiempo has perdido corriendo neciamente tras de una sombra que siempre huye de ti. Favor especial del cielo ha sido el que hayas conocido tu locura antes de que te la hiciese conocer un precipicio. Si hubieras logrado lo que pretendias, acaso te sucederia lo que á la ignorante mariposa, que deslumbrada con los resplandores de la llama, élla mismo hace diligencias para convertirse en cenizas. De hoy mas Dios es mi ayudador, mi protector y patrono, y en él solo esperaré.

DIA PRIMERO.

San Hugo, obispo de Grenóble.

Nació san Hugo en Castel-Nuevo, á las orillas del Isar, diócesis de Valencia, en el delfinado, el año de 1053. Fue de una familia muy distinguida por su antigua nobleza, pero mucho mas por su singular piedad. Su padre Olidón era un caballero universalmente reputado por hombre de gran virtud; despues de haber dado grandes pruebas de su valor en el servicio de su rey, acabó dichosamente sus dias en la Cartuxa, haciéndose discípulo de san Bruno, y allí murió de edad muy abanzada en manos de su santo hijo Hugo, que le administró los sacramentos. El mismo consuelo dió, y los mismos piadosos oficios hizo con su santa madre, muger de extraordinaria virtud, que se quedó en el siglo cuidando de su casa, y atendiendo únicamente al cristiano gobierno de su familia.

Costóla poco trabajo la educacion de nuestro Santo. Habia nacido Hugo con tan felices disposiciones para la virtud, que sin exâgeracion se puede decir, que siempre fue virtuoso, y que nunca fue niño. La grande inclinacion que tenia á las letras le movió á hacer algunos viages á reynos extraños. Pero los estudios no perjudicaron á la devocion; su pudor y su modestia contribuyeron mucho á conservar su inocencia; y aunque su virtud era apaci-

ble, dulce y discretamente cortesana, la alimentaba y nutria con el rigor de secretas, pero muy severas penitencias.

Acabados sus estudios volvió á Valencia, donde fue provisto en un canonicato. Su vida inocente, exemplar y retirada le grangeó tanta reputacion, que Hugo, entonces obispo de Die, legado del papa Gregorio VIII. y despues arzobispo de Leon, cautivado de las bellas prendas y de la eminente virtud del santo mozo, quiso tenerle consigo y darle parte en el ministerio de su legacía. Hizo gran fruto con sus sermones en el clero; pero le hizo mucho mayor con sus exemplos en lo restante del pueblo.

Celebraba el legado un concilio en Aviñon, cuando llegaron los diputados de la iglesia de Grenóble, cuya silla episcopal habia vacado, á pedirle por obispo á nuestro Santo. Concedióselo el legado con tanto mayor gusto, cuanto ninguno mejor que él tenia conocida y experimentada su virtud y talentos; pero no fue tan fácil vencer la porfia de su resistencia, fundada, al parecer de su profunda humildad, en motivos fuertes y justificados. Vióse precisado el legado á valerse de toda su autoridad para obligarle á obedecer; y temiendo siempre que no le faltase algun pretexto para eludir su consagracion, le llevó consigo á Roma para que el mismo papa le consagrase. Hízolo su santidad con singular dignacion y consuelo, sin hacer caso de las razones que alegaba Hugo para no ser obispo. Informada la condesa Matilde de la gran virtud de nuestro Santo, costeó liberalmente todos los gastos necesarios para tan augusta ceremonia de la consagracion, regalándole con el báculo, con otros varios ornamentos del pontifical, y con los comentarios de san Agustin sobre los salmos.

Cuando volvió de Roma, y fue á tomar posesion de su iglesia, quedó penetrado de dolor al ver el lastimoso estado en que halló toda su diócesis. No solo reynaba en el pueblo la usura, la simonía y toda especie de desolaciones, sino que la abominacion de la disolucion se habia apoderado del lugar santo. La vida escandalosa de los que por la santidad de su estado debieran servir de exemplo á los demas, parecia cerrar la puerta á toda esperanza de remedio. Gemia el santo Pastor en la presencia de su

Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias. Pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo; y no perdonaba á ayunos, vigilias, exhortaciones, instrucciones, visitas, para que el Señor abriese los ojos á aquel ciego rebaño, por cuya salvacion quisiera dar la propia vida, si el mismo Señor se dignára de aceptarla.

No podia tardar en dar el fruto correspondiente un zelo tan puro, tan apostólico y tan desinteresado. Echó Dios la bendicion á sus trabajos. Ganó los corazones de todos con su paciencia, con su apacibilidad y sus exemplos, y en poco tiempo mudó de semblante todo el obispado de Grenóble. No se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer: pasaba los dias enteros en instruir y alimentar con la palabra de Dios á aquel pueblo grosero é ignorante; y habiendo encontrado disipadas las rentas del obispado, por la mala administracion de sus antecesores, estuvo tres ó cuatro años sin tener con que mantenerse.

Estas cruces y penalidades era lo único que le consolaba en el contínuo escrúpulo que le afligia de haber consentido, á su parecer, con demasiada facilidad en su consagracion, y de haberse dexado persuadir á aceptar el obispado. No obstante, le apretó tanto este escrúpulo, representándole siempre sumamente formidable la dignidad episcopal, que á exemplo de muchos santos determinó renunciarla. Apenas habia sido obispo dos años, cuando, tomada su resolucion, partió secretamente á la abadía de la Casa de Dios, diócesis de Clermont en la provincia de Auvernia; vistió la cogulla de san Benito, y en breve tiempo fue modelo cabal de la vida monástica. Pero informado el papa Gregorio VIII. de lo que pasaba, le envió precepto formal y preciso para que cuanto antes se restituyese á su iglesia. Vióse obligado á obedecer, á pesar de su repugnancia; su precipitada fuga habia consternado á sus ovejas; la noticia de su vuelta las llenó de gozo. Persuadidos todos á que el medio único de asegurarse la permanencia de tan santo Pastor era la reforma general de las costumbres, se empeñaron á competencia en corresponder á las ansias de su zelo.

Casi á los tres años despues que se habia restituido á su obispado, vino en busca suya el famoso san Bruno con

sus seis compañeros para echar los primeros cimientos de aquel órden celebérrimo, que siendo uno de los mas bellos ornamentos de la iglesia de Jesucristo, se ha dilatado por todo el universo con edificacion y aun con asombro del mundo, floreciendo despues de mas de seiscientos años con todo el primitivo rigor que se admiró en su misma cuna, y perpetuando en el orbe cristiano el fervor, la soledad y el retiro de los anacoretas mas antiguos.

Pocos dias antes habia tenido Hugo un misterioso sueño, en el cual se le representaron siete resplandecientes estrellas, que desprendidas del cielo, iban como á esconderse en un desierto espantoso de su misma diócesis, llamado la Cartuxa. Acordándose del sueño, recibió á Bruno y á sus compañeros con amor y con respeto; y entendiendo de éllos que solo buscaban una soledad retirada y escondida que pudiese servirles de asilo contra la corrupcion del mundo, desde luego les señaló y les donó el desierto de la Cartuxa, á cinco leguas de Grenóble. Edificóles á su costa la capilla y las celdas para su habitacion; y declarándose desde entonces su protector y su padre, poco tiempo despues pasó á ser como el menor de sus compañeros.

Contentísimo de tener ya dentro de su obispado lo que habia ido á buscar en el desierto de la Casa de Dios, se retiraba á la Cartuxa todo el tiempo que le dexaban libre las indispensables funciones de su ministerio episcopal. Viviendo entre los nuevos ángeles del desierto, los restituia con usuras los exemplos de mortificacion y de humildad que recibia de éllos; solo le distinguian de los demas los excesos de su fervor; echaba mano de los oficios mas vivos y mas baxos; era el primero en el coro, y acompañaba las penitencias con oracion casi contínua.

En Grenóble vivia como en la Cartuxa. Era perpétuo su ayuno; casi todos los dias predicaba á su pueblo; no le conocian por otro nombre que por el de padre de los pobres; quiso vender sus caballos para socorrerlos, resuelto á visitar á pie su obispado, aunque lleno de asperísimas montañas. Velaba con extremada severidad sobre todos sus sentidos. En mas de cincuenta años de obispado nunca miró al rostro á muger alguna.

A tan extraordinaria virtud no podian faltar cruces y

mortificaciones. Padeciólas nuestro Santo muy pesadas por toda su vida. No solo probó Dios su paciencia con frecuentes intensísimos dolores de estómago y de cabeza, efectos naturales de sus penitencias y de su aplicacion al estudio; sino que, para purificar mas y mas su corazon, permitió que por mas de cuarenta años fuese combatido de molestísimas tentaciones, que apenas le daban treguas. Verdad es que no le dexaba el Señor sin consuelo en medio de tantas amarguras; derramaba en su alma aquellas dulzuras celestiales, aquel suavísimo secreto bálsamo, aquellas gracias sensibles; por cuyo medio experimentaba frecuentemente templadas sus aflicciones con no sé qué alegría interior, mas fácil de sentirse que de explicarse. Regalóle Dios con el don de lágrimas; una conversacion piadosa, la lectura de un libro devoto, la vista de un crucifixo bastaban para hacérselas derramar en abundancia. Leíase indispensablemente en su mesa un libro espiritual mientras comia, y se observó que durante la lectura se derretia tanto su corazon en el fuego del divino amor, que apenas tenia libertad para otra cosa que para derramar dulces y copiosas lágrimas; de manera, que no pocas veces era preciso mandar al lector que lo dexase.

Su justificacion y su desinteres, juntos al elevado concepto que se tenia de su eminente santidad, le hicieron árbitro de todas las diferencias, y pacificador de todas las enemistades. Ni la apacibilidad grande de su genio estaba reñida con la entereza eclesiástica, cuando se atravesaban los intereses de Dios y de la Iglesia. Mostró singularmente este teson en el concilio que se celebró en Viena del Delfinado el año de 1112 contra los excesos del emperador Enrique IV. que habia tratado indignamente al papa Pascasio II., y contra la ambicion del antipapa Pedro de Leon, llamado Anacleto, en defensa del legítimo pontífice Inocencio II. Fue Hugo uno de los obispos que se juntaron en Puy de Velay para excomulgar á Pedro de Leon, y el que mas contribuyó á extinguir el cisma en el reyno de Francia, sacrificando á la verdad y á la justicia sus propios intereses, y la amistad que siempre le habia mostrado el antipapa Anacleto.

Obligado Inocencio á refugiarse en Francia por la persecucion del Cismático concurrente, salió Hugo á recibir-

le y á besarle el pie en Valencia. Allí le suplicó con las mayores instancias tuviese á bien exônerarle del obispado, y proveer á la iglesia de Grenóble de sugeto digno, que enmendase sus muchos yerros, representándole su avanzada edad y molestísimos achaques. Todo fue en vano; porque el Papa, que tenia bien conocido su raro mérito y extraordinaria virtud, se contentó con mandarle que moderase sus penitencias, y pusiese límite al excesivo trabajo de sus apostólicas fatigas. Pero finalmente, viendo que los vehementes dolores de cabeza habian debilitado extraordinariamente su memoria hácia el fin de su santa vida, condescendió el Pontífice que renunciase el obispado, nombrando por sucesor á otro cartuxo, llamado tambien Hugo, que despues fue arzobispo de Viena; y nuestro Santo tuvo el consuelo de alcanzarle en vida consagrado por obispo de Grenóble.

Túvose por una especie de prodigio, ó á lo menos por singular favor del cielo, que habiendo perdido enteramente la memoria para todas las cosas terrenas, la conservó siempre muy viva en todas las especies que tocaban á la religion, ó tenian conducencia con la salvacion eterna. Los pocos meses que sobrevivió á la renuncia del obispado, los pasó casi en oracion contínua.

Odórico, obispo de Die, que habia sido dean de su iglesia de Grenóble, deseó tener el consuelo de recibir el hábito de monge de mano de nuestro Santo; y aunque éste se hallaba casi en el último extremo de su vida, se levantó de la cama para hacer esta ceremonia, dándole fuerzas, y causándole copiosas lágrimas el gozo de ver la fervorosa resolucion de su amado discípulo.

En fin, consumido nuestro Santo al rigor de sus penitencias, de sus trabajos apostólicos y de sus penosas enfermedades, y lleno de merecimientos, murió en Grenóble á los ochenta años y algunos meses de su edad, el dia primero de abril del año de 1132. Luego que se esparció la noticia de su muerte, concurrió innumerable gentío de todas partes á lograr el consuelo de reverenciar y besar su santo cuerpo. No fue posible enterrarle en cinco dias por el numerosísimo concurso; y todo este tiempo se conservó el cadáver tan entero, tan fresco y tan flexíble como si estuviera vivo. Fue preciso valerse de algun artifi-

cio para darle sepultura; echóse la voz de que se le queria exponer en la iglesia para satisfacer á la devocion del pueblo; saliéronse todos, menos el clero, los cartuxos y algunas otras personas de distincion, á quienes se habia confiado el secreto. De esta manera se le pudo enterrar en la iglesia de santa María, donde el Señor manifestó la santidad de su fiel siervo por los muchos milagros que obró en su sepultura. El papa Inocencio II., que tenia tan bien conocida la virtud de nuestro Santo, mandó al beato Guido, quinto prior de la gran Cartuxa, y amigo íntimo del santo Obispo, que recogiese exâctamente en un breve compendio la relacion de sus virtudes y milagros; y habiéndola leido y aprobado, le canonizó solemnemente el año de 1134, estando en la ciudad de Pisa, donde celebraba un concilio. Su sepulcro se hizo cada dia mas glorioso por la visible proteccion que experimentaron los fieles implorando su poderosa intercesion.

La misa es del Comun de confesor pontífice, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Hugonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Hugo, tu confesór y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del apóstol san Pablo á los hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis, quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodùm pro populo, ita etiam et pro semet-

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres, es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios: el cual pueda tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad: y por esto debe ofrecer sacrificio por los

ipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

NOTA.

"Los hebreos, á quienes se dirigió esta epístola, eran "los judíos recien convertidos, que vivian en Jerusalen y "en toda la Palestina. Escribióla el Apóstol en griego y no "en hebreo, por ser entonces la lengua griega la mas ge- "neral y conocida en todas las naciones, cuando la he- "brea y la siriaca la ignoraban muchos de los mismos ju- "díos, que se habian criado en diferentes provincias.

REFLEXIONES.

Todo pontífice escogido de entre los hombres, le destina Dios á los hombres para aquellas cosas que tocan al mismo Dios: *Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis, quæ sunt ad eum.* A solo Dios toca la eleccion de sus ministros. Infeliz de aquel que se entromete en el ministerio de los altares sin legítima vocacion. La ambicion, el interes y la codicia llenan el sacerdocio de intrusos, que profanan la santidad de su carácter. Al padre de familias pertenece privativamente la distribucion de los empleos de su casa; es propio de su inspeccion y de su autoridad destinar los primeros oficios á quien quiere; pretender ocuparlos con artificio y con maña, es llenarlo todo de confusion. ¡Buen Dios! ¿cuántos falsos profetas quedarán degradados en el dia del juicio universal? Cuanto mas sagrada es la dignidad, cuanto mas elevado es el empleo, tanto mas eminente debe ser la virtud. Aplícase la mano sacrílega al incensario, cuando no es el Señor el que nos destina á esta funcion. *Ninguno tiene derecho para pretender esta honra sino aquel á quien Dios llama á élla como Aaron. Nec quisquam sumit sibi honorem sed qui vocatur à Deo tanquam Aaron.* Y pregunto: ¿se pretende siempre el sacerdocio en fuerza de una vocacion legítima? ¿se aspira á este sacrosanto estado, formidable á los mismos ángeles, consultando únicamen-

te la voluntad del Señor? ¿Cuántos hombres terrestres y materiales no consultan mas que á la carne y sangre? ¿cuántas veces la voz de los padres y de los parientes levanta mas el grito que la voz de Dios? Si los hijos no tienen vocacion, ¿qué importa? los padres la tienen por éllos. Si no tienen talentos, ¿qué importa? las rentas de un beneficio pingüe lo suplen todo. ¿Y despues nos admirarémos de que Dios se muestre tan irritado, de que haga tan visibles los efectos de su cólera? ¿estrañarémos que destruya los mas ricos patrimonios, que aniquile las casas mas opulentas? *Al verdadero sacerdote* (dice san Clemente Alexandrino, lib. 6.) *no se le tiene por santo porque sea sacerdote*; *antes se le hizo sacerdote porque se le tuvo por santo.* Importante leccion para aquellos que atienden mas á las rentas que á la elevada santidad del ministerio.

Escogió Dios por ministros suyos á hombres flacos y llenos de miserias, para que sepan compadecerse de los miserables y de los ignorantes. *Qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate.* ¡Lastimoso error, hacer ostentacion de una severidad desdeñosa y arrogante! Una de las principales máximas de la secta farisáica era la inexôrable y afectada severidad con los pecadores. Murmuraban de Cristo aquellos finísimos hipócritas por la suavidad y por la indulgencia con que los trataba; censuraban las piadosas industrias de que se valia el Salvador para ganarlos y para convertirlos; chocábales, dábales en rostro su divina complacencia, y le hacian causa de lo que debieran hacerle panegírico. Es cierto que una blandura excesiva, una suavidad fuera de sazon, una indulgencia tímida y cobarde puede ser tan perniciosa como un rigor descompasado. Para curar las llagas es menester mezclar el aceyte con el vino. No obstante, los santos que fueron mas rigurosos consigo mismos, fueron por lo comun los mas blandos y benignos para los demas. Pero al contrario, pocos doctores se encuentran hoy demasiadamente rigurosos con los demas, que no sean nimiamente indulgentes consigo mismos.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibidó uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas: y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

De la liberalidad con que premia Dios á los que le sirven.

PUNTO PRIMERO.

Considera las maravillas que obró Dios en favor del pueblo de Israel: divídense las aguas del Mar roxo; son sumergidas en sus ondas naciones enteras; témplanse milagrosamente los ardores del sol; ilumínanse las tinieblas de la noche; brotan repentinamente fuentes cristalinas de las rocas y peñascos; llueve diariamente del cielo en el maná una comida deliciosa; caen por tierra al son de las trompetas los muros de las ciudades. Todas estas maravillas no eran mas que figuras del paternal cuidado que tiene Dios de sus escogidos, de la liberalidad con que premia á los que fielmente le sirven.

¿Qué bienes hemos recibido durante nuestra vida que no hayan sido dones de su liberalísima mano? ¿qué gracias no esperamos de la misma fuente? Y si Dios es tan liberal con todos los hombres; si derrama los tesoros de su misericordia indiferentemente sobre justos y pecadores; comprendamos, si es posible, ¡qué bondad será la suya para con sus queridos siervos, qué liberalidad gastará con aquellos que le sirven con fidelidad, y le aman con ternura!

Quia super pauca fuisti fidelis; porque fuiste fiel hasta en las cosas mas pequeñas. Á la verdad, ¿qué cosa podemos hacer en servicio de Dios que se pueda llamar grande? Todo cuanto nace de nosotros huele y sabe á nuestra nada. ¿Qué servicio de importancia le podemos hacer? *Et dignum ducis super hujuscemodi aperire oculos tuos*? Y vos, Señor, os dignais de volver vuestros ojos hácia esto poco que se hace por vos? ¿Qué digo volver vuestros ojos? os dignais de estimarlo, de alabarlo, de premiarlo con profusion. Vos mismo haceis meritorio lo que hacemos, y á este mérito señalais un premio sin medida. ¡O Dios, y qué cosa tan buena es serviros! ¡ó Señor, y qué buen amo sois!

Euge, serve bone et fidelis: ea, que eso va bien, fiel y buen siervo mio. ¡Con qué bondad alienta el Señor á sus mas humildes siervos! *Supra multa te constituam*: por esa tu fidelidad en cosas pequeñas, yo te elevaré á las mayores honras. ¡Qué promesa de tanto consuelo! Premia Dios sus mismos dones; ¡pero con qué liberalidad los premia! ¡qué solidez, qué dulzura, qué deliciosos gustos no acompañan á este premio! ¡Y despues de esto serán menester grandes razonamientos para convencernos de que debemos servir á tan buen amo! ¿Dónde está nuestra fe? ¿dónde está nuestra razon?

PUNTO SEGUNDO.

Considera no solo con qué bondad, sino con qué priesa, digámoslo así, premia Dios anticipadamente lo que se hace por él. La paz de la conciencia mas exquisita, mas deliciosa que todo cuanto encanta los sentidos; el consuelo interior, con el cual no tienen comparacion todos los profanos gustos del mundo, son la renta fixa de las almas virtuosas. Gustan cierta alegría pura, hallan no sé qué sólida gloria hasta en los mismos desprecios y abatimientos. Todas las cosas sirven al que sirve á Dios con perseverancia.

Sin hablar de aquellas bendiciones temporales, de aquellas visibles prosperidades que reynan muchas veces en la casa del justo; pongamos los ojos en aquel salario que se reserva para la vida eterna; en aquella preciosa corona, en aquella superabundancia de bienes, en aquella inmensidad de premios eternos.

¡Por un vaso de agua una bienaventuranza sin fin! ¡por cuatro lágrimas derramadas por las miserias propias, ó agenas, el gozo eterno del Señor! ¡por una caritativa visita hecha á un enfermo, á un encarcelado, el mismo Dios por recompensa!

Echa aquella pobre viuda en el gazofilacio del templo dos monedillas de cortísimo valor, y Jesucristo las estima mas que los mas preciosos dones. *Venid, benditos de mi Padre*, dice el Salvador, *á poseer el reyno que os está aparejado desde el principio del mundo.* El reyno que vosotros merecísteis; que vosotros mismos, por decirlo así, conquistásteis y comprásteis. ¿Pero cómo, y con qué? con una corta violencia que hicísteis á vuestros sentidos;

con una ligera victoria que conseguísteis de vuestras pasiones; con haber cercenado cien cosillas inútiles ó supérfluas; con haberos retirado por algunos pocos dias; con una leve mortificacion, con una limosna. El reyno de los cielos, que solo Jesucristo nos pudo merecer; aquella eterna felicidad, aquel precio del valor infinito de su sangre, aquella gloria que no tiene fin, que no se puede enagenar, esa se nos da por nada. *Absque argento, et absque ulla commutatione* (*Isai.* 55.). Y á la verdad, ¡qué proporcion hay entre el salario y el servicio, entre el trabajo y el premio!

Y á vista de esto, ¿se nos hará cuesta arriba el serviros á vos, Dios mio? ¿y se os servirá con floxedad y con disgusto? ¿y habrá quien se retraiga de serviros?

Añade un san Hugo á los trabajos, cuidados y fatigas del obispado los rigores de la penitencia; retírase á descansar de sus trabajos á la soledad de un espantoso desierto. Y pregunto: ¿tendrá ahora motivo en el cielo para arrepentirse de haber sacrificado tan generosamente las conveniencias transitorias de la vida?

¿Cuándo, Señor, dexaré de ser enemigo de mi quietud y de mi fortuna? ¿cuándo he de comenzar á conocer la gran dicha que es el serviros? ¿cuándo me he de dexar mover de vuestra liberalidad y del mérito de vuestras recompensas? Desde este momento, mi Dios, sí; desde este momento no me alucinarán ya ni el demonio con sus ilusiones, ni el mundo con sus falsas brillanteces. Conozco ya cuán dichoso es el que se emplea en servicio de tal amo; y que el salario que dais á los que os sirven es sin medida. Esto es hecho; yo quiero serviros sin reserva, y sin negarme á cosa alguna de cuantas me podais pedir.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡Qué gusto, Señor, qué dulces consuelos teneis reservados para los que os sirven y os temen!

Justi in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum. Sap. 5.

Los justos vivirán eternamente, y el Señor los tiene guardados grandes premios.

PPOPOSITOS.

Es cosa bien extraña que siendo Dios tan bueno y tan liberal con los que le sirven, se hallen tan pocos que le sirvan con alegría y con perseverancia, al mismo tiempo que siendo el mundo universalmente tenido por un amo duro, cruel, inexòrable, haya tantos que se atropellen por servirle como esclavos. Mas que los trate como tirano, mas que los obligue á continuos y dolorosos sacrificios, mas que solamente los pague en lágrimas y en pesadumbres, mas que no los prometa otro salario que amargos arrepentimientos; ninguno hay que no le sirva con risueña cara, que no se tenga por dichoso de su suerte, que no haga vanidad de su librea. Sea en buen hora el mundo injusto, sea cruel, nada se gane en servirle; ninguno lo ignora, todos convienen en ello, pero con todo eso cada dia se aumenta el número de sus esclavos. Al contrario; colme Dios de gustos y de bienes á sus fieles siervos; sea ligerísimo su yugo, sea dulcísima su carga, premie hasta los meros deseos, aunque no lleguen á execuciones, pague largamente la voluntad de hacer bien, nada se le escape, nada dexe sin premio; sin embargo siempre está Dios mal servido; se tiene por injuria el título de devoto; esto es, de siervo de Dios; se avergüenzan, se corren muchos de declararse por su servicio. ¿Puede haber mas espantosa contradiccion entre nuestra fe y nuestra conducta? Haz que cese en ti desde hoy esta contradiccion; sirve á Dios, declárate altamente por siervo suyo, y avergüénzate solo de servirle con floxedad y con tibieza. Nada niegues á tu Dios; bien conoces lo que tanto tiempo ha te está pidiendo, y lo que tú tanto tiempo ha le estás negando. Ese pequeño sacrificio, esa corta victoria, ese acto de generosidad cristiana, la moderacion en esa profanidad, en ese juego, en esas chanzas, apenas te hubieran costado nada, si el mundo te las hubiera pedido por condiciones para entrar en su servicio. Muchos años ha que Dios te las pide, ¿y todavía no deliberas? ¿todavía dudas? ¿todavía no tienes valor para concedérselas? ¿y hasta ahora todo se lo has negado? Ea; pon ya fin desde este mismo dia á esas eternas dilaciones; y pues Dios es tan pronto como liberal en el premio, determina desde este mismo punto lo que has de hacer por Dios

en adelante, y lo que has de comenzar á hacer desde este propio dia; esas paces, esa restitucion, el sacrificio de esa pasioncilla, la fuga de esa ocasion, la reforma de tanta profanidad, ese acto de mortificacion. No te olvides de aquellas hermosas palabras del Sabio: *Desideria occidunt pigrum* (*Prov.* 21.). Los deseos matan á los perezosos; porque todo se les va en proyectar sin hacer nada. Pasánseles los dias en estériles deseos, mientras los justos cumplen lo que aquellos idean y trabajan sin cesar: *Qui autem justus est, tribuet et non cessabit.*

2 Una buena resolucion disminuye, pero no quita el trabajo. Sobresáltase el amor propio, asústanse los sentidos luego que el corazon se resuelve á vencerse. No te dexes espantar de esas imaginarias dificultades, y en sintiéndote con alguna cobardía, aliéntate á ti mismo con aquellas palabras del apóstol san Pablo á los romanos: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuran gloriam quæ revelabitur in nobis.* ¿Qué proporcion hay entre lo poco que se padece, y lo mucho que se espera? *Quod in præsenti est momentaneum et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis.* Estas ligeras y momentáneas tribulaciones, que apenas nos aflijen, cuando desaparecen, nos producen un peso eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á toda medida. Acuérdate en fin que el mismo Dios quiere ser el premio de lo que hacemos por él: *Ego ero merces tua.* ¿Parécete que no quedarémos bien pagados á este precio? Haz contínuamente estas reflexîones; no hay razon que pueda resistirlas; y nada te puede costar el familiarizarte con éllas.

DIA SEGUNDO.

San Francisco de Paula, confesor.

San Francisco de Paula, ornamento y milagro de su siglo, nació en Paula, ciudad pequeña de Calabria, el año

de 1416, de familia honrada, y de las mas virtuosas de aquella ciudad. Jacobo Bartolilo, por otro nombre Salicon, y Viana de Fuscaldo, sus padres, se persuadieron que este hijo era fruto de un voto que habian hecho al Señor, por intercesion de san Francisco de Asís, cuyo nombre le pusieron; y habiendo advertido que el niño tenia en un ojo una nube que le embarazaba la vista, hicieron nueva promesa al Señor de vestirle por un año el hábito del mismo san Francisco, y que durante este tiempo se criase en uno de sus conventos; y luego se le desvaneció la nube.

Quiso la piadosa madre criar por sí mismo á su hijo, y cuidar de su virtuosa educacion. Dexóla poco que hacer la divina gracia, porque el niño Francisco habia nacido tan naturalmente inclinado á la virtud, que todos sus entretenimientos eran hacer oracion, y estarse en las iglesias. Anticipóse la devocion á la razon; comenzando desde su mas tierna infancia aquella penitente vida, que continuó hasta la muerte.

No contribuyeron poco á fomentar su devocion los buenos exemplos que observaba dentro de su casa. Sus virtuosos padres, contentos con un hijo y con una hija que los habia dado el cielo, vivieron en adelante como hermano y hermana, atendiendo únicamente al cuidado de su salvacion y á la crianza de su corta familia. Era Francisco todo su consuelo; pero fue preciso privarse de él por cumplir la promesa que habian hecho. Luego que cumplió trece años, le entregaron á los religiosos de san Francisco en el convento de san Marcos, á una legua de la ciudad de Paula.

Desde luego observaron los frayles en el niño Francisco una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso y maduro, una docilidad, un rendimiento que no tenia semejante; y añadiéndose á todo esto una devocion, que asombraba á los mas fervorosos, no solo era el objeto de sus cariños, sino la admiracion de todo el convento. Hicieron cuanto pudieron para no perder aquel tesoro; pero eran diferentes los designios de la divina Providencia. Habiendo cumplido Francisco el voto de sus padres, les pidió licencia para ir en peregrinacion á Asís, á nuestra Señora de los Ángeles, y á Roma. De vuelta visi-

tó los monasterios mas célebres que encontró en el camino; y llegado á Paula, suplicó á sus padres le permitiesen retirarse á cierto sitio solitario, que estaba en una heredad suya distante quinientos pasos de la ciudad. Condescendieron con sus fervorosos deseos, aunque no tenia mas que catorce años, bien persuadidos á que era el espíritu de Dios el que le llamaba al desierto.

Pero su misma fama turbó presto su amada soledad. Concurrian tropas de ciudadanos de Paula á ver aquel nuevo Juan Bautista en el desierto; esto le obligó á retirarse á otro mas desviado, y como á enterrarse vivo en una gruta, que él mismo abrió en una roca sobre la orilla del mar. Allí resucitó en su persona el tierno anacoreta la abstinencia, los rigores y el fervor de los mas antiguos, y aun se adelantó á las penitencias de muchos.

Su cama era el duro suelo de la misma roca; su comida yerbas y raices que arrancaba de un vecino bosque; su bebida el agua que iba á buscar á un arroyuelo bien distante de su gruta; el vestido vil y grosero, con un áspero cilicio á raiz de sus delicadas carnes; su ocupacion leer libros espirituales, contemplar y orar continuamente. Esto es cuanto se ha podido saber de aquella vida escondida, que duró hasta que la Providencia le envió algunos discípulos que fuesen imitadores y testígos de sus virtudes.

No pudo resistirse á los incesantes y aun importunos ruegos de algunos fervorosos mancebos, que movidos de su exemplo, le suplicaron los admitiese por discípulos suyos, y los permitiese vivir en su compañía. Cedió el Santo á sus instancias, y en el año de 1435 permitió se fabricasen tres celdillas, y se erigiese una pequeña capilla, adonde un clérigo de una parroquia vecina venia regularmente á decirles misa, y administrarles los sacramentos, juntándose en élla todos á cantar alabanzas á Dios. Esta fue como la cuna de aquella ilustre religion, que con el tiempo fue hermosa porcion del rebaño de Jesucristo, y bello ornamento de su Iglesia; de aquella, que singularizándose entre las demas religiones por su especial cuarto voto de abstinencia, confunde la delicadeza de tantos tibios cristianos, que pretenden tener legítimos motívos para dispensarse en el ayuno y

manjares propios de la Cuaresma. De aquella en fin, que fecunda de hombres insignes, y dilatada por todas las cuatro partes del mundo aun en vida de su fundador, conserva hoy, despues de trescientos años, el fervor del primitivo instituto, y realza su exemplar humilde nombre con el relieve de sus virtudes.

No tenia á la sazon nuestro Santo mas que diez y nueve años; pero su eminente santidad, y las maravillas que el Señor obraba por él, aumentaron tanto el número de sus discípulos, que se vió precisado á pensar en edificar un monasterio que fuese capaz de alojarlos á todos. Quiso poner la primera piedra Pirro, arzobispo de Cosenza; pero como la humildad de nuestro Santo hubiese tomado muy estrechas las medidas, se apareció de repente un frayle Francisco no conocido, y aconsejándole hiciese un convento mas capaz y de extension proporcionada, él mismo formó el plan, le dexó las dimensiones, y desapareció; lo que hizo creer piadosamente al papa Leon X. que el religioso que se habia aparecido habia sido el mismo san Francisco de Asís.

No se puede ponderar el ardor y la fervorosa apresurada ansia con que los pueblos del contorno concurrian á porfia á adelantar la obra del monasterio. Venian á trabajar tropas enteras de oficiales por su propia devocion, sin ser gravosos á Francisco, ni al convento. Los jóvenes de primera distincion, y aun las mismas señoras y damas principales llevaban sobre sus delicadas espaldas las espuertas y el ripio para el cimiento, que servian á los albañiles, y despues los pagaban éllas y éllos los jornales, siendo muy pocos los que no quisiesen tener parte en este maravilloso edificio; pero lo que mas le adelantó fueron los milagros que obró el Señor por intercesion de nuestro Santo.

Uno de los testigos en el proceso de Cosenza para su canonizacion, depone, que habiéndose hecho llevar al Santo por un vehemente dolor que sintió en un muslo, cuya violencia no solamente le impedia el andar, sino que no le permitia tenerse en pie; Francisco, despues de haberle asegurado que aquel dolor era castigo del cielo por el poco respeto que habia tenido á su madre, le mandó que él solo llevase á la obra un andamio de tan enorme peso, que

muchos hombres apenas le podian mover. No pudo contener la risa el enfermo al oir semejante proposicion; pero el Santo le dixo: *Por caridad haced lo que os mando*, *que bien podeis*. Obedeció sin réplica, cargó sin dificultad con toda aquella máquina, llevóla á la obra, y quedó del todo sano.

Vinieron á decir á Francisco que un horno de cal se habia abierto por diferentes partes con la violencia del fuego, y estaba próxîmo á arruinarse. Corre al horno, entra en él intrépidamente, anda entre las llamas cerrando las rendijas, remédialo todo, y se sale con grande serenidad sin la mas leve lesion.

Parece que poseia el don universal de milagros. Desprendido del monte un corpulento peñasco, venía á desgajarse sobre el edificio, y á sepultarle entre sus ruinas. Levanta Francisco las manos al cielo, y se suspende el peñasco en lo mas pendiente de la escarpada montaña. Falta agua á los que trabajan en la obra; hace oracion, y brota una copiosa fuente, que jamás se ha secado. Concluido en fin el portentoso edificio á fuerza de milagros, estableció en él la disciplina regular, sin afloxar en el primitivo rigor de penitencia que habia entablado en la primera ermita. Y aunque no quiso obligar á sus religiosos á una vida tan austéra como la que él hacia, pues habia mucho tiempo que se mantenia con solas legumbres, prohibiéndose aun el uso del pescado, mandó que por cuarto voto se obligasen todos á una perpetua abstinencia de carne y de lacticinios.

No dudando el arzobispo de Cosenza que era obra de Dios el nuevo instituto, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la extension de su diócesis. Los obispos circunvecinos le dieron el mismo permiso, y en poco tiempo vió el Santo establecidos sus hijos en Paula, Paterno, Specia y Corigliano.

Deseosos los sicilianos de entrar á la parte en la dicha de los calabreses, pidieron á Francisco enviase á su isla algunos religiosos. Fue el mismo Santo en persona con otros hijos suyos; y como el patron de un navío no quisiese admitirlos, tendió su pobre manto sobre las ondas, y en aquel nuevo género de embarcacion pasó con sus compañeros todo el famoso estrecho de Sicilia,

siendo cada paso un prodigio, y haciendo en aquella isla muchas fundaciones.

Parece que Francisco tenia la llave de todos los corazones para registrar hasta los pensamientos mas secretos; que estaba á un mismo tiempo en todos los lugares del mundo para ser testigo ocular de los sucesos mas distantes; y que todo el tiempo futuro era para él presente ó pasado, para pronosticar lo que estaba por venir con las circunstancias mas menudas, como si lo hubiera visto, ó lo estuviera viendo con sus mismos ojos.

Profetizó la toma de Constantinopla, y mandó en nombre de Dios al rey de Nápoles, que atacase á los turcos y los echase de Calabria, no obstante la gran desigualdad de sus fuerzas; pero verificó la profecía una completa victoria. Pronosticó al rey de España que expelería á los moros de sus estados, y que á sus mismos ojos recobraría el reyno de Granada. Movida la hermana del Santo de un amor desordenado, estorbó á un hijo suyo que entrase en la religion de su tio; muere el muchacho dentro de pocos dias, tráenle á enterrar á la iglesia del convento, cántanle el oficio de Difuntos, y cuando iban á meterle en la sepultura, ordenó el Santo que llevasen el cadáver á su celda. Hizo oracion, y resucitóle. La pobre madre llena de dolor vino el dia siguiente al convento á consolarse con su santo Hermano; confesó que era justo castigo del cielo, y que si no hubiera estorbado á su hijo que fuese religioso, sin duda viviria. *Y bien*, la dixo el Santo, ¿*darias ahora tu consentimiento*? ¡*Ah, hermano mio*, respondió la afligida madre, *y cómo que le daría*; *pero ya viene tarde*! *Pues aguarda un poco*, la replicó Francisco; súbese á la celda, dá el hábito al sobrino, baxa con él, y preséntasele á la madre. Este fue el célebre padre Fr. Nicolas de Aleso, que acompañó á su tio en el viage de Francia, donde murió con gran fama de santidad.

A vista de tantas maravillas no hay que admirar hubiese hecho en todas partes tan portentosas conversiones. ¿Quién se habia de resistir á un profeta tan poderoso en obras y en palabras?

Informado el papa Sixto IV. de los prodigios que obraba aquel hombre extraordinario, y de los progresos que

hacia su instituto en Sicilia, y en Calabria, quiso verle; y exâminada su regla, la aprobó solemnemente por una bula expedida en 25 de mayo de 1474, nombrando á Francisco por general de toda la órden.

No es posible comprender cómo un hombre solo podia atender á tantos negocios, y á tanta multitud de diferentes acciones, capaces de cansar las fuerzas de muchos y muy robustos. Consultado de todas partes como oráculo del mundo cristiano, á todos responde. Siendo él solo como el alma y el espíritu de su tierna religion, prodigiosamente multiplicada, dispone y arregla todos sus concertados movimientos. Buscado de grandes y de pequeños para alivio en sus dolencias, y para consuelo en sus aflicciones, á todos atiende, á todos socorre, á todos consuela. Pero en medio de esta continuacion trabajosa de fatigas, pasa las noches en oracion sin mas cama que una tabla, y una piedra dura por cabecera. Su vida es un perpetuo ayuno: despedaza su inocente cuerpo con sangrientas disciplinas, sirviéndole de instrumento cadenas de duro hierro; su vestido es un silicio encubierto, ó una túnica de cerdas, que disimulaba la mortificacion sin servir para el abrigo. Su corazon estaba tan abrasado en el amor de Jesucristo, que le bastaba poner los ojos en un crucifixo, ó levantarlos al cielo, para salir fuera de sí arrebatado y extático; y su devocion á la santísima Vírgen era tan fervorosa y tan tierna, que solo con oir el dulce nombre de María, eran sus ojos dos copiosas fuentes de lágrimas amorosas.

No era facil estuviese defendida de la persecucion aquella santidad tan eminente. Un célebre predicador, mas aplaudido que discreto, mal informado de su divino instituto, declamó públicamente contra él; pero apenas le habló dos palabras nuestro Santo, cuando le convirtió en uno de sus mayores panegiristas, y fue despues insigne protector de toda su religion.

Fernando I, rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria y el cardenal de Aragon, dexándose impresionar con demasiada facilidad de los que miraban con desafecto á Francisco, dieron órden de prenderle. El capitan á quien se encargó la comision fue á executarla; pero

apenas se puso en presencia del Santo, y fue testigo de los milagros que obraba, cuando se arrojó á sus pies, y rogándole que pidiese á Dios por él y por aquellos engañados príncipes, volvió á éllos, é informándolos de lo que era verdaderamente el portentoso Paula, hizo que de allí adelante le mirase la córte con ojos muy diferentes.

Extendióse fuera de Italia la fama de su santidad y de sus milagros, y pasando de la otra parte de los Alpes, llegó á la córte de Francia. Hallábase á la sazon el rey cristianismo Luis XI. gravemente enfermo en el palacio de Plesis, cerca de Tours; y habiendo experimentado inútiles todos los remedios naturales, acudió por último recurso al taumatúrgo ermitaño de Calabria. Fue menester mas de un breve pontificio para vencer la humilde resistencia del Santo á venir á la córte; pero al fin, obligado de la obediencia al vicario de Jesucristo, se puso en camino, y su viage fue un itinerario de maravillas; siendo acaso la mayor y la mas admirable de todas su inalterable humildad en medio de tantas honras.

No pudieran hacerse mayores á un legado de la santa Sede, que las que recibió en la córte del rey de Nápoles. Con todo eso habló á aquel príncipe con libertad de profeta, y le hizo derramar lágrimas de arrepentimiento por muchas cosas que habia hecho. El papa Sixto IV. le recibió en Roma como un ángel del cielo; consultóle gravísimos negocios de la cristiandad, y le hizo la honra de mandarle que se sentase junto á su persona. Quiso conferirle los sagrados órdenes, pero en este punto se mostró inflexíble su profunda humildad. De todas las ámplias facultades con que le brindó su Santidad, solo aceptó la de poder bendecir velas y rosarios. Resistiéndose el Pontífice á confirmar el cuarto voto de perpetua abstinencia que hacian los prelados de su órden, cogió el Santo la mano al cardenal Julian de la Rovere, que se hallaba presente, y veinte y dos años despues ascendió al pontificado, tomando el nombre de Julio II, y dixo al Papa: *Santísimo padre, éste hará lo que V. Santidad no quiere hacer*; como como efecto sucedió.

Al acercarse á los pueblos, salian todos en tropas ó procesionalmente á recibirle, y pocos lograban de su presencia que no fuesen testigos de algun milagro. Cuando entró en Vormes, sobre la costa de la Provenza, halló la ciudad casi desolada con una cruel pestilencia; pero no solo quedaron sanos todos los que estaban tocados de la peste, sino que despues acá parece que el contagio ha respetado á aquella ciudad por los méritos del Santo.

Fue recibido en Francia como un hombre enviado de Dios. El Delfin, que fue despues Cárlos VIII, salió hasta Amboisa á recibirle. Llegando al palacio de Plesis, el Rey con toda la córte le salió al encuentro, le hizo tantos honores, dice Comines, y le trató con tanto respeto, como si fuera el mismo papa. Echóse á sus pies, y le pidió de rodillas alcanzase de Dios que le alargase la vida. Pero el Santo le respondió como prudente, y como profeta: *Señor, la vida de los reyes tiene sus límites como la de los demas hombres; V. Magestad me ha hecho venir para que le alcancemos de Dios vida mas larga, y el Señor me trae para disponer á V. Magestad á una santa muerte.* El Rey, á quien hasta entonces el pensamiento solo de la muerte asustaba y aun estremecia, oyó la fatal sentencia con admirable rendimiento á los decretos del cielo. Mandó que alojasen al Siervo de Dios en un cuarto dentro de palacio, para poder hablarle con mas comodidad y con mayor frecuencia; cada dia pasaba con él dos ó tres horas, y cuanto mas le trataba, mas convencido quedaba de su extraordinaria santidad; y resignado en fin perfectamente en las disposiciones del Señor, murió en sus manos con demostraciones muy cristianas, despues de haberle encomendado á sus tres hijos, y pedídole el sufragio de sus oraciones por el descanso de su alma.

Cárlos VIII. aún hizo mas singulares honras á nuestro Santo, que las que le habia hecho su padre. Nada hacia sin su consejo, no solo de las cosas tocantes á su conciencia, pero aun de los negocios pertenecientes al estado; tan cierto es que la virtud es respetable aun á los mayores monarcas. Quiso que fuese padrino de su hijo el Delfin, sacándole de pila; y que le pusiese el nom-

bre que gustase. Fundó un hermoso convento de su órden en el parque de Plesis, otro en Amboisa en el mismo lugar adonde habia salido á recibir al Santo cuando vino á Francia; y hallándose en Roma este Príncipe el año de 1455, fundó en aquella córte el tercer convento de la misma órden, con la advocacion de la santísima Trinidad, queriendo que los religiosos que viviesen en él, fuesen siempre de la nacion francesa. Mostróse el Santo por toda su vida sumamente agradecido á la bondad del Rey y á sus grandes beneficios: y le alcanzó de Dios con sus oraciones dos insignes victorias, una en la batalla de san Aubin, y otra en la famosa jornada de Fournoue. A san Francisco de Paula debe en parte la corona de Francia el ducado de Bretaña, por el matrimonio del rey Cárlos con Ana, heredera de aquel opulento estado; en cuya negociacion se empleó el Santo con feliz suceso. Luis XII, sucesor de Cárlos VIII, aun quiso exceder á sus predecesores en las demostraciones de amor y de beneficencia á nuestro Santo, de que le dió pruebas ilustres y gloriosas.

Pero lo mas asombroso en la vida de este hombre extraordinario, fue la inalterable uniformidad de su maravillosa conducta; tan pobre, tan humilde, tan mortificado, tan recogido en medio de la córte del papa y de los reyes, como en la soledad de su primera ermita.

Durante su residencia en el convento de Plesis, acabó de retocar y dar la última mano á las tres reglas que compuso para religiosos, para religiosas, y para la Tercera órden; teniendo el consuelo de verlas primeramente aprobadas por el papa Alexandro VI, y despues solemnemente confirmadas el año de 1506 por Julio II, como el Santo lo habia profetizado. Pero el humilde y santo Fundador estuvo tan lejos de dar su nombre á la órden, que quiso absolutamente que sus hijos se llamasen como él: *Los mínimos* de todos; nombre, que en nuestra santa religion los da mas honra, y los llena de mas ilustre esplendor, que los mas magníficos dictados. Y como la caridad, que tenia frecuentemente en la boca, y contínuamente en el corazon, fue el móvil de todas sus acciones, quiso que fue-

se tambien en parte el carácter de sus hijos; de suerte que de las dos virtudes mas queridas de nuestro Santo, la humildad cristiana y la caridad, la primera dió el distintivo á la órden, y la segunda la sirvió de símbolo, ú de empresa, segun las altas disposiciones del cielo.

Llegó en fin el año de 1507, en que aquel hombre portentoso, tan universalmente venerado, y tan profundamente humilde; aquel profeta, aquel nuevo taumatúrgo, que renovó en su tiempo los mayores prodigios de los pasados siglos; aquel gran santo, cuyas asombrosas virtudes fueron otros tantos milagros, despues de haber visto extendida su religion en Italia por la benevolencia y estimacion de los sumos pontífices; en Francia por el amor, la liberalidad y el agradecimiento de los reyes cristianísimos; en España por el zelo del rey don Fernando el Católico; y en Alemania por la cariñosa veneracion que le profesaba el emperador Maxîmiliano I, siendo como el oráculo universal del orbe cristiano y la admiracion de los pueblos, colmado de merecimientos, con una enfermedad de pocos dias, que para él fue una contínua oracion; habiendo juntado á sus religiosos, y encomendádoles mucho el amor de Dios, la caridad y union entre sí, la fidelidad á la santa regla, y especialmente al cuarto voto de perpetua abstinencia, se hizo llevar á la iglesia el jueves Santo, habiéndose confesado y recibido el Viático, los pies descalzos y con un dogal al cuello, mandó que le restituyesen á su pobre celda, en la cual el dia siguiente dos de abril rindió dulcemente su espíritu en manos de su criador, siendo de edad de 91 años; prodigiosa duracion de vida, que puede reputarse por nuevo milagro en un cuerpo tan extenuado con los trabajos y con la penitencia.

Fue conducido el cadáver del Santo á la iglesia del convento, donde estuvo expuesto tres dias sin poder darle sepultura hasta la tarde del lunes siguiente por el inmenso concurso que acudió á venerarle. Enterráronle en fin; pero el jueves de aquella misma semana, la duquesa de Borbon, hija de Luis XI, y la condesa de Angulema, madre de Francisco I, le hicieron sacar de la sepultura, y le

conduxeron á una bóveda de cantería ricamente adornada, que habian mandado labrar debaxo de su magnífica capilla. Allí estuvo el santo cuerpo expuesto por muchos dias tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo; y allí fue donde un célebre pintor, sacando primero una mascarilla de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido, que se conserva hasta el dia de hoy en el Vaticano.

Desde luego comenzaron los fieles á experimentar los efectos de su poderosa intercesion en la multitud portentosa de milagros. Los pedazos de su hábito, y todas las pobres alhajuelas que habian servido al Santo, fueron instrumentos de innumerables maravillas. Toda la Europa, pero especialmente la Francia y la Italia, comenzaron desde luego á solicitar con las mas vivas instancias su canonizacion. Julio II, dió principio á las informaciones; Leon X, le beatificó el dia 7 de julio de 1513, y finalmente, el dia 1 de mayo de 1519 fue canonizado con extraordinaria solemnidad.

El año de 1562 los hugonotes asolaron la provincia á sangre y fuego; y como principalmente empleaban su sacrílega rabia en las reliquias de los santos, que con diabólico furor reducian á cenizas, entraron como desatadas furias en la iglesia del convento de Plesis; abren el sepulcro del Santo, encuentran el precioso cadáver entero y sin lesion, vestido de su hábito; échanle una soga al cuello; arrástranle impíamente por la iglesia y por el convento hasta llevarle á una pieza que servia de hospedería; allí encienden una hoguera; arrójanle en élla con algazara, y para cebo de la llama echaron una gran cruz de un crucifixo muy corpulento, que á este fin habian desenclavado. Habia el Santo profetizado esta horrible impiedad de los hugonotes, señalando hasta el año en que habia de suceder; como algunos meses antes que sucediese se lo declaró al padre visitador José de Tellier un religioso de la órden, que habia recibido el hábito de mano del mismo san Francisco. Pero no quiso Dios privar enteramente á los fieles de tan precioso tesoro; consumió el fuego la carne, mas la mayor parte de sus huesos fue preservado por los católicos zelosos, que se mezclaron disimuladamente entre los hereges, y se distribuyeron despues en diferentes iglesias

aquellas inestimables reliquias. Al convento de Plesis, y á la iglesia de *nuestra señora la Rica*, que es parroquia de Tours, tocó una porcion de ellas; las demas se conservan con singular veneracion en las iglesias de los Mínimos de Nigeon de la plaza real de Paris, de Aix en la Provenza, de Nápoles, de Génova, de Madrid, de Barcelona y de Paula, donde se guarda hasta el dia de hoy como preciosísima reliquia el pobre, viejo y raido hábito que dexó allí el Santo cuando pasó á Francia, por el cual cada dia obra el Señor portentosas maravillas.

La misa es en honra del mismo Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, humilium celsitudo; qui B. Franciscum confessorem, sanctorum tuorum gloria sublimasti: tribue, quæsumus; ut ejus meritis et imitatione, promissa humilibus præmia feliciter consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que eres la exâltacion de los humildes, y que elevaste á tu confesor el bienaventurado Francisco á un sublime grado en la gloria de los santos; pedímoste nos concedas, que por sus merecimientos é imitacion, consigamos felizmente los premios que están prometidos á los humildes: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. de san Pablo á los filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quod omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo mo-

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiercol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando

do occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis: non quod jam acceperim, ut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

en mí la imagen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

»El asunto de esta carta en rigor no es mas que dar »gracias el Apóstol á los filipenses, pueblos de Macedonia, »por la liberalidad y caridad que habian usado con él; pe»ro á vuelta de eso, no dexa de darles en toda élla conse»jos muy saludables, y lecciones eficacísimas de la mas »elevada santidad y perfecto desasimiento. Escribióse esta »epístola en Roma hácia el año del Señor de 61.

REFLEXIONES.

Las que hasta aquí tenia por felicidades, ya comienzo á mirarlas como desgracias, por amor de Jesucristo: *Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta.* Solo por una pura ilusion, solo por error podemos juzgar dignos de nuestra estimacion los bienes criados; el capricho del entendimiento humano, la extravagancia de nuestro gusto, una ciega preocupacion puede únicamente darnos algun precio. La medida de su justo valor es la opinion, y ésta crece ó mengua con la pasion. Las tierras, las posesiones, los empleos, que son el objeto de nuestra ambicion, podemos decir, que no solo gozamos mas que por via de empréstito; somos á lo sumo unos meros arrendatarios ó administradores, que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. ¿Pero qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con éllos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el manjar dulce que no presto se convierta en cólera. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, ágrios y sil-

vestres. ¿Cuándo se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo eso, es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre, facilmente se dexa deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¡es posible que ha de tener por gran fortuna esos oropeles, esos fantasmones de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion! ¡Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar expuestos en esas eminencias á tantas tempestades, á tantos furiosos vientos! ¡qué fortuna no dar paso que no sea un precipicio; caminar por entre espinas, que punzan, que penetran que despedazan; andar oprimidos con cargas que sufocan! ¡qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para estar descubierto á los tiros del enemigo, para que haga mejor la puntería al que se distingue mas entre la muchedumbre! ¡qué fortuna en fin, respirar siempre un ayre inficionado, vivir mas atolondrado que los ótros, porque está mas cerca el ruido; estar expuestos á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro! No; no tengamos envidia á los dichosos del siglo, algun dia darán motivo á su llanto esas sus soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte éllos mismos las calificarán de verdaderas desdichas, ¡Oh, qué cosa tan triste es comenzar tan tarde á tener juicio, á conocer las cosas como son, y no como parecen! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad y ninguna substancia de lo que deslumbra, y de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo, solo es bueno para servir de víctimas á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de san Pablo lo dexa todo por ganar á Jesucristo.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis: et date eleëmosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la humildad cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella obscura y cobarde ociosidad de un corazon insulso, de una razon medio apagada; es un conocimiento vivo, una persuasion efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de sí mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa mas razonable, no hay cosa mas noble que este baxo concepto de sí propio; porque no la hay mas verdadera. Es menester entendimiento para conocer y confesar que un hombre está lleno de defectos y falto de todo mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solamente admiran lo que tienen dentro de sí, como aquellos infelices groseros aldeanos que nunca vieron mas que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazon y

aquel entendimiento; cuando á favor de las luces sobrenaturales registra uno lo que es, y lo que puede ser; cuando descubre aquel monton de culpas, aquel hondo sin suelo de miserias, aquella propension natural á lo malo, aquella debilidad, aquella flaqueza para todo lo bueno; ¿cómo puede dexar de mirarse á sí mismo con el último desprecio? ¿cómo puede sufrir que le alaben sin caérsele la cara de vergüenza? ¿no es cortedad, no es falta de entendimiento, no es especie de locura engreirnos de que nos tengan por lo que no somos, y sentir que nos conozcan por lo que valemos? ¿y no es éste el verdadero carácter del orgullo? La humildad, por el contrario, gusta mucho de que nadie se engañe á nuestra cuenta; ¿qué cosa mas puesta en razon? El que desea ser estimado, en ese mismo deseo acredita lo poco que lo merece: ¿qué mayor injusticia que exîgir del público un tributo que no se nos debe?

Quid habes quòd non accepisti? dice el Apóstol (1. *Corinth.* 4.): ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si fuera cosecha tuya? ¿será por ventura menester dar tormento á nuestra razon para descubrir dentro de nosotros mil motivos para humillarnos? Errores en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, desvaríos en la imaginacion; todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta las prendas mas brillantes que goza están cercadas de sombras. No; no es menester abrir las sepulturas para convencerse cualquiera de que el monarca mas poderoso, y el vasallo mas infeliz, todos son polvo y ceniza: *Quid superbit terra et cinis?* (*Eccl.* 10.). ¿De qué se ensoberbecerá la ceniza? ¿de qué se engreirá el polvo? Ciertamente nada nos debe humillar tanto como nuestro mismo orgullo. ¡Y será posible, Señor, que todavía me cueste trabajo ser humilde, y serlo á vista de un Dios tan humillado para curar la hinchazon de mi orgullo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que fuera de los motivos que tenemos para humillarnos, debiéramos ser humildes, aunque no fuera mas que por lo mucho que se gana en el exercicio de esta importante virtud.

Ninguna hay sin humildad; y todas cuestan poco á una alma verdaderamente humilde. Comunícase á ésta, dice el apóstol Santiago (*Jacob.* 4.), con abundancia la gracia. Y añade el Sabio: *Finis modestiæ, timor Domini, divitiæ, et gloria, et vita* (*Prov.* 22.). El que es humilde, teme á Dios; crece en mérito y en gloria; y cuanto mas profundo es el cimiento de la humildad, mas elevado es el edificio de la perfeccion: *Humiles spiritus salvabit* (*Psalm.* 33.). La humildad cristiana es prenda de la salvacion. ¿En quién pondré yo mis benignos ojos, dice Dios por el Profeta? ¿á quién franquearé los tesoros de mi misericordia, sino á un corazon humilde y contrito? *Ad quem respiciam, nisi ad pauperculum, et contritum?* (*Isai.* 66.).

Bien se puede decir que la humildad desarma la cólera de Dios, que le gana el corazon, y le empeña, por decirlo así, en hacer las mayores maravillas: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* La gracia de haber sido elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, no la atribuyó la santísima Vírgen ni á su virginidad, ni á su fervor, ni á todas las demas virtudes que poseía en grado tan eminente, sino precisamente á su humildad: *Quia respexit humilitatem.* Seamos humildes, no salgamos jamás de nuestra nada, y aquel gran Dios, que crió de esta misma nada á todo el Universo, se valdrá de nosotros para obrar mil maravillas.

Mira á los apóstoles; pon los ojos en los mayores santos; todos fueron á cual mas humildes. ¡Qué prodigios no obró el portentoso Paula entre los grandes y los pequeños! Fue sin duda el milagro de su siglo; ¿pero habia en el mundo hombre mas humilde? ¡Cuándo ha de llegar el tiempo de que tantos y tan visibles exemplos, tantos y tan poderosos motivos, tantas y tan urgentes razones nos abran finalmente los ojos, sean eficaz medicina á nuestro orgullo, y nos hagan tomar gusto á la humildad!

¡Puedo, Señor, veros á vos tan humilde hasta la muerte, y muerte de cruz! ¡puedo verme á mí mismo tan hinchado de orgullo y de vanidad, y que esto mismo no me sirva para ser humilde! ¡Ah! que bien y facilmente puedo serlo; mis máximas, mis operaciones, toda mi conducta está gritando lo que soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia infinita. Mandáisme que aprenda de vos á ser humilde de corazon; haced que verdaderamente lo

sea; con todo el corazon os lo pido, con toda el alma lo deseo.

JACULATORIAS.

Loquar ad Dominum meum cùm sim pluvis et cinis? Genes. 18.

¿Tendré aliento para hablar á mi Dios, á mi Señor, yo que no soy mas que ceniza y polvo?

Ego sum pauper et dolens: salus tua, Deus, suscepit me. Salm. 68.

Pobre soy, enfermo soy; tened misericordia de mi, y sed, Señor, mi salud.

PROPOSITOS.

La humildad sin la humillacion ordinariamente no es mas que aquel especulativo conocimiento que se tiene del mérito, y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. Ninguno es humilde precisamente porque conozca los motivos que tiene para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura, la menos equívoca de la humildad es el deseo de la humillacion. Si esta importantísima virtud consistiera solo en palabras, los cumplimientos menos sincéros acreditarian de humildes á muchos, que se alimentan de orgullo y de vanidad. ¡Cosa extraña! Está uno atestado de nulidades hasta los ojos, tan de bulto, que los mas ciegos los palpan, y no puede tolerar que ótros las perciban. Si alguno se las nota, si se las significa, ¡qué ódio, qué mortal aversion! Condena él mismo en ótros estos propios defectos, y pretende que los demas los disimulen en él porque son suyos. Corrige desde luego un vicio tan comun, y tan injusto. Si no tienes virtud para amar la humillacion, ten á lo menos humildad para sufrirla con paciencia; no te disculpes en aquellas ocasiones en que es maltratado el amor propio, y dispone Dios que te ajen la vanidad. Puede ser que te alegres de haber callado; no eches á perder con una especie de silencio seco y desabrido, con una palabrilla picante, con cierta indignacion mal disimulada, que sale demasiadamente hácia fue-

ra, no eches á perder el mérito de esta corta humillacion, que es admirable remedio contra las inflamaciones del corazon.

2 No siempre nace del genio ni del mal humor la demasiada delicadeza, y el poco sufrimiento de los amos; un secreto orgullo, una soberbia no muy encubierta, suele ser frecuentemente el verdadero principio de tantas prontitudes, de tantas vivezas impacientes. No pueden llevar en paciencia una palabra menos respetosa, alborotan la casa al mas leve descuido de un criado; dales en rostro la lentitud espaciosa de la familia: si alguno se muestra menos pronto, menos obediente á sus órdenes, se pone de mal humor. Llama con el nombre que quisieres á esas impaciencias, á esos enfados; cúbrelos con la capa que te pareciere; lo cierto es que serías mas sufrido, si fueras menos orgulloso. Comienza desde este mismo punto á poner en práctica las reglas siguientes. Primera: Excusa con caridad las faltas de ótros, y no permitas que tu familia haga conversacion de éllas. Segunda: Cuando te faltaren en alguna cosa que toque inmediatamente á tu persona, como en ciertas atenciones, en ciertos honores, en cierta distincion que se te debe; cuando se hayan olvidado de presentarte ciertos obsequios ó servicios, no pierdas el mérito de estas humillaciones. La poca memoria de unos criados; la grosería ó la mala crianza de ótros; la poca maña y la ninguna habilidad de aquéllos; la malignidad, el perverso corazon de algunos falsos amigos, te ofrecerán mil ocasiones cada dia de hacer al Señor estos pequeños sacrificios. Tercera: Díte muchas veces á ti mismo lo que se decia san Bernardo: *Adoro á un Dios humillado por mí hasta la muerte, y muerte de cruz; ¡y yo no he de ser humilde!*

DIA TERCERO.

Santa María Egipciaca, la penitente.

El año 421, imperando Teodosio el menor, sucedió la preciosa muerte de santa María Egipciaca, cuya pe-

nitencia, y demas admirables virtudes quiso el Señor descubrir al mundo por medio de san Zósimo, como en otro tiempo se valió de san Antonio, para manifestar á los fieles la asombrosa penitencia y demas virtudes de san Pablo.

Vivia en un monasterio de la Palestina cierto famoso solitario llamado Zósimo, que criado desde su infancia en los exercicios de la vida religiosa, y conservando siempre el primer candor de la inocencia, habia arribado á una eminente virtud. Mereciése tan elevado y tan general concepto por la pureza de sus costumbres, por su fervor en los penosos exercicios de la penitencia, por su amor al retiro, y por su contínua aplicacion á la oracion, por su devocion fervorosa y tierna, y por las celestiales luces que el Señor le comunicaba, que el obispo diocesano le ordenó de sacerdote.

Habia cincuenta y tres años que vivia Zósimo entregado á los exercicios de la vida solitaria, cuando le asaltó cierto pensamiento, acompañado de no sé qué secreta complacencia, ofreciéndosele á la imaginacion, que habiéndose retirado al monasterio desde su niñez, acaso no habria ótro en todos aquellos desiertos que estuviese tan adelantado como él en el camino de la perfeccion.

Inquieto con estos pensamientos, que no le disgustaban del todo, ni hacia las debidas eficaces diligencias para desecharlos, se llegó á él cierto monge forastero, que noticioso de lo que pasaba en su alma, para desengañarle, y para que conociese la ilusion del enemigo, le dixo, que pidiese licencia á su abad para acompañarle á otro monasterio no distante del suyo, pero poco conocido, donde encontraria grandes y poderosos remedios contra la dolencia de su orgullo, á vista de las extraordinarias virtudes que practicaban los muchos monges que vivian en él.

Consintió Zósimo, y admitido en aquel monasterio, á pocos dias conoció su miseria, y estuvo muy léjos de tenerse por perfecto, cuando vió la sublime perfeccion de aquellos asombrosos solitarios. Parecia una comunidad de ángeles mortales, que ocupados únicamente en servir á Dios, se olvidaban aun de las mas ordinarias conveniencias de la vida: su retiro era verdaderamente

admirable; su ocupacion contínua, la oracion, el trabajo de manos, y rezar ó cantar el Salterio; y aunque parecia imposible mayor, ni mas rigurosa penitencia que la que hacian en el monasterio en el discurso del año; luego que llegaba la Cuaresma, se retiraban todos á pasarla en el desierto, en memoria de la que el Hijo de Dios pasó en él; para imitarle en el rigor de su ayuno. Esta ceremonia se practicaba de esta manera: Celebrábase la primera Domínica de Cuaresma una misa muy solemne, en que comulgaban todos los monges; recibian la bendicion de su abad; despedíanse únos de ótros tiernamente dándose osculo de paz; abríase la puerta del monasterio; salian todos, y pasando el Jordan, cada uno se retiraba á lo mas profundo y escondido del desierto, hasta el domingo de Ramos, en que todos debian volver al monasterio.

Pasó Zósimo el Jordan con los demas monges. La ansia que tenia de descubrir en aquella espantosa soledad á algun gran siervo de Dios, le fue empeñando mas y mas, y se internó mucho en élla. Veinte dias habia que corria aquellos espaciosísimos desiertos, cuando parándose hácia la hora de medio dia á cantar Salmos, segun su costumbre, advirtió á alguna distancia una como fantasma, ó sombra de cuerpo humano, que corria aceleradamente. Era una muger que iba huyendo de aquel hombre. Zósimo, que no la conocia, se sobresaltó, tuvo miedo, é hizo la señal de la cruz; pero vuelto un poco en sí, resolvió seguirla. Fue hácia élla con apresurado paso, y cuando se halló á distancia en que á su parecer podia ser oido, levantó la voz, y dixo: *Siervo de Dios, ruégote por aquel Señor á quien sirves, que te detengas, y me aguardes.* Hízolo la muger luego que se metió en una especie de foso ú hoyo donde de algun modo podia encubrir su desnudez. Cuando el santo Viejo se iba acercando hácia el borde, oyó una voz que le dixo: *Padre Zósimo, echa tu manto á esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendicion, y pueda hablarte.*

Oyéndose Zósimo nombrar por su nombre, no dudó que aquella persona, á quien Dios se le habia revelado, era una alma de grande santidad. Arrojóla su manto, y habiéndose cubierto la Santa, salió del hoyo, y se

fue hácia el santo Viejo; éste se puso de rodillas, y la pidió su bendicion; pero la Santa, postrándose á sus pies, le dixo: *Te has olvidado, Padre, de que eres sacerdote, y de que á ti te toca darme tu bendicion, y rogar á Dios por la mayor y mas miserable pecadora que ha habido en el mundo.*

Concluida esta pequeña contienda de humildad, y levantándose los dos, rogó Zósimo á la Santa le dixese quién era, y cuánto tiempo habia que vivia en aquel desierto. *Sí haré*, respondió élla, *pero hagamos primero oracion, y despues te responderé.* Volvióse hácia el Oriente, levantó las manos y los ojos al cielo, y pasó algun tiempo en oracion. Oraba tambien Zósimo, y volviendo casualmente los ojos hácia élla, la vió cercada de luz. Entonces se le ofreció si acaso sería algun espíritu ó alguna fantasma. *Ni úno ni ótro soy*, exclamó la Santa, tornándose hácia el santo Viejo: *Soy un poco de polvo y ceniza, que no merecia ver la luz del dia; pero aunque vil y miserable, soy cristiana*; y diciendo esto, hizo la señal de la cruz en la frente, en los ojos, en los labios, y sobre el corazon. Despues se sentó, y rogando á Zosimo que se sentase, *Sábete, Padre*, le dixo, *que aquel buen Pastor, que tiene tanto cuidado de las ovejas descarriadas, como de las que nunca salieron del redil, no te ha enviado aquí sin altos fines; sea su nombre eternamente bendito.*

"Yo soy una pobre muger natural de Egipto, que »habiendo dexado la casa de mis padres á los doce años »de mi edad por vivir á mi libertad, me fui á Alexan»dría, donde me entregué á todo género de disoluciones »por espacio de diez y siete años. No pecaba por inte»res; pecaba únicamente por pecar; no pretendiendo mas »premio del pecado que el pecado mismo. Creeré que »hasta ahora ninguna muger ha perdido en el mundo á »tantas almas, y que el infierno no ha suscitado en él »cortesanas mas perniciosas que yo. Viendo un dia que »concurria hácia el mar una gran multitud de gentiles »para embarcarse, pregunté adónde iban; y habiéndome »informado de que pasaban á Jerusalen á celebrar la »fiesta de la Exâltacion de la santa Cruz, me dió gana de »seguir la muchedumbre. Embarquéme, y me estremez-

»co de horror, cuando me acuerdo de los abominables »escándalos de que llené á todo el navío. Viví en Jerusalen como habia vivido en Alexandría, con el mismo »desórden, con la misma disolucion, con la misma des»vergüenza.

»Llegado el dia de la fiesta, concurrí con los de»mas á la puerta de la iglesia para adorar la santa Cruz; »pero al querer entrar, me detuvo poderosamente una »mano invisible. Quedé tan sorprendida, como sobresal»tada; hize nuevos esfuerzos, pero todos fueron inúti»les; cuanto mas forcejeaba, con tanta mayor fuerza era »repelida. Abrí los ojos del alma, y conocí que mis enor»mes culpas eran las que me hacian indigna de ver y de »adorar el sagrado madero en que Jesucristo obró nues»tra redencion. Llena de confusion, y deshaciéndome »en lágrimas, comencé á mirar con horror mis gravísi»mos pecados; á la confusion se siguió inmediatamen»te el dolor, y toda turbada me senté en un rincon de »la plaza, donde enteramente me abandoné al llanto, al »arrepentimiento, á los gemidos, á los suspiros mas ve»hementes que arrancaban el dolor de lo mas íntimo »del pecho. En medio de esta desolacion, levanté casual»mente los ojos hácia arriba, y ví enfrente de mí una »imágen de la santísima Vírgen. Acordándome entonces »de haber oido decir muchas veces, que María era ma»dre de misericordia y refugio de pecadores, *Madre de »misericordia*, exclamé, *tenedla de esta infeliz y misera»ble criatura*; *refugio sois de pecadores*; *pues siendo yo »la mayor de todas cuantas ha habido, parece que tengo »algun particular derecho á vuestra especial proteccion: »No merezco, Señora, que mi Dios derrame sobre mí »aquella abundancia de gracia que derrama hoy sobre »tantas almas fieles, como se aprovechan de la sangre de »Jesucristo; pero á lo menos no me negueis el consuelo de »ver y adorar en este dia el sacrosanto madero, en que »mi dulce Redentor obró la salvacion de mi alma. Yo os »prometo, Señora, que despues de este favor, que espe»ro de vuestra clemencia, me iré prontamente á un desier»to á llorar por todos los dias de mi vida mis enormísi»mas culpas, y á vivir tan retirada del mundo, que pier»da del todo hasta su infeliz memoria.*

»Animada entonces de una extraordinaria confianza, »me levanto intrépida, parto á la iglesia apresurada, y »entro en élla sin resistencia como todos los demas. Allí »penetrada toda de un religioso temor, y despedazado de »dolor el corazon, me postro ante aquella preciosa prenda »de nuestra redencion, y detestando amargamente mis »maldades, dexo regado el suelo con mis lágrimas.

»Hecha esta diligencia, vuelvo con nuevo aliento al »sitio donde estaba la imagen de la santísima Vírgen, »y puesta de rodillas, la digo con la mayor confianza: »*Madre de misericordia, despues de Dios, vuestra es la »obra de mi conversion; no dexeis imperfecto lo que ha- »beis comenzado; indigna soy de vuestros favores, pero »no de vuestra compasion; en vos coloco toda mi esperan- »za despues de Jesucristo; os prometí dexar el mundo; »aquí estoy á cumplir lo que ofrecí; dadme á entender lo »que debo hacer, y sed mi conductora en el camino de la »salvacion.*

»Apenas acabé de hacer esta oracion, quando oí dis- »tintamente una voz como á larga distancia, que me de- »cia: *Pasa el Jordan, y hallarás descanso.* No deliberé »un punto; y suplicando á la Vírgen que fuese mi bue- »na madre, salgo al instante de la ciudad, llevando por »toda provision tres solos panes. Llegué hácia el anoche- »cer á la orilla del Jordan, donde hallé una iglesia dedi- »cada á san Juan Bautista; entré en élla, pasé en ora- »cion un poco de tiempo; y despues de comer medio pan »de los que llevaba, gasté lo restante de la noche en »detestar mis maldades, en gemir, y en implorar la mi- »sericordia divina. Luego que llegó la mañana, purifiqué »mi alma con el sacramento de la penitencia, recibí la »sagrada Eucaristía; y volviendo á encomendarme á la »santísima Vírgen, á quien debo mi conversion, pasé el »Jordan en un baxel, y entré en este dichoso desierto »siendo de edad de veinte y nueve años, sin que en cua- »renta y siete que ha que estoy en él, haya visto otra »persona que á ti.

»*¿Pues de qué te has mantenido?* la replicó Zósimo. »*El poco de pan que traxe*, respondió la Santa, *se acabó »presto; despues no he comido mas que yerbas y raices.*

»*¿Y te ha dexado en paz el tentador?* la preguntó el

»santo Viejo. No quieras, Padre, obligarme, prosiguió la »Santa, á que te cuente las espantosas tentaciones, los »horribles combates, las terribles pruebas á que me ví »expuesta por espacio de diez y siete años; solo con acor»darme de éllos me estremezco; todo el infierno junto »parecia haberse desatado y conspirado contra mí; mis »pasiones, mi corazon, mis potencias, mis sentidos pa»recian haberse conjurado todos para perderme. ¡Qué no »me costó combatir contra los violentos deseos de la in»temperancia, vencer el tedio y disgusto, sufrir el rigor »de las estaciones del año, domar la carne para borrar »las ideas del mundo y de las diversiones profanas! Si »no perecí, efecto fue de la misericordia del Señor. Pa»ra lidiar con tantos enemigos no usaba de otras armas, »que doblar la oracion, aumentar la penitencia, tener »cada dia mayor confianza en Dios y en la proteccion »de la santísima Vírgen, á la cual debo la gracia de mi »conversion y la de mi perseverancia. En élla encontra»ba cuanto habia menester; élla me asistió en todos los »peligros; élla presentó á su Hijo mis lágrimas y mis ge»midos, y élla me ha conducido como por la mano en »esta penosa carrera: (*Ex M. S. Græco Reg. christia»nis, et altero Duc. Bavariæ collatis, cap. 2.*). *Auxilia»tricem habui, ac pœnitentiæ susceptricem, et usque in »hodiernum diem in omnibus mihi adfuit protectrix mea, »meque velut ad manum semper deduxit.*"

Como vió Zósimo que se valia de algunas palabras y lugares de la sagrada Escritura, la preguntó si los habia leido. Nunca he sabido leer, respondió la Santa; pero el Señor lo suple todo cuando es su santísima voluntad. Diciendo esto, se levantó, y encargándole el secreto mientras élla viviese, le rogó que al año siguiente volviese á verla el dia de jueves Santo, y la traxese la sagrada Eucaristía para poder comulgar. *Hasta ese dia*, añadió con espíritu profético, *no saldrás del monasterio, ni estarás en estado de poder salir; pero ese dia vendrás á la orilla del Jordan, y en élla me encontrarás*; con lo cual le pidió su bendicion, y se retiró.

El santo viejo Zósimo, alabando mil veces al Señor por haberle descubierto aquella maravilla de su gracia, se volvió á su monasterio, donde pasó todo el año en per-

pétuo silencio y en mas rigurosa penitencia. Llegada la Cuaresma siguiente, se halló asaltado de una ardiente calentura, que le molestó por toda élla, y no le permitió salir del monasterio hasta el jueves Santo, segun la profecía de la Santa. Este dia, obtenida particular licencia de su abad, salió del convento, y llegó ya muy tarde á la orilla del Jordan, llevando consigo la sagrada Eucaristía. Apenas llegó, cuando á la luz de la luna descubrió á la Santa en la orilla opuesta. Era la dificultad cómo habia de pasar el rio, mas la Santa, hecha la señal de la cruz, caminó sobre el agua, como pudiera por tierra firme. Atónito y asombrado Zosimo, se puso de rodillas; mas la Santa le levantó, acordándole que era sacerdote, y diciéndole que mirase lo que traía consigo. Postrada despues á presencia del santísimo Sacramento, y deshaciéndose en lágrimas, pidió al Padre que rezase el Credo y el Padre nuestro. Acabadas estas oraciones, la dió el Santo la comunion; y élla penetrada de los mas vivos sentimientos de devocion, de amor y de reconocimiento, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó diciendo: *Ahora, Señor, dexad ir en paz á vestra Sierva, segun vuestra divina palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de vos*; y vuelta despues á Zósimo, le dixo: *Padre, otra gracia tengo que pedirte, y es que la Cuaresma que viene tengas á bien de volver á aquella parte del desierto, donde me viste la primera vez, y allí me hallarás como Dios fuere servido.* Pues yo tambien tengo que pedirte, la replicó Zósimo, y es que quieras tomar alguna cosilla de lo que te traigo prevenido para comer; la Santa tomó tres granos de lentejas, metiólos en la boca, pidióle su bendicion, hizo la señal de la cruz, volvió á pasar el Jordan, sobre las aguas, y se retiró.

Llegado el año siguiente, y el tiempo acostumbrado en que los monges se retiraban al desierto, salió Zósimo con los demas, y se encaminó hácia aquella parte de él donde dos años antes habia encontrado á nuestra Santa la primera vez, yendo ahora muy prevenido para no olvidarse de preguntarla su nombre, como se habia olvidado en las dos ocasiones precedentes. Pero ya la encontró muerta, tendido en tierra el cadáver, tan fresco como si acabara de espirar, y junto á él escritas en la

arena estas palabras: *Padre Zósimo, entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre María, que murió el mismo dia de viernes Santo, luego que recibió la sagrada comunion, y no te olvides de rogar á Dios por élla.*

Eternecióse Zósimo á vista del santo cuerpo, y derramó algunas lágrimas. Hecha despues oracion, vió venir hácia él de lo interior del desierto un leon de extraordinaria grandeza. Al principio se sobresaltó, pero serenóse presto, viendo que la fiera se acercaba mansamente hácia la Santa, y como que la besaba los pies; arrimándose despues al mismo Zósimo, comenzó como á halagarle con blandos movimientos de la cola. Hecho esto, abrió con las garras un hoyo bastantemente profundo; y volviéndose á emboscar en el desierto, dexó libertad á Zósimo para enterrar el santo cuerpo, como lo hizo, cantando los salmos, y las demas oraciones que acostumbra la santa Iglesia en estos casos. Concluido este piadoso oficio, se restituyó Zósimo á su monasterio, donde contó lo que habia visto del modo que lo acabamos de referir.

Muy desde luego se comenzó á celebrar el culto de la Santa en la iglesia griega, y casi desde el mismo tiempo en la latina. En algunas iglesias se celebra aun el dia de hoy con grande solemnidad su fiesta el dia dos de abril, y en otras el dia nueve. Dícese que una parte de sus reliquias se trasladó á Roma, cuando los infieles comenzaron á apoderarse de la Tierra Santa. En Tornay se veneran algunas de éllas, las que es tradicion haber dado el papa Hormisdas á san Eleuterio. En Nápoles se conserva la cabeza de esta Santa penitente, traida á aquella ciudad por el abad de Calabria el año de 1059. El martirologio romano anuncia su muerte el dia dos de abril; pero la fiesta de san Francisco de Paula nos obligó á trasladar al dia tres la historia de su admirable vida.

La misa es del Comun de las santas ni vírgenes, ni mártires, y la oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatæ Mariæ Ægyptiacæ festivitate gaudemus; ità piæ devotionis erudia-

Oye, Señor, y Salvador nuestro, nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de santa María Egipciaca,

mur affectu: Per Dominum nostrum...

así tambien recibamos el fervor de una devocion verdadera: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del apóstol san Pablo á los efesinos, cap. 5.

Videte, fratres, quomodò cautè ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes: sed intelligentes quæ sit voluntas Dei.

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto no seais imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

NOTA.

»Habia estado san Pablo por mucho tiempo en Éfeso, »metrópoli del Asia menor, y habia trabajado con infa»tigable zelo en la conversion de sus habitadores. Ha»llándose preso en Roma, tuvo noticia que algunos fal»sos doctores habian entrado en Éfeso, y enseñaban en »élla mala doctrina, por cuyo motivo escribió esta carta »á los fieles para confirmarlos en la fe, y en las verdade»ras máximas del evangelio el año 62 de la Encarnacion »de Cristo.

REFLEXIONES.

Mirad, hermanos, que camineis con cautela, como prudentes, y no como necios ó como aturdidos. *Videte, fratres, quomodò cautè ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes.* ¿Puede haber mayor imprudencia que entregarse á un mar borrascoso y lleno de escollos, sin provision, sin remos, sin velas y sin piloto? ¿puede haber mayor locura, mayor temeridad, que caminar sin armas por pais enemigo? ¿puede haber mas necia, ni mas lastimosa extravagancia que andar y mas andar de dia y de noche sin término, sin objeto, sin saber donde se va; que meterse con los ojos cerrados en un camino fragoso, pantanoso, y lleno de precipicios? ¿á cuántos se podrá decir con toda verdad: *tu es ille vir*? Tú eres el que cometes esa extravagancia; tú el que haces esa insigne locura.

Es el mundo un mar famoso por sus naufragios. Navéguese por él á vela tendida, ó navéguese á fuerza de remos; no por eso dexan de encontrarse menos piratas, ni menos escollos. No hay hombre en este mundo que no sea navegante. Es la vida, por decirlo así, como un brazo de mar; todos navegan por él; ¿pero piensan todos adónde caminan?

Aquel jóven tan ansioso de divertirse, tan solícito en buscar con qué pasar el tiempo, ó con qué perderle; ¿sabe á lo menos dónde va, ó considera el término adónde navega?

Aquel hombre de negocios, tan hambriento de dinero, tan ocupado en poner en movimiento todas las industrias que le sugiere la insaciable codicia para ganar mas y mas, tan servilmente esclavizado de sus intereses; ¿ha dedicado en muchos años siquiera un cuarto de hora á pensar en el importante negocio de su salvacion? ¿ha tomado algunas justas medidas para salir bien con él? ¿ha expuesto algun caudal para negociar en la eternidad?

Aquellos hombres despejados del siglo, tan hábiles en proyectos, tan fecundos en expedientes, cuyos alcances penetran tan allá; aquellos oráculos de la prudencia humana; ¿saben por ventura adónde caminan? ¿han tomado algunas providencias para su propia seguridad? ¿están alerta para no dormirse sobre el borde del precipicio?

Aquellas mugeres del mundo, criadas en la delicadeza y en el regalo, ocupadas únicamente en su ociosidad, en sus adornos, y en sus diversiones; aquellas mugeres, víctimas de la vanidad y del orgullo, que solo tienen de cristianas el nombre y la exterioridad, ¿piensan acaso que no está muy distante la sepultura; que el dia va declinando; y en medio de esos estrados brillantes, de esos profanos saraos, de esos tocadores, escuela de inutilidades, de esos juegos, de esos licenciosos bayles, se acuerdan por ventura del destino que las está aguardando por toda la eternidad?

¡Cosa extraña! tendríase mucha lástima, trataríase de mentecato á un pobre hombre, que todo el dia anduviese dando vueltas sin objeto, sin saber adónde iba; y esos jóvenes divertidos, eternamente descuidados sobre su último fin; esos hombres de negocios, esos esclavos de

los placeres, esos mundanos tan ignorantes, tan insensibles en punto de religion, ¿se han de tener por prudentes y por discretos? Decidme, pobres hombres, ¿sabeis cuál ha de ser vuestra suerte?

El evangelio es del cap. 7. de san Lucas.

Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quòd Jesus accubuisset in domo Pharisæi, attulit alabastrum unguenti: et stans retrò secus pedes ejus, lacrymis cœpit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.

En aquel tiempo: He aquí que una muger que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del Fariseo, tomó un alabastro de unguento: y estando detrás á sus pies, comenzó á regar con lágrimas los pies de Jesus, y los enxugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungia con ungüento.

MEDITACION.

De la dulzura de la penitencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que se forma una falsa idea de la penitencia, cuando se concibe llena de amargura y de disgustos. La corteza es amarga, pero el fruto es dulce. Puédese á lo menos comparar con las aguas del Mará, cuya amargura se convirtió en un gusto grato y suavísimo, luego que Moyses sumergió en éllas aquel leño, figura de la cruz del Salvador (*Exôd.* 15.). Los sentidos, las pasiones, el amor propio encuentran, á la verdad, en la penitencia, aspereza y desabrimiento; mas el alma, que es la que únicamente la toma bien el gusto, la experimenta llena de una exquisita dulzura.

¿Qué cosa mas dulce, qué gusto mas delicioso, qué alegría mas llena ni mas sólida que la paz de Dios, la cual, como se explica el Apóstol, *excede á todo sentido*? (Philip. 4.). Pues esta dulcísima paz es fruto de la penitencia. Formemos concepto de esta dulzura cotejándola con los penetrantes remordimientos de una conciencia delincuente, con aquellas inquietudes que despedazan el

alma, con aquellos mortales sobresaltos, frutos naturales y necesarios del pecado.

¡Qué gozo no causa en todo el reyno una amnistía ó perdon general del soberano! ¡qué consuelo el de un hijo rebelde cuando sabe que su padre le ha perdonado! Pues no es menor el que experimenta una alma verdaderamente mortificada y penitente; cada acto de mortificacion es como una nueva prenda del perdon de sus pecados; es una bien fundada presuncion de que el Señór la ha restituido á su gracia. Las espinas sirven de defensivo no menos al fruto que á la flor; pero sin comunicarles sus puntas. Por mas que los sentidos se estremezcan, por mas que se queje el amor propio, gusta el alma una exquisita dulzura, cuando se dexa percibir en élla la uncion de la divina gracia, que siempre acompaña á la verdadera penitencia. En estando serena la conciencia, el corazon está contento. El pecador, dice el Espíritu santo, afecta tambien sus apariencias de paz, y aun pretende persuadirnos que la goza; pero bien sabe él mismo que miente, y que está muy lejos de tenerla: *Pax, pax, et non erat pax* (Jerem. 6.). Al contrario, añade en otra parte el mismo Espíritu santo; bien podeis decir al hombre justo que se consuele; porque la alegría, la paz, la abundancia de los consuelos interiores son herencia suya que le pertenece; son bienes reservados para él, que embotarán perpétuamente la punta á todas sus penitencias: *Dicite justo quoniam benè* (Isai. 3.). ¿Cuándo, Señor, ha de llegar el tiempo en que creamos mas á vuestra divina palabra que á las erradas preocupaciones de los sentidos, y á las falsas sugestiones del enemigo de la salvacion?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta dulzura de la penitencia consiste propiamente en aquella paz del alma despues que se convirtió á su Dios; en aquella suavidad interior, en aquella secreta alegría, en aquella dulce esperanza, en aquella confianza filial que hacen gustar con anticipacion á las almas mortificadas y penitentes las alegrías del cielo; en fin, en aquellas tiernas lágrimas llenas de consuelo, que tal vez derraman á los pies de un crucifixo, en las cua-

les hallan placer mas delicioso, gusto mas exquisito que todas las fiestas y diversiones del mundo. De aquí nacen aquel semblante siempre risueño y apacible, aquella tranquilidad, aquella paciencia inalterable, aquella constante igualdad de humor que se observa por lo comun en los hombres mas penitentes. El agrado, la dulzura con que tratan á sus hermanos es prueba evidente de la que gozan en su corazon.

Son rígidos, son penosos los exercicios de la penitencia, es verdad; el ayuno macera la carne, la modestia humilla el espíritu, el retiro y la soledad tienen su amargura; á la mortificacion interior no la faltan sus espinas, ni á la exterior sus disgustos. Pero pregunto: ¿es cosa imposible? añado mas; ¿es cosa que se vea raras veces el que debaxo de estas voces que asustan, de estas apariencias que extremecen, de esas espinas que punzan se hallen escondidas mil dulzuras, mil flores verdaderas? Consultemos el parecer de todos los santos; pongamos los ojos en santa María Egipciaca entre los horrores del desierto. ¿Quién la pudo tener en él por tantos años? La gracia del Redentor, no tiene duda. Pero si esta gracia no encerrára el secreto de hacer dulce la soledad, agradable la estancia espantosa del desierto, fáciles las penitencias mas asombrosas, y delicioso el contínuo ayuno, ¿creeríamos que una muger joven, delicada, criada entre las delicias del mundo, pudiese pasar tantos años en los exercicios rigurosos de tan asombrosa penitencia?

El ayuno que se nos hace tan pesado, tan impracticable, cuando le prescribe la religion, ¿cuántas veces se nos hace muy fácil, ó por cortejar á un grande, ó por hablar á un ministro, ó por adelantar alguna diligencia en una pretension, ó por tomar unas cuentas, ó por informarnos de un pleyto, por asistir á una fiesta, ó por no levantarnos del juego? ¿qué cilicio mortifica tanto como esos zapatos que oprimen, esas cotillas que ahogan, esa desnudez que yela, esa extravagancia de modas que tienen á tantos y tantas en una contínua tortura?

¡Mi Dios, cuántas vanas aprensiones se disiparian en punto de penitencia con un poco de reflexîon, y con un mucho de religion! Disponed, Señor, que las que acabo de hacer no sean inútiles. Conozco que debo hacer peniten-

cia; sería el hombre mas infeliz, si me muriera sin haberla hecho. Aunque no hallára en élla mas que amarguras, siempre sería para mí muy saludable; pero siéndome tan necesaria, no puedo ya dilatarla para otro tiempo.

JACULATORIAS.

Redde mihi, Domine, lætitiam salutaris tui. Salm. 50.
Dadme, Señor, á gustar aquella alegría que es prenda de la paz con vos.

Secundùm multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt ánimam meam. Salm. 93.
Sí, Señor, á proporcion de las mortificaciones con que he macerado á mi cuerpo, son los consuelos con que habeis regalado á mi alma.

PROPOSITOS.

La penitencia solo es amarga en la idea de los que jamás gustaron los frutos de élla. ¡Cosa extraña! todo asusta á los sentidos cuando se ofrece hacer alguna mortificacion por amor de Dios; y estos mismos sentidos se conservan muy serenos siempre que el mundo, la pasion ó el interes los presenta el propio objeto. Haz hoy alguna reflexîon sobre los trabajos que has padecido, sobre las mortificaciones que has tolerado, sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo, por tus amigos, por satisfacer alguna pasion, por algun interes ó por alguna condescendencia; y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ¡Qué desigualdad! Contentaríase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo que has hecho por el mundo. ¡Y qué consuelo sería ahora el tuyo si hubieras padecido algo por amor de Dios! ¡qué alegría, qué satisfaccion se siente en la Pascua cuando se pasó la Cuaresma en exercicios de penitencia! Y cuando tú mismo has padecido algo por el motivo de religion, ¿qué gozo es el tuyo? Si no lo has experimentado hasta ahora, haz luego la experiencia. Resuélvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia, y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

Pero son muy inútiles los propósitos vagos é indeterminados; para que sean eficaces, es menester descender á cosas particulares. Primero: En lugar de irte á pasear ó hacer alguna visita, cuando menos inútil, vete á una iglesia á llorar á los pies de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos. Segundo: Hay mil pequeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Estar de rodillas sin arrimarse; privarse de ciertas diversiones, por otra parte permitidas, á que se tiene inclinacion; prohibirse por espacio de un año de ciertos manjares, ciertas frutas, ciertas golosinas á que inclina vehemente el apetito; negarse ciertas delicadezas, que en suma no son mas que refinadas invenciones de la sensualidad; no comer jamás sin sazonar la comida con alguna mortificacion; en fin, hacer todos los dias, ó á lo menos en determinados dias de la semana, y singularmente las vísperas de las fiestas, y aun los mismos dias de comunion, algunas penitencias con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañan de cerca á estos piadosos exercicios, te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprension de los que jamás los gustan.

DIA CUARTO.

San Platon, abad.

Fue san Platon hijo de Sergio y de Eufemia, cuya virtud era igual á la calidad, y ámbos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas, las cuales se distinguieron en el mundo, mas que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas, por su vida exemplar. Por lo que toca al mismo Platon, se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche, sin que jamás hubiese afloxado en sus vir-

tuosas inclinaciones, ni manchado el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impío emperador Contantino Copronimo, enemigo declarado de Jesucristo y de sus santos, afligia al imperio con un terrible azote que le desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa: aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul, formada con perfeccion, y al mismo punto la persona en quien se dexaba ver esta señal, se sentia tocada del contagio, y espiraba sin remedio pocas horas despues. El rigor de este azote se experimentó en Constantinopla mas que en otra alguna parte del imperio; perecieron mas de los dos tercios de aquella populosísima ciudad con muerte repentina, y tocó esta suerte al padre y á la madre de nuestro Santo.

Quedó Platon muy niño, encomendado á la tutela de un tio suyo, que atendió con particular desvelo á su cristiana educacion. Aprovechóse bien de élla. No habia en Constantinopla jóven de su edad de ingenio mas pronto, mas penetrante ni mas desembarazado; de mejor corazon, de mas blando natural, ni de modales mas nobles y mas cortesanas. Sobresalia principalmente su habilidad en el manejo de los negocios; y hallándose á la sazon su tio, y curador, en el empleo de tesorero general del imperio, le dedicó á una mesa de su misma oficina, donde en poco tiempo dió tan grandes pruebas de su exâcta hombría de bien y de sus raros talentos, que apenas se hablaba en la corte de otra cosa.

Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo iba armando á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante, en que le esperanzaba su propio mérito. Inútilmente pusieron su virtud á la mayor prueba con todo aquello que mas pudiera tentar á cualquiera otro corazon menos desengañado ó menos sólido. Inútilmente le presentaron los mas apreciables partidos, le brindaron con los mas elevados empleos. Nunca le deslumbaron las aparentes brillanteces, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle

su virtud dictámenes y máxîmas mas conformes á la religion que profesaba. Y aunque jóven rico, y en medio de una corte, donde todo convidaba á la diversion, vivia con la circunspeccion, con el arreglo, con la devocion que pudiera un solitario. El tiempo que los otros jóvenes de su edad y de su esfera dedicaban ordinariamente al juego y á las diversiones, le empleaba él en leer libros espirituales, en oracion y en obras de caridad. Esta virtud tan exemplar añadia mucho esplendor á su mérito. Todos aplaudian y aun veneraban á Platon como á la maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dexarla, por atender únicamente al cuidado de su propia salvacion.

Resuelto ya el sacrificio, distribuyó los grandes y ricos bienes que habia heredado de sus padres, parte en sus hermanas, y lo demas entre los pobres. Rotos estos lazos, salió de Constantinopla á los veinte y cuatro años de su edad, cortado el cabello, vestido de una ropa negra, y se encaminó al monasterio del monte Olimpo, en el sitio llamado *los Símbolos*, para entregarse á la disciplina de Teoctisto, abad de aquel monasterio.

Informado el santo Abad de su nombre, calidad y pocos años, le pareció que un temperamento tan delicado no podria con vida tan rigurosa, y no perdonó á medio alguno para desviarle de aquel intento; pero quedó asombrado cuando oyó la resolucion del generoso mancebo: *¿Qué importa*, le dixo, *que sea de complexíon debil, si la voluntad es robusta? Pues qué, ¿no hemos de contar algo con la gracia? Yo, Padre, no vengo aquí para darme á Dios á medias: tú has de ser el absoluto dueño de mi espíritu, de mi voluntad y de mi vida. A la verdad no podré hacer cosas grandes, pero sabré obedecer.*

Acreditó admirablemente su proceder la sinceridad de su promesa. No hubo hombre mas humilde, mas mortificado, mas exâcto, mas rendido. Hechizado el santo Abad de las admirables disposiciones del nuevo discípulo, no omitió diligencia ni arbitrio alguno que fuese conducente para cultivar aquel nobilísimo terreno. Ocupábale siempre mucho, y le mortificaba mucho mas. Acrisolaba su virtud con sensibles humillaciones, y la exercitaba en contínuas pruebas. Como nuestro Santo únicamente sus-

piraba por conseguir la mas encumbrada perfeccion, hizo tan grandes progresos en élla baxo la disciplina de tan hábil maestro, que muerto Teoctisto, no quisieron los monges otro superior. En vano se resistió su humildad: la unánime aclamacion de todo el monasterio era prueba de que Dios le queria en aquel empleo, y él le desempeñó dignamente.

Viéndose á la frente de todos, comprendió que era obligacion precisa suya ser superior á todos en todo género de virtudes; y procediendo segun este concepto, solo se conocia que era superior por lo que sobresalian sus exemplos. Acostumbraba decir que un superior habia de mandar mas con las obras que con las palabras, porque estas mudas exhortaciones hacian mas efecto que los discursos mas elocuentes.

Nunca se le veia ocioso: la oracion y la lectura de los santos padres y de la sagrada Escritura eran todas sus delicias. Su sobrino Teodoro Studita, que escribió su vida, dice que apenas se pueden contar los muchos extractos que hizo de los lugares mas escogidos de los santos padres; y que todos los libros espirituales, que en tan gran número se hallaban en los monasterios, eran efecto de su laboriosidad y piadosísimo trabajo.

Mientras nuestro Santo se dedicaba con tanto desvelo á que floreciese la observancia y el fervor en su monasterio, el emperador Constantino Copronimo turbaba la Iglesia de Jesucristo con la guerra que habia declarado á las imágenes de los santos y á los defensores de éllas. Fue horrible la persecucion, y fue mas cruel contra los monges, por haberse declarado los mas ardientes defensores de la verdad católica contra el error del impío Emperador. Fueron pocos los monasterios que no se llorasen arrasados; eran desterrados los monges mas santos y mas zelosos; y muchos de éllos recibieron la corona del martirio. Pero el Señor, que nunca desampara á su rebaño, conservó á nuestro Santo en el corazon del desierto para volver á encender en él la fe y el fervor despues de la tempestad.

Obligándole algunos negocios á pasar á la corte de Constantinopla, fue recibido en élla como el ángel del desierto. Su presencia animó en todos la piedad, y no con-

tribuyó poco á extinguir las miserables reliquias del incendio que habia excitado la heregía de los iconoclastas. Hizo famosas conversiones; restituyó á su antiguo sér la disciplina religiosa en las comunidades; el zelo y la edificacion en el estado eclesiástico; la reformacion de costumbres en todos los estados; y en fin, refloreció con su presencia la religion de tal manera, que parecia haber mudado de semblante toda la corte.

En medio de tan gloriosas como trabajosas fatigas en que le empeñaba el zelo y la caridad, no se dispensó en algunas de sus ordinarias penitencias. Instóle el patriarca de Constantinopla para que admitiese el obispado de Nicomedia, pero no fue posible vencer su profunda humildad. Suspiraba contínuamente por su amado desierto, y así se retiró á él con la mayor presteza luego que se lo permitieron los negocios que le llevaron á la corte, pero su gran reputacion inquietó presto su retiro. Querian que á lo menos viviese cerca de la corte imperial, donde habia hecho en tan poco tiempo tan portentosas conversiones; y sin dar oidos á las muchas razones que alegó, ni rendirse á la resistencia que hizo, le obligaron á aceptar el gobierno del monasterio de Sacudio, ó Sacudion, cerca de Constantinopla.

Luego que entró en él restituyó á su antiguo rigor y pureza la regla de san Basilio. Despidió todos los criados que dormian dentro de las cercas del monasterio, aunque fuera de la clausura, y cuidaban del ganado que se criaba en los pastos que habia sin salir del recinto de las mismas cercas. Desembarazada la casa del ruido de los seglares, volvió á entrar en élla el espíritu de soledad y el monástico silencio. Esta reforma le ocasionó grandes pesadumbres y persecuciones; pero con su teson, con su mansedumbre y con sus exemplos salió al cabo con todo cuanto intentaba.

El año de 786 asistió al sínodo de Constantinopla en la iglesia de los santos Apóstoles, y en él defendió el culto de las santas imágenes con tanto zelo, con tanta eloquencia y con tanta intrepidez, que desconcertó las artificiosas medidas de los hereges, y consiguió que triunfase la verdad. El año siguiente se halló en el segundo concilio Niceno general, al que subscribió como abad de Sa-

cudion, y donde trabajó tan eficazmente con san Tarasio y los demas padres del concilio en restituir el culto de las sagradas imágenes, que los iconoclastas le aborrecieron siempre como á su mas cruel azote. Vuelto á su monasterio, pasó siete años contínuos en la mayor abstraccion y retiro, y en el exercicio de rigurosas penitencias. Pero habiendo caido enfermo, se valió de este pretexto para renunciar la abadía, en la cual le sucedió su sobrino Teodoro.

Habiendo repudiado á la emperatriz María, su legítima muger, el emperador Constantino, hijo de la emperatriz Irene, se casó públicamente, con escándalo de toda la Iglesia, con Teodora, dama de la misma Emperatriz, y parienta muy cercana de nuestro Santo. Con todo eso él y su sobrino Teodoro fueron casi los únicos que no acertaron á disimular tan gran maldad. Y aunque el Emperador se valió de cuantos medios pudo para reducirle al partido de su escandalosa pasion, de ruegos, de promesas y de amenazas, nada bastó para doblar su generosa entereza y su religion. Esto le ocasionó una persecucion deshecha y cruel. Fueron maltratados todos sus religiosos, y alcanzó la desgracia hasta muchos de sus parientes; pero ni por eso blandeó su zelo, ni se alteró su tranquilidad. Vióle el mundo, no sin admiracion, por largo tiempo en un estrecho calabozo, tan sereno y tan recogido como si estuviera en su celda, aunque el carcelero, á quien se encargó su custodia, era el mismo clérigo que habia asistido al ilegítimo matrimonio de los adúlteros.

Pero habiendo muerto desgraciada y repentinamente el Emperador, la emperatriz Irene le volvió á enviar á su monasterio de Sacudio colmado de honras, y venerándole como á mártir. Hicieron los bárbaros por este tiempo una irrupcion en aquellas partes, lo que obligó á Platon á retirarse al monasterio de Studio. Los monges quisieron precisarle á que admitiese aquella abadía; pero el Santo se mantuvo firme en no aceptarla, queriendo vivir no solo como particular, sino en cierta manera como recluso. El teson con que se mantuvo en no admitir á la comunion al clérigo que habia asistido al escandaloso matrimonio del difunto Emperador, excitó contra él

otra nueva persecucion de su sucesor Nicéforo. Enconaron tanto el ánimo de este Príncipe los hereges encubiertos que seguian la corte, y eran enemigos mortales de nuestro Santo, que le desterró á una de las islas del Bósforo. Pero muerto Nicéforo á manos de los scitas, y derrotado su exército, el emperador Miguel, que le sucedió, y era príncipe piadoso, levantó el desierto á Platon. Mas los grandes trabajos que habia padecido, su mucha ancianidad y sus contínuas rigurosas penitencias, aceleraron su muerte. Viendo que se iba acercando la última hora, llamó á todos los monges, que eran mas de novecientos, y dándoles su bendicion, les rogó que le conduxesen á la sepultura que le habian destinado. Luego que la vió, exclamó lleno de consuelo: *Este es el lugar de mi descanso hasta el fin de los siglos*; y añadió despues: *el Señor cumple los deseos de los que le temen, y los libra de sus males*. Concurrieron las personas mas distinguidas de la ciudad á recibir su bendicion, y á encomendarse en sus oraciones, siendo de este número el patriarca Nicéforo. No dexó Platon de orar hasta que dexó de vivir, continuando su amorosa union con el Señor hasta el último suspiro. En fin, habiendo rogado á Dios en alta voz por todos sus hermanos, por toda la santa Iglesia, y en particular por todos los que le habian perseguido, murió santamente el sábado de Ramos del año 813, á los 79 de su edad, habiendo pasado los 55 del monasterio.

Escribió su vida su sobrino y sucesor san Teodoro Studita, y da fin á élla con esta devota oracion, dirigida á su santo tio.

« Santo Padre mio, dígnate desde lo alto del cielo, adon»de te ha colocado el Señor, de volver hácia mí tus be»nignos ojos, y de ser, por tu intercesion, mi apoyo, mi »luz y mi guia: *Pasce mecum hunc gregem, quem multo »labore, et sudore collegisti*. Ayúdame á instruir y á go»bernar santamente este rebaño que juntaste con tantos »sudores y fatigas: *Ut tuis insistens vestigiis, ambulet per »viam mandatorum Dei*: para que siguiendo tus pasos, é »imitando tus exemplos, jamás se aparte de los caminos »y mandamientos de Dios: *Observa, fove, propugna tam*

"*magnos, quàm parvos quemadmodum te rogavi in hora exi-*
"*tus tui.* Vela, conserva y defiende, así á los grandes co-
"mo á los pequeños, como te lo supliqué en la hora de
"la muerte: *Tui enim sunt omnes*; porque grandes y pe-
"queños, tuyos son todos, no menos que mios, á quien
"tú quisiste darles por padre, para que teniéndote por
"nuestro protector en la presencia de Dios, no temamos
"á nuestros enemigos; nunca caigamos en error, nos
"mantengamos firmes en la fe, miremos con horror toda
"relaxacion, y perseverémos hasta el último suspiro en
"la santidad de vida que abrazamos en Jesucristo nues-
"tro Señor, á quien sea gloria, honra y poder, con el Pa-
"dre y con el Espíritu santo, ahora y siempre, y por
"los siglos. Amen."

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Platonis abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendable la intercesion del bienaventurado Platon abad, para conseguir por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 6.

Fratres: Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum, et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas: quam quidam appetentes erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ò homo Dei, hæc fuge.

Hermanos: Los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inutiles y nocivos, que sumergen á los hombres en la muerte y en la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la avaricia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se anegaron en muchos dolores; pero tú, ó hombre de Dios, huye estas cosas.

NOTA.

»Es probable que san Pablo escribió esta primera car»ta á su querido discípulo Timoteo en el cuarto viage que »hizo á Macedonia, cuando volvió á Oriente, despues de »su primera prision de Roma. Como Timoteo aún era mo»zo y de poca experiencia, le da en élla saludables con»sejos, de los cuales pueden aprovecharse todos los fieles.

REFLEXIONES.

Son pocos los que estan contentos con su suerte. El que se ve en puesto elevado, quiere subir mas alto. No hay estado, no hay condicion en el mundo que tarde ó temprano no cause tedio. La medianía desagrada, la abundancia altera. Van creciendo con nosotros nuestros inquietos deseos: cuanto mas se les sustenta, mas insaciables se hacen. Es nuestra vida una perpétua cadena de inquietudes, y por lo regular es nuestro propio corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego.

Los bienes criados solo tienen atractivo cuando no se poseen: en poseyéndose, fastidian. Hágase en el mundo la mayor fortuna que se quisiere; solo se ocupa el pensamiento y el deseo en lo que resta por hacer. Los sucesos desgraciados irritan nuestra ambicion; los prósperos la encienden. Todos nacemos con cierto fondo de ambicion, que solo se acaba con la vida. No nos permite vivir tranquilos, porque nunca está contenta. Siempre se considera muy abaxo el que juzga que puede subir mas arriba.

Quiere uno hacerse rico, quiere ascender, quiere hacer figura. ¡Qué desvelos! ¡qué cuidados! ¡qué fatigas! ¡qué disgustos! ¿No le ha de costar mil trabajos abrirse camino con tanta multitud de estorbos, por medio de aquella prodigiosa muchedumbre de envidiosos y de concurrentes? ¡Cuántos desayres ha de sufrir! ¡cuántos peligros ha de precaver! ¡cuántos sustos ha de pasar! Ascendió ya un escalon: es preciso que se detenga mucho tiempo en él antes de pasar á otro. Pregunto: ¿la fortuna que se hace vale por ventura tanto como cuesta? Aumentósele á este ambicioso la renta; pero tambien se le aumentaron con élla los cuidados. Verdaderamente que *radix omnium ma-*

lorum est cupiditas, quam quidam appetentes erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus.

Aplícase el otro al comercio, y desde luego se promete que ha de ser tan afortunado como otros muchos que comenzaron con menos fondos. El que tiene ambicion, nunca se imagina sin habilidad y sin genio: al atrevido jamás se le representa el éxîto dudoso. ¡O, que es un mar borrascoso, lleno de escollos, y famoso por sus muchos naufragios! No importa, ni por eso ha de dexar de embarcarse. Hácese la cuenta de que si fueren los vientos contrarios, navegará á fuerza de remos, y á pesar de los piratas y de otros cien peligros, siempre arribará á seguro puerto.

Es el deseo de las riquezas el mayor tirano de nuestro pobre corazon. No hay sagacidad, no hay precaucion humana que no esté expuesta á dexarse alucinar, á dexarse engañar de la codicia. Sin duda que por castigar esta insaciable pasion permite Dios cada dia caidas tan vergonzosas.

Habia echado el Señor la bendicion á tu primera fortuna, tenias ya con qué pasar decentemente, segun tu condicion y tu estado. Si hubieras reprimido ese codicioso anhelo de ganar; si hubieras moderado esa desmedida ambicion, esa avaricia, hubieras hecho un negocio mas sólido y mas seguro. Cuando la fortuna no camina muy de priesa, está menos expuesta á tropezar. Los edificios que se levantan poco á poco suelen ser los mas firmes y mos sólidos. Esa ambiciosa impaciencia de sacudir cuanto antes el polvo en que naciste, fue puntualmente la que te llenó de polvo hasta los ojos. La ansia de ser rico precipita; y parece que se complace Dios en confundir las altaneras ideas de esos temerarios ambiciosos.

Qui festinant ditari, non erit innocens, dice el Sábio (Proverb. 28.). La insaciable avaricia hace coger á todas manos; y las fortunas repentinas no siempre son las mas limpias. Pero se consulta poco á la conciencia cuando domina mucho la ambicion. Olvídanse las mas sagradas leyes del parentesco y de la amistad; aun las de la religion apenas se conocen. Donde reyna el interes no se da cuartel á la hombría de bien, ni á la buena fe, sino debaxo de onerosas condiciones. Importa poco que no se ten-

gan caudales; basta que se tenga crédito; y el crédito es no pocas veces fruto de una temeraria, pero importante osadía. Entra luego el dinero á ser el cimiento sobre que se levanta toda la máquina del edificio. Las pérdidas y los contratiempos irritan mas la pasion, y sirven para que se formen nuevos proyectos. Al mas remoto átomo de una gruesa ganancia abre tanto ojo la codicia; y no pocas veces esta esperanza falaz solo conduce para aumentar la confusion, y para precipitar la ruina: *Est homo laborans et festinans, et dolens impius, et tanto magis non abundabit* (Eccl. 11.). Cuesta el elevarse tan alto; cuesta el caminar tan apriesa; y por lo comun solo es para que se haga mas sensible el precipicio, y mas dolorosa la caida. Tanta verdad es lo que dice el Apóstol, que los que quieren hacerse ricos caen en la tentacion, en los lazos del demonio, y en muchos vanos deseos que atollan á los hombres en un abismo de desdichas y de perdicion: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, quæ mergunt homines in interitum.*

El evangelio es del cap. 16. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier, cum parit, tristiam habet, quia venit hora ejus: cum autem peperit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se alegrará: vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La muger cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

De la imitacion de los santos.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué dichosos son los santos; pues nosotros podemos serlo tanto como éllos con el auxîlio de la divina gracia, siendo cierto que solo estamos en la tierra para gozar en algun tiempo la misma suerte que gozan los bienaventurados en el cielo. Es sin duda grande su recompensa; pero no es menor la que Dios nos ofrece á nosotros. Éllos fueron lo que nosotros somos, y nosotros solo estamos aquí par ser lo que son éllos.

Busquemos el modo de vivir que mejor nos pareciere; forjemos sistemas de conciencia y de moral, como se nos antojare; autoricémoslos con todas las sutilezas, con todas las benignas interpretaciones del amor propio, siempre será verdad que la vida de los santos debe ser nuestro modelo. Éllos imitaron á Cristo, y nosotros debemos imitarlos á éllos si queremos tener parte en la herencia de nuestro Padre celestial. Si pretendemos arribar al mismo término, hemos menester seguir el mismo camino. Es cierto que éllos no anduvieron descaminados; ¿pues qué vamos á aventurar nosotros en tomarlos por guias? ¿podemos por ventura escoger ótras? Y es cierto que no hay otro camino para el cielo que el que siguieron éllos, ¿dónde irémos nosotros á parar si tomamos ótro?

Todos admiramos á los santos, todos los alabamos, á todos nos encantan sus vidas cuando las leemos. Su inocencia, su modestia, su humildad, su mortificacion son asuntos de nuestros elogios; ¿y no podemos temer que algun dia sean sus virtudes el argumento de nuestra condenacion? ¿qué cosa esencial hicieron éllos que nosotros no estemos obligados indispensablemente á hacer? Hicieron éllos rigurosas y largas penitencias por los pecados mas leves; nosotros los hemos cometido gravísimos: ¿pues quién nos ha dispensado de hacer penitencia por estos graves pecados? Éllos vivieron una vida inocente: ¿debe acaso ser menos pura nuestra vida? La regla de su con-

ducta fue el evangelio de Jesucristo: ¿cuál debe ser la regla de la nuestra? ¿tenemos por ventura otro evangelio que autorice la licencia de nuestras costumbres?

Quien viese la conducta de los santos y la nuestra ¿diria que todos éramos de una misma religion? ¿y no sería un gran prodigio si siendo tan poco semejantes á los santos en la vida, fuésemos semejantes á éllos en la muerte? ¿dos caminos tan opuestos podrán conducir á un mismo término? En buena fe, ¿nos atreverémos á esperarlo? ¿y no será una insigne locura prometérnoslo?

¡Ah mi Dios, y cuánto tiempo ha que yo me lo estoy prometiendo! ¿Pero en qué principio me fundo? Conozco mi error, y con el auxílio de vuestra divina gracia espero, no ya tener la misma suerte de los santos, pareciéndome tan poco á éllos, sino imitar de aquí adelante á los santos para lograr su misma suerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que algun dia serán los santos argumento de nuestra condenacion, si hoy no son modelo de nuestra vida. Habiendo sido hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones, capaces de las mismas miserias, fueron fieles á la gracia, y con élla triunfaron del enemigo de la salvacion, cumplieron la ley, y llenaron con exâctitud todos los deberes de la justicia.

Muchos fueron de nuestra misma edad y de nuestra misma condicion: algunos de éllos de complexíon mas delicada; pero cerraron los oidos á las voces de la carne y sangre. No fue respecto de éllos el mundo ni menos imperioso, ni menos alhagüeño; pero fueron mas generosos, mas fieles que nosotros. No se ensanchó para éllos el camino del cielo: tuvieron las mismas dificultades, las mismas cuestas que trepar, las mismas tentaciones, los mismos obstáculos que vencer; pero no tuvieron la misma cobardía. Fueles necesario combatir, fue grande la violencia, y les costó mucho la victoria. Nosotros vamos detras de éllos; ¿pero seguimos sus pisadas? Es menester confesarlo: hemos degenerado mucho de la piedad y de la religion de nuestros padres. Nos lisonjeamos de que profesamos la misma fe, de que tenemos

la dicha de ser de la misma iglesia: mas, ¡ó Dios, y qué horrible diferencia de costumbres! Cotejemos nuestra inocencia con la suya, nuestra mortificacion con su penitencia. ¿Qué no hicieron éllos para ser santos? ¿pero qué hacemos nosotros para serlo?

Ciertamente, ó los santos hicieron demasiado, ó nosotros hacemos muy poco. ¿Tendrémos valor para acusarlos de que dieron en excesos, cuando todos murieron con dolor de no haber hecho mucho mas, y no pocos con miedo de no haber hecho bastante? Ellos se acreditaron de prudentes en haber sido tan humildes, tan observantes de la ley, tan exemplares, y tan mortificados: ¿nos acreditarémos nosotros de entendidos, trabajando tan poco en ser semejantes á éllos? Los santos no hicieron mas que lo que debian, y ciertamente no hicieron demasiado: ¿hacemos nosotros aquello que debemos, hacemos lo preciso á que estamos obligados, cuando nos parecemos tan poco á los santos? ¿qué tendrémos que responder para justificarnos á vista de sus exemplos?

Aquellas verdades de nuestra religion, que hicieron tanta impresion en su corazon y en su entendimiento, y que hacen tan poca en el nuestro, nada han perdido ni de su virtud, ni de su fuerza: las máximas del evangelio no se han envejecido: el premio y los castigos son los mismos: la misma doctrina persevera y los mismos documentos. ¿Pues de dónde nace la enorme diferencia que se observa de dictámenes y de conducta? ¿quiénes van descaminados, los santos, cuya vida fue tan diferente de la nuestra, ó nosotros, que seguimos una senda tan opuesta á la que llevaron los santos?

Represéntate á un san Platon ya en la tranquila quietud de su soledad, ya entre el ruidoso estruendo de su desierto: considérale como quisieres, unas veces honrado, otras perseguido de los grandes; siempre le hallarás humilde, siempre mortificado, siempre discípulo de Cristo, siempre fiel. ¿Podré yo decir lo propio de mí entre las ordinarias mudanzas, entre los varios acaecimientos de la vida y del estado en que me hallo?

¡O mi Dios, qué vivas, qué punzantes reprensiones nos estan dando las pinturas, las estátuas de los santos! No hay retrato de éllos, que no me esté reprendiendo

mi tibieza en el servicio de Dios, mi cobardía, mi orgullo, la licencia de mis costumbres, y todos los desórdenes de mi vida. Háceme fuerza, Señor, háceme fuerza; y espero, que de hoy en adelante, asistido de vuestra divina gracia, al mismo tiempo que honre y que venere á los santos, me esforzaré tambien á imitarlos.

JACULATORIAS.

Fili sanctorum sumus. Tob. 2.
Hijos somos de los santos.

Mementote præpositorum vestrorum:::: quorum intuentes exitum, conversationis imitamini fidem. Hebr. 13.
Traigamos á la memoria los exemplos de nuestros mayores, y haciendo reflexîon al dichoso fin que tuvieron, imitemos su fe, y vivamos como vivieron éllos.

PROPOSITOS.

Leense con gusto las vidas de los santos: se admira su fe; se ensalza su fervor; se engrandece su aliento; y apenas hay elogio que no se dé con el mayor encarecimiento á su prudencia. ¿Pero qué fruto se saca de una veneracion tan justa, y tan universal? Todo se aplaude, y nada se imita. Se miran las virtudes de aquellos héroes cristianos como si fueran frutos de paises muy remotos: conócese su mérito, y se estima su valor; pero no pasa la reflexîon mas allá de la admiracion y del aprecio. ¡Cosa extraña! á casi todos arrastra el mal exemplo, y en poquísimos hace impresion la virtud mas exemplar. Apenas hay quien no tenga envidia al que ve mas elevado, y que no hagan esfuerzos para subir tanto como él. La misma obscuridad del nacimiento, la misma medianía de fortuna irrita la ambicion, en vez de moderarla. Aunque los siglos no ofrezcan mas que un solo exemplo en cada clase de prosperidades no esperadas, no hay pobre oficial que no se imagine con tanta destreza, no hay hombre de negocios que no se suponga con tanto genio, no hay soldado infeliz que no espere hacer tan gran fortuna como el ótro, que ascendió á élla sin mas caudal, ni mayores fon-

dos. ¡Válgame Dios! ¿cuándo ha de llegar el caso de que inspiren en nosotros la misma noble ambicion los exemplos de los santos de nuestra propia edad, y de nuestro mismo estado? Lees con frecuencia las vidas de los santos: bien; ¿y qué fruto sacas de tan importante leccion? Comienza desde hoy á procurar que sea menos inútil para ti. Entre esos grandes modelos hallarás pocos, en quienes no encuentres algunas virtudes proporcionadas á tu estado, y fáciles á tu imitacion. Cuando leas sus vidas, no te dexes llevar mucho de aquellos dones singulares, de aquellas acciones extraordinarias y maravillosas, que arrebatan, que embelesan, que suspenden: pára principalmente la consideracion en aquellos grandes exemplos de paciencia, de modestia, de mortificacion y de humildad. Observa en únos aquella dulzura, aquella apacibilidad inalterable, que te es tan necesaria: aprende de ótros aquella exâctitud, aquella fidelidad en las cosas mas pequeñas, de que tienes tanta necesidad; y dite á ti mismo, haciendo reflexion sobre lo que acabas de leer: *Et tu non poteris quod isti, et iste*? ¿Y qué no podré yo, con la divina gracia, lo que pudieron tantos santos y santas, mas jóvenes, mas tiernas, mas delicadas? *Et tu non poteris*? ¿Por qué no podré yo tener tanta fortaleza y tanto valor; tanta resolucion, y tanta perseverancia, tanto zelo y tanta virtud? Nunca leas las vidas de los santos sin hacerte esta saludable reconvencion.

2 En materia de devocion, y de enmienda de costumbres, son poco eficaces los propósitos vagos y generales: quien se contenta con una resolucion general de hacerlo todo, regularmente nada hace. Lee la vida de algun santo: admira sus virtudes, sus piadosas industrias, sus penitencias; pero de todas aquellas maravillosas acciones entresaca dos ó tres hechos que sirvan á tu imitacion. Aquí el generoso perdon de una injuria; allá el exercicio contínuo de paciencia: en éste una paz inalterable; en aquél ciertos actos de mortificacion usuales y ordinarios, ciertas devociones particulares y faciles; y desde este mismo dia aplícate á practicar las que escogieres. Pero no basta esto: en habiendo escogido alguna virtud, alguna devocion particular para imitarla, implora por medio de alguna breve oracion (ninguna es mas efi-

caz que la del dia) la proteccion del santo ó de la santa que tomas por modelo; siendo esta una prueba de la sinceridad de tu deseo, que nunca se queda sin fruto.

DIA CUARTO.

S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, y doctor.

La ciudad de Sevilla y la de Cartagena han estado y están en una justa disputa sobre cuál de las dos ha de hacer suya la gloria de haber sido patria del glorioso san Isidoro. A la verdad, las excelentes prendas de este santo Prelado, sus grandes virtudes, su sabiduría portentosa, y el grande nombre que en todos tiempos ha tenido, le han hecho objeto de los deseos piadosos y de las ansias nobles con que cada ciudad le ha pretendido para su honra; pero lo cierto es, que no se sabe hasta ahora en cuál de las dos ciudades nació: se sabe sí, que desterrados sus padres de Cartagena, habitaron en Sevilla, la cual ciudad, aunque no tuviese la gloria de haber dado á san Isidoro, la existencia la tuvo á lo menos de su educacion, de sus estudios, de sus virtudes episcopales, de haberle tenido por prelado cerca de cuarenta años; y últimamente de haber sido honrada con su muerte, y enriquecida con su sepulcro. Este grande varon, el menor de sus hermanos, san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina, tuvo los mismos padres que éllos. Su padre se llamó Severiano: ignórase el de su madre, sabiéndose que el de Turtura, que algunos le aplican, es el nombre de la abadesa que gobernaba el monasterio en que se educaba santa Florentina. Eran descendientes de romanos, gente noble é ilustre, y que á estas prendas apreciables juntaban una piedad sólida. Vióse esto en el cruel destierro que padecieron cuando Leovigildo, protector de los arrianos, comenzó á perseguir á los católicos. Los padres de Isidoro se vieron precisados á dexar su patria, su casa y sus amigos, sin otro delito que seguir con teson la verdad del evan-

gelio. Entre estos trabajos nació san Isidoro, cuyas ideas se radicaron tan fuertemente en la imaginacion de su madre, que acostumbraba á decir que apenas habia conocido á Dios hasta que la habia hecho participante de su cruz. Pero estos conocimientos tan saludables, que hubiera podido con el tiempo inspirar en el corazon de Isidoro, faltaron con la muerte de sus padres, quienes oprimidos del peso de la persecucion, de las incomodidades de un destierro, y de los trabajos producidos por la injusticia, perdieron la vida temporal para recibir las eternas recompensas.

Quedó Isidoro al cuidado de Leandro y Florentina, pues san Fulgencio era tan jóven que necesitaba mas de quien le dirigiese á él, que de encargarse de la tutela y direccion de un niño. San Leandro y santa Florentina estaban ya en edad proporcionada para darle educacion, y la confianza que de esto tenian sus padres les hizo morir consolados. En efecto, santa Florentina cuidó con la ternura de madre de la crianza de san Isidoro, y Leandro hacia á un tiempo los oficios de padre, de tutor y de maestro. Estimulaba su atencion el contemplar ya en Isidoro un varon sumamente recomendable y provechoso para la Iglesia, segun daban á entender los prodigiosos anuncios que se habian visto en su infancia. Uno de estos fue, que habiéndole dexado el ama que le criaba en el jardin para acudir á alguna ocupacion ó precepto de sus amos, se advirtió que una multitud de abejas entraban y salian en la boca del niño, formando en élla un dulcísimo panal. El padre de Isidoro, que fue el primero en advertirlo, llamó á los demas hijos suyos y á todos sus criados, para que viesen y admirasen un caso tan prodigioso. Al observarle con atencion, creció notablemente la maravilla de todos, viendo que las abejas que salian de la boca de Isidoro se remontaban tan altas que parecia introducirse en el cielo. Por todo esto percibieron que san Isidoro habia de ser muy sabio, y que en sus escritos habia de competir una sublime doctrina con una celestial dulzura.

Con esta persuasion tomó san Leandro con tanto esmero la educacion y enseñanza de su hermano Isidoro,

que procuraba su instruccion sin perdonar diligencia ni trabajo. No correspondia á éste el suceso, porque Isidoro se manifestó en sus primeros años tan sumamente rudo, que obligó á su hermano á suplir con el castigo lo que juzgaba falta de aplicacion, ó tal vez desatencion á sus lecciones. Isidoro, que por su parte veía frustrado su trabajo, y que léjos de producirle los agradables frutos de la doctrina y de la estimacion, le ocasionaba disgustos, reprensiones y castigos, llegó á acobardarse de manera, que juzgó imposible vencer su rudeza con ninguna fatiga. Y como veía el teson de su hermano en hacerle estudiar, y su severidad en vencer con la férula los obstáculos de su tardo talento, determinó abandonar su casa, no pudiendo sufrir ni la rudeza de su ingenio, ni las agrias correcciones de su hermano. Pero la providencia de Dios, que desde la cuna le habia destinado para uno de los mas brillantes astros de la iglesia de España, dispuso que en la fuga que hacia Isidoro de su casa, encontrase los medios de tranquilizar su espíritu, y de concebir un verdadero amor á las ciencias, que hasta entonces juzgaba por inasequibles. Habíase salido, no solamente de la casa de sus hermanos, sino de la ciudad de Sevilla, sin mas rumbo que el que le preparase el destino. Su intento era únicamente abandonar los estudios y sustraerse de la jurisdiccion de su hermano Leandro, que con el mayor empeño queria que los prosiguiese. Cansado del camino se sentó á reposar junto á un pozo que habia no muy léjos de Sevilla. Mientras se reparaba de la fatiga que padecia, advirtió en unas piedras que estaban junto al pozo ciertos agujeros, y en unos maderos que formaban el brocal unas canales muy ondas, de que no podia adivinar cuál fuese la causa. Vino casualmente á la sazon una muger á tomar agua; y habiéndola preguntado de qué podian provenir aquellos agujeros y canales, élla le respondió que la continuacion del caer agua tanto tiempo sobre aquellas piedras habia formado los agujeros; y las canales que veía en los maderos eran causadas por el continuo ludir de las sogas con que sacaban agua del pozo. Quedó Isidoro suspenso con la respuesta; y reflexionando sobre élla, hizo para sí este discurso. Si

el agua y la soga, sin embargo de ser unas materias tan blandas, hacen tanta impresion en la dureza del leño y de la piedra con la continuacion, luego no hay cosa que se resista á la firmeza y constancia de nuestras resoluciones. Este discurso fue una antorcha con que ilustró Dios su entendimiento, para que conociese que con la aplicacion podria vencer las dificultades que hasta entonces habia tenido; y así se volvió á su casa con la firme resolucion de hacer cuanto le mandase su hermano. Este, como instruido en todas las ciencias sagradas y profanas, quiso que su hermano las aprendiese todas segun su capacidad. Como se aplicaba al trabajo con otro gusto y aplicacion que la que solia antes de haber recibido las mudas instrucciones de la piedra y el madero, comenzó á hacer tan notables progresos, que era ahora la facilidad tanta, cuanta habian sido primero la dificultad y la rudeza. Dedicóse á un profundo conocimiento de la lengua latina, averiguando todas sus propiedades, sus raices y derivaciones. Las lenguas santas no le merecieron menos atencion, considerándolas como una llave para entrar en el secreto de la divina sabiduría. Pero en lo que mas se aventajó, segun atestiguan san Braulio y san Ildefonso, fue en una elocuencia tan vencedora, y una gracia en el decir tan llena de atractivos y dulzura, que sabios é ignorantes estaban igualmente gustosos pendientes de sus palabras.

A esta energía y facundia en el decir, añadia un profundo conocimiento de las materias filosóficas y sagradas, como lo manifiestan sus escritos. Aunque no se sabe de cierto cuáles fuesen los empleos de su juventud, se dexan conocer de su precisa asistencia á su hermano san Leandro, de quien dependia, y de las operaciones, trabajos y dignidades que éste obtuvo. Se sabe que san Leandro, deseoso de apartarse de aquel mar de desasosiego en que habia visto naufragar á sus mismos padres, se hizo religioso en un monasterio de Sevilla. Que sobresaliendo en virtud y letras sobre todos sus coetáneos, fue ensalzado á la prelacía de aquella iglesia. Sábese cuánto fue perseguido del pérfido rey Leovigildo, arriano de profesion, y acérrimo defensor de esta heregía. El haberse retirado san Hermenegildo á Sevilla

huyendo de la crueldad de su padre: el haber abrazado abiertamente la religion católica, ya por las persuasiones de su muger la reyna Ingunte, ya por las instrucciones de san Leandro, no hay duda que fueron motivos poderosos para excitar la cólera del rey Leovigildo. A éste no se le pudo ocultar el viage que el santo prelado de Sevilla habia hecho á Constantinopla, y mucho menos la causa y objeto de tan penosa jornada. Como sin embargo de todo esto la fortuna corrió tan adversa para san Hermenegildo, que echado de Sevilla, y preso en Córdoba, vino últimamente á perder la vida y el reyno. San Leandro fue participante de todas las amarguras que debia producir una suerte tan dolorosa. El pérfido Rey, insolente con la victoria, descargó los golpes de su venganza contra san Leandro; y aunque san Gregorio no expresa qué género de trabajos fueron los que padeció, sabemos por san Isidoro que fue desterrado á Cartagena. El haber pedido san Leandro al santo pontífice Gregorio que le expusiese el libro de Job, y el haber condescendido con su súplica el santísimo Padre, es un argumento nada equívoco de las persecuciones y molestias que padeció san Leandro, y de la saludable medicina con que el sumo pastor de la Iglesia procuró suavizárselas y hacérselas llevaderas por el nombre de aquel Dios á quien el santo Job bendecia humildemente en medio de sus trabajos. En todas estas grandes obras de san Leandro, y en todos los cuidados de su pastoral oficio, debemos suponer que tuvo gran parte su hermano san Isidoro. Desde niño le habia tenido en lugar de padre: á san Leandro debia su educacion y todos sus estudios: en su compañía exercitó la rigurosa disciplina del monasterio, exercitándose en todas las virtudes austéras propias de este estado: participaria igualmente de todas las adversidades y trabajos del destierro; y en una palabra, san Isidoro en los años últimos de la vida de su hermano sería un cooperador suyo que le ayudase á llevar las pesadas y sublimes cargas de prelado, de pastor, de maestro y de sacerdote. Aunque los escritores antiguos de su vida guardan un profundo silencio sobre todas sus acciones hasta el punto en que fue colocado en la cátedra de Sevilla, la ra-

zon y buen juicio exigen que á las reflexiones hechas se les dé alguna más fe y autoridad que á las de una conjetura.

Como quiera que sea, san Isidoro llegó á tener tanta fama y concepto por sus virtudes y sabiduría, que habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al santo arzobispo san Leandro por los años del Señor de 599, fue elegido para sucederle en aquella grande prelacía por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Todos conocian que nadie era capaz de llenar el hueco que habia dexado san Leandro, prelado tan respetable por todas sus circunstancias, sino su hermano san Isidoro, en quien advertian una santa inocencia de costumbres, junta con una sabiduría celestial. Colocado en la cima de tan sublime dignidad, comenzó á esparcir resplandores á manera de un sol luciente que alumbra y vivifica á todos con la brillantez de sus luces. Estas se difundieron con tanta copia y rapidez, no solamente en su diócesis, sino por toda España; que de toda élla concurrian á recibir su instruccion, y á participar de su admirable sabiduría. Competia con ésta su prudencia, su castidad, su constancia, su justicia y su modestia. Todas las virtudes de un obispo, todas las cualidades de un padre, y todas las prendas de un maestro se hallaban como en su centro en san Isidoro. No habia exercicio de caridad, ni obra piadosa en que no tuviese parte. En todo lugar, á toda hora traía su corazon empleado en aquella santa devocion, cuya regla primera y única, segun san Pablo, es la caridad; pero principalmente sentia un indecible consuelo en la consideracion de la pasion de Jesucristo.

Intentando imitar á este divino Maestro, de tal manera arreglaba sus acciones, que cuanto tenian de ásperas y severas para su persona, otro tanto tenian de dulces y agradables para sus súbditos. Tenia siempre presente aquella sentencia de san Agustin que aconseja al prelado: *que solicite mas bien que le amen por la blandura de su trato, que el que le teman por el rigor de sus correcciones*. Así san Isidoro procuraba exercitar con sus súbditos mas antes el oficio de padre, que el oficio de superior. Ocupábase continuamente en la leccion y me-

ditacion de las santas Escrituras; y para habilitar el espíritu á su inteligencia, le purificaba con el ayuno, y le encendia con la oracion. Su mesa, ademas de ser templada y parca, no se abastecia sino de manjares ordinarios poco distintos ó superiores á los que pudiera usar un religioso. Pero al paso que consigo mismo usaba de una escasez que excedia los términos de una moderada templanza, era para los demas sumamente generoso, y frecuentemente profuso. La encendida caridad que abrasaba su corazon, hacia mirar á sus próximos como á hermanos, como á hijos, y con todos los títulos y respetos capaces de excitar la ternura. Por esta causa hacia suyas todas sus penas ó alegrías; y habia hecho en sí una naturaleza el alegrarse con los que se alegraban, llorar con los que se afligian, y el socorrer con largas limosnas á los que veía con alguna necesidad ó miseria. Pero en medio de la diversidad de afectos, de que era poseido su corazon, segun lo exígía la suerte próspera ó adversa de sus súbditos, mantenia siempre un semblante alegre y risueño, con el cual mitigaba las penas á los afligidos, y consolidaba la delicia en los venturosos. Estaba persuadido á que Dios no le habia ensalzado á la alta dignidad en que se veía para honor propio, sino para el beneficio de sus hermanos; no para mandar con despotismo haciendo el papel de un príncipe poderoso, sino para servir, como dixo de sí mismo el Hijo de Dios; y finalmente, no para vaciar los bolsillos de sus súbditos, y oprimirlos con exâcciones, sino para desterrar los vicios, plantar la virtud, enseñar la sana doctrina, y dirigir las almas por los senderos de la salud. Estas máxîmas no eran en san Isidoro una pura teoría privada frecuentemente en los hombres de realidad, sino que al paso que protestaba ser anexas estas obligaciones á la dignidad de obispo, lo confirmaba y rectificaba mas poderosamente con sus santas obras.

Entre los objetos que mas arrebataron su pastoral atencion, fue uno el cuidado de la educacion de los jóvenes que se habian de consagrar al ministerio del altar. Cuidaba con sumo esmero de que se empleasen, no solamente en el estudio, sino en exercicios devotos y cristianos. Como conocia que no todo espíritu es propio

para todo ministerio y estado, deseaba que en el recogimiento, en la aplicacion y en el retiro diesen los jóvenes una anticipada muestra de las costumbres con que honrarian despues la dignidad del sacerdocio. Para exâminar un punto tan importante con toda la delicadeza que le sugeria su zelo, y al mismo tiempo para impedir que los jóvenes anduviesen vagando por la ciudad con grave perjuicio de sus costumbres, cuidó de edificar fuera de Sevilla un magnífico y hermoso colegio. En él vivian encerrados todos los estudiantes que de la mayor parte de España venian á aprovecharse de la doctrina de san Isidoro; y á ninguno se le daba licencia para salir antes de que hubiese cumplido el cuarto año de colegiatura. En este seminario de ciencias y de virtud se criaban varones consumados en úno y ótro, capaces de resistir á la miseria de los tiempos y á las astucias de la heregía. En aquel colegio aprendio las ciencias san Ildefonso, arzobispo de Toledo, y en el mismo colegio se educó y formó san Braulio, obispo de Zaragoza, úno y ótro de los mas santos y sabios obispos que ha tenido España, y aun toda la universal Iglesia. Tan admirables eféctos era capaz de producir la celestial prudencia y activo zelo con que san Isidoro cuidaba de abastecer su colegio de todos los medios necesarios para hacerle útil á la Iglesia y al Estado. Sabia que la raiz de la relaxacion, que se advertia en todas las clases del clero, consistia en la ignorancia de las letras sagradas, y en la negligencia con que miraban los fieles el estudio de las santas Escrituras. Por esta causa la heregía hallaba entrada facil para sembrar y persuadir sus errores, sin el temor de hallar resistencia en las luces y conocimientos de los fieles. La misma ignorancia de las sagradas Escrituras, dice el Cerratense, era el origen de la corrupcion de costumbres que se advertia en los clérigos, en los religiosos, y lo que fomentaba el partido de los arrianos. Para oponer un muro fuerte á todos estos males, fundó aquel colegio. Como el Santo no podia enseñar en todas las clases, ni sus cuidados pastorales le permitian exercitar muchas veces el magisterio, hacia exquisitas diligencias para averiguar en donde habia los maestros de mayor sabiduría y virtud; y hallados, los traía

á su colegio á fuerza de ruegos, y con el atractivo de premios cuantiosos y excesivos. De esta manera logró llenar á España de aquellos grandes hombres que forman su verdadero siglo de oro. Su zelo pastoral no se contenia en los estrechos límites de su colegio de Sevilla: atendia á la educacion y buen régimen de los monasterios, cuidando de que la juventud fuese instruida en la sana doctrina y en las ciencias provechosas para el servicio y esplendor de la Iglesia. Ponia en esto tanta eficacia, que no contento con excitar á los prelados con santas amonestaciones, y con su exemplo, usaba del artificio piadoso de regalar á los jóvenes religiosos, dándoles libros, y otras veces dineros con que pudiesen subvenir á sus necesidades los mas aprovechados. Los conventos de vírgenes los miraba como jardines amenos, en que el Esposo celestial tiene todas sus delicias. Velaba sobre su recogimiento, promovia su observancia; cuidaba de su manutencion y de sus intereses; y aunque su castidad angélica procuraba evitar la comunicacion con toda muger, con todo eso, á las religiosas que sobresalian en virtud y se adelantaban á las demas en el cumplimiento de sus obligaciones, no solamente las veneraba, sino que las fomentaba con cuantiosas limosnas. Su caridad, su zelo, su fervor y la grandeza de su espíritu se extendia á todas las regiones, á todos los objetos, á todas las necesidades. Edificó muchos y hermosos monasterios en toda la Península: y deseoso de aprovechar con su persona aquellos mismos que habia enriquecido con las largas efusiones de su caridad, quiso predicar la palabra de Dios de una manera apostólica, peregrinando de ciudad en ciudad, como de hecho lo executó con grande aprovechamiento de cuantos tuvieron la ventura de oirle. A tan sublimes virtudes era natural seguirse unas obras grandes y ruidosas. Lo fue sin duda alguna la suscripcion al decreto del rey Gundemaro, sobre que la santa iglesia de Toledo fuese reconocida por metrópoli en toda la provincia cartaginense. En el año de 610 vino san Isidoro á Toledo, trayendo en su compañía á su hermano san Fulgencio y á otros varios obispos; y habiendo recibido á Gundemaro, que acababa de ser electo rey, fue san Isidoro el primero que firmó el decreto famoso. Entre tanto para

reformar los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica, y asimismo para afirmar el dogma, dispuso un concilio provincial, que se tuvo en Sevilla en el año de 619. En él se ve una muestra del zelo de este santo Prelado y de su grande sabiduría. Habia venido en aquel tiempo á Sevilla un siro, que decia ser obispo, al cual san Braulio le da el nombre de Gregorio. Este tal negaba dos naturalezas en Cristo terminadas por una sola personalidad, creyendo ademas que la divinidad era pasible. Contra este engañado obispo dispútó san Isidoro públicamente, oponiéndole tantas y tan sólidas razones, deducidas de las Escrituras y de los padres, que el miserable competidor tuvo que darse por vencido, confesando verdadera la doctrina que san Isidoro defendia, é invencibles las sólidas razones con que la apoyaba. Pero los títulos penúltimo y último del concilio segundo de Sevilla son los testimonios mas auténticos de su zelo pastoral, y de la sabiduría copiosa con que en esta materia desempeñó sus obligaciones. A este tenor procuraba este santo Prelado reducir á la grey del Señor á cuantos contemplaba extraviados. San Braulio en la primera carta á san Isidoro hace mencion de otro sínodo, y de un tal Sinthario, que en él fue condenado; pero de este hecho no tenemos mas noticia que la que resulta de esta carta. No sucede así con el concilio cuarto de Toledo, el cual presidió el Santo como mas antiguo en el año de 633. En este concilio manifestó la grande autoridad que le habian grangeado sus muchos años, su grande sabiduría y sus continuados trabajos en beneficio de la Iglesia. Se cree que así como el concilio tercero de Toledo fue dispuesto por san Leandro, así tambien el concilio cuarto lo fue por san Isidoro; porque en presencia de este Prelado, ¿quién sería el que tuviese aliento para intentar sobresalir en aquellas sublimes calidades de ciencia, prudencia y virtud necesarias para la direccion de un concilio? Sin embargo, se sabe que el Santo estaba sumamente debil de fuerzas y quebrantado de salud. Mas de treinta y tres años que llevaba ya de prelacía sin intermision en los penosos trabajos de escribir, predicar, corregir y enseñar, le habian llevado á un estado en que tuvo que suplicar á san Braulio que viese

y corrigiese el libro de las Etimologías. Esta consideracion favorece la conjetura de los que creen que san Braulio tuvo mucha parte en la formacion de los cánones y decretos de aquel concilio.

Como quiera que sea, san Isidoro llegó á un estado de gloria y de fama en toda la Iglesia, que su nombre bastaba para dar autoridad á cualquiera asamblea. Los multiplicados escritos que habian salido de su fecunda pluma, habian extendido su opinion por toda la tierra. En éllos veían un hombre consumado en las ciencias sagradas y profanas, sin que á su vasta comprension se negasen las flores de las letras humanas, y los adornos de la erudicion. La coleccion de cánones antiguos y legítimos, el prefacio que la precede, el tratado de Varones Ilustres, y otras varias obras, cuyo catálogo puede verse en el libro quinto de la biblioteca de don Nicolas Antonio, prueban que la sabiduría y extension de conocimientos de este santo Prelado fueron proporcionadas á su heróica santidad. Con úno y ótro ilustró la iglesia de España, y se labró unos merecimientos tan grandes, que era justo fuese ya á gozar de las eternas recompensas que le eran debidas. Conoció el mismo Santo que se llegaba ya el fin de sus dias y el término dichoso de sus gloriosas tareas. Dispúsose para él doblando sus exercicios piadosos, y principalmente las cuantiosas limosnas que mandó repartir á los pobres. En esto fue tal su esmero, que en el espacio de mas de seis meses anteriores á su dichoso tránsito, comenzaba éste caritativo exercicio al salir el sol, y no le interrumpia hasta la noche, sino el tiempo necesario para reparar sus fuerzas con un moderado alimento. Viendo que le iban faltando las fuerzas, y que se acercaba por momentos la última hora, á causa de que una calentura contínua iba poco á poco acabando su vida, mandó llamar á los dos obispos sufragáneos suyos, para hacer en su presencia la ceremonia de la penitencia, segun la costumbre de aquel tiempo. Llegados que fueron Juan y Epacio, mandó que le llevasen desde su celda á la basílica de san Vicente mártir. Esta traslacion fue solemnizada de un piadoso y numerable concurso que concurrió de todas partes á ver á su prelado, y recibir sus últimas amones-

taciones. Los pobres concurrian en tropas abatidos los semblantes y los ojos cubiertos de lágrimas, manifestando su dolor con gemidos y voces lastimeras. Los clérigos, los religiosos y todas las gentes, tanto nobles como plebeyas de Sevilla, llenaron la catedral, en donde no se oia otra cosa que los gemidos y sollozos con que manifestaban su pena por la próxîma falta de su pastor y de su padre. Los ojos mas indiferentes estaban anegados en llanto, y los pechos mas duros se deshacian en amargura. Llegado á la iglesia, mandó que le pusiesen junto al cancel del altar, y que ahuyentasen de allí á las mugeres para recibir la penitencia en presencia solamente de los hombres, conservando de este modo á la honestidad los delicados privilegios que con tanto escrúpulo la habia guardado toda su vida. En este estado recibió el cilicio de mano de uno de los dos obispos, y pidió al ótro que le cubriese de ceniza; y levantando las manos al cielo, hizo su confesion de ésta manera: "Vos, Dios mio, que conoceis los secretos de »los humanos corazones, y os dignásteis de perdonar los »pecados á aquel publicano, que hiriendo su pecho los »confesaba contrito: vos, Señor, que os dignásteis de »resucitar á Lázaro despues de cuatro dias muerto y »corrompido, colocándole en el seno del patriarca Abra»han; recibid, Señor, en esta hora mi confesion, y »apartad vuestros ojos de los innumerables pecados que »contra vos he cometido; ni os acordeis de los delitos »de mi juventud. Vos, Dios mio, no establecísteis la pe»nitencia para los justos que nunca os ofendieron, sino »para mí que soy pecador, y os ofendí mas veces que »arenas tiene el mar. Vos, Señor, sabeis que desde el »punto que subí á la prelacía de esta santa iglesia, »no por mis méritos, sino por vuestra misericordia, y »tuve sobre mis hombros esta dignidad, que es mas an»tes carga que honor, no he dexado de pecar, antes »bien conozco que me he afanado en multiplicar mis »faltas. Pero vos, Señor, dixísteis que en cualquiera tiem»po que el pecador se convierta de sus errados cami»nos, entregarías al olvido todos sus pecados. Por tan»to, teniendo presente vuestro precepto, clamo á vos, »Señor, con toda confianza, sin embargo que no soy dig-

»no de levantar los ojos al cielo por la multitud de mis »pecados. Recibid esta humilde oracion mia, y conce»ded á un pecador el perdon que os pide, porque si los »cielos no estan limpios en vuestra presencia, ¿cuánto »menos lo estaré yo que he bebido las iniquidades como »si fuesen agua?"

Habiendo concluido esta devotísima y tierna oracion, que aumentó el dolor y las lágrimas de todos los concurrentes, recibió de mano de los obispos el cuerpo y sangre de Jesucristo, testificando con profundos gemidos de su corazon su indignidad y las inauditas misericordias del Señor. Despues pidió perdon á todos los circunstantes, diciendo: "Ruegoos, ó sacerdotes de mi »Dios, y á vosotros, ó congregacion del clero y pueblo, »que dirijais al Señor vuestras oraciones por este infe»liz pecador, que ya que no es digno por sus méritos »de alcanzar perdon de Dios, logre por vuestra interce»sion los efectos de la divina misericordia. Perdonad»me, aunque no lo merezco, todo aquello en que os »haya ofendido, si acaso he despreciado á alguno por »ódio, si le he apartado de la union de caridad con co»razon impío, si acaso he perjudicado á alguno con al»gun consejo, ó le he hecho daño llevado de la ira; perdo»nadme, pues en este instante os pido misericordia, y »me arrepiento de mis delitos." A estas voces correspondieron todos los circunstantes pidiendo á Dios con grandes gemidos que le perdonase; y habiendo el Santo perdonado tambien las deudas pecunarias que algunos le debian, segunda vez habló las últimas palabras con que alimentó espiritualmente sus ovejas, diciendo: "Vo»sotros, santos obispos de mi Dios, y todos cuantos »estais presentes, os ruego y pido que guardeis mútua»mente la mas fervorosa caridad, no volviendo mal por »mal; no querais ser chismosos en el pueblo, para que »así, ni el enemigo antiguo encuentre en vosotros que »castigar, ni el lobo rapaz en quien ensangrentar sus »garras; sino antes bien el divino Pastor os ponga ale»gremente sobre sus hombros para conduciros á su re»baño."

Habiendo hecho esta devotísima confesion, mandó distribuir entre los pobres todo el dinero que le habia

quedado, y solicitó entre tanto, que todos los circunstantes le diesen el ósculo de paz. Mientras se hacia esta ceremonia decia á los circunstantes: "Si me perdonais "de todo corazon todo aquello en que hasta ahora os he "ofendido, tambien el Omnipotente Criador os perdo"nará todos vuestros delitos, de tal manera, que el agua "sagrada que ha de recibir hoy el pueblo, os sirva para "remision de vuestros pecados, y este ósculo de paz sea "un testimonio eterno de nuestra reconciliacion." Concluidas estas venerables y augustas ceremonias, en que se dispuso con la penitencia, y armó con la sagrada Eucaristía para salir de este mundo, le volvieron á llevar á su habitacion, en donde á los cuatro dias, despues de haber recibido la penitencia, murió santamente como habia vivido. Sucedió su tránsito el dia 4 de abril del año 636, habiendo gobernado la cátedra de Sevilla por espacio de cerca de cuarenta años con rectitud, integridad, zelo y todas las virtudes que hacen grande y recomendable á un obispo. Apenas murió recibió aun de los hombres el justo premio de los aplausos; porque no solamente san Braulio y san Ildefonso hicieron su elogio aclamándole sábio y santo, sino que el concilio octavo nacional celebrado en Toledo diez y siete años despues de su muerte, no dudó proclamarle con los sobrenombres mas distinguidos. "Doctor egregio de nuestro "siglo: nuevo honor de la Iglesia católica: posterior en "edad á los demas doctores; pero nada inferior en la "doctrina: el mas sábio que produxeron los últimos si"glos, y cuyo nombre debe pronunciarse con reveren"cia." Tales fueron los elogios con que le condecoraron los padres de aquel concilio. Imitáronlos en los siglos posteriores Isidoro Pacense, Elipando, el papa Leon IV. y todos cuantos llegaron á tener conocimiento de lo sublime de su santidad y de la vasta extension de su doctrina. Su cuerpo fue sepultado en Sevilla, donde permaneció hasta el reynado de Fernando el Grande y primero de Castilla. Este Rey, igualmente soldado que piadoso, quiso enriquecer la córte de Leon con algunas sagradas reliquias. Para este efecto, habiendo tratado primero con el rey moro de Sevilla Benavetque le concediese el cuerpo de la vírgen y mártir santa Justa, envió

al obispo de Leon Alvito, acompañado de Ordoño, obispo de Astorga, y del conde Munio, con una buena partida de soldados. Propuesta su embaxada, é ignorando todos el sitio donde descansaban las reliquias de la santa Mártir, se aplicaron á la oracion: de élla resultó que san Isidoro se apareció en sueños al venerable Alvito, le indicó el lugar donde descansaba su cuerpo, y le insinuó que hiciese su traslacion, la cual se verificó con gran pompa, magnificencia y repetidos milagros en el año de 1063; por todo lo cual sea Dios bendito. Amen.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Isidorum ministrum tribuisti: præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis: Per Dominum...

O Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Isidoro por ministro de la salud eterna: concédenos que tengamos por intercesor en los cielos á quien en la tierra tuvimos por maestro de la vida: Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen cer-

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes à sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de

tavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juéz: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

La verdadera doctrina del evangelio ha padecido en todos tiempos la contradiccion de las pasiones humanas; éstas, como producidas de una raiz viciosa y contraria á la ley del espíritu, no pueden sufrir la moderacion y freno que les impone la doctrina evangélica. Por tanto, se esfuerzan á sacudir el yugo á manera de bestias feroces, que atadas á la cadena solicitan su libertad para hacer víctima suya la sangre mas inocente. San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, prevee todas estas verdades, y le prepara para que por medio de la correccion y de la enseñanza disponga los corazones á retener las saludables máxîmas de la santa doctrina. Toda la vida del glorioso arzobispo de Sevilla san Isidoro fue un contínuo texido del cumplimiento de estas obligaciones; y en toda élla debe hallar el cristiano una copiosa instruccion que le advierta los peligros á que está expuesto, y los deslices en que en esta materia le precipitan sus pasiones. En ningun tiempo se puede decir con verdad que se ve verificada mas lastimosamente aquella profecía de san Pablo, que dice: *Tiempo vendrá en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que juntarán maestros que los enseñen segun su placer, y que los agraden á los oidos; los cuales apartarán su corazon de la verdad, y se convertirán á las fábulas.* Esta terrible profecía, verificada en nuestro tiempo, es la causa de la relaxacion de las costumbres, de que el santo temor de Dios se halle tan alejado de los humanos corazones, de que la mentira y falsedad hayan usurpado sus derechos á las divinas verdades; y finalmente, de que la religion cristiana se haya puesto en un estado tan lastimoso que se pudiera vaticinar su fin,

si no obstase la palabra del Hijo de Dios, quien aseguró que no prevalecerian contra élla las puertas del abismo.

Este mal tan fecundo en sí, que produce una asombrosa multitud de daños incalculables, nace de la leccion de ciertos libros de doctrina corrompida: la belleza de estilo con que suelen estar escritos: la materia que ofrecen á la vana curiosidad de los hombres, siempre ansiosos de adelantar sus conocimientos mas allá de los límites que puso la divina Providencia á su capacidad; y últimamente, la belleza capciosa de expresiones con que producen sus envenenadas doctrinas, son otros tantos lazos en que caen facilmente los incautos, causando en éllos un estrago lamentable. La soberbia del hombre es tal que no necesita de apöyo muy sólido para pretender constituirse maestro en las materias mas agenas de su profesion: élla le da valor para decidir sobre aquellos puntos, cuya obscuridad hizo á los santos mirarlos con respeto, y consumir muchas horas de estudio y oracion para que Dios les declarase su inteligencia; y como les falta el santo temor de Dios, que es la luz del entendimiento humano, truecan facilmente, no solamente los nombres de las cosas, sino tambien la verdadera substancia, teniendo la mentira por verdad, y canonizando por bueno lo que es perjudicial y dañoso. Todo cristiano debe estar muy alerta para precaverse de semejante veneno, conociendo que el amor propio y las pasiones miran con gusto la doctrina que las lisonjea; y por el contrario, miran con tédio aquella que las reprime y las modera. De otro modo serán inevitables los daños de la mala doctrina, y su corrupcion cundirá insensiblemente hasta llegar á emponzoñar aun á aquellos mismos en quienes Dios ha depositado el magisterio de la ley. Los padres de familia deben velar para remediar los daños, á cuyo total exterminio no alcanza, ni la vigilancia de los magistrados, ni el zelo de los pastores, ni el penoso y continuo trabajo de los augustos tribunales de la fe. No se puede dudar que la escrupulosa conducta de los padres de familia atajaria todos los males de la doctrina perniciosa, y haria que el pueblo cristiano fuese un pueblo santo y seguidor perfecto de la doctrina de Jesucristo. La obligacion es indubitable: los bienes que se siguen de cumplirla, son ciertos y seguros: é igualmente

cierta la responsabilidad que de lo contrario echan sobre sus almas. Temed, pues, ó padres de familias, todas las funestas consecuencias de la mala doctrina.

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quonian veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit á lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit: hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñáre así á los hombres, será reputado el menor en el reyno de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñáre, será llamado grande en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

Sobre la educacion de los niños.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la buena educacion de los niños es á un mismo tiempo una de las mas estrechas obligaciones que tienen todos aquellos á quienes Dios ha constituido en el grado de superiores, y uno de los manantiales mas copiosos de la felicidad de la religion y del estado.

San Pablo, escribiendo á los de Corintio (*Epist.* 1. *cap.* 3.) les dice, que habia procurado su instruccion dándoles la leche de la doctrina evangélica, y considerándolos como á niños en la religion del Crucificado. Estaban los corintios recientemente engendrados en Jesucristo por medio de la gracia del bautismo. Consideraba el santo Apóstol, que de las primeras instituciones que en aquel tierno estado les diese, pendia la buena ó mala conducta de todo el resto de su vida; y así procuraba instruirlos llenando sus corazones de máxîmas saludables, para que creciesen con éllos, y se fuesen robusteciendo á proporcion que su edad se fuese haciendo mayor y mas madura. El mismo Jesucristo manifestó á sus apóstoles el cuidado y esmero que se debia poner en la crianza de los niños, cuando juzgando éllos que no convenia á la dignidad y autoridad del Salvador ocuparse en cosas tan mínimas, el divino Maestro los reprendió blandamente, é hizo que los niños se llegasen á él, los tomó en sus brazos, los acarició y enseñó, diciendo que *de éllos era el reyno de los cielos*. Siguiendo esta doctrina el padre san Gerónimo, ocupaba toda la ciencia y experiencia de su venerable ancianidad en criar y educar á la niña Paula; y escribiendo á Leta, dice estas notables palabras: "Si me »enviares á Paula, prometo ser su ayo y su maestro. »La llevaré en mis brazos: la enseñaré á formar con los »tiernos labios las balbucientes palabras; y en esto mis»mo me tendré por mas glorioso que el filósofo Aristóte»les en ser preceptor del rey de Macedonia. Él enseñaba »á un hombre soberbio, á un rey cruel, que habia de pe-

»recer con el veneno de Babilonia; pero yo enseñaré y »criaré á una sierva y esposa de Jesucristo, que ha de ser »ofrecida al reyno de los cielos por eterna compañera de »los ángeles."

Si los santos padres, los apóstoles y el mismo Jesucristo miran con tanto esmero la educacion de los niños, ¿con qué ojos deberán mirarla aquéllos á quienes la divina Providencia ha puesto en este mundo en el grado de superiores? ¿qué cuidado, qué delicadeza no debe ser la suya en advertir las palabras que les dicen, y las acciones que les presentan? Los corazones de los niños son como de una blanda cera, y la materia mas proporcionada para recibir todo género de impresiones. Cuanto oyen y cuanto ven, otro tanto se queda grabado en sus tiernas almas, con tanta profundidad, que en vano se emplean las reflexîones, é instruccion de la edad madura para borrar las preocupaciones ó máxîmas erradas que recibieron en la infancia. Por otra parte, los niños tienen un derecho de justicia á que los mayores en edad no perdonen trabajo, cuidado, ni cautela que pueda ceder en su beneficio. Ellos se encuentran destituidos de todos los medios con que pudieran precaverse del mal. La experiencia no ha podido abrirles los ojos para que vean la enorme diferencia que hay entre la verdad y la mentira, entre lo malo y lo bueno. Están destituidos de las luces de la sabiduría con que pudieran distinguir los caractéres de la virtud, y las líneas horrorosas con que se representa el vicio. Su corazon, enteramente desnudo de todos los hábitos, abraza cualquiera sin la menor repugnancia, porque ignora sus consecuencias. La prudencia no ha podido todavía dirigir sus acciones, ni darle aquella astuta sagacidad con que enseña á entresacar lo útil de lo dañoso. Un niño, pues, se halla como una tabla rasa, en donde se pueden dibuxar una figura perfecta ó un monstruo: como un árbol naciente que se le puede dirigir derecho ó torcido: como un hombre inerme que está á la discrecion de lo que quieran hacer de él: como un objeto, en fin, acreedor á todos los cuidados, á todos los esmeros de sus semejantes para ser verdaderamente feliz. Estas consideraciones deben hacer en todos el efecto de procurar por su parte no escandalizar á los niños con las acciones ni con las palabras.

Todo hombre que ha llegado á usar de su razon, debe considerarse, cuando trata con los niños, como maestro que les ha destinado la misma naturaleza. Si á esto se llegan los conocimientos sobrenaturales, y las obligaciones mútuas que nos impone la caridad, resulta que la educacion de los niños es una obligacion casi universal y de las mas grandes que tienen sobre sí todos los hombres. Considera, ó cristiano, todas estas verdades, y vuelve despues los ojos á la conducta que hasta ahora has tenido.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el descuido de la educacion y enseñanza de los niños es frecuentemente orígen de la mayor parte de los daños que se ven en la sociedad humana, y que muchos de éllos son trascendentales á la religion.

El profeta Isaías tratando de la destruccion de Jerusalen, y señalando las causas que habian de ocasionarla, exclamaba diciendo: ¿ *En dónde está el maestro de los niños*? Sin embargo de que los hebreos eran tan escrupulosos en la conservacion de su ley, que para que se fixasen en los corazones procuraban imprimirla en los niños desde la infancia, presentándoles á los ojos imágenes de su religion; en tiempo de Isaías habia llegado á ser tal el descuido en esta materia, que se queja el Profeta de él, y vaticina que de allí nacerian todos los males y calamidades que habian de oprimir á Jerusalen. Esta doctrina y esta persuasion, que eran verdaderas en el tiempo de Isaías, no lo son menos en nuestros tiempos. *El corazon de los niños*, dice Quintiliano (lib. 1. Inst. cap. 1.), *no solamente es blando para recibir las impresiones, y se presta como la cera al sello; sino que ademas es tenacísimo de lo que recibe; y así como la vasija conserva siempre el olor del licor primero que tuvo, y la lana blanca el primer color de que fue teñida, de la misma manera el corazon del hombre conserva por toda la vida los resabios de las instituciones primeras que en él se depositaron.* Con él crecen, y con el tiempo van adquiriendo mayores fuerzas para explicarse en aquellas acciones que son propias de sus principios.

Un niño que oye contínuamente á sus padres la pala-

bra obscena, el juramento, la maldicion, la mentira, ¿cómo es posible que en llegando á una edad adulta no sea un deshonesto, un maldiciente, un falsario y un perjuro? Un niño que ve en sus padres falta de respeto á las cosas sagradas, que no los ve emplearse en exercicios de piedad, sino que antes por el contrario les oye muchas veces sacrílegas murmuraciones contra los puntos mas sagrados de la religion, ¿cómo es posible que con el tiempo no sea un mal cristiano, un hombre indevoto y un impío? Y si por desgracia se llega á esto el oir aquellas necias calumnias en que suelen precipitarse los hombres, censurando no solamente las acciones de sus hermanos, sino tal vez las disposiciones de los magistrados, y los santos designios de aquellos que hacen las veces de Dios en la tierra, ¿qué se puede esperar sino que al daño deplorable de malos cristianos junten el defecto horroroso de ciudadanos y vasallos pérfidos? Tú, padre de familias, que lloras y te lamentas de los extravíos de tu hijo y de las disipaciones de su juventud corrompida, vuelve los ojos á ti mismo, y hallarás la causa funesta en los malos exemplos que le has dado en tu persona. ¿Con qué razon, con qué justicia puede pretender una madre de familias, que sus hijas adornen su hermosura con los preciosos atavíos de la honestidad y de la modestia, cuando élla misma está hecha un exemplar de luxo, y una piedra de escándalo para todos cuantos la miran? Si sus hijas están mirando tan de cerca las máxîmas de corrupcion y de profanidad, ¿será posible que dexen de contaminarse sus tiernos corazones? El Espíritu santo dice *que todo aquel que toca la pez, será manchado de élla.* En consecuencia de esto se puede decir, que todas las mas costumbres, todos los corrompidos exemplos, y todos los graves delitos que se advierten en el mundo, son una consecuencia natural del descuido con que se mira la enseñanza de los niños, y de las impresiones que hacen en su tierno corazon las obras de sus padres, y de aquellos que les rodean.

JACULATORIAS.

Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. Genes. cap. 8.

Señor, todas nuestras inclinaciones, todo el peso de nuestro corazon, nos llevan al mal desde los años mas tiernos.

Fulgebunt qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ in perpetuas æternitates.

Los que guiasen santamente á sus hermanos dirigiéndoles á la justicia, resplandecerán eternamente como las brillantes estrellas del cielo.

PROPOSITOS.

La caridad y la justicia nos obligan de comun acuerdo á evitar los daños á nuestro próximo, y á suministrarle todos los medios de su mayor aprovechamiento. Esto mismo debe hacer que los padres de familias pongan el mayor esmero en dar á sus hijos, especialmente cuando son niños, instrucciones y consejos saludables. No basta enseñarles los primeros rudimentos de la doctrina cristiana, y aquellas oraciones comunes con que se exercita la religion. Las máximas morales, que son las que forman el hombre virtuoso, deben ir embebidas en las obras. Los niños no tienen capacidad para recibir instrucciones especulativas sobre la religion y las costumbres. Se llevan mas bien de lo que ven sus ojos, que de lo que oyen sus oidos; y así logra mayor efecto en éllos un buen exemplo, que muchos buenos discursos. Por tanto, en su educacion se debe atender á la probidad de sus maestros, y de todos aquellos con quienes tratan. Un criado vicioso, una ama poco virtuosa, unos concurrentes chocarreros, deshonestos ó disipados, son causa suficiente para hacer la perdicion de tu hijo. Entre las mismas diversiones de la niñez suelen ocultarse los fomentos de la corrupcion. Tal vez se celebran por gracias los que son verdaderamente delitos, y semillas de grandes males para la edad futura. La palabra atrevida, el enojo importuno, los gestos altaneros, el desprecio de la criada, la accion insultante, la risa que se burla de los concurrentes, suelen

ser en los niños otras tantas gracias que celebran sus padres, y de que quedan muy ufanos solicitando aplauso de los amigos y parientes. Pero todo esto es á la verdad una manifestacion de las semillas de maldad, que quedaron en nuestro corazon de resultas del pecado del primer hombre. Deben, pues, estos excesos, aunque pequeños, ser corregidos con gracia, y evitar con discrecion sus perniciosas consecuencias. Unas veces deberán los premios alentar y estimular á los niños á las acciones virtuosas; y ótras les retraerá un moderado y discreto castigo. Pero siempre se ha de tener presente, que si las fieras indómitas se amansan y domestícan con la maña, con el buen trato y la dulzura, con mucha mas razon debe esperarse esto de la nobleza del hombre. Sobre todo, no olvides jamás que para los niños es irresistible la fuerza del buen exemplo.

DIA QUINTO.

San Vicente Ferrer, confesor.

San Vicente Ferrer, tan célebre en toda la universal Iglesia, y uno de los mayores ornamentos del órden de Predicadores, nació en Valencia de España el año de 1357. de una familia muy antigua; pero no menos acreditada por su piedad, y por su caridad con los pobres, que por el esplendor de su nobleza.

Entró en el mundo nuestro Santo enriquecido con tan noble natural, y adornado de tan bellas inclinaciones, que fue su infancia un como preludio de aquel admirable zelo y de aquella eminente santidad, que hasta el dia de hoy forman su mas expresivo carácter. Desde luego fueron los pobres el objeto de su inclinacion y de sus cariños. No podian dar al niño Vicente mayor gusto que encomendarle repartiese por su tiernecita mano la limosna. Los juegos con los otros niños de su edad eran siempre sobre cosas de devocion; y todos sus entretenimientos se reducian á hacer oracion, y á leer libros devotos. Fue ni-

ño poco tiempo, y nunca se deslizó en los vicios de la juventud.

Era de ingenio vivo y penetrante y de memoria feliz. Á los doce años comenzó la filosofia; dos años despues la sagrada teología, en la cual hizo tan grandes progresos, que á los diez y siete años sabia mas que sus maestros.

Como iba creciendo en sabiduría, iba tambien creciendo en santidad. El estudio no le impedia la devocion. Favoreciόle el cielo con el don de lágrimas en una edad poco acostumbrada á semejantes piadosas impresiones. La materia mas frecuente de su meditacion era la pasion de Cristo, y casi desde la cuna mostró su tierna devocion con la santísima Vírgen.

Acabados los estudios á los diez y siete años de su edad, le declaró su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, caso que no le llamase Dios al estado eclesiástico ó religioso; pero quedó gustosamente sorprendido cuando halló de boca de su hijo la resolucion en que estaba de abrazar el instituto de santo Domingo, donde florecian la sabiduría, el zelo y el mas exemplar fervor. Lleno el piadoso padre de un tiernísimo gozo: *Ahora sí, hijo mio*, le dixo echándole los brazos al cuello, *ahora sí que entiendo un sueño que tuve pocos dias antes que nacieses. Soñaba, que entrando en la iglesia de los padres Predicadores, se llegaba á mí un religioso, y me daba la enhorabuena de que tendria un hijo, que con el tiempo sería uno de los mas brillantes astros de su Orden, y cuyo zelo igualaria al de los apóstoles de los primitivos tiempos de la Iglesia.* Al oir estas palabras respondió Vicente: *Pues, padre y señor, no dilatemos un momento el cumplimiento de un vaticinio tan dichoso para mí: siendo tan clara la voluntad del Señor, sería muy delincuente cualquiera dilacion.* Admirado y enternecido el padre con la generosa resolucion de su hijo, él mismo le conduxo al convento de Predicadores que habia en la ciudad. Presentóle al prior, que le recibió como un don venido del cielo, conociendo bien el inestimable valor del regalo que le hacia.

Aun no siendo mas que novicio, se dudaba hubiese en la comunidad religioso mas perfecto. Desde luego se pro-

puso por modelo la vida de su santo Fundador, y sin ponderacion se puede asegurar que salió la copia parecida al original. Despues de hecha la profesion religiosa, solo se dedicó á desempeñar la perfeccion de su estado; y así por la santidad de su vida, como por la eminente doctrina que adquirió en la carrera de los estudios, fue sin disputa uno de los hombres mas sábios y mas santos de su siglo.

El estudio interrumpia poco ó nada la oracion: *¿Quieres estudiar con fruto?* dice el mismo Santo en su tratado de la Vida espiritual (cap. 2.), *pues procura que la devocion acompañe siempre al estudio. Consulta mas con el Espíritu santo que con los libros, y pide incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. ¿Te cansa, te fatiga el estudio? pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: algunos instantes de reposo en su sagrado corazon añaden nueva fuerza, nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves, pero fervorosas jaculatorias: no des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion; porque la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio, ni de nuestro trabajo.*

Á los veinte y quatro años de su edad le nombraron los superiores para que leyese filosofia á los frayles del convento: lo que hizo con tanto crédito, que desde luego se declararon por discípulos suyos setenta estudiantes seculares. Á vista de aquel primer ensayo de la sublimidad de su ingenio, juzgaron los superiores que para él era corto teatro Valencia. Enviáronle primero á Barcelona, y despues á Lérida que era á la sazon celebérrima universidad de Cataluña. Allí recibió el grado de doctor, siendo de edad de veinte y ocho años, por mano del cardenal Pedro de Luna, legado á la sazon de la Silla apostólica en España. Vuelto á Valencia, el obispo, el cabildo y la ciudad le obligaron á explicar en público la sagrada Escritura, y á leer algunas materias de teología; pero conociendo todos el eminente talento que tenia para el púlpito, no permitieron que le tuviese enterrado. Comenzó á predicar, y comenzó á convertir. No habia obstinacion que se resistiese á la fuerza y á la eficacia de sus sermones: y las grandes conversiones que hizo, dieron luego á conocer que Dios habia enviado en él al mundo un nuevo apóstol.

Componia los sermones á los pies de un crucifixo; y se conocia bien que su elocuencia no podia nacer de otra fuente ni principio. Pero por mucho que se multiplicasen sus ministerios exteriores, jamás interrumpia su contínua oracion. De tal manera se dedicaba al trato con los próximos, que nunca perdia el recogimiento interior. Crecia su humildad con su reputacion, y aumentaba las penitencias con los trabajos apostólicos. Las exênciones y privilegios personales de los doctores, de los maestros y de los predicadores no hablaban con fray Vicente: ignorábalas enteramente por lo que tocaba á su persona, y no sabia distinguirse sino por los exercicios de mayor penitencia y de mayor humillacion.

Dicho se estaba que un zelo tan asombroso y una virtud tan sobresaliente, habian de llenar de rabia al demonio, y que éste no habia de dexar en reposo á nuestro Santo. Á ningun medio perdonó para derribarle: hizo cuanto pudo para vencerle, ó á lo menos para cansarle. Permitió Dios para probar su fidelidad, y para templar la vanagloria que le podia resultar de verse tan aplaudido, que fuese combatido de las mas vergonzosas tentaciones. No le daba treguas el ángel de Satanás; y fuera de las sugestiones y de los torpísimos objetos que fingia aun á sus mismos ojos corporales, para dar en tierra con su pureza, ponia en movimiento todos los demas artificios aun mas temibles en esta delicadísima materia.

Valióse de una muger lasciva y jóven, que fingiéndose enferma, llamó al Santo para que la confesase; luego que se vió con él á solas, empleó todos los medios que supo inventar la pasion y la torpeza para reducirle; pero apenas conoció Vicente el lazo, cuando huyó de él con precipitada fuga. Quiso la irritada muger vengar el desayre de su ciega pasion, levantando al Santo la mas sensible calumnia; pero solo sirvió para hacer mas vergonzosa su confusion, y mas gloriosa la reputacion de Vicente. Á esta victoria se siguió otro nuevo ataque. Halló modo de entrar, y esconderse en la celdilla del Santo una infame muger pública: entró en élla Vicente, sin saber lo que en élla se ocultaba: hizo su acostumbrada oracion, púsose á estudiar serenamente, cuando de repente salió del rincon donde estaba escondida aquella mala muger llena de des-

envoltura. No se evitaba el escándalo con la huida; y lleno el castísimo Vicente de una gran confianza en la misericordia del Señor, le habló con tanta fuerza, con tan divina eficacia, que al punto la convirtió; lloró, gimió, afligióse; y naciendo su dolor de un sincerísimo arrepentimiento, edificó tanto en adelante á toda la ciudad con el exemplo de su fervorosa vida, como antes la habia escandalizado con la disolucion de sus desórdenes.

El año de 1394, muerto el papa Clemente VII. sucedió aquel gran cisma, en el cual fue nombrado por papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII., mientras Bonifacio XI., sucesor de Urbano VI., ocupaba la santa Silla de Roma. No habia un año que el Santo estaba de vuelta en Valencia, cuando Benedicto le llamó á Aviñon, le hizo su confesor, y le nombró por maestro del sacro palacio.

Todo lo que tenia sonido ó ayre de dignidad era muy contrario al genio del humildísimo Vicente; pero creyendo que oía la voz del verdadero vicario de Jesucristo en un hombre á quien España y Francia reconocian entonces por legítimo papa, obedeció; aunque con un vivísimo dolor de ver el escandaloso cisma, que afligia y despedazaba á toda la santa Iglesia. Era tan dificultoso, y estaba tan obscurecido el derecho que todos los concurrentes pretendian tener al pontificado, que fueron muy excusables muchos y grandes santos que en aquel tiempo se declararon de buena fe por diferentes partidos. Pero no fue inútil la asistencia de nuestro Vicente cerca de la persona de Benedicto. No contento con gemir incesantemente en la presencia de Dios, le exhortaba contínuamente al desinteres y á la union. Hizo muchos viages á Cataluña, Aragon y Francia, con diferentes legacías al emperador Sigismundo y al rey Cárlos VI., y no contribuyó poco á que se convocase en Constancia un concilio general.

Habia cerca de diez y ocho meses que estaba en Aviñon, cuando se vió asaltado de una violenta y maligna fiebre, que le reduxo á los últimos extremos. Estando ya para espirar se le apareció Cristo, y le mandó, que dexando la córte de Benedicto, fuese á predicar como apóstol por todas partes. Su curacion repentina y milagrosa

fue prueba visible de la verdad de la aparicion. Ofrecióle Benedicto el obispado de Valencia y el capelo de cardenal; pero ninguna cosa fue capaz de deslumbrarle, ni de detenerle, y partió con potestad de legado apostólico para predicar en todas partes el evangelio.

Pero habiendo sabido que Gregorio XII. y Juan XXIII., para poner fin al cisma, y dar paz á la Iglesia, habian renunciado sus pretensiones, y se habian sometido á la decision del concilio, hizo cuanto pudo para reducir á Benedicto á que imitase el mismo exemplo; y no habiendo podido conseguirlo, se separó de su comunion, y desde entonces le trató como á cismático.

El santo pontífice Martino V. le hizo de nuevo su misionero apostólico por todo el Universo, y corriendo inmensos paises con sus evangélicas misiones, en breve tiempo hizo mudar de semblante á casi toda la Europa. Dió principio á éllas por España el año de 1397, y obró tantas maravillas, así en el pueblo, como en el clero, que las conversiones asombrosas que hizo en los reynos y provincias de Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias y Aragon, le merecieron el glorioso título de Apóstol de las Españas. Despues entró en Francia, donde aún fue mas abundante y mas copiosa la mies. El Langüedoc, la Provenza y el Delfinado correspondieron maravillosamente á sus apostólicos trabajos, y en cierta manera se puede decir, que honraron mucho su zelo por la reforma general de costumbres, que desde luego se dexó ver en todos los estados. Pasó á Italia, y corrió con iguales felicísimos sucesos toda la ribera de Génova, el Piamonte, la Lombardía y la Saboya. Penetró por Alemania, predicó en todo lo que baña el Rhin superior, y con tanto fruto en todas partes, que ya solo se le conocia por el nombre de Apóstol de toda Europa.

No es posible referir individualmente los viages apostólicos, los excesivos trabajos, el asombroso fruto y todas las maravillas de este gran Santo. Solo con dexarse ver, se sentian movidos á lágrimas y á compuncion los mas endurecidos pecadores, acabando despues su perfecta conversion la divina gracia, que siempre acompañaba á su triunfante elocuencia. El mas ordinario asunto de

sus sermones eran las verdades mas terribles de la religion: la muerte, el infierno, y sobre todo la terribilidad del juicio particular y universal. Predicaba con tanta fuerza, y con tanto zelo, que llenaba de terror aun á los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermon los llantos y los alharidos de sus oyentes, viéndose el Santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar muchas personas inmobles y pasmadas, como si fueran estátuas. Un insigne pecador cayó á sus pies muerto de dolor al acabar de confesarse. En fin, todos decian á una voz, que no era posible oir á Vicente, y perseverar en pecado.

No se puede dudar que le comunicó Dios el don de lenguas. El prodigioso número de judíos, moros, sarracenos, turcos y esclavos que sacó de la infidelidad, sin hablar de los millares de hereges, cismáticos, y pecadores obstinados que convirtió en España, Francia, Italia, Alemania, Paises-Baxos, y en Inglaterra, prueba concluyentemente, que sin milagro no era posible se dexase entender de tantas y tan diferentes naciones.

Los pueblos salian en tropas á recibirle como á enviado del Señor. Seguíanle cuando iba de un lugar á otro, y alguna vez se contaron mas de diez mil personas que iban tras de él al pasar á otra ciudad. Predicando en un gran campo se contaron tal vez hasta ocherta mil almas que concurrian con el ansia de oirle. En sola España convirtió á la fe á veinte y cinco mil judíos y á ocho mil sarracenos: las demas conversiones no pueden reducirse al guarismo. Luego que se divulgaba el lugar adonde habia de ir á hacer mision san Vicente, se anticipaban los mercaderes á celebrar una especie de feria de géneros pocas veces vistos, y muchas menos usados, llevando cargas enteras de silicios, disciplinas, cadenillas, rallos, capotillos de cerdas, y otros instrumentos de penitencia de nueva invencion, en que suele ser muy ingeniosa la codicia propia, para contentar la mortificacion agena.

Al don de lenguas, y al don de la eficacia acompañaba tambien el de milagros. Con todo eso seguramente se puede afirmar, que la que el Señor comunicaba á sus sermones no nacia menos de la fuerza de sus exemplos, y de la santidad de su vida, que de la virtud de sus milagros, y de la vehemencia de sus discursos.

En sus largos viages, en medio de sus mayores fatigas, y entre los mas penosos ministerios de su apostólico zelo, jamás afloxó en la mas exâcta observancia de la regla que habia abrazado. Por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias de la semana, excepto el domingo; y los miércoles y viérnes á pan y agua, sin dispensarse jamás en esta rigurosa abstinencia por sus excesivos trabajos. Su cama eran unos sarmientos, ó un poco de paja: todas las noches despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas. Ni las enfermedades eran bastantes para obligarle á mitigar sus crueles penitencias. Ninguno le hizo exceso en el apostólico desinteres con que predicaba y exercia todos los demas ministerios: tanto que pudiera parecer como característica en él la virtud de la pobreza.

Desde el púlpito se iba derecho al confesonario, y nunca supo qué cosa era aceptacion de personas. Haciendose todo á todos, ganó millares de almas para Jesucristo, correspondiendo siempre su fervor y su devocion á su mortificacion y su zelo. Siempre que se dexaba ver en el altar, se derretia en tiernas lágrimas: celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta fe, con tanto respeto, y con tan visible amor á Jesucristo, que le infundia en todos los circunstantes; la tierna devocion á la santísima Vírgen fue, digámoslo así, la devocion de su cariño, y la que inspiraba con mayor cuidado á todos sus penitentes. Tal era el ministro que habia escogido Dios para llevar por el mundo su divina palabra.

Llegando á noticia del rey de Inglaterra las maravillas que obraba el Señor por su fiel Siervo, le escribió una carta en términos muy respetosos, y le despachó un gentilhombre para suplicarle le hiciese el gusto de extender hasta su reyno los efectos de su apostólica caridad. Mandó equipar un navío á sus reales expensas, le envió á las costas de Francia para que se embarcase en el nuestro Santo, á quien hizo en su recibimiento mas ho-

nores que los que haria á un soberano. Predicó en las principales ciudades de Inglaterra, donde hizo tantos prodigios, como los que habia hecho en todas partes. Habiendo vuelto á Francia, corrió muchas provincias de aquel reyno, y siempre con igual fruto. Hallándose en Bourges el año de 1417 recibió cartas de Juan V., duque de Bretaña, en que le suplicaba pasase á hacer mision á sus estados. En todas las ciudades de aquel ducado se le hizo el mismo recibimiento que se pudiera hacer al mismo sumo pontífice. El pueblo, el magistrado, formado en cuerpo de ciudad, y hasta los mismos obispos salian á larga distancia á recibirle: cuando se acercó á la córte, salió el duque y la duquesa con toda élla hasta media legua, y le conduxeron como en triunfo á la ciudad. En toda la Bretaña, y en toda la Normandía se conoció muy presto la general reformacion de costumbres en la nobleza, en el clero, y en el estado general; pero en medio de estas asombrosas conversiones consumó Vicente el sacrificio de su apostólica vida.

Consumido al rigor de tantas penitencias y trabajos, habia mucho tiempo que vivia como de milagro, cuando cayó malo en Vennes. Los cinco compañeros españoles que llevaba siempre consigo, y jamás se separaban de su lado, le hicieron grandes instancias para que se dexase transportar á Valencia de España, pretextando la necesidad de experimentar el mas benigno temperamento de los ayres nativos, aunque en realidad deseosos de que aquella ciudad, que habia tenido la dicha de que naciese en élla al mundo y á la vida religiosa, lograse tambien el consuelo de darle sepultura. Pero quiso Dios oir las oraciones de los vecinos de Vennes, que no podian sufrir se les pretendiese quitar aquel preciosisimo tesoro. En fin, á los 5 de abril del año de 1419, miércoles de la semana de Pasion, aquel gran santo, tan célebre en todo el mundo cristiano, por el inmenso número de conversiones y de milagros, tan singularmente venerado de los pueblos y de los grandes, consultado tantas veces de los sumos pontífices y de los mismos concilios, dotado del don de profecía, y siendo la admiracion del universo, murió en Vennes casi á los setenta años de su edad, y á los cincuenta y dos de su religiosa profesion.

Juan, duque de Bretaña, le mandó hacer magníficas exêquias. La Duquesa le lavó los pies por sus mismas manos, y Dios hizo muchos milagros por el agua con que se los lavó. Cuéntanse hasta ochocientos y sesenta los que hizo en vida: los que ha hecho despues de muerto son innumerables, y se aumentan cada dia. Canonizóle el papa Calixto III. el año de 1455; pero la bula de su canonizacion no se expidió hasta dos años despues por su sucesor Pio II. Todas las alhajuelas que le sirvieron en vida son hoy digno objeto de la mayor veneracion de los fieles, y obra el Señor grandes milagros por estas preciosas reliquias. Su sagrado cuerpo se conserva hasta el dia de hoy en Vennes con tanta veneracion, como magnificencia.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui Ecclesiam tuam Beati Vicentii confessoris tui meritis, et prædicatione illustrare dignatus es: concede nobis famulis tuis; ut et ipsius instruamur exemplis, et ab omnibus ejus patrocinio liberemur adversis: Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los merecimientos y con la predicacion de tu confesor el bienaventurado Vicente: concédenos á nosotros humildes siervos tuyos, que imitemos sus exemplos, y que por su proteccion seamos libres de todas las cosas adversas: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

»Jesus, hijo de Sirac, y nieto, ó viznieto de Jesus, hi-»jo de Josedec, era respetado no menos por su virtud, que »por su aplicacion al estudio de los libros Sagrados. Fué »llevado cautivo á Babilonia por Tolomeo Lago, como »320 años antes de Jesucristo: allí compuso este admirable »libro, que intitula: *el Eclesiástico*, ó el libro que predi-»ca. Reconócele la Iglesia por canónico, esto es, dictado »por el Espíritu santo, y como tal le hace lugar en el ca-»non de los Sagrados libros.

REFLEXIONES.

Beatus vir:::: qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia, et thesauris. La felicidad de un hombre rico no consiste en sus tesoros, sino en sus virtudes. Siendo las riquezas un don de la liberalidad del Señor, es de admirar haga la virtud tan pocos progresos entre los ricos, cuando ningunos debieran ser mas virtuosos á título de mas agradecidos. Por eso debiera siempre triunfar la virtud en medio de la abundancia. Lógranse con élla mas medios para santificarse: ¿pues por qué los ricos no deberán ser mas santos?

En medio de eso sucede casi siempre todo lo contrario. Los mas poderosos, los que viven con mayores conveniencias en el mundo, no suelen ser los mas santos, ni aun los mejores cristianos. La opulencia los pone á cubierto contra las miserias de la vida; ¿pero los exîme acaso de las máxîmas del evangelio? Porque tengan mas bienes que los ótros ¿adquieren derecho para tener menos piedad y menos religion?

Alborótase, escandalízase el alma al oir semejante proposicion; ¿pero no hay sobrados motivos para hacerla? Una desordenada licencia de costumbres, una disolucion desenfrenada de corazon y de espíritu, y una conducta no solo poco cristiana, sino punto menos que impía, como la que se observa en la mayor parte de los que se llamaban dichosos en el mundo; ¿no da bastante derecho para preguntar si la gente de distincion, si los hombres ricos gozan algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley

evangélica; ó si la diversidad de condiciones supone alguna diferencia de mandamientos en la ley santa de Dios, respecto de aquellos que profesan una misma religion? Pero á menos que se ignoren los primeros principios del cristianismo, ¿se podrá dudar que esta ley es universal? No hay mas que un evangelio; luego no puede haber mas que una doctrina: y ciertamente si esta doctrina advirtiera algun lenitivo, alguna dispensacion, parece no debiera ser en favor de los ricos. Como su misma condicion los expone á mayores obstáculos para conseguir la salvacion, parece que élla misma los está imponiendo la indispensable necesidad de añadir á la observancia de los mandamientos la práctica de la mayor parte de los consejos.

Fecit enim mirabilia in vita sua ¡O con cuánta razon reputa el Sabio por una especie de prodigio, que se vea un hombre rico, y al mismo tiempo inocente! Son las riquezas, segun la expresion del Salvador, unas espinas que no solo punzan, sino que hieren y taladran. Con todo eso, hablando en rigor, no son las riquezas en sí mismas, sino el abuso de éllas, el que las hace servir de estorbo á la salvacion.

Llegó uno á ser rico; pues ya no es la religion la que regla ni sus dictámenes, ni sus acciones. El puesto que ocupa, el empleo que compró, los bienes que posee son la regla y la medida de sus deseos, de sus pensamientos, y se puede añadir que aun de las mas esenciales obligaciones de la religion.

¿Logró el ótro hacer papel en el mundo, ascender á un empleo que le distingue de los demás? casi nunca cede esta distincion en favor de la piedad. Una fortuna no esperada, una rica herencia, un negocio feliz sacó á aquél del polvo en que se hallaba; pues á dos dias olvidó ya su primera condicion; ¿y qué medios no aplica para olvidarla? Bien se puede decir, que siempre que hace fortuna la persona, la hace tambien el amor propio. Raras veces se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza y el placer. ¿Quién no dirá que el dia de hoy el regalo, la indevocion y la ociosidad son pruebas legítimas de nobleza? Lo que no se puede negar es, que éllas como que caracterizan y distinguen á los ricos de los que no son. Quien viere la mayor parte de las personas acomodadas y de gran-

des conveniencias, juzgará que la opulencia y la profanidad son títulos legítimos para ser poco cristianos; pero tambien lo serán para no salvarse. ¡O buen Dios, que maravilla tan rara es encontrar á un hombre sin mancha entre la prosperidad y la abundancia! *Beatus vir, qui inventus est sine macula::: quis est hic, et laudabimus eum? Fecit enim mirabilia.*

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de família supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que del mismo modo que Dios merece ser obedecido, merece serlo sin dilacion. Toda obediencia forzada le es desagradable; porque la obediencia menos pronta, á lo menos siempre es señal de indiferencia, y no pocas veces de desprecio.

Las órdenes de Dios no admiten réplica; ¿pues quién podrá con razon diferir el obedecerlas? Cuando Dios nos manda algo, ¿ignorará por ventura nuestra calidad, nuestra repugnancia, nuestra flaqueza, ó nuestras necesidades? ¡Qué error, qué blasfemia, imaginar que un Dios tan justo, tan sábio, tan bueno quiera mandarnos cosas imposibles! ¡qué impiedad creer que nos niegue sus auxílios para cumplir sus mandamientos! ¿Pues por qué no le obedecemos con prontitud? El que manda es un Soberano infinitamente sabio: es un Padre infinitamente bueno. Si merece ser obedecido dentro de un dia, ó dentro de una hora, ¿por qué no merecerá serlo al instante?

Todas esas dilaciones en obedecer, son, digámoslo así, unos como paréntesis del debido rendimiento, son intervalos de desobediencia y de indocilidad. Decláranse concurrentes con el mismo Dios la pasion y el amor propio, y pretenden disputarle la pronta obediencia á sus órdenes. En la realidad se piensa en obedecer al superior; pero ha de ser cuando á uno se le antoje. Esto se llama prestar tantos oidos al humor y á la propia inclinacion, como á la voz de Dios. Manda el Señor que se restituya, que se hagan las paces, que se reforme la vida: consiéntese en éllo; pero es con ciertas restricciones, con ciertas cláusulas. Voz es de Dios la voz del director, la del predicador, la del libro, la de la propia conciencia: óyese y aun se quiere hacer lo que dicta, pero en otro tiempo: préstase el consentimiento á la inspiracion, pero casi nunca en el mismo punto en que se siente. De manera, que lo que pide el amor propio siempre ha de ir delante de lo que pide Dios.

Lo que se acomoda al gusto de la pasion, del genio, de los sentidos, eso no admite dilacion; mas para hacer lo que Dios manda, siempre hay tiempo. Comprende bien la indecencia y la indignidad de estas irreverentes dilaciones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la obediencia tardía por lo comun se acredita de forzada. La pronta sumision es prueba legítima del amor y del respeto.

¡Cosa extraña! Todas las cosas inanimadas obedecen sin dilacion á la voz de Dios: *Ipse dixit*, *et facta sunt* (Sam. 148.). Habló, y fueron hechas todas las cosas: mandó, y salieron de la nada todas las criaturas. Solo el hombre, que conoce quién es el Dios á quien debe obedecer, es el único que no le obedece con prontitud.

¿Qué caso se hace de un criado tardo y perezoso en executar lo que se le manda? ¿Juzgamos que nos agradecerá Dios aquellos obsequios que le prestamos con disgusto? El amor no sufre dilaciones: siempre se hace con prontitud lo que se hace de buena gana.

Quiere el Señor que se le abra al mismo punto que llama: *confestim*; porque ni el esposo abre la puerta á los que llaman un poco tarde. Esta importante verdad obligó á todos los santos á velar continuamente para no ser sorprendidos. Ella los hizo tan prontos á obedecer la voz de Dios de cualquiera manera que se la hiciese entender: ¿con qué escrupulosa exâctitud executaban las órdenes de sus superiores? ¿con qué fervor cumplian con las mas menudas obligaciones de su estado? ¿con qué prontitud obedecian al primer golpe de la campana? Las ovejas luego que oyen el silvo del pastor, al punto le siguen. Si los apóstoles hubieran dilatado seguir á Cristo luego que los llamó, jamás le hubieran seguido. No deliberó ni un solo momento Magdalena, cuando oyó que el Maestro la llamaba. ¡Mi Dios, cuántas gracias se han perdido! ¡cuántas inspiraciones se han malogrado! ¡cuántas vocaciones se han desvanecido por no haberos obedecido al momento! Pues que os dignais hacerme conocer cuán peligrosa es la menor dilacion en rendirme á vuestra voluntad; haced, Señor, que en adelante os obedezca con la mas pronta exâctitud, co-

mo estoy resuelto á executarlo con el auxílio de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. 1. Reg. 3.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Salm. 56.
Mi corazón está aparejado, Señor, mi corazon está aparejado.

PROPOSITOS.

Si oyeres hoy la voz de Dios, dice el Espíritu santo, no quieras endurecer tu corazon: *Hodiè si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Por esta palabra *hoy*, segun el Profeta, se entiende todo el tiempo de esta vida, en el cual continuamente nos está hablando el Señor, ya por libros espirituales, ya por la voz de los confesores, ya por el exemplo de los santos, ya por los accidentes que suceden, y ya por secretas inspiraciones: *Nolite obdurare corda vestra.* Guárdate de hacerte sordo á estas voces. No obedecerlas prontamente, es casi lo mismo que no oirlas, y con las dilaciones se va endureciendo el corazon insensiblemente. Cuando habla Dios, todo debe callar, las pasiones, el amor propio, los respetos humanos. Exâmina hoy cuánto tiempo ha que el Señor te está hablando, te está llamando con golpes, con gritos, y siempre inútilmente. Pues tiempo vendrá en que callará. Considera bien qué desgracia será la tuya, cuando cansado, enfadado el Señor de tu tardanza, ya no te hable palabra. Pero te puede, y aun debe servir de consuelo, que en esta misma hora te está hablando: estas reflexiones, la lectura que ahora estás haciendo de este libro, son voces suyas, y es cosa facil entender bien su lenguage. Desea que para siempre te pongas entredicho á tal juego, á tal comunicacion, á tal concurrencia: quiere que reformes esa profanidad, esa suntuosidad tan poco cristiana: esas modales orgullosas, presumidas, desenfadadas y altaneras. Dícete que endulces ese genio avinagrado, ese natural áspero y desabrido, ese tono de voz altivo y desdeñoso. Mándate que atiendas á las obligaciones de tu estado y de tu oficio con mas exâctitud: que veles sobre tu casa y familia con mayor cuidado, y con mas ze-

lo: que no te dispenses con tanta facilidad en tus exercicios espirituales; que los hagas con mas devocion, y no quebrantes con tanta ligereza las reglas que te has propuesto para gobernarte. Pídete ese ligero sacrificio, esa corta mortificacion, esa obra de caridad, esa limosna. Previénete que ores, que estés siempre en vela; porque vendrá en la hora en que menos lo pienses. No dexes que se pase el dia de hoy sin hacer lo que te manda.

2 Háblanos Dios de muchas maneras; pero nunca se percibe mas clara y mas distintamente su voz, que en el estado religioso, y en cualquiera otro estado de subordinacion y de dependencia. La órden del superior, la voz de la campana, lo que previene el instituto, lo que manda la regla, todas son voces de Dios. No obedezcas á estas voces con tibieza, con desidia, con restricciones, ni con pereza. Ordinariamente la tibieza del alma en el fervor nace de su tibieza en obedecer. Haz desde luego una generosa resolucion de no negar á Dios la prontitud en el rendimiento, que da nuevo esplendor, y aumenta mucho mérito á la obediencia. Sé pronto en dexarlo todo luego que oigas la voz de Dios. Corta la conversacion, despide la visita, levanta la mano de lo que has comenzado: no acabes ni aun de formar la letra luego que oigas que te llama Dios. Al primer golpe de la campana, á la primera órden del superior, á la hora precisa que tú mismo te has señalado para dedicarte á otra cosa, déxalo todo. Vivirán un poco oprimidos con esta puntualidad el genio y el amor propio; pero de eso depende el progreso en la virtud. Sin este exâcto fervor, sin esta pronta obediencia, se va poco á poco consumiendo el espíritu al lento calorcillo de la floxedad y de la tibieza.

DIA SEXTO.

San Guillelmo, canónigo regular de santa Genovefa del Monte en París, despues abad de Eschil en Dinamarca.

San Guillelmo, tan célebre en el siglo duodécimo por su virtud y por sus milagros, nació en París el año de 1105 de padres muy distinguidos por su nobleza, y en su puericia se crió en la abadía de san German de Prez, ú de los Prelados, baxo la disciplina del abad Hugo, que era tio suyo.

El bello natural del niño Guillelmo, su amor al estudio, y su inclinacion á la virtud, dexaron poco que hacer á la educacion. Fue presto la admiracion de aquella religiosa comunidad, á quien edificaba con sus exemplos. Prendado el abad de las virtuosas inclinaciones de su sobrino, le aconsejó que abrazase el estado eclesiástico. Hízolo nuestro Santo, y desde luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres. Ordenado de subdiácono, fue provisto en un canonicato de la iglesia colegial de santa Genovefa del Monte, donde todavía no se habia introducido la reforma.

La vida exemplar del nuevo Canónigo, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, que parece habia de grangearle el cariño, y aun la veneracion de sus compañeros, le hicieron odioso á todos. Mirábanle como á reformador incómodo y molesto; y reputaban su observancia regular por censura y reprension de su licenciosa vida. Pasó á tanto su aversion, que resolvieron obligarle á renunciar el canonicato. Fingió uno de éllos que queria ser religioso, y facilmente le persuadió á que le siguiese en tan santa resolucion; pero habiendo descubierto Guillelmo el artificio, se quedó en su cabildo, ha-

ciendo mayor empeño de ser cada dia mas observante y mas exemplar, edificando tanto á todo el pueblo, que Esteban, obispo de París, le ordenó de diácono, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus enemigos para estorbarle este grado.

Vacó por este tiempo el curato, ó prebostía de Espinay, que era provision del cabildo de santa Genovefa, á cinco leguas de París, y los canónigos no tuvieron duda en proveerle en Guillelmo, celebrando se les ofreciese este honrado pretexto para desviarle. Aceptóle el Santo, reteniendo su prebenda, por ser costumbre de aquella iglesia que dicho curato ó prebostía fuese servido por alguno del cuerpo del mismo cabildo.

No gozaron mucho tiempo de la mayor libertad que creian tener ya con haber alejado de sí á aquel virtuoso compañero, cuya observancia les incomodaba tanto; porque habiendo venido á París en el año de 1147 el papa Eugenio III, y siendo informado de la licencia con que vivian aquellos canónigos, resolvió con beneplácito del rey Luis el Joven hacerlos regulares. Dióse la comision á Sugerio, abad de san Dionisio, que introduxo en santa Genovefa del Monte á los canónigos regulares de san Victor, dexando á los seculares, durante su vida, la renta de sus prebendas.

Luego que lo supo Guillelmo, sin deliberar un punto, renunció al instante su curato para hacerse canónigo reglar; y apenas abrazó el nuevo instituto, cuando fue su singular ornamento. Admiró á los mas perfectos su exâctitud en la disciplina regular, su devocion y su fervor. Hiciéronle superior de la casa, y luego se conoció lo que puede en una comunidad religiosa el exemplo de un superior prudente y santo.

Aunque era muy vivo el zelo que tenia por la disciplina regular, sabía templarle con tanta prudencia, con tanta modestia, con tanta suavidad, que al mismo tiempo que hacia guardar la observancia, hacia amable el precepto. Habiéndose esparcido en París la voz de que habian hurtado la cabeza de santa Genovefa, Guillelmo se ofreció á entrar en un horno encendido, llevando en las manos la cabeza de la Santa, que muchos prelados habian hallado en la caxa, para prueba de què no era supuesta.

No se ceñía á los límites de Francia la fama de la virtud de nuestro Santo: penetró hasta Dinamarca; y deseoso Absalon, obispo de Roschil, de restituir la pureza de la antigua disciplina en un monasterio de su diócesis, situado en la isla de Eschil, le pareció que ninguno podria ayudarle mejor á conseguir tan santo intento, que el superior de los canónigos reglares de santa Genoveva. Despachó, pues, cartas para este fin al preboste de su iglesia, que comunmente se cree haber sido el célebre saxon el Gramático, que compuso la historia de Dinamarca. Aunque al abad de santa Genovefa le costó mucho desprenderse del que era como el alma de la religiosa observancia de su casa, con todo eso juzgó que debia hacer á la mayor gloria de Dios este doloroso sacrificio. Partió Guillelmo en compañía de otros tres canónigos que le ayudasen á entablar la reforma.

Fueron recibidos de Waldemar, hijo del mártir san Canuto, con extraordinaria bondad, y el obispo Absalon, uno de los mas insignes prelados de aquel siglo, despues de colmarlos de honras los hizo importantísimos servicios. Luego que Guillelmo se vió en posesion de la abadía de Eschil, se dedicó con el mayor empeño á establecer en élla la observancia regular. Para conseguirlo juzgó que el medio mas eficaz era ir adelante con el exemplo. Pero desde luego se descubrió ser empresa mas dificultosa de lo que á él se le habia figurado. Porque así el riguroso temperamento de aquel clima, como el poco uso en la lengua del pais, y la suma pobreza de la casa pusieron su zelo y su virtud en grandes y muy dolorosas pruebas. Los tres compañeros que habia traido de París, no pudiendo tolerar el rigor del frio, ni las demas incomodidades de aquella tierra, le abandonaron, queriendo resueltamente volverse á Francia. Los religiosos de la casa, acostumbrados á la relaxacion, no podian sufrir la reforma: el exemplo solo del Abad los desesperaba, se volvian contra él, y mil veces pensaron acabar con su vida de diferentes maneras. Siendo esto tanto, con todo eso no era lo que mas afligia al santo Abad.

Todo el infierno parece que se habia conjurado contra él, irritado de una reforma, que estaba previendo habia de encender el primitivo fervor de la religion en Dinamar-

ca. Hallóse asaltado de las mas violentas y mas obstinadas tentaciones. Pero cuanto mas crecian los estorbos, y mas se multiplicaban los lazos del enemigo de la salvacion, mas se daba Guillelmo á la oracion, y á la penitencia. Premió Dios la constancia y la fidelidad de su Siervo. No solo se suavizó el genio indómito y silvestre de los religiosos, vencidos finalmente de su moderacion, de su paciencia y de su blandura, sino que convirtió á gran número de pecadores, atraidos de la fama de su santidad; y tuvo el consuelo de convertir tambien á la fe de Cristo á todos los gentiles, que habian quedado aún en las costas del mar Báltico.

Contribuyó mucho á estos felices sucesos la multitud de milagros que obró, y puede pasar por el mayor de todos éllos su perseverancia y su tranquilidad inalterable en medio de tantas fatigas y peligros.

Muchas veces le veian derretirse en copiosas lágrimas al pie de los altares, por conseguir nuevas gracias del cielo para sí y para sus hermanos. Nunca se desnudaba el silicio: dormia siempre sobre un poco de paja: jamás usó cosa de lino, y era contínuo su ayuno. Siete años antes de morir le fue revelado el dia de su muerte: y en este tiempo principalmente amontono grandes tesoros para el cielo, doblando su fervor, sus penitencias, su zelo y paciencia.

Siempre que celebraba el sacrificio de la misa regaba los manteles con sus tiernas y fervorosas lágrimas, y cuando subia al altar, consideraba que iba subiendo el monte Calvario. La última Cuaresma de su vida la pasó en excesivos rigores. El jueves Santo celebró la misa con tan extraordinaria devocion y ternura, que movió á lágrimas á todos los religiosos que la oían. Dióles la comunion de su mano, y despues lavó los pies á gran número de pobres. Acabada la comida, se estaba disponiendo para lavárselos á sus hermanos, cuando de repente se sintió asaltado de un violento dolor de costado, que le obligó á recogerse á su pobre camilla, donde se le excitó una calentura lenta. Finalmente el dia de Pascua, despues de media noche, oyendo cantar en maytines aquellas palabras, *ut venientes ungerent Jesum*, clamó que ya era tiempo de que le administrasen la santa Uncion; y recibido este postrero sacramento,

penetrado de tiernos afectos de amor de Dios, y de confianza en su misericordia, espiró á los noventa y ocho años de su edad, habiendo vivido cuarenta enteros en Dinamarca, dedicado al exercicio de todas las virtudes, singularmente al de una rigurosísima penitencia. Sucedió su muerte en el año de 1203, manifestando desde luego el Señor la gloria de su fiel Siervo por la multitud de milagros que obró en su sepulcro. Veinte y un años despues de su muerte, el de 1224, le canonizó el papa Honorio III.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del Santo es la siguiente.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Guillelmi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado abad Guillelmo, para que logremos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á los corintios, capítulo 13.

Frätres: Charitas patiens est, benigna est: Charitas non æmulatur, non agit perperàm, non inflatur, non est ambiciosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal, no se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

NOTA.

»La que se añade al texto griego dice, que esta epís»tola se escribió en Filipos de Macedonia; pero parece »cierto, como advierte Tirino por el mismo capítulo 18. »de los Hechos apostólicos, que fué escrita en Efeso,

»donde san Pablo tuvo la primera noticia de las divisio»nes que se habian suscitado entre los fieles de Corinto. »Es una epístola dogmática y moral, porque toda está »llena de doctrina.

REFLEXIONES.

No hay virtud de cuyo nombre, y aun de cuya máscara se valgan mas las pasiones, especialmente entre las personas que hacen profesion de espirituales y devotas, que la caridad. Despues de lo que el Apóstol nos dexó escrito del verdadero carácter de esta virtud, es facil no equivocarla, y con todo eso á cada paso se equivoca.

¡Qué temible es una pasion disfrazada, y disfrazada con el velo de religion, para insinuarse con mayor artificio, y para dominar con mayor imperio y con mayor seguridad! Pocas veces se corrigen ni aun se conocen los yerros del entendimiento, cuando nacen del corazon, y los cria la voluntad. Con todo eso no sería incurable la ilusion si se quisiese hacer reflexion á que la caridad dulce y benéfica es el carácter y el distintivo de la virtud cristiana: *Charitas non æmulatur*, la caridad no es envidiosa, dice el Apóstol.

¡O buen Dios, y qué gran prueba de una secreta hipocresía es la envidia en personas religiosas, devotas y espirituales! ¿Es por ventura posible amar á Dios sin alegrarse de que otros le amen? ¿es por ventura posible amar al próximo, y no complacerse en sus prosperidades? Esta complacencia en una alma verdaderamente humilde no es extraordinaria. La tristeza por la estimacion agena solo se encuentra en corazones orgullosos, presumidos y poco cristianos.

Charitas non est ambitiosa. Tampoco es ambiciosa la caridad. Con todo eso vemos no pocas veces reynar la ambicion con imperio absoluto en corazones muy presumidos de estar inflamados en la mas ardiente caridad. Siempre es despreciable la ambicion, pero nunca se hace mas odiosa que cuando se descubre en ciertos estados que se fundaron en la Iglesia de Dios para asilo de la cristiana humildad.

¡Qué indignidad! que unas personas que por su pro-

fesion no deben tener otro modelo que los abatimientos de un hombre Dios, ni otras leyes que las mas perfectas del evangelio, aspiren á los primeros asientos, anhelen por las primeras ocupaciones? Regalos, conexîones, baxezas, negociaciones, ruindades, empeños, artificios sutiles, políticas secretas, parcialidades, todo sirve, y de todo se valen en la ocasion para llegar á sus fines. ¡Qué de hazañerías! ¡qué de afectadas muestras de amistad! ¡qué de industrias estudiadas! ¡qué de mañuelas ocultas! y todo para ir grangeando votos, los cuales, aunque den mayor derecho al cargo ó al empleo, no por eso hacen menos indignos los pretendientes. Esas elevaciones artificiales, efectos de la ambicion, presto se desmienten á sí mismas. ¡Pero qué daño no hacen á los que se alimentan con éllas! *Interdum dominatur homo homini in malum suum* (Eccles. 8.). Cuando no es el Señor el que te colocó en ese puesto, nunca estarás en él sin peligro. Desdichado de aquel que solo debe la prelacía á su ambicion: Coré, Dathan, Abirón y Hon perecieron con el incensario en la mano, por haberse entrometido sin vocacion en el sagrado ministerio; por haber intentado usurpar por via de negociacion una dignidad que tenia Dios destinada únicamente para el mérito y para la virtud: *Multum erigimini, filii Levi* (Num. 16.). ¿Tú fuiste el que te elevaste por tu industria y por tus artificios? Pues no te podrás mantener mucho tiempo en esa elevacion. Andasele á uno la cabeza cuando sube mas alto de lo que debe. ¡Con qué horror mira Dios á un pobre orgulloso! *pauperem superbum* (Eccl. 25.). ¡Qué lastimoso desórden de costumbres, y aun de juicio! ¡Unos pobres de profesion, humildes por su propio estado, matarse sobre cuál ha de ocupar mayor monton de tierra, aspirar á lucirlo entre las sombras, á distinguirse entre la obscuridad! ¡O, y con cuánta razon llama el Profeta á estos vanos honores, á estas preferencias arrancadas con artificio, vanidades y locuras llenas de ridiculez! *vanitates et insanias falsas.*

El evangelio es del cap. 7. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Intrate per angustam portam: quia lata porta, et spaciosa via est, quæ ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta, et arcta via est, quæ ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam!

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Entrad por la puerta estrecha: porque es ancha la puerta, y espacioso el camino que guia á la perdicion; y son muchos los que entran por élla. ¡Cuán angosta es la puerta, y estrecho el camino que conduce á la vida, y cuán pocos los que la encuentran!

MEDITACION.

Del camino de la perdicion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay un camino que guia á la perdicion, y que es grande el número de los que caminan por él. ¿Y no serás tú de este número? No es dificultoso conocer cuál es este camino, porque despues de lo que dixo Cristo, no es facil equivocarle. Camino ancho, camino muy trillado, doctrina halagüeña, moral relaxado, nunca fueron el camino de la salvacion. Los santos ciertamente fueron por otro muy diverso. Esas entradas tan floridas, esas llanuras tan amenas engañan á la muchedumbre; ¿pero adónde conducen al fin? Cuando se marcha en compañía por unas llanadas fértiles, frondosas y risueñas, los árboles deleytan, el murmullo de las aguas embelesa, la gustosa conversacion de los caminantes divierte. ¿Pero es puro el ayre de esas campiñas? ¿se va con precaucion contra el ambiente contagioso que reyna en éllas? ¿y será el cielo el término de un camino que á cada paso se desvia de él mas y mas?

El camino que guia á la perdicion es ancho y espacioso. Finge el sistema de conciencia que se te antojare; forja el moral mas acomodado que te pareciere; este es el oráculo. Indulgencia universal en favor de las pasiones; interpretaciones de la ley excesivamente benignas; liber-

tad del corazon y del entendimiento, que tanto debilita la religion, extinguiendo casi la fe; licencioso desórden de costumbres, perniciosas máxîmas del mundo, que proscriben todo lo que pone á raya los sentidos, todo lo que los refrena; reyno del amor propio, donde está cautivo el espíritu del evangelio, y donde triunfan la profanidad, las pasiones y el placer; ¿por ventura teneis por término la felicidad eterna?

¡O mi Dios, y qué extravagancia la de caminar con tanto descaro, con tanta serenidad por un camino que conduce infaliblemente al precipicio! ¡qué locura seguir una doctrina que reprobó el mismo Jesucristo! ¡qué error gobernarse por unas máxîmas tan contrarias á la religion! Esta es la conducta de los que tiranizados de su concupiscencia, no tienen otra regla que el antojo de sus deseos. El camino ancho, que guia á la perdicion, es esa vida ociosa, regalona y delicada; es esa vida mundana, sacrificada á las diversiones y á los gustos. El camino ancho es ese moral relaxado, que pretende ensanchar el camino del cielo, que presume autorizar todo lo que lisonjea á la concupiscencia; ese moral hipócrita, que debaxo de unas sendas, en la apariencia rígidas y estrechas, abre un camino acomodado y anchuroso; debaxo de una exterioridad austéra y reformada, desviando al alma de los sacramentos, la lleva insensiblemente á una vida libertina.

¡Ah Señor, y por qué camino corro yo, cuando mi vida es tan conforme á mis deseos, y tan poco arreglada á las suaves máxîmas de vuestra ley!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en materia de salvacion no es el mas seguro el camino mas trillado. Escoge mala guia el que se dexa gobernar de la muchedumbre. No usa de su razon el que se dexa arrastrar; y es regla muy arriesgada la de vivir como viven los demas.

¿Qué regla mas perniciosa ni mas falsa que la que ha introducido el desórden, y tiene como autorizada la licencia de las costumbres? Un uso que es abuso, una moda extravagante y de capricho, el exemplo de una docena de mugeres locas, sin rastro de entendimiento ni de

juicio, y de un monton de mozalvetes atolondrados y perdidos; el arte de hacerse rico por medio de grandes y reales usuras, paliadas con el pretexto de un industrioso comercio; una profanidad desmesurada, que confunde todas las acciones, que reyna en casi todos los estados con nombre de moda ó de costumbres; ¿son estos los modelos que un cristiano se debe proponer? ¿se procede con cordura, se camina con seguridad, cuando sin pararse mucho á discurrir sobre el camino que se elige; sin informarse siquiera adónde va á parar, se va á ciegas tras la muchedumbre, aquietándose con la engañosa consideracion de que se va por donde van los muchos, los cuales estan en el mismo peligro? Pues esto, y no otra cosa, significa aquella perniciosa máxîma, que se ha hecho ya como regla general de las costumbres: *Es menester hacer lo que hacen otros.* Esta es aquella puerta ancha, aquel camino espacioso que guia á la perdicion; éste aquel moral emponzoñado que tiene en el infierno á tantas almas.

Tiénese por muy severo el moral, la doctrina de Jesucristo. ¿Qué novedad nos causa eso? ¿no nos dexó dicho bien expresamente el mismo Señor que el camino de la perdicion es anchuroso? Es cierto que el mundo enseña un moral mas acomodado: ¿pero es muy conforme á la doctrina del evangelio? ¿puede tenerse algun temor al infierno, y caminar con serenidad por el camino ancho? ¿puede vivirse una vida regalona, delicada, mundana, y estar seguros, sin miedo de que esa seguridad sea una fatal ilusion? Busca uno solo entre los santos que haya seguido ese camino. En todos los estados, en todas las condiciones del mundo ha habido santos; pero no hallarás siquiera uno que no hubiese huido cuidadosamente del camino espacioso; que no hubiese mirado con horror ese moral acomodado y condescendiente.

Yo tambien, Señor, le detesto: desde este mismo punto comienzo á mirar con un saludable horror ese camino ancho, por el cual no solo he andado, sino que he corrido tantos años ha á mi perdicion; pero puesto, mi Dios, que por vuestra pura misericordia he comenzado á conocer que iba descaminado, dignáos guiarme de aquí adelante por el camino derecho de la salvacion.

JACULATORIAS.

Vias tuas, Dómine, demonstra mihi: et semitas tuas edoce me. Salm. 24.

Enseñadme, Señor, los caminos que conducen á vos derechamente, y mostradme los senderos de la justicia.

Viam iniquitatis amove à me. Salm. 118.

Apartadme, Señor, del camino de la perdicion.

PROPOSITOS.

¿Será prudencia escoger uno un camino solo porque es llano, porque es hermoso, porque es muy pasagero, sabiendo bien, ó á lo menos rezelando con mucho fundamento, que le desvia del término adonde pretende llegar? Pues esta es á la letra la conducta de los que buscan de propósito confesores condescendientes, acomodados, y de manga ancha, gustando del moral mas laxô y mas benigno. Los nobles, los ricos, los que estan en grandes puestos, por lo comun son de este gusto: quieren que se les lisonjee hasta en la observancia de los mandamientos, hasta en el mismo sagrado tribunal de la penitencia. A un pobre oficial se le proponen, se le declaran y se le intiman sin disfraz, sin lenitivos, sin reparo alguno los mandamientos de la ley de Dios; pero es menester mucho tiento, mucho arte, mucha elocuencia para no ofender, para no lastimar la delicadeza de los grandes, explicándoles las verdades de la religion y las máximas del evangelio. Parece que se hace odiosa la doctrina en siendo demasiadamente cristiana: es preciso saberla sazonar con cien condimentos para que se reciba con gusto. Aunque se predicára á gentiles no se propondria con mas miramiento. ¿Eres tú acaso de los cristianos de ese carácter? ¿eres de los que buscan muy cuidadosamente un confesor laxô, ignorante, condescendiente y poco zeloso? ¿eres de los que siguen opiniones excesivamente indulgentes? Despedirias luego á un médico ignorante, ó de aquellos que por lisonjear al enfermo le dexan morir. ¿Las enfermedades del alma, su salud, su vida eterna piden por ventura menos resolucion, ni menos zelo? El amor propio ciega, el in-

teres atolondra: no consultes á úno ni á ótro. En nuestra religion no hay mas que una fe; con que tampoco puede haber mas que una doctrina. No se acomoda Dios con nuestros errores, cuando en éllos tiene tanta parte la voluntad como el entendimiento. No quieras lisonjearte en punto de tanta importancia.

2 *El camino que guia á la perdicion es ancho, y son muchos los que van por él.* No te forjes un sistema de conciencia á tu antojo. Siendo rígido y severo con los ótros, no reserves lo indulgente para ti. Esa vivacidad, ese ardor cuando se trata en cosa que te interese, esa disposicion á defender con el mayor empeño tus derechos, ¿no hacen un poco sospechosa tu doctrina? Esas fáciles dispensaciones en el ayuno, y quiera Dios no sean tambien en la abstinencia; esas diversiones tan frecuentes, esa continuacion al juego, que parece le tienes por oficio, ese refinamiento en los placeres; ese enfadoso estudio de tus propias conveniencias; esas sumas considerables que prestas á un interes excesivo; esa suntuosidad, esa delicadeza en la mesa; esas indulgentes interpretaciones de la ley; ese gran tren de profanidad; ¿todo esto acredita que vas por el camino estrecho? ¿no demuestra por el contrario que sigues el camino de los réprobos siguiendo el de la muchedumbre? Ves ahí mucha materia de exámen, y largo asunto para reflexîones; pero no se pase el dia de hoy sin que experimentes en ti mismo el fruto por medio de una pronta mudanza de vida.

NOTA DEL TRADUCTOR.

»Todo cuanto se dice, así en los propósitos como en »la meditacion, acerca del moral relaxado, y de las *opi-»niones laxâs, ó nimiamente indulgentes*, se deben enten-»der de las que verdaderamente lo son; no de las que »son verdaderamente probables y benignas, segun las re-»glas de la verdadera probabilidad, que enseñan comun-»mente los teólogos católicos, y tiene permitidas la santa »Iglesia.

DIA SÉPTIMO.

El beato Herman, llamado José, del órden Premonstratense.

El bienaventurado Herman José, tan conocido por su tierna devocion á la santísima Vírgen, fue de nacion aleman, de familia honrada, en un tiempo bastantemente opulenta, pero que se vió despues reducida á una escasa medianía de bienes de fortuna. Nació en Colonia hácia el fin del siglo duodécimo; y en su educacion se experimentaron los efectos del triste estado de su casa, porque no fue la mejor; pero el niño Herman fue prevenido con grandes bendiciones del cielo casi desde la cuna.

No se descubrieron en él aquellos defectos que son tan comunes en la niñez. Era dulce, apacible, docil, y todas sus inclinaciones tan naturalmente propensas á la piedad, que parecia haber ya nacido formado para la virtud.

Anticipóse al uso de la razon la singular devocion que profesó á la santísima Virgen. Aún no tenia siete años, cuando huyendo de los divertimientos propios de aquella edad, se retiraba secretamente á una iglesia dedicada á la Reyna del cielo, y allí pasaba todo el tiempo que los demas niños empleaban en holgarse. Postrado á los pies de una imagen de la Madre de Dios, que tenia á su preciosísimo Hijo en los brazos, unas veces hablaba con la Madre, y otras con el Hijo, con aquel candor y con aquella santa sencillez que inspira el Señor á las almas inocentes.

Con esta devota simplicidad presentaba muchas veces á la Vírgen y al niño Jesus las flores y la fruta que le daban, y él podia coger, instándoles con piadosa importunidad que admitiesen aquella corta demostracion de cariño. Así el Hijo como la Madre se agradaban mucho de aquella inocente candidez; y se asegura que la acreditaron con diferentes milagros.

Pero el mayor de todos éllos, ó uno bien singular, era

la ternura con que la santísima Vírgen correspondia á los amores del inocente niño Herman. Aparecíasele muchas veces en la iglesia, colmábale de bendiciones celestiales, instruíale por sí misma, y aun le socorria con algunas cosillas que habia menester, como lo declaró el mismo Herman poco tiempo antes de morir.

Aún no habia cumplido los doce años, cuando fue admitido como por alumno en el monasterio de Steinfeldt, del órden Premonstratense; y mientras tenia edad para tomar el santo hábito, le enviaron á Frisia para que estudiase en una casa de la órden. Hizo admirables progresos así en las ciencias como en la virtud, creciendo ésta al mismo paso que los años. Vuelto á Steinfeldt, le hicieron refitolero. Pero como este oficio le dexase poco lugar para atender á sus ordinarias devociones, estaba desazonado con él, y aun llegó á mostrarlo. Aparecióssele la santísima Vírgen, y le reprendió, diciéndole: *Acuérdate, hijo, que tu primera obligacion es la obediencia. Todas esas devociones voluntarias muchas veces son frutos del amor propio. Nunca agradarás mas á mi Hijo y á mí, que cuando te dexares gobernar únicamente de la santa obediencia. ¿No es grande honra y grande dicha tuya el servir á tus hermanos? La caridad encierra en sí todas las demas virtudes.* Hizo tanto fruto esta leccion, que en adelante en ninguna cosa hallaba gusto nuestro Herman sino en obedecer; y cuando se atravesaban los favores del cielo con las obligaciones del oficio, dexaba aquéllos por éstas.

Sería cosa larga apuntar, cuanto mas referir individualmente las singulares dignaciones de la santísima Vírgen con este su fidelísimo siervo. Apariciones frecuentes, conversaciones familiares, proteccion muy especial, dones, privilegios, beneficios; en fin, todas aquellas gracias con que esta benignísima Señora acostumbraba honrar á las almas mas queridas, mas privilegiadas y mas favorecidas suyas, todas eran muy ordinarias en Herman José. Un religioso premonstratense, confidente suyo, que escribió su vida, asegura con ingenuidad que á él mismo se le harian increibles, sino hubiera sido testigo de ellas.

A la verdad, ningun devoto de esta Señora parece que pudo amarla con mayor ternura, ni venerarla con mayor zelo y mas profundo respeto. Solo con ver una ima-

gen de la Vírgen se quedaba estático y arrobado. Siempre que pronunciaba su dulcísimo nombre, hacia una profunda inclinacion con todo el cuerpo, postrándose casi hasta la tierra; y aseguraba que sentia entonces una suavidad espiritual muy superior á todo lo que puede percibir el gusto, y ni apenas concebir la imaginacion.

Por su inocentísima vida, por su amor á la Reyna de los ángeles, y por su singular castidad, comenzaron los religiosos á darle el nombre de José. Él se resistia á admitirle, diciendo que era profanar un nombre tan santo aplicarle á quien no tenia ninguna de las virtudes del santo Patriarca; pero habiéndosele aparecido la Vírgen, y habiéndole dado á entender que aquel nombre le convenia, le retuvo hasta la muerte.

Fácil es de comprender de qué medios se valió para merecer del cielo tantas y tan singulares gracias y favores, que contribuyeron mucho á su santificacion. Pudiérase asegurar que la humildad fue el carácter y el distintivo de este gran siervo de Dios, segun el baxo concepto que tenia de sí mismo. Su vida fue un prodigio de penitencia. Casi nunca comia mas que pan y agua, y eran contínuas sus vigilias, y cuando se veia precisado á tomar algun descanso, se echaba sobre unos manojos de sarmientos, sirviéndole una piedra de cabecera. Decia que esta vida era tiempo de mortificacion, y que estaria inconsolable si se le pasase un solo momento sin padecer algo. Llegó á tener algun escrúpulo de haber excedido á sus fuerzas los piadosos rigores que arruinaron su salud.

Pero las penitencias voluntarias no fueron las que únicamente dieron mucho exercicio á su mortificacion y á su paciencia. Para templar la satisfaccion que le podian causar los extraordinarios favores que recibia del cielo, y tambien para purificar mas su virtud, permitió el Señor que fuese inquietado y humillado con prolixas y molestas tentaciones, afligiéndole al mismo tiempo con diversas enfermedades corporales, que le reduxeron á un estado digno de compasion; sirviendo no poco para que se hiciese admirar su perfecta resignacion en las disposiciones del cielo, y su invicta tolerancia.

Ordinariamente se aumentaban sus penas interiores y sus dolores en las vísperas de las festividades grandes,

disponiéndole Dios de esta manera para que recibiese las extraordinarias gracias con que solia favorecer á aquella inocente alma en semejantes dias. En la vigilia de Navidad se vió reducido á tan lastimoso estado, que creyó habia llegado ya su última hora, cuando á media noche se halló de repente tan sano y tan robusto, que pudo asistir á maytines y á la misa.

Profesaba singular devocion á santa Úrsula y á sus compañeras, en cuya honra compuso algunas devotas canciones, y no paró hasta conseguir algunas reliquias de aquel santo exército de vírgenes, para enriquecer con éllas la iglesia de su monasterio. Pero en la devocion al santísimo Sacramento se excedia á sí mismo, explicándose ordinariamente sus frecuentes visitas, sus contínuas adoraciones, y los devotos exercicios que hacia para venerarle, en amorosos éxtasis y deliquios.

Luego que se vió elevado á la dignidad del sacerdocio, le ocupaba únicamente la magestad del divino sacrificio, mostrando en el fuego que arrojaba su semblante mientras celebraba la misa, el que abrasaba interiormente su inflamado corazon. Solo con verle en el altar avivaba la fe de los circunstantes, siendo indicio las dulces y tiernas lágrimas que derramaban sus ojos, de la abundancia de gracias y dulzuras interiores que inundaban aquella purísima alma,

Por tres dias enteros se le vió arrobado en éxtasis. Compuso una exposicion sobre los Cantares; cuyos sublimes pensamientos acreditan bien la divina luz que recibia del cielo la íntima comunicacion con el Señor. Ya habia muchos años que este fiel siervo de Dios, consumido de penas interiores y de dolores corporales, estaba tan débil, que al parecer vivia de milagro, cuando quiso en fin el Señor recompensar sus trabajos.

Hácia el fin de la Cuaresma desearon mucho ver al bienaventurado Herman José las religiosas Bernardas de un monasterio no muy distante del de Steinfeldt: y aunque al abad le costaba repugnancia dexarle salir, no pudo negarse á las instancias de las monjas. Luego que llegó el Santo al convento, con el mismo báculo que llevaba trazó el hoyo que le habia de servir de sepultura. Sabiendo que le restaban pocos dias que vivir, dobló su fer-

vor, y se dedicó á consolar á aquellas religiosas con el mayor zelo y caridad. El tercer dia de Pascua se sintió extraordinariamente debilitado; y solo pensó en disponerse para la muerte con tiernos y contínuos coloquios con Dios y con la santísimma Vírgen, estando casi siempre estático y arrobado. Finalmente, el jueves de la semana de Pascua del año 1233 aquella inocente alma, colmada de tantos favores del cielo, dotada del don de profecía y de milagros, fue á recibir del Padre de las misericordias y del Dios de todo consuelo el premio debido á su fidelidad y á su inocencia. Enterráronle en aquel propio sitio que él mismo habia trazado; pero el abad y religiosos de Steinfeldt, no pudiendo sufrir verse privados de aquel tesoro, alcanzaron licencia del arzobispo de Colonia para trasladarle á su monasterio, hallándose incorrupto y entero el santo cuerpo siete semanas despues de enterrado, cuando se hizo la traslacion, la que quiso el Señor acompañar con gran número de milagros. Desde luego se puso su nombre en los martirologios y calendarios en el dia 7 de abril, y poco despues se comenzó á celebrar su memoria con fiesta y oficio eclesiástico en la órden Premonstratense, y en varios lugares del arzobispado de Colonia. El año de 1628 se comenzaron á formar nuevos procesos en órden á su canonizacion á instancias del emperador Ferdinando II., y á solicitud del arzobispo elector de Colonia Ferdinando de Baviera. Algunas reliquias del beato German José, ricamente engastadas, se veneran públicamente en Colonia, en la abadía del Parque, junto á Lobayna, en la de Tongerio, en la Cartuxa de Colonia, y en la abadía de san Miguel de Amberes; pero la mayor parte de su cuerpo se conserva en Steinfeldt.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion propia del Santo, que se reza en Steinfeldt, es la siguiente.

Deus, qui beatum Hermanum Joseph, confessorem tuum, adeò benedictionibus dulcedinis prævenisti, ut à pueritia creberrimis gloriosæ Virginis Mariæ vi-

O Dios, que previniste con tantas bendiciones de dulzura á tu confesor el bienaventurado Herman José, que desde su tierna infancia mereció ser regalado con

sitationibus et alloquiis frui mereretur; præsta, quæsumus, ut innocentis, et sanctæ vitæ ejus vestigiis insistentes, ad cœlestem patriam, in qua gloriosus exultat, securi perveniamus: Per Dominum nostrum...

muy frecuentes visitas y familiares conversaciones de la vírgen María; concédenos que imitando la inocencia y santidad de su vida, lleguemos con seguridad á la patria celestial, donde goza de la eterna gloria: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 5. de la del apóstol san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Fructus Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. Adversùs hujusmodi non est lex. Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus. Non efficiamur inanis gloriæ cupidi invicem provocantes, invicem invidentes.

Hermanos: El fruto del Espíritu es la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Contra estas cosas no está la ley. Ahora: aquellos que son de Cristo crucificaron su carne con los vicios y concupiscencias. Si vivimos del espíritu, caminemos tambien en el espíritu. No seamos avarientos de vanagloria provocándonos mútuamente, y teniendo envidia únos de ótros.

NOTA.

»Desde Licaonia pasó san Pablo á Galacia el año del »Señor de 51, y allí predicó la fe de Cristo con tanto fru»to, que no obstante la natural rusticidad y grosería de »aquellos pueblos, desde luego se mostraron los mas ze»losos cristianos. Pero habiendo sembrado entre éllos ma»la doctrina algunos pseudo-apóstoles y falsos hermanos, »les escribió el Apóstol esta carta, mostrando en élla el »ardiente y extraordinario zelo á causa de la grandeza »del mal. Escribióla el año 55 ó 56 del nacimiento de »Cristo.

REFLEXIONES.

Fructus autem Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, &c. Los frutos de Espíritu son la caridad, la alegría, la paciencia, la mansedumbre, la bondad, la longanimidad, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. No se ven estos frutos en el mundo, porque en él no se ve espíritu, todo es carne. La caridad es poco conocida; la alegría interior está desterrada; la paciencia es forastera; la mansedumbre es artificial; y las demas virtudes solamente son conocidas por el nombre. Estos preciosos dones son frutos de la vida espiritual; esto es, de una vida verdaderamente cristiana: solamente los gustan las almas puras, las personas sólidamente devotas.

¿Cuándo tendrán á bien los mundanos convenir en esta verdad, y dexar á la virtud aquel ayre risueño y apacible que le es tan natural; aquella alegría sincéra, pura y llana, que es su distintivo? ¿cuándo dexarán de desacreditarla por la falsa idea que forman de su aparato? ¿cuándo dexarán de desfigurarla por los impropios rasgos y groseros colores con que la pintan, por las negras sombras con que la presentan? No hay cosa mas risueña que su ayre, ni cosa mas apacible ni mas amable que sus modales.

Cuando reyna en una alma la virtud, reynan en élla la alegría, la paz, la paciencia, la mansedumbre, el agrado, la bondad y la caridad, ¿Qué cosa podrá turbar la serenidad de un espíritu iluminado con la gracia del Señor, ni la calma de un corazon que tiene dominadas sus pasiones? De aquí nacen aquella igualdad inalterable, aquella apacible perpétua mansedumbre de los buenos, que el mundo ni aun de vista conoce entre los que le sirven.

Pero por mas que se clame que no es tan áspero como se pinta el pais de la virtud, todavía se obstina el mundo en creer que en él nacen las espinas debaxo de los pies, y que el camino que conduce á esta region es impracticable. Los que le conocen bien aseguran que es tierra de promision, que produce abundantes y suavísimos frutos; pero los que estan preocupados de la aprension contraria, insisten en que el ayre es contagioso; que es una tierra

infestada de monstruos y de fieras; que élla misma se abre entre los pies y traga á sus habitadores. Con esto se espantan los sentidos, se acobardan y se retiran tantas personas.

Pero, Dios mio, aunque la virtud fuera todo eso que tan erradamente se concibe; aunque costára mucho conseguirla, ¿hay otro partido que tomar? Y si cuesta mucho mas el no abrazarla, ¿no será menor nuestra excusa, y mas sensible nuestro dolor? ¿pues qué locura es no ser verdaderamente virtuoso?

Si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud no punzan en la realidad; si en cualquiera otro camino se encuentran mas, y son mucho mas penetrantes; si las cambroneras que le atraviesan dexan bastante espacio y muy acomodado; si los monstruos que se temen son unos fantasmones que en acercándose á éllos se desvanecen; ¡qué dolor, qué desesperacion será para aquellas almas tímidas y delicadas, que estiman, que aman la virtud, pero que no se atreven á acercarse á élla temiendo mil trabajos y dificultades, al mismo tiempo que tan ciegamente se entregan á las inquietudes, á las fatigas, á las congojas, á los cuidados, á las pesadumbres, á los caminos duros y dificiles del mundo, deslumbradas con la esperanza de una vida dulce y tranquila, que solamente puede hallarse en el servicio de Dios! Con razon dice el Apóstol, que no hay ley contra los que gustan los dulces frutos del espíritu. *Adversus hujusmodi non est lex*; esto es, que no necesitan de amenazas para cumplir con las obligaciones de la religion y de su estado. No hay temor en la caridad, puesto que *la caridad perfecta destierra todo temor* (1. Joann. 4.), por lo que el temor tiene de pena y de fatiga.

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Los que son de Cristo tienen crucificada la carne con todas sus pasiones y malas inclinaciones. ¿Pues qué mucho es que reyne en éllos la caridad, la alegría, la paz, la mansedumbre y la paciencia? Si las pasiones estan aprisionadas, si estan como enclavadas en una cruz, no pueden inquietar el alma, no pueden turbarla la paz y la alegría.

El evangelio es del cap. 13. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Contendite intrare per angustam portam: quia multi, dico vobis, quærent intrare, et non potuerunt. Cùm auten intraverit paterfamilias, et clauserit ostium, incipietis foris stare, et pulsare ostium, dicentes: Domine, aperi nobis: et respondens dicet vobis: Nescio vos unde sitis.

En aquel tiempo dixo Jësus á sus discípulos: Esforzáos á entrar por la puerta estrecha: porque os aseguro que muchos buscarán entrar, y no podrán. Y cuando haya entrado el padre de familias, y haya cerrado la puerta, comenzaréis, estando á la parte de afuera, á llamar, diciendo: Señor, ábrenos: y él os responderá y dirá: No os conozco, ni sé dónde estais.

MEDITACION.

Del camino de la salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que de solo el Salvador del mundo podemos aprender cuál es el verdadero camino de la salvacion. Cualquiera otro maestro nos descaminará. No hay otro camino para el cielo que el que él trazó, y todos los santos siguieron. ¿Cuál es, pues, este camino real, derecho y seguro que lleva á la vida? Una senda estrecha y cerrada al amor propio y á los sentidos, en la cual se ahoga la vivacidad de las pasiones, nacen las cruces naturalmente, y se despoja el hombre viejo de los malos hábitos. Este es aquel moral que nunca fue del gusto de los mundanos, porque condena sus diversiones y sus máximas.

El camino de la salvacion es camino de penitencia y de humillacion: en él se abate el alma hasta su nada; piérdense de vista aquellas alturas que estan cubiertas de nieblas ó de nieves; camínase al abrigo de una apacible sombra, y no se halla otra comida que el fruto de la cruz, amargo al paladar, pero substancial y muy provechoso para la salud del alma.

Este es aquel moral que reprime la orgullosa libertad del entendimiento, poniendo freno al licencioso desórden del corazon; el que aprieta extrañamente á la con-

cupiscencia; reduce muy estrechos límites al interes, y arregla las costumbres al nivel de las puras máxîmas del evangelio. Este es el que no entiende lisonjear á nadie, ni mucho menos sabe qué es aceptacion de personas: no confunde á la verdad los estados, las edades, ni las condiciones; pero guardando la debida proporcion, todo lo gobierna por un mismo sistema. La modestia en el trage, la frugalidad en la comida, la moderacion en los proyectos, la afabilidad, y la igualdad en el trato y en el genio, son los primeros principios invariables de este moral. En todo él se lleva siempre la primacía la humildad cristiana: y la devocion, la caridad, y la paciencia son las que reynan.

¡Ah, Señor, y qué diferentes son vuestros caminos del que nosotros seguimos! ¡y qué poco se conforman nuestras costumbres con los principios de vuestro moral! Pero si cualquiera otro camino lleva á la perdicion; si no debemos seguir otra guia que á vos; si cualquiera otro sistema de conciencia es falso y engañoso; si cualquiera otra máxîma es error; si cualquiera otra senda nos descamina; ¿cuál será el paradero de tantas almas como van por el camino ancho, y tienen por muy estrecho el único que guia al cielo? ¡Buen Dios! ¿cuál será el paradero de los mundanos, y de todos los que siguen las máxîmas del mundo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay mas que una sola religion verdadera, una sola fe, un solo evangelio, una sola doctrina, y consiguientemente un solo camino para el cielo. Este es aquel camino angosto, aquel desierto, por donde es preciso pasar para entrar en la tierra de promision. Si en él se encuentran mares que atravesar, es necesario pasarlos sin ser sumergidos en las ondas; si se hallan barrancos, es menester saltarlos; si salen al encuentro enemigos, es preciso combatirlos y vencerlos.

El camino es estrecho, pero no puede ensancharse: cualquiera otro mas espacioso, mas llano, y mas trillado, desvia del término. El moral de Jesucristo oprime al amor propio, y descontenta á los sentidos; pero cualquiera otro mas acomodado engaña y envenena. Por al-

go manda el Salvador á todos los cristianos que se hagan violencia si han de entrar en el reyno de los cielos; que se esfuercen á entrar por la puerta angosta: *Contendit intrare per angustam portam.*

¿Pero cuál será el paradero de aquellos mundanos, que se estremecen á solo el nombre de mortificacion, y de violencia? ¿cuál el de aquellas damas delicadas, que ignoran lo que es penitencia y mortificacion? ¿cual el de aquellas personas religiosas, que olvidadas ya de sus primeros fervores, viven con tibieza y aun con relaxacion? ¿cuál el de aquellos ministros del Señor, que van tan distantes de la doctrina de su maestro?

¡O mi Dios, cuántos y cuántos van muy desviados del camino de la salvacion! A vista de esto, ¿qué maravilla es que tantos se pierdan? Propónenseles los mas esenciales mandamientos de la ley; ¡pero cuántos claman inmediatamente por la dispensa! No parece sino que la doctrina de Jesucristo está ya anticuada, que no se hizo para los cristianos de este tiempo; y falta poco para que piensen que el moral del evangelio es contra toda razon. El corto número todavía se esfuerza á entrar por la puerta angosta; ¡mas oh, y qué corto es este número! La muchedumbre busca camino mas espacioso y mas llano. ¿Y no seré yo quizá de esta muchedumbre? No pocos son los que se afanan por descubrir algun camino medio; pero este camino los lleva al precipicio. ¡Y despues de esto nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

¿Tenemos por ventura otra guia que el mismo Jesucristo, ni podemos tener otro maestro? ¿se puede apelar de sus sentencias, ni de sus decisiones á otro tribunal? ¿se espera acaso que algun dia se puedan reformar sus oráculos? Uno de ellos es, *que el camino del cielo es estrecho*; *que no hay otro camino*; *que es menester esforzarse á entrar por él*; *que el reyno de los cielos se gana á viva fuerza.* Hombres del mundo, idólatras de los placeres, gritad cuanto quisiéreis contra esta doctrina; apelad de esta sentencia; ¿pero adónde?

¡O mi Dios, y cuánto tiempo ha que estoy andando, y acaso estoy andando muy fuera del camino de la salvacion! Por buscar el mas espacioso, me he descaminado.

El dia va cayendo, y yo quizá estoy ya muy cerca del termino de mi jornada. Pero pues ya conozco mi descamino, por vuestra misericordia haced que me aparte de él, y que entre en el camino real; lo que ayudado de vuestra divina gracia comienzo á hacer desde este mismo dia.

JACULATORIAS.

Erravit, sicut ovis quæ perit: quære servum tuum quia mandata tua non sum oblitus. Salm. 118.

Erré, Señor, y descaminéme como una pobre oveja descarriada; pero vos, mi Dios, como buen pastor, buscadme, y reducidme al aprisco, porque resuelto estoy á no olvidar jamás los amorosos silvos de vuestra santa ley.

Viam iniquitatis amove à me: et de lege tua miserere mei. Salm. 118.

No solamente me habeis de apartar á mí del camino de la perdicion, sino que al mismo camino de la perdicion le habeis de apartar de mí, teniendo misericordia de mi miseria, para que en adelante no me desvie de vuestra doctrina.

PROPOSITOS.

El dia de hoy se gusta mucho de teólogos condescendientes, y de opiniones que acomoden: búscanse profetas que hablen siempre á nuestro paladar. Hablar como habló Jesucristo, es rigidez, es nimia severidad, es un moral que se va acercando al rigorismo. Las voces de mortificacion, abnegacion y de penitencia ya no se usan; á lo mas se oyen como un lenguage de antaño, como una gerigonza espiritual, que se habla allá en los claustros. Con todo eso este es el lenguage ordinario de Jesucristo, que no es capaz de envejecerse, ni de anticuarse. ¿Y no serás tú uno de aquellos espíritus mundanos, disgustados con las máximas del evangelio, que no solo echan menos los groseros manjares de Egipto, sino que se alimentan de ellos aun en el mismo desierto? Díme: ¿vas por el camino angosto? ¿no sigues sendas torcidas, cuando buscas un moral, no solo benigno, sino acomodado y laxô? Coteja el camino que sigues, con el que siguieron los santos.

¿Por qué motivo escogiste á ese confesor mas que á ótro? ¿no es acaso porque condesciende contigo, con tu genio, con tus inclinaciones, con tus pasiones? Es muy de tu gusto su condescendencia; ¿pero será igualmente muy de tu provecho? ¿tus costumbres, tus diversiones, tu mesa, tus muebles, tu comercio, tu conducta acreditan acaso que sigues el camino de Jesucristo, que vas por la senda estrecha? Exâmínate acerca de un punto tan importante; no dilates la enmienda, y suplíca encarecidamente á tu confesor, que nada te perdone, que nada te lisonjee.

2 Muchos claman contra el moral que éllos llaman relaxado, y no por eso tienen vida menos licenciosa. Predican el que llaman austéro, y practican el relaxado: quieren que ótros sigan el estrecho, y éllos van por el ancho. Ya condenó Cristo á estos fariseos. Predica, reprende, corrige mas con tus exemplos que con tus palabras. Siendo tan severo con los ótros, no seas tan indulgente contigo propio. Entra el dia de hoy dentro de ti mismo, y exâmina qué prueba has dado de ir por el camino estrecho. No te dispenses en máxîma alguna del evangelio. Contratos, tráfico, gobierno de tu conciencia, ayunos, limosnas, sacrificios, observancia regular, delicadeza de conciencia, modestia, la práctica de las máxímas del evangelio, muestra el camino de la salvacion.

DIA OCTAVO.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

Refiérese en el segundo libro de los Macabeos (cap. 12.) que Judas, aquel no menos valiente que piadoso caudillo del pueblo de Dios, despues de haber tomado y saqueado á Jamnia, marchó con tres mil infantes, y con cuatrocientos caballos á atacar á Gorgias, gobernador de Idumea. Habiendo venido á las manos los dos exércitos, quedaron muertos en el campo algunos pocos judíos, y viendo Judas que acobardados los suyos se iban

retirando, recurrió al Señor de los exércitos, y clamando al cielo con himnos, y con cánticos, consiguió una completa victoria. Despues de haber dado gracias á Dios en la ciudad de Odollán, y de haber celebrado en élla el dia del sábado, volvió al campo de batalla, y recogió los muertos para enterrarlos en el sepulcro de sus padres. Pero todo el exército Macabeo quedó admirado y sorprendido al encontrar entre las túnicas de los que habian muerto en el combate, algunas cosas que habian pillado en los templos de Jamnia, en el saqueo de la ciudad, como eran piezas de plata y oro, y otras halajuelas, que los gentiles habian consagrado á sus ídolos en aquellos templos; lo que era expresamente contra la ley: *Nec inferes quidpiam ex idolo in domum tuam* (Deut. 7.). Todos conocieron claramente que ésta habia sido la causa de su muerte; y adorando los altos juicios del Señor, que habia descubierto lo que se habia intentado ocultar, se pusieron todos en oracion, suplicándole se dignase olvidar aquel pecado, que siendo de pocos delincuentes, estuvo á peligro de perecer por el todo el exército. Valióse de esta ocasion el piadoso General para exhortar al pueblo á la mas pura observancia de la ley, pues tenia delante de los ojos el rigor con que habia castigado Dios la inobservancia de sus hermanos y compañeros.

No dudaban los judíos que habia ciertos pecados, cuyo perdon ó remision de la pena se podia conseguir aun para los que habian pasado á la otra vida, especialmente cuando los que quedaban en ésta se interesaban por dicha remision, ofreciendo para conseguirla oraciones y otras obras satisfactorias. De estas obras de misericordia hechas en favor de los difuntos habla Tobías, cuando aconseja á su hijo que ofrezca su pan y su vino sobre la sepultura del justo: *Panem tuum, et vinum tuum super sepulturam justi constitue* (cap. 4.); pero que se guarde bien de comer este pan, y beber este vino en compañía de los pecadores: *Et noli ex eo manducare, et bibere cum peccatoribus.* Donde se puede observar, que ya entonces se estilaban, no solo las ofrendas sobre las sepulturas, sino los convites y comidas en el dia de los oficios, ó de los funerales. ¿Pero qué comidas y qué con-

vites? los que se hacian de limosna á los pobres por via de sufragio por el alma del difunto.

Con el mismo espíritu, y por el propio motivo los vecinos de Jabez de Galaad ayunaron siete dias despues de la muerte de Saul y de Jonatás: *Sepelierunt in nemore Jabes, et jejunaverunt septem diebus* (1. Reg. 31.); y por la misma razon el piadoso general Macabeo, habiendo hecho una colecta, ó demanda, en que recogió de limosna doce mil drachmas de plata, que corresponden á diez y ocho mil y cuatrocientos reales de nuestra moneda, las envió á Jerusalen para que se ofreciesen en sacrificio por los pecados de los que habian muerto: *Misit Jerosolymam offerri pro peccatis mortuorum sacrificium.*

Es pues evidente, que era práctica inconcusa de los judíos, autorizada por los profetas, y por los hombres mas santos de la ley antigua, ofrecer sacrificios por los difuntos que habian muerto en gracia: por lo que añade el sagrado Historiador, que el piadoso general Macabeo consideraba estar reservada en la otra vida una gran misericordia para los que habian muerto sin la mancha del pecado: *Considerabat quod hi, qui cum pietate dormitionem acceperant, optimam haberent repositam gratiam.*

No ignoraba Judas que aquellos soldados, violando un precepto tan expreso de la ley, de no reservar para sí cosa alguna de las que estuviesen consagradas á los ídolos, habian cometido una especie de sacrilegio. Pero pudo piadosamente presumir, que arrepintiéndose de este pecado antes de espirar, pedirian perdon á Dios; ó que puramente se moverian á quitar á los ídolos aquellas halajas, como simples despojos de la guerra, sin pasarles por el pensamiento especie alguna de idolatría; ó que sin pensar en llevarlas á sus casas, tendrian ánimo de entregarlas al General despues de la batalla, para que fundidas, se repartiesen entre todo el exército. En fin, ó la parvidad de la materia, como dice un moderno expositor del viejo Testamento, ú otras circunstancias que ignoramos, pudieron mover á aquel prudente y piadoso General á hacer juicio, que no habia sido culpa grave la que habian cometido. Y por otra parte, habiendo muerto en defensa de la verdadera religion, y del santo tem-

plo, podia creer piadosamente, que antes de su muerte les haria Dios la gracia, ó á todos, ó á algunos de éllos, de que se reconociesen, castigándolos en esta vida para perdonarlos en la ótra: *Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.* Pero como quiera, siempre se infiere de aquí (concluye el Historiador sagrado) que es santo y saludable el pensamiento de rogar á Dios por los difuntos, para que se les perdone en la otra vida la pena de los pecados que cometieron en ésta.

Tal fue siempre la creencia de los fieles del Testamento antiguo, y tal fue invariablemente la fe de la Iglesia catolica en el nuevo Testamento; como se evidencia por las palabras del mismo Jesucristo, por el testimonio de los concilios, por el unanime consentimiento de los santos padres, y por la irrefragable autoridad de la tradicion inmemorial.

Al que hablare contra el Espíritu santo, dice el Salvador, *no le será perdonado este pecado, ni en este mundo, ni en el ótro* (Matth. 12.). A los hereges que niegan, añade san Bernardo, que hay purgatorio en la otra vida: *Non credunt ignem purgatorium restare post mortem*; encargarles que pregunten al que dixo esto, conviene á saber, que hay un pecado, que ni en esta ni en la otra vida se perdona; ¿cómo se explicó tan mal, si es que no hay purgatorio en el otro mundo? *Quærant ergo ab eo qui dixit, quoddam peccatum esse quod neque in hoc seculo, neque in futuro remitteretur, cur hoc dixerit, si nulla manet in futuro remissio, purgatione peccati?* (Hom. 16. in Cant.).

El Apóstol habla de la misma manera que su divino Maestro. Si los muertos, dice, no han de resucitar, ¿á qué fin bautizarse por éllos? *Si omninò mortui non resurgunt, ut qui et baptizantur pro illis?* (1. Cor. 15.) Esto es, como expone san Efren, ¿á qué fin hacer buenas obras, y ayunar por los difuntos, si no esperan resurreccion en la otra vida? (Ephr. in suo Testam.) Y san Cipriano por nombre de bautismo entiende algunas veces las lágrimas de la penitencia: *lacrymis se baptizat* (Serm. de Cœn. Dom.): en cuyo sentido decia el Salvador á los hijos del Zebedeo: ¿*Podreis beber el caliz que yo tengo de beber*,

y bautizaros con el bautismo con que yo he de ser bautizado? (Marc. 10.)

Los mas antiguos concilios hablan siempre de las oraciones, y de las misas que se ofrecen por los difuntos, como de obras de misericordia fundadas en la constante fe de toda la Iglesia. *Sacramentum altaris non nisi á jejunis hominibus celebretur*, dice el concilio cartaginense, en que subscribió san Agustin el año 397. No se celebre el santo sacrificio de la misa sino en ayunas. *Si autem aliquorum pomeridiano tempore defunctorum commendatio facienda est, solis orationibus fiat*; pero si se quiere ofrecer á Dios alguna cosa por los difuntos despues de medio dia, sean oraciones, y cualquiera otra especie de sufragios, como no sean misas ó comuniones.

El concilio Bracarense, ó de Braga, en Portugal, que se celebró el año 563, prohibe se hagan sufragios por los que voluntariamente se mataron á sí mismos con muerte violenta y deliberada. El de Vayson en el año de 529, el de Orleans en el de 533, y el de Chalon sobre la Saona, encomiendan que en todas las misas se haga oracion por los difuntos: *Visum est* (dice el último can. 39.) *ut in omnibus missarum solemnitatibus pro defunctorum spiritibus loco competenti Dominus deprecetur*; porque como no hay dia alguno en que no se deba rogar á Dios por nuestras necesidades particulares, tampoco le debe haber en que no se le pida en la misa por las benditas ánimas del purgatorio: *Ita nimirum nulla dies excipi debet, quin pro animabus fidelium preces Domino in missarum solemnitatibus fundantur.* En todos tiempos ha observado la Iglesia esta piadosa costumbre, añade el mismo concilio: *Antiquitus hunc modum sancta Ecclesia tenet, ut et in missarum solemnitatibus, et in aliis precibus Domino spiritus quiescentium commendet*: no solo de encomendar á Dios los difuntos en la misa, sino en todas las demas oraciones. Y segun san Agustin, la Iglesia católica hace oracion en general por todos los difuntos, para que aquellos que no tienen parientes ó amigos que hagan, ó quieran hacer por éllos esta obra de misericordia, la encuentren en la caridad y memoria del comun de todos los fieles: *Dicente beato Augustino, non sunt prætermittendæ supplicationes pro spiritibus mortuorum,*

quas faciendas pro omnibus in christiana, et catholica societate defunctis, etiam tacitis eorum nominibus, sub generali commemoratione suscepit Ecclesia; ut quibus ad ista desunt parentes vel amici, ab una eis exhibeatur pia matre communi. Estas son las palabras del concilio, en las cuales no hace mas que recomendar lo que san Agustin asegura ser práctica inconcusa y general de la Iglesia: *Hoc à patribus traditum universa observat Ecclesia* (Serm. 32. de verb. Ap.).

¿Qué hace el sacerdote, pregunta san Dionisio, cuando ruega á Dios por los difuntos? *Precatur oratio illa divinam clementiam, ut cuncta dimittat per infirmitatem humanam admissa peccata defuncto, eumque in luce statuat, et regione vivorum* (De Eccles. Hier. c. 7.): Implorar la divina clemencia, para que por su infinita misericordia se digne perdonar las penas que corresponden á las culpas de los fieles difuntos, á fin de que, purificadas sus almas, sean admitidas á la claridad y al resplandor, que siempre brilla en la region de la vida eterna.

Roguemos á Dios, dice san Gregorio Nazianceno, así por nosotros mismos, como por aquellos que mejor dispuestos que nosotros, pusieron dichoso fin á su trabajosa carrera: *Et eorum qui, quasi in via paratiores, prius ad hospitium pervenerunt, animas commendemus* (Orat. in Cæs.). Por eso, añade san Crisóstomo, no sin razon ordenaron los apóstoles, que en el tremendo sacrificio se hiciese siempre mencion de los fieles difuntos; porque sabian bien el gran provecho que de esto se seguia: *Non temere ab apostolis hæc sancita fuerunt, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio; sciunt enim inde multum illis contingere lucrum, utilitatem multam* (Hom. 6. ad prop. Antioch.).

Rogamos, en fin, dice san Cirilo, por nuestros hermanos difuntos, porque creemos que sus almas reciben un grande alivio con el santo sacrificio de la Misa: *Denique pro omnibus oramus qui inter nos vita functi sunt, maximum credentes esse animarum juvamen, pro quibus offertur obsecratio sancti illius et tremendi sacrificii* (Cath. 5. mystag.). Y Eusebio refiere en la vida de Constantino el Grande, que mandó le enterrasen en la iglesia mayor, para lograr mas sufragios del mayor concurso

de los fieles. San Epifanio cuenta entre las heregías de Aério el haber negado que aprovechasen á los difuntos las oraciones, las limosnas y los sacrificios que se ofrecian por éllos.

Asegura Tertuliano, que los sufragios por los difuntos son de tradicion apostólica; y hablando de una viuda dice, que encomiende á Dios el alma de su marido, y que no dexe de hacer todos los años un aniversario por élla: *Pro anima ejus oret, et refrigerium interim adpostulet ei: : : : et offerat annuis diebus dormitionis ejus* (lib. de Monog.).

Establecieron nuestros predecesores, dice san Cipriano, que si alguno en su testamento nombrase por tutor ó por curador á un clérigo, no se hagan sufragios por su alma: *Episcopi antecessores nostri censuerant ne quis frater excedens ad tutelam, vel curam clericum nominet: ac si qui hoc fecisset, non offerretur pro eo, nec sacrificium pro dormitione ejus celebraretur* (lib. 1. epist. 9.).

San Paulino alaba mucho la piadosa accion de un jóven caballero romano, llamado Pamaquio, el cual habiendo muerto su muger, que era hija de la esclarecida santa Paula, juntó en la iglesia de san Pedro á todos los pobres que habia en Roma, y dió de comer caritativamente á aquellos verdaderos protectores de nuestras almas, haciendo esta limosna por sufragio y para alivio de la de su amada difunta.

En fin, san Agustin, en el libro que intituló *de la caridad con los fieles difuntos*, dice lo siguiente: Leemos en el libro de los Macabeos, que se ofreció un sacrificio en Jerusalen por las almas de los que habian muerto en la batalla; pero aunque nada de esto se leyera en la Escritura, bastaría la autoridad de la Iglesia para comprobar esta piadosa costumbre, pues vemos que siempre que el sacerdote celebra, hace conmemoracion de los difuntos: *In Machabæorum libro legimus oblatum pro mortuis sacrificium; sed et si nusquam in Scripturis veteribus legeretur, non parva est universæ Ecclesiæ quæ in hac consuetudine claret auctoritas, ubi in precibus sacerdotis quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.*

El sacrificio del altar, dice san Gregorio el Grande,

aprovecha mucho á las ánimas del Purgatorio: *Multum solet animas etiam post mortem sacra oblatio hostiæ salutaris adjuvare.* En una palabra, todos los padres griegos y latinos tienen el mismo lenguage.

Parece que lo dicho debe bastar para mover á los fieles á socorrer con sus oraciones, limosnas, ayunos y sacrificios á las ánimas de aquellos, que ciertamente no se olvidarán de sus caritativos bienhechores, cuando se hallen entre los bienaventurados. *Mortuo non prohibeas gratiam*, clama el Sabio (Eccles. 7.): No niegues á los muertos esa sola gracia, ese solo bien que les puedes hacer, y que aquel padre, aquella madre, aquella esposa, aquel hermano, aquella hermana, aquel amigo están esperando de ti. ¿Y qué pensarán ahora los hereges de su error, sobre un punto de fe tan evidente, y sobre una costumbre de la Iglesia católica recibida sin intermision en todos los siglos? Tendrán valor para decir con su gefe Calvino, Convengo en que fue práctica inconcusa de la Iglesia desde su primitiva institucion hacer oracion y ofrecer el sacrificio de la misa por los difuntos: *Usu receptum est*; pero confieso que todos los padres, y toda la Iglesia se dexaron ciegamente arrastrar de un groserísimo error: *Sed omnes fateor in errorem abrepti fuerunt.* (Calv. lib. 3. Instit. cap. 5.) ¡Buen Dios, y qué extravagantemente se desbarra cuando se pierde la fe! ¿Es posible que unos hombres, por otra parte de entendimiento y de juicio, no conozcan que éllos son los que yerran, éllos los que se pierden, éllos los que se precipitan siguiendo á tal maestro y á tal guia?

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles; conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 14. del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

»Ya se ha dicho en otra parte, que el Apocalípsi significa, y es libro de las revelaciones. San Gerónimo dice, que contiene tantos misterios como palabras; y aun añade, que cada palabra contiene muchos misterios. »Como en esta profecía se habla de las persecuciones »de la Iglesia, y de los crueles suplicios de los mártires; el capítulo catorce de donde se sacó la epístola »presente, muestra y hace visible lo dichosa que es la »muerte de los que mueren en el Señor, aunque espiren al rigor de los mas horribles tormentos.

REFLEXIONES.

¿Será morir gloriosamente, morir en el lecho del honor, en brazos de la abundancia, cuando á la muerte se sigue una infamia eterna, y un infierno sin fin? ¿De qué sirve á la hora de la muerte la triste memoria de los gustos pasados? Fiestas mundanas, diversiones multiplicadas, placeres exquisitos, prosperidad sin intermision, suntuosidad, magnificencia, ¡qué poca cosa pareceis á los ojos de un pobre moribundo! ¿Será gran consuelo pasar desde un magnífico palacio á la sepultura? ¿desde una cama blanda, ostentosa y regalada á los infiernos? ¿desde una numerosa corte á las llamas eternas? ¿será feliz el que muere poderoso, estimado, temido, amado de todo el mundo, si se condena?

Beati, qui in Domino moriuntur. Este es el único secreto para ser feliz: esto solo vale mas que todos los te-

soros del universo, todas las prosperidades de la vida, todas las grandezas del mundo: ésta es la única felicidad que hay sobre la tierra: todas las demas son engaño, ilusion, fantasmas, puras quimeras. *Bienaventurados los que mueren en el Señor*, esto es, en su gracia y amistad: eso es morir rico, poderoso, lleno de honor, y colmado de gloria.

Mas que toda la vida haya sido taraceada de mil desgraciados contratiempos: mas que este puñado de dias que se han vivido haya sido una perpetua cadena de infortunios, de desgracias, y de pesadumbres: mas que los trabajos hayan excedido al número de los dias, todo parece un sueño al que muere en el Señor. De nada de eso le resta entonces mas que una memoria muy superficial: comienza para él en aquel momento una felicidad llena y colmada: una alegría pura y eterna: está ya para ser como inundado de una avenida de gustos y de consuelos, para entrar en un pais donde enteramente se gozan dias de calma, despejados y serenos, que sucedan á aquellos dias borrascosos y turbados, de que ya apenas le queda memoria. Muérese en el Señor, pues se muere para vivir. Esto sí que se llama hacer fortuna. ¿Qué se ha hecho de aquellos monarcas poderosos, que hicieron en el mundo tanto ruido? ¿de aquellas personas tan señaladas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿de aquellos hombres grandes que ocuparon las primeras dignidades de la Iglesia y los primeros puestos del Estado? ¿en qué pararon aquellos llamados dichosos, felices y afortunados en el mundo, si se condenaron? ¿y en qué paran todos aquellos que no mueren en el Señor? ¿cuántos de los que leerán estas reflexíones merecerán la misma tristísima suerte por no haberse aplicado á merecer la contraria? Para morir en el Señor, es preciso vivir, y perseverar en la gracia del Señor.

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane,

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judios: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno co-

vivet in æternum: et panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

miere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la necesidad de prepararse para la muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la necesidad de prepararse para una santa muerte es indispensable. No hay en el mundo negocio tan importante como la muerte, no le hay mas dificultoso que una buena muerte, y mas en quien no se dispone para élla durante la vida. ¿Y hay tampoco negocio mas irreparable que el de una muerte infeliz? Con todo eso para ninguna cosa se preparan menos los hombres que para lograrla dichosa.

Si se muriera dos veces, sería menos imprudencia arriesgarse á morir mal una vez; podria repararse esta falta; se podria hacer penitencia á un mismo tiempo de una mala vida, y de una mala muerte. Pero no se muere mas que una vez sola: y la eternidad, ó feliz, ó desgraciada, depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas hemos trabajado para el cielo, cuanto mas santamente hemos vivido, mas interes tenemos en acabar la vida santamente, por no perder el fruto de tantos trabajos. Es verdad que una santa muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es me-

nos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la mas santa vida no pueden asegurarnos una santa muerte. ¿Y siendo esto así, se piensa mucho en la muerte? Al ver nuestro descuido sobre un punto tan importante, pudiera parecer que no hay cosa mas facil, ni tampoco mas comun que morir bien.

Si para morir bien bastára recibir los postreros sacramentos, besar con ternura un crucifixo, y derramar tal vez algunas lágrimas, ¿acaso sería menos intolerable nuestra imprudencia? No siempre es muy dificultoso encontrar un confesor zeloso y habil que nos asista en aquel último peligro; ¿pero cuántos hay que murieron con todos estos auxílios, y se condenaron? Morir cubierto de ceniza y de silicio, morir rodeado de sacerdotes, y de santos religiosos, es morir con edificacion; pero esto precisamente tampoco es morir bien. Morir bien es morir despues de haber borrado con la penitencia todas las manchas, todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fe viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente; es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama, con un amor de Dios sobre todo lo criado. ¿Y todo esto será muy facil á quien amó tan poco á Dios durante la vida? ¿á quien se le pasó toda la vida casi sin pensar jamás en morir bien?

¡Cosa extraña! Si uno tiene que representar un triste papel en un teatro, ó que predicar un sermon en un púlpito, ó que hacer ostentacion de su habilidad y de su literatura en una cátedra, se previene por semanas, por meses, y tal vez por años enteros para salir con lucimiento, siendo así que todo ello es de bien poca importancia. ¡Pero qué tiempo, gran Dios, se emplea en disponerse para morir bien, cuando este gran negocio pide no menos que todo el tiempo de la vida!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para una cosa que se hace una sola vez; cuando de hacerla bien esta sola vez, pende nuestra felicidad eterna.

Si fuera cosa tan facil lograr una buena muerte despues de haberse preparado tan poco para morir bien, muy necios hubieran sido los santos en disponerse á tanta costa, y en haber empleado en esta preparacion toda la vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, y derramar tantas lágrimas? ¿á qué fin retirarse de todo el mundo, negarse á toda comunicacion para lograr una santa muerte, si pudieron morir santamente sin todas esas precauciones, y sin tanto aparato de preparativos?

Aquel bizarro jóven, que en lo mejor de su vida renuncia cuanto puede halagar á los sentidos, y va á sepultarse vivo en las melancólicas estrecheces de un riguroso claustro; ¿qué fin lleva en una accion tan heróica, sino disponerse para morir bien? ¿nos atreveríamos á no alabar, á no admirar su prudente, su acertada resolucion? Y qué, mientras nuestros hermanos, mientras nuestras hermanas, y nuestros amigos pasan su vida en el retiro, y entre los rigores de la penitencia para disponerse á una santa muerte, y alcanzar la gracia de la perseverancia final; nosotros, metidos entre el tumulto del mundo, entregados á todos sus gustos y diversiones; nosotros en un olvido eterno de esta muerte, en una crasa ignorancia de todo lo que es disponernos para élla, ¡esperamos tranquilamente una muerte cristiana! ¡creemos estar preparados para morir, y para morir bien! ¿Hay cosa á que mas nos hubiese exhortado el Hijo de Dios, como quien preveía tan bien nuestra negligencia, que á esta preparacion?

Velad, porque no sabeis á qué hora ha de venir el Señor (Matth. 25.). *Estad siempre aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre* (Luc. 12.). Lo que digo á vosotros, con todos habla; y así estad alerta: *Quod autem vobis dico, omnibus dico: Vigilate* (Marc. 13.). Es menester estar prontos á cualquiera hora que el Señor llame á la puerta.

Ninguno hay que no convenga en que es necesaria alguna preparacion para morir bien: de aquí nace el miedo que se tiene á toda muerte repentina. ¿Pero qué efecto ha producido este temor? ¿á qué preparacion nos ha movido hasta el presente? Con todo eso puedo morir dentro de pocas horas. Tan poca seguridad tengo de

vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el postrero dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir hoy? ¿no tendria algo que temer? Estremézcome con solo este pensamiento. ¿Pero quién me ha asegurado la vida ni aun de aquí á un cuarto de hora? Y si no comienzo á disponerme desde luego, ¡qué dolor! ¡qué desesperacion cuando llegue la postrera!

No lo permitais, Señor, y pues me concedeis á lo menos esta hora, desde ésta misma comienzo, Dios mio, á disponerme para morir bien, y á pediros esta gracia los dias que me otorgueis de mi vida.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.

Comprenda yo, Señor; tan vivamente el corto número de los dias de mi vida, que desde luego comience á disponerme para la muerte.

Timenti Dominum benè erit in extremis. Eccl. 1.

Solamente los que temen á Dios en vida deben prudentemente esperar una buena muerte.

PROPOSITOS.

No es de extrañar que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que se disponen para morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que solo se aprende mientras se vive; mas para adelantar en esta facultad es menester estudiar mucho, porque el estudio precipitado regularmente sólo sirve para hacer mas visible nuestra ignorancia y nuestro atraso. La mejor disposicion para una buena muerte es una santa vida; y la vida debe ser una contínua preparacion para la muerte. Cada dia debe servirnos de nueva leccion y de nuevo exercicio, siendo razon que todas las noches nos tomemos cuenta de nuestro adelantamiento. Es una piadosa costumbre de grande importancia hacer todas las cosas como si todas éllas fuesen disposiciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, hasta las mismas diversiones, todo nos puede servir para lograr una buena muerte, si todo se hace con el espíritu y con la santa intencion de

Era hija de dos santos, hermana de ótro, esposa de ótro, y tuvo cuatro hijos, Landry, Aldetrudis, Madelberta y Dentlin, que todos murieron con fama de santidad, como casi todos los demas de aquella dichosísima familia.

Creciendo cada dia en perfeccion nuestra Santa, no tardó en dar á gustar á su marido la dulzura de la virtud, de la cual le hicieron concebir tan alta estimacion sus exemplos. No era Vautrudis de una virtud sombría, ceñuda, austéra ni desdeñosa, sino dulce, apacible, sólida, oficiosa y humilde, con que hacia admirable impresion en los corazones. Hízola tan grande en el de Madelgario, que disgustado del mundo, se dedicó únicamente al cuidado de su salvacion, y al estudio de adquirir las virtudes propias de su estado. Habiendo hecho voto de perpétua continencia por consejo de su santa muger, con el consentimiento de ésta, y con parecer de san Auberto, obispo de Cambray, se retiró al monasterio de Haumont á las orillas del rio Sambre. En él tomó el hábito de monge con el nombre de Vicente, y llegó á tan heróica santidad, que la Iglesia celebra con culto público su memoria el dia 20 de septiembre.

Tres años se mantuvo en el siglo nuestra Vautrudis despues que se retiró de él su marido, ocupada toda en el exercicio de buenas obras, y en la educacion de sus hijas Aldetrudis y Madelberta, las cuales dieron desde entonces principio á aquella eminente virtud, que con el tiempo subió á tan alto grado, baxo la disciplina y gobierno de su tia santa Aldegundis. Pero aunque la virtud de nuestra Santa era tan extraordinaria, todavía la llamaba Dios á perfeccion mas encumbrada, y así la tenia destinadas aquellas cruces y trabajos que habian de franquearla el camino para élla.

Representóselo en sueños san Gauguerit, obispo de Cambray, brindándola con un cáliz que traia en la mano, y exhortándola á que prosiguiese con aliento el camino de la perfeccion que habia emprendido, y á que renunciase enteramente al mundo. Habiendo confiado esta vision, no sin alguna facilidad, á algunas personas indiscretas, tomaron de aquí ocasion, y aun hicieron asunto para mortificarla en lo vivo, haciendo chacota de sus visiones, y divulgando de élla mil especies, tanto mas sen-

sibles, cuanto con mas graciosa malignidad se publícaban en tono mas zumbon y mas festivo. Como la modestia, la inocencia, y la elevada virtud de aquella jóven señora era una muda, pero incómoda censura de la licencia con que vivian tantas mugeres mundanas, y de la disolucion de tanto número de libertinos, no se puede explicar el aplauso con que eran recibidos en los corrillos los graciosos cuentos que se forjaban sobre sus fingidas visiones y revelaciones, que este epíteto se las aplicaba. La disolucion encuentra siempre no sé que secreta complacencia en persuadirse que la virtud de los buenos es pura hazañería; y triunfa cuando la puede calumniar ó censurar con aplauso. Logróle en esta ocasion. Todo el mundo se desenfrenó contra la sierva de Dios: los nombres de hipócrita ó de ilusa eran los menos injuriosos, ó los mas moderados con que la trataban. Decíase que los extraordinarios rumbos de perfeccion por donde hasta entonces habia afectado caminar, eran lastimosas ilusiones: que todas las obras de misericordia en que se exercitaba eran artificiosas exterioridades para alucinar al público; que aquel aparato de modestia y descompostura era un hermoso velo para encubrir mejor sus vicios y su disolucion.

Fácilmente se puede comprender qué sensible sería para una señora virtuosa, jóven, y de la primera nobleza, una calumnia de tan vergonzosa especie, y sobre todo tan mal fundada. Sintió Vautrudis toda su amargura, pero resolvió echársela á pechos sin el menor lenitivo. Ni pensó, ni solicitó otro consuelo que el que buscó á los pies de Jesus crucificado, y encomendó toda su justificacion á la paciencia. Esta cruel persecucion no solo sirvió para purificar su virtud, sino tambien para que acelerase su antigua resolucion de retirarse enteramente del mundo. Executólo con parecer de san Guislano, su confesor, por cuyo consejo determinó edificar una celdilla sobre el monte de Castriloc, donde pudiese pasar el resto de sus dias en oracion y en silencio.

No deliberó un punto santa Vautrudis. Valióse de un Señor llamado Hidulfo, pariente suyo, que tambien es públicamente reverenciado como Santo, para comprar el sitio, encargándole hiciese edificar en él una celdilla, donde pensaba pasar lo que la restaba de vida en exercicios

de penitencia. Hizo Hidulfo mas de lo que se le habia pedido, porque mandó edificar una casa suntuosa; pero la Santa no quiso vivir en élla, y el cielo quiso autorizar pocos dias despues su escrupulosa delicadeza en este punto; porque se levantó un furioso uracan que echó por tierra aquel soberbio edificio hasta los fundamentos. Aficionado y advertido Hidulfo con este accidente, siguió en todo la planta que le habia dado nuestra Vautrudis, y dispuso se fabricase una estrecha celda con su capilla, en la cual se fue luego á encerrar; habiendo recibido antes el sagrado velo de manos de san Auberto, obispo de Cambray.

Llena de imponderable consuelo al verse ya dichosamente retirada del bullicioso tumulto del mundo, abandonó todo otro cuidado que el de dedicarse enteramente al exercicio de las mas heróicas virtudes. Su ayuno era contínuo; apenas interrumpia la oracion sino con algunos instantes de sueño, que tomaba sobre unos manojos de sarmientos; mortificaba su delicado cuerpo con rigurosas penitencias; y eran sus ojos dos perennes fuentes de lágrimas que la hacia derramar su ardiente y ternísimo amor de Dios. Pero ni en sus modales, ni en sus costumbres se descubria el rigor de su mortificacion; porque siempre se la veia llena de apacibilidad, de dulzura, de urbanidad, y de una modestísima alegría para con todo el mundo: la voluntaria pobreza á que se habia reducido no la estorbaba encontrar arbitrios para socorrer á todos los pobres que recurrian á élla. En su retiro no estaba ociosa; pero una virtud tan sobresaliente no podia menos de excitar la rabiosa envidia del enemigo de la salvacion. No perdonan el tentador ni la tentacion á las grandes almas, y nuestra heróica reclusa experimentó presto sus efectos.

Apoderóse de su espíritu un mortal tedio al retiro, llenando de amargura su corazon un repentino horror á la soledad. La oracion, el silencio, la estrechez de aquella pobre celda, todo se la hacia insoportable. La memoria de lo que habia sido; el pretexto de las muchas buenas y grandes obras que podia hacer en el mundo; la dulzura de una honesta y cristiana libertad; sus juveniles años, la esperanza bien fundada de una larga vida, la delicade-

za de su complexîon, y la ninguna robustez de su salud, todo esto se la representaba con la mayor viveza; todo concurria á hacerla titubear en su resolucion; todo la inclinaba á volverse al siglo, y todo abogaba en favor del amor propio. Bien necesitó de grandes y poderosos auxîlios para resistir á tan fuerte como disimulada tentacion: concedióselos el cielo, y correspondió á éllos con valor y con fidelidad. En medio de estas turbaciones, sequedades y desconsuelos recurria á la oracion, renovaba muchas veces al dia sus propósitos, hacia otros de nuevo, mortificábase mas y mas doblando las penitencias. Despues de Dios colocaba toda su confianza en su dulcísima Madre, á quien profesaba una devocion ternísima, y esta Señora la alcanzó de su Hijo nuevos y muy eficaces auxîlios. Combatió, peleó, triunfó: disipáronse las nieblas, calmó la tormenta, serenóse el tiempo; y victoriosa nuestra Santa de todo el infierno, por la gracia del Redentor, gozó tranquilamente de los dulces frutos de su fidelidad.

Esparcióse por todas partes la fama de su virtud, y muchas siervas de Jesucristo, movidas del exemplo de Vautrudis, concurieron á ponerse debaxo de su direccion. Cedió á la caridad el amor al retiro, y en poco tiempo la que era una pobre celdilla se vió convertida en convento. Como se observaban mas de cerca los exemplos de Vautrudis, hacian mayor impresion, y eran mas copiosos los frutos que producian. La devocion mas exemplar, la observancia mas exâcta, el espíritu de penitencia mas constante y mas ferviente fueron desde luego el carácter y el elogio de aquella religiosa comunidad, que pasó con el tiempo á ser un célebre cabildo de canónigas; y aquel monasterio tan reducido y tan pobre en sus principios, se vió despues cercado de una ciudad considerable, que es hoy la capital de la provincia de Haynaut, cuya formacion se debió á la veneracion, á la memoria y á las preciosas reliquias de santa Vautrudis.

Habiendo venido á visitarla su hermana santa Aldegundis, abadesa del monasterio de Maubeuge, viendo la pobreza del de Vautrudis, y la cortedad de sus rentas, la instó mucho para que se fuese con élla, y se retirase á Maubeuge con sus hijas. Agradecióselo nuestra Santa; pe-

ro no lo aceptó, porque las razones que alegaba para sacarla de Mons eran puntualmente las que con mayor gusto la detenian en él. Su grande amor á los rigores de la penitencia la obligaba no solamente á no huir, sino á mirar con especial cariño las descomodidades de la casa; y el mismo Señor se dignó autorizar con un milagro el acierto de esta determinacion; porque habiendo salido un dia á pasearse las dos santas hermanas, y habiéndose alejado del monasterio mas de lo que acostumbraban, al volverse del paseo hallaron ya las puertas cerradas; pero apenas se llegó á éllas santa Vautrudis, cuando se abrieron por sí mismas. Favorecióla Dios con el don de milagros, y tuvó el consuelo de oir de la boca de un ángel que su nombre y el de su hermana santa Aldegundis estaban escritos en el libro de la vida. Desde que mereció esta revelacion, aumentó mas y mas los rigores de su penitencia. Finalmente, llena de gracias y de merecimientos, alcanzó de Dios que la sacase de este mundo el dia 9 de abril de 686, dos años despues de la muerte de santa Aldegundis, y cerca de los sesenta de su edad, habiendo pasado treinta en su monasterio, en cuya capilla fue enterrada, haciendo el Señor muy célebre su sepulcro por la multitud de milagros que ha obrado en él por la intercesion de la Santa. La ciudad de Mons la escogió por su patrona, reconociendo con razon que al culto de Vautrudis y á la fama de su santa comunidad debe todo lo que es.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatæ Valdetrudis festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que eres nuestra salud; oye nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de la bienaventurada Vautrudis, así tambien recibamos el fervor de una santa devocion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. del apóstol san Pablo á los colosenses.

Fratres: Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum. Mulieres, subditæ stote viris, sicut oportet, in Domino. Viri, diligite uxores vestras, et nolite amari esse ad illas. Fili, obedite parentibus per omnia: hoc enim placitum est in Domino. Patres, nolite ad indignationem provocare filios vestros, ut non pusillo animo fiant. Servi, obedite per omnia dominis carnalibus, non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed in simplicitate cordis, timentes Deum. Quodcumque facitis, ex animo operamini, sicut Domino, et non hominibus.

Hermanos: Todo cuanto haceis de palabra ó de obra, todo sea en el nombre del Señor Jesucristo, dando por medio suyo gracias á Dios y Padre. Mugeres, estad sujetas, como es justo, á los maridos en el Señor. Maridos, amad á vuestras mugeres, y no seais amargos para éllas. Hijos, obedeced en un todo á los padres; porque esto es agradable al Señor. Padres, no provoqueis vuestros hijos á indignacion, para que no se apoquen de ánimo. Siervos, obedeced en todo á los señores carnales, no sirviendo á lo que se ve, como quienes agradan á los hombres, sino temiendo á Dios con simplicidad de corazon. Cualquiera cosa que hagais, hacedla de veras como para el Señor, y no para los hombres

NOTA.

»Era Coloso una ciudad de la Frigia, parte del Ásia »menor. Nunca habia predicado en élla san Pablo; pero »habiendo venido á Roma Epafras, natural de Coloso, »á visitar al Apóstol cuando ya estaba en la cárcel, le »informó de los maravillosos progresos que hacia en élla »el evangelio, y del miedo que tenia de que algunos fal»sos doctores alterasen la pureza de su fe. Esto obligó á »san Pablo á escribir desde la misma prision esta epísto»la el año de 62.

REFLEXIONES.

Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi. Todo cuanto hiciéreis, bien por palabras, bien por obras, hacedlo todo en nombre de Jesucristo. Esta es la idea mas cabal de la vida cristiana; por estos frutos se ha de conocer el árbol; por

las palabras y por las obras se han de distinguir los cristianos. ¿Pero se reconocerán el dia de hoy por estas señales muchos cristianos entre los que se llaman fieles? Buenas palabras sin buenas obras es hipocresía: buenas obras sin buenas palabras suele ser cobardía indigna y vergonzosa. Pues qué ¿nos hemos de avergonzar del evangelio?

Omnia in nomine Domini Jesu Christi. Todo se ha de hacer en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Quejămonos del mal suceso de nuestras empresas, de que trabajamos sin fruto, de las calamidades públicas. Y bien, ¿quién tendrá la culpa? Queremos nosotros ser los únicos artífices de nuestra fortuna, y lo somos de nuestras desdichas. ¿En nombre de quién trabajamos? ¿consultamos primero á Dios en todo? Este Señor debe ser el primer motivo y el primer móvil de nuestros proyectos y de nuestras grandes ideas; ¿pero qué parte tiene en nada de lo que hacemos? ¿se hace y se dice en nombre de Jesucristo todo cuanto se dice y todo cuanto se hace?

Designios grandes, resoluciones osadas, empresas árduas, negocios espinosos, comercio arriesgado, trabajos inmensos, fortunas brillantes: *In quo nomine hæc fecistis?* ¿En nombre de quién fuísteis emprendidas y fabricadas? ¿Me atreveria yo á responder que en nombre de Jesucristo? ¿pero no me desmentiria mi propio corazon y mi propia conciencia? ¿hay por ventura el dia de hoy otro móvil de todos los pasos que se dan, que la ambicion, el orgullo, la pasion, el interes y el deleyte? ¿hay otra regla de todas las acciones de la vida, que el desórden del corazon y el desnivél del espíritu? La pasion inspira los primeros pensamientos, élla los conduce, y élla pone en execucion todos los medios que juzga proporcionados para conseguir sus fines. La pasion es el alma de todos nuestros movimientos, y los que élla no anima salen lánguidos y desmayados. ¡Despues de esto nos admirarémos de que con tal guia andemos descaminados, y en tal escuela solo aprendamos á llorar! ¡nos admirarémos de que un edificio, que no tiene otro cimiento, dé consigo en tierra, y sepulte en sus ruinas á los que fian en él! Donde reyna una prudencia puramente humana, bien se pueden esperar reveses, trastornamientos y lastimosas revoluciones. Son sus luces muy limitadas, son muy flacos sus cimien-

tos, sus medidas muy falsas para prevenir todos los accidentes, y para ponernos á cubierto de los peligros. Nada hagamos que no sea en nombre de Jesucristo; sean su voluntad y su gloria el primer motivo de todas nuestras acciones, y entonces le interesarémos en nuestra proteccion y en nuestra defensa. Todo cuanto hiciéremos será entonces ventajoso, sólido y provechoso, porque todo será meritorio. Gozarémos de unos dias llenos, y no afanarémos vanamente en cavar cisternas secas. Hagamos todas las cosas á mayor gloria de Dios, y en nombre de Jesucristo, y la misma desconfianza en nuestra propia virtud será nuestra mayor fuerza, porque empeñará al Señor en suplir nuestra flaqueza y nuestra necesidad. Es poderoso el mas desvalído, es opulento el mas pobre, cuando puede seguramente contar sobre este riquísimo fondo. *Pues ora comais, ora bebais, ora hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á mayor gloria de Dios* (1. Cor. 10.).

El evangelio es del cap. 10. *de san. Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui amat patrem aut matrem plus quàm me, non est me dignus. Et qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: El que ama al padre ó á la madre mas que á mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí: y el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí.

MEDITACION.

Del buen uso de los trabajos y de las cruces.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en vano se huye de las cruces y de los trabajos, porque en todas partes se hallan. No hay condicion, no hay estado que no los produzca. Cada uno lleva su cruz, hasta sobre el mismo trono crecen; y no suelen ser las que menos pesan, las que menos se perciben.

Así, pues, toda nuestra aplicacion debe emplearse en aprovecharnos bien de éllas.

No es verdad que los trabajos sean desgracias y adversidades; antes pueden servirnos de grandísimo provecho; si sabemos usar de éllos. De suyo son un admirable contraveneno; pero facilmente pueden convertirse en ponzoña.

Supongamos que padeces casi todo lo que padecieron los santos: sábete que porque supieron padecerlo, arribaron á un grado de santidad tan eminente. Al contrario, ¿cuántos réprobos padecieron lo mismo que éllos? Las mismas contradicciones, las mismas calumnias, las mismas ingratitudes, las mismas persecuciones; pero como no tuvieron los mismos motivos ni la misma paciencia, fue muy diversa su suerte. ¿Qué fruto has sacado tú de tus cruces y trabajos? Para los que estan enfermos en el alma no hay cosa mas saludable que la amargura; pero es menester gustarla con resignacion. En aquellos mismos rios, en aquellas mismas fuentes de Egipto en que los verdaderos israelitas bebian aguas puras y cristalinas, los egipcios no hallaban mas que sangre; los rios eran los mismos; pero el espíritu en únos y en ótros era muy diferente.

¿Con qué disposicion de corazon y de espíritu recibes las cruces que te envia Dios? Ordinariamente se consideran como señales de su indiferencia ó de su cólera; siendo así que siempre y en todas ocasiones son pruebas sensibles de su paternal amor. El mismo fuego que reduce las pajas en ceniza, purifica el oro, y le hace mas resplandeciente. No se te piden ya nuevas cruces, nuevas mortificaciones, mayores penitencias; conténtase Dios con que recibas de su mano en espíritu penitente y resignado los trabajos que envia á tu familia, á tu casa, á tu persona, á tu empleo y á tu estado. No quiere que te empeñes, por decirlo así, en nuevos gastos; solo desea que te aproveches de los que haces, sufriendo con paciencia y con cristiana resignacion lo que padeces. ¡Qué dolor, gran Dios, el de no haberse aprovechado de las cruces!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es mucha desgracia estar padeciendo siempre, y perder el fruto de lo que se padece. Pues esta es puntualmente la desconsolada suerte de los que no saben aprovecharse de las cruces, ni recibirlas con el espíritu con que el Señor las envia. No solo pierden el fruto, sino que aumentan el peso; no se pierde gota de la amargura que traen consigo los trabajos, cuando se llevan con impaciencia y con enfado.

Si fueran verdaderos males las adversidades, no las hubiera sembrado en todos los caminos y en todos los estados el mismo Jesucristo, aquel soberano médico, aquel benéfico maestro, aquel amoroso padre. No hay en ellas otro mal que la mala disposicion con que las recibes: quita ésta, y cesará toda la amargura. Cuando los humores estan destemplados parecen amargos los manjares mas dulces.

Esas mismas cruces de que tanto te quejas fueron las delicias de los mayores santos. No hubo siquiera uno entre todos éllos que no hubiese reputado las enfermedades, la pérdida de los bienes, las desgracias y todas las calamidades de la vida, como señales ciertas de predestinacion; y con efecto lo fueron para los que supieron aprovecharse de éllas. En tu mano está que sean lo mismo para ti. Fuera de eso son un copioso manantial de merecimientos; y en poco tiempo sabe hacerse rico para el cielo el que con todo sabe hacer comercio. Grande exemplo de esto nos presenta hoy á todos santa Vautrudis.

Son las cruces el veneno mas activo para el amor propio. Pocas armas hay mas afiladas ni mas bien bruñidas para vencer á los enemigos de nuestra salvacion. *La fuerza*, dice san Pablo, *se aumenta con la flaqueza: por eso me complazco en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones, en las grandes pesadumbres que padezco por Jesucristo; porque cuando soy flaco, entonces soy fuerte* (2. ad Cor. 12.). En verdad que san Pablo no era menos delicado que nosotros, no sentia menos sus trabajos, ni eran menos pesadas sus cruces que las nuestras; pero las recibia con otro espíritu y con muy diferentes disposiciones. No

consiste la felicidad de esta vida en no tener cruces, sino en saber llevarlas.

¿Y cómo he llevado yo hasta ahora, Dios mio, las que vos me habeis enviado? Igualmente me he olvidado, así de la doctrina que me enseñásteis, como del exemplo que me dísteis llevando vuestra cruz con tan divina resignacion. Conozco, Señor, lo mucho que he perdido en esto. Pero al fin me consuelo con que todavía no se ha apurado todo el cáliz; todavía tengo que padecer; por vuestra misericordia todavía tengo que vivir. Con el auxílio de vuestra gracia comienzo desde ahora á mirar con otros ojos las adversidades; resuelto ya á recibirlas como señales de vuestro amor, tambien lo estoy á aprovecharme de éllas como medios eficacísimos para mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipiamus? Job. 2.

Si he recibido de la mano amorosa de mi Dios tantos bienes, ¿por qué no recibiré de la misma, y con el mismo espíritu los males que me envia para mi bien?

Castigasti me, Domine, et eruditus sum. Jerem. 31.

Castigásteme, Señor, por mis pecados: sea bendita tu misericordia, pues de esta manera aprendí á servirte, y no ofenderte.

PROPOSITOS.

Puesto que no hay cosa mas comun en todos los estados y en todas las condiciones de la vida que las cruces, es importantísimo saberse aprovechar de éllas. Es este un fruto que se cría en todos los climas, y que se da en todas las tierras; pero conocen pocos lo que merece y lo que vale. A los achacosos les parece amargo, y le desacreditan; y lo mal que saben sazonarle los que no conocen la virtud mas que de nombre, autoriza la errada opinion que se tiene de él. Todos procuran arrojarle de su casa; mas por el mismo caso se multiplica. Son unas espinas de rara especie; pican mas al que hace mas diligen-

cias para arrancarlas. El gran secreto es tratarlas sin miedo, hasta que se crien callos para no sentirlas. Todos pueden saber este secreto; porque toda su virtud consiste en considerar las adversidades de la vida, ó como castigo, ó como remedio; y muchas veces como cariños de Dios, que nos trata ni mas ni menos como trató á sus mas íntimos favorecidos, á su propio unigénito Hijo: *Qui Filio suo non pepercit.* A unos ojos verdaderamente cristianos poco puede costar descubrir este misterio. Penetran mas allá de la corteza, y no juzgan de la virtud del fruto por la hermosura aparente. Comienza desde hoy á instruirte en una facultad que te pueda servir de tanto provecho. No mires ya las que se llaman desgracias, miserias, dolores, trabajos, pesadumbres, adversidades, sino como regalos del cielo; pues á favor de las luces de la fe, no las descubrirás con otro nombre. Si te consideras como pecador, tienes un juez; si como enfermo, un médico hábil; si como siervo fiel, un amo liberal. Imponte una como ley de recibir todos los contratiempos, ó como penitencia por tus pecados, ó como remedio de tus achaques espirituales, ó como gracias muy adecuadas para que asciendas á una eminente santidad; y luego que te suceda alguna adversidad, póstrate en tierra para rendir gracias al cielo por tan grande beneficio: besa tiernamente el crucifixo en testimonio de que recibes de buena gana aquella mortificacion, y da una limosna al primer pobre que encontrares en prueba de tu agradecimiento.

2 No basta recibir las cruces con espíritu, y con un corazon verdaderamente cristiano; es menester que el exterior corresponda tambien al interior, y para esto observa los documentos siguientes. Primero: Esfuérzate á mostrar el semblante mas sereno, el gesto mas apacible, y todas las modales mas alegres y mas festivas el dia que recibieres alguna mortificacion. Segundo: Procura en cuanto sea posible no reprender ni corregir á nadie en este dia, porque es facil que la amargura del corazon se comunique á la lengua. Tercero: Busca algun consuelo, sí; pero sea únicamente á los pies de Cristo crucificado, ó en presencia del santísimo Sacramento, repitiendo aquellas palabras de David: *Bonum mihi, quia humiliasti me* (Salm. 118.). Ninguna cosa me tiene mas cuenta

que esta humillacion: *Benedico te, Domine Deus Israel, quia tu castigasti, et tu salvasti me* (Tob. 11.). Seais, mi Dios, eternamente alabado, porque me castigásteis y me salvásteis: *Domine, fortitudo mea, et refugium meum in die tribulationis.* El Señor es mi fortaleza y todo mi consuelo en el dia de la tribulacion (Jerem. 16.). Cuarto: Visita á los pobres en el hospital, y consuela á alguna persona atribulada con razones puramente cristianas, dándola á conocer el mérito y el inestimable valor de los trabajos. Esta espiritual industria sirvé mucho para fortalecer y para tranquilizar un corazon afligido.

DIA DIEZ.

San Macario, arzobispo de Antioquía.

San Macario, cuyas preciosas reliquias se conservan en Gante con la mayor veneracion, fue de una de las casas mas ilustres de todo el Oriente, y de las mas distinguidas, así por sus empleos como por sus conexíones. Nació hácia el fin del siglo décimo. Deseó su padre Miguel, y su madre María, que Macario, arzobispo de Antioquía, deudo muy cercano del niño, fuese su padrino. No se sabe si era la Antioquía de Pisidia, ó la de la Siria. El arzobispo lo admitió con gusto, y puso su mismo nombre á su ahijado. Dexósele por aquellos primeros años á sus padres; pero despues quiso él mismo criarle en la virtud y en el estudio de las letras. Mostró el niño un excelente ingenio, admirable natural, una inclinacion como innata á todo lo bueno, y una docilidad extraordinaria, poco regular en los de sus años; con lo que hizo tan grandes progresos en sus estudios, pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion, que desde luego se persuadió el santo Arzobispo á que Dios le habia escogido para vaso de eleccion, y para ser al-

gun dia grande ornamento de su santa iglesia; lo que le movió á conferirle los sagrados órdenes, elevándole á la dignidad de sacerdote.

Cada dia confirmaba el joven Macario con su religioso proceder el gran concepto del piadosísimo Arzobispo. Su aplicacion al estudio, su amor al retiro, su modestia y sus arregladas costumbres le merecieron la admiracion y aun la veneracion de todos. Apenas se vió en el estado eclesiástico, cuando fue modelo y exemplar de toda la clerecía. Habiéndole encomendado negocios muy importantes, se portó en todos con tanta edificacion, y los desempeñó con tanto acierto, que desde luego le consideraban ya todos como digno sucesor de su exemplar Arzobispo,

Con efecto, estos mismos eran los pensamientos de aquel insigne Prelado. Cargado de años, y oprimido de achaques, viendo que se acercaba su fin, juntó al clero y al pueblo, y le habló en estos semejantes términos: "Ya veis, amados hijos y hermanos, que la muerte está »llamando á las puertas de este pobre viejo, aun mas ago»biado con el peso de la obligacion, que con el de su avan»zada edad. Llamánme ya para que dé cuenta de mi admi»nistracion; y á fin de que el cargo sea menor, os he con»vocado para daros mis últimos consejos, y para encomen»darme en vuestras oraciones. Veisme ya tocando con la ma»no el término de mi penosa y dilatada carrera: ninguno »se interesará mas que vosotros en nombrarme un sucesor »que repare mis defectos. Muchos sugetos teneis beneme»ritos y dignos; pero si mi voto vale algo, creo que el cie»lo os señala como con la mano por vuestro pastor á mi so»brino Macario. No os persuadiréis que influye la carne y »sangre en esta confiada manifestacion que os hago del con»cepto que yo formo: su notoria virtud y sus méritos so»bresalientes me libran de esta sospecha; y creeré que sin »mi recomendacion éllos mismos clamarian por todos vues»tros sufragios." Apenas acabó el santo Viejo de pronunciar estas últimas palabras, cuando toda la asamblea clamó á una voz uniforme: *Macario será vuestro sucesor: no queremos otro pastor mas que el joven Macario.*

No fue tan facil lograr su consentimiento, como lo habia sido conseguir la aclamacion de la clerecía y del pue-

blo. Cuanto mas le deseaban los ótros por arzobispo, mas indigno se juzgaba él de aquella dignidad; pero al fin, habiendo muerto el santo Viejo, se vió precisado Macario á rendirse á las disposiciones del cielo. Fue consagrado, y colocado en la silla arzobispal con universal aplauso; pero la nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde, y su conducta justificó desde luego el acierto de la eleccion.

Dexáronse ver desde mas alto y con mayor distincion su caridad, su ardiente zelo, y las demas virtudes que estaban como encubiertas en la vida particular y privada. Ya que no pudo ser original, á lo menos fue vivísima copia del retrato que hace el Apostól de un perfecto prelado. Su zelo no podia ser mas vivo, y al mismo tiempo mas prudente: su caridad no podia ser mas universal ni mas benéfica: su solicitud pastoral no podia ser mas activa, ni tampoco mas dichosa. Era tan poderoso en obras como en palabras: predicaba todos los dias á su pueblo: visitaba por sí mismo los enfermos, y casi todos los pueblos vivian á expensas de sus rentas. Eran pocos los pecadores que podian resistirse á su dulzura, y rarísimo el que no se rendia á su zelo. Daba mucho realce á la inocencia de sus costumbres el rigor de sus grandes penitencias; y no contribuía poco para aumentar el fondo de las limosnas su prodigiosa abstinencia, junta con la gran modestia de su vestido, de sus muebles, y de todo el ajuar de su palacio. Su devocion era tan tierna, que siendo casi contínua su oracion, lo era tambien el torrente de lágrimas que derramaba en élla, tanto, que se veía obligado á tener siempre de prevencion una tohalla, ó un pañuelo en el oratorio para enxugarse los ojos. Pudo haber á las manos uno de éstos cierto leproso, y apenas se le aplicó con la fe que tenia de la santidad de su dueño, cuando quedó del todo sano y limpio. A este milagro se siguieron otros muchos, los cuales hicieron tanto ruido, que comenzó á asustarse su humildad. Luego que conoció que en su ciudad arzobispal le veneraban como santo, comenzó á mirarse con tedio, y aun con horror. No fue posible acostumbrarse á los honores que todos le tributaban. La carga que le oprimia, en vez de aligerarse con la experiencia, cada dia se le ha-

cia mas pesada: nunca se juzgó mas indigno del oficio de pastor, que cuando todos le aclamaban por dignísimo. Esto le obligó á tomar la resolucion de echar de si aquel peso intolerable, para atender únicamente al cuidado de su salvacion en la dulce obscuridad de una vida privada. Tomada ya esta determinacion, encargó el cuidado de su rebaño á un eclesiástico de gran mérito, llamado Eleuterio; y habiendo repartido los pocos bienes que le quedaban entre los pobres y las iglesias, salió secretamente de la ciudad, acompañado solo de cuatro de sus discípulos, que no quisieron dexarle; y tomó el camino de Palestina para visitar los lugares de la Tierra Santa. Hizo todos estos viages como verdadero penitente, regando con sus lágrimas aquellos l•gares donde se habia obrado nuestra redencion.

Por mas diligencias que hizo para ocultar quien era, le descubrió Juan, patriarca de Jerusalen, y le recibió con los honores correspondientes á su dignidad y persona. No pudo tolerarlos, y esto mismo le obligó á acelerar su partida. Ocupaban ya los sarracenos la mayor parte de la Palestina, y el santo Arzobispo procuraba convertir á cuantos se le presentaban en el camino. Bendixo Dios las apostólicas diligencias de su zelo, dándole por fruto muchas conversiones, porque fueron no pocos los que abjuraron sus errores, y pidieron el bautismo.

Grangeó con estas conquistas una cruel persecucion. Echaron mano de él aquellos bárbaros, y despues de maltratarle con todo género de ultrages, le llevaron arrastrando á un calabozo. Para hacer mas solemne burla de la doctrina, que no por eso dexaba de predicar, le tendieron en el suelo en forma de cruz; atáronle los pies y las manos con cordeles amarrados á unos clavos; cargaron sobre su débil estómago una gran piedra encendida, y le hicieron padecer otros tormentos mezclados de mil oprobios é ignominias.

Sufriólos todos el Santo con una constancia que admiró á los mismos bárbaros; pero Dios, que no le queria mártir, se contentó con los deseos del martirio. Apareciósele un ángel, cercado de una luz resplandeciente, que alumbrando las tinieblas del calabozo, y desatándole las prisiones, le dixo que le siguiese; y poniéndole en libertad, le exhor-

tó á que prosiguiese el viage que el Señor le habia inspirado. Convirtió á muchos bárbaros esta maravilla, y los muchos milagros que á élla se siguieron, reduxeron á la fe á otros innumerables.

Despachóle sus diputados la ciudad de Antioquía, y enterado por éllos de la resolucion en que estaban sus parientes y todo el pueblo de obligarle por fuerza á volver á su silla arzobispal, se embarcó al punto para el Poniente. Atravesó todo el reyno de Epiro y la Dalmacia; penetró hasta la Baviera; pasó por las ciudades de Maguncia y de Colonia, dexando en todas partes visibles señas de su heróica santidad. Pagaba el hospedage con tantos milagros, que dos criados de cierto señor bávaro, llamado Adalberto, que le hospedó en su casa, creyeron haber hallado un medio infalible para hacerse ricos hurtándole el pañuelo, pareciéndoles que esta reliquia haría tantos prodigios como su dueño; pero castigó el Señor aquella sacrílega codicia, enviando á úno y á ótro una grave enfermedad que les conduxo al último extremo de la vida, y no sanaron de élla sino por otro milagro de nuestro Santo.

Parece que Dios se complacia en señalar cada una de sus jornadas con alguna nueva maravilla: en Colonia libró á su huésped de una epilepsia; en Malinas apagó un furioso incendio; en Tornay apaciguó una cruel sedicion; en Cambray le abrió un ángel las puertas de la iglesia de nuestra Señora; y en Maudebuge fue recibido como un profeta. En fin, el año de 1011 llegó á Gante, y luego se retiró al monasterio de Bavon, donde le recibió el abad Etemboldo y sus monges como á un hombre extraordinario. Fue tal el concepto que se mereció su virtud con ocasion de la estancia que hizo en aquel religiosísimo monasterio, que no perdonaron á diligencia alguna para obligarle á terminar en él sus peregrinaciones.

A la entrada de la primavera del año siguiente resolvió embarcarse para volverse á Levante, á pesar de las lágrimas y de las instancias amorosas del abad y de todos los monges; pero no quiso el Señor que careciesen de sus preciosas reliquias los que habian sabido aprovecharse tan bien de sus virtuosos exemplos. Acometióle en

el puerto una violenta calentura, que le obligó á retirarse otra vez á san Bavon. Cinco ó seis meses vivió despues en el monasterio, en los cuales se dispuso con nuevo fervor y con nuevas penitencias para la muerte, que él mismo habia profetizado, como tambien el lugar donde habian de enterrarle, que era una bóveda ó gruta debaxo de la capilla de la Vírgen, á la cual habia profesado toda la vida una ternísima devocion, colocando, despues de Dios, toda su confianza en esta Señora. Habiéndose extendido por todos los Países-Baxos una cruel peste, recurrieron á las oraciones de nuestro Santo, y se dignó Dios oirlãs. Pronosticó que él mismo sería tocado del contagio, y que con su muerte se aplacaria la cólera del cielo: el suceso acreditó la profecía. Murió en Gante en el monasterio de san Bavon el dia 10 de abril del año 1012, y en el mismo instante cesó la peste en la ciudad y en todo el pais.

Conocióse desde luego en cuantas ocasiones ocurrieron la eficacia de su poderosa intercesion para con Dios: y así á los cincuenta años despues de su muerte, el de 1067, fue elevado su santo cuerpo de la tierra á solicitud de Sigerio, abad de san Bavon, y á instancias de Balduino V, conde de Flandes. Hízose la ceremonia en presencia de Felipe I, rey de Francia, de los principales señores del pais, y de un innumerable concurso del pueblo, por Balduino, obispo de Tornay, asistido de otros muchos prelados, y quiso el Señor honrar esta solemne traslacion con gran número de milagros.

NOTA DEL TRADUCTOR

«Parece que hay dos equivocaciones, ú dos conocidos »errores de imprenta, así en el tiempo que dice el »padre Croisset, que se pasó desde que el Santo, obli»gado de la calentura, se volvió al monasterio de san »Bavon, hasta el dia de su muerte, como en el año »en que se señala ésta. Dice que *vivió en él cinco ó seis* »*meses*, y que murió *el año* de 1012. Esto no se puede »componer con lo que despues añade, que su cuerpo »fue elevado *cincuenta años despues de su muerte*, el »de 1067, porque desde 1012 á 1067 van cincuenta y

»cinco años. Y si la elevacion fue, como asegura nuestro Autor, *á instancias de Balduino V, conde de Flandes*, »no pudo pasar del año de 67, porque en ese mismo murió Balduino siendo regente de Francia: con que parece »se debe decir, que san Macario vivió despues en el monasterio *cinco ó seis años*, y que murió en el de 1017, »ó 18.

»A que se añade, que si fue *á la entrada de la primavera del año de* 1012, cuando quiso volverse á Levante, »segun dice el padre Croisset, ¿cómo pudo vivir despues »*cinco ó seis meses*, y morir *el dia* 10 *de abril del mismo* »*año*? Para eso era menester que la primavera comenzase »por octubre, ó por noviembre del año precedente: y »siempre saldria errada la cronología, ú del año en que »murió. Por lo que parece indispensable corregir los referidos cómputos en el modo dicho."

La misa es de confesor y pontífice, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Macarii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; ut qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Macario, y nos absuelvas de todos nuestros pecados por los méritos, y por la intercesion de aquel que mereció servirte dignamente: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 2. del apostól san Pablo á los filipenses.

Fratres: Si qua consolatio in Christo, si quod solatium charitatis, si qua societas spiritus, si qua viscera miserationis: implete gaudium meum ut idem sapiatis, eamdem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam: sed in humilitate superiores sibi invicem arbitrantes, non quæ sua sunt

Hermanos: Si hay en vosotros para conmigo alguna consolacion, si algun consuelo de caridad, si alguna comunicacion de espíritu, si algunas entrañas de misericordia: completad mi alegría, de manera que esteis concordes, teniendo la misma caridad, una sola alma, y una sola opinion; no haciendo nada por tema ni por vanagloria; sino que con humildad cada uno tenga al ótro por superior, no atendiendo

singuli considerantes, sed ea, quæ aliorum.

aquellas cosas que le interesan privadamente, sino á lo que tiene cuenta á los demás.

NOTA.

»Era Filipos una ciudad de Macedonia, donde san »Pablo habia trabajado con tanta fatiga como fruto. Ha»bia padecido mucho en élla; pero los grandes progresos »que habia hecho en élla la fe, y las crecidas limosnas »que el mismo Apóstol habia recibido de muchos parti»culares, recompensaba abundantemente el trabajo que le »habia costado aquella conquista. El asunto principal de »esta epístola es dar las gracias á sus bienhechores por »los beneficios recibidos, y la escribió desde Roma, por »Epafrodita, obispo de Filipos, el año de 62 del naci»miento de Cristo.

REFLEXIONES.

Si qua consolatio in Christo. Si hay algun consuelo en nuestro Señor Jesucristo. Inutilmente se busca el consuelo en otra parte. Cualquiera otro objeto puede divertir, puede tambien suspender los enfados, las inquietudes, los cuidados que siempre nos acompañan; pero el manantial no hay cosa criada que sea capaz de cegarle. Este nace y brota, por decirlo así, de nuestro propio corazon. Los mayores enemigos de nuestra quietud somos nosotros mismos: nuestras pasiones son nuestros tiranos: es menester domarlas, es preciso exterminarlas si queremos vivir contentos. Pero este secreto solo Jesucristo nos le puede enseñar; él solo puede darnos el aliento y el valor que necesitamos para vencer á estos enemigos domésticos. A la verdad, como son tan frecuentes, tan comunes las cruces y las mortificaciones, no es posible gozar por mucho tiempo el fruto de nuestra victoria. ¿Qué condicion, qué estado hay en esta miserable vida sin adversidades? A falta de nuestras propias pasiones, nos exercitan las de los ótros. Pocos dias serenos se logran en el mundo, y aun son muchos menos los de una perfecta calma: los mismos vientos que disipan las nieblas, suelen no pocas veces excitar las tempestades. Todo es revoluciones, desgracias, pér-

dida de bienes, enfermedades, muertes, y contratiempos. Luego que entró el pecado en el mundo inficionó todas las fuentes: todas son amargas, y solo tiene virtud para endulzarlas la cruz de Jesucristo: élla sola puede hacerlas potables, y en solas sus sagradas llagas hallarémos raudales puros para saciar nuestra sed: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* (Isai. 12.). Esta es la verdadera fuente adonde debemos acudir para el consuelo, y este es el único manantial que jamás se ciega ni se seca. Los demas son pozos rotos, ó algives abiertos, que despiden el agua, ó siempre se halla en éllos turbia y cenagosa. Solo Jesucristo es el que sana al criado del Centurion, el que cura á la suegra de san Pedro, el que sosiega el mar alborotado, el que lanza los demonios, y el que enxuga las lágrimas de una madre desconsolada y afligida. Solo en este Señor encuentran los enfermos salud, y los atribulados consuelo. Si hay desdichados en el mundo, es porque no hay en el mundo confianza en Jesucristo. Habiendo fe, habiendo confianza, bastan cinco panes para hartar á cinco mil hombres. El que sigue á este Señor, nada teme: sirviendo á tan buen amo, nada le puede faltar.

Implete gaudium meum, prosigue el Apostól, *ut idem sapiatis*, *eamdem charitatem habentes*, *unanimes*, *idipsum sentientes*. Haced completo mi gozo, de manera que sepa que no hay entre vosotros variedad de opiniones, que á todos os estrecha un mismo amor, y que hasta en los dictámenes del entendimiento todos sois de un mismo sentir. Estos eran los primeros cristianos: ¡qué poco nos parecemos nosotros á éllos! Es como especie de prodigio que convengan tres personas en un mismo parecer. El orgullo es enemigo de la union de los corazones: pensar como piensan los demas, se tiene por vulgaridad, por pobreza de talentos. Hasta en las almas quieren introducir su imperio la ambicion, ó la presuncion de distinguirse. Este es el verdadero origen de las disputas, y de las contiendas, el enemigo del reposo público, el que apaga la caridad, el que turba la paz de las familias, el que se introduce hasta en los claustros religiosos, el que ha hallado modo para meter la cabeza hasta en el mismo asilo de la humildad: siendo así que uno de los frutos de la redencion debiera ser la

union de los ánimos y de los corazones. *Este es el mandamiento que os doy: que os ameis los únos á los ótros, como yo os amo á todos* (Joan. 13.). *La señal por donde el mundo conocerá que sois discípulos mios, será si os amáreis únos á ótros* (Joan. 15.).

El evangelio es del cap. 11. *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite á me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Venid á mí todos los que estais fatigados y cargados, que yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: y encontraréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y la carga mia ligera.

MEDITACION.

De lo que endulza y suaviza todas las cruces.

PUNTO PRIMERO.

Considera que si son amargas las cruces, ninguno hay que no pueda endulzarlas: en éllas mismas se halla el secreto para quitarlas la amargura. Quítase ésta solo con llevarlas en paciencia, solo con tener humildad para verse enclavado en éllas. La cruz de Cristo ennoblece todas las demas. *Clavado estoy en la cruz*, decia el Apóstol, *pero con mi Señor Jesucristo* (ad Gal. 2.). No apartemos á Cristo de la cruz, ó no nos apartemos de la cruz de Cristo, y todas nos parecerán dulces, porque él se echó á pechos toda la amargura. Solo con mirar la cruz con ojos verdaderamente cristianos, no encontrarémos en élla cosa ingrata, si no que sea en la apariencia, y puramente á los sentidos. Allá descubre en éllas el alma no sé qué fondos de consuelo, que se las representan preciosísimas. Satisfaccion á la divina Justicia por los pecados pasados; preservativo con-

tra los futuros; remedio soberano contra el veneno de las pasiones; armas formidables á los enemigos de la salvacion; manantial de méritos para la vida eterna: todo esto se halla en el buen uso de las cruces, y este buen uso no es tan dificultoso como parece á primera vista. En tomando el partido de rendirse á Dios y de obedecerle, cueste lo que costare, cuesta poco mas que nada. Abandónate enteramente en las manos del Señor, y él endulzará tus trabajos.

No hubo santo que no hiciese en sí mismo esta experiencia. San Pedro llama felices á los que padecen por Cristo. San Pablo no solo estaba lleno de consuelo en medio de los trabajos, sino que él mismo asegura era excesiva su alegría cuando eran mas excesivas sus tribulaciones (2. *Cor*. 7.). No hay que pensar se acabaron estas experiencias con los primeros siglos de la Iglesia, porque se han continuado sin intermision en todos tiempos.

Hízolas san Francisco Xavier entre los abrasados arenales del Japon; hízolas santa Teresa entre las tenebrosas arideces de su espíritu; hízolas santa María Magdalena de Pacis en medio de las pruebas mas terribles. Ni san Macario, patriarca de Antioquía, se halló únicamente consolado cuando el ángel iluminó las tinieblas del obscuro calabozo, ó cuando rompió con tanta facilidad los lazos de las prisiones: no padeció tormento alguno que no le experimentase sazonado con una dulzura inexplicable. Cada dia están experimentando esto mismo las almas ajustadas en sus adversidades y trabajos. De aquí las nace aquella paciencia, aquella dulce tranquilidad, aquella admirable igualdad de ánimo, aquella serenidad de corazon, y aquella alegría de semblante en medio de la tormenta. Como está Cristo con éllos en el barco, nada se les da por la agitacion encrespada de las ondas. Al lado de Cristo nada se teme; y á la verdad, estando en su compañía, ¿qué hay que temer? Muchos son los que padecen sin hacer esta dulce experiencia; porque son muchos los que están enclavados en la cruz, pero no en la cruz de Cristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, que aun cuando las adversidades sean puramente castigo de Dios por nuestros pecados, no por eso son menos dulces, ni menos estimables. Un Dios que castiga en esta vida es un padre que corrige. Nunca está Dios mas irritado que cuando calla, cuando no habla palabra á vista de nuestras maldades. *Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis.* Sí por cierto: jamás nos carga el Señor su pesada mano, sin que su amoroso corazon tenga designio de hacernos misericordia. ¡Qué consuelo, qué dulzura, pensar que las cruces mas pesadas son riquísimos tesoros! ¡que las adversidades mas amargas son pruebas sensibles de la bondad de nuestro Dios; y que las mas duras aflicciones son efectos de su misericordia!

La misma mano es la que reparte las prosperidades y las adversidades de esta vida: ¿pues por qué no recibirémos únas y ótras con la misma sumision, y con igual reconocimiento? A la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como las cruces y los trabajos, cuando se han recibido con espíritu verdaderamente cristiano. ¿Consolará mucho en aquella hora la memoria triste de los empleos que se gozaron, de los gustos que se disfrutaron, de las prosperidades que nos engrieron? ¡Ah, qué manantial tan copioso de ayes, de remordimientos, y de un dolor amarguísimo! Los que asisten á un pobre moribundo, ¿soñarán entónces en traerle á la memoria las fiestas mundanas en que se divirtió, los regocijos públicos que él mismo animó con su presencia, aunque sea el mayor príncipe del mundo? ¿Qué se diria de un confesor que emplease aquellos postreros preciosísimos momentos en acordarle el número de sus victorias, la importancia de sus conquistas, la magnificencia de su corte, la suntuosidad de su mesa, la ostentacion de su palacio: en una palabra, todo aquello que contribuye á fomentar el orgullo de los grandes, todo lo que se llama alegría, gusto, prosperidades y felicidades del mundo? ¿qué hombre de razon, aunque fuese el mas libertino, aunque fuese un impío, no gritaria contra la imprudencia, por no decir contra la brutalidad de aquel bárbaro confesor? A un hombre que está para espirar, ¿de

qué se le habla entonces, y de qué se le debe hablar? ¿qué retratos, qué imágenes se le ponen á la vista? ¿con qué consuelo se le brinda? ¿adónde se le remite para que aliente su confianza? A Jesucristo, y á Jesucristo crucificado. Si el moribundo ha padecido trabajos; si su vida estuvo sembrada de adversidades; si fue perseguido de desgracias y de reveses de la fortuna; ¡qué fuente tan copiosa de consuelos no encuentra en esto mismo un hábil y zeloso confesor para animarle! Sírvase elocuentemente de éstos infortunios para despertar su confianza en Jesucristo, y para fortalecerle contra los desalientos y contra los sobresaltos, que son tan comunes en aquella postrera hora. ¿Pues por qué no nos ha de consolar en vida aquello que ha de ser nuestro único consuelo á la hora de la muerte?

En fin, aquel Dios que me aflige, es el mismo que me ama con ternura; y estando bien seguro de su amor, me envia esta enfermedad, esta desgracia, esta adversidad, este trabajo. ¿Pues he de tener yo aliento para quejarme?

¡Ah Dios mio, y qué poco he conocido hasta aquí el mérito de las cruces! ¡qué desgracia la mia en haberlas malogrado! Muchas me han oprimido, pero no he sabido aprovecharme de éllas. Haced, Señor, que en adelante sepa reparar esta gran pérdida, encontrando en los mismos trabajos motivos sólidos para abrazarme gustosamente con éllos.

JACULATORIAS.

Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt. Salm. 22.

Sí, Señor, los mismos golpes de vuestra amorosa vara de vuestro paternal cayado, son los que me han consolado mas.

Hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat. Job, 6.

Sea todo mi consuelo el que Dios me aflija, me castigue, y no me perdone en esta vida, para que me perdone en la ótra.

PROPOSITOS.

Todo cuanto hay en este mundo está sembrado de cruces: las adversidades son la herencia, y como la legítima paterna de los cristianos; pero el secreto de convertir en agua dulce el agua salobre y amarga, en su mano le tienen. Si le ignoran, es por culpa suya. El mismo fruto de la cruz es remedio maravilloso para endulzar la amargura del mismo arbol. La sangre de Cristo que la regó ó la bañó, obró esta maravilla, y comunicó esta virtud á las adversidades, con tal que se reciban con un espíritu cristiano. Comienza desde hoy á aprovecharte de un tesoro que estaba escondido en su misma posesion. Acostúmbrate á recibir como venido de la mano de Dios todo lo adverso que te suceda en la vida. Los golpes de mano tan amorosa, aunque parezcan pesados, siempre son cariños: no los consideres de otra manera. ¿Conoces que se te altera el mal humor, que se inquieta la ira, que la melancolía se revuelve á vista de esa mortificacion que te humilla, de ese lance que te escuece? Pues procura serenar el semblante, sosegar el corazon, revestirte de alegría, y decirte á tí mismo interiormente: Dios se ha servido enviarme esta mortificacion, regalarme con esta enfermedad, con este infortunio, con este contratiempo. Su Magestad, que sabe infinitamente mejor que yo lo que me conviene, juzga que me es muy necesario para mi eterna salvacion que yo viva humillado. Quiere sin duda hacerme algun gran favor; pero no quiere concedérmele sino con la condicion de que me abrace con esta cruz. ¿Pues de qué tengo que quejarme? No hables ni de tu enfermedad, ni de tu pleyto, ni de tu desgracia, ni de tu afrenta, sino siempre en este tono: haz especial estudio de no tratar, ni aun con tus mas estrechos confidentes, sino del valor y mérito de las adversidades y trabajos de esta vida; y hallarás por experiencia, que la práctica de este consejo es remedio eficacísimo para apagar las vivacidades del amor propio: y aunque no sientas en esto mucho gusto, ten por cierto que siempre sacarás de ello gran provecho.

2 Cuanto mayor son las cruces, mayores son las pe-

nas: las pequeñas pesan menos, pero son mas agudas, y suelen picar mucho mas. Dedícate á embotar sus puntas, usando bien de éllas baxo las reglas siguientes. Primera: En sucediéndote alguna mortificacioncilla, díte á ti mismo con san Francisco de Sales: *La mortificacion es buena en todo tiempo, es remedio excelente, no hay cosa mas necesaria.* Segunda: Estas cruces pequeñitas tan frecuentes son ciertas incomodidades ligeras, ciertas desazones interiores, ciertos trabajos casi imperceptibles; como los frecuentes descuidos de los criados y de los hijos, las desatenciones, los desayres, el mal humor de los sugetos con quienes tratamos; la extravagancia, la mala correspondencia, la ingratitud, la mala fe, la emulacion, y las demas pasioncillas que reynan en el comercio humano: todas estas cosas las has de mirar desde aquí adelante á luces cristianas. Este continuo exercicio de mortificacion bien practicado es un gran caudal con que se puede satisfacer á la Justicia divina, y con que se pueden ir pagando muchas deudas.

DIA ONCE.

San Leon papa, llamado el Magno.

San Leon, mas grande aun por su eminente santidad, y por todas las heróicas virtudes de que lo adornó el cielo, que por las grandes cosas que hizo en beneficio de la Iglesia, y le merecieron con justicia el epíteto de Magno, nació al mundo hácia el fin del siglo cuarto, siendo emperador el gran Teodosio. Fue romano de nacimiento, hijo de Quinciano, originario de Toscana; y así por la delicadeza de su ingenio, como por su cortesana educacion, y urbanísimo carácter, se cree que fue de familia distinguida. Crióse en el seminario del clero romano, donde era costumbre en aquel tiempo criarse la juventud que se destinaba al estado eclesiástico, formándola en la virtud, no menos que en las cien-

cias. Desde luego se señaló entre todos los demas por la solidez y por la viveza de su ingenio, igualmente que por el candor y pureza de sus costumbres: tanto, que en poco tiempo fue exemplo, y aun admiracion de todo el clero. Conócese bien por las obras de su mano, que han llegado hasta nosotros, lo mucho que adelantó en las bellas letras, pero sobre todo en el estudio de los cánones, y costumbres de la Iglesia. Como le destinaba Dios, dice un concilio, para triunfar del error, y para sujetar á la fe á tantos enemigos suyos, le previno con tiempo, adornándole con las armas de la ciencia y de la verdad.

Siendo todavía acólito, fue escogido para llevar á los obispos de África las letras apostólicas del papa Zósimo, en que condenaba á los heresiarcas Pelagio y Celestino, con cuya ocasion trató á san Agustin, y contraxo estrecha amistad con él. De vuelta de este viage fue ordenado de diácono de la Iglesia romana; y el papa san Celestino, conociendo la sublime elevacion de su genio, su elocuencia, su virtud y su gran capacidad, le hizo su secretario: empleo en que dió á conocer la rara extension de sus talentos, dilatando su fama hasta las provincias mas remotas de la Iglesia. A él, como á primer ministro de la santa Sede, acudió san Cirilo, patriarca de Alexandría, para informar al papa por su medio de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalen: pudiéndose decir que sobre los hombros del diácono Leon descansaba todo el peso de los negocios mas importantes de la Iglesia universal.

Con ocasion de la heregía del impiísimo Nestorio la tuvo nuestro Santo de mostrar su ardiente zelo por la persona adorable de Jesucristo, y por la honra de su santísima Madre. Obra suya fue la principal parte de lo mucho que trabajó el papa Celestino en este gran negocio, y suyas fueron las cartas que escribió el papa á san Cirilo y á los padres del concilio general Efesino. No contento con esto, exhortó Leon y persuadió á su especial amigo Casiano, que escribiese de la encarnacion del Verbo contra la impiedad de Nestorio.

Habiendo sucedido en la silla de san Pedro á san Celestino el papa Sixto III. el año de 432, se halló san

Leon en estado de hacer mas importantes servicios á la Iglesia, por la entera confianza que debió al nuevo pontífice, cuya inocencia vindicó valerosa y ardientemente en presencia del emperador Valentiniano III., al mismo tiempo que con su vigilancia, sagacidad, y penetracion descubria los malignos artificios de Julian, obispo de Eclama, principal apoyo y protector de los pelagianos. Sucedió por este tiempo aquella fatal division entre Aecio y Alvino, generales del exercito romano en las Galias, que amenazaba lastimosa ruina al imperio y á la Iglesia con la inundacion de bárbaros, si san Leon enviado por el papa Sixto, no la hubiera remediado. Su prudencia, su aguante y su destreza ganó de tal manera el corazon de aquellos dos generales, que terminadas amigablemente sus diferencias, volvió á unir los ánimos de entrambos, haciendo que atendiesen acordes á los intereses de la religion y del estado, y les persuadió á que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la Iglesia y del imperio.

Mientras se empleaba Leon en esta importante legacía, murió en Roma el papa Sixto; dexando expuesta la Iglesia á terribles embarazos, por el furor de los hereges, que se multiplicaban cada dia, por la crueldad de los bárbaros que iban penetrando todas las provincias del imperio, y por la relaxacion de sus mismos hijos, cuyas costumbres eran poco correspondientes á la religion que profesaban. No se hallaba ótro que fuese capaz de remediar tantos males sino nuestro Leon; y así aunque estaba ausente, fue elegido por papa con unánime consentimiento, y con aplauso universal el dia 28 de julio del año 440. En vano se resistió, gimió, lloró, suplicó, solicitó, dilató su vuelta á Roma: vióse, en fin, precisado á obedecer. Ningun emperador entró jamás en la cabeza del mundo con tantas aclamaciones. Fue consagrado el domingo 8 de septiembre, seis semanas despues de su eleccion, y en el sermon que predicó este mismo dia al pueblo romano, acreditó que hasta entonces no habia concedido el Señor á la Silla apostólica mas digno ni mas benemérito sucesor de su primer vicario san Pedro.

Instruido perfectamente del estado de la Iglesia, em-

pleó toda su aplicacion en el remedio de sus necesidades. Parecióle que debia dar principio por la reformacion del clero romano, cuyas relaxadas costumbres tenian mucha necesidad de élla, y cuyo exemplo debia servir de modelo á todo el clero de la cristiandad. No contento con excitarle á la virtud con sus exemplos, le exhortaba contínuamente con sus palabras, pasándose pocos dias sin que predicase al pueblo: y correspondiendo el fruto á su apostólico zelo, en breve tiempo se vió mudado el semblante de la ciudad de Roma. Y considerándose padre comun de todos los fieles, hacia en las demas partes el mismo fruto con sus cartas, que en Roma con sus sermones: de manera, que no habia ángulo en toda la Iglesia universal tan retirado ó tan escondido adonde no llegasen los efectos de su solicitud pastoral.

Desde los primeros años de su glorioso pontificado resucitó en todas partes la disciplina eclesiástica: dió reglas á los fieles para gobernarse, propias y oportunas para todo género de estados y de condiciones; é hizo florecer la primitiva piedad cristiana con muy brillante esplendor en todo el mundo.

Nunca tuvo la Iglesia tantos enemigos juntos que combatir, y nunca logró tan gloriosas victorias de todos éllos por la vigilancia, por la magnanimidad y por el zelo prudente, activo y divinamente iluminado del santísimo Pontífice. Los maniqueos, huyendo de la dominacion de los wandalos en África, habian venido á Italia á inficionarla con sus errores y con sus disoluciones: al tercer año de su pontificado exterminó Leon esta infame secta, desterrándola, no solamente de Italia, sino de todo el mundo cristiano.

Penetrando bien todo el pestilencial veneno del pelagianismo, se aplicó con el mayor ardor á libertar la Iglesia de Dios de esta ponzoña; y mandó venir á Roma á san Próspero de Aquitania, para que estando cerca de su persona, le ayudase mejor á combatir contra estos hereges, á quienes los prósperos sucesos habian hecho insolentes, y el número los hacia formidables. Escribió epístolas, compuso libros, celebró concilios, los hizo [illegible] mortal guerra, y en fin, tuvo el consuelo de ver [illegible] la verdad católica de aquel pernicioso error. F[illegible]

nado y privado de su silla episcopal, como herege, el obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, y murió desgraciadamente en pais remoto y extraño. Los presbíteros de Marsella ó los semipelagianos, encontraron siempre en el pontífice Leon un invencible defensor de la doctrina de la Iglesia; y aunque era tan amigo de Casiano, como lo era mucho mas de la verdad, hizo que san Próspero escribiese contra una de sus conferencias, que era la décimatercia, y el mismo Leon escribió á los presbíteros de la Provenza, no perdonando á diligencia alguna para borrar de la memoria de los mortales hasta el nombre de los pelagianos.

Renovóse en España la heregía de los priscilianistas; y apenas llegó el aviso al gran Leon, cuando refutó muy de propósito y con el mayor nervio, todos los principales puntos de aquella secta, en las varias epístolas que dirigió á los prelados españoles sobre este asunto. Ordenó á los metropolitanos que convocasen concilios provinciales para exterminar este monstruo, y logró verle aniquilado casi al mismo tiempo que aparecido.

Como el Señor le habia escogido para que hiciese triunfar la fe en todo el Universo, permitió que en su tiempo se levantasen contra la Iglesia los mayores monstruos y los mas peligrosos enemigos. Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del público horror con que se miraba la impiedad blasfema de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. Procuró sofocar este monstruo en la misma cuna san Flaviano, patriarca de Constantinopla, condenando en un concilio esta detestable heregía, juntamente con su autor; pero Eutiques no se sujetó á su decision. Valiéndose de aquellas artes y enredos, que son tan propias en todos los heresiarcas, él mismo se anticipó, y escribió á san Leon, que habiendo vuelto á levantar cabeza el nestorianismo, él habia salido denodadamente á combatir el error; pero con tan poca fortuna, que habia tenido la desgracia de ser condenado por un conciliábulo de nestorianos, de cuya sentencia apelaba á la de la santa Sede. Era, sin duda, cauteloso el artificio; pero el Pontífice no era menos sagaz y prudente para dexarse facilmente preocupar. Des-

pachó luego sus legados, y escribió á Flaviano aquella admirable epístola sobre la encarnacion del Verbo, que despues sirvió de regla á los padres del concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio; no perdonando á medio alguno para conseguir que triunfase la verdad.

Informado ya plenamente de las perniciosas opiniones de Eutiques, de la pureza de la fe de san Flaviano, y de todo cuanto habia pasado en el que se llamó despues, y se llama el dia de hoy, *el latrocinio público de Efeso*: no se pueden explicar los desvelos, los cuidados, los pasos, los medios que aplicó el solícito Pontífice para extinguir este incendio. Convocó un concilio en Roma, escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, á las emperatrices Placidia y Eudoxía para interesarlas en la causa de la religion; y muerto ya el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Pulcheria y del emperador Marciano, para que se juntase el célebre concilio general Calcedonense, en que el mismo santo Papa presidió por medio de sus legados, donde la verdad triunfó del error: Eutiques fue condenado, y se concluyó el concilio con las solemnes gracias y públicas aclamaciones que se tributaron *al muy grande y santísimo pontífice Leon*.

Mientras la fe triunfaba en el Oriente por el infatigable zelo del vigilantísimo Pontífice, gemia en el Occidente la Iglesia por la irrupcion impetuosa de los bárbaros: Atila, rey de los hunos, superada la Panonia, habia penetrado con un formidable exército hasta las provincias mas interiores del imperio, arrasando las campiñas, quemando las iglesias, y entrando á sangre y fuego en todas las poblaciones. Aquileya, Pavía, Milan habian experimentado ya el bárbaro furor del fiero Conquistador, que él mismo se apellidaba *el azote de Dios*, haciendo vanidad de este renombre; y toda la Italia era ya presa infeliz de este Tirano, que no encontrando quien hiciese resistencia al arrebatado torbellino de sus armas, pasado el Po, iba á conquistar todo el imperio romano, apoderándose de su casi desarmada capital. En tan lastimosa consternacion acudió toda Roma á su amantísimo Pastor, y llena de confianza en el gran poder que su eminente san-

tidad le daba con el Señor, le pidió, le rogó, le conjuró, con los gritos, con los llantos, con los alaridos de todo el pueblo, que él solo saliese á servir de dique al torrente impetuoso de los bárbaros.

Movido Leon de las lágrimas, de los clamores de su pueblo, y poniendo toda su confianza en aquel Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes, se encargó de tan dificultosa, como arriesgada comision. Hallábase Atila á la frente de su exército sobre las riberas del Mincio en las cercanías de Mántua. Púsose Leon en su presencia, y le habló con tanta valentía, con tanta magestad, y al mismo tiempo con tan dulcísima eloquencia, que aquel bárbaro Rey, azote de Dios y terror de todo el género humano, olvidado de su fiereza, se humilló delante del Siervo de Dios; y ajustada la paz, retrocedió por donde habia venido, volviendo á repasar el caudaloso Danubio. Reconoció todo el universo mundo esta maravilla, y Leon rindió al Dios de los exércitos toda la gloria. Pero aprovechándose de ocasion tan oportuna, apenas se restituyó á Roma, cuando hizo se rindiesen al Señor solemnes gracias con públicas procesiones: desterró todos los espectáculos profanos: reformó las costumbres en todos los estados: renovó la piedad: resucitó la devocion del pueblo con la Reyna de los santos y con las reliquias de los mártires, á cuya intercesion atribuía la libertad milagrosa de la afligida ciudad.

Apenas comenzaba á respirar el santo Papa, libre de sus congojosos sobresaltos, cuando tuvo noticia de las nuevas inquietudes que causaba en la Iglesia el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, por el empeño en que habia insistido, despues del concilio Calcedonense, de mantener los privilegios que pretendia competir á su silla patriarcal, defendiendo deber ser la primada de todo el Oriente. Opúsose valerosamente nuestro Leon a la usurpacion de esta primacía: por lo que irritado Anatolio, no perdonó á medio, diligencia y artificio para indisponer contra él el ánimo del Emperador, y previendo el prudentísimo Pontífice las malas consecuencias que podian resultar de estos mal intencionados oficios del Patriarca, nombró á Juliano, obispo de Cos, para que resi-

diese cerca de la persona del Emperador en calidad de apocrisiario ó nuncio suyo: costumbre que observó despues la Silla apostólica en las córtes de los mayores príncipes. Escribió el Papa al Emperador y á la Emperatriz, los cuales hicieron fuertes y repetidas instancias en favor de Anatolio; pero el Santo se mantuvo siempre inflexible, y el Emperador se rindió presto á la eficacia de sus razones.

Siempre infatigable, siempre atento y vigilante siempre á las necesidades de la Iglesia, escribió á los monges de Palestina sobre los artículos de fe decididos ya en los cuatro concilios ecuménicos: dispuso una regla ó ciclo pascual, dispensando á los latinos el recurrir á los griegos ni á los orientales para la celebracion de la Pascua: reformó, ó restituyó la disciplina eclesiástica en la mayor parte de las iglesias de Occidente: escribió á Doro, obispo de Benavento, á Teodoro, obispo de Frejuí, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias vecinas. Y como todas estas epístolas están llenas de instrucciones prácticas tocante á la disciplina eclesiástica y á la administracion de los sacramentos, se incluyeron en el cuerpo del derecho canónico con el nombre de *Decretales.*

Queriendo la emperatriz Eudoxía vengar la muerte del emperador Valentiniano su marido, y hacer que el tirano Máxîmo se arrepintiese de sus crueldades y violencias, el año de 455 llamó á Italia á Genserico, rey de los wándalos, el cual entró en Roma sin resistencia, y por espacio de catorce dias permitió el saqueo de la ciudad á las tropas. Á ruegos y lágrimas del santo pontífice Leon mandó el bárbaro Rey, que no se quemase la ciudad, que se perdonase á la sangre de los ciudadanos, y que fuesen privilegiadas del saqueo las iglesias principales. En medio de eso fue lamentable la desolacion. Procuró el santo Pastor que su rebaño se aprovechase de élla: hizo reconocer á los romanos, que su ingratitud para con Dios era la causa de sus calamidades y desdichas, naciendo éstas del poco aprecio que habian hecho de sus consejos, de su profanidad, del licencioso desórden de sus costumbres y de su obstinada impenitencia.

Llevó consigo Genserico un número prodigioso de cautivos; y como se habia apoderado de las riquezas de Roma, los privó al mismo tiempo de los medios que podian tener para su rescate. Consolólos el santo Pontífice con sus cartas, y procuró socorrerlos tambien con sus limosnàs, fortificándolos tan firmemente en la fe, que de cautivos, al parecer desgraciados, los convirtió en dichosísimos y zelosísimos misioneros de la religion, á la cual reduxeron tanto número de bárbaros, que san Leon se vió precisado á enviar pastores para gobernar aquel rebaño, que se habia aumentado considerablemente en el de Jesucristo.

Los esfuerzos de su vigilancia y de su zelo le daban tantos alientos, que le hacian infatigable en los trabajos. Apenas se puede comprender cómo podia bastar un hombre solo á tantas maravillas. Alimentaba contínuamente al pueblo con el pan de la divina palabra: quitaba la máscara al error, y le confundia con su doctrina: era el alma de todos los concilios: proveía todas las iglesias del mundo en sus necesidades: detenia con sola su presencia los exércitos de los bárbaros: desarmaba con su elocuencia la ferocidad de los mas fieros conquistadores: restituia con su teson la disciplina eclesiástica á su antiguo vigor: hacia florecer con su vigilancia la piedad cristiana hasta en los mas remotos ángulos de toda la cristiandad.

El fue el primer pontífice que dexó á la Iglesia un cuerpo de obras seguido. Tenemos de san Leon ciento y noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año; ciento y cuarenta y una cartas que explican con precision, con elocuencia y con maravillosa claridad la mayor parte de los misterios de la religion, las cuales principalmente dan á conocer el carácter de este gran Papa; pero con aquella magnanimidad de corazon, con aquella elevada y vastísima comprension, con aquella universalidad de talentos, quizá no habrá habido en el mundo hombre mas humilde. Basta leer los sermones que hacia todos los años en el dia aniversario de su consagracion, para juzgar si es posible unir mayor santidad, ni mayor mérito, con humildad mas profunda.

Despues del saqueo de los wándalos renovó toda la

plata en todas las iglesias de Roma; reparó las basílicas de san Pedro y de san Pablo; estableció capellanes en los sepulcros de los santos Apóstoles; enriqueció las iglesias antiguas, y erigió otras nuevas. En fin, despues de veinte y un años de pontificado, aquel Papa, verdaderamente grande, azote de los hereges, padre de los pobres, luz del mundo cristiano, admiracion de todo el Universo y ornamento de la Silla apostólica, consumido de los trabajos y de las penitencias, y colmado de merecimientos y de gloria, fué á recibir en el cielo, del Padre de las misericordias, el premio que estaba preparado á su eminentísima virtud. Murió en Roma el dia 11 de abril del año, á lo que se cree, de 461, hácia los sesenta de su edad, poco mas ó menos, dexando la Iglesia del Señor en un estado muy floreciente.

Lloráronle todas las iglesias del mundo; pero lloróle muy particularmente Roma, que no solamente le veneraba como á su pastor y como á su libertador, sino tambien como á su padre. Fue depositado y enterrado su cuerpo con solemne pompa en la basílica de san Pedro, y su culto comenzó á celebrarse desde el sexto siglo en la universal Iglesia, así latina, como griega.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Leonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Leon, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 44. y 45. de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la

qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

"Hácia el año de la creacion del mundo 3730, tres»cientos y mas años antes del nacimiento de Cristo, To»lomeo Lago, rey de Egipto, arrasó toda la Judea, y lle»vó cautivos mas de cien mil judíos, entre los cuales fue »uno Jesus, hijo de Sirac, hombre de extraordinaria capa»cidad, y de no menos exemplar virtud. Ocupábase úni»camente en el estudio y en la leccion de los libros sagra»dos; y así echó mano de él el Señor para componer el »libro que llamamos el Eclesiástico, ó el libro que predi»ca é instruye."

REFLEXIONES.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus. Este es aquel gran sacerdote, que agradó á Dios mientras vivió, y fue hallado justo. Solo se agrada á Dios sirviéndole y caminando delante de sus divinos ojos por las derechas sendas de la santidad y de la justicia. En este agradar á Dios consiste la verdadera grandeza, el mérito mas real, la mas sólida felicidad: *Hoc est enim omnis homo*, como se explica el Espíritu

santo, esto es ser hombre. Agradar á los grandes del mundo no dexa de ser honra; pero no pocas veces mas es fortuna que mérito: el genio, la simpatía, y tal vez la lisonja, pueden contribuir á inspirar la inclinacion: no siempre es la virtud el primer móvil de la benevolencia. Cuando el agrado entra por el humor, el favor depende del capricho. Por eso suele ser ya como el destino de los favorecidos, que el favor no se conserve hasta el fin. Pero como para agradar á Dios no hay otro camino que el de la virtud y el de la religion, la amistad de Dios es prueba infalible y medida segura del verdadero mérito. Agradar á Dios es poseer todo lo que hace á un hombre verdaderamente respetable: agradar á Dios es estar en su gracia, y es lograr úno cuanto ha menester para no necesitar del favor de los hombres; porque la amistad de Dios vale por todo. ¿Qué pueden contra un hombre amado y protegido de Dios todas las desgracias, todos los contratiempos, todos los reveses de la vida? ¿qué puede contra él toda la malignidad de los hombres? Todo esto sirve para aumentar su fervor, y para que crezca su mérito en la estimacion de Dios. ¡Qué objeto mas digno de nuestra ambicion, ni qué ambicion mas facil de contentarse y de satisfacerse! En vano se suda, se afana, se trabaja, se gasta la salud, se sacrifican los bienes, y tal vez hasta la misma vida en servicio de los grandes: no suele bastar todo esto para que se den por bien servidos, para merecer sus agrados. Téngase la voluntad mas sincéra, la mas fina, la mas ardiente de servirlos: no se pagan de élla, no alcanza para que nos dispensen su gracia. Pero respecto de Dios, en el mismo punto que tengo verdadero deseo de servirle, le sirvo; la misma voluntad de agradarle, es complacerle. Pero siendo tan estimable, siendo tan ventajoso, siendo tan facil aspirar y conseguir este favor del Altísimo, ¿se matan mucho los hombres por alcanzarle? ¿se les da mucho de perderle? ¡Con qué facilidad se sacrifica la amistad de Dios al deleyte, al interes, á la pasion! Viéndose la facilidad con que se peca, y la grandísima serenidad con que se vive despues de haber pecado; ¿quién no dirá que en perder la amistad de Dios nada se va á perder? ¿quién se mata mucho por volver á élla? Hágase induccion por

todos los estados del mundo, aun los que viven en los mas santos, ¿se ocupan mucho en los deseos, en las ansias, en las solicitudes de agradar á Dios? En separando á un lado aquel corto número de almas fervorosas y sedientas de la justicia, aquellas personas de una virtud, de una santidad eminente, que son en la realidad tan pocas y tan raras; ¿cuánta prodigiosa multitud resta de cristianos tibios, helados, que miran esto de servir á Dios con la mayor indiferencia? ¡Cuánta portentosa multitud de libertinos, de hombres sin religion en medio del seno mismo de la santa Iglesia! Esos ricos comerciantes, esos hombres de córte, esas gentes de negocios, esas mugeres del mundo, esas personas tan poco cristianas, á quienes la ambicion, el interes, el amor á los deleytes, y todas las demas pasiones van dominando como por turno y succesivamente, menos cuando todas juntas las dominan, ¿se ocupan mucho en el deseo, en el ansia de agradar á Dios, dándoseles tan poco, ó tan nada por desagradarle?

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii verò Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y éllos dixeron: Unos que es Juan el Bautista, ótros que Elías, ótros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díxoles Jesus: ¿Y vosotros quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dixo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dixo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no preva-

inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

lecerán contra élla. Y te daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

Del rendimiento á la Iglesia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que así como fuera de la Iglesia no hay salvacion, así tampoco hay verdadera fe sin el rendimiento á élla. Siendo la Iglesia la única depositaria de las verdades de la religion y del espíritu de Jesucristo, el que no la escucha debe ser tenido por publicano, y en cierta manera como idólatra. Sus preceptos son leyes, sus reglas son decretos, sus decisiones son oráculos. Resistirse á obedecerla, es amotinarse contra Dios. No se da paso fuera de su aprisco, que no sea un riesgo y un precipicio. Aquel leon rugiente, que anda al rededor de él, buscando á quien despedazar con las garras, y á quien devorar con los dientes, en viendo una oveja fuera del redil, al punto la despedaza.

Esta Iglesia tan divina en su orígen, tan sobrenatural en sus dogmas, tan santa en sus máximas, tan respetable en todas sus leyes, no es otra que la Iglesia católica, apostólica, romana, fundada por Jesucristo, extendida en todo el Universo por los apóstoles, cimentada, por decirlo así, con la sangre de mas de diez y ocho millones de mártires, ilustrada con las brillantes virtudes de tantos santos, á la cual privativa y únicamente dexó Cristo su espíritu: la cual sola no teme al infierno, y en sola la cual se hallan, y se pueden hallar los verdaderos fieles. ¡Qué dicha! ¡qué beneficio haber nacido en su seno! ¡haber sido criado con su leche! ¡poder caminar seguramente á favor de su indefectible luz! ¡pero qué desdicha! ¡no

dar oidos á sus voces! ¡no ser dóciles á su voluntad! Y dexando sus caminos abrirse nuevas sendas, y caminar por éllas á ciegas y sin guia.

Volvamos los ojos á esa confusa multitud de sectas, en las cuales no hay mas que un fantasmon de Iglesia; una máscara de religion; una ley orgullosa, extravagante, quimérica y de capricho: obra de la indocilidad del espíritu humano, y digno fruto de la falta de rendimiento y de sujecion á la Iglesia. Ninguno se hizo jamás sordo á sus voces, que al punto no se hiciese tambien ciego. No se hace mudo; pero parece que solo sabe hablar para hacer notorio á todos cuanto se ha descaminado. ¡Oh, qué digno de compasion es el hombre abandonado á su propia razon y á su orgullo! ¿Puede el infeliz ser entregado en manos de mas peligroso enemigo? ¿puede fiarse á peor, á mas deslumbrada guia? Admirámonos de que haya sistemas tan monstruosos y tan extravagantes en punto de religion; pero aun mas debiéramos admirarnos si el entendimiento humano, destituido de las luces de la fe, errase menos, y desbarrase en menores extravagancias. Una vez abandonado á sí mismo, ¿cómo pudiera dar paso que no fuese un precipicio? Obscurecidas sus luces con tantas tinieblas como levantan las pasiones, ¿cómo pueden guiarle bien por el camino derecho? Solo el rendimiento, la sujecion á la Iglesia puede ponernos á cubierto de tantos y tan conocidos peligros. Sin este ciego rendimiento todo es error, todo descamino, todo desórden. ¿Y he tenido yo hasta ahora este ciego rendimiento á sus decisiones, esta ciega obediencia á sus mandatos? ¡Buen Dios, cuánto tendré quizá de que arrepentirme en este punto!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que estando fundado el motivo de nuestro rendimiento á la Iglesia en el Espíritu santo que la anima, y en su infalibilidad, debe ser universal y humilde este rendimiento. El resistirse á obedecerla siempre es orgullo. Conformarse con unas decisiones, y oponerse á otras, es erigir un tribunal superior al suyo: es hacerse juez de las sentencias y de los decretos del mismo Dios. La autoridad de la Iglesia no es arbitraria: no está funda-

da ni en el consentimiento de los pueblos ni en la política: no tuvo parte en su institucion la prudencia de los hombres: Dios es el que habla: Dios es el que todo lo arregla, y todo lo dispone por el órgano de su divino Espíritu. ¡Con qué rendimiento se debe obedecer á todo lo que manda Dios! Sacrificarle no mas que una especie de rendimiento parcial, es despreciar formalmente su divina autoridad. El amor propio, de concierto con el entendimiento humano; son los que entresacan de la multitud de las leyes de la Iglesia, aquellas que son mas de su gusto, y que mas les acomodan. Nuestra eleccion es propiamente la que entonces las da toda la autoridad que queremos concederlas; porque si consideráramos que todas las leyes de la Iglesia provienen de un mismo espíritu; que cada una de ellas es extension de nuestra fe; que todas estriban en un mismo fundamento; que todas nacen de un mismo principio, que es la sabiduría, la infalibilidad y la autoridad del mismo Dios; ¿tendríamos atrevimiento para sujetarnos á ellas con restriccion y con limitaciones?

Y si es necesario sujetarse universalmente y con respeto á las decisiones dogmáticas y doctrinales de la Iglesia; ¿será por ventura menos necesario rendirse á las canónicas y morales que hablan con las costumbres? Si aquéllas deben hacer esclavo, como se explica el Apóstol, al entendimiento humano en obsequio de la obediencia á Jesucristo, ¿tendrán éstas menos fuerza para hacer que el corazon se sujete á lo que manda el evangelio? Todo aquel que soberbia y altaneramente se levanta contra la sabiduría de Dios, es réprobo. ¿Serálo por ventura menos el que se amotina contra su santidad y contra su divina prudencia? Grande es el número de los hereges de entendimiento; ¿serálo menor el de los hereges de voluntad y de costumbres? ¿son menos enemigos únos y ótros de la cruz de Jesucristo y de su Iglesia?

¿Qué remordimiento ha sido hasta ahora el mio á las decisiones de esta comun madre de los fieles? ¿he sujetado mi entendimiento á todas sus decisiones, y he rendido mi corazon á todas sus máximas? Muchas reflexiones puedo hacer aquí sobre mi indocilidad y sobre mi presuncion, y acaso encontraré muchos motivos para el dolor y para el arrepentimiento. Dignáos, Señor, de aumentar

conciencia que se observe en élla, nunca será excesiva. El veneno mas sutil no es el menos temible, y á la menor sospecha de contagio todos se previenen con preservativos.

DIA DOCE.

San Sabas, mártir.

Fue san Sabas godo de nacimiento, de aquella parte de la Gotia mas vecina á la Scitia, donde se hallaban muchos cristianos convertidos á la religion católica desde el tiempo del grande Constantino y de sus hijos, antes que aquellas naciones padeciesen la desgracia de precipitarse en el arrianismo.

Educado Sabas desde la cuna en el seno de la religion cristiana, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando constantemente sus costumbres por la pauta y por el espíritu de la ley santa de Dios. Su natural dulce, afable y naturalmente benéfico, le hizo dueño de todos los corazones. Declarándose desde luego muy enemigo de aquellos vicios que son tan comunes en su edad, y eran como nacionales en los de su pais, á nada tomaba gusto sino á los exercicios de la religion. La pureza fue siempre la virtud de su cariño, y la devocion á la Reyna de los ángeles su singular devocion. Habia hecho una especie de pacto con sus ojos de no ponerlos en ninguna muger. La modestia, el huir las ocasiones, la mortificacion y la oracion fueron las piadosas industrias de que se valió para conservar su inocencia; y aunque criado en medio de un pueblo bárbaro, grosero y duro, le cultivó y aun le pulió tanto su misma piedad, que era la admiracion de aquellas gentes, proponiéndole todos por exemplar y por modelo.

Ya se sabe que todas las virtudes cristianas tienen èntre sí una especie de conexion, una union y parentesco; y así la afabilidad, la humildad, la paciencia eran en parte como el distintivo de nuestro Santo. La epísto-

la que la Iglesia goda escribió sobre su martirio á todas las iglesias católicas, y señaladamente á la de Capadocia, dice que san Sabas descollaba visiblemente entre los godos por su eminente virtud, por su zelo de la religion, y por su ardiente caridad. Poco versado en las letras, pero muy instruido en la ciencia de los santos, confundia los idólatras con sus arregladas costumbres, y los convencia con la elocuencia muda, pero eficaz, de sus exemplos. Muy oficioso con todos, muy asistente á los oficios divinos, muy zeloso de la honra de la religion, y de los progresos de la Iglesia, sin traspasar los límites de su condicion ni de su estado, hacia frutos de apóstol, sin las funciones de predicador.

Tan rico de bienes de fortuna por su opulento patrimonio, como pobre de espíritu por el desprecio con que los trataba, no habia para él otro tesoro que la santa cruz, y allí tenia su corazon donde tenia su tesoro. Se habia puesto entredicho perpétuo á toda especie de diversion, y era su vida un exercicio contínuo de mortificacion y penitencia: oraba sin cesar, ayunaba todos los dias, inspirándole su viva fe y su ardiente caridad un género de valor superior á todos los peligros. Antes de dar la vida por la fe, se habian ofrecido diferentes lances en que se mostró esforzado y generoso defensor de la religion. Este es á la letra el retrato de nuestro Santo, que hace la Iglesia goda en aquella epístola tan llena de edificacion que escribió acerca de su glorioso martirio.

El año de 370 comenzó la persecucion que con tanta violencia y crueldad excitó contra la Iglesia Atanarico, rey de los godos. Hallábase este Príncipe en guerra con otro soberano de su nacion, llamado Fritigernes, quien no pudiendo resistir al poder de sus armas, recurrió á la proteccion del emperador Valente, y para obligarle mas, se hizo cristiano, aunque de la misma secta que profesaba el Emperador, esto es, el arrianismo. Vencido Atanarico por el exército imperial, y furiosamente irritado por la rota que acababa de padecer, descargó toda su cólera contra aquellos vasallos suyos, que él trataba de romanos, entendiendo por este nombre á los cristianos, resuelto á exterminarlos del todo, ó á reducirlos á las supersticiones de la idolatría.

Fue cruél la persecucion, porque aquel bárbaro Rey quitó la vida á innumerables; á únos, como se explica Sozomeno, despues de exâminados por los jueces, y haber hecho por su boca una confesion generosa de la fe; á ótros sin darles lugar ni aun para abrirla; pues colocado un ídolo sobre un carro, y conducido de órden del Tirano por todos los parages donde se sospechaba que habia cristianos, todos los que inmediatamente no doblaban la rodilla á vista de la estátua, sin mas exámen, ni otra formalidad, eran pasados á cuchillo, ó reducidos á ceniza éllos y sus habitaciones. Refugióse á cierta iglesia gran número de hombres y mugeres, llevando consigo á sus pequeñuelos hijos: llegaron los paganos, pegaron fuego al templo, y todos quedaron consumidos en las llamas.

Pero el mas ilustre de todos aquellos mártires fue san Sabas. Corridos, y aun horrorizados los mismos magistrados gentiles de tan cruel carnicería, se contentaron con mandar que en adelante todos los godos comiesen viandas que fuesen primero consagradas á los ídolos, persuadidos á que el disimulo ó la connivencia de los jueces inferiores salvaria á muchos la vida. Algunos paganos del lugar donde vivia san Sabas, al mismo tiempo que ofrecian víctimas á los ídolos, quisieron asegurar con juramento que en aquel lugar no habia cristiano alguno; haciéndolo por una especie de amor ó de compasion á los fieles, que por este medio pretendian encubrir á la pesquisa de los comisarios. No pudo sufrir nuestro Sabas aquel oficioso perjurio; y lleno de aquel espíritu religioso, enemigo de toda simulacion, abrasado de aquella caridad ardiente que suspira por el martirio, él mismo fue á presentarse á la asamblea, gritando en alta voz que se guardasen bien de jurar por él, porque públicamente declaraba y protestaba á todos que era cristiano. Viéndole tan determinado y tan resuelto los gentiles, se contentaron con jurar ante el comisario, que en aquel pueblo no habia otro cristiano que Sabas. Fue citado á su tribunal, y compareció en él con tanta resolucion y con tanta alegría, que quedó aturdido el mismo oficial gentil. Preguntóle qué bienes tenia, y habiéndole informado no tenia ótros que el vestido que traia á cuestas, no se dignó ni aun de pasar adelante en el interrogatorio, y se con-

tentó con desterrarle del lugar como un infeliz mendígo.

El año siguiente se encendió la persecucion aun con mayor violencia que ántes, y como el cura de la aldea donde se habia retirado Sabas, llamado Sansálo, por miedo de élla se hubiese escondido, determinó nuestro Santo pasar á celebrar la Pascua á otra aldea, donde habia un cura, por nombre Gutico. Apenas se puso en camino, cuando le salió al encuentro un varon de grande magestad, y de estatura mas corpulenta que lo regular, el cual le aconsejó que se volviese á su aldea, asegurándole que encontraria en élla á Sansálo. Haciendo Sabas poco caso del consejo de aquel hombre no conocido, prosiguió su camino; pero aunque el ayre estaba á la sazon muy sereno, cayó de repente tan gran golpe de nieve, que no le fue posible pasar adelante. Conoció entonces que era del cielo aquel aviso, y retrocediendo al punto para obedecerle, se restituyó á su aldea, donde encontró ya al buen cura Sansálo, en cuya compañía celebró la Pascua con especial ternura y devocion. La noche del martes, estando ya los dos en sus camas para tomar un poco de sueño, fueron arrestados por una patrulla de soldados idólatras, á cuya frente venia por oficial Atarido, hijo de Rotesto, uno de los señores principales del pais.

Permitieron á Sansálo que se vistiese; y habiéndolo hecho, le pusieron sobre un carro; pero á Sabas, sacándole de la cama casi del todo desnudo, le llevaron arrastrando por piedras, por espinas y por zarzas; y no contentos con esto, le fueron golpeando cruelmente con varas y con palos por todo el camino. Pero su paciencia fue mayor que la crueldad de aquellos impíos verdugos, dignándose el Señor glorificarla por un milagro; porque á la mañana se halló enteramente sano de sus heridas, sin señal de la mas leve contusion; tanto que él mismo zumbaba á los soldados, preguntándoles dónde estaban las señales de lo que le habian atormentado. Irritólos imponderablemente esta animosa serenidad, y amarrándole los brazos á un exe de un carro, y los pies á otro, le tendieron boca abaxo en la tierra, y le dexaron muchas horas en este horrible tormento. Despertaron despues á la huéspeda de la casa para que les dispusiese que almorzar mien-

tras éllos se iban á dormir, dando con esto lugar á la compasiva muger para que desatase á nuestro Santo, el cual estuvo tan lejos de aprovecharse de aquella libertad para escaparse, que antes bien con gran paz y sosiego se puso á ayudarla á disponerlos el almuerzo.

Luego que amaneció quedaron aturdidos aquellos bárbaros de la intrepidez y de la resolucion del animoso Sabas; pero mas encarnizado con élla el cruel Atarido, mandó que le atasen las manos, y que pues gustaba tanto de estar en aquella casa, le colgasen de una viga del portal. Traxeron despues á su compañero Sansálo, y presentándole algunas viandas consagradas á los ídolos, le ordenaron de parte de Atarido que las comiese. *Bien podeis*, les respondió Sansálo, *ponerme en una cruz; y quitarme la vida al rigor de los mas crueles tormentos; pero perdeis tiempo en solicitar que cometa tan sacrílego delito. Mirad*, replicaron los soldados, *que lo manda el señor Atarido. ¿Y quién es ese señor Atarido*, les dixo Sabas desde la viga donde estaba colgado, *que tiene atrevimiento para mandar que se haga lo que Dios prohibe? ¿no es Dios el soberano dueño á quien todos debemos obedecer? Andad, y decid á vuestro señor Atarido, que Dios manda expresamente que no se coman manjares impuros, mas propio para dar la muerte que para sustentar la vida, de los cuales solo pueden sustentarse los idólatras, tan sucios y tan profanos como éllos.*

Al oir estas palabras un criado de Atarido, encendido en furiosa cólera, le pasó por medio del vientre un chuzo puntiagudo que tenia en la mano, con tanta violencia, que rompiéndose los cordeles, cayó el Santo tendido en tierra. Pero cuando aquel bárbaro le consideraba ya muerto, vió, no sin grande admiracion, que poniéndose prontamente en pie, mirándole y sonriéndose, le dixo: *Sin duda que ya me creias en el otro mundo; pues vesme aquí bueno y sano por la gracia de mi Señor Jesucristo, y sábete que apenas he sentido el golpe.*

Informado Atarido de lo que pasaba, no es ponderable el rabioso furor que se apoderó de su corazon, y mandó que al instante quitasen la vida á nuestro Santo. Cogiéronle al punto los soldados, y le llevaron á la orilla del rio Musova para ahogarle, despues de haber puesto en

libertad á Sansálo. Sabas, que estaba persuadido á que la mayor dicha que se podia lograr en este mundo era dar la vida por amor de Jesucristo, consideraba aquella libertad de su compañero como la mas funesta desgracia; y vuelto á los soldados, les dixo: *¿Qué delitos ha cometido ese santo sacerdote para que le priveis del consuelo y de la gloria de morir conmigo por tan justa causa?* *Eso no te importa á ti*, le respondieron los verdugos, *y descuida de lo que no te toca.* Enternecido Sabas, y penetrado del mas vivo sentimiento, bendixo mil veces al Señor por la gracia que le hacia de dar la vida por él.

Cuando llegaron á la orilla del rio se movieron á compasion los soldados, y se dixeron únos á ótros: *¿A qué fin hemos de quitar la vida á este inocente? démosle libertad, que se escape, y que se esconda, pues será fácil que Atarido jamás entienda palabra.* Oyó el Santo lo que trataban, y agradeciéndolos la buena voluntad, los dixo: *Executad lo que se os ha mandado; porque de otra manera me hareis un mal servicio. Ya estoy viendo los que vienen á conducirme á la gloria; y si vosotros viérais lo que yo, no pensaríais en privarme de una corona que ha de ser mi eterna felicidad.* Con esto le precipitaron en el rio, y dió fin á su glorioso martirio el jueves de Pascua 12 de abril de 372. Arrojáronle con un grueso madero al cuello para que se ahogase mas presto, y con eso fue mas fácil sacar á tierra el santo cuerpo. Dexáronle los verdugos en la orilla, donde le respetaron las aves y las fieras, cuidando despues los fieles de recogerle y de enterrarle. Julio Sorano, general de las armas romanas en aquella frontera, hombre muy piadoso, pudo fácilmente conseguir de los godos este preciosísimo tesoro, que envió prontamente á su pais Capadocia, á cuya iglesia llegaron casi al mismo tiempo que las santas reliquias, las actas de su martirio escritas por la Iglesia goda.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Sabbæ martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Cristum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que nos mortifiques en el amor de tu santo nombre, por intercesion de tu bienaventurado mártir Sabas, cuyo nacimiento á la gloria reverenciamos hoy solemnemente: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del apóstol san Pablo á los tesalonicenses, cap. 1.

Fratres: Dilecti à Deo, scientes electionem vestram: quia evangelium nostrùm non fuit ad vos in sermone tantùm, sed et in virtute, et in Spiritu sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis, et Domini, excipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio Spiritus sancti: ita et ut facti sitis forma omnibus credentibus in Macedonia, et in Achaïa. A vobis enim diffamatus est sermo Domini, non solùm in Macedonia, et in Achaïa, sed et in omni loco fides vestra quæ est ad Deum, profecta est.

Hermanos: Amados de Dios, sabeis vuestra eleccion, porque nuestro evangelio no se dirigió á vosotros en la palabra solamente, sino en la virtud tambien y en el Espíritu santo, y en gran llenura, como sabeis de qué manera hemos estado entre vosotros por vuestro bien. Y vosotros os hicísteis imitadores nuestros recibiendo la palabra entre mucha tribulacion con gozo del Espíritu santo: de manera que os habeis hecho exemplo para todos los creyentes en Macedonia y Acaya. Porque de vosotros se divulgó la palabra de Dios, no solamente por la Macedonia y por la Acaya, sino que vuestra fe que teneis en Dios se propagó por todo lugar.

NOTA.

»Habiendo predicado san Pablo con increible fruto la »fe de Jesucristo en Tesalónica, metrópoli de Macedo»nia, irritados los judíos que habia en aquella ciudad, »determinaron perderle. El Santo, para dexar pasar la »tempestad, resolvió retirarse con Silas; y hallándose en »Corinto, tuvo noticia por Timoteo de la fidelidad con »que los tesalonicenses perseveraban en la fe; con cuya

»ocasion los escribió esta admirable carta, que es la pri-
»mera en el tiempo de las que escribió el Apóstol, ha-
»biéndose escrito el año 52 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Fratres dilecti à Deo. Hermanos mios amados de Dios. ¿Puede haber título mas glorioso, dictado mas noble, de mayor honra, de mayor utilidad, ni que lisonjee mejor una generosa ambicion, una ambicion bien nacida? *Amado de Dios* significa una especie de predileccion sobresaliente, un amor que comunica mérito, y una ternura de parte de Dios, que pone el colmo á la felicidad. Ser amados de los grandes es ser favorecidos, pero no siempre es ser dichosos y felices. La emulacion, las inquietudes y la desgracia suelen estar muy cerca del favor; pero la amistad de Dios produce todos los efectos contrarios; de élla nace la caridad, la paz, el fervor, la perseverancia, que es el manantial de todo género de bienes.

Hermanos mios amados de Dios. Así llamaba san Pablo á los tesalonicenses por su vocacion á la fe en medio de una nacion idólatra. Sabemos, añade el Apóstol, que fuísteis singularmente escogidos con preferencia á tantos otros que quedaron sepultados en las espesas tinieblas del gentilismo: *Scientes electionem vestram.* ¿Y no tenemos nosotros, por la misericordia del Señor, igual derecho al mismo título? ¿no se nos podrá llamar *amados de Dios*, sabiéndose la predileccion con que fuimos escogidos? ¡Qué gracia! ¡qué favor tan insigne haber nacido en el seno de la Iglesia de padres cristianos, católicos y virtuosos! Bien se nos podrá llamar con el apóstol san Pedro: *Familia escogida, sacerdocio real, nacion santa, pueblo adquirido por conquista, para dar á conocer las perfecciones de aquel Señor que nos sacó de las tinieblas á la admirable claridad de su luz.* ¿Pero se podrá igualmente decir de nosotros lo que san Pablo decia de los de Tesalónica: Sois modelo, sois exemplar de todos los fieles: *Ita ut facti sitis forma omnibus credentibus*? Vuestra fe no es estéril, no es imperfecta: es viva, es animada, es activa, es fecunda de buenas obras. Vuestra caridad no es tibia, no es cobarde, no se rinde á la menor tentacion, no

bastardea á la mas ligera prueba: es intrépida, es laboriosa, ocupada siempre en el cuidado de agradar á Dios, siempre empleada en el provecho del próximo, y en la salvacion de las almas. Mi Dios, es cierto que tenemos las mismas obligaciones que aquellos primeros fieles; ¿pero las desempeñamos con el mismo ardor, con la misma fidelidad? ¿y podrémos esperar con fundamento merecer algun dia la misma recompensa? ¿se forma una grande idea de nuestra fe y de nuestra caridad á vista de nuestra conducta? ¿honran nuestras costumbres la religion que profesamos? Habiendo sido tan amados de Dios, ¿correspondemos á este gran Dios con un corazon muy tierno y amoroso?

Pero si entre todos los cristianos hay algunos singularmente amados de Dios, ¿quién dudará que de las personas religiosas se puede y se debe decir que son aquel rebaño escogido á quien plugo al Padre celestial comunicar su reyno; aquella porcion mas favorecida y mas noble de la herencia de Jesucristo? ¡Qué agradecimiento no debemos á tan insigne beneficio! ¡cuál debe ser la fidelidad y la perfeccion de estas escogidas almas! ¡qué espíritu en todos los actos de religion! ¡qué fervor en sus exercicios espirituales! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué circunspeccion! ¡qué gravedad! ¡qué edificacion en su porte! El pueblo judío, el pueblo querido de Dios, aquel en cuyo favor obró el Señor tantas maravillas; por su ingratitud y por su infidelidad es hoy el objeto mas conocido de la cólera terrible del mismo Dios.

El evangelio es del cap. 14. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui habet mandata mea, et servat ea, ille es qui diligit me. Qui autem diligit me, diligetur à Patre meo: et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. Dicit ei Judas, non ille Iscariotes: Domine, quid factum est, quia manifestaturus es nobis teipsum, et non mundo? Respondit Jesus, et dixit ei: Si quis

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: El que retiene mis mandamientos y los observa, aquel es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre: y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo. Le dixo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿qué quiere decir que te manifestarás á ti mismo á nosotros, y no al mundo? Respondió Jesus, y le dixo: Cualquie-

diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus: qui non diligit me, sermones meos non servat.

ra que me ame, observará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendrémos á él, y harémos en él mansion: el que no me ama, no guarda mis palabras.

MEDITACION.

De los defectos que se hallan en el amor que se piensa tener á Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor parte de los cristianos solo se aman á sí mismos aun cuando piensan que aman á Dios. No hay en el mundo quien sepa disfrazarse tan ingeniosamente como el amor propio: válese de todo género de nombres, y de todo género de máscaras: unas veces es fervor, es caridad, es justicia; ótras es devocion, es zelo; y muchísimas sale al teatro con el respetable título de amor de Dios. Nunca está mas tranquilo el amor propio, que cuando se disfraza de esta manera, cuando está abrigado y cubierto con la capa de la virtud.

Pero pregunto, ¿será muy dificultoso descubrirle y reconocerle? Es inimitable, no se puede remediar el carácter del verdadero amor de Dios. Es puro, es desinteresado, es generoso, es constante, es enemigo de las pasiones, es dulce, es apacible, es paciente, es mortificado, es humilde. El orgulloso, el soberbio, el colérico; el inmortificado, el impaciente; el que solo tiene unos relámpagos, unas vislumbres de fervor, unos caprichos de devocion; el que solo busca su interes, su satisfaccion, su propia gloria; por mas que lo afecte, ó por mas que vanamente se lo persuada á sí mismo, está muy distante del verdadero amor de Dios.

Encuéntranse muchas personas que hacen profesion de amar á Dios, y nunca estan de mas mal humor, de peor condicion que cuando le sirven. Dominantes, altivos, enfadosos, inquietos, mal sufridos y aun cólericos cuando mas se lisonjean de amar á Dios. Los dias solemnes, los

dias de comunion no suelen ser los mas serenos. Parece que los exercicios mas santos los irritan mas la cólera. ¿Semejantes personas amarán á Dios verdaderamente?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á toda prueba. Las adversidades le excitan, el fuego de la persecucion le aviva mas, la mortificacion le nutre y le alienta. Es error imaginar que el amor de Dios ignora las atenciones de la urbanidad, los deberes de la sociedad humana y las obligaciones de la decencia. No hay cosa mas honesta, mas caritativa, mas atenta, mas cortesana ni aun mas garbosa que el verdadero amor de Dios. Los enfados nacen de un corazon inquieto y agitado; el amor de Dios tranquiliza el corazon, y derrama en él un óleo, un celestial ungüento que le ablanda, le suaviza, le hace docil, flexible y manejable. Aquella resignacion perfecta en la voluntad del Señor, aquella alegría espiritual, fruto necesario del amor divino, aquella paz interior que produce la inocencia son las que causan la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimidad, el aliento, aquel hermoso conjunto de virtudes que brillan en los que aman á Dios verdaderamente. Estas son las señales del verdadero amor de Dios; ¿conoces el tuyo por estas señales? ¿amas á Dios con pureza de intencion, con perseverancia, con fidelidad? ¡Mi Dios, cuántas ilusiones, cuántos engaños se padecen en la devocion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en punto de devocion y de amor de Dios se equivoca muchas veces lo especulativo con lo práctico, y se reputan por movimientos del corazon las que son puramente especulaciones del entendimiento. Conócese cuán digno es Dios de ser amado; asómbrase, atúrdese uno de lo poco que se le ama, y deslumbrado con estos justos y piadosos dictámenes, que no salen de la esfera de la razon, imagina que le ama verdaderamente. Muchos son los que viven engañados, y algun dia quedarán sorprendidos cuando vean y cuando palpen que su amor de Dios no era mas que en idea; porque los dominios del corazon son independientes de los del entendimiento.

Conócese muy bien que Dios merece ser amado; confiésase que es un prodigio de ingratitud el no amarle; ¿pero se le amará precisamente porque se discurra y se hable de esta manera? Presto le desmentiría á uno su mismo corazon. *La caridad*, dice san Pablo, *es paciente*, *está llena de bondad*; *no es envidiosa*, *nada sabe hacer mal*; *no es orgullosa*, *no se hincha*, *no busca su propio interes*; *no es arrebatada ni colérica*; *no juzga mal de persona alguna*, *no se alegra del daño ageno*, *ni de las pesadumbres de otros*; *antes celebra todos los gustos*, *todas las prosperidades de sus hermanos*; *es docil*, *es humilde*, *es apacible y constante.* Mira si tu devocion y si tu amor de Dios se parecen á este retrato.

Pero dices que amas á Dios de todo tu corazon: este es el primer mandamiento, y la basa de todos los demas. Amas á Dios; pero nada sabes padecer por él; amas á Dios; pero tratas con desabrimiento al próximo, y no aciertas á reconciliarte con tu hermano. Amas á Dios; pero en mil ocasiones, y con el mas leve motivo atropellas sus mandamientos; prefieres tus inclinaciones á su voluntad; sacrificas los intereses de Dios; tu conciencia y tu religion á tus propios intereses, á tus pasiones, á tu gloria. Amas á Dios. Y dime: ¿te atreverás á defender esta proposicion en su divino tribunal? ¿es amar á Dios amar las honras, los placeres, y no amarse mas que á sí mismo? De esa manera muchos podrian decir que aman á Dios: ¿y no serás tú de este número? Consultemos mas á nuestras operaciones que á nuestros dictámenes, ni á nuestros conocimientos. Para eso era menester poder decir á Cristo con san Pedro: Señor, bien sabeis vos que os amo; vos no os podeis engañar, y conoceis que mi corazon está abrasado de un vivo y encendido amor vuestro. Era menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el próximo, nuestro fervor, nuestra perseverancia pudiesen asegurarnos que amábamos á Dios: qualquiera otro testimonio en esta materia es sospechoso. Ni el mismo Dios entiende otro lenguage.

¡Ah, Señor, y por cuánto tiempo he vivido miserablemente engañado, creyendo que os amaba! Tantos, tan multiplicados y tan groseros defectos pudieron abrirme

los ojos para conocer mi ilusion, si hubiera sido menos voluntaria. Pero pues os dignais hacerme la gracia de que conozca lo poco que os he amado hasta aquí, hacedme la de que os ame con todo mi corazon desde este mismo punto.

JACULATORIAS.

Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? Rom. 8.

No me separará jamás del amor de mi Señor Jesucristo la angustia ni la tribulacion.

Certus sum quia neque mors, neque vita, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro. Rom. 8.

Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni otra alguna criatura me podrá apartar del amor de Dios, fundado en Cristo nuestro Señor.

PROPOSITOS.

El amor de Dios nunca es ocioso ni cobarde: hasta en la misma quietud halla exercicio. Este sagrado fuego que el Salvador vino á encender en el mundo es tan activo, que en dexando de obrar dexa de ser; lo mismo es pararse, que extinguirse. Precisamente ha de calentar, alumbrar y quemar. Un corazon frio, un espíritu ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones, no sienten, ó sienten poco el calor de esta divina llama. Magdalena postrada á los pies del Salvador calla; pero al mismo tiempo los riega con sus lágrimas, los enxuga con sus cabellos, los besa y derrama sobre éllos un preciosísimo bálsamo. Es menester que las obras publiquen que se ama á Dios: cualquiera otra voz no se dexa entender, ó se percibe mal. El amor divino allana todas las dificultades, y si no las allana, las supera. Aquellos que niegan á Dios los pequeños sacrificios que los está pidiendo, ¿cómo pueden decir que le aman? Ten hoy el consuelo de persuadirte á ti mismo, de probarte, de convencerte que amas á Dios. Bien sabes lo que te está pidiendo tanto tiempo ha: tu confesor, tu corazon y tu propia conciencia te lo dicen claramente. No tienes que fatigarte mucho en bus-

car materia para hacerle un sacrificio: ese resentimientillo, esa diversion, esa pasion por el juego, esa visita poco necesaria, esa delicadeza, ese refinado gusto en vestirte, en componerte, en presentarte ayrosamente en la calle. ¡O qué materia tan preciosa; y acaso tan necesaria! Postrado desde este mismo instante á los pies de tu crucifixo, dí á tu Dios, que puramente por su amor quieres ir luego á visitar á aquella persona que te ha ofendido; que quieres privarte de tal visita, de tal concurrencia, de tal juego; que quieres sacrificarle tal gala, tal dige, dexándole esta pequeña prueba de que le amas. Mañana no faltará otra que le des.

2 Ni las personas que hacen profesion de devotas deben juzgarse excusadas de semejantes sacrificios. A la verdad, las víctimas que pueden sacrificar no son de tanto valor; mas no por eso son de menor mérito, ni suele costar menos el sacrificarlas. No tienen que ofrecer concurrencias profanas, pasion al juego, enemistades mal disimuladas, galas, adornos excesivos; pero cierto apego á algunas alhajuelas inútiles, aunque curiosas, cierta frialdad, cierto despego con que tratan á tal y tal persona con quien no congenian; efecto ordinario de no sé qué secreta emulacion ó enviduela, cierta inmortificacion, cierta rusticidad y falta de crianza, cierta grosería natural; aquella desigualdad de humor, aquella falta de agrado, aquella sobra de delicadeza, víctimas son que se pueden y deben degollar. Determina desde luego á cuál de éllas has de aplicar el cuchillo, dando hoy á tu Dios esta prueba de tu amor y de tu zelo. Un espejillo, un adorno de la celda, un mueble, una alhajuela demasiadamente curiosa darán bien que llorar á la hora de la muerte á muchas almas religiosas que á poca costa pudieran hacer un gran mérito para con Dios, privándose de éllas en vida.

DIA TRECE.

San Hermenegildo, mártir.

Muerto Liuba, rey de los visi-godos, el año 571, su hermano Leovigildo, á quien habia asociado á la corona, viéndose ya único dueño de casi toda España, y de aquella parte de la provincia Narbonense, que estaba sujeta al dominio de su nacion, resolvió hacer hereditaria en su familia la corona que hasta aquel tiempo habia sido electiva. Mandó, pues, reconocer por sucesores suyos á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, y él mismo los puso en posesion de una parte de sus estados; á Hermenegildo consignó la Andalucía, y á Recaredo señaló el reyno de Aragon con todas las provincias Celtíberas.

Era Hermenegildo el príncipe mas cabal que se conocia en su tiempo; de talle magestuoso, de ayre noble y desembarazado, de entendimiento vivo y penetrante; dotado de una prudencia, de un valor y de unas modales tan atentas y cortesanas, que en medio de una nacion bárbara le hacian dueño de todos los corazones. Tuvo la desgracia de ser arriano, como toda la casa real, aunque era sobrino de san Leandro y de san Isidoro, arzobispo de Sevilla, hermanos de la reyna Teodosia, madre de nuestro Santo. Muerta esta princesa, el rey Leovigildo casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de Atanagildo su predecesor; Princesa tan contrahecha de entendimiento como de cuerpo, de genio maligno, acedo, violento, furiosamente colérico, y sobre todo muy encaprichada en el arrianismo.

Viendo Leovigildo debilitado el partido de los católicos con la rota de los griegos, á quienes habia echado á fuerza de armas de todas las plazas que ocupaban lo largo de la costa, dedicó toda la atencion á buscar para el príncipe Hermenegildo una esposa que asegurase con su alianza la paz que acababa de dar á sus pueblos, y

afianzase la felicidad del reyno con el esplendor de sus prendas personales.

Fixó su eleccion en Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilde, y nieta por su madre de Atanagildo, y de Gosvinda, su segunda muger; princesa no menos distinguida por su extraordinaria hermosura y por su rara virtud, que por su alto nacimiento. Era católica; y esta sola circunstancia hubiera sido bastante á romper desde luego aquel tratado, si Ingunda por su parte no se prometiera, con el auxílio de la gracia, reducir á la fe á su esposo Hermenegildo, y su suegra y abuela Gosvinda no esperara conquistar con artificio ó con violencia á su nuera Ingunda, obligándola á abrazar el partido del arrianismo.

Desposóse Hermenegildo con Ingunda el año de 579, y apenas arribó á España cuando hechizó á toda la corte. Sola Gosvinda se consumia de envidia y de dolor á vista de las nobles prendas de su nuera, y la que comenzó emulacion, acabó ódio y furor desenfrenado. Con todo eso la pareció conveniente disimular por algun tiempo, y hacer todo lo posible para pervertir la religion de su nieta. Con esta idea la hacia á los principios mil caricias, intentando arrancar la fe católica de su corazon, y trastornar su constancia; pero viendo que no la salia bien este medio, recurrió á las injurias y á las mayores violencias. No habia especie de mal tratamiento que no le hiciese, hasta bañarla alguna vez en sangre con los golpes que la daba, y en cierta ocasion la arrojó de un empellon en un estanque, donde la faltó poco para ahogarse.

Sufria Ingunda esta persecucion con una paciencia, con una dulzura y con un silencio digno de la religion que profesaba; pero como el pálido color de su semblante, y los cardenales de los golpes no podian ocultarse á Hermenegildo, y llegase á entender por éllos la crueldad de Gosvinda, tomó la resolucion de retirarse con la Princesa su esposa á Sevilla, capital de sus estados. Aprovechóse Ingunda de esta ocasion para convertir á su marido, trabajó tan dichosamente en esta grande obra, auxíliada de su tio san Leandro, que al fin tuvo el consuelo de verla efectuada. Instruyó el santo Prelado

á Hermenegildo en las verdades católicas que ya tenia el Príncipe en el corazon; y habiendo esperado á la oportunidad de cierta ausencia del Rey para la ceremonia de la abjuracion y del bautismo; recibió con el sagrado crisma de la confirmacion aquel valor y aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, deseando ya con vivas ansias alguna ocasion en que dar al mundo públicas y ruidosas pruebas de la firmeza de su fe.

No tardó mucho tiempo en ofrecérsele; porque habiendo llegado á noticia de Leovigildo su mudanza de religion, y que hacia pública profesion de la católica, entró en tan furiosa cólera, no dando oidos mas que á su pasion y á los violentos consejos de Gosvinda, la cual no cesaba de irritar mas y mas el fuego de la indignacion, que desde luego le despojó del título de rey que le habia concedido, resuelto á despojarle igualmente de todos los bienes, y de la vida misma, si no renunciaba la religion que habia abrazado.

Pero antes de llegar á estos extremos, le pareció conveniente tentar los medios de la suavidad, y le despachó un señor de su corte con la carta siguiente:

Hijo mio, mas quisiera hablarte que escribirte; porque si te tuviera á la vista, ¿qué podrias negar á lo que te pidiese como padre, y te mandase como rey? Traeríate á la memoria las muchas y grandes señales que te he dado del tierno amor que te profeso, de las que sin duda te has olvidado desde que ascendiste al trono, donde te coloqué yo mucho antes que pudieses tú pensar en ocuparle. Esperaba tener en ti un compañero que me ayudase á conservar el florido imperio de los godos en el estado en que se ve hoy por mis victorias; pero nunca soñé pudiese llegar el caso de encontrar en la persona de un hijo mio un enemigo mas peligroso que todos los que he vencido. No te contentas con que yo haya partido contigo mi corona; quieres reynar solo; y á este fin, abandonando la religion de tus abuelos, has abrazado la de los romanos, que son los mayores enemigos del estado. No ignoras que la nacion de los godos comenzó á florecer desde que comenzó á ser arriana. Tambien sabes que ninguna cosa enagena tanto los ánimos y los corazones como la diversidad de reli-

gion, y consiguientemente que nada pudiste hacer mas ofensivo para el mio, como declararte católico. Acuérdate, pues, hijo mio, que soy tu padre, y que soy tu rey: como padre te aconsejo, y como rey te mando que vuelvas prontamente sobre ti, y restituyéndote, sin perder tiempo, á tu primera religion, merezcas con tu pronto rendimiento mi clemencia. No haciéndolo así, te declaro que me obligarás á tomar las armas; y en tal caso jamás tienes que esperar misericordia.

Habiendo recibido Hermenegildo esta carta del Rey su padre, respondió á élla con el mayor respeto: *Que sabia bien lo que debia á su padre y á su rey; pero que tampoco ignoraba lo que debia á su Dios: que esperaba desempeñar estas dos obligaciones de manera, que sin faltar al rendimiento y á la obediencia que debia al úno en lo que no se opusiese á lo que mandaba el ótro, conservaria hasta la muerte la religion que habia abrazado, persuadido á que fuera de élla no podia haber salvacion: que le suplicaba no le considerase delincuente por haber renunciado la supersticion arriana luego que el Señor le abrió los ojos para conocer la verdad; que se tendria por dichoso si sellase su religion con su sangre, sin que le restase ya mas que desear que la conversion de toda su nacion y de toda su familia.*

La cristiana magnanimidad de Hermenegildo irritó el ánimo suspicaz y caviloso del arriano padre. Sirvióle de pretexto la conversion de su hijo para excitar una cruel persecucion contra la Iglesia. Hizo Hermenegildo que su esposa Ingunda, y el infante su hijo, niño de pocos meses, se retirasen al África, para no quedar expuestos á los artificios de los arrianos, y él se mantuvo en Sevilla, creyendo ser esto bastante para su seguridad. Pero Leovigildo, despues de haber corrompido á fuerza de dinero y de estratagemas la mayor parte aún de los mismos católicos que se habian declarado por el santo Rey, resolvió ir á sitiarle en Sevilla. Pudo defenderse Hermenegildo; pero temiendo exponer la ciudad, y respetando, por decirlo así, la sangre de sus vasallos, se retiró al campo de los romanos, no sabiendo la traicion que habian cometido, dexándose corromper con el dinero de su padre, contra la fe de los tratados. Conociólo apenas entró en

su campo, y corrió á refugiarse en Córdoba; pero no teniéndose allí por seguro, tomó consigo trescientos hombres escogidos, y se encerró en la ciudad de Oseto, plaza entonces muy fuerte, cuya iglesia singularmente era muy célebre en España, y respetable aun á los mismos godos por los grandes milagros que obraba Dios en élla. Sitiaron y tomaron la plaza las tropas de Leovigildo, que perseguia furiosamente á su hijo, resuelto á quitarle la religion ó la vida.

Apurado el santo Rey, viéndose sin otro recurso, se refugió á la iglesia. No quiso Leovigildo sacarle de élla por fuerza, y permitió que su segundo hijo Recaredo, príncipe joven, que amaba tiernamente á su hermano, y era muy parecido á él en muchas de las bellas prendas que le adornaban, pasase á hablarle de su parte, asegurándole el perdon, con tal que se rindiese y sujetase á su padre. Procedia Recaredo de buena fe, y así representó á Hermenegildo que ya no se hablaba de religion, sino únicamente de pedir perdon al Rey, que se daria por satisfecho con esta solamente demostracion de rendimiento. Creyóle el santo Mancebo: vino luego con él á arrojarse á los pies de su padre: recibióle éste con grandes demostraciones de cariño: abrazóle, hablóle con palabras blandas y amorosas, hasta que insensiblemente le fué conduciendo á su campo, donde de repente mandó que le despojasen de las insignias reales, y cargado de cadenas le llevasen prisionero al castillo ó alcazar de Sevilla. En la prision volvió segunda vez á las promesas y á las amenazas para obligarle á abrazar el arrianismo; pero hallándole siempre invencible, mandó le encerrasen en un obscuro y hediondo calabozo, destinado para los reos de delitos mas atroces, y que le tratasen con todo el rigor imaginable.

Entró el Príncipe en aquel triste calabozo con mayor alegría que habia ascendido al trono. Desde aquel punto se consideró como soldado de Cristo, y se dispuso con oracion, con ayunos, y con otras penitencias para entrar en el combate, que estaba ya previendo le esperaba prontamente, en que habia de defender la divinidad de aquel Señor, á cuyos ojos habia ya comenzado á pelear dichosamente. Vistióse un áspero silicio, no usó de mas cama

que de la desnuda tierra, y añadió otras mortificaciones voluntarias á los trabajos de su rigurosa prision.

Llegó la fiesta de la Pascua, y pareciéndole á Leovigildo que el rigor de los malos tratamientos habria cansado la constancia de Hermenegildo, le envió un obispo arriano para que de su mano le diesen la comunion. Horrorizóse el santo Príncipe al oir la proposicion del insolente herege; y revistiéndose de héroe de la religion y de soberano, le afeó en tono imperioso y severo su impiedad, le riñó su atrevimiento; y declarándole resueltamente que queria vivir y morir en la religion católica, le arrojó de su presencia, mandándole que no se volviese á poner en élla. Informado Leovigildo de la invencible firmeza de Hermenegildo, entró en una furiosa cólera, y en el mismo punto mandó á algunos soldados de su guardia que fuesen á quitarle la vida.

Ya esperaba Hermenegildo que su animosa confesion de la fe le valdria la corona del martirio, y se disponia para el sacrificio, ofreciéndose víctima de su Dios en las aras de sus ardientes deseos. Estaba de rodillas derramando su corazon en fervorosísimas ansias, cuando entraron los bárbaros en el calabozo, y descargando sobre su real cabeza un furioso golpe de hacha, se la hendieron por el medio, quedando el santo cuerpo tendido en el suelo bañado en su misma sangre.

Al punto manifestó Dios la gloria del santo Mártir, así con músicas celestiales, que se oyeron por toda aquella noche al rededor del santo cuerpo, como por las celestiales luces que iluminaron toda la prision.

San Gregorio el Grande, que dexó escrito el triunfo de su martirio, atribuye á sus méritos y á su poderosa intercesion con Dios la conversion del rey Recaredo su hermano, y de toda la nacion de los godos de España á la religion católica, que se siguió poco despues de su glorioso triunfo. Por lo que toca á Leovigildo, añade el santo Pontífice, sintió vivísimamente haberse dexado llevar tanto de su furor; pero este arrepentimiento natural no llegó á convertir aquel obstinado corazon. Conoció la verdad; pero pudo mas con él la razon de estado, y el miedo de que no le despojasen del trono si mudaba de religion, y así murió en el arrianismo. Sucedió el marti-

rio de san Hermenegildo la noche del sábado Santo 13 de abril de 586. Su santo cuerpo está en Sevilla, menos la santa cabeza, que fue llevada á Zaragoza cuando los moros se apoderaron del Andalucía. En el Escorial, y en el colegio de la compañía de Sevilla, que tiene la advocacion del mismo san Hermenegildo, se conserva tambien parte de sus preciosas reliquias, como en las ciudades de Ávila en Castilla la Vieja, y Plasencia en la Extremadura.

La misa del dia es en honra del Santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Hermenegildum martyrem tuum cœlesti regno terrenum postponere docuisti: da nobis, quæsumus, ejus exemplo caduca despicere, atque æterna sectari: Per Dominum nostrum...

O Dios, que enseñaste á tu bienaventurado mártir Hermenegildo á que pospusiese el reyno de la tierra al celestial; concédenos, que á su imitacion despreciemos las cosas caducas, y aspiremos siempre á las eternas: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reyno de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Ésta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y baxó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de menti-

mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

rosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

»Algunos hereges tratan de apócrifo el libro de la »Sabiduría, porque en él se condenan claramente sus erro»res, en cuyo número entran los semi-pelagianos, como »lo asegura san Agustin. Pero siempre ha sido recibido »por toda la Iglesia como obra de Salomon, inspirada por »el Espíritu santo, declarándolo así el tercer concilio »Cartaginense, el papa Gelasio, y el santo concilio de »Trento, y citándole como tal san Agustin con los mas »antiguos y mas célebres padres de la Iglesia.

REFLEXIONES.

Por mas que la malicia de los hombres perversos intente poner estorbos á la vida del justo, siempre le guia Dios por los caminos mas derechos y mas seguros: *Justum deduxit Dominus per vias rectas.* No son capaces de detenerle los corazones mas malignos; ni el tiempo mas borrascoso sirve mas que para que camine con mayor celeridad. Si Dios es su guia, ¿qué tiene que temer? El Apóstol decia, que para los que aman á Dios, todas las cosas se convierten en bien: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*: todo entra en provecho á los que el mismo Señor escogió para santos. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion. Concédela Dios á los que tienen corazon sano y espíritu docil. Todos los cristianos estudian en esta escuela; ¿pero qué cortos progresos se hacen en élla? No es falta del maestro, que esparce los rayos de su doctrina sobre los buenos y malos, y desata el riego de su celestial sabiduría sobre justos y pecadores: es por el poco caso que se hace de élla, y por el poco gusto con que muchos la oyen. Tiene el mundo sus discípulos: gustan de su doctrina, porque están llenos del espíritu del mundo, y porque se hacen maes-

tros en poco tiempo. ¡Pero en qué ciencia, mi Dios! en aquella que se reduce á saber condenarse sin miedo; á saber perderse con desvergüenza y con alegría.

Honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. Hace Dios al bueno mas honrado con las persecuciones, y mas rico con los trabajos, porque le asiste para que se aproveche de éllos. Vale mucho su sudor: enxuga Dios sus lágrimas, cuenta sus pasos, tiene cuidado hasta del menor de su cabellos; mientras los pecadores se cansan en el camino de la maldad y de la perdicion: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis* (Sap. 5.). andando siempre por sendas ásperas y dificultosas: *Ambulavimus vias difficiles.* Digan lo que dixeren, no se van al infierno con mucho descanso. ¿Cuánto da que padecer la tiranía de las pasiones? El que se pierde, se pierde siempre á mucha costa: *vias difficiles.* Las inquietudes, las zozobras, la amargura inundan el camino por donde corren los libertinos y los impíos: *Viam autem Domini ignoravimus*: ignoran el camino del Señor ignorando la ciencia de los santos. ¡Qué perjudicial es para éllos esta fatal ignorancia! ¡qué caro les cuesta! Posee en buen hora toda la sabiduría del mundo; sabe á la perfeccion todas las menudencias de la cortesanía, de la urbanidad, de la atencion y de la buena crianza; no ignores ápice ni primor de lo que los mundanos llaman gracias, buen gusto, brillantez, esplendor, alegría, esparcimiento, y diversion; sea, por decirlo así, como el alma de todos los festines del mundo: *Quid nobis prófuit?* Ciencia del mundo, error, ilusion, locura; ¿de qué le servirá á un pecador envejecido, á una persona jóven haber brillado, haber sobresalido, y haberse despues condenado? *Ergo erravimus à via veritatis, et justitiæ lumen non luxit nobis.* Luego erramos miserablemente el camino de la verdad: luego no rayó sobre nosotros la luz de la justicia: luego caminamos á obscuras y en tinieblas, ciegos, extravagantes, insensatos. Y esto nosotros, que tanto nos preciábamos de discretos y de entendidos: nosotros, que teníamos lástima, que mirábamos con compasion á los que iban por camino enteramente contrario. ¡O qué confesion tan desesperada! *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* Así discurrirán, así hablarán en el infierno

aquellas mugeres profanas que ignoraron su religion, ó que afectaron ignorarla; aquellos libertinos que hacen ostentacion de su impiedad y de su disolucion. ¡Mas ó qué dolorosos son los ayes, cuando son inútiles, y cuando son eternos!

El evangelio es del cap. 14. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non priùs sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversùs alium regem, non sedens priùs cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿que rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embaxadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del exemplo de Cristo, y de los santos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en materia de costumbres, ninguna razon persuade mejor que el buen exemplo. Estorbos, flaqueza, edad, condicion, preocupaciones, todo se rinde á su invencible fuerza. ¿De dónde nace esa desenfrenada licencia de costumbres; esa corrupcion tan generalmente extendida por todos los estados, esos vicios que inundan la tierra? Efecto es del mal exemplo. ¿Pues por qué el buen exemplo ha de tener menos virtud, menos eficacia sobre los entendimientos y sobre los corazones? No hay que excusarse con la delicadeza del temperamento, con la violencia de las tentaciones, con la multitud de los peligros: en vano se alegan cien razones frívolas para pretextar cada cual su cobardía: el exemplo las deshace todas.

Los buenos exemplos son respecto de ti, ó gran motivo para cumplir con tus obligaciones, ó mayor causa de tu condenacion, si no cumples con éllas. El solo exemplo de un Dios hombre debiera bastar para que vencieses todas las dificultades. ¿Eres pobre? Cristo lo fue. Cosa dura es ser perseguido, calumniado, tratado con el último desprecio: ¿atreverás á cotejar tus trabajos con los suyos? Clamas, levantas el grito contra la injusticia y contra la calumnia: ¿te tratan por ventura peor que á Jesucristo? ¡Oh, qué remedio tan soberano para muchos males es la vida del Redentor! ¡oh, y qué de quejas puede y debe ahogar aquel silencio en el arbol de la cruz!

Pero él era Dios, y nosotros somos criaturas flacas y miserables. ¿Parécete que has dicho algo? Pues esta reflexíon debe dar mayor eficacia á su exemplo. Si un Dios padece por mis pecados, ¿podré negarme yo á hacer penitencia por éllos? Si un Dios vivió en el mundo una vida obscura y abatida, ¿será razon que yo pretenda lograrla honrada, lustrosa, llena de estimacion, y

brillante? Si un Dios perdonó á los que le quitaban la vida en un afrentoso madero, ¿no perdonaré yo á los que me hacen una injuria? Si un Dios creyó que le convenia padecer para entrar en su propia gloria, ¿querré yo vivir delicado, regalado, divertido, para gozar despues de la misma gloria, y entrar en la alegría del Señor? Siéntese bien á pesar de la engañosa resistencia del amor propio la invencible fuerza de tan soberano exemplo. ¡O gran Dios, y qué de cosas dice la vista de un Dios crucificado, especialmente á un hombre que le mira á la hora de la muerte! ¡qué vivas, aunque mundanas reprensiones! ¡cuántos quedarán confundidos á vista de este divino objeto! ¡qué razon podrá oponer, qué pretexto podrá alegar el amor propio cuando se halle reconvenido con el exemplo de un Dios crucificado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es solo el exemplo de un Dios crucificado y abatido el que se te propone para arreglar tus costumbres; porque este modelo quizá podria parecer muy elevado á los cristianos cobardes. A la vista se presenta un monton de otros exemplos, que ni puedes recusar, ni te hacen menos inexcusable.

Pon los ojos de la consideracion en ese prodigioso número de cristianos fervorosos y perfectos de todas clases, de todas edades, de todos estados, de todas condiciones, de todos tiempos, que desempeñaron con tanta puntualidad sus obligaciones, y cumplieron con tanto zelo la voluntad del Señor. Ninguno hay que no sea una reprension animada de tu tibieza en el servicio de Dios: ninguno hay que no desvanezca tus excusas y tus frívolos pretextos: ninguno hay que no confunda tu amor propio con todos los derechos que puede alegar. ¿Eres jóven, de genio alegre, de natural pronto, de complexíon delicada? Santa Ines no tenia mas que trece años; san Eleázaro era de un genio mas esparcido que el tuyo: acaso no habrá habido natural mas ardiente, ni mas vivo que el de san Agustin: no parece posible complexíon mas delicada que la de una santa Teresa y un san Luis Gonzaga. Los Fernandos, los Luises, los Enriques, las Cunegundas, los

Eduardos conservaron su inocencia en medio de las delicias y de los peligros de la corte. En el estado del matrimonio llegaron á la cumbre de la perfeccion las Mónicas, las Brígidas y las Franciscas: en la humilde condicion de pastoras, de criadas, de labradores, y de pobres oficiales merecieron ser objeto de nuestra admiracion y de nuestro culto las Genovefas, las Blandinas, los Isidros y los Homobonos. Ni la ciencia sirvió de estorbo á la santidad de tantos doctores, ni el esplendor de la cuna fue embarazo á la eminente virtud de tantos príncipes canonizados.

No confundió la heróica magnanimidad del animoso Hermenegildo el mal exemplo de tantos malos cristianos. Nacido en el mismo trono, mecido en una cuna real, educado entre las delicias de una corte, heredero presuntivo de la corona, y en la flor de su edad, todo lo sacrifica por amor de Jesucristo; placeres, riquezas, honras, quietud, el mismo reyno, y hasta su misma vida. Cuando se atraviesa la religion y la salvacion todo debe sacrificarse. ¡Buen Dios! ¿qué responderán á esto tantas almas cobardes, que sacrifican su conciencia, su religion, su salvacion eterna á un vil interes, á una pasion loca y torpe, á una honra imaginaria? ¿qué excusa alegarán cuando se las proponga el exemplo de un san Hermenegildo, y de otros tantos santos que con mayores estorbos, y quizá con menos auxílios, se hicieron tan grandes santos, correspondiendo la gracia con fidelidad? ¿y qué responderé yo mismo á las secretas reconvenciones, que me está haciendo mi propia conciencia á vista de estos exemplos?

Nada tengo que responder, Señor; pero sí mucho que confundirme, y porque implorar vuestra clemencia, para que mi confusion y mi arrepentimiento no sean estériles y sin fruto. Yo adoro el mismo Dios que adoraron los santos; tengo la dicha de profesar la misma religion que profesaron éllos. La misma doctrina, y el mismo evangelio que sirvió de regla á sus costumbres, debe servir de regla á las mias: espero el mismo premio que éllos esperaron. Haced, Señor, que con el auxílio de vuestra gracia tenga tambien el mismo aliento, la misma perseverancia y la misma felicidad.

JACULATORIAS.

Attendite ad petram undè excissi estis. Isai. 51. Haced, Señor, que yo me ajuste bien á aquella piedra angular de donde fui cortado.

Bonum æmulamini in bono semper. Galat. 4. ¡Oh si aviváseis siempre en mí la emulacion de los santos!

PROPOSITOS.

Es el exemplo una leccion muda, pero convincente, que á un mismo tiempo demuestra la verdad del precepto, la posibilidad de su execucion, la debilidad de los estorbos, y el mérito de la accion. No hay cosa mas eloquente que el buen exemplo, porque los hombres creen mas á sus ojos, que á sus oidos. Ni es facil disminuir la impresion que hace su fuerza. El exemplo autoriza el vicio, ó introduce la virtud. Una buena vida es instruccion eficaz para todo género de gentes. Presto se convertiria, ó reformaria el mundo, si los que ocupan puestos elevados diesen buen exemplo. Toma desde luego la resolucion de imitar los exemplos de los buenos, y de dar tú tambien buenos exemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte exemplar, y las virtudes mas visibles de aquellos sugetos ajustados y exemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspeccion de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devocion con que se le ve en la iglesia, aquella moderacion, aquella prudencia en varios lances y ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita jóven, y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiástico, el otro religioso dan grande exemplo en el pueblo. Pues díte á ti mismo lo que se decia á sí propio san Agustin: *Et tu non poteris quod isti et istæ*? ¿Pues qué no podré yo con la divina gracia lo que éstos y éstas pueden? ¿acaso intereso yo menos en mi salvacion que éllos en la suya? ¿profeso otra religion? ¿espero otro premio? Viste un acto de virtud en aquel mancebo; fuiste

testigo, por casualidad, de la caridad con que la otra señora principal asistia á los pobres en las cárceles y en los hospitales: pues en llegando á casa, cuenta lo que viste delante de tus hijos y en presencia de la familia. Ya que suele haber tanta exâctitud, y á veces tanto hipo por desembuchar cuanto antes los defectos del próximo que se han visto, ó se han oido; no seas menos zeloso, ni menos puntual en referir los exemplos de virtud que han llegado á tus ojos ó á tu noticia. No es facil dar lecciones que sean mejor recibidas, ni mas eficaces. ¡Buen Dios, cuántas murmuraciones, ó á lo menos, cuántas conversaciones menos cristianas y menos caritativas se excusarian con la relacion de estos sucesos edificativos!

2 Pero no basta que te pongas por exemplar las virtudes de los buenos; es menester que tú mismo te esfuerces á servir de exemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados, y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de ti modestia, compostura, devocion, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro y aprecio de la religion. Mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos, y exemplares. Pocos hay, segun el pensamiento de san Pablo, que no puedan y no deban ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevacion tienen mayor auditorio, y pueden predicar á mas. Es santa y admirable costumbre decirse cada cual á sí mismo al entrar ó salir de casa; cuando concurre con ótros, ó cuando está entre su familia: Ea, que voy á predicar: mis palabras, mis acciones, mis modales, todo cuanto en mí se observare y se notare, ha de servir de sermon.

DIA CATORCE.

San Tiburcio, Valeriano y Máxîmo, mártires.

Era Valeriano un jóven caballero romano, que cautivado de la extraordinaria hermosura, y raro mérito de Cecilia, se declaró pretendiente de su mano, poniendo en práctica cuantos medios le sugirieron su amor y su pasion para merecerla por esposa.

Asustaron á Cecilia las diligencias de Valeriano; porque siendo ocultamente cristiana, sin que lo hubiesen llegado á entender aun sus mismos padres, habia consagrado á Dios su virginidad desde el dia en que recibió el bautismo. Mientras tanto se concluyó el tratado, y se señaló el dia de la boda. En estos apurados términos recurrió Cecilia á la oracion, al ayuno, al cilicio, y á otras muchas penitencias, mereciendo que el Señor se rindiese á sus lágrimas, y oyese benignamente sus deseos. Efectuóse el matrimonio, y se celebró la boda con ostentacion y con regocijo; pero animada Cecilia de una viva confianza en la bondad del Señor, y en el poder de su omnipotente brazo, hallándose sola con Valeriano, le habló de ésta manera: *Yo tenia un secreto muy importante que comunicarte, con tal que me jures que á ninguno se lo has de revelar. Yo te lo juro*, respondió Valeriano. *Pues sábete*, continuó la Santa, *que tengo en mi compañía un ángel del Señor, guarda fiel de mi virginidad*; *y lo mucho que te amo me obliga á prevenirte, que si no me correspondieres con un amor puro y casto, serás funesto despojo de su ira*; *pues te costará infaliblemente la vida cualquiera licencia ó libertad menos honesta que quisieres usar conmigo.*

A los principios enmudeció sorprendido Valeriano; pero volviendo en sí, y comenzando á hacer su efecto la gracia, la dixo: *Si quieres que te crea, hazme ver á ese ángel que te guarda, porque mientras no debiere á mis*

ojos el desengaño, me persuadiré á que tienes puestos los tuyos en otro hombre con agravio de mi fineza y de mi honor. Harélo, respondió la Santa; *pero antes es menester que te laves en cierto sagrado baño, sin cuya diligencia no es posible ver al ángel que me defiende.* Creciendo mas y mas en Valeriano la ansia de ver al ángel, le preguntó dónde estaba aquel misterioso baño, y qué diligencia debia practicar para ser admitido en él. *Vé*, dixo Cecilia, *hasta tres millas de aquí por la via Apia, encontrarás ciertos pobres á quienes yo tengo costumbre de dar limosna: llévalos ésta de mi parte, y pídelos que te conduzcan adonde está el santo viejo Urbano, el cual sabe el secreto del divino baño, te instruirá, y te pondrá en estado de que veas á mi ángel.*

Partió al punto Valeriano: vióse con el santo papa Urbano, y quedó presto instruido en todo el misterio. Supo que Cecilia era cristiana, y que el sagrado baño, que le haria capaz de ver á los santos ángeles, era el bautismo de los cristianos. Pidióle con instancias; y deteniéndole el santo Pontífice siete dias para instruirle en los misterios de la fe, le administró el santo bautismo, y le despachó á su casa.

Apenas entró en élla cuando se encaminó al cuarto de Cecilia, abrió la puerta, y vió que estaba en oracion de rodillas con un ángel á su lado, cuyo semblante era mas resplandeciente que el sol, y tenia en su mano dos guirnaldas texidas de rosas y azucenas de exquisita hermosura, que exhalaban una celestial fragrancia. Dió el ángel á cada uno de los dos su guirnalda, diciéndoles al presentarlas, era regalo del Esposo de las vírgenes, como prenda de la corona eterna que les disponia en el cielo: y dirigiendo despues las palabras al neófito Valeriano, le dixo: *Pues has resuelto ser virgen como tu casta esposa, me ordena Dios te diga de su parte, que le pidas lo que quisieres, porque está pronto á cedértelo.* Al oir estas palabras se postró en tierra Valeriano, y exclamó diciendo: ¡*Ah, Señor! la gracia que os pido es la conversion de mi hermano Tiburcio; porque siempre nos hemos amado tiernamente los dos; y así haced que logre la misma dicha que yo. No podias pedir cosa mas agradable al Señor*, respondió el ángel, *que la conversion de*

tu hermano, y su Magestad te la ha concedido. Diciendo esto desapareció.

No bien habian acabado su oracion los dos esposos Valeriano y Cecilia, colmados de un gozo celestial, y rindiendo al Señor mil bendiciones de gracias, cuando entró Tiburcio en el cuarto, y sintiendo la fragrancia, preguntó, de dónde podia nacer aquel suavísimo olor de rosas y azucenas, no siendo tiempo de éllas: *A mí me debes ese gusto*, respondió Valeriano sonriéndose: *ahora no percibes mas que el olor; pero en tu mano está tener tambien una guirnalda de azucenas y de rosas, como yo la tengo.* Y echándole los brazos al cuello transportado de alegría, añadió: *Sábete que soy cristiano, y espero que presto lo serás tú tambien.* Contóle despues todo lo que le habia pasado, y pidió Cecilia que le explicase brevemente los misterios de nuestra religion. Como la gracia obraba poderosamente en el alma de Tiburcio, abrió los ojos á la verdad, y exclamó diciendo: *¿Pues qué es menester que yo haga? Es menester*, respondió la Santa, *que sin la menor dilacion busques al santo pontífice Urbano, para que te instruya, y recibas de su mano el santo bautismo.*

No se puede explicar el gozo que recibió el santo Pontifice cuando vió á Tiburcio postrado á sus pies, pidiendo le hiciese cristiano. Era Tiburcio un jóven de gallarda disposicion, de nobles y muy despejadas potencias, de singular vivacidad, y de una intrepidez increible. Detúvole san Urbano algunos dias en su compañía para catequizarle; y habiéndole despues administrado el santo bautismo, le volvió á enviar á su casa lleno de alegría, y tan abrasado en ardiente zelo por la religion, que ya todo su anhelo era dar la vida en defensa de élla.

No fue estéril, ni ociosa la conversion de los dos santos Hermanos: los pobres sintieron presto su efecto, pues muchos se vieron libres de sus miserias con sus cuantiosas y caritativas limosnas. Pero su caridad y su misericordia se explicó principalmente, así en dar sepultura á los cuerpos de los santos mártires, que morian durante la persecucion, como en consolar y alentar á los que estaban encarcelados en ódio de la fe.

No podia dexar de hacer gran ruido en la ciudad una virtud tan sobresaliente en personas de aquella edad, de aquel mérito, y de aquella calidad. Llegando á noticia de Almaquio, prefecto de Roma, y grande enemigo de los cristianos, mandó comparecer ante su tribunal á los dos santos Hermanos. Y habiéndose presentado: *Admirado estoy*, les dixo, *que unos hombres de vuestra distincion se hayan mezclado con esos miserables cristianos, aborrecidos y despreciados de toda la tierra. ¿Es decente á personas de vuestra calidad juntarse con esa canalla? Si queréis hacer bien, ¿faltarán pobres honrados en quienes expendais vuestras limosnas?*

Bien se conoce, Señor, respondió Tiburcio, *que conoceis poco á los cristianos. Solo el título de siervo del verdadero Dios, en la única religion verdadera, vale mas que todas las riquezas y toda la nobleza. Hasta ahora no ha habido en el mundo pueblo tan discreto, nacion tan prudente como la de los cristianos. Ellos desprecian lo que parece algo á los ojos de los hombres, y en la substancia es nada; y éllos estiman lo que parece nada á nuestros ojos, y es todo en la substancia. Y bien*, replicó Almaquio, *¿Qué viene á ser eso, que en sí es nada aunque parece algo? Este mundo*, respondió Tiburcio, *que solo es una figura fugaz y pasagera; esas honras vanas de que se apacientan los mundanos, ese fantasmon de gloria, esa quimérica felicidad de esta vida, tras la cual tan ciegamente se corre. ¿Y cuál es la otra cosa*, le preguntó Almaquio, *que pareciendo nada á nuestra vista, en la realidad vale por todo? Es la vida eterna*, respondió Tiburcio; *aquella vida feliz para las almas justas, que no tiene fin; y aquella vida miserable para los pecadores, que jamás se acaba. ¿Quién te enseñó todos esos sueños y delirios?* le volvió á preguntar Almaquio. *No los llames así*, dixo Tiburcio, *llámalos verdades eternas, y te responderé que me las enseñó el espíritu de mi Señor Jesucristo. ¿Quién fué el que te llenó la cabeza de tantos disparates?* insistió otra vez el Prefecto: *¿cuánto tiempo ha que loqueas, que perdiste el juicio, y que distes en esas extravagancias? Con vuestra licencia Señor*, respondió modestamente Tiburcio, *la locura y la extravagancia es adorar por Dios á una estatua de piedra, ó de madera: la extravagancia y la locura*

es preferir un puñaño de dias llenos de trabajos, cuidados y amarguras, á una felicidad llena y eterna. Cuando yo vivia ciegamente en el error en que vos estais ahora, entonces sí que era verdaderamente loco y extravagante; pero despues que mi Señor Jesucristo me abrió los ojos por su infinita misericordia, discurro con juicio, y hablo con prudencia. Segun eso tú eres cristiano, replicó el Presidente. *Si Señor*, respondió Tiburcio, *esa dicha tengo, y me precio mucho* de *élla.*

Irritado Almaquio de unas respuestas tan firmes, tan animosas y tan prudentes, mandó arrestar á Tiburcio; y volviéndose á Valeriano, le dixo: *Ya ves que tu pobre hermano ha perdido la cabeza. Mucho os equivocais, Señor*, respondió el Santo; *nunca le he visto con mayor juicio. A lo que veo*, replicó Almaquio, *tan loco estás tú como él: en mi vida he visto mayor extravagancia. No siempre hablaréis ni discurriréis de esa manera*, respondió Valeriano, *algun dia conoceréis, aunque tarde, que la mayor de todas las locuras era creer que unos hombres embusteros, malvados y deshonestos en vida se convirtiesen en dioses despues de muertos. ¿Qué idea formais de la divinidad? ¿puede imaginarse que hay mas que un Dios quien no haya perdido el uso de la razon? ¿hay en el mundo extravagancia mas risible que esa multitud de dioses y de diosas?*

No sabiendo Almaquio que responder, entró en una especie de furor; y sin respetar la ilustre calidad de los dos santos confesores, los mandó apalear tan cruelmente, que faltó poco para que espirasen en aquel suplicio. En medio de él se les oia exclamar llenos de fervorosa alegría: *Seais, Señor, eternamente bendito por la gracia que nos haceis de que derramemos nuestra sangre por vos, que os dignásteis redimirnos derramando primero la vuestra.*

Llevaron despues á los dos santos hermanos á la cárcel, cuando Taquiniano, asesor del prefecto, le representó que si no quitaba presto la vida á aquellos dos caballeros, se aprovecharian del tiempo para repartir todos sus ricos bienes á los pobres, y nada se encontraria para el fisco. Hízole fuerza este dictamen, y mandó que al punto fuesen llevados al templo de Júpiter para que le ofreciesen sacrificio, y en caso de resistirse, que les quitasen la vida.

Luego que se pronunció esta sentencia fueron entregados los dos santos mártires á un ministro, llamado Máxîmo, para que los conduxese al suplicio. Admirado Máxîmo de verles tan alegres, les preguntó la causa de aquella extraordinaria alegría. ¿*Pues no quieres*, le respondieron los dos fervorosos hermanos, *no quieres que no quepa el gozo en nuestros corazones*, *viéndonos ya en el término de esta triste vida*, *que propiamente es un miserable destierro*, *para dar principio á otra vida colmadamente feliz, que jamás se ha de acabar*? *Pues qué*, replicó Máxîmo, ¿*hay otra vida mas que ésta*? *Y como que la hay*, respondió Tiburcio: *nuestra alma*, *que sola siente la alegría y la tristeza*, *es inmortal*, *y despues de esta vida tan corta*, *tan llena de miserias y trabajos*, *hay otra que no tine fin. Esta es dichosa y feliz para los cristianos que mueren santamente: y al contrario es eternamente desgraciada para los que no fueren cristianos.*

Penetrado Máxîmo de esta verdad, dixo á Tiburcio· *Pues á ese precio yo quiero ser cristiano*; *y desde luego hago voluntariamente sacrificio de esta mi corta y miserable vida. En esa suposicion*, le dixeron los dos santos, *haz que se suspenda hasta mañana la execucion de la sentencia: llévanos á tu casa*, *y esta noche recibirás el santo bautismo*, *para que en el mismo punto de nuestra muerte veas por tus propios ojos un rayo de la gloria que gozarémos.* Hízose todo así. Aquella noche concurrió secretamente á casa de Máxîmo la misma santa Cecilia; y con sus fervorosas exhortaciones excitó en todos aquellos nuevos cristianos mas vivos y mas encendidos deseos del martirio. Al dia siguiente, en el mismo punto en que fueron degollados los dos santos Valeriano y Tiburcio, vió Máxîmo sus dos resplandecientes almas como dos luminosos astros, conducidas en manos de ángeles á la gloria, de donde se desprendia un brillante resplandor que le deslumbraba. No pudiendo contenerse ni reprimir las lágrimas, prorumpió en estas exclamaciones: ¡*O generosos siervos del verdadero Dios*! ¡*ó qué dichosos sois*! ¡*ó quién pudiera comprender la gloria que gozais*, *y yo estoy viendo con mis propios ojos*! ¡*ó si pudiera yo lograr la misma suerte que vosotros*, *ya que tengo la dicha de ser tambien cristiano*! A esta ruidosa conversion de Máxîmo, uno de los principa-

les ministros del Prefecto, se siguió la de otros muchos cristianos, y presto fue premiada con la corona del martirio. Porque noticioso Almaquio de lo que pasaba, mandó que al punto fuese molido á palos con bastones gruesos y nudosos; lo que se executó con tanta crueldad, que el santo Mártir espiró en aquel tormento. Sucedió el martirio de estos grandes santos al principio del tercer siglo. Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, cerca del lugar donde fueron martirizados. Desde el cuarto siglo fueron venerados con público culto en toda la Iglesia. El año de 740 el papa Gregorio III. renovó su sepulcro, y hácia el fin del mismo siglo Adriano I. mandó edificar en honra suya una iglesia. En el año de 821 fueron trasladados sus santos cuerpos á Roma, juntamente con el de santa Cecilia, por el papa Pascual, quien los colocó todos en una iglesia dedicada á esta santa Vírgen.

La misa es en honra de los Santos, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui sanctorum martyrum tuorum Tiburtii, Valeriani, et Maximi solemnia colimus, eorum etiam virtutes imitemur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fiesta de tus santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, imitemos tambien sus virtudes: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría.

Stabunt justi in magna constantia adversùs eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatæ salutis, dicentes intra se, pœnitentiam agentes, et præ angustia spiritus gementes. Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum stimabamus in-

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazon angustiado: Éstos son los que en otros tiempos fueron el objeto

saniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodò computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

de nuestras burlas, y los que poníamos por exemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los santos.

NOTA.

»Hace el Espíritu santo en este capítulo una viva pin»tura de lo que pensarán en la otra vida los justos de los »pecadores, y los pecadores de los justos. ¡O cuánto nos »importaria, dice san Bernardo, tener contínuamente pre»sentes estos recíprocos dictámenes que jamás perdia de »vista Salomon; porque no habria consideracion mas efi»caz para consolar á los únos y para convertir á los ótros!

REFLEXIONES.

Hi sunt quos aliquando habuimus in derisum... Nos insensati. Estos son los que en algun tiempo fueron objeto de nuestra burla y de nuestras zumbas. ¡O necios! ¡ó insensatos de nosotros! Esta confesion tan horrorosa para la virtud es casi tan antigua como el mundo: desde su misma cuna fue perseguida la virtud; los buenos comenzaron á padecer desde que hubo malos. Pero aunque esta costumbre sea tan antigua, no por eso se hace menos extraña.

Que todos los ánimos se irriten y se declaren contra una devocion falsa, aparente y disimulada; que la hipocresía excite la indignacion de todo el mundo, es cosa muy ajustada, nada hay mas puesto en razon. Los hipócritas son objeto digno de todo el ódio de Dios, y de la aversion de los buenos; pero que se aborrezca á la devocion verdadera; que la verdadera virtud padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo; esto es lo que sola la experiencia pudiera hacer creible; y esto es lo que igualmente se opone á la razon que á la religion.

Desengañado un jóven de los frívolos entretenimientos, de los falsos pasatiempos del mundo, conociendo su vanidad, alumbrado con luz del cielo, y movido de la

gracia, se declara por el partido de la virtud. ¡Buen Dios, cuántas burlas, cuántas censuras, cuántas insulsas bufonadas tiene que sufrir! No siempre es lo que cuesta mas la victoria de las pasiones. La prueba mas terrible de una virtud tierna y recien nacida son las zumbas de los malos, y tal vez, lo que es mucho mas sensible, las indiscretas, las imprudentes expresiones de los que se reputan por buenos.

Al contrario, otro de su misma edad, deslumbrado de las brillantes exterioridades que encantan y embelesan, engañado de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo sustenta á los que le siguen, éntre por el camino ancho de la perdicion, y se abandone á las perniciosas máximas del mundo; nadie le habla palabra, antes bien á poco que sobresalga en aquellas prendas superficiales y sin substancia que el mundo aprecia y celebra, todos le aplauden, todos le ponderan. Sus mismos padres son los primeros que concurren á fomentar su pasion; aunque sean inmensos los gastos que hace para mantener el juego, el fausto, la profanidad, todo lo da por bien empleado la familia en consideracion del rumbo que ha tomado. Se hace distinguir en el sarao, en el bayle; á competencia lo celebran todos, mientras la virtud humilde, exemplar y recogida es objeto de la risa. No se repara en que aquel joven libertino gaste lo que quisiere para mantener su disolucion; á manos llenas se da cuanto se la antoja á aquella hija loca para sus modas, para sus invenciones y para su profanidad. Pero abracen estos mismos hijos el partido del retiro, de la modestia y de la devocion; falta poco para desheredarlos; á lo menos se les reduce á los precisos términos de su legítima; mientras que las mejoras y los aumentos se reservan para los indevotos, para los que siguen ciegamente el espíritu del mundo. ¿Y qué se responderá á Dios cuando pida estrecha cuenta de esas injustas preferencias, de esas impías predilecciones? Entonces clamaréis: ¡Ay qué impiedad! ¡ay qué injusticia! pero ya llegará tarde el arrepentimiento.

Nos insensati. ¿Pero de qué sirve conocer el mal, cuando ya es el daño sin remedio? Necios de nosotros, que nos causaba lástima la vida exemplar de los buenos; que nos burlábamos de su modestia y de su circunspeccion; que

los mirábamos con una especie de desden y de desprecio. Los desterrábamos de nuestros conventículos, juntas y concurrencias; y sentíamos no sé qué maligna complacencia en hacer ridículas sus mas prudentes acciones. ¿Cuántos insulsos chistes se nos ofrecieron sobre sus escrúpulos, sobre su delicadeza de conciencia, sobre el tenor regular de su conducta? A nuestros ojos eran unos hombres de mal gusto, de corazon apocado, y de una extravagancia que se acercaba á parvulez. ¡Ah, que la parvulez y extravagancia fue la nuestra! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Aquellos que parecian tan despreciables á nuestros ojos eran la mas noble porcion del rebaño de Jesucristo. Como ilustres herederos de la virtud de los santos estan hoy en posesion de la gloria. Su suerte será eternamente objeto de admiracion y de veneracion á todo el universo, y á nosotros de envidia, de rabia y de desesperacion.

Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt. Así discurren y así hablan de la verdadera sabiduría de los buenos en la hora de la muerte los que no quisieron imitarlos en vida. Esta justicia hacen á la virtud aun en el mismo infierno los que la persiguieron en el mundo: así se respeta en el ótro á los que en éste se desprecia.

El evangelio es del cap. 15. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis vera; et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et omnem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite: sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia si-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Yo soy vid verdadera, y mi padre es cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, le quitará, y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros, si no permaneciéreis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en

ne me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foràs sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.

él, éste lleva mucho fruto, porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras se conservasen en vosotros, pedireis lo que quisiéreis, y os será concedido.

MEDITACION.

De los que estan en pecado mortal.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no puede el hombre vivir en estado mas infeliz, mas desdichado en este mundo que el de pecado mortal. Mas que uno nade y se anegue en bienes y en riquezas; mas que brille con todo el esplendor imaginable; mas que la fortuna risueña en todo le galantee; mas que esté colmado de honras, de gustos y de deleytes; mas que haya llegado al ápice de la grandeza; mas que se vea colocado en el mismo trono; si está en pecado mortal es sobradamente infeliz y miserable. Lo mismo es que un cadaver expuesto á los ojos del pueblo debaxo de un magnífico pabellon, tendido en una riquísima cama, es á los ojos de Dios un hombre que está en pecado mortal, entre honras, riquezas y abundancia. No es capaz de preservarle de corrupcion toda la brillantez, todo el esplendor del mundo. Los gusanos no respetan ni á la nobleza de la sangre, ni á la delicadeza de los miembros. Pueden los bálsamos, las drogas, los perfumes conservar incorruptas las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden hacer que no sea un espantoso cadáver. Pues aún es mucho peor una alma que está en pecado mortal. Todos los tesoros del mundo, toda su ostentacion, pompa y aparato no pueden estorbar que sea abominable, que sea objeto del horror á los ojos de Dios. ¡Y se vive tranquilamen-

te en este estado! ¡y hay quien se alegre estando en él! ¡y hay quien en él persevere!

Un hombre en pecado mortal es un hombre en desgracia de Dios, degradado de todo mérito, privado de todos los derechos que le daba la gracia, despojado de todos sus privilegios. Si muere en este infeliz estado, el infierno será su eterna mansion, su herencia la rabia, la desesperacion el fuego eterno.

¿Qué pesadumbre sería la de un cortesano si llegase á entender que ya el rey le miraba con disgusto? El hombre en pecado mortal es objeto de horror á los ojos de Dios. Si no revienta contra él su indignacion y su cólera, es efecto de su divina misericordia, que no debilita los derechos ni el rigor de su severa justicia. El hombre en pecado mortal es un delincuente condenado al último suplicio. A la verdad, se dilata la execucion para darle tiempo á que solicite el perdon; ¿pero qué se podrá esperar de un reo de lesa magestad divina, que pudiendo conseguir el perdon persevera voluntariamente en pecado mortal? ¿no es éste mi retrato? ¿pues cuál será mi paradero?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el estado de pecado mortal es el mas infeliz de todos los estados; porque mientras está en él el pecador, haga lo que hiciere, el pecado destruye el mérito de todo á los ojos de Dios. Aunque hiciera milagros, dice el apóstol san Pablo; aunque tuviera tanta fe que con élla mudára los montes de un sitio á otro; aunque repartiese toda mi hacienda entre los pobres; aunque entregára mi cuerpo á las llamas para ser reducido á cenizas; si me faltára la caridad, si no estuviera en gracia de Dios, en vano trabajaria, de nada me serviria para el cielo todo cuanto padeciese; porque el estado de pecado mortal es un estado de muerto. Pues el muerto ¿cómo puede hacer acciones de vida? y las que no son acciones de vida, ¿de qué sirven para la eternidad?

El pecado mortal reduce al hombre á ser nada en el órden de la gracia: *Charitatem autem non habuero, nihil sum.* Pues *ex nihilo nihil fit*: de la nada, nada se puede hacer. ¡Buen Dios, qué pérdida es la que hace en vida un

pecador! Jamás le estimará Dios nada de lo que hace en pecado mortal.

En tanto son meritorias nuestras obras para la eternidad, en cuanto son consagradas y condignificadas por Jesucristo. Para esto es menester estar unidos á Cristo por medio de la caridad; mientras subsiste esta union comunica mérito y virtud particular á nuestras obras; pero cortada esta comunicacion por el pecado, quedamos como sarmientos secos, separados de la vid, inútiles, sin provecho, sino para arder en el fuego eterno. Los vástagos de la vid solo llevan fruto cuando estan unidos á la cepa.

¡O qué bien conocieron los santos esta importante verdad! ¡ó qué bien se aprovecharon de élla! ¡qué no hicieron, qué no padecieron por no separarse jamás de esta cepa misteriosa! Honras, placeres, tesoros, vanas y aparentes brillanteces con que el mundo engaña, encanta, deslumbra; desgracias, persecuciones, suplicios con que el demonio espanta, aterra, horroriza, nada fue bastante á hacerlos titubear en la fe, cuanto mas para derribarlos. Tiburcio, Valeriano y Máximo todo lo sacrificaron antes que perder la gracia; ¿pero cuántos hay que quieren perderlo todo antes que dexar de cometer un pecado?

¡Mi Dios, en qué estado tan lamentable he vivido yo! ¡Qué sería ahora de mí si hubiérais arrojado al fuego este sarmiento seco y separado! Volvedme á unir á la cepa por vuestra divina gracia, amado Salvador mio. En esto, en esto voy á trabajar desde este propio momento.

JACULATORÍAS.

Ne projicias me à facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Salm. 50.

No me arrojeis, Señor, de vuestra presencia, ni permitais que pierda vuestra gracia.

Quis nos separabit à charitate Christi? Rom. 8.

¿Quién me apartará del amor de mi Señor Jesucristo?

PROPOSITOS.

La desdicha de todas las desdichas es estar en pecado mortal. Toda otra desgracia es tolerable; ninguna hay que no pueda tener algun alivio, ó que á lo menos no se acabe en esta vida ó en la otra; sola esta es sin consuelo. Si la misericordia del Señor no reprimiera la malignidad del enemigo de nuestra salvacion, ningun pecador sobreviviria al estado de la culpa. ¡Qué de funestos accidentes! ¡qué de golpes improvistos! ¡qué de muertes repentinas se verian á cada instante! Ignórase ahora la verdadera causa de la mayor parte de los trabajos que suceden en esta vida: algun dia sabrémos que dentro de nosotros mismos estaba el verdadero origen de todos éllos. Se peca, se vive en pecado; ¡y despues nos admiramos de la quiebra en el comercio, de la desgracia en la pretension, de las disensiones entre las familias, de que se hubiese muerto aquel hijo único, que era toda la esperanza de la casa! Mas nos debiéramos admirar de que viviendo en pecado se hubiese salido bien de aquel lance, se hubiese ganado aquel pleyto, hubiésemos escapado de aquella enfermedad, si no supiéramos por otra parte que estas aparentes felicidades no pocas veces son efecto de la ira de un Dios mas irritado contra nosotros. Nunca castiga Dios mas severamente al pecador, que cuando le dexa dormirse profundamente en medio de la prosperidad. Si tuviste la desdicha de caer en pecado, ten la fortuna de levantarte al instante. No esperes al domingo ó al primer dia de fiesta para confesarte. Despues de la contricion, á que al punto te debes excitar, acude al médico espiritual, solicita cuanto antes el remedio. Y si al tiempo que lees esto te acusa la conciencia de alguna culpa grave, no debes pasar el dia sin aprovecharte de la gracia que te hace el Señor. Mira que te expones á peligro de perderlo todo si desprecias este aviso.

2 Es grosero error, que enseñó Wiclef, y condenó solemnemente el concilio de Constancia, decir que pues nada de lo que se hace en pecado mortal es meritorio para el cielo, son inútiles en este estado infeliz las bue-

nas obras, las cuales por razon del mismo pecado se harian malas y demeritorias. Error, heregía, embuste diabólico. No, no llega á tanto la malicia del pecado, no obstante que sean tan lastimosos sus estragos. Aunque seas reo delante de Dios de los mayores excesos, de las mas enormes culpas, todavía en ese estado puedes y debes hacer obras buenas. Honrar á Dios, socorrer á los pobres, obedecer á los superiores, y cumplir con otras obligaciones de religion y de justicia, no solo se puede, sino debe hacerse aun estando en pecado mortal; porque el pecado no dispensa en esas obligaciones. ¿Tienes la desgracia de estar en tan lastimoso estado? pues no solo no debes omitir aquellas devociones que acostumbras, sino que has de alentarte á añadir ótras. Mas oracion, mas ayunos, mas penitencia, mas limosnas, para mover á Dios, por decirlo así, á que te conceda la gracia de la conversion. Fuera de las obras de obligacion, que no debes omitir estando en pecado mortal sin cometer otro nuevo pecado, ¿no es justo que procures con otras de supererogacion mover la misericordia de Dios, y aplacar su justicia? Con este espíritu la Magdalena se arrojó á los pies de Jesucristo, y los regó con sus lágrimas; el Publicano suplicó al Señor que tuviese misericordia de él; Cornelio Centurion consiguió que sus oraciones y limosnas subiesen hasta el mismo Dios, y se compadeciese de su ceguedad. Pero en todo caso procura que á estas obras precedan siempre muchos actos de contricion, y no te descuides en recurrir al sacramento de la penitencia.

☞ DIA CATORCE.

San Pedro Gonzalez Telmo, confesor.

Por los años del Señor de 1185, reynando en Castilla Fernando II. nació san Pedro Gonzalez, llamado comunmente Santelmo. Su patria, aunque ha estado en dispu-

ta, todos convienen en el dia que fue Fromista, villa y cabeza de marquesado, que tiene la gloria de haber dado al mundo cristiano un hijo tan benemérito. Sus padres eran nobles y ricos; pero tuvieron que hacer poco en la educacion y crianza de Pedro, habiéndose tomado este cargo sobre sí un tio suyo llamado don Tello, que era á la sazon canónigo, y despues fue obispo de Palencia. Esta ciudad, que de tiempos muy antiguos florecia en letras, y en donde habia estudiado santo Domingo, dió á nuestro jóven maestros hábiles que le instruyesen; y como á las lecciones acompañaban los saludables consejos del tio, y su aplicacion infatigable, llegó á poseer la gramática, retórica, dialéctica, y aquellas artes que suelen llamarse liberales. Para todo daban ocasion las bellas disposiciones con que el cielo habia liberalmente dotado á nuestro Mancebo, haciéndole de un entendimiento despejado, y de una docilidad tal, que admitia sin resistencia cuanto sus maestros le enseñaban. Como á su ciencia se juntaba una conducta juiciosa é irreprensible, no pasó mucho tiempo sin que úno y ótro fuese premiado con una canongía, que obtuvo en la misma iglesia de Palencia. No pararon aquí los honores con que el mundo risueño quiso premiar su verdadero mérito y literatura. Esta habia crecido con la aplicacion y con los años; y el cielo, que le preparaba ocasiones de grandes victorias y merecimientos, quiso que el mundo mismo le guardase justicia, siendo promovido por breve pontificio á la alta dignidad de dean de la misma iglesia en que era canónigo.

Una dignidad eclesiástica debiera haber llenado de turbacion y sobresalto el corazon de quien la mirase por aquel lado que manifiesta sus terribles obligaciones; pero nuestro jóven Pedro la miró solamente como un empleo brillante, que le proporcionaba riquezas y ocasiones lucidas de gastarlas con ostentacion y magnificencia. En medio de sus buenas disposiciones, y de sus principios de virtud, sintió toda la fuerza con que la edad juvenil provoca las pasiones, y no tuvo valor suficiente para resistirla. Era jóven, era galan de cuerpo, y adornado de tal afabilidad y dulzura de costumbres, que todos los demas jóvenes le amaban sin envidia, y le admiraban sin

emulacion. Para hacer ostentacion de su bizarría y gentileza, y al mismo tiempo celebrar la nueva dignidad de dean, dispuso salir por la ciudad á caballo, acompañado de una lucida comitiva que sirviese á su mayor lucimiento. No se contentaba el jóven desacordado con alimentar su vanidad de mil modos, ya jactándose soberbiamente delante de sus amigos y compañeros, y ya haciendo ostentacion necia de su fortuna con señales groseras de una alegría inmoderada.

Pero la gracia de Dios, dice el gran padre san Agustin, esconde sus anzuelos en todos los acontecimientos de la vida, y cuando menos lo piensa el hombre, se encuentra, ó con la exhortacion, ó con el exemplo, ó con el milagro, ó con el peligro, ó con otras casualidades que parecen caprichos de la fortuna; pero no son sino consejos de la divina Sabiduría, misericordias de nuestro Dios, y artificios verdaderos de la gracia. Así le sucedió á Pedro. Manda enjaezar un soberbio caballo, en que compitiesen el primor, el artificio y la riqueza; y montando en él sale por la ciudad á hacer ostentacion, mas de la gentileza y hermosura de su persona, que de la alteza y consideracion que se debia á su dignidad. Una gran cuadrilla de nobles jóvenes, ricamente vestidos, hacian compañía á Pedro, sirviendo á su vanidad, y al mismo tiempo procurando competirle en el lucimiento y en la gallardía. Rodean las calles públicas, acompañados de innumerable concurso que por todas partes los admiraban. Las ventanas y balcones estaban llenos de todo género de gentes de toda clase, condicion, sexô y edades, que en repetidos vivas manifestaban la admiracion que la presencia y la ventura de Pedro les causaba. En tanto llega éste á una plaza la mas pública y la mas llena del pueblo. La satisfaccion, la alegría, la soberbia, la vanidad, el deseo de gloria y de mas aplauso se apoderan de su alma, y queriendo saciar su apetito con una muestra de su destreza en correr y manejar el caballo, aplicóle con fuerza las espuelas, corre precipitadamente, pero en medio de la carrera (¡ó vanidad del mundo!) tropieza el caballo, y da con nuestro Jóven en medio de un lugar fétido y cenagoso; en donde teniendo que revolcarse muchas veces para salir,

se llenó de tanta hediondez, suciedad y porquería, que excitó la risa y gritería del inmenso concurso que le miraba. El aplauso se convierte en desprecio, la admiracion en risa y chacota; comienzan á silvarle; comienzan á zaherirle con pullas y sátiras; de modo, que fue mayor la confusion, vergüenza y abatimiento con que tuvo que retirarse á su casa ensuciado y asqueroso, que el aplauso, admiracion y triunfo con que habia sido celebrado. De esta manera quiso Dios llamar para sí á este jóven, y hacer que renaciese por medio del escarmiento, en el mismo dia en que el Verbo encarnado quiso nacer en el mundo.

Luego que Pedro advirtió la burla y escarnio que se hacia de su persona, ilustrado por una luz superior, conoció la vanidad del mundo, lo falso de sus pompas y vanidades, y cuán poco se debia fiar de sus glorias y aplausos aparentes. Determinó despreciarle, y quiso tomar de él esta justa venganza en el mismo lugar en que habia recibido de él tanto desprecio; y así, con voces claras que todos pudieron entender, prorumpió en estas razones: *Supuesto que el mundo me ha burlado de esta manera, haciendo que sus partidarios me insulten y silven en el mismo dia en que yo le hacia el mayor sacrificio, tambien yo me burlaré de él, vengándome de sus falsedades y cautelas; y para que no tenga ocasion de hacer de mí nuevo escarnio, prometo dexarle desde ahora, y retirarme adonde pase mi vida con mayor seguridad contra sus lazos y asechanzas.* No eran estos propósitos de aquellos que á manera de fuegos fátuos se desvanecen con la misma facilidad que se forman. El misericordioso Dios, que sabe con sabiduría infinita el arte maravilloso de sacar bienes de los males, como dice san Agustin, habia fixado en el corazon de nuestro Jóven escarnecido tal confusion en sí mismo, desprecio del mundo y arrepentimiento de sus excesos, que no sosegaba hasta ver cumplido con las obras cuanto con las palabras habia á Dios ofrecido.

Aquella luz sobrenatural con que habia sido ilustrado le enseñó que no debia retardar al cielo sus votos; sino que á medida del fastidio que habia concebido su alma acerca de todas aquellas cosas perecederas,

que arrebataban antes sus sentidos, debia ser el esfuerzo y prontitud en abandonarlos de una vez para siempre. Mirábase como una nave agitada de los vientos, expuesta á ser sumergida de las inconstantes olas mientras no anclase en puerto seguro. El consejo de san Gerónimo, escribiendo á Heliodoro, de que para dexar el siglo se debe hacer lo mismo que para abandonar un puerto peligroso y mal seguro; esto es, cortar los cables con presteza sin detenerse á desatarlos, fue el último móvil que llevó á efecto su resolucion. En efecto; florecia por aquel tiempo en España la religion de santo Domingo, cuya doctrina y fervor estaban todavía muy recientes en la memoria y operaciones de sus hijos. La santidad de éstos, su conducta irreprensible, y el universal provecho que de conversacion y documentos recibia el pueblo cristiano, les habia adquirido la estimacion de todos, y el justo concepto de que su instituto era un puerto seguro contra los peligros que el mundo opone á nuestra bienaventuranza. Y así con admiracion de cuantos habian conocido al jóven Pedro, se desnudó de el hombre viejo, renunció á sus riquezas, despreció los deleytes y proporciones ambiciosas que el mundo le ofrecia, y se hizo religioso en el convento de Palencia.

Luego que se vió libre de los lazos que hasta entonces habian retardado, y aun impedido sus pasos para caminar á la perfeccion, comenzó á exercitarse con tanto ardor en todo género de virtudes, que en breve era el modelo y admiracion de los mas provectos religiosos. No parecia sino abeja solícita y oficiosa, que recogiendo de los demas hermanos las flores de virtud en que resplandecian, formaba en sí mismo un panal delicioso con que recrear al Espíritu divino. Pasó el año de probacion, en que dió muestras mas de un hombre consumado en todo género de santidad, que de un novicio en el exercicio de servir á Dios; y habiendo llegado aquel dia suspirado y dichoso en que habia de hacer profesion, se preparó con lágrimas, oracion, ayunos y penitencias, y ofreció al Todopoderoso un agradable sacrificio de sí mismo sin reservarse en este mundo nada. Prometió vivir en perpétua obediencia, en castidad pura, y en pobreza voluntaria, tres lazos sagrados con

que quedó separado del siglo, y preso para siempre en el amor y servicio de su Dios.

No retardó el cumplimiento de sus promesas, pues todo el fervor con que habia servido en el año de noviciado se duplicó y creció excesivamente despues que se vió admitido en la milicia de Jesucristo. Su castidad era angélica, y se dexaba ver la pureza de su corazon en todos sus movimientos, en todas sus obras y palabras. Prevenia la voluntad de sus superiores, y hecho cargo de que es mas grata al Sér supremo la obediencia que las víctimas, nada hacia que no procurase cuidadosamente que fuese hecho por obediencia. Toda su riqueza era el ser verdaderamente pobre, despreciando por Cristo no solamente los bienes terrenos con que lisonjea el mundo á sus partidarios, sino las esperanzas de poseerlos. Su vestido era pobre, pobre el axuar de su celda, y cuantas cosas tenia á su uso manifestaban claramente la verdadera pobreza de su espíritu. Exercitábase contínuamente en fervorosa oracion, en donde sentia las delicias que derramaba el cielo en los que siguen la vida espiritual; y si habia de interrumpirla, era para ocuparse en otros exercicios devotos, en penitencias, y en las obligaciones comunes que prescribe la regular observancia. Con estas cualidades se hizo amado de todos, y todos hallaban en el santo Jóven un maestro provecto en todo género de virtud. No podia contenerse dentro del monasterio el buen olor de Cristo que exhalaba su santa vida, y así dentro de poco tiempo creció tanto la fama de su santidad, que aun en los lugares mas remotos era conocida y admirada. Pero no es de maravillar que sucediese así; pues era tal la admiracion, y justamente la alegría que causaba en sus hermanos la celestial vida de Pedro, que adonde quiera que iban la predicaban por admirable, y la proponian á todos como modelo de la perfeccion evangélica.

No se contentó con esto este exemplar religioso; reflexîonó que el órden sagrado de que se habia hecho individuo, no se habia instituido sino para ganar almas para el cielo por medio de la predicacion. Para este exercicio sabia que era necesario, ademas de la integridad de costumbres, una ciencia nada vulgar y apren-

dida sobre los dogmas y misterios de la religion. Aunque habia sido canónigo y dean de una iglesia respetable, como en su promocion habia tenido tanta parte el favor, le pareció que todavía carecia de aquella instruccion y conocimientos que deben adornar á los ministros del santuario, para ser útiles á sus próximos por medio de la enseñanza. Con esta persuasion se dedicó con actividad al estudio de la sagrada teología, y como su entendimiento era despejado, su aplicacion contínua, y sus deseos de saber sencillos y bien ordenados, en poco tiempo hizo rápidos progresos. Bebia con ansia en los sagrados libros el agua de la católica doctrina, y era tal el deleyte que sentia su alma en este divino estudio, que le sucedia engolfarse en él tanto, que pasaba las noches enteras insomnes sin poderse apartar de aquel sabroso alimento. De este modo iba haciendo en su pecho un rico depósito de sentencias y doctrinas, de donde sacar despues aquellos vivos discursos que tantas almas ganaron para el cielo.

Al mismo tiempo tenia delante de los ojos la vida del patriarca santo Domingo, en donde como en un espejo veía todas las cualidades y dotes de que debe estar adornado aquel que predica la palabra de Dios. Allí aprendió á juntar con la ciencia sagrada una humildad profunda, una contínua oracion, un desprecio verdadero del mundo, un zelo ardiente de la salud de sus próximos, una maceracion de su carne y mortificacion de sus sentidos; y últimamente, á no hacer venal la palabra de Dios, sino á derramarla liberalmente, cumpliendo el precepto evangélico: *Dad de valde lo que de valde habeis recibido.* Vieron los superiores de Pedro que en breve tiempo se habia dispuesto, no solamente para obtener el sacerdocio, sino para la administracion del sacramento de la penitencia y predicacion del evangelio; y así dispusieron que se ordenase de presbítero, concediéndole al mismo tiempo las facultades y licencias necesarias de confesar y predicar. Todo lo recibió el santo Jóven con sumision y con temor, porque no osaba contradecir á las disposiciones de sus prelados, y por otra parte sabía la responsabilidad de los que son administradores ó dispensadores de la sangre de Cristo y de su doctrina.

Constituido predicador y confesor, ¡quién podrá de-

cir el fervor, el zelo, el fruto con que comenzó á exercer ministerios tan altos! Enseñaba á todos el camino de la salud, no solamente con las palabras, sino mucho mas con las obras. Si advertia que alguno tenia necesidad de expiar sus delitos por medio de la confesion sacramental, le rogaba, le exhortaba, y no se daba sosiego hasta lograr que se confesase. Dexaba la mesa, abandonaba cualquiera obra comenzada, y emprendía largos y penosos caminos siempre que concebía proporcion de ganar el alma de su próximo. Cuando se hospedaba fuera del convento, aunque fuese en casa de algun grande señor, exhortaba al dueño de la casa y á toda su familia á que se confesasen; y para esto les hacia unos discursos tan vivos y patéticos sobre la fealdad del pecado mortal, sobre la atrocidad de las penas del infierno, y sobre el estado pacífico y venturoso de los que están en gracia de Dios, que jamás salió de casa alguna, sin que hubiesen purificado su alma todos los individuos de élla por medio del sacramento de la penitencia. Tanta era la fuerza y artificio con que sabía persuadir, y tanta la uncion con que el Espíritu santo enriquecia sus palabras, haciéndolas espadas penetrantes de dos filos, que llegaban hasta dividir el espíritu, como dice san Pablo.

Tanta virtud y sabiduría, tanta gracia y poder para sembrar la palabra de Dios no podian ocultarse, como lo hubiera deseado la profunda humildad del bendito religioso. La fama, que tiene á su cargo hacer notorio al mundo cuanto ocurre en él de singular, sea bueno ó sea malo, llevó el nombre de Pedro junto con lo inocente de su vida al palacio del católico rey san Fernando. Luego que éste oyó las maravillas que se decian de san Pedro, deseó tenerle á su lado, para que sus oraciones y consejos fuesen parte de los apoyos que sustentaban su corona. Hallábase á la sazon empleado en echar de España la morisma, que tantos años habia la tenia infestada con su dominacion, con su crueldad y con sus brutales costumbres. Tenia declarada guerra á los moros, y como conocia que el Dios de los exércitos es quien reparte las victorias, sin que nadie pueda confiar en el poder de sus armas, ni en la multitud de sus soldados, deseaba que en sus escuadrones brillase

mas la rectitud y buen órden de las conciencias, que lo vistoso de las evoluciones y de las armas. Siempre fue cierto que la semejanza de costumbres produce amor en aquellos que las tienen semejantes; mucho mas si las costumbres son santas y arregladas; y así Fernando III, que era santo, no sosegó hasta que vió á su lado al religiosísimo fray Pedro Gonzalez, que tambien lo era. Conocia el piadoso Rey, que para contener la licencia que se propaga fácilmente con el estrépito de las armas, se necesitaba un espíritu no menos fervoroso que prudente, y que supiese segun las circunstancias argüir, rogar, y reprender á veces con el fuego y zelo abrasador de un Elías, y á veces con la dulzura y benignidad de un Juan evangelista.

Como lo pensó, así lo vió por sus ojos confirmado con los efectos; pues apenas entró san Pedro en los reales de Fernando, cuando á manera de trueno comenzó á sonar su voz contra los vicios. Predicaba incesantemente, enseñaba la doctrina cristiana á los soldados, los juntaba en cercos y compañías, y les hacía unos discursos tan vivos, tan amorosos, y tan persuasivos, que en breve tiempo se vió el exército tan mejorado, que eran ya otras sus costumbres, y otros los fines santos con que batallaban contra los moros. La honra y gloria del Dios de las batallas eran los dos principios que movian sus corazones: por éllos lograban esfuerzo sus brazos, y por este esfuerzo consiguió Fernando diferentes victorias, siendo una de las mas importantes y señaladas la que le hizo dueño de la famosa ciudad de Córdoba, capital de uno de los reynos que habian formado en España los moros. Una virtud tan sólida, unos exemplos tan brillantes, una libertad tan evangélica para reprender los vicios, ni podia dexar de ofender á los viciosos, ni de excitar la malignidad de sus corazones para que pensasen en perseguirle; pero este bendito predicador del evangelio, y digno hijo del patriarca santo Domingo, fue muy singular en el género de persecucion que levantó contra él el enemigo comun del género humano.

Estaban en conversacion cierto dia algunos señores grandes de los que formaban la corte de Fernando. En-

tre los varios objetos sobre que rodaron sus ociosos discursos fue uno el bendito religioso, opinando únos que su conducta irreprensible, su zelo ardiente, y la frugalidad con que vivía eran dignos de la mayor veneracion. Por el contrario, ótros le calumniaban notándole de atrevido, y sosteniendo con ardor que toda su vida y sus acciones se animaban únicamente de la ambicion y de la hipocresía. Oyó la disputa una muger liviana de las muchas que suelen infestar los exércitos, y determinándose desde luego por aquel modo de pensar, que congeniaba con sus indecentes costumbres, les pidió algun premio, y ofreció aclarar sus dudas solicitando torpemente á san Pedro. Aceptaron la propuesta como que era lo que mas apetecian sus corazones. Les eran sumamente pesadas las contínuas y ásperas reprensiones con que les echaba en cara sus torpezas, y contemplaban, que si aquella muger podia conseguir con sus astucias y caricias que el Religioso cayese en los mismos delitos que tanto afeaba, tendrian en lo sucesivo un salvo-conducto para emplearse en éllos con menos embarazo. ¡Cuánto se engañan los mundanos cuando pretenden medir las acciones de los siervos de Dios por las suyas, y calcular sus resoluciones por las que éllos tomarian, segun su depravacion, en determinadas circunstancias!

Concertados pues en el precio, salió aquella muger diabólica á poner en execucion sus depravados consejos, y armada de todos los artificios que pudo sugerirla su avaricia, su malignidad y su torpeza, pasó al sitio en donde el siervo de Dios estaba aposentado. Hízole saber por un criado que estaba allí una muger, que deseaba hablarle para descubrirle un secreto de grande importancia. Al instante creyó san Pedro que se le presentaba alguna buena ocasion en que la honra de Dios y la salud de sus próximos habian de tener algun grande provecho; y sin imaginar siquiera que podia ocultarse algun lazo contra su inocencia, mandó que entrase aquella muger en la cámara en que estaba. Apenas se vió la astuta serpiente en presencia del Santo, comenzó á sollozar, cubriendo el atrevido rostro de fingidas lágrimas. Púsose á sus pies de rodillas, y con suspiros, que hubieran engañado á cualquiera que fuese menos cándi-

do y sencillo, le pidió que la confesase. Era ya muy cerca de la noche, y temiendo el Santo que si comenzaba á confesarla se podria seguir alguna nota, la pidió que viniese al dia siguiente, y entonces con tiempo y comodidad la confesaria. "Santo Padre, respondió la »muger, la fama de tu virtud es notoria por todo el »mundo: yo sé muy bien el ardor con que procuras la »salud de las almas y la conversion de los pecadores. »Esto mismo me ha traido á tus pies á hacer una con»fesion ingénua de mis pecados, para de aquí adelante »mudar enteramente de vida. Por tanto te conjuro en »el nombre de Dios para que me oigas al presente, y »permitas que haga confesion de mis pecados; bien cier»to de que si en esta noche me sucediese alguna cosa »miserable y horrenda, de modo que muera sin confe»sion por culpa tuya, tú serás en el tribunal de Dios »reo de mi condenacion, y responsable de la perdicion »de mi alma."

Consternóse el santo Varon viéndose conjurado de aquella manera: comenzó á escrupulizar y temer de la perdicion de aquella alma, y resolvióse á oirla en confesion: para este efecto retiróse á un lugar mas secreto y apartado, y teniendo á sus pies á aquella muger infernal, la mandó que se persignase. Pero la señal sacrosanta de la cruz es un signo no menos odiado y temido del demonio que de sus ministros. En lugar de persignarse, y hacer la confesion que habia prometido, comenzó á poner en execucion sus depravados intentos. Significó al Santo con las palabras mas seductivas y encantadoras, como tenia el alma abrasada por su amor, al cual si no correspondia, tuviese por cierto que la era imposible vivir. A éstas añadió otras razones, lágrimas, suspiros, y cuanto puede sugerir el espíritu infernal de mas activo para hacer valer sus astucias y engaños. La obscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion, y un amor, aunque falso, bien ponderado por unos labios hechiceros, y mejor significado por unos ojos bellos y encendidos, eran circunstancias que hacian la tentacion de las mas terribles y peligrosas. La repentina fuga parece que era el remedio mas oportuno; ¡pero quién será capaz de ave-

riguar las diversas maneras con que manifiesta la gracia su poder, y con que quiere Dios ser admirable en sus santos!

Quedó san Pedro atónito oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz muger; pero inspirado del cielo, pensó en ver cómo podria ganar aquella alma, no con ásperas reprensiones, ni terribles amenazas, sino con razones blandas, y venciendo los engaños y torpes astucias del demonio con otros blandos, pero saludables artificios. La gracia y la verdadera virtud saben transformarse para lograr sus designios, y cuando se atraviesa la gloria de Dios y el provecho de los próximos son sumamente ingeniosas en sus proyectos. "No »permita Dios, respondió el Santo á la propuesta de la »muger, no permita Dios, hija mia, que sea yo causa »de tu mal, ni de que mueras de repente: cesen tus »lágrimas y tu tristeza, que dentro de muy poco es»tarás libre del peligro; pero es menester que esperes »un rato mientras dispongo el lecho, que está descom»puesto y desaseado." Dicho esto, se apartó de élla, y juntando un grande monton de leña, hizo una hoguera formidable y espantosa. Llamó á la muger, que acudió como quien pensaba ver el triunfo de sus cautelas y hermosura; pero apenas se presentó, cuando el castísimo Religioso tendió su manto sobre la voraz hoguera, y echándose encima, decia estas palabras: "Si tan gran»de es el amor que dices me tienes, ven á gozar de él, »y satisfacerle á este lecho: tal vez el fuego material »apagará el torpe y abominable que te abrasa." Dicho esto, revolcábase el Santo en las voraces llamas, sin que éstas se atreviesen á dañarle, ni á chamuscar siquiera el pelo de sus vestiduras.

Acechaban por las rendijas de la puerta, ansiosos de ver postrada y caida en un cenagal la virtud del santo Padre aquellos cortesanos que habian excitado y ofrecido premios á la infeliz seductora. Pero cuando vieron con sus ojos la terrible hoguera, la confianza con que el Santo estaba entre las llamas, y en éstas repetido el milagro del horno de Babilonia; ¿quién será capaz de decir la admiracion, la sorpresa, el temor y la consternacion que se apoderó de sus corazones? Abrie-

ron repentinamente las puertas, y avergonzados y contritos se echaron á los pies del Santo, confesaron su delito, y le pidieron perdon de él, venerando de allí adelante su santidad tanto como antes habian murmurado de élla, y sospechado de su verdad y solidez. La deshonesta muger confusa y avergonzada no sabia qué partido tomar; pero el Espíritu santo iluminó su alma para que conociese toda la atrocidad de su delito, y pensase expiarle con lágrimas y penitencia. Postróse á los pies del Santo, pidióle que la perdonase, y verificó, llena de lágrimas y compuncion en beneficio de su alma, la confesion que habia fingido para seducir torpemente la inocencia y honestidad, que salieron triunfantes y vencedoras. Así quiso Dios trocar esta muger de vaso de desprecio en vaso de honor, y así quiso manifestar la santidad de su Siervo con las pruebas mas auténticas que tiene la virtud.

Habia ya en este tiempo conquistado á Córdoba el rey Católico, y pensó en retirarse por algun tiempo á su corte. Acompañóle el Santo en el camino; pero luego que llegó á Castilla se despidió del Rey deseoso de huir los peligros que encierran los palacios, y de ser mas útil por medio de la predicacion á sus próximos. ¡Oh virtud, es posible que has de hallar tanta persecucion, tanta aversion y ódio en aquellas mismas mansiones, en que dicen se alverga la justicia! ¡oh cortes! ¡oh palacios, cuánta será vuestra depravacion cuando con tanto ahinco huyen de vosotros los que piensan con verdad en la salvacion de sus almas! Retiróse san Pedro á Galicia, en donde comenzó á exercitarse de nuevo en la predicacion, y en el ministerio de la sagrada penitencia, ganando para Dios gran número de almas. Sus palabras eran vivas y eficaces: sus discursos recaían siempre sobre los vicios dominantes en la multitud, y lograba frecuentes conversiones, sin que nadie se ofendiese de verse reprendido. La palabra de Dios adquiria una nueva fuerza en sus labios, porque juntamente con élla predicaba la virtud de san Pedro, y todas sus apreciables circunstancias; pero estas mismas le pusieron diversas veces en el riesgo mayor de perderse. Era el Santo de una gentil presencia, de un semblante noble y hermoso, y

todo él formaba una figura amable y apetecible; y he aquí la causa de que su honestidad fuese tan combatida; pero siempre salió victorioso por medio del milagro del fuego que ya queda referido, y de que tuvo que valerse para rebatir las atrevidas solicitaciones de mugeres deshonestas, que intentaron mas de una vez manchar su castidad angélica.

Dios por su parte le ayudaba poderosamente con su gracia, y no parecia sino que habia puesto en su mano el uso de su omnipotencia, segun la facilidad con que se vió confirmada con milagros su virtud y su doctrina. Vióse llegar sediento á pedir un poco de agua para beber, y rehusando una pobre muger darle una corta porcion de vino que la habia mandado guardar su amo, pedírsela el Santo, beber él y su compañero, y quedar en la vasija la misma cantidad que habia primero. Otra vez alimentó á este último, en ocasion que le seguia de mala gana en una expedicion de caridad, por causa del cansancio y hambre que padecia, dándole de comer y de beber un pan blanquísimo, y un vino generoso, que manifestaban en su bondad ser cosa del cielo. Mandaba á los elementos, y éstos reconocian en él un ministro y un siervo fiel de su Criador. Manifestóse esto diferentes veces en las aguas del Miño, ya sosteniendo milagrosamente al Santo, y permitiendo que le pasase de un lado á otro sin sumergirle, y ya ofreciendo á su imperio cuantos peces escondia, para que con éllos sustentase á los pobres, y socorriese á los que trabajaban un puente para la pública utilidad. Tambien se vió obedecerle las tempestades, calmando ó dexando libres de sus truenos y relámpagos aquellos lugares en que el Santo estaba predicando.

De este modo, entre los portentos de la gracia y los afanes de su ministerio apostólico, pasó una vida llena de merecimientos y de heróicas virtudes, que le aseguraban de las recompensas eternas. Cuanto mas se le acercaba la muerte, tanto mas era su ardor y su zelo en el bien de las almas, superando la caridad, la flaqueza y debilidad de fuerzas, que con la vejez, penitencias y contínuos trabajos habia contraido. Pero llegó el tiempo en que quiso Dios darle el premio debido á su fi-

delidad. Llegó el tiempo en que habian de tener fin tantas fatigas padecidas por sus próximos, y el cielo le hizo la misericordia de anunciárselo con anticipacion, para que se preparase á disfrutar aquellos bienes eternos que anegan el corazon, y absorven los sentidos. Reveló este secreto el Santo predicando en Persecario dia del domingo de Ramos. Dixo á sus oyentes como estaba ya muy cercana la hora de su muerte, y les certificó de que no volveria mas á aquel pueblo á predicar la palabra de Dios. "Por tanto, hermanos mios, decia, cuando »llegue á vuestra noticia que está ya pronta mi alma á »presentarse en el tribunal de Dios, ayudadme con vues»tras oraciones, para que me juzgue con misericordia: »porque aunque no me remuerde la conciencia de haber »ofendido al Señor gravemente despues que dexé al mun»do, con todo eso, no me creo de tanta pureza, que no »necesite de los sufragios que ofrecen á Dios los fieles por »sus hermanos." Dicho esto, que oyeron con lágrimas aquellas venturosas gentes, se despidió de éllas, y se marchó á Tui, en donde predicó los dias restantes de la Semana santa, hasta que acercándose ya la Pascua, cayó con la enfermedad postrera, que desde luego se presentó con indicios de grave y peligrosa.

Deseaba el Santo con ansia morir entre los religiosos, sus hermanos, y así, habiéndose mejorado algun tanto, creyó que podria llegar al convento de Santiago, de donde era conventual. Era vehemente el deseo, y así le dió tanta fuerza, que la tuvo para ponerse en camino á pesar de su quebrantada edad, y de la enfermedad, que realmente no habia hecho mas que una ligera intermision para volver con mas fuerza. Pero á poco trecho que anduvo, conoció que era empeño vano el querer resistir á la dolencia, que se presentó con nuevos esfuerzos; y volviéndose al compañero, le dixo: Creo, hermano mio, que es la voluntad de Dios que volvamos á Tui para que yo muera allí: y así, si no lo teneis á mal, hacedme merced de que volvamos atras de nuestro camino. Condescendió el compañero, llegaron á la casa en donde solia hospedarse, agravóse la enfermedad, y sintiendo que llegaba ya la hora de su descanso, llamó á su huésped, y le habló de esta manera: Amado hermano mio, sabed

que nuestro misericordioso Dios quiere poner ya fin á mis trabajos; yo he procurado alcanzar de su piedad que suspendiese un terrible castigo que amenazaba á esta provincia por los delitos de sus habitantes: y por lo que toca á vos estoy sumamente agradecido de la caridad que conmigo habeis siempre usado, y os suplíco querais recibir esa correa y ese báculo en muestra de mi agradecimiento, que no tengo otra cosa con que dárosle á entender; y tened confianza en Dios de que algun dia os podrá servir de algun provecho. Recibió el huésped aquel donecillo con la mayor devocion: envolvióle en un lienzo blanquísimo, y queriendo en una ocasion partir con un amigo suyo aquel precioso regalo, fue impedido milagrosamente del cielo, y avisado para que lo depositase en la Iglesia catedral, donde se conserva, obrando Dios por medio suyo muchos prodigios.

Llegó finalmente la hora de su muerte, para la cual se habia preparado con ayunos, oraciones fervorosas, y todo género de piedad; y habiendo recibido los santos sacramentos, durmió el sueño de los justos, poco despues del dia de la Resurreccion del Salvador, año de 1246, segun la sentencia mas probable. Su muerte fue exénta de aquel horror que infunde por lo comun en los vivientes; antes bien todos la celebraron como si fuese dia de nacimiento, ó como un dia destinado á celebrar unas bodas eternas del alma con Jesucristo. Celebró las exêquias al Santo el grande obispo Lucas de Tui, bien conocido por sus escritos y su piedad, y cuidó de colocar el venerable cadáver en un sepulcro decente, junto al cual dexó mandado en su testamento, que colocasen el suyo. Despues andando el tiempo fueron tantos los prodigios con que quiso el Señor honrar á su Siervo, y tanto el concurso de los que acudian con votos al sepulcro, que don Diego de Avellaneda, dignísimo prelado de aquella iglesia, quiso trasladarle á mejor y mas decente sitio, cual era la capilla de los señores obispos; como en efecto lo executó en 22 de enero de 1529. Trasladóse el cuerpo del Santo encerrado en una arca primorosa de plata, habiendo celebrado la exhumacion del cadáver y su traslacion con aquellas solemnidades de divinos oficios, concurso del pueblo, y devotas procesiones con que deben celebrarse las tras-

laciones de los santos. Pero pareciéndole á don Diego de Torrequemada, que un justo tan insigne, y á quien el cielo distinguia con tantos milagros, no debia estar confundido con los obispos, resolvió edificar una suntuosa capilla donde se venerase el cuerpo de san Pedro. Executóse así, y se trasladaron á élla las sagradas reliquias en 27 de abril de 1579, entre alegres y devotas aclamaciones del pueblo, que celebraban la santidad de su Patrono, y el honor con que le distinguia el venerable obispo.

Los milagros con que manifestó Dios la santidad de su Siervo despues de su muerte en todos tiempos, fueron tantos, y tan frecuentes, que excitaron la admiracion de todos, que concurrian de todas partes con votos y presentallas, testimonios de los favores recibidos. Su sepulcro manó por mucho tiempo un aceyte maravilloso, semejante al que se dice haber sudado aquel precioso monumento del monte Sínai, en que por ministerio de ángeles fue depositado el cuerpo de santa Catalina. Los leprosos, paralíticos, cojos, mancos, tullidos y enfermos de todo género de enfermedades recibian salud siempre que con verdadera fe se le encomendaban; pero quienes le han sentido mas propicio en las terribles angustias de las tormentas del mar, han sido los marineros. Estos le conocen por el nombre de Santelmo, y con el mismo le invocan en sus aflicciones, experimentando su patrocinio en los naufragios y borrascas; pero no van acertados cuando serenadas éstas, juzgan que las lucecillas fosfóricas que aparecen en los palos de los navíos, son luces producidas por san Pedro; pues antes que el Santo naciese sucedia lo mismo en las embarcaciones de los gentiles, en lo que se vé claramente, que ningun influxo podia tener su intercesion. Los efectos de la naturaleza y de la gracia no deben confundirse, ni atribuir, tal vez con supersticion, á esta última, lo que es puramente efecto de la primera. Alabemos á Dios por los beneficios que nos dispensa en sus santos, y porque en san Pedro quiso de varias maneras manifestarse grande y maravilloso.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui in maris periculis constitutis beati Petri opem singularem ostendis: ejus nobis intercessione concede; ut in hujus vitæ procellis tuæ gratiæ lumen semper affulgeat, quo æternæ salutis portum invenire valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que manifiestas el singular patrocinio del bienaventurado Pedro con los que se hallan en los peligros del mar; concédenos por su intercesion, que en medio de las borrascas de esta vida, no perdamos jamas de vista la luz brillante de tu gracia, con la cual lleguemos á encontrar el puerto seguro de la gloria eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es de san Pablo á los tesalonicenses, cap. 2.

Fratres: Fiduciam habuimus in Deo nostro loqui ad vos evangelium Dei in multa sollicitudine. Exhortatio enim nostra non de errore, neque de immunditia, neque in dolo, sed sicut probati sumus à Deo ut credetur nobis evangelium: ita loquimur non quasi hominibus placentes, sed Deo, qui probat corda nostra. Neque enim aliquando fuimus in sermone adulationis, sicut scitis: neque in occasione avaritiæ: Deus testis est: neque quærentes ab hominibus gloriam, neque à vobis, neque ab aliis. Cùm possemus vobis oneri esse ut Christi apostoli: sed facti sumus parvuli in medio vestri: tamquam si nutrix foveat filios suos. Ita desiderantes vos, cupidè volebamus tradere vobis non solum evangelium Dei, sed etiam animas nostras: quoniam charissimi nobis facti estis.

Hermanos: Tuvimos confianza en nuestro Dios de hablaros el evangelio de Dios con mucha solicitud. Porque nuestra exhortacion no es nacida del error, ni de la inmundicia, ni es engañosa: sino así como Dios nos ha probado para confiarnos su evangelio, así hablamos, no pretendiendo agradar á los hombres, sino á Dios que sabe cómo son nuestros corazones. Porque bien sabeis que nunca os hemos hablado palabras de adulacion: ni hemos vivido dándoos ocasion de avaricia, de lo que Dios es testigo: ni tampoco buscando entre los hombres nuestra gloria, ni entre vosotros, ni entre otro alguno. Pudiendo seros gravosos como apóstoles de Jesucristo, nos hemos hecho como párvulos en medio de vosotros, á manera de una nodriza que cria á sus hijos. Tratándoos de este modo, deseábamos con ansia, no solo entregaros el evangelio de Dios, sino tambien nuestra misma alma: porque os estimamos muchísimo.

REFLEXIONES.

El carácter de un predicador del evangelio es todo el asunto de la epístola que la santa Iglesia aplica al santo que celebra en este dia. Aquellas expresiones vivas y llenas de toda la eficacia de la verdad y del desinteres con que habla san Pablo á los tesalonicenses, delinean perfectamente las principales virtudes de un santo, que tantas almas conquistó por el ministerio de la palabra. Nada predica tanto como el exemplo. Toda la humana elocuencia no podrá jamás disputar la victoria á una sola voz que intimen las obras. Jesucristo comenzó primeramente á hacer, y despues á enseñar aquello mismo que obraba. Esta doctrina que infundió á sus apóstoles, y que vemos tan practicada por todos los santos, no es privativa de aquellos que tienen en la iglesia el ministerio de enseñar. Es verdad, que á éllos principalmente está destinada, baxo de la pena de aquella maldicion que Jesucristo echó á la higuera, por haber advertido en élla gran pompa de hojas, en que están significadas las palabras, y nada de fruto, en lo que se da á entender la carestía de buenas obras. Es verdad, que á los predicadores evangélicos se dirige principalmente lo que dice san Pablo en la segunda á los corintios, cap. 6. *A ninguno deis motivo de ofensa, para que nuestro ministerio no sea despreciado*; pero estas verdades comprenden tambien á todos aquellos á quienes de cualquiera manera les incumbe el oficio de enseñar á sus inferiores.

Un padre, una madre de familias, ¿cómo podrán reprender en sus hijos, ni en sus criados aquellos mismos defectos de que su conciencia les acusa reos? Está muy bien, que diariamente enseñen á su familia, que la doctrinen en las máximas de la moral cristiana, que cuiden mucho del genio y operaciones de cada uno para darle la direccion correspondiente; y últimamente, que como jueces domésticos corrijan y castiguen los defectos ó delitos que encuentren dignos de experimentar su severidad. Pero todos los padres de familia deben tener entendido, que nada será tan eficaz para reprender el vicio, ó para recomendar la virtud, como sus mismas obras.

Un hijo que vé el desórden con que vive su padre entregado al juego, á la diversion, á los espectáculos, al luxo; que mira muchas veces correr por las mexillas de su madre las lágrimas que brota un corazon resentido y despreciado: que advierte el abandono con que mira todas sus obligaciones, aun las mas necesarias para el sustento, y las mas sagradas por su estado, ¿qué caso ha de hacer este hijo de las reconvenciones de su padre, cuando quiera reprenderle iguales desórdenes y extravíos á los que él comete? ¿cómo será posible que logre la enmienda de unos delitos que está recomendando con sus obras? *Y tú*, dice san Gerónimo, ¿podrá responder el hijo, *por qué no haces lo que enseñas?* Pero por el contrario: si el superior de una familia vive arreglado, cada palabra suya es espada de dos filos: basta sola su presencia para contener los excesos, y muchas veces bastará tambien para castigarlos en aquel en que no se haya desnudado del pudor y de la sensibilidad.

El evangelio es del cap. 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Euntes prædicate, dicentes: Quia appropinquavit regnum cœlorum: Infirmos curate, mortuos suscitate, leprosos mundate, dæmones ejicite: gratis accepistis, gratis date. Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris: non peram in via, neque duas tunicas, neque calceamenta, neque virgam: dignus enim est operarius cibo suo.

Id, y predicad, diciendo: Que se acercó el reyno de los cielos. Sanad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios: graciosamente recibísteis, dad graciosamente. No poseais oro, ni plata, ni traigais dinero en vuestras bolsas: ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el obrero de su alimento.

MEDITACION.

De la correspondencia que guarda el mundo con sus partidarios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo es tan infiel, y tan inconsiguiente, que por lo regular, á nadie trata peor que aquellos que se declaran por de su partido. Es natural en los hombres estimar á los que convienen con sus pensamientos, y dar honor á aquellos que aprueban y ensalzan sus caprichos. Como éste es un efecto de la semejanza que tienen entre sí las almas, es consecuencia segura el amarse mútuamente los extravagantes, los viciosos, y los caprichudos. ¿Quién habia de creer que el mundo, compuesto por la mayor parte de las tres clases dichas, no habia de seguir en sus operaciones aquellas mismas reglas? La conversion del Santo, que celebramos este dia, manifiesta con claridad lo insubsistente de este modo de pensar. Mientras sigue ciegamente sus banderas, le ama, le estima, le celebra; pero con un amor falso, que casi está tocando con el ódio. Contempla si no al jóven Pedro sobre un poderoso caballo ricamente enjaezado, haciendo alarde de su lozanía, de su habilidad, de su poder, y de los muchos amigos que le acompañan.

El mundo le admira, le aplaude, le colma de sus elogios, y levanta al cielo las voces con que explica sus lisonjas. Contemplad al mismo jóven derribado en el suelo, hollado del mismo bruto que montaba, afeado con la suciedad del cieno en que se veía sumergido, y mirad al mundo, que debia compadecerle, ayudarle, levantarle, y cubrir su ignominia, celebrar con grandes carcajadas y gran fiesta su desventurada caida, mirar con risa su vituperio, y convertir en denuestos, chufletas y baldones los recientes aplausos. Este es el mundo, éste su genio; esta infidelidad caracteriza su correspondencia para con los que siguen sus máximas. Pensar que ha de ser humano, y condescendiente aun con los de su partido, es pensar

que puede hallarse la virtud en un pais sojuzgado y dominado por los vicios.

Con todo eso, tú le crees y le sigues: tú aprecias los vanos aplausos con que te entretiene mientras se llega el momento de hacer burla de tí. ¡Oh desventurado! ¡oh necio! *Guárdate*, dice san Agustin (*Serm.* 81.), *de que los amadores del mundo turben tu juicio, y te engañen y seduzcan. Ten entendido*, dice el mismo (*Epist.* 26. *num.* 2.), *que los lazos con que el mundo te cautiva y aprisiona, tienen verdadera aspereza y falso deleyte, dolor cierto, é incierta delicia; un duro trabajo, y un descanso rezeloso, una posesion llena de miseria, y una esperanza vacía de felicidad.* En todo observa las inicuas leyes de una verdadera protervia. Si ensalza, no es para otra cosa que para preparar una ruidosa caida: si abate, es para aniquilar el mérito y la virtud; si te alaba, es para hacer mas reparable tu burla, y mas ignominiosa tu vergüenza; y cuanto executa con sus partidarios, es dirigido únicamente á su precipicio. ¿No serán suficientes estas consideraciones para que conozcas el carácter del mundo, y te resuelvas á abandonarle para siempre?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solamente se mofa el mundo de aquellos que mas exâctamente observan su doctrina, sino que ademas los castiga con infortunios, desventuras, suplicios, y una infamia eterna. Fixa tus ojos en esos ídolos del poder, que fueron en sus dias los árbitros de la suerte de los hombres, y los objetos magníficos adonde dirigió sus elogios la elocuencia del mundo. Trae á la memoria tanto conquistador, tanto guerrero, tanto filósofo, que fueron en su tiempo el motivo de las admiraciones universales: ¿qué les ha tributado el mundo por sus servicios? ¿con qué ha recompensado sus obras? Un César, un Neron, un Eliogábalo, un Trajano, que sirvieron al mundo con el mayor esmero, y pusieron en él toda su gloria, ¿qué concepto le merecen al mismo mundo? La muerte violenta de casi todos éllos manifiesta, que si el mundo detestó su existencia cuando le servian, era preciso que no le fuese despues mas grata su memoria; y así se experimenta. El cruel, el lascivo, el ambicioso, el voluptuoso, el obsceno: he

aquí los títulos con que se notan en las historias sus nombres.

A esta infamia precede un interior tormento, que no se echa de ver en los que siguen al mundo; pero realmente éllos le padecen. Nada de cuanto tienen les sácia, antes bien no parece sino que aumenta su sed, y enardece su ambicion la seguridad y posesion de la cosa pretendida. ¿Y cuántas inquietudes deben acompañar á esta posesion tal vez injusta? *Aquellas riquezas*, decia san Agustin (*Serm.* 14.), *que pensais son el depósito de las delicias, son en la realidad el depósito de los peligros. Aquel era pobre; pero dormia seguro: el sueño se acercaba con mas facilidad á la tierra dura, que al dorado lecho. Comparad los cuidados que despedazan á los ricos con aquella dulce tranquilidad de los pobres, que alarga sus dias, y los llena de sosiego y de ventura.* Preciso es conocer que el mundo infiel y mentiroso en sus promesas, no solamente persigue á los siervos de Jesucristo, sino que á sus mismos amadores y partidarios los engaña, los vitupera, los mofa, los castiga.

¿Y tendrá, no obstante esto, tanta fortuna el mundo, que te cuente á ti en el número de sus partidarios? Si todo racional aborrece la falsedad y la protervia, y basta cualquier defecto en este punto para aniquilar en un instante la amistad de muchos años, ¿serás tan insensible que conozcas la traicion que te se hace, y ames y sirvas no obstante al traidor? Apenas has empleado tu vida en otra cosa que en seguir al mundo, y proclamar su doctrina con tus obras. ¡Cuántos desasosiegos, cuántas amarguras por complacerle! ¿Y cuál ha sido el premio con que ha recompensado tus fatigas? ¿Qué tienes, qué posees por fruto de tus obsequios y trabajos? *Llegó la hora de la muerte*, dice el Espíritu santo (*Ps.* 75.), *y los varones de riquezas, los hombres del mundo se encontraron con las manos vacías.* Tú, además de esta burla, estás hecho el juguete de tus deseos, consumido de tus vanas esperanzas, y mortificado de mil maneras. En vista de semejantes perfidias *dexad de amar al mundo y á cuanto hay en él*, que es el clamor de san Juan evangelista (I. *cap.* 2.).

JACULATORIAS.

Mundus transit, et concupiscentia ejus. 1. Joan. cap. 2.

¡Oh! el mundo y su falso amor se desvanecen, y pasan como si fuera una sombra.

Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus. Salm. 40.

Con sábia providencia, Dios mio, llenastes los bienes terrenos de amarguras, para que el corazon del hombre no se fixe sino en el bien eterno para que le criaste (*Aug. Enarr. in Ps.* 40. *num.* 5.).

PROPOSITOS.

Es necesario mudar el corazon, esto es, es preciso mudar los afectos. Conocido un daño, es el extremo de la estupidez permanecer sin pensar en el remedio. Ya sabes que el mundo es infiel, que es protervo, que paga los obsequios y servicios con positivos daños; con que es preciso volver en tu acuerdo, y atajar los progresos á los daños que hasta ahora has padecido. ¿Y qué remedio? En tu mano está, y ya está dicho: mudar la direccion de tu amor: inclinar el corazon al objeto que de justicia merece, y debe ser amado. Es preciso levantar el corazon, y dexar de habitar con él en donde estamos necesitados á asistir con el cuerpo. Lo que no es necesario debe excusarse, *que al dia le basta su malicia* (*Matt.* 6.). *Nosotros estamos muertos*, decia san Pablo (*ad Col.* 3.), *y nuestra vida está escondida en Dios juntamente con Cristo.* Muertos para el mundo, y vivos para el cielo, deben ser nuestras obras propias de unos hombres celestiales, ó á lo menos no debemos permitir que nuestro corazon se fixe en este mundo, á cuyas pompas hemos renunciado.

Hechos cargo de su falsedad, debemos clamar con el profeta David (*Ps.* 85.): *Enchid, Señor, el alma de este vuestro siervo de vuestra soberana alegría, pues yo he levantado ya á vos mi espíritu. Estaba antes apegado á la tierra, y sentia en élla una verdadera amargura: para que no se secase de melancolía, y perdiese toda la suavidad de tu gracia, levanté á ti mi espíritu; llenadle, Señor, de vuestras*

celestiales delicias. Vos solo sois verdadera dulzura, porque el mundo no da de sí, ni tiene mas que hiel, acibar y amargura (*Aug. Enar. in Ps.* 85.). " A cualquiera parte que se » vuelvan los ojos no encontrarán mas que escándalos, te- » mores, tribulaciones y peligros. ¿En qué hombre se ha- » llará seguridad? ¿Quién será capaz de proporcionarte » una sólida y verdadera alegría? Ni tú á ti mismo: ¡cuán- » to menos deberás esperarlo de cualquier ótro!" (*Aug.* » *ubi suprà*).

Luego no hay otro remedio mas que colocar en Dios todas nuestras esperanzas, todos nuestros deseos y todos nuestros cuidados. Ningun otro medio de vivir tranquilos y seguros. Aquella pretension fastidiosa que me apura la paciencia, y me obligaba á atropellar la justicia, la abandonaré desde este dia: aquellos obsequios que tributaba al capricho, á la novedad, á la locura, para merecer las atenciones del mundo, desde hoy mismo han de quedar abandonados. Mis palabras no servirán ya á la lisonja y á la adulacion, sino solamente á la verdad: mi corazon tendrá paz, porque se desarraigará del mundo, y se levantará al cielo. Despreciaré al mundo antes que él me haga esta burla junta con un eterno daño: y sepa que si hay quien le siga ciegamente, tambien hay quien sepa despreciarle.

DIA QUINCE.

San Benito el mozo, llamado comunmente san Benitico, confesor.

San Benito, llamado san Benitico por sus pocos años, y y por su pequeña estatura, fue un pastorcillo de las cercanías de Aviñon, á quien el Señor quiso prevenir casi desde la cuna con las mas dulces bendiciones de su gracia; contentándose con mostrarle al mundo, como uno de aquellos prodigios que dexa ver en él de tiempo

en tiempo para crédito de su poder, para exemplo de nuestra tibieza, aliento de nuestra fe, y confusion de su orgullo.

Nació el añó de 1165 en una aldea, que entonces se llamaba Almilat, y puede ser que sea la que ahora se llama Alvilar en el Vivarés, diócesis de Vivers, á tres jornadas de Aviñon. Perdió á su padre siendo muy niño; y cuando llegó á la edad de nueve ú diez años, su madre, que le habia criado en el temor santo de Dios, le dió á guardar un hatico de ovejas, á que estaba reducida toda su hacienda. Habiéndose criado nuestro pastorcillo en esta inocencia y simplicidad de costumbres y de fortuna, siendo de edad de doce años, le dió el Señor á conocer con modo muy extraordinario, que le habia escogido para obrar grandes maravillas.

El dia 13 de septiembre del año de 1177, dia señalado por un eclipse de sol, hallándose en el campo nuestro zagalillo guardando sus ovejas, oyó por tres veces una voz del cielo que le dixo: *Benitico, hijo mio, oye la voz de Jesucristo.* Admirado el niño de oir que le hablaban, y que no veía á nadie, respondió: *Señor, ¿quién sois vos que me hablais; porque yo os oigo; pero no os veo? No temas, hijo*, prosiguió el Salvador, *óyeme, y haz lo que te diré. Yo soy Jesucristo, tú Dios, que con una sola palabra crié todas las cosas de nada, y puedo hacer todo lo que quiera. Pues, Señor, ¿qué quereis que haga?* le preguntó Benitico. *Quiero que dexes las ovejas, y que vayas á fabricar un puente sobre el Ródano. No, Señor, no puede ser*, replicó el inocente niño, *porque yo no se qué cosa es Ródano, y no me atrevo á dexar solas las ovejas de mi madre. Obedece con rendimiento y sin réplica*, le dixo el Salvador, *que yo proveeré á todo. Yo cuidaré de las ovejas, y te enviaré presto quien te guie al Ródano. Pero Señor*, replicó el niño, *un puente no se hace por poco dinero, y yo no tengo mas que tres maravedís: ¿qué caudal es éste para una obra tan grande? Pon toda tu confianza en mí*, respondió el que le hablaba, *y no te dé pena otra cosa.* Penetrado el chico de admiracion, y de una vivísima confianza, dexó al punto las ovejas, y luego se puso en camino. A pocos pasos vió á su lado á un gallardo jóven en trage de caminante con su palo en la

mano, y con unas alforjas al hombro, que le dixo venia á llevarle al Ródano, hasta ponerle en el parage donde queria Dios que fabricase el puente.

Aunque habia tres dias de camino, se asegura que llegaron en menos de tres horas. Viéndose Benitico á la orilla del Ródano, enfrente de Aviñon, considerando así lo ancho como lo rápido del rio, quedó espantado, y dixo al que le guiaba: *Aquí es imposible hacer puente. No temas*, *hijo*, le respondió el ángel: *haz lo que Dios te manda, que este Señor nunca manda cosas imposibles, y presto lo experimentarás. Pasa la barca, preséntate al obispo de Aviñon, y dile la comision que llevas.* Diciendo esto desapareció el ángel, y el niño se sintió animado de nuevo aliento y de nueva confianza.

Pidió al barquero que le pasase por amor de Jesus y de María; pero el barquero era judío, y puso mala cara á la peticion. Ofrecióle los tres maravedís que tenia, por los cuales le pasó, y le puso á la puerta de la ciudad. Entró en ella Benitico, y se fue derecho á la iglesia, donde á la sazon estaba el obispo predicando. Sin mas formalidad ni preámbulo le interrumpió el inocente niño, y dixo en voz alta, que le enviaba Dios para que levantase un puente sobre el Ródano. Todo el auditorio se echó á reir, y el obispo que se llamaba Poncio, pareciéndole que aquel muchacho sería algun pobrecito simple, mandó que le sacasen de la iglesia, diciéndole al mismo tiempo, como por burla, que si queria levantar el puente fuese á estar con el preboste de la ciudad. Era el preboste hombre sério, y mal acondicionado, muy á proposito para si el chico estaba loco, hacerle cuerdo con los azotes. Oyó Benitico las palabras del obispo, y entendiéndolas como sonaban, se fué derecho á casa del preboste, y le dixo con grandísima inocencia: *Señor, Dios me envia á fabricar un puente sobre el Ródano, y es menester que usted me ayude.* El preboste, mirándole con ceño y con severidad, pero sin poder contener la risa, le respondió: *Sí, niño, me parece muy bien*; y señalando con la mano una gran piedra que habia en el patio, tan gruesa y tan corpulenta que treinta hombres juntos apenas la podrian mover, añadió: *pero es menester que lleves á cuestas esa piedra,*

porque es la primera que hemos de poner en la obra. Al instante se fue Benitico adonde estaba la enorme losa, y haciendo la señal de la cruz, la tomó, y se la puso sobre la cabeza con la misma facilidad con que pudiera una china.

Quedaron todos atónitos á vista de aquel prodigio. Informado el obispo acudió al punto con todo el pueblo á casa del preboste; y Benitico, cargado con aquel disforme peso, atravesó toda la ciudad, acompañado del obispo, nobleza y magistrado, y llegando á la orilla del Ródano sentó la piedra en el parage donde comienza el puente, habiendo tantos testigos de esta maravilla, como vecinos tenia entonces Aviñon.

Ya se dexan discurrir los efectos que causaria el prodigio: todos gritaban, Milagro; y el preboste, arrojándose á los pies del Santo, se los besó con humildad, y le entregó de contado trescientas piezas de plata para dar principio á aquella grande obra. El obispo, el clero, la nobleza y el pueblo, todos á porfia le tributaban iguales muestras de veneracion; y queriendo todos contribuir á obra tan milagrosa, en menos de dos horas se juntaron cinco mil monedas, que en aquel tiempo era una suma muy considerable.

A la verdad, no contribuyeron poco á la liberalidad de los vecinos de Aviñon las maravillas que se siguieron á la primera. Muchos enfermos quedaron de repente sanos solo con besar la mano, ó tocar la ropa de nuestro Santo, contándose hasta diez y ocho milagros en aquel primer dia. Y la prueba mas concluyente de que Dios le habia destinado para aquella grande obra fue la continuacion de prodigios que sucedieron mientras duró su construccion; no siendo el menor de todos la prudencia, la sabiduria y la penetracion de que Dios habia dotado al santo Niño, en una edad en que apenas despunta la razon, dirigiendo toda la fábrica con tanto acierto, que los hábiles maestros estaban asombrados.

Mientras tanto iba prosiguiendo la obra; y lo que los emperadores romanos, y los mas poderosos reyes de Francia, ó no tuvieron aliento para emprender, ó no pudieron conseguir, se vió casi perfeccionado en el ceñido espacio de siete años, mas que por la multitud de

los oficiales, por la poderosa direccion del milagroso arquitecto.

Creciendo y dilatándose mas cada dia la fama de nuestro Santo, concurrieron á él muchas personas, así para tener parte en sus trabajos, como para aprovecharse de su doctrina y de sus exemplos. Formóse, pues, una especie de comunidad, ó congregacion religiosa, baxo la conducta y gobierno de Benitico, que con el título *de hermanos del puente*, tenian á su cargo la superintendencia de la obra, velaban sobre sus reparos, y hacian al público muy importantes servicios. Al mismo tiempo fundó nuestro Santo un hospital para los peregrinos, del que cuidaban tambien los hermanos del puente, en el cual se vió renovado el fervor y la caridad de los primitivos cristianos.

Dióse principio al milagroso puente el año de 1177, y en el espacio de siete años se acabaron todos los pilares y se perfeccionaron casi todos los arcos, á pesar de la profundidad y la violencia de uno de los mas rápidos y mas caudalosos rios del mundo. Hizo cuanto pudo el enemigo de las obras de Dios, ó para estorbar, ó á lo menos para destruir ésta, que tan visiblemente publicaba su bondad y su poder. En cierto dia que nuestro Santo se hallaba en oracion á cinco ó seis leguas de Aviñon, le reveló Dios el accidente que acababa de suceder por malignidad del príncipe de las tinieblas; y dixo á sus compañeros: *Hermanos, vamos luego á reparar un arco del puente, que el diablo acaba de arruinar.* Viéron despues los hermanos con sus mismos ojos que él Santo no los habia engañado, y que solo Dios pudo revelarle el accidente que habia sucedido.

Entraba Benitico en los diez y nueve años de su edad cuando el Señor le reveló tambien el dia de su muerte. Dispúsose á élla con nuevo fervor y con mayores penitencias; y asaltado de una enfermedad que parecia ligera, teniendo por cierto que se iba acercando su postrera hora, recibió los sacramentos con extraordinaria devocion. Y como el amor que habia profesado siempre á la santísima Vírgen, á quien llamaba su querida madre, habia sido muy tierno durante la vida, se explicó mas ardiente y mas fervoroso en las cercanías de

la muerte. Aquella confianza sin límites en los dulcísimos nombres de Jesus y de María, que no se le caian de la boca, daba á conocer á todos los circunstantes los tiernos y los encendidos afectos de su abrasado corazon.

Luego se extendió por la ciudad la noticia de su enfermedad, se sobresaltó toda élla, y su muerte llenó de luto á todo el condado de Venesin. Sucedió ésta el dia 14 de abril de 1184; y habiendo merecido en vida tan elevado concepto de su grande santidad, fácilmente se dexa discurrir cuánta sería la pública veneracion que logró despues de muerto. Atropellábanse todos con el ánsia de besar el santo cadáver, y por el deseo de lograr alguna reliquia suya, siendo objeto del culto y veneracion universal de nobleza y clero todo lo que habia servido para su uso. Hubo una piadosa competencia entre el obispo, el preboste de la ciudad, y los cabildos, sobre quién habia de llevar el santo cuerpo; pero fue menester rendirse todos á la voluntad del Santo, que estando para morir, declaró su deseo de ser enterrado en la capillita, que él mismo habia labrado sobre el tercer pilar del puente, donde tenia de ordinario largas oras de oracion. Las exêquias mas parecian triunfo que pompa funeral. Metieron el santo cuerpo en un sepulcro de piedra, cubierto con una gran losa, sobre la cual estaba abierta á cincel una cruz, y al lado de élla el nombre del Santo.

Presto se hizo célebre y glorioso su sepulcro por el gran número de milagros que el Señor se digno obrar en él. Hallándose en Aviñon el papa Inocencio IV. el año 1245 le canonizó solemnemente por una bula dirigida á todos los fieles, en la cual declara, que la construccion del puente de Aviñon fue una série contínua de milagros desde el principio hasta el fin; y que el Señor honró al santo Pastorcillo despues de su muerte con un prodigioso número de maravillas.

Habiéndose arruinado una gran parte del puente el año de 1669 por el descuido de repararle con tiempo, se vió precisada la ciudad de Aviñon á retirar de alli el cuerpo del Santo. Abrióse el sepulcro á presencia del provisor y vicario general del arzobispado en sede vacante el dia 18

de marzo de 1970 delante de notarios públicos, y de multitud innumerable de pueblo. Quedaron todos devotamente admirados al ver el santo cuerpo entero, fresco, y flexible, sin la menor señal de corrupcion. Hasta las mismas entrañas se conservaban ilesas, y los ojos con un color tan natural, y con la misma vivacidad que si estuvieran vivos. Las barras de hierro que atravesaban el sepulcro se encontraron todas roidas del orin; pero el vestido del Santo, y el lienzo en que le envolvieron, tan enteros y tan nuevos como el mismo dia en que le enterraron. El cuerpo no tenia mas que cuatro pies y medio de largo, y el semblante mostraba ser de un mocito muy jóven. Colocóse como en depósito esta preciosa reliquia con mucha solemnidad en la capilla del hospital de san Benitico; de donde el año de 1674 fue trasladada á la iglesia real de los padres celestinos, y puesta en un magnífico sepulcro, sobre el cual se representa en relieve la imágen del Santo en figura de un jóven pastorcillo, acompañada de otras medallas de medio relieve, en que estan representadas las principales acciones de su vida.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Benedicti, confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atended, Señor, á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu glorioso confesor el bienaventurado Benito; para que seamos ayudados por su intercesion, ya que no tenemos confianza en nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 1. de la primera que escribió san Pablo á los corintios.

Fratres: Videte vocationem vestram; quia non multi sapientes secundùm carnem, non multi potentes, non multi nobiles, sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus,

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios; y las cosas dé-

ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodùm scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

biles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes; y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son: á fin de que ningun viviente se gloríe en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesus, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificacion y redencion: por lo cual, segun lo que está escrito, el que se gloría, gloríese en el Señor.

NOTA.

»Era Corinto una de las principales ciudades de la Grecia, metrópoli; esto es, capital de la provincia de Acaya. Pasó á élla san Pablo hácia el fin del año 52 á predicar el evangelio á los gentiles, y se detuvo en dicha ciudad diez y ocho meses instruyendo á los fieles recien convertidos en la religion cristiana. Por el mes de abril del año de 54 partió de Corinto á Jerusalen, y desde aquí á Efeso, donde estuvo tres años. Desde esta última ciudad escribió su primera carta á los corintios el año de 57 de la encarnacion de Cristo.

REFLEXIONES.

Es el orgullo un achaque tan comun y tan popular como todas las enfermedades corporales. A todos se pega, y á todos acomete; y aunque es verdad que en la córte y en el trono reyna con mayor fausto, y con mas pomposo aparato; pero no pocas veces domina con no menor imperio en el desierto, y entre el saco y debaxo de la ceniza. Dícese que el orgullo es una especie de hinchazon, porque el que le padece se imagina que ocupa mas lugar del que ocupa efectivamente. No hay enfermedad mas fácil de curarse, y ninguna hay de que menos enfermos se curen. Un poco de reflexîon sobre la naturaleza del mal, y sobre las cosas que le irritan; un poco de entendimiento, una

razon natural medianamente despejada, bastan para descubrir la inanidad, la ridiculez de nuestras vanas ideas. Es una pasion que parece lleva consigo misma el contraveneno.

Eres vano, fiero, altivo, soberbio; pues pregúntate alguna vez á tí mismo: ¿por que motivo lo eres? La misma causa de nuestra vanidad nos llenará de vergüenza, si tenemos un adarme de entendimiento, y una pizca de religion. La mayor parte de los hombres; pero especialmente de las mugeres, no hallará otro principio, otro origen de la demasiada merced que se hacen á sí mismos, y del desprecio con que tratan á los demas, sino unas razones, que ó son fuera del asunto, ó si tienen alguna fuerza, únicamente es para corrernos y para avergonzarnos.

La nobleza, cierta distincion, cierta clase en que nos coloca una dignidad, un empleo, un magnífico tren, vestidos ricos, galas ostentosas, un cuarto preciosamente alhajado, muchas rentas, un entendimiento perspicaz, vivo, brillante, gran fama, meter ruido en el mundo, una hermosura que encanta, que embelesa, que arrastra, que conquista; estas son las cosas que mas de ordinario producen esta pasion y la fomentan. Pues convenzámonos de la baxeza de su origen, de la indecencia de su conservacion; y nos averzonzarémos de haber sido tanto tiempo indignos esclavos suyos.

Engreirse por haber tenido un abuelo de gran mérito: mirar á los demas con desden y con desprecio porque lee su apellido en pergaminos viejos y roidos, porque las armas de su casa se ven en edificios antiguos y arruinados: ¿puede haber opinion mas mal fundada? Desengañémonos, que el mérito es personal y las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dexar á la posteridad una nobleza que no se recibió, que haberla adquirido de sus antepasados. No se niega que la nobleza adquirida logre sus prerogativas autorizadas por el mismo Dios, ni que sea digna de respeto: lo que se pretende es, que nunca puede ser título de ostentacion y de orgullo.

La elevacion en que nos colocó una dignidad, un empleo, que acaso se compró con el mérito del dinero, ¿es motivo justo para mirar con desden, con sobrecejo á

los que están un poco mas abaxo? En todos los estados parece bellamente la modestia; pero en los de mayor distincion se hace mucho mas respetable. Al contrario el orgullo, es mucho mas odioso cuanto mas elevado se le mira. ¿Qué cosa mas fuera de razon que estimar menos á los ótros, porque eres mas rico, ó porque eres mas galan? ¿qué gloria mas indigna, ni mas baxa? ¿qué vanidad mas digna de compasion, que ser orgulloso, altivo y fiero porque tienes una rica carroza, unos hermosos caballos, gordos, lucidos y bien enjaezados, un gran tren, una magnífica librea y de bello gusto? Y el tener mas dixes ó mas cachivaches sobre ti: el saberte vestir mejor que las ótras, ¿será motivo racional para que te encarames, y te hinches? Con todo eso, ésta es la vanidad mas comun de las mugeres. Desprecias á los demas porque te presentas en la calle con mayor fausto y con mas profanidad; pero el que ha menester tanto aparato para hacerse estimar, no sé yo que sea muy estimable. Por otra parte, en dando á la habilidad del sastre las alabanzas que merece, y al valor del paño ú de la tela el precio que les corresponde, ¿qué quedará para el que la trae, si no tiene otro mérito que el del vestido? Pero dices que eres hombre de entendimiento: si esto es así, no tendrás vanidad, porque el orgullo es pasion de tontos, y rara vez se encuentra en los que no lo son. Acordémonos que dentro de nosotros mismos llevamos todos los materiales que son menester para humillarnos. Acordémonos, que Dios elige lo mas flaco del mundo para confundir lo mas fuerte; que escoge lo menos noble, lo mas despreciable, y las cosas que no son, para destruir las que son, á fin de que ninguno pueda gloriarse de nada en su divina presencia: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea, quæ non sunt, et ea, quæ sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus.*

El evangelio es del capítulo 18. de san Mateo.

In illo tempore: Advocans Jesum parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen

En aquel tiempo: Habiendo llamado Jesus á sí un niño, le puso en medio de sus discípulos, y dixo: En

dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum.

verdad os digo que si no os transformais y haceis como niños, no entraréis en el reyno de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

De la desconfianza de sí mismo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en materia de virtud, la desconfianza de sí mismo no es aquel desaliento que consiste en un excesivo miedo de no poder conseguirla, y que no pocas veces degenera en pusilanimidad: es una virtud que nos hace visible nuestra nada, que nos obliga á no contar con nuestras fuerzas, y nos induce á colocar toda nuestra confianza en la bondad omnipotente de nuestro Dios. Pocas virtudes hay que nos inspiren mas aliento, y pocas tambien que hagan descender sobre nosotros mayores auxílios del cielo. Aquel baxo y humilde concepto que se tiene de sí mismo, gana el corazon de Dios; y la confianza en su bondad, sin la cual la desconfianza no sería virtud, sino cobardía y pobreza de espíritu, le mueven á derramar sobre nosotros sus gracias con mano mas liberal y mas benéfica.

Nunca soy mas poderoso, decia de sí san Pablo, que cuando conozco mi flaqueza y mi miseria. Aquel Señor, que crió todas las cosas de la nada, parece quiere que se presuponga siempre el conocimiento de nuestra nada, como precisa condicion, ó como disposicion necesaria para todas las maravillas que pretende obrar por ministerio nuestro. Si escogió á Moyses para que librase á su pueblo de la esclavitud de Egipto, no le despachó á este fin hasta que aquel grande obrador de milagros reconoció su incapacidad y su nada: *Quis sum ego ut vadam* (Exod. 2.). ¡Ah, Señor! exclama Jeremías, cuando le destina Dios para anunciar su palabra á los reyes, y á las naciones. ¡Ah, Señor! que no sé hablar, porque soy como un niño: *A, à, à,*

Domine Deus: ecce nescio loqui, quia puer ego sum (Jerem. 1.). El mismo concepto formó de sí Ezequiel, y habló de la misma manera. ¿Qué santo se hallará en la Iglesia de Jesucristo que hubiese pensado, ni hablado de otro modo? Este vivo conocimiento de su flaqueza y de su nada, tan lejos estuvo de hacerlos inútiles y ociosos, que antes los movió á trabajar con mayor confianza, y con mucho mayor fruto. Mirándose, ó considerándose como meros instrumentos en las manos del Señor, á nada se negaban, todo lo emprendian confiados en la sabiduría, en la destreza y en el poder del soberano Artífice, que los ponia en movimiento. Considera la empresa á que se alentó san Benitico: admira aquel esfuerzo y aquel ánimo; pero reconoce en él la asistencia del Todopoderoso, adorándola en el milagroso suceso de su empresa. ¡O, Dios mio, y cuántas maravillas obraríamos, si tuviérámos bien conocida nuestra insuficiencia! Confiamos demasiado en nuestra habilidad, en nuestras propias fuerzas; y haciéndonos demasiada merced á nosotros mismos, nos desdeñamos de ser instrumentos, y queremos ser artífices y causas principales. ¡Y despues de esto, nos admiramos de que Dios no eche la bendicion á nuestras empresas! ¡de que hagamos tan pocos progresos en el camino de la perfeccion! ¡de que se desgracien, ó se desvanezcan todos nuestros intentos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la desconfianza de sí mismo, acompañada de la confianza en Dios, es virtud muy necesaria para obrar en todo con fruto y con acierto. Complácese Dios en confundir nuestro orgullo, echando á rodar nuestros proyectos, y burlándose, por decirlo así, de nuestra prudencia humana. ¿Cuántas veces salen falsas las medidas que se toman, al parecer, con mas cordura y miramiento? ¿cuántas dan al traves la fuerza y la industria por mas acordes que caminen? ¿cuántas no corresponden á los cuidados y á las fatigas el suceso de las empresas concertadas y seguidas con la mayor prudencia? ¿Será porque los medios no se proporcionan con el fin? No es eso; es porque contamos demasiado con nuestro poder y con nues-

tra maña ¿Acaso nos pasó siquiera por el pensamiento interesar á Dios en lo que emprendíamos? ¿Qué parte tuvo en ello? ¿Sirviónos de impulso, de fin ú de motivo su mayor gloria? ¿fue su divina voluntad regla de la nuestra? ¿hicimos alguna diligencia para conseguir, ni para merecer su asistencia? Ah, que no menos temerarios é insensatos que los descendientes de Noé pretendimos levantar nuestro soberbio edificio hasta las nubes, sin consultar mas que á nuestas propias fuerzas, y á nuestra desvanecida ambicion, y el Señor se rió de nuestras locas empresas. Confunde Dios nuestra falsa prudencia con nuestra misma ambicion. Dices que nada te sale bien: ¿pero dime, sobre qué cimientos fundas? sobre arena movediza, sobre tierra poco sólida; porque á ninguna otra cosa se puede comparar mejor nuestra presuntuosa suficiencia. Queremos ser los únicos artífices de nuestra fortuna, y todo lo echamos á perder. Pone Dios toda la fuerza de Sanson en los cabellos; y para derrotar á los filisteos no le da mas armas que la mandíbula ó la quixada de un vil y humilde animal. Solo con el sonido de las trompetas, y con llevar en las manos luces encendidas, echa por tierra los muros de la soberbia Jericó. ¡Mi Dios, y con qué divina elocuencia convencen estas figuras lo poco que debo fiar de mis fuerzas, de mi habilidad y de mi industria!

Ninguna cosa empeña tanto al Señor á echar su bendicion sobre todo lo que trabajamos como la rectitud, la pureza de intencion, y la firme actual persuasion de nuestra insuficiencia. Reconozcámonos pobres, flacos, inhábiles: entremos muchas veces dentro de nuestra propia nada: conozcámonos ni mas ni menos como somos, y sin razon de dudar, recurrirémos siempre á aquel de quien dimana todo buen suceso. Todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros nos está predicando nuestra pobreza y nuestra general ineptitud: tinieblas en el entendimiento; ilusiones en el corazon; desproporcion en los medios: del tiempo no podemos disponer, ni alcanza nuestra luz á preveer los estorbos: todo nos convence nuestra insuficiencia, y con todo eso en todo obramos como si fuéramos independientes. El orgullo nos ciega, la concupiscencia nos precipita, y la pasion nos atolondra.

Echa el cielo la bendicion á todo lo que se empren-

de, cuando se emprende con desconfianza de sí mismo: cuando se está en la persuasion de que nuestros alcances son muy limitados, nuestras medidas muy cortas, nuestra prudencia muy niña, nuestra industria muy ceñida, y todos nuestros esfuerzos siempre insuficientes, y poco seguros. Coloquemos en Dios toda nuestra confianza, que este recurso lo suple todo, y resarce con ventajas la cobardía que podia inspirarnos la confianza en nosotros mismos.

¡O mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí en qué consista la verdadera prudencia y la fuerza de un cristiano! Sí, dulce Salvador mio, confieso que he contado con mis propias fuerzas mas de lo que debiera; pero con vuestra gracia yo me aprovecharé bien de este conocimiento de mi falta; y desconfiando de mí mismo, de hoy en adelante pondré en solo vos toda mi confianza.

JACULATORIAS.

Maledictus homo, qui confidit in homine; et ponit carnem brachium suum. Jerem. 17.

Maldito es el hombre que pone su confianza en otro hombre, y que fia á su carne la fuerza de su brazo.

Benedictus vir, qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Jerem. 17.

Bendito es aquel que confia en Dios, siendo el Señor toda su confianza.

PROPOSITOS.

1 El hombre no es mas que miseria: del fondo mismo de nuestro corazon nacen el error, la obscuridad y las tinieblas. Ni aun la razon siquiera está libre, porque las pasiones la ciegan y la arrastran. Sanson pierde juntamente con su fuerza la libertad y los ojos. Tan poco advertidos como él, decimos con demasiada confianza en nuestras propias fuerzas: *Egrediar et me excutiam* (Judic. 16.). Sabré lograr mis intentos por mi habilidad y por mi industria: saldré con esta idea, llevaré al cabo tal proyecto, concluiré felizmente tal ne-

gociacion, y yo mismo me fabricaré mi fortuna. Con esta vana confianza se aplican los medios, se hacen los mayores esfuerzos, se ponen en movimiento todas las máquinas, todos los artificios; y al cabo, ¿qué es lo que se consigue? verse lastimosamente sepultado entre sus ruinas. Así se complace Dios, por decirlo así, en confundir nuestra ambicion. Aprovéchate de estas reflexîones, y en adelante no atribuyas el mal suceso de tus negocios y pretensiones, ni á la multitud de concurrentes, ni á la malicia de los envidiosos, ni á la emulacion, interes, ó mala fe de los que desbaratan tus medidas: el verdadero orígen de tu desgracia es esa prudencia puramente humana, esa frívola confianza, ese brazo de carne en que te fias. Gobiérnate en lo sucesivo por mejores principios, y edifica sobre mas sólidos cimientos. Nunca emprendas cosa sino confiado en la asistencia del cielo. Haz poco caso, ó ninguno de tu industria, de tu poder y de tu crédito, teniendo presente aquel oráculo: *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam* (Salm. 126.). Si el Señor no toma de su cuenta este negocio, esta empresa; si él mismo no levanta mi casa, inútiles son todos los esfuerzos de cuantos se empeñan en levantarla. En vano velamos nosotros, si el Señor no vela. Debemos, decia nuestro padre san Ignacio, tener en Dios una confianza tan perfecta como si él solo, sin concurso nuestro, hubiera de hacer todas nuestras obras; y debemos nosotros aplicarnos á éllas con tanto cuidado como si nosotros solos las hubiéramos de hacer sin concurso suyo.

2 No basta desconfiar de nuestras fuerzas y de nuestra industria: es necesario proceder como hombres que todo lo esperan de Dios. Primero: Nunca emprendas cosa alguna sino por motivos verdaderamente cristianos. La gloria de Dios y nuestra salvacion deben ser el principal objeto de todas nuestras empresas. Si Dios no tiene parte en el fin, tampoco la tendrá en los medios. Segundo: Antes de dar principio á ese pleyto, de entrar en ese negocio, de empeñarte en esa pretension, vete á una iglesia, póstrate á los pies de Cristo crucificado, lleno de fe y de confianza en su bondad, ofrécele, y encomiéndale lo que piensas emprender, pidiéndole te asista para salir

bien de lo que intentas, si ha de ser para mayor gloria suya y provecho de tu alma. Vuélvete á la santísima Vírgen, é implora tambien su proteccion. La antífona *Sub tuum præsidium*, y la *Salve* que repite la Iglesia tantas veces, son admirables oraciones para dar feliz principio á todas nuestras obras. Tercero: Confiesa y comulga con el mismo fin, porque siempre se consiguen los auxílios necesarios cuando se recurre á la fuente de las gracias. Cuarto: Pide á ótros que encomienden á Dios el buen suceso, y haz decir algunas misas; porque ninguna cosa mueve mas á Dios que el sacrificio de esta víctima incruenta. Quinto: Interesa en tu pretension ó en tu negocio á los santos ángeles, particularmente al santo ángel de tu guarda, cuya devocion es una de las mas importantes y de las mas eficaces para todo. Y no nos hemos de contentar con recurrir á esos medios espirituales solamente en el principio de nuestras empresas, sino que debemos repetirlos muchas veces en el curso de la negociacion ó de la obra.

DIA DIEZ Y SEIS.

El beato Joaquin, confesor, del órden de los servitas.

El beato Joaquin nació en Sena el año de 1258. Fue su padre de la noble familia de los Pelicanis; y su madre, venerada de todos por muger de singular virtud, no fue de inferior calidad. Pero lo que mas ilustró á los dos nobles casados, fue la eminente santidad de su hijo, de que dió grandes indicios desde su mas tierna infancia.

Apenas se podia aún conocer por su corta edad el rumbo hácia donde se dirigian sus inclinaciones, cuando se reconoció que todas éllas eran hácia la piedad, sin descubrirse en él otra pasion dominante que el amor á la virtud. La vivacidad de su ingenio, junta al candor de un natural dócil, sincero y apacible; sus facciones delicadas

y de hermosa proporcion; cierto ayre grato, noble y naturalmente despejado; unas costumbres inocentes; un juicio maduro y muy anticipado á la edad; el ayroso desembarazo de todas sus acciones, que sin estudio ni artificio salian todas cultas, graciosas y cortesanas, le hacian dueño sin resistencia, solo con dexarse ver, de los corazones de todos; pero su compostura, su modestia, aquel frecuente exercicio de oracion en que se le veía; y sobre todo la tiernísima devocion que manifestó desde luego á la santísima Vírgen, le constituyeron objeto digno de la pública admiracion. Parece que la caridad con los pobres, y la devocion á la Reyna de los ángeles habian nacido con él.

Luego que supo de memoria la salutacion angélica, todo su gusto era estarla contínuamente repitiendo; cada vez lo hacia con mayor devocion y con mayor ternura. No tomaba gusto en los ordinarios entretenimientos de los demas niños, siendo su única diversion estarse en la iglesia, y hacer oracion á Dios delante de alguna imágen de la Vírgen; habiéndose impuesto desde aquella inocente edad una ley que observó religiosamente toda la vida, de rezar una *Ave, María* siempre que viese alguna imágen de esta Señora.

Á la oracion juntó la mortificacion y el ayuno, porque creciendo con la edad su devocion á la Vírgen, ayunaba á pan y agua en honra suya los miércoles y los sábados; postrado contínuamente delante de sus altares, y no acertando con otra conversacion, que con la de las excelencias y grandezas de la Emperatriz de los cielos.

No era menos sobresaliente en él la caridad con los pobres. Casi desde la cuna descubrió esta tierna compasion de todos los miserables: tanto, que aun siendo niño, se despojó muchas veces de sus vestidos para cubrirlos á éllos. Y gastando en limosnas todo el dinerillo que le daban para jugar, como éste no bastase á contentar su caridad, importunaba contínuamente á sus padres y parientes, exhortándolos á que fuesen liberales con los pobres de Jesucristo, á quienes llamaba hermanos suyos. Temiendo su padre que la caridad de Joaquin declinase en algun exceso reprensible, juzgó ser de su obli-

gacion moderársela algun tanto, y un dia le habló de esta manera:

"Grande gusto me da la tierna compasion que observo en ti hácia los pobres; ninguna virtud es mas propia »de un corazon que nació con obligaciones; pero la prudencia debe ser regla de todas. Si continúas, como hasta »aquí, en dar limosna sin límites, presto nos pondrás á »todos en necesidad de pedirla; quiérote caritativo, pero »no te quiero pródigo.

»No permita Dios, respondió el piadoso Mancebo, »que yo me desvíe jamás de vuestra voluntad, ni falte á »vuestra obediencia. Solo quisiera me diéseis licencia para representaros, que el medio mas seguro y mas eficaz, »no solo para conservar, sino para aumentar los bienes »que el Señor nos ha dado, es ponerlos en manos de los »pobres. Vos mismo, Señor, me habeis enseñado, que la »limosna que se hace á éstos, al mismo Cristo se le hace: »siendo esto así, me parecia á mí, que el dar mucha limosna es comercio, sin dexar de ser caridad, y que con »tal deudor nada tenemos que temer; porque en mi modo de concebir, las riquezas no tienen otro mérito que »las haga recomendables sino proporcionarnos medios »para ganar mucho cielo."

No pudo reprimir las lágrimas el piadoso padre, y no dió otra respuesta al cristiano discurso de su Hijo, que la de estrecharle tiernamente entre sus brazos. No se hablaba entonces en Sena de otra cosa que de la extraordinaria virtud de nuestro Joaquin. Tenian particular gusto de tratar con el santo Niño las personas mas condecoradas, siendo rara ó ninguna la conversacion de que no sacasen algun fruto; y aunque apenas contaba quince años, todos deseaban á competencia verle, hablarle, y encomendarse en sus santas oraciones.

Á la verdad, eran tan abundantes las bendiciones celestiales que el Señor habia derramado sobre aquella alma inocente, que apenas era posible comunicarle sin experimentar en el corazon muchos inanimados movimientos hácia la virtud. Crecia cada dia su devocion, y crecian al mismo paso las gracias que el Señor le comunicaba. Ayunaba desde entonces la Cuaresma con el último rigor; y habiendo observado su padre que en este tiempo

madrugaba extraordinariamente para ponerse en oracion, quiso acechar una mañana lo que le pasaba en élla; pero quedó gustosamente sorprendido cuando advirtió todo el cuarto iluminado de una celestial purísima llama, y á su Hijo enmedio de la que parecia hoguera extático y elevado: dió voces, acudió la familia; pero ni los gritos del padre, ni el estruendo de los criados bastaron para que volviese en sí el inflamado Mancebo. El semblante arrojando fuego, los ojos fixos en el cielo; el gesto risueño, y vertiendo apacibilidad y dulzura, mostraban bien á todos las que interiormente inundaban á aquella purísima alma. Ignoró Joaquin lo que habia pasado durante su arrobamiento; pero extendida la voz por toda la ciudad, creció á lo sumo la veneracion con que ya le miraban todos: oíanle con admiracion, hablábanle con respeto; y como todo el empeño de su devoto corazon era ver honrada y venerada á la santísima Vírgen, no es facil explicar la felicidad con que inspiró en toda la ciudad la mas tierna devocion á esta Señora.

Ya se dexaba conocer que una virtud tan extraordinaria no habia nacido para el mundo. Crióle Dios para que fuese uno de los mas brillantes ornamentos del estado religioso, y le comunicó uno de aquellos misteriosos sueños, en que en otros tiempos acostumbraba hablar á los profetas y á los santos. Parecióle que veía á la santísima Vírgen mas resplandeciente que el sol; y que hablándole con toda la ternura de madre, le decia: "No quiero, hijo »mio, que permanezcas mas tiempo entre los uracanes »tempestuosos del siglo: entra en aquella religion que »coloca toda su gloria en servirme, y que por esto me»rece la honre yo con mi singular proteccion. Algun es»torbo opondrá á estos intentos el amor cariñoso de »tus padres; pero yo te instruiré en el modo de ven»cerle: ea, vé, y aumenta el número de mis amados »siervos."

Facilmente comprendió el devotísimo Mancebo lo que Dios queria de él; porque aunque estaba aún en la cuna la religion de los servitas ó de los siervos de María, edificaban ya á toda la Europa las eminentes virtudes de sus fervorosos hijos, y se habian levantado, no solo con la veneracion, sino con los corazones piadosos de los fieles.

Ni á la innata inclinacion de nuestro Joaquin podia proporcionarse religion mas de su genio, que la que por propio instituto estaba toda dedicada al mayor culto de María. Presentóse al punto á san Felipe Benicio, general de toda la órden, pidiéndole con instancia que le recibiese en élla. Luego que en su familia se llegó á entender ó á sospechar lo que pasaba, fue general la conmocion y el sobresalto; y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para desvanecer la pretension: empeños, razones aparentes, motivos plausibles, súplicas, ruegos, lágrimas, todo se puso en movimiento, pero todo inútilmente; porque el iluminado Benicio, que estaba mejor instruido en los altos designios de la divina Providencia, hizo mas caso de las instancias del pretendiente, que de las lágrimas de su ilustre parentela. Recibióle en la religion, y conoció desde luego que habia recibido en élla un santo mas.

No parece cabia en un novicio mayor fervor ni mas hermoso conjunto de virtudes. Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen tomó el nombre de Joaquin. Aún no tenia catorce años, y ya se le proponían á sí mismos por modelo los religiosos mas ancianos. Los oficios mas penosos y de mayor abatimiento eran los que mas se conformaban con su humilde inclinacion; y á no poner discretos límites á su fervor la virtud de la santa obediencia, él solo cargaba con los de toda la comunidad.

La única cosa que le mortificaba en la religion era la prudente atencion que se tenia á sus pocos años y fuerzas. Habiendo ordenado san Felipe á los demas novicios que fuesen transportando á otra parte un monton de tierra que habia en la huerta, no quiso que Joaquin los ayudase. Afligióse mucho su humildad, y suplicó al prior que á lo menos le diese licencia para ir sacando tierra mientras comian los hermanos. Como era por tan poco tiempo, condescendió el prior en sus instancias; y Dios se valió de esta ocasion para manifestar por un prodigio la santidad de su Siervo, porque en menos de media hora transportó él solo toda la tierra que veinte hombres en veinte dias no hubieran podido transportar.

Aunque los superiores desearon mucho que se ordenase, nunca fue posible vencer en esto su humildad.

Cuanto mas celebrada era su virtud, con mayores ansias apetecia el vivir desconocido y retirado. Concurrian de todas partes por verle y por comunicarle, sin que ninguno lo lograse, que no se retirase á su casa con algun provecho de su santa conversacion. Frutos fueron de su zelo algunas portentosas conversiones, la reforma general de las costumbres en toda la ciudad de Sena, y sobre todo, la singular devocion que se encendió en élla á la santísima Vírgen. La honra y la veneracion al Santo, que á esto como necesariamente se seguia, asustaron tanto á su humildad, que pidió con instancias al padre general le enviase á un lugar donde no fuese conocido; y condescendiendo con éllas, le hicieron partir secretamente para Arezo.

Pero apenas corrió la noticia por la ciudad de Sena, cuando toda se llenó de tristeza y desconsuelo. El clero, el magistrado, la nobleza, el pueblo todo se mostró tan afligido, y aun se declaró tan inquieto, que no fue posible sosegarle hasta que se envió órden al Siervo de Dios para que se volviese. Restituyóse con él la alegría á la ciudad, y sin hacer caso de su humilde resistencia, fue recibido en élla como en triunfo: tanto es el poder que logra la virtud sobre los corazones.

Restituido Joaquin á su patria, se dedicó enteramente á ganar para Dios las almas de sus ciudadanos. Á la invencible fuerza de sus oraciones, de sus exhortaciones y de sus buenos exemplos, mudó de semblante toda aquella populosa ciudad. Parece que con solo verle y hablarle bastaba para convertirse. Pero su caridad, especialmente con los pobres enfermos, tuvo un no sé qué de singular y extraordinaria. Aconsejaba en cierta ocasion á la paciencia á un pobre enfermo que padecia el mal caduco: oyóle éste con poco gusto, y le dixo, no sin algun desabrimiento: *Padre, á los que están buenos y robustos les cuesta poco aconsejar la paciencia á los enfermos.* Entonces Joaquin, pródigo de caridad, suplicó con vivas instancias al Señor librase á aquel pobre de su mal, y se le diese á él. Fue oido, sanó el enfermo, acometió al Santo el accidente de epilepsia que le duró hasta la muerte; pero desde luego comenzó Dios á premiar con grandes milágros un acto de caridad tan heróico.

Ayudando á misa el dia de la Asuncion de la Vírgen, le acometió el accidente de epilepsia, y cayó sin sentido en tierra, quedándose suspendido en el ayre la vela que habia tomado en la mano al tiempo de la elevacion, y manteniéndose así todo el que le duró el accidente. Muchas veces le vieron absorto en Dios, y rodeado de un brillante resplandor, casi tan resplandeciente como el del mismo sol. Estremecíanse los demonios al oir el nombre de Joaquin, y libró á muchos endemoniados pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Apenas habia enfermo á quien no diese salud, y á todos inspiraba, por lo menos, deseos eficaces de padecer sus dolores y enfermedades con paciencia. Hacia grandes y frecuentes conversiones, siendo un mudo, pero elocuente sermon todo cuanto en él se veía; su semblante extenuado y prudente, su dulzura, su modestia, su paciencia y su afabilidad.

Era su mortificacion correspondiente á todas las demas virtudes. Su vida fue un perpétuo ayuno: servíase de los instrumentos mas rigurosos que podia inventar para macerar aquel cuerpo, sujeto y reducido á la servidumbre desde su mas tierna infancia, y exercitado por otra parte con los frecuentes insultos de su molesto accidente; y en medio de eso, siempre que ponia los ojos en algun crucifixo, se llenaba de confusion, reprendiéndose su excesiva delicadeza y su regalo. El vivo deseo de padecer por amor de Jesucristo le excitaba mas ardientes ansias del martirio, y le concedió el Señor un buen equivalente en lo restante de su vida. Porque como le suplicase con fervorosas instancias que se dignase satisfacerle aquellos encendidos deseos que tenia de padecer por su amor, fue oido liberalmente con un nuevo género de enfermedad, que reduxo su cuerpo á un asqueroso hervidero de gusanos. Mostró bien en su exterior alegría el gozo que sentia su corazon por verse de aquella manera. Finalmente, la noche del Jueves santo tuvo una vision, en que se le dió á entender, que Dios queria retirarle presto de este mundo. Pidió al Señor que fuese el dia siguiente, y á la misma hora que el Salvador habia espirado. Con la segura confianza de que habia sido oida su oracion, pidió que se juntase la comunidad para despedirse de élla, pedirla

perdon del mal exemplo que la habia dado, y dar gracias á todos por la mucha paciencia y caridad que habian usado con él. Admiráronse todos, porque al parecer nunca habia estado mejor el Siervo de Dios que en aquel dia. Conociólo el Santo, y les dixo: "Veo que me creeis con »alguna dificultad, porque no hay señas que anuncien »mi cercana muerte: con todo eso, espero en la miseri»cordia de mi Dios, que antes que acabeis los oficios »que vais á comenzar, habré yo acabado mi carrera." Á esto respondieron todos con suspiros y con lágrimas. Quedáronse los cuatro padres mas graves de la comunidad haciendo compañía al moribundo, que absorto todo en Dios, mostraba bien en los fervorosísimos actos de amor en que se exercitaba, que el fuego del mismo divino amor iba á consumir aquella inocente víctima. Acabábase de cantar la pasion, cuando aquella purísima alma, abrasada del amor divino, é inundada en consuelos celestiales, fué á entrar en los gozos del Señor el mismo dia del Viernes santo del año 1305, á los cuarenta de su edad.

Confirmó luego Dios con nuevos milagros el concepto que ya se tenia de la santidad de su fiel Siervo. Fue enterrado en Sena en la misma iglesia de su convento con aquella pompa y con aquella veneracion, que correspondian á la fama de su eminente virtud; y el Señor hace cada dia mas glorioso su sepulcro con las maravillas que obra en él por su poderosa intercesion. Habiendo exâminado el cardenal Belarmino en la sagrada congregacion de ritos, de órden del papa Paulo V., los procesos que se hicieron en órden á su beatificacion, permitió su Santidad que se rezase de él en toda su órden, lo que confirmó despues el papa Urbano VIII.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Joachimi, confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuve-

Atended, Señor, á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Joaquin; para que pues no podemos confiar en nuestra justicia, seamos ayudados por los mereci-

mur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

mientos de aquél que tuvo la dicha de agradaros: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. del apóstol san Pablo á los filipenses, y es la misma que el dia II, fólio 46.

NOTA.

"Hallándose en Roma el Apóstol el año de 62 de la »Encarnacion de Cristo, escribió esta carta á los filipen»ses, pueblos de Macedonia, reduciéndose su asunto á »darles gracias por la caridad que habian usado con él, y »por la liberalidad con que le habian socorrido."

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillar tanto al hombre como los errores de su entendimiento y las ilusiones de su corazon. En úno y en ótro se engaña groseramente. Suele érrar mucho en sus juicios, y mas en sus deseos. Las pasiones nos tiranizan, y hecho esclavo de éllas el corazon, perdió su libertad el entendimiento: cede la razon á la inclinacion y á la preocupacion, y queda obscurecida la luz que la alumbraba. Del corazon corrompido se levantan las tinieblas que la estorban: de aquí nacen aquellas ilusiones, aquel mal modo de discurrir, aquel errar aun en los mismos principios. Estímase lo que debiera despreciarse; ámase lo que por toda la eternidad será materia del mas cruel dolor, y objeto digno de la mayor aversion y del mas vivo arrepentimiento. No solo deslumbra los ojos de una brillantez falsa y aparente, sino que toda la atencion suele dexarse arrastrar de élla. En vano nos dan gritos para que nos guardemos del lazo, para que conozcamos la mentira, para que advirtamos el error. Ordinariamente estamos tan sordos como ciegos, siendo tanta la preocupacion, que ni aun creemos á los mismos que fueron triste juguete del engaño. Es esta una enfermedad popular y contagiosa; apenas alcanzan las mayores precauciones, para que no se comunique y no se pegue con el comercio de aquellos con quienes tratamos. ¿Cuánto tiempo há que se está gritando contra esa quimérica felicidad de que se alimentan los mundanos: contra ese vano fantasmon de

gloria que cansa las fuerzas, y consume la substancia á cuantos corren tras de él: contra ese ídolo de las riquezas, que hace infelices á sus adoradores: contra esos falaces gustos, que solo producen amarguras? Degenerá la ilusion en una especie de encanto, y se coloca la felicidad en puestos elevados, en todo lo que hace ruido, en todo lo que brilla, y en todo lo que atolondra. ¿Cuándo hemos de discurrir como discurria el Apóstol? ¿cuándo nos harémos racionales comenzando á ser mas cristianos? ¿cuándo se desengañará aquel pobre hombre del mundo, de aquella vana aprension, de aquel errado juicio, de aquella engañosa preocupacion que le hace mirar como fortuna la que en realidad es verdadera desgracia? ¿cuándo acabará de conocer aquella pobre muger que sus orgullosas galas, que sus impertinentes modas, que sus insulsos y cansados entretenimientos, que aquellas largas horas de tocador y de cortejos, cuando menos son lastimosa pérdida de un tiempo tan precioso y perenne, inagotable manantial de lágrimas y de dolor? Á lo menos lo conocerá á la hora de la muerte; porque en vida hacen poca impresion estas verdades. ¡Pero qué cosa tan cruel no conocer el descamino hasta que ya no pueda enderezarse! ¡no advertir el despeñadero hasta que se va á ocultar la luz! ¡no prevenir el error hasta que se va á acabar el dia! ¡no hacer juicio sano de las cosas hasta la hora postrera! Regularmente hablando, llega ya muy tarde el juicio, cuando no llega hasta la hora de la muerte. Á lo menos todas las reflexiones que se hagan en aquel postrer momento sobre la ilusion de nuestros deseos, sobre la ridiculez de nuestras aprensiones, sobre los errores de nuestra ambicion, sobre los engaños de nuestras ideas, no asegurarán mucho á un corazon, á un entendimiento, que comienza á ser cristiano en aquella extremidad. ¡Ah, y qué consuelo será poder decir entonces como san Pablo: *Tuve por pernicioso todo aquello que me podia apartar del amor de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor lo renuncio todo; y todo lo miré como basura por ganar á Jesucristo*!

El evangelio es del capítulo 12. *de san Lucas, y el mismo que el dia II, folio* 49.

MEDITACION.

Que no hay otros verdaderos bienes que los bienes eternos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los bienes y males que se acaban, se pueden y se deben contar por nada. Un gusto, una satisfaccion, una alegría de pocas horas son gustos bien ridículos y bien despreciables. La flor que al medio dia se ostenta lozana en su mayor pompa, á la noche está marchita: imágen viva y natural de los gustos y bienes de esta vida. Bienes tan insubstanciales, tan ligeros y tan caducos no merecen el nombre de bienes; pues el mundo no tiene ótros. Bienes volátiles, fugitivos, imaginarios: bienes que nacieron para ser frente de inquietudes, de sobresaltos, de disensiones y de pesadumbres: bienes que nacieron para ser tiranos y suplicio de los hombres. ¿Puede haber hombre prudente que coloque su felicidad en correr tras de semejantes bienes? ¿será prudencia gastar la salud, y consumir la vida en solicitarlos? Yo quiero que logres el privilegio de ser mas poderoso que los ótros; ¿cuál será el fin, y cuánta la duracion de este mayor poder? Un puñado de dias inquietos y turbulentos serán toda su duracion y todo su término. Juzguemos de lo futuro por lo pasado. Los bienes de esta vida nada tienen de sólidos: hablando propiamente, son bienes soñados: todo su valor consiste en la opinion y en la idea; y con todo, este es el ídolo de los mundanos. ¡Buen Dios, qué dignos son de compasion los que ofrecen votos á una fantasma!

No hay bien sólido y que satisfaga, si no es bien eterno: los que desaparecen y se acaban con la vida, se pueden, y se deben comparar á un poco de humo. Los bienes que me enseña la fe, y que me descubre la religion, esos son los que únicamente merecen el nombre de bienes. Aunque en los bienes de esta vida se hallára tanta dulzura como prometen, ¿de qué servirian por toda la eternidad? Con la muerte se acaba todo su gusto: aquel último soplo

apaga toda la imaginaria felicidad de esta vida: ¿qué resta de élla un instante despues de la muerte? ¿qué le restará á un poderoso príncipe de todas aquellas pomposas demostraciones de honor y de respeto, de todo aquel numeroso séquito de cortesanos, de toda aquella multitud de reales diversiones, de aquella magnificencia de palacios, de todos aquellos numerosos y formidables exércitos? ¿qué les restará á los hombres ricos de su abundancia y de sus tesoros? ¿qué las restará á las mas bizarras damas de su orgullo, de su hermosura y de su ociosidad? ¿qué de sus adornos y de sus diversiones? ¡Y estos se llaman bienes! Aun los que ahora los aman y los solicitan con la mayor ánsia, ¿los mirarán como bienes en aquella espantosa eternidad, en que se hace juicio tan cabal de todas las cosas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que los bienes eternos son los únicos que pueden contentar así al entendimiento como al corazon. Al entendimiento, porque todo cuanto le presentan es real y conforme á la recta razon: de tan inestimable valor, que por toda la eternidad ha de ser el objeto de su aprecio. El corazon, porque habiendo sido criado el hombre para solo Dios, solo aquello que puede llevarle á Dios, y acercarle á la posesion de Dios, puede sosegarle y satisfacerle. De aquí nace, que cualquiera otro género de bien dexa en el alma un vacío que la inquieta; y solamente los bienes eternos causan en élla aquella exquisita dulzura, que es como ensayo ó prueba anticipada de los consuelos del cielo.

Estos bienes son las virtudes cristianas, las cuales son las únicas verdaderas riquezas del cristiano: éllas solas le hacen respetable y feliz: ningun otro bien es capaz de dar mérito: la virtud es su único orígen: el mérito solo nace, y solo se propaga en este fértil terreno. Aunque falte todo lo demas, grande nombre, nacimiento ilustre, dignidades, empleos honoríficos, grandes rentas, ornamentos postizos, sin nada de esto se puede pasar facilmente: es un oropel, que se echa muy poco de menos. Tenga un hombre virtud, y se hará verdaderamente res-

petable. Es la estimacion y el respeto un tributo, que hasta los mismos reyes se ven obligados á pagar á la virtud. Es la virtud, por decirlo así, aquel milagroso tesoro de los cielos, al cual nunca se acercan los ladrones, y hasta los mismos gusanos le respetan.

No solo es la virtud el único principio de la verdadera felicidad respecto de la otra vida, sino tambien respecto de ésta. No tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad y de nuestra quietud, que nuestras pasiones. ¡Qué tranquilidad y qué dulzura experimentaríamos sin éllas! pues su contraveneno es la virtud cristiana. Si no las ahoga, por lo menos las sujeta, y las pone en parage de que no hagan daño. ¡Qué cosa mas estimable ni mas preciosa, que la que nos libra de todas las molestias y de muchas pesadumbres!

Solo el pensamiento de que algun dia se pueden perder todos los bienes que se poseen, disminuye mucho su justo valor. Un hombre poderoso, una persona que se halla en puesto elevado, un príncipe á quien todo se le rie y se le rinde, conocen bien el vacío de los bienes volátiles y pasageros: su misma caduca naturaleza embota la punta, apaga la viveza, y quita todo el saynete al gusto que pueden tener. Solo pensar en la muerte basta para no tomar gusto á ningun bien terreno y temporal. ¡Qué cosa tan buena es no ser rico sino de los bienes eternos! No les quita el tiempo el mérito que tienen, y el pensamiento de la muerte añade nuevo gusto á su dulzura, siendo el colmo de élla la misma eternidad. Y á vista de esto, ¡será posible que suspiremos por otras riquezas!

¡Mi Dios, y qué dolor es el mio de haber puesto mi tesoro en otra parte, que donde debiera estar mi corazon! Á vuestra gracia, Señor, debo el conocimiento de mi error, que detesto con toda el alma. De hoy en adelante todo mi tesoro estará en los bienes eternos; y donde estuviere mi tesoro, allí estará mi corazon.

JACULATORIAS.

Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. Salm. 83.

¡Qué atractivos tiene vuestra celestial habitacion, ó Dios

y Señor de las virtudes! no puede sufrir mi alma el ánsia con que suspira por élla.

Ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sint gaudia. Ex orat. Eccl.

Fixemos nuestros corazones en aquella parte donde únicamente se hallan los verdaderos gustos.

PROPOSITOS.

1 Asombro es, que teniendo fe, tomemos tanto gusto á los bienes perecederos de esta vida, y nos hagan tan poca fuerza los bienes eternos de la ótra, sabiendo que son la herencia de los predestinados. Pero mas asombro sería, si criados y engolosinados con el gusto de estos bienes terrenos, suspirásemos por los ótros, que solo se gustan en el cielo. Edúcanse los niños, y se les enseña en la escuela del mundo: dánseles lecciones enteramente mundanas antes que despunte en éllos la razon: apenas se les habla desde la cuna sino de lo que debieran ignorar toda la vida: no oyen alabar otra cosa que la destreza y habilidad de los que hacen fortuna: el esplendor y la magnificencia de los grandes, la opulencia y la suntuosidad de los ricos. Eternamente se trata delante de los niños de lo que fomenta el orgullo, de lo que irrita la concupiscencia, de lo que excita y aníma la emulacion. Cuando niño, ¿oiste hablar alguna vez de la vanidad é insubsistencia de los bienes criados? y lo que has hablado hasta aquí delante de tus hijos, ¿podrá inspirarlos mucha aversion á estos bienes, y una justa idea de lo que son? Acostúmbranse los niños á aquellos alimentos con que se crian: y así corrige desde hoy en adelante un descuido tan pernicioso. Nunca hables delante de tus hijos de las cosas que tanto engañan al mundo, sin aplicar el debido correctivo. Observa una gran reserva en tratar á su presencia de aquellas materias, que pueden fomentar la vanidad. Si los negocios ó la conversacion te obligaren á tratar de algun suceso feliz, de una nueva dignidad, de un nuevo empleo, de una brillante fortuna, nunca dexes de apuntar las sombras de estos vanos resplandores: á lo menos siempre encontrarás en el pensamiento de la muerte un contraveneno muy oportuno. ¡Cuánto terreno perderian las pasiones!

¡qué cristianas serían las familias, si los padres hicieran estimar el mérito y el valor de los bienes eternos!

2 Igualmente nos puede servir la prosperidad y las adversidades para que tomemos el gusto á los bienes de la otra vida, y nos disgustemos de los de ésta. Si tus bienes se adelantan y van en aumento, dite muchas veces á ti mismo: Todo es trabajar para mis herederos; ¿y qué gozaré yo de todo esto despues de mi muerte? Si te sale mal todo cuanto emprendes en este mundo, consuélate con que tu herencia está reservada para el cielo. ¿Vives humillado, abatido y olvidado? acuérdate de cuando en cuando que eres peregrino y extrangero, y que no es mucho que no te conozcan en un pais tan distante del tuyo. Piensa que en rigor no eres mas que un mero administrador de tus bienes, y que estás encargado de este empleo, de ese puesto por via de comision. Algunos tienen la santa costumbre de escoger un dia cada mes para hacer delante de Dios el desapropio de sus bienes despues de la comunion á los pies de algun crucifixo, donde renuncian la propiedad de todo cuanto poseen, protestando delante del Señor no tener gusto ni apego á otros bienes que á los eternos

☞ DIA DIEZ Y SEIS.

Santo Toribio, obispo de Astorga.

Astorga, una de las ciudades mas ilustres de España, no tanto por los privilegios civiles de capital y convento jurídico entre los romanos, como por la larga série de prelados que acreditan su antigua religion, ha sido gloriosa, ya por las letras y sabiduría con que ha adornado á toda la iglesia de España, y ya por la santidad y fama de sus obispos. Entre éstos tiene un lugar muy distinguido el glorioso santo Toribio, de cuyas acciones son pocas las memorias que nos restan, tanto por la comun miseria de invasiones de bárbaros que ha padecido repetidas veces esta desgraciada region, co-

mo tambien, porque ocupados los españoles en la defensa de sus hogares y de sus vidas, cuidaron poco de conservar los pergaminos. La vida de este Santo, deducida de sus mismos escritos, de la epístola de san Leon el Grande, y un antiguo leccionario de la santa iglesia de Astorga, es como se sigue:

Fue santo Toribio natural de la provincia de Galicia, feliz con el nacimiento de este grande varon, cuanto habia sido desdichada años antes con el de Prisciliano, cuya pestífera doctrina combatió nuestro Santo. Ignórase el lugar de su nacimiento, y el nombre de sus padres y familia; pero segun un breviario antiguo de la iglesia de Astorga, citado por Vivar, consta que fueron gente poderosa, abundante en bienes de fortuna. Esta circunstancia persuade que darian á Toribio una educacion correspondiente á su nacimiento; pero se deduce con mayor claridad de las operaciones y escritos del Santo. Las primeras indican una instruccion completa en los principios de la religion, y unos ardientes deseos de dilatar sus conocimientos con las noticias auténticas del dogma y disciplina de otras iglesias, que adquirió por sus mismos ojos. La pureza de lenguage que conservó en sus escritos, la solidez é instruccion de las materias sagradas, y los elogios que por este motivo mereció á un papa tan santo y tan sabio como san Leon el Grande, convence que desde los años proporcionados á los estudios mayores se ocupó el Santo en las humanidades y elocuencia, siguiendo despues á perfeccionarse en todo género de sabiduría. Siendo jóven le faltaron sus padres, quedando el Santo poseedor de un grueso patrimonio. En un ánimo tan poseido de la virtud como el suyo pudieran clavarse dificultosamente las espinas de las riquezas; pero considerando santo Toribio que éstas sirven de trabas á los espíritus generosos para emplearse en las contemplaciones del Sér supremo de la verdad y la naturaleza, determinó desprenderse de éllas, y hacerse pobre en lo temporal para conseguir mayores tesoros en el espíritu. Es creible que le moviese á una determinacion perfectamente conforme á las palabras de Jesucristo, que dicen: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y sígueme*; tanto el haber leido esta sen-

tencia en el evangelio, como un ardentísimo deseo de obedecer á Jesucristo.

Como quiera que sea, siendo todavía jóven, pero de edad madura por la ciencia y las virtudes, vendió todo su patrimonio, y le repartió á los pobres, bien cierto de que en su seno estaba libre de los menoscabos de la fortuna, y de las asechanzas del ladron. Hecho esto, y deseando mayor instruccion que la que tenia tanto en las materias científicas, como en las costumbres de los pueblos y las iglesias, emprendió una peregrinacion larga y penosa. Padeció en élla muchas molestias, asperezas y sinsabores, como lo manifiesta él mismo en la carta que escribió á los obispos Idacio y Ceponio; y se dexa conocer de lo largo y peligroso de un viage desde Galacia á Jerusalen. Pero todos estos trabajos quedaron suficientemente recompensados con la nueva instruccion que adquirió de las costumbres de los pueblos por donde pasaba, y de la disciplina de sus iglesias, de que se informó escrupulosamente como hombre sabio que era, y como principal objeto de un proyecto tan arriesgado. Halló en éllas un mismo modo de sentir acerca de los dogmas, y la misma disciplina en órden á excluir de su comunion á los contumaces en el error, y de abrazar aquellos que conociendo su errado proceder, confesaban sus delitos, y pedian la reconciliacion: esto llenó su alma de mucho consuelo, conociendo que el carácter de la Iglesia católica es sentir de un mismo modo, y abrazar universalmente todos los dictámenes que llevan el sello de la verdad.

Habiendo llegado á Jerusalen, se presentó al obispo de aquella iglesia, quien en pocas conversaciones conoció la gran virtud y sabiduría del peregrino Toribio, é hizo de él toda la estimacion que su mérito exígia. Hízole custodio en aquella iglesia de las cosas sagradas, fiando á su cuidado el rico depósito de las preciosas reliquias que poseia pertenecientes á la pasion de nuestro Redentor Jesucristo. Cinco años permaneció el Santo en Jerusalen, enfervorizando cada dia mas su espíritu con la presencia de aquellos lugares santos que el Salvador del mundo santificó con sus plantas, y regó con su preciosa sangre para obrar el gran misterio de la redencion del mundo. En este tiempo recibió aviso del cielo por medio de

un ángel, de que muy en breve sería prostituida aquella ciudad santa por las gentes que ignoran á Dios, profanando los templos, persiguiendo á los sacerdotes, sin perdonar á los sagrados despojos de los santos y demas reliquias. Esta revelacion movió á santo Toribio á abandonar aquellas tierras, y volverse á su patria; pero al mismo tiempo pensó con una prudencia celestial traerse consigo una gran parte de las santas preciosidades que guardaba para enriquecer á España con tan inestimable tesoro, libertándole al mismo tiempo de los insultos de los bárbaros. Vuelto á nuestra Península, se dirigió á su patria Galicia, en donde comenzó á exercitarse en tan fervorosos actos de piedad, que no dudó el cielo de aprobarlos con sus maravillas. Una de éstas se dice haber sido que estando enferma gravemente una hija del rey de los suevos, que á la sazon ocupaban aquellas tierras, el Santo la sanó milagrosamente. Esto mismo se verificó con otros varios enfermos de diversas enfermedades, por lo cual comenzó su fama á tener tal reputacion entre los fieles, que con sus copiosas limosnas pudo fabricar un templo, que dedicó al Salvador, y en donde depositó para la veneracion pública las reliquias que habia traido de Jerusalen. Por este tiempo vacó el obispado de Astorga, no por muerte de Ditinio, como vulgarmente se asegura, sino de ótro, cuyo nombre han obscurecido los siglos. Viendo los fieles el mérito sobresaliente de Toribio, su zelo por la salvacion de las almas, su sabiduría para conservar la grey de Jesucristo en la pureza de la fe, su valor para oponerse á las maquinaciones de la heregía; y últimamente, su caridad para con todos, pusieron en él los ojos para hacerle prelado de aquella iglesia. El verdadero mérito siempre está acompañado de una profunda humildad, y de una santa desconfianza de las propias fuerzas; así como los indignos siempre buscan con artes y pretensiones las dignidades, juzgándose superiores á éllas con soberbia presuntuosa. El humilde Santo resistió cuanto pudo la carga episcopal, reputándola demasiadamente pesada; pero las instancias del pueblo y el espíritu de Dios, que le enseñaba interiormente que no debia abandonar el cuidado de su grey por sus propias conveniencias, le obligaron á tomar sobre sí el cargo de pastor.

Luego que se vió obispo experimentó una de las borrascas que se habia temido, en que estuvo á peligro su reputacion y su inocencia; pero el cielo, por cuya inspiracion, y no por eleccion propia, habia recibido el obispado, tomó á su cargo la defensa, contestando con un portentoso milagro la santidad de Toribio y la malignidad de su perseguidor.

Era éste un diácono de la iglesia de Astorga, llamado Rogato; el cual, por todos los medios infames que sugiere la ambion, habia solicitado ser hecho obispo. Como el pueblo, desatendiendo sus máquinas y ambiciosas pretensiones, habia preferido la santidad de Toribio, se irritó la ira de su competidor en tanto grado, que determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios posibles. No se contentaba con abatir su mérito con palabras injuriosas, lleñando todas las conversaciones de su desprecio, sino que el ódio y el resentimiento le precipitaron de manera, que se determinó al mas horrendo delito, á fin de conseguir la perdicion de Toribio, creyendo que de élla resultaria el logro de sus ambiciosos intentos. Acusó al Santo de un crimen tan feo y abominable, como es el del adulterio, mayormente en una persona eclesiástica condecorada con la dignidad episcopal. Sintió el Santo, como era justo, una acusacion tan horrorosa; y levantando á Dios el corazon con fervor y lágrimas, le pedia de contínuo protegiese su inocencia. Esta inspiró en el alma del santo Obispo tal confianza en la divina misericordia, y tal seguridad de que el divino poder emplearia sus maravillas en la justificacion de un pastor atribulado, cuyas exhortaciones al pueblo haria débiles é infructuosas la infamia, que determinó hacer una prueba pública de su inocencia, en que ésta quedase tan victoriosa, como patente la calumnia del inicuo diácono. Fuese á la iglesia catedral en un dia de grande concurso; y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios los ojos, imploró sus auxílios para el buen éxito de su defensa. Hecho esto, mandó traer al altar una porcion de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas asquas encendidas, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el salmo de David, que comienza: *Levan-*

tese, Dios, y disípense sus enemigos, dió vuelta á la iglesia cantando aquel largo salmo, y llevando las ascuas en el roquete, sin que éste, ni las manos del santo Obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedaron todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de santo Toribio y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su exêcrable delito; pues á semejanza de Judas confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la justa ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con tan lastimosa muerte los excesos á que le habia conducido su ambicion. Dió Toribio humildes gracias al cielo por tan señalado beneficio, y libre ya de este cuidado, y agradecido á los grandes favores que acababa de recibir, comenzó con nuevo fervor á entregarse al cuidado de sus ovejas, y á la satisfaccion de su alma.

Désde que habia vuelto de Jerusalen habia advertido que la secta de Prisciliano iba brotando nuevos retoños en toda aquella provincia. Este famoso Heresiarca habia causado daños gravísimos en la iglesia de España, que habian obligado á tomar las mas serias providencias. Su nacimiento noble, sus opulentas riquezas, su genio vivo y perspicaz, su persuasiva elocuencia y la severidad de sus costumbres daban recomendacion de sus errores. Aunque éstos habian sido ya cortados de raiz en algunos concilios, como habian llegado á apoderarse de muchas personas nobles, y lo que es peor, de muchos pastores de la Iglesia, conservaban todavía el vigor y xugo necesarios para reproducirse. Lo que causaba mayores perjuicios eran ciertas escrituras apócrifas, á las cuales los hereges daban tanta autoridad como á los evangelios. Esparcíanlas con sumo cuidado é interes entre los fieles, porque en éllas divulgaban al mismo tiempo sus blasfemias y errores. De esta naturaleza eran las actas de santo Tomé, de san Andres, de san Juan, y el libro intitulado *Memoria de los apóstoles*; sin otros varios, que por contener doctrinas vergonzosas, conservaban mas ocultos. Hizo esto

una profunda herida en el corazon de santo Toribio, el cual, deseoso de arrancar toda la cizaña que el enemigo comun iba sembrando en el campo de la Iglesia, se preparó á combatir todos los errores, impugnándolos con su celestial sabiduría. Reuniólos todos por capítulos en un conmonitorio y libelo, de que hace mencion en una carta escrita á Idacio; en los cuales, descubriendo el pestilente veneno que contenian, impugna distintamente todas sus blasfemias y errores, respondiendo á sus argumentos capciosos. Envió estas obras á dos obispos de los mas sabios y virtuosos que habia entonces en la provincia de Galicia, avisándolos al mismo tiempo de sus descubrimientos de nueva ponzoña, y de lo que habia practicado para precaver su venenosa infeccion. Este conmonitorio y libelo son mencionados por Montano, obispo de Toledo, y por san Ildefonso, los cuales dan á nuestro Santo los títulos honrosos de *beatísimo y religiosísimo*; añadiendo el primero, que cualquiera que lea los mencionados escritos, no solamente conocerá la sórdida heregía de Prisciliano, sino que verá corrido el velo de las tinieblas y astúcia á la oculta peste que en sí encerraba. En el tiempo de este Obispo eran comunes en España estos escritos de santo Toribio; pero en el dia carece nuestra Iglesia y toda la católica de tan precioso tesoro de doctrina, restándonos únicamente lo que san Leon vertió en su admirable epístola.

Este trabajo del Santo no debió producir todo el efecto que deseaba, y así, no contento con lo que habia practicado poniendo en arma á los obispos zelosos para que cuidasen de la pureza de la fe, y despertando la cautela de los fieles para que estuviesen alerta contra los errores, determinó aplicar remedio mas poderoso al daño que se experimentaba. Gobernaba la silla apostólica desde el año 440 el santísimo papa Leon, llamado el Grande. Contempló el Santo que la sublime autoridad y grande sabiduría de este sumo Pontífice podrian remediar con mayor eficacia los progresos de la pestilencial heregía. Con este pensamiento le envió un diácono de su iglesia llamado Pervinco, á quien entregó el conmonitorio y libelo que habia trabajado contra los priscilianistas, y una carta para el santo Padre. Respondióle éste á 21 de julio del

año 447, dando muchos elogios al ardiente zelo con que abrazaba trabajos tan útiles á la verdad católica, y al esmero que como buen pastor ponia en librar las ovejas de Jesucristo del lobo carnicero que las perseguia. Elogia igualmente el método y diligencia con que habia reducido á diez y seis capítulos todos los errores del Heresiarca, y la solidez y copia de doctrina con que en el libelo los rebatia. El mismo sumo Pontífice los impugnó uno por uno, concluyendo su carta con la intimacion de un concilio nacional, para cuyo efecto escribió á los prelados de las demas provincias, encargando á santo Toribio que notificase a todos el decreto pontificio. *Pero si, lo que Dios no quiera, se ofreciesen impedimentos insuperables para el concilio general*, añade el santo Pontífice, *téngase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su congregacion los obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.* Este encargo del sumo Pontífice á santo Toribio, y las expresiones de su carta, son testimonios mas auténticos de sus virtudes episcopales. Conocia éstas el Pastor universal, ya por los escritos que regularmente manifiestan las virtudes ó vicios del alma que los produce; ya de la relacion del diácono Pervinco, quien le informaria por extenso de su caridad y zelo; y últimamente, por el trato personal que tuvo con el Santo volviendo de Jerusalen por Italia, como lo atestigua el rezo actual de que usa la iglesia de España.

Notificadas las letras pontificias, procuraron los padres de las cuatro provincias de España, la Cartaginense, la Bética, la Lusitania y la Tarraconense darlas el debido cumplimiento. Juntáronse efectivamente en Toledo, y no asistieron los obispos de Galicia, porque dominada por los suevos, no tuvieron proporcion para obedecer el decreto pontificio sin grave detrimento en sus vidas, ó en los privilegios de sus iglesias. En este concilio se reproduxo la regla de fe establecida en el anterior del año de 400, la cual juzgaron suficiente remedio á los males presentes, como lo habia sido contra los errores de Priscilliano. Como los obispos de Galicia no habian podido asistir al concilio nacional, procuraron juntarse en concilio provincial, el cual se tuvo en Braga; pero con el dolor

para santo Toribio y todos los buenos católicos de no corresponder el suceso á las santas intenciones del prelado que le habia solicitado, ni del sumo Pastor que le habia mandado juntar. Estaba aquella provincia inundada de hereges priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores; y esto no solamente sucedia entre las personas nobles y poderosas, sino aun entre los mismos prelados. En el año de 445, hallándose el obispo Idacio con santo Toribio en Astorga, persiguieron de comun acuerdo á estas gentes perniciosas; y habiendo descubierto muchas, formaron autos contra éllos; y los convencidos de sus errores procuraron salvarse con la fuga á Lusitania. El prelado de Mérida, llamado Antonino, en el año de 448 descubrió á uno de estos hereges, llamado Pascencio, natural de Roma, al cual formó proceso. Santo Toribio, noticioso de ello, envió al metropolitano de Mérida el proceso que él y el obispo Idacio habian formado contra aquellos hereges. Visto todo por Antonino, pronunció sentencia de destierro contra Pascencio, la que se verificó echándole de toda la Lusitania. Todas estas acciones prueban el zelo pastoral y viva solicitud de santo Toribio en purgar el campo de la Iglesia de yerbas ponzoñosas; en alimentar las ovejas que se le habian confiado con la doctrina pura del evangelio; en poner éstas á salvo contra las asechanzas y astucias del lobo carnicero; en procurar por todos los medios el adelantamiento y esplendor de la Iglesia católica; y en una palabra, en cumplir las obligaciones de un buen pastor, que, como dice Jesucristo, da su vida por sus ovejas. De este modo, cargado de virtudes y merecimientos, le llamó Dios á mejor vida para darle la corona que merecian sus trabajos. No se sabe á punto fixo ni el año en que murió, ni el sitio de su glorioso tránsito; pero sí tienen alguna autoridad las conjeturas, hallándose que su pontificado duró como unos veinte años, en cuyo tiempo pudo alcanzar la desolacion de Astorga: acaso santo Toribio fue uno de los dos obispos que cautivaron y maltrataron los godos. Ya se sabe que Teodorico, rey godo, vino á España contra el rey suevo Reciario, protegido del emperador Avito; que se dió una sangrienta batalla á tres leguas de Astorga en viernes 5 de octubre de 456; que al año siguiente,

al volverse el Godo vencedor á Francia, asoló la ciudad de Astorga, profanó los templos, conculcó las cosas sagradas, saqueó todas las riquezas, quitó la vida inhumanamente á muchos eclesiásticos y nobles, no perdonando su furor ni á las mugeres, ni á los viejos, ni á los niños; quemando ademas las casas, que privadas de sus habitadores eran inútiles; y últimamente, que entre estos infelices fueron hechos cautivos dos obispos, cuyos nombres no nos los dice Idacio. Es creible que uno de éllos fuese el prelado de aquella ciudad santo Toribio, el cual, á imitacion de san Agustin, pediria á Dios le sacase de esta vida por no ver en poder de bárbaros su iglesia y su rebaño. No hay razon tampoco que nos obligue á establecer que su sagrado cadáver fuese depositado en otra iglesia que la de Astorga, así como no la hay para creer que el Santo muriese en otra parte, ni fuese oriundo de otra ciudad ó provincia, atendiendo á la disciplina constante de aquellos tiempos, en que los obispos eran elegidos por el pueblo entre el clero de la iglesia que habian de presidir, para que sus ovejas amasen á su pastor, y éste conociese una por una á sus ovejas. En el siglo octavo, por causa de la invasion de los moros, fueron trasladadas sus reliquias, juntamente con las que traxo de Jerusalen al monasterio de san Martin de Liévana, que con el tiempo perdió la advocacion de san Martin, y se intituló de santo Toribio. En este sitio permanecen, haciendo Dios muchos milagros en honor de los despojos de su verdadero siervo, menospreciador de sí mismo, amador de la religion, defensor de la verdad católica, destruidor de la idolatría, confutador de los errores, singularmente de los detestables del heresiarca Prisciliano.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Thuribii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; ut qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum...

Oid, Señor, las súplicas que os dirigimos en la solemnidad de vuestro bienaventurado confesor y pontífice Toribio, y por los méritos é intercesion del que tan dignamente mereció serviros, concédenos el perdon de nuestros pecados: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. y 45. de la Sabiduría, y la misma que el dia XI, fólio 199.

REFLEXIONES.

He aquí un sacerdote grande, que en su tiempo agradó á Dios, y fue encontrado justo. No parece sino que se dixeron estas palabras privativamente en atencion al grande prodigio con que libró Dios á santo Toribio de una negra y torpe calumnia. Fue acusado de haber cometido un adulterio, estando ya exâltado á la dignidad episcopal. Sus obras eran agradables á Dios, y mucho mas sus encendidos deseos. Vió el Señor atribulado á su siervo, y segun aquella palabra con que prometió que el justo, *á manera del árbol que está plantado junto al paso de las aguas, no perderia jamás su verdor y lozanía, ni podrian dañarle las astucias de los impíos* (*Ps.* 1.), hizo que el milagro de llevar las brasas en los sagrados vestidos sin quemarse, diese testimonio de la inocencia del Santo, así como el acusador inicuo fue herido de su omnipotente mano con una muerte repentina. El que pone en Dios su esperanza, no solamente puede contar con su defensa segura, sino que como Dios es el administrador de la justicia, y se intitula en las sagradas letras *Dios de venganzas*, es infalible que la tome contra el calumniador inicuo.

Entre todas las tribulaciones que pueden acontecer á un hombre bueno, con dificultad se puede dar otra mas sensible ni mas amarga que una calumnia, de qualquier género que sea, pero mucho mas si lleva consigo algo de

fealdad y de torpeza. Crece la gravedad cuando el sugeto calumniado debe por su dignidad y carácter resplandecer con el exemplo, y ser á los demas como un modelo de todas las virtudes. Un juez, un magistrado sentirán grande amargura cuando tengan que sufrir una calumnia; pero es dificultoso que iguale al dolor que necesariamente deberá experimentar un obispo, quien en sus obras debe representar á Jesucristo, así como en la dignidad y autoridad le succede y representa. ¿Qué contraste harán en su conciencia la evidencia de ser inocente, y la injusticia de verse acusado? ¿qué bochorno no encenderá en su rostro la memoria de un imaginado delito, en la realidad falso, pero en la estimacion del pueblo á lo menos dudoso?

He aquí un sacerdote grande en quien se hizo esta durísima prueba, y fue encontrado justo. He aquí un sacerdote, he aquí santo Toribio, en quien compitieron la calumnia por su parte, y por otra el cuidado que Dios tiene del honor de sus siervos. *De vuestra cabeza no perecerá ni un cabello*, les tiene dicho. Pon en mí tu confianza, y no temas á tus enemigos, les dice otra vez. Pero los hombres entienden mal estos preceptos de moderacion y paciencia cristiana: una calumnia suelen vengarla con ótra; á una ofensa meditan por lo regular una venganza. ¿Y qué sacan de esto? perder el mérito, llenar su corazon de inquietudes y desvelos, y añadir tal vez nuevo deshonor al ya padecido, y dar nuevas armas á sus contrarios. Dios, Dios es á quien pertenece únicamente el oficio de vengador. Solo Dios puede conocer los interiores, y de consiguiente solo él es capaz de arreglar el castigo con proporcion á la ofensa. El amor propio engaña fácilmente á todo hombre prevenido en favor suyo. Este mismo amor abulta los delitos, y esto solo bastaria para cometer excesos contra la justicia, cuando la caridad y amor fraternal no nos impusiese otras obligaciones.

El evangelio es del cap. 25. de S. Mateo, y el mismo que el dia I, fólio 29.

MEDITACION.

Del espíritu con que se han de sufrir los hombres malos en este mundo.

PUNTO RIMERO.

Considera que los malos viven en este mundo baxo de las órdenes y disposiciones de la divina Providencia, la cual en todas éllas es justísima é infalible. De consiguiente, la existencia de los malos, aunque mortifique á los buenos, necesariamente ha de tener un fin ordenado y provechoso. *El malo*, dice el gran padre san Agustin (*in Ps.* 54.), *vive para uno de dos fines, ó para que se corrija, ó para que sirva de exercitar la paciencia de los buenos.* He aquí el espíritu con que quiere Dios que se sufran los malos en este mundo: con espíritu de paciencia, sufriendo sus defectos, compadeciéndose de sus delitos, y haciendo oracion á Dios para que se apiade de éllos, y ablande su corazon con los celestiales rocíos de su gracia.

El amor propio es sumamente sutil y delicado en todas sus operaciones, y suele muchas veces apoderarse del corazon de los buenos con la máscara de piedad. ¿No sería mejor que no existiera aquel escandaloso que es causa á los demas de espiritual ruina? Un castigo exemplar con que vengase el cielo los ultrages y persecuciones de la virtud, ¿no la daria á ésta mas estimacion, y afirmaria su sólio contra todas las maquinaciones del abismo? Aquel herege, aquel impío que profana con obras y palabras lo mas augusto del santuario y de la religion, ¿no era justo que repentinamente quedase hecho objeto de escarmiento en donde aprendiesen los demas á temer las divinas venganzas? A lo menos se lograria con su destruccion el que no contaminasen á otros muchos. En éstas y otras semejantes expresiones prorumpe el corazon cuando no está muy radicado en la virtud, ni ha considerado la distancia que hay de los juicios humanos á la alteza inexcrutable de los consejos divinos; cuando no ha contemplado la doctrina de

las santas escrituras, en donde se contiene la ciencia de vida y de salud para nuestras almas.

Yo soy, dice el Señor por su Profeta (*Ezech.* 34.), *el que juzgo entre oveja y oveja, y entre éstas y los cabritos.* A su infinita justicia ha reservado la accion de separarlos, colocando á los únos á la derecha, y á los ótros á la izquierda como réprobos destinados á arder en los abismos por toda la eternidad. "Ten paciencia con los malos, dice el gran padre san Agustin explicando la parábola de »la zizaña (*Serm.* 47.): súfrelos, que para eso has nacido, »y tal vez ha habido tiempo en que tú tambien has sido »tolerado como malo. Si siempre fuiste bueno, ten mise»ricordia de los demas; y si alguna vez no lo fuiste, no »te olvides de tu antiguo estado. Dios exíge de nosotros »en esta vida paciencia y conmiseracion de nuestros her»manos; y para persuadirnos nos propone á sí mismo por »exemplo, diciendo: ¿Por ventura, si yo quisiera exer»citar ahora mi justicia, sería posible que juzgase inicua»mente, ó que me engañase en la sentencia? Pues si yo, »que siempre juzgo con rectitud, difiero mi juicio, que »es inefable, ¿cómo tú, que ignoras de qué manera se»rás juzgado, te atreves á adelantar tu juicio para con»denar á tu hermano?" Nada puede templar tanto el ardor de la humana soberbia como la consideracion de los propios defectos. El que no los halla en sí mismo puede desconfiar de la basa que sostiene el edificio de la virtud, que es la humildad. Y el que se reconoce culpado, ¿cómo se atreve á juzgar á su próximo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que ademas del espíritu de paciencia con que quiere Dios que suframos á los malos, debemos tener presente un precepto del evangelio que mira á nuestra propia santificacion, y al provecho de nuestro próximo. "Si no hubiera malos por quienes hubiésemos de dirigir »al cielo nuestras oraciones, dice san Agustin (*Serm.* 15.), »¿cuándo se nos diria, *Orad por vuestros enemigos* (*Mat.* 5.) »Por ventura, ¿querríamos que fuesen enemigos nues»tros los buenos? ¿cómo podia ser eso? Al bueno no le »puedes tener por enemigo, no siendo tú malo; porque

»siendo bueno, solamente el injusto podrá ser tu enemi»go. Luego cuando se nos dice, orad por vuestros enemi»gos, es lo mismo que decir; los que sois buenos, orad »por los que no lo son."

Uno de los mas altos exercicios que tiene la caridad es el de la oracion por los malos. A un mismo tiempo santifica al que se emplea en este santo exercicio, y logra tal vez del cielo una gracia tan abundante y poderosa, que rompe las cadenas que detienen en la iniquidad al miserable pecador. *Amad á vuestros enemigos*, decia el Señor (*Matth.* 5.), *haced bien á aquellos que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.* Amar á los malos, y mas si son enemigos nuestros, es efecto de una caridad verdadera; pero al fin es un exercicio puramente interior: hacerles bien, ya es exercicio mas perfecto; pero vencer todos los resentimientos del alma, para que llena de tranquilidad y encendida de amor se ponga á hacer oracion por los mismos que son sus contrarios, es uno de los puntos mas altos adonde pueden dirigir sus miras los justos.

Pues para hacer una cosa perfecta, es menester que descontentos con la mediania, aspiremos á lo heróico. Cuando nos hallamos molestados de los malos, suframos con paciencia sus excesos; tal vez de nuestra paciencia está pendiente su arrepentimiento. Pero aún hay mas: contemplemos que aquel ladron, aquel calumniador, aquel falsario es hermano nuestro, es redimido con la sangre de Jesucristo; y no dexa de serlo porque dirija contra nuestra persona ó nuestros intereses sus asechanzas. Contemplemos que la caridad en todo lugar, en todas circunstancias nos obliga y nos estrecha: que nuestras oraciones, exercicio de esta caridad, son acaso el último asidero que tiene aquel desventurado pecador para lograr la divina misericordia. Dificultosamente se puede traer el entendimiento ocupado con estas ideas tan verdaderas y cristianas, sin que el corazon temple los movimientos primeros que excitan la enemistad, la persecucion, la injusticia, ó cualquier otro mal, sea de la especie que quiera. ¿Harás mas caso de los gritos de tu amor propio que de los que te da tu misma conciencia? ¿mirarás todavía con ese tédio, con esa aversion, con ese horror á aquella per-

sona frágil, cuyas acciones no convienen con las tuyas? ¿no será justo que des lugar á la reflexion, para no quebrantar un precepto de tu legislador Jesucristo? De cuantos sacrificios haces á la ambicion, á los vanos respetos del mundo; de cuantas veces quiebras y tuerces los dictámenes de tu razon por no contravenir al gusto de un hombre, ¿por qué no has de destinar algunas víctimas de esta especie al amor puro de tu Dios, y al amor que debes á tu próximo?

JACULATORIAS.

Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras. Salm. 16.

Por cumplir, Dios mio, vuestra santa ley, y por la esperanza de vuestras promesas, sufrí con paciencia los duros procedimientos de los hombres malos.

Perfice gressus meos in semitis tuis. Psalm. 16.

Dirigid mis pasos, Señor, por vuestros rectos caminos, y llevad á perfeccion las obras, que son inspiracion vuestra.

PROPOSITOS.

Sufriré con paciencia á los malos cuántas vexaciones maquine contra mí su malicia; y muy lejos de indignarme contra éllos, ó de procurar su ruina, pediré á Dios que se apiade de su desventura; que los llene de luz para que conozcan el mal y le aborrezcan, y perciban la hermosura de la virtud, y la abracen. La oracion, pasto del alma cristiana, y medio por donde el hombre llega á su Criador, será tambien el dulce pasto que temple la amargura y hiel de las persecuciones, y el medio con que, á imitacion de mi Dios, pague á mis enemigos con beneficios los males que quisieren hacerme. ¿Qué fruto podria sacar de la venganza? ¿desharia ésta acaso la calumnia? Si mi honor ha padecido ya entre las gentes alguna lesion, ¿serán tan necios los hombres que me crean inocente porque he tomado venganza de mi enemigo?

Jesucristo, el Hijo de Dios eterno, que se vistió de nuestra carne para darnos exemplos, y dexarnos seña-

ladas las huellas por donde guiemos nuestros pasos á la bienaventuranza, este Señor es modelo que debe proponerse todo cristiano cuando se vea calumniado ó perseguido. Mire con atencion sus procedimientos; exâmine sus obras y sus palabras; contémplele en todos los momentos de su vida, y hallará un poderoso motivo de acallar las voces del amor propio, cuando se queje de sus disgustos. ¿Podrás tú acaso presentar tantas persecuciones como el Hijo de Dios? ¿se habrán dicho contra ti tantas calumnias, tantos falsos testimonios? ¿tendrás osadía para imaginarte alguna proporcion entre tu inocencia, mezclada siempre de defectos, y la de tu Salvador, tan infinita, tan santa y pura como la misma divinidad? ¿podrás gloriarte de haber hecho á tus enemigos ó á tus émulos tantos beneficios y gracias como aquel que convirtió en gracias y beneficios, aun para los mismos que le crucificaban, su misma sangre y su preciosa vida?

No hay temeridad en el mundo capaz de resistir á semejantes reflexiones. La fuerza con que estimula é intima la caridad sus obligaciones vigoriza toda la consideracion que acabas de hacer. Los exemplos de tantos justos que han trillado antes que tú este camino, y señaladamente el del Santo de este dia, desvanecen cuantos obstáculos y excusas pudieran alegar la tibieza, la irresolucion y el amor própio. Aquel que te precedió, imitó á su maestro, que lo es tambien tuyo, Jesucristo. La gracia que este Señor le grangeó con sus méritos infinitos, le hizo capaz de obras tan sobrenaturales. La misma gracia tendrás tú siempre que por tu parte quieras verdaderamente sujetarte á sus influxos, y oir sus dulcísimas inspiraciones. Luego nada hay que pueda retraerte de la execucion, sino tu misma malicia. Luego serás responsable, no solo de la infraccion de los divinos preceptos, sino de estas reconvenciones. ¡O; y qué cargo tan duro!

DIA DIEZ Y SIETE.

San Aniceto, papa y mártir.

San Aniceto, duodécimo papa despues de san Pedro, fue originario de Siria. Nació hácia fin del primer siglo; y la grande reputacion que ya tenia en la Iglesia hácia la mitad del segundo, es testimonio de la santidad con que pasó los primeros años de su vida. Fue hombre de superior genio, de extraordinaria grandeza de alma, de tanto teson, y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros; de zelo tan ardiente por la verdad y por la fe, que fue constante y universalmente tenido por azote de los hereges. Era venerado por uno de los mas sabios y mas santos presbíteros de la iglesia de Roma, cuando habiendo sido coronado del martirio san Pio papa el año de 157, fue nombrado Aniceto por sucesor suyo.

Tenia necesidad la Iglesia de un pontífice tan grande en tiempo que la malignidad y la multitud de los hereges no perdonaba á medio alguno para corromper la santidad de sus costumbres, y la pureza de su fe. Casi todos estos enemigos declarados de Jesucristo se habian juntado en Roma, donde siempre ha reynado y florecido la fe en todo su vigor, con intento de hacer todo lo posible para envenenarla en la misma fuente.

En tiempo de san Higinio papa habia venído á élla aquel impío heresiarca Valentino, que habiendo hecho grandes progresos durante el pontificado de san Pio, adelantaba cada dia nuevas conquistas. Cierta miserable mugercilla, llamada Marcelina, de la infame secta de los carpocracios, ó de los gnósticos, que tambien habia llegado á dicha ciudad, pervertia mucha gente. Desde el principio del pontificado del mismo san Pio habia comenzado tambien el impío Marcion á sembrar sus errores en la cabeza del mundo cristiano; de suerte, que cuando Aniceto se sentó en la silla de san Pedro, se vió como rodeado de monstruos que respiraban veneno; pero á to-

dos los exterminó durante su pontificado, persiguiéndolos hasta sus mismas madrigueras, y no perdonando diligencia alguna para preservar á los fieles de la ponzoña con antídoto oportuno.

Echó Dios la bendicion al zelo y á los trabajos del santo Pontífice. En poco tiempo se vió libre el rebaño de las enfermedades contagiosas por los desvelos del Pastor. Descubiertos y confundidos los valentinianos, los marcionistas, y todos los demas hereges por el zelo de nuestro Santo, fueron objeto de la exècracion de todos. Instruyó y cultivó á su pueblo con tan feliz suceso, que Roma, centro de la unidad y de la fe, lo fue igualmente de la santidad, y teatro de la virtud cristiana: así lo testifica Hegesipo, que vino á Roma en tiempo de san Aniceto.

Habiendo este insigne hombre, no menos sabio que santo, tratado en su viage muchos obispos de Occidente, y habiendo observado en Roma así la pureza de la fe, como la santidad de las costumbres de los fieles, admirado de úno y de ótro, hizo un magnífico elogio del Pastor y del rebaño. Escribió en cinco libros la historia eclesiástica, desde la pasion de Cristo hasta su tiempo, que se reducia á una sincera coleccion de las tradiciones apostólicas; pero ya no nos han quedado de una obra tan antigua y tan auténtica mas que algunos fragmentos conservados por Eusebio, en los cuales se ve la sinceridad con que san Hegesipo da testimonio de que hasta su tiempo no habia silla episcopal, ni ciudad cristiana, y sobre todo Roma, donde no se observase lo que manda nuestra santa ley, lo que los apóstoles habian predicado, y lo que habia enseñado el mismo Jesucristo.

Hacían de cuando en cuando los hereges algunos esfuerzos para corromper la fe; pero la vigilancia de Aniceto atajaba los efectos de sus perniciosos intentos. Al principio de su pontificado le vino á visitar san Policarpo, discípulo de san Juan evangelista, y obispo de Esmirna, que lleno de estimacion, y de singular veneracion á nuestro santo Pontífice, tuvo especial consuelo en pasar á conferir con él algunos puntos de disciplina eclesiastica, en que aún no habian convenido las iglesias griega y latina, y todavía no estaban decididos. Presto se concordaron los dos Santos. Y como era tanto lo que san Policar-

po deferia y respetaba al vicario de Cristo, y era tan singular la estimacion que Aniceto hacia de Policarpo, estrecharon entre sí una íntima amistad. No contribuyó poco esta buena inteligencia para confundir á los hereges, y para conservar á los verdaderos fieles en la pureza de la fe que habian recibido de los apóstoles; ni fue menos conducente para que floreciese en aquella capital la santidad de costumbres, que edificaba tanto á todo el mundo cristiano. Bien se puede asegurar, que si la verdad y la virtud fueron tan combatidas en Roma por aquella multitud de hereges que habian concurrido á élla, no fueron menos valerosamente defendidas por la concurrencia de tantos santos, y de tantos hombres grandes como juntó tambien en élla la divina Providencia.

Fuera de san Aniceto, san Policarpo y san Hegesipo, de quienes acabamos de hablar, se vió al mismo tiempo en Roma san Justino, uno de los mas brillantes astros de su siglo. Allí compuso la mayor parte de sus obras, que fueron tan útiles para disipar las calumnias de los gentiles, y para alumbrar á tan prodigioso número de hereges. Teniéndose por dichoso este insigne Santo de poder contribuir en algo al zelo de tan gran Papa, estableció en Roma, segun el plan que le dió el mismo Aniceto, una escuela de virtud, en que daba lecciones de religion á cuantos querian ser instruidos. Correspondió el fruto á su zelo; porque apenas se vió en otro tiempo tanta constancia y tanto fervor entre los fieles, á pesar de la persecucion de los paganos, y de los esfuerzos que hacian los hereges, así para alentar la fe, como para estragar las costumbres.

Gobernó la Iglesia san Aniceto, segun Eusebio y Nicéforo, por espacio de doce años, con admirable zelo, prudencia y vigilancia. Aun en tiempos tan turbulentos y tan nebulosos encontró lugar su zelosa solicitud pastoral para descender á las mayores menudencias de la vida exemplar que deben observar los clerigos, y á muchos puntos importantes de disciplina eclesiastica.

Prohibio que los clérigos traxesen el cabello largo, segun la ordenacion del Apóstol, y mandó que todos anduviesen con corona, ó tonsura clerical. Afirma san Gregorio Turonense, que el autor de esta corona fue san Pedro,

en memoria de la corona de espinas del Salvador, y así es probable que san Aniceto estableciese por decreto lo mismo que hasta allí era no mas que una mera y piadosa costumbre. Lo cierto es que antiguamente solo se dexaba una especie de cerquillo alrededor de la cabeza, estando todo lo demas raido á navaja, á la manera que aun el dia de hoy lo observan muchos religiosos.

Habia mucho tiempo que nuestro santo Papa suspiraba ardientemente por el martirio. Aquel ardiente zelo que manifestaba por conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y por dilatar el reyno de Jesucristo, parecia hacerle acreedor á este insigne favor del cielo; y así fue coronado del martirio en la persecucion de Marco Aurelio hácia el año del Señor de 167, y su santo cuerpo fue enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto.

El año de 1590, Minucio, arzobispo de Munich, y secretario de Guillelmo, duque de Baviera, llevó á aquella ciudad la cabeza de nuestro Santo, y la colocó en la iglesia de los padres de la Compañía, donde es reverenciada con singular devocion.

En el de 1604, habiendo mandado el papa Clemente VIII, que todos los cuerpos santos que se hallasen en dicho cementerio de Calixto, fuesen sacados de él, y trasladados á lugar mas decente y honorífico, donde estuviesen mejor colocadas aquellas preciosas reliquias; Juan, duque de Altaemps, pidió y consiguió del Papa el cuerpo de san Aniceto, y mandando labrar una magnífica capilla, colocó en élla este inestimable tesoro en un suntuoso sepulcro de mármol, donde es reverenciado con la mayor devocion: y el mismo duque hizo el elogio de nuestro santo Pontífice en estas pocas palabras: *Si la perfecta inteligencia de la sagrada Escritura; si la inocencia y la santidad de la vida; si la gloria del martirio bastan cada una de por sí, como todos lo confiesan, para hacer á un hombre inmortal; ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de san Aniceto, en quien todas estas cosas se juntaron?*

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Aniceti, martyris tui atque pontificis annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum....

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Aniceto; concédenos que consigamos la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría, y la misma del dia XIV, fol. 243.

NOTA.

»Los que dudan que Salomon fuese autor del libro de »la Sabiduría, no hacen reflexîon á estas palabras, que »dice de sí mismo el autor de dicho libro en el capítu- »lo 9, hablando con Dios: *Vos me escogisteis para rey »de vuestro pueblo, y para juez de vuestros hijos y de »vuestras hijas, y me mandásteis edificar un templo en »vuestro santo monte, y un altar en la ciudad de vuestra »habitacion.* Es probable, que el libro de la Sabiduría fue »la primera obra que compuso Salomon despues que el »Señor se la concedió.

REFLEXIONES.

Luego erramos el camino de la verdad. La consecuencia es legítima y verdadera; el discurso cabal y bien hilado. ¡Pero qué desesperacion es la de un dolor y un arrepentimiento inútil! Para un hombre de vergüenza no hay cosa mas sensible, ni mas ruborosa que haberse engañado. Nunca se reconoce el error sin alguna confusion; pero cuando ha nacido de pura necedad, de pura simpleza: cuando ha sido únicamente por culpa del que yerra: cuando el desacierto conduce á la última desdicha, y esa sin remedio; ¿cuánto distará de la desesperacion el arrepentimiento? No hay suplicio mas cruel que aquel en que sirven de tiranos el entendimiento y el corazon.

Luego nosotros anduvimos errados y descaminados: *Ergo erravimus.* Nosotros, que tanto nos hacíamos respetar: nosotros que estábamos reputados por hombres de grande entendimiento, y teníamos lástima de los que iban por el camino real y derecho: nosotros, que éramos los dioses de la tierra, ante cuyo acatamiento todos se encorvaban: nosotros, á quien todo se nos reía, y coronados de rosas y de flores éramos el alma de las fiestas: nosotras, mugeres del mundo, ídolos de la vanidad, almas de la diversion y del placer: nosotros, que hacíamos chacota de las verdades mas terribles de la religion, y juguete de las amenazas del Altísimo: nosotros, que solo éramos cristianos por bien parecer; luego nosotros lo erramos, y lo erramos en el punto decisivo de nuestra suerte eterna. *Ergo errávimus.* Luego no era verdad que aquellos honores tan superficiales, aquellas riquezas tan caducas, aquellos deleytes, por la mayor parte tan amargos, podian hacernos felices para siempre: luego no era verdad que aquella vida regalona, ociosa, delicada y licenciosa debia ser envidiable: luego no era verdad que mi estado, mi empleo, mi dignidad, mi carácter, mi nacimiento me daban licencia y algun derecho para no vivir cristianamente.

Imaginaba yo que aquellas mugeres tan circunspectas, tan virtuosas, y tan retiradas enteramente á sus obligaciones caseras, y á exercicios de virtud y devocion, eran dignas de lástima: parecíame su soledad una especie de prision, y su circunspeccion un suplicio intolerable. Pero engañéme: éllas fueron por donde debian ir: yo fuí la loca y la descaminada.

Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam. Locos éramos nosotros y muy insensatos cuando teníamos por necedad y por insensatez aquella su discretísima vida, puesto que en rigor no hay otra discrecion, ni otra verdadera sabiduría que la de los santos. ¿Es por ventura sabiduría y discrecion caminar á tientas, sin saber adónde se camina? ¿es sabiduría y discrecion caer atolondradamente en los lazos del enemigo? ¿es sabiduría y discrecion correr tras de un poco de humo, y cuando mas tras de un fuego fátuo? ¿es sabiduría y discrecion poner á peligro la salvacion eterna, aturdirse uno en sus mismos descami-

nos, y trabajar con todas sus fuerzas en su propia ruina? Pues ésta es nuestra conducta. Juzguemos ahora cuál será nuestra discrecion y nuestra sabiduría.

Pero nos arrastró el amor de los deleytes: otra prueba de nuestra insigne locura: *Lassati sumus in via iniquitatis.* Fatigámonos á puro andar por el camino de la maldad. ¿Hay camino mas fragoso, mas áspero, ni mas penoso que el nuestro? Siendo presa infeliz de todas las pasiones, blanco de toda la malignidad del corazon humano, víctimas de la ambicion, de la concupiscencia y de la envidia, ¡qué mortales inquietudes! ¡qué crueles angustias! ¡qué insufribles tormentos hemos de padecer necesariamente! Una eterna desconfianza, unos sobresaltos cada dia mas sombríos y mas negros, unas pesadumbres, unos disgustos, unos despiques, que interiormente nos consumen y nos penetran, pero que es preciso disimularlos; unas risas forzadas, unas alegrías artificiosas, pero vanas; unos remordimientos tiranos, una memoria de la muerte nos asusta y nos estremece. Esta es aquella vida deliciosa de que hacemos tanta ostentacion. Por nuestra desgracia todas estas amarguras son bien fundadas, y todas estas reflexîones arregladas á la verdad. Conocemos el error, nos estremecemos, y nos horrorizamos; pero llega el arrepentimiento cuando ya no hay lugar á la enmienda. Comprende bien toda la amargura y toda la penetrante punta de estas fatales consecuencias.

El evangelio es del cap. 16. de san Juan, y el mismo que el dia IV, folio 78.

MEDITACION.

De la falsa alegría del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la imaginada alegría del mundo no solamente es despreciable, superficial, insulsa, sino que toda élla es una pura simulacion. No hay cosa mas falsa en su orígen, no la hay mas inconstante en su duracion, no la hay mas amarga en su fin. Apenas se hallará manan-

tial alguno de alegría mundana que no esté emponzoñado: pocos que no sean malignos: ninguno cuyas aguas sean capaces de satisfacer la sed.

El contentar una pasion, una partida de diversion ó de bulla, una grande y repentina fortuna, el logro de una cosa que se deseó con vehemencia: estas son las causas mas regulares de aquel gustoso movimiento que se experimenta en el alma, á quien se da el nombre de alegría. Por algunos momentos parece que se dilata y se ensancha el corazon; ¿pero está alegría es muy pura? ¿está el alma muy satisfecha con élla? Juzguemos del efecto por la causa. Sin serenidad y sin calma no hay alegría verdadera. ¿Y hay mucha calma y mucha serenidad en el corazon de los mundanos? Para que un bien merezca este nombre no basta que agrade: es menester que sea un bien sólido y real, porque sin esto el alma se alegra en falso. ¿Y se encuentran muchos bienes sólidos y reales entre los que causan en el mundo tanta alegría? ¿se halla siquiera uno solo, que haga al hombre feliz, y que no le dé fatiga? Las riquezas son unas espinas penetrantes, fecundo manantial de inquietudes, disgustos y sobresaltos. Los gustos son inseparables de mil pesadumbres y remordimientos; y de los ilícitos ninguno hay siquiera que no arrastre una cadena de sustos y de zozobras. Aturda y atolondre el encanto todo cuanto quisiere: alegría que no se funda en la inocencia, es forastera; si la virtud no la alimenta, es achacosa; si es vicioso su principio, es falsa. Exâmina ahora si hay mucha alegría en el mundo. Bastaria su misma inconstancia para tenerla por vana. Hay pocas risas que no sean afectadas; apenas se sabe reir en él sino que sea por estudio. Aquellos que se llaman desahogos del corazon, como son tan violentos, no pueden ser duraderos. Hablando con toda propiedad, los asomos de la alegría mundana no son mas que apariciones; si se apodera del corazon, no está léjos la tristeza, ó por mejor decir, ésta jamás se aleja mucho, ni aun enteramente le desocupa: si muchas veces desaparece, no es mas que á los ojos del que mira: de aquí proviene, que las pendencias, las riñas, y los mayores excesos del furor suelen nacer, digámoslo así, en el mismo regazo de esa falsa alegría. Alegría mundana, alegría artificial, alegría postiza, va-

no fantasmon de alegría. No es menester mas que un poco de entendimiento para conocerlo así. ¡Ah buen Dios! ¿cuándo dareis al mundo el entendimiento y la religion que baste para que destierre de sí un error tan universal? ¿cuándo dexará de engañarnos, y cuándo dexarémos nosotros de apacentarnos con él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la alegría mundana se puede comparar á aquellos árboles siempre verdes, y siempre floridos, que puramente sirven de adorno á los jardines, cuyo fruto, por lo comun, es muy amargo. Esas alegrías de bulla y de tumulto, esas fiestas brillantes, esos saraos, esas mesas de juego, de banquetes y de diversion aún suelen costar mas al corazon que á la bolsa: á ésta la dexan vacía, pero á aquél ¿cómo le dexan?

¿Hay fiesta, hay diversion, hay alegría del mundo sin inquietud, sin envidias, sin zelos y sin zozobras? Por algun tiempo como que suspenden ó entorpecen el sentimiento, la disipacion y el tumulto; pero dura poco esta calma. Caen las flores en el suelo, y queda en el fruto la amargura: los remordimientos punzan, los sinsabores despedazan: la envidia, el ódio, el miedo, el sobresalto, y otras cien pasiones hacen pagar bien caras aquellas gotas de dulzura, que el mundo nos vendió á tan alto precio. Algunos intervalos lograste de estos gustos, de estas alegrías tan ponderadas: ¿y qué te quedó de éllas? ¿qué queda en la Cuaresma de las diversiones y de las bullas del Carnaval? remordimientos y arrepentimientos; pero aun éstos pueden ser frutos saludables. Escozores, disgustos, amarguras son las reliquias que quedan mas comunmente. A aquellas personas del mundo, que ya por su edad, ó por sus achaques están desterradas de sus diversiones y de sus gustos; ¿qué las queda de los que en su tiempo tuvieron? Aquel pobre moribundo, ¿qué sacó de lo que se holgó? Acaso la enfermedad que le lleva á la sepultura, un color pálido, y lágrimas amargas. ¿Consolaránle mucho en aquel postrer momento unas alegrías, borradas de la memoria para el gusto, y solo impresas en élla para el dolor? Pero ¿y qué les ha quedado de todas las fiestas

mundanas á aquellos infelices condenados, que despues de su muerte están ardiendo ya en las llamas eternas? Si en aquellas alegrías se hallaba algun bien real y verdadero; si eran digno objeto de una noble ambicion; si merecian nuestras ansias; si nos eran lícitas y permitidas; ¿por qué nos dexaron tan crueles, tan amargos dolores? ¿por qué tan justo arrepentimiento?

¡Oh mi Dios, y qué divertidos, qué discretos fueron los santos en mirar todas esas alegrías, ó como ilusiones ó como relámpagos, que por lo comun vienen acompañados de rayos y tempestades! Bien persuadido estoy yo á esta misma verdad: bien conozco todo el veneno de este error; ¡y en medio de esto todavía suspiraré por este vano fantasma! Haced, Señor, que descubriendo bien la falsedad de esta aparente alegría, conozca todo el mérito, todo el valor de aquella saludable tristeza, que es la herencia de los escogidos, y siempre se sigue á élla la eterna felicidad. Amen.

JACULATORIAS.

Beatus vir, qui non respexit in vanitates, et insanias falsas. Salm. 39.

Bienaventurado aquel que no se dexa llevar de vanidades y locuras.

Risum reputavi errorem: et gaudio dixi: Quid frustrà deciperis? Eccles. 2.

Siempre tuve á la risa por necedad, y á la alegría mundana por engaño.

PROPOSITOS.

Lleno está el mundo de brillanteces aparentes; pero ninguna da tanto en los ojos como aquella falsa alegría de que hace tanta ostentacion. Siempre se rie en él por artificio, siempre con hipocresía. ¡Cosa extraña! siendo la alegría el barniz de todas las diversiones del mundo, en ninguna parte hay tanta melancolía, tanta tristeza, tanta zozobra como en el corazon de los que parecen mas alegres. Ellos mismos lo confiesan así, y no es menester otra prue-

ba que su misma conducta. Aquel ayre desembarazado y risueño, aquellas frecuentes llamaradas ó evaporaciones del corazon, aquella festividad de profesion, es una máscara que encubre mil congojosos cuidados, es un disfraz que procura ocultar á nuestros ojos un corazon atestado de tristeza. ¿Y todo esto será muy inocente? Toma hoy mismo la resolucion. Primero: De no intervenir jamás en esas peligrosas partidas de diversion, de no asistir á esas fiestas mundanas, en las cuales corre tanto peligro la inocencia, ni aparecer por ningun pretexto en el bayle, en la casa del juego, ni en los espectáculos. Segundo: De no permitir que tus hijos y dependientes concurran á semejantes lugares, de que debe voluntariamente desterrarse todo cristiano. Tercero: De no perder ocasion de descubrir á los ótros, especialmente á tus hijos y familia, el veneno de esas alegrías. ¡Qué mayor crueldad que ver el fuego, la ponzoña y los lazos que el enemigo arma en todas partes, y no hablar una palabra! Grita eternamente contra estas fatales ilusiones.

2 Nunca puede haber razon para hartarse de veneno, con pretexto de que es grato al paladar, y que despues se tomarán preparativos. Mira como ponzoñosas todas esas alegrías mundanas, y anda con mucho cuidado aun en las fiestas, en las diversiones que parecen mas lícitas y mas inocentes. Acuérdate que ni la atencion, ni la urbanidad han de ser en perjuicio de la salvacion. ¿Tienes que hacer una visita, que concurrir á un sarao? prevente antes con el contraveneno á los pies de tu crucifixo. ¿No te puedes excusar de asistir á una boda, de salir por unos dias á una casa de campo? lleva siempre contigo el pensamiento de la muerte, porque no hay remedio mas eficaz para desvanecer los mas peligrosos atractivos. Siempre que se rie, se representa una comedia; y si no, cuando veas alguna persona muy alegre y muy divertida, acuérdate cómo estará á la hora de la muerte.

DIA DIEZ Y SIETE.

La beata Maria Ana de Jesus, vírgen.

La imperial y heróica villa de Madrid ha sido en todos tiempos ilustre cuna de hombres que han florecido en santidad, armas y letras. Pero entre los sugetos que mas han acendrado su gloria, apenas se encontrará uno que pueda compararse con la beata Maria Ana de Jesus, honor inmortal de su sexô, vírgen purísima, y teatro admirable de las operaciones mas portentosas de la gracia. Nació esta Sierva de Dios en la referida villa por enero del año de 1565, y fue bautizada en la parroquia de Santiago á 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro, Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque nobles por lo ilustre de su linage, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecia en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales, y otros exercicios igualmente caritativos fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendicion con que les enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Desde los primeros años se dexan ver los anuncios de lo que ha de ser el hombre en el resto de su vida. Dios previene con sus bendiciones las almas dichosas que elige para sí, y aun en las acciones mas inocentes hace que ostenten los efectos de su gracia. Así se vió en la niña Mariana, la cual jamás se vió mancharse con aquellas propiedades infantiles, que son señales de la corrupcion de nuestra naturaleza, y piden toda la atencion de los padres. Recibia el alimento con tanta escasez y moderacion, que propiamente parecia un ayuno. Su quietud, su apacibilidad y la perpetua alegría que resplandecia en su rostro, al paso que acrecentaban la singular hermosura de que la habia dotado la naturaleza, testificaban la paz y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se jun-

taron otras no menos admirables que seguras, en las cuales se denotaban mas claramente las propensiones del alma.

Llevábanla á la iglesia, y entonces advertian que se transportaba en un gozo singular al tiempo de la elevacion de la sagrada hostia. Sus inocentes ojos se fixaban con tanta intension en las imágenes de Jesus y de María, que desde luego se echaba de ver la gran devocion que habia de tener á la Madre de Dios, y cuán de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y extension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya admiraban en esta santa Niña los exercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles que suelen divertir, y á veces corrommper los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazon, distribuia entre éllos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podia haber á las manos. A los enfermos de su casa los alentaba con dulcísimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de afuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y oracion que en aquella tierna edad observaba la santa Niña; porque retirándose á los sitios mas apartados de su casa, la veían frecuentemente de rodillas delante de alguna imágen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y ótras cercado de resplandores, tan suspensa y anegada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la Santa en sus escritos, aprovechó tanto en la escuela del espíritu, que aun antes de llegar á los siete años experimentaba ya aquellas ilustraciones, visiones y regalos que suelen ser el fruto de muchos años de contemplacion, de fervor y de penitencia. El soberano Padre de las luces se la manifestaba con tanta claridad, que nada la dexaba que desear en órden á la inteligencia de los mas sublimes misterios. El de la Trinidad sacrosanta, el de la Encarnacion del Verbo divino, y la real presencia de Cristo en el sacramento de la Eucaristia

se la manifestaban con tanta claridad, que apenas tenía lugar en élla la fe.

Efectos tan maravillosos eran una consecuencia de la docilidad con que se prestaba su corazon á la enseñanza de los maestros que la dirigian. Estos eran el divino Redentor, su Madre santísima, y el Angel custodio, de cuya visible presencia gozaba muchas veces. Ademas de las altísimas verdades que la enseñaban, llenaban su corazon de inefables dulzuras, aficionándole al amor del Esposo de las vírgenes, y amaestrándola en la contemplacion de la bondad infinita. De tan soberanas instrucciones nacia un desprecio total de las cosas perecederas, y un amor de deseos fervorosos de las eternas y divinas. Así toda su conversacion era de Dios: todas sus obras encaminadas al provecho y santificacion de sus próximos: y todos sus deseos acrecentar mas y mas aquella caridad fragrantísima que abrasaba su corazon. Este no podia contener en sí la grandeza y muchedumbre de afectos que producia la caridad; y así se derramaba, procurando introducirlos en las almas de sus hermanas y familiares de su casa, con dulces y eficaces razonamientos. Estos eran sumamente devotos, singularmente cuando precedian alguna fiesta de precepto, algun dia de jubileo, ó solemnidad de María santísima. Entonces sus palabras tenian mas uncion y viveza, y lograban felizmente el efecto de disponer sus almas al cumplimiento del precepto, y á las obras piadosas del modo mas proporcionado para lograr un copioso fruto. A esto se llegaba una discrecion y dulzura para reprender las faltas que advertía, que lograba corregir sin exásperar, y todos los efectos del zelo verdadero, sin mezcla de las peligrosas consecuencias que produce el zelo falso. Adelantada Mariana tan prodigiosamente en la virtud, deseaba participar de aquellas gracias que la Iglesia no concedia todavía á sus tiernos años. Tal era la participacion de la sagrada Eucaristía, á cuya vista se exhalaba su alma en encendidos deseos. Avivábanse éstos con el exemplo de su piadosa madre que frecuentaba los sacramentos con ternura y devocion, llevando siempre consigo á su querida hija, para que en su tierna alma se fixasen mas profundamente el amor y reverencia á la religion, y a sus

misterios. Pero la santa Niña, no pudiendo sufrir ya mas dilaciones, y sintiendo en su espíritu una santa hambre del divino manjar, solicitó con lágrimas y ruegos que la hiciesen participante de la divina comunion. Sus padres oyeron con regocijo estas santas pretensiones; y comunicándolas con el párroco, tomó éste á su cargo el exâmen del talento y disposiciones de la Niña para llegarse á la mesa de los ángeles. A pocas diligencias advirtió un espíritu tan agigantado, un conocimiento tan claro de la alteza de los divinos misterios, una virtud tan superior á lo que prometian sus tiernos años, y una sed tan ardiente de probar las dulzuras de la fuente de vida, que no solamente condescendió con los santos deseos de Mariana, sino que quedó sorprendido al ver el alto grado de perfeccion á que habia subido en tan poco tiempo. Preparóse á la primera comunion con exercicios sumamente fervorosos, y transformada en un ángel, llegó á gustar la comida de éllos con singular consuelo de su alma. Quedó anegada en celestial dulzura, tanto que de allí adelante élla misma estimulaba á su madre á la frecuencia de sacramentos, no pudiéndola hallar jamás harta del manjar divino. Las consolaciones interiores que el Padre de misericordias la concedia eran tales, que á un mismo tiempo avivaban en élla el deseo de recibir la Eucaristía, y la colmaban de complacencias en la dulzura interior que sentia con esta participacion. Hasta los once años siguió la beata Mariana disfrutando estas felicidades, y gozando de una vida la mas tranquila y regalada que se podia imaginar.

Pero Jesucristo, que hecho Esposo de sangre, como dice la Escritura, quiere que sus elegidos le sigan por el camino de los trabajos, cargando con la cruz que tanto lastimó sus hombros, dispuso que Mariana entrase en esta penosa carrera, y comenzase á hollar con sus tiernas plantas un sendero cubierto enteramente de abrojos y de espinas. El primer golpe con que afligio el tierno corazon de la jovencilla Mariana fue la muerte de su madre, á quien se llevó para sí á darle el premio de sus grandes virtudes. Esta pérdida fue para la santa Niña sumamente dolorosa: porque en su madre tenia una maestra de la piedad, y una compañera en los devotos

exercicios, siendo ámbas de unos mismos pensamientos, é iguales en fervor para practicarlos. Conociendo que nada se hace en este mundo que no esté sujeto á las sabias leyes de la divina Providencia, y que el buen cristiano debe recibir de la mano de Dios los bienes y los males con igual semblante, se resignó humilde en su divina voluntad: llevó con paciencia la dolorosa separacion de su madre, y con ayunos, penitencias y sufragios manifestó el amor que la tenia. A este golpe se siguieron ótros todavía mas amargos para una jóven, cuyo espíritu abstraido de las cosas terrenas, solo aspiraba á conseguir las celestiales. Su padre se casó en breve, dando á Mariana una madrastra áspera de condicion, que la maltrataba de palabras y de obra. Dióle el cielo dos hijas de élla, y el natural amor que debia tener á éstas, le hacía mirar con horror á la jóven Mariana. Su padre, deseando quitar á su muger un motivo de desazon y de contínuas rencillas, determinó casarla; y para este efecto la hacia usar de las galas con que suelen adornarse las doncellas. Sin embargo de que miraba con abominacion todo adorno que no se dirigiese á conciliarse el amor del divino Esposo, condescendió con la voluntad de su padre, adornándose con modestia cristiana, y colocando en Dios su esperanza, bien firme de que la divina misericordia dispondria las cosas de modo que se encaminasen á su mayor servicio. Lo que la Santa pasaba en este tiempo, lo dice élla misma, y son dignas de copiarse sus palabras.

"Contínua y ordinariamente, dice, era Dios mi maes- »tro, ilustrándome mi entendimiento, y dándole á co- »nocer á mi alma por unas maneras tan claras y mani- »festadoras de la gran bondad suya, aquel paternal amor »con que nos ama, apartando siempre mi corazon de to- »do mal, é inclinándole á todo bien, entresacándole de las »malezas y peligros que de ordinario la naturaleza suele dis- »traer y llevar tras sí. Que aunque como las demas tuve mis »cabezadas y sueñecillos en órden al adorno y compostura, »que algunas doncellas acostumbraban para parecer bien; »mas siempre me dió nuestro Señor por su infinita bondad »y misericordia que me mirase en el espejo de la castidad, »y que mi tocado y vestido fuese muy honesto, y siem-

»pre tan cubierta y recatada, y por consiguiente ence-»rrada y recogida en casa, huyendo lo que me podia dis-»traer en cosa de la vanidad. Porque mi contínuo maes-»tro y señor Dios siempre me incitaba al bien, y, como »tengo dicho, me apartaba del mal; y en particular á »las noches, cuando me recogia, me hallaba muchas veces »amonestada del Señor, que le preguntaba á mi alma, y »le tomaba cuenta, é interiormente la decia: ¿que para »quién se habia adornado y ataviado? Dándole juntamen-»te á entender el desengaño y vanidad de las cosas de la »vida, y con qué profundidad y luz me lo daba su Mages-»tad á conocer?" Entre tanto su padre y su madrastra multiplicaban las instancias y diligencias para que Mariana inclinase su cuello al matrimonio. Las prendas apreciables de honestidad, mansedumbre y hermosura de que estaba adornada la proporcionaron fácilmente un esposo en quien concurrian unas ventajosas cualidades para que la santa Jóven contraxese con él un matrimonio honroso; y esto mismo daba calor á los deseos de su padre. La Santa conocia por una parte la obligacion que impone Dios á los hijos de mirar con respeto las paternales insinuaciones en órden á la eleccion de estado; pero por otra sentia en sí unas disposiciones muy contrarias. Miraba el matrimonio como un estado poco cómodo para la tranquilidad de espíritu y exercicios de devocion, que tenian en su alma la preferencia. Se hallaba como una roca en medio del mar, combatida por todas partes de las furiosas olas de la contradiccion. No sabia con claridad cuál fuese la voluntad de Dios en aquel punto; y como sola ésta era la regla de sus acciones, multiplicó los ayunos, las penitencias y la oracion, como seguros medios de investigarla. Postrábase en su secreto oratorio delante de una imágen de Cristo crucificado; y allí con suspiros fervorosos, lágrimas y gemidos que la salian del corazon, pedia á Dios se dignase de manifestarla cuáles eran los designios de su sabiduría para seguirlos, aunque fuese á costa de su misma vida. El misericordioso Dios, que tiene dada palabra de oir al justo que le invoca en el dia de la tribulacion, oyó los gemidos de su sierva Mariana, y quiso confortar su lastimado corazon dándola á entender los designios de su voluntad.

Para este efecto se valió de uno de aquellos medios con que la infinita sabiduría hace que las cosas que parecen indiferentes logren la consecucion del fin premeditado. Oyó la Santa por casualidad un sermon que predicó el venerable padre fray Antonio del Espíritu santo, del órden de san Francisco, residente á la sazon en el convento de san Bernardino, el cual dirigió por muchos años su espíritu. En aquel discurso ponderó el varon apostólico las excelencias y prerogativas de la virginidad, pintándola tan amable, que la Sierva de Dios llegó á conocer que su divina Magestad la manifestaba de aquel modo su voluntad santísima. Consultó este hecho con aquel santo Religioso, y convencida de que Dios la queria para que aumentase el coro de vírgenes, que siguen de contínuo al cordero sin mancha, hizo, con acuerdo de su confesor, voto de perpétua virginidad en la iglesia parroquial de san Miguel de Madrid. Determinada ya á no conocer esposo terreno, y habiendo elegido aquel cuya Madre es vírgen, y cuyo Padre no conoció muger, procuró disimular su resolucion, contestando con santa prudencia á las contínuas baterías que la daban para que acelerase su casamiento. Pero su santo propósito no pudo ocultarse por mucho tiempo. Traxéronla unas dádivas y joyas preciosas con que la regalaba el que estaba elegido para esposo suyo. Un corazon menos cimentado en la virtud sólida se hubiera resentido de debilidad en presencia de unas prendas que tienen un atractivo casi insuperable para la mayor parte de las mugeres. La beata Mariana las miró con desprecio; y considerando que no era ya justo entretener por mas tiempo las esperanzas de aquel jóven, ni permitir que viviese engañado su padre, declaró á éste como tenia hecho voto de virginidad, y que serian inútiles todos sus esfuerzos para hacerla mudar un pensamiento, que estaba cierta de que el mismo Dios se la habia inspirado. Esta declaracion, que se difundió entre la madrastra y los parientes, fue como una porcion de materias combustibles echadas en un voraz incendio. Aumentóse la persecucion; crecieron los malos tratamientos de la madrastra; multiplicáronse los combates y porfiadas diligencias de los parientes, que por bien ó por mal querian apartarla del voto que habia hecho. Su padre, presu-

miendo que el abatimiento y desprecio doblarian la firmeza de su corazon, despidió de su casa á la criada, y mandó que sirviese aquel oficio su hija. Con este motivo la obligaba la madrastra á hacer y rehacer los oficios mas despreciables y penosos, no dándose por satisfecha y contenta de nada que la Santa hacia. Por cualquiera cosa la trataba mal de palabras, la daba de palos y exercitaba en élla las mayores inhumanidades. Privábala de la comida, la encerraba en un cuarto obscuro, sin desistir jamás de la pretension de que contraxese matrimonio.

Como Mariana se habia exercitado desde niña en la escuela de Jesucristo, estaba acostumbrada á beber el amargo cáliz que este Señor da á sus escogidos. Sabia que por un camino de tribulaciones y acerbos tormentos habia subido el Hijo de Dios á redimir al género humano, y á conseguir la gloria que le destinó su Eterno Padre por la muerte de cruz; y sabia que el que se preciase de verdadero discípulo suyo, habia de seguir en todo sus pasos. Esta consideracion tranquilizaba su alma, y la llenaba de una fortaleza tan superior, que en medio de los baldones, de las bofetadas y todo género de persecucion y malos tratamientos, conservaba una paz en su corazon y una alegría en el rostro, que se echaba bien de ver que no era efecto de las fuerzas naturales, sino obra maravillosa de la gracia divina. Esto se vió en una resolucion que la Santa tomó sobre sí misma, que llegó á consternar, aunque no á abatir la furia de sus perseguidores. Era la Santa de gentil disposicion de cuerpo, y acrecentaba la hermosura de su rostro una hermosa madeja de dorados cabellos, que contribuian no poco á mantener el ardiente amor que la tenia su destinado esposo. Un dia, pues, determinó quitar este estorbo á sus santos pensamientos; y tomando unas tixeras, se cortó el hermoso cabello, y con él las esperanzas del que la pretendia por esposa. Cuando la Santa se presentó á su padre y á su madrastra afeada de esta manera, se encendieron en cólera como tigres, y multiplicando las bofetadas, los golpes, dicterios y exêcraciones, cargaron sobre la santa Jóven todo el tropel de injurias y malos tratamientos que es capaz de producir un encono infernal disimulado con la capa de zelo, de piedad y de paternal obediencia. En

todas estas tribulaciones se mantuvo Mariana sumamente gozosa, considerándose en éllas verdaderamente discípula de Jesucristo. Este Señor la consolaba y fortalecia con frecuentes visiones espirituales en que la inundaba con torrentes de celestiales dulzuras. Pasó algunos años la Sierva de Dios esta terrible prueba de su verdadero amor al Esposo inmaculado, hasta que satisfecho de la fineza de su amada Esposa, hizo calmar la tormenta. Conocieron todos que era empeño vano resistir á los designios de Dios: ilustrado su entendimiento con soberanas luces, vió el padre de Mariana en su hija, no ya una voluntad rebelde á sus preceptos, sino una doncella elegida de Dios para hacer ostentacion de las maravillas de su omnipotencia. Igual persuasion se apoderó del corazon de su madrastra; y así determinaron abandonar su loco empeño, dexar á Mariana tranquila en sus santos exercicios, venerando de allí adelante como á una santa virtuosa doncella, á la que hasta entonces habian perseguido como á una hija contumaz y rebelde.

Viéndose la Sierva de Dios victoriosa de tan crudas batallas en una paz tan dulce y apetecible, como antes habia sido penosa y temible la guerra en que se habia hallado, soltó las riendas á su fervoroso espíritu para que se emplease sin reserva en todos los exercicios piadosos. Era poco proporcionada para esto la casa de sus padres: conocia ademas que éstos no se hallarian mal con su ausencia; y tanto por lo úno como por lo ótro determinó hacerse religiosa. Aunque las diligencias que hizo en todos los conventos de Madrid fueron exquisitas, no lograron el efecto deseado. Afligíase Mariana viendo frustrados sus deseos, y pudo tanto en élla el anhelo de vivir entre vírgenes, que abrigó en su corazon un arriesgado proyecto, que á no venir del cielo, toda humana prudencia le juzgaria temerario. Determinó salir de su casa sola y caminar á Ocaña, en donde habia oido decir habia conventos en que serian sus esperanzas cumplidas. Sola, determinada, sin confiar á nadie su secreto, sale de noche de la casa de sus padres á pie esta tierna doncella, sin mas provision para el camino que la firme esperanza que tenia en su Esposo, y la viva fe con que creia que Dios nunca desam-

para á los que en él confiaron. Pocas leguas anduvo cuando se la presentaron á un solo punto de vista todos los peligros á que iba expuesta una jóven con diez y nueve años de edad, sin otra compañía que los atractivos de la naturaleza. Esta consideracion causó en élla tanto espanto, que se volvió á la casa de sus padres, en donde en una vision admirable la dió el Señor á entender por medio de su Madre santísima que vendria tiempo en que se cumpliesen sus deseos. Entretanto vivia en su casa con el mismo recogimiento y abstraccion de su espíritu que pudiera tener en el convento mas retirado. Creció nuevamente el impulso con que su corazon caminaba á Dios, doblando los exercicios de humildad, de caridad, de mortificacion, y generalmente de todas las virtudes. Instruia en éllas con soberano magisterio á dos hermanitas suyas, enseñándolas que huyesen del mundo, de sus pompas y vanidades; á que despreciasen los atractivos del amor terreno, y á exercitarse en la contemplacion de los divinos misterios. Con tal enseñanza salieron las niñas muy aventajadas en la virtud, y Mariana hallaba ocupacion proporcionada al fervor de su espíritu.

Dos años disfrutó la Sierva de Dios de tranquilidad y reposo, gozando en él las verdaderas delicias de la vida espiritual; pero Dios, que la habia visto pelear y vencer con tanto denuedo, permitió que entrase en otra nueva guerra, tanto mas temible, cuanto los enemigos eran menos visibles, y sus armas templadas con toda la fuerza de la naturaleza, y los atractivos de los deleytes. Comenzó á padecer unas vehementísimas tentaciones contra la castidad, que el comun enemigo procuraba esforzar con las imágenes mas torpes y feas que representaba á su imaginacion por unos modos, que aunque sean para nosotros ocultos, no dexan de ser verdaderos. Los mas obscenos objetos que tiene toda la vasta y horrorosa extension de la luxuria se presentaban á su mente donde quiera que estaba; sin que pudiesen preservarla ni la leccion, ni la meditacion, ni el trabajo corporal, ni todos los exercicios piadosos en que de ordinario se empleaba. Acongojábase su espíritu, lloraba, gemia, acudia á Dios en la oracion, sin que por eso se tem-

plase el rigor de la porfiada tentacion. Persuadida á que semejante enemigo no se vence sino con ayunos y oraciones, comenzó á macerar su delicado cuerpo con tan extraños artificios, como pudiera una muger profana emplear para gozar de las mayores delicias. Vistióse á raiz de las carnes un áspero cilicio; en el pecho traia una corona de penetrantes espinas, la cual, dice élla misma, que la parecia un ramillete de flores; llenaba de piedrezuelas los zapatos para sentir una mortificacion dolorosa; dormia sobre unos grandes manojos de cambrones y zarzas, en que se echaba desnuda, y se hallaba mas contenta cuando las puntas sacaban de su cuerpo virginal copiosos arroyos de sangre. Esto mismo lograba con una corona de espinas que ponia sobre su cabeza para aumentar los dolores. Con tan extrañas mortificaciones logró una completa victoria del comun enemigo y de las pasiones sensuales, sin que tanto tropel de acontecimientos hubiesen servido para otra cosa que para hacer mas completo su triunfo, y su purísima virginidad mas acrisolada y hermosa.

Parece que despues de once años que duró esta sangrienta batalla, la habia de conceder Dios el gusto de gozar en paz el fruto de sus victorias; pero no fue así, porque algunos mal aconsejados hombres zelosos, no segun Dios y la verdadera sabiduría, movieron en su padre unos vanos temores de que la virtud de su hija pudiese ser alguna ilusion del demonio, en la cual tuviese que entender el tribunal de la Fe. A la sazon se hablaba mucho de los justos castigos que este tribunal habia executado en Agustin Cazalla y otras personas tenidas por virtuosas; pero que en realidad no eran sino unos visionarios embusteros, que reunian en sí todos los engaños de la hipocresía, de la supersticion, y de una temeridad blasfema. Con este motivo se exâcervó tanto el espíritu de su padre, vanamente temeroso, que comenzó á perseguirla con mas crueldad que al principio. Porque no solamente la maltrataba, sino que la impedia sus devotos exercicios, tanto que pidiéndole la Sierva de Dios la permitiese retirarse á hacer labor á un aposentillo, el padre se lo negó, obligándola á residir en el bullicio. Sufrió la Santa este trabajo con invencible fortaleza, ayu-

dada de los saludables consejos de su maestro espiritual. Pero la alteza del espíritu de Mariana era superior á las luces de aquel venerable Padre, que aunque muy docto y muy versado en materias de espíritu, no se juzgó con el caudal necesario para dirigirla. Rezeló ademas de esto si en aquellas grandes operaciones podria haber alguna ilusion que él no entendia; y así un dia que llegó á confesarse la despidió para siempre. La humilde Mariana besó la tierra, pidióle su bendicion y sus oraciones, y dirigida de superior impulso, se fue al convento de la Merced, en donde encontró con el venerable padre fray Juan Bautista del santísimo Sacramento. Este piadoso varon, que algunos años despues fue fundador de los mercenarios descalzos, tomó á su cargo la direccion de Mariana; y como los consejos del prudente confesor eran análogos á las inspiraciones del Espíritu santo, en breve hizo tales progresos en la virtud, que casi llegó al grado supremo de santidad.

Esta se aumentaba de dia en dia; porque sus padres mas tranquilizados ya en sus temores, la daban ámplia libertad para que se exercitase en todas las obras de piedad y de fervor. Dios aumentaba prodigiosamente los quilates de su espíritu, y con celestiales favores la ponia en disposicion de labrar mas perfectamente el carácter de esposa suya. No contenta Mariana con los trabajos y dolores que hasta entonces habia padecido, deseaba vivamente gustar en alguna manera los dolores que habia padecido Jesucristo en su pasion sacrosanta; y el Salvador se lo concedió de un modo maravilloso. Estaba la Santa un dia contemplando en aquel paso acerbísimo de la pasion de Jesus, cuando este Señor, coronado de espinas y vestido de púrpura, fue presentado al pueblo, que en confusa gritería clamaba que le crucificasen. Con el fervor de la contemplacion se arrebató el espíritu, y la pareció que veia al Salvador en aquella forma dolorosa en que le habia considerado. Aprovechándose de la ocasion, tomó la corona del Señor con sus manos, y se la puso sobre su cabeza. De resultas de esta vision sintió en sus sienes por todo el resto de su vida unos dolores tan intensos como si realmente la hubiesen taladrado la cabeza. A estas penas se llegaron varias

enfermedades que padeció en todo aquel discurso de tiempo, hasta la edad de treinta y tres años en que el Señor quiso que tuviesen fin los trabajos, y comenzasen los regalos y dulzuras. Estaba la Santa en contemplacion, y la pareció ver al Redentor del mundo en un trono magestuoso y resplandeciente, y que con un semblante benigno la decia así: *Hija mia, ¿te holgarias de estar en mi cruz?* y que élla respondió: *¿Cuándo, amorosísimo Señor, dulce esposo y único dueño de mi corazon, merecí yo favor tan grande? Pero aunque me reconozco indigna de tanta dicha, abrazo la cruz con todo gusto y alegría, si así es vuestra voluntad.* En el mismo instante sintió en sus pies y en sus manos unos dolores acerbísimos, á que se siguió en su alma una suavísima uncion del Espíritu santo, que la llenó de vigor y fuerzas sobrenaturales. A este inefable favor se siguió otro, que fue el término de todas sus penas, y principio feliz de una dichosa vida. Este fue una tranquilidad de ánimo, y una paz tan suave, que de allí adelante ni sintió mas las sugestiones del demonio, ni la carne la mortificó mas con sus rebeldías, gozando de una paz tan apacible como si estuviera ya en la vida bienaventurada.

Por este tiempo, como su padre era criado del rey Felipe III., y éste trasladó la corte á Valladolid, tuvo la Santa que seguirle, conservando en todo lugar el mismo fervor de espíritu y santo temor de vida que hasta allí habia guardado. Volvió á Madrid por los años de 1606, y aunque al principio vivió algun tiempo junto á santa Catalina de los Donados, finalmente vino á establecer su habitacion cerca del convento de santa Bárbara, que era el sitio adonde se habian encaminado siempre sus deseos. Allí fabricó una pobre celdilla en un portal que la franquearon los religiosos, habiendo sido ántes echada con improperio de una pequeña casa que habitaba allí cerca. Todo el aparato de su pobre habitacion se reducia á dos sillas viejas, y una estera que servia de asiento y de alfombra á las muchas y grandes señoras que venian á visitarla. Tenia ademas sobre una mesa una devota imágen de Jesucristo, y una cruz grande en que oraba tendidos los brazos. Su cama se reducia á un corcho sobre que se recostaba, sirviéndola un madero de almohada. A

estos axuares se llegaban los cilicios, disciplinas, rallos, manojos de zarzas, y otras cosas semejantes, todas éllas teñidas de su inocente sangre. En este sitio se juzgó Mariana como en una soledad y retirado desierto, en donde podia vivir á solas con su Esposo. Solamente la hacia compañia una muger llamada Catalina de Cristo, cuya rudeza y aspereza de condicion fueron instrumentos para labrar la paciencia de la Santa. El tenor de vida que emprendió en esta pobre celdilla, y conservó hasta la muerte, pone espanto no solamente á las personas relaxadas, sino aun á aquellas que con verdad se pueden llamar devotas y fervorosas. La simple narracion de las ocupaciones que tenia destinadas á cada hora, es una prueba auténtica del alto grado de santidad á que habia llegado la beata Mariana. Levantábase á las doce de la noche á la contemplacion de los divinos misterios, que duraba todo el tiempo que gastaban los religiosos en el oficio de maytines. Hasta las tres seguia un breve sueño con que recreaba algun tanto sus miembros fatigados. A las tres se levantaba, y permanecia en contemplacion hasta el amanecer, despues de haber rezado varias oraciones vocales sumamente devotas. Desde esta hora hasta las doce del dia permanecia en la iglesia, en donde confesaba, comulgaba y oraba, á excepcion de algunos breves ratos que dedicaba á la consolacion de sus próximos. Encaminábase luego á su celda, en donde recibia un alimento tan escaso, que apenas bastaba para conservar la vida. El tiempo que restaba hasta las dos le consumia orando postrada delante de una cruz que tenia en el huerto. A las dos volvia á la iglesia, asistia á las vísperas, y despues se entregaba al beneficio de sus próximos hasta las cinco, en que volvia á la oracion mental, y perseveraba en élla una hora entera. Oia completas, y volviendo á su celda comenzaba de nuevo los exercicios de oracion y penitencia hasta las nueve, en que comenzaba la leccion espiritual. Esta duraba dos horas; y desde las once hasta las doce tomaba algun descanso para volver á comenzar de nuevo su diario exercicio.

Un género de vida tan tirante, tan penosa y tan espiritual la elevaron á un grado tan sublime de contem-

placion, que en élla padecia aquellos dulcísimos deliquios y raptos con que el divino Esposo regala á las almas que se le entregan totalmente y sin reserva. Todas las virtudes tomaron tal incremento, que llegaron á estar en la beata Mariana en un grado perfectamente heróico. Su fe viva igualaba á la de los mártires, de cuyo número deseó ser muchas veces. Su firme esperanza jamás se debilitó ni en las persecuciones, ni en los trabajos, ni en la mayor miseria. Pero sobre todo se adelantaba su ardentísima caridad, en la cual se cifran todas las virtudes. Amaba á Dios con tal ternura, que las veces que aconteció estar en peligro de muerte, miraba este duro trance con ojos amorosos, representándosele como un medio de unirse para siempre con su Dios. El amor la tenia atada á los templos, no sabiéndose apartar de donde tenia su tesoro: el amor la hacia mirar á sus próximos como á hijos suyos, y cargar sobre sí respecto de éllos todas las obligaciones de una tierna madre. Por este motivo sufria con gusto las contínuas visitas con que la molestaban gentes de todos los estados y gerarquías; únos buscando consuelo en sus trabajos espirituales, y ótros solicitando remedio temporal en sus infortunios. A úno y á ótro acudia próvidamente la santa Vírgen, y se puede decir con verdad que fueron tantas y tan cuantiosas las limosnas que se hicieron por su mano, como maravillosas y duraderas las conversiones que resultaron de sus santas amonestaciones, de su fervorosa oracion y de sus encendidas palabras.

Un conjunto de prendas tan admirables la grangeó una grande fama, no solamente en la corte, sino en muchos lugares de España, adonde penetró el olor de sus virtudes. Príncipes, grandes, señores y señoras venian á visitarla á su pobre celdilla; se encomendaban á sus oraciones, y la hacian árbitra en los negocios mas árduos é interesados. Por especial breve de Paulo V. se la concedió fabricar junto á su celda un pequeño oratorio, en el cual la decian misa, y administraban la santa comunion; no habiéndose desdeñado de servirla de capellan, entre otros personages eclesiásticos, el señor don Gabriel Trejo Pan y Agua, cardenal de la santa Igle-

sia de Roma, obispo de Málaga, y presidente de Castilla. En medio de la comun estimacion que hacian de su persona, y de la veneracion que la tributaban como á Santa, era tal su humildad y el desprecio que hacia de todas las honras mundanas, que todas éstas las tenia en mas vil precio que el polvo de la tierra, á sí misma por mas despreciable que las mismas honras. Un solo suceso de su vida, entre infinitos que se pudieran referir, manifiesta el alto grado en que poseyó estas virtudes. Salió un dia de paseo á la Fuente Castellana la reyna Margarita. Deseosa de consolarse con la santa conversacion y compañía de la sierva de Dios, la envió á llamar para que la acompañase en el paseo. Recibió la Santa el recado; pero contemplando que de aquella honra la podria resultar alguna ocasion de vanidad, y superior por otra parte á todas las grandezas del mundo, mandó decir á la Reyna que para encomendar á Dios á S. M. mejor estaba en su celda. Esta respuesta llena de heroismo fue muy del agrado de aquella Reyna católica, y aumentó prodigiosamente la fama de la vírgen Mariana. Con todas estas virtudes no estaba todavía contento su corazon mientras no se viese contada entre las hijas del grande patriarca san Pedro Nolasco, haciéndose religiosa como antes habia apetecido. Estos deseos los vió cumplidos el dia 20 de mayo de 1614, tercer dia de Pascua del Espíritu santo, en que hizo solemne profesion en manos del Maestro general de los mercenarios.

Ya no la quedaba á esta Sierva de Dios cosa que apetecer en esta vida. Sus virtudes habian llegado al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristía, en la pasion de Jesucristo y en las gracias de su santísima Madre, de quien fue muy devota. Ademas estaba singularmente adornada con todos los dones del Espíritu santo, particularmente con el don de milagros y de profecía, en que fue portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita Esposa de Jesucristo con todos los adornos y atavios de la gracia, se hallaba pronta pa-

ra entrar á las bodas eternas. En efecto, jueves 11 de abril de 1624, la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias la quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada comunion, con cuya medicina se templaban las ánsias y congojas que la hacia padecer su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, y á tener el consuelo de recibir su bendicion y oir sus últimas palabras. Hasta la católica reyna doña Isabel de Borbon envió á doña Juana Zapata para que en su nombre la hiciese una visita, y la pidiese su bendicion. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devocion y ternura, y exhortando á todos los concurrentes al amor de Dios y del próximo, arrimando al pecho un crucifixo que tenia en la mano, quedó transportada en sus brazos en un deliquio amoroso; que tal fue para élla la muerte. Sucedió ésta miércoles 17 de abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mexillas, y toda élla manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundióse un suavísimo olor por todo el convento, y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora y á todo su consuelo.

Al dia siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnífico que se construyó en medio de la capilla mayor de la iglesia de santa Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condicion que concurrieron á venerarla fue tan grande, que no cabiendo en las calles y plazas tuvieron que salirse al campo. Únos tocaban medallas, ótros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fue, que habiendo concurrido al sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa Virgen, y hallando que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazon de todos un dolor de sus pecados que manifestaron ser verdadero, confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII., habiéndose formado antes el pro-

ceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata Mariana las virtudes teologales y cardinales en grado heróico. Este decreto se dió dia 9 de agosto de 1761; y en el dia 18 de enero de 1783 nuestro santísimo padre Pio VI. decretó que todos los fieles cristianos pudiesen dar culto público y manifiesto á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus como á bienaventurada. (*)

La misa en honor de la Santa, y la oracion la que sigue.

Munera quæ tibi, Domine, in beatæ Mariæ Annæ festivitate sacramus et vincula nostræ pravitatis dissolvant, et tuæ nobis misericordiæ dona concilient: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Clementísimo Dios, señor de las virtudes, que colmaste á tu bienaventurada vírgen Mariana de los innumerables dones de tu gracia, concédenos por su intercesion, que ya que la veneramos con solemnidad de culto, la imitemos tambien con las acciones: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 10. y 11. de la segunda de san Pablo á los corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Oxalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme: porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

Si considerāran los cristianos la dulzura de la ley evangélica y el amor paternal con que el divino Legislador ha mirado nuestra fragilidad al tiempo de establecer sus preceptos, era preciso que todos se encendiesen en

(*) En el año de 1815, de órden del rey don Fernando VII., estuvo expuesto su cadáver en la iglesia parroquial de Santiago, habiendo sido inmenso el pueblo que concurrió á verle.

un ardentísimo amor de un Señor que ningun otro interes tiene en todas sus obras mas que nuestra salvacion. ¿Quién podria persuadirse que siendo la virginidad virtud tan recomendable que iguala á los mortales con los espíritus angélicos, no habia de haber un precepto que la mandase á los cristianos, cuando la conservacion del género humano estaba asegurada en tantos ciegos hijos como tiene la gentilidad? Con todo eso vemos que san Pablo nos asegura que esta sublime virtud no es mas que un consejo. Aquellos hombres felices que sintiesen en su cuerpo y en su alma las tranquilas disposiciones que necesita esta delicada virtud, harán mal en no aprovecharse de unos dones tan soberanos. Pero aquellos en quienes la comun corrupcion de la naturaleza hace sentir sus poderosos estímulos; aquellos que no pueden prometerse del estado de continencia sino un estado de una perpétua lucha en que la viveza de sus pasiones hace muy dudosa la victoria, harán mal en emprender una altísima perfeccion, que para éllos es un verdadero precipicio. Esto prueba la suma benignidad de nuestro Legislador en haber dado en nuestra mano la eleccion del estado en que habemos de servirle; y al mismo tiempo el sumo cuidado y exámen riguroso que requiere esta empresa.

Cuando una alma llega á estar perfectamente poseida del amor de Dios, y afianzada en una sólida virtud, puede caminar con descuido sobre esta materia. El mismo Dios parece que toma á su cuidado vencer todas las dificultades, y preparar los medios necesarios para la consecucion de los fines que se pretenden. Entonces se verifica aquella sentencia del real Profeta: *Pon en Dios todos tus cuidados, y el Señor cuidará de tu felicidad y de tus aumentos.* Cuando no hubiera otra prueba de estas verdades que los exemplos que nos ofrece la vida de la beata María Ana de Jesus eran suficientes para producir en nosotros el mayor convencimiento. Desde los tiernos años la previene el Señor con bendiciones de dulzura; desde la misma infancia la elige para su esposa; adorna su alma de todos los atavíos de la gracia; compone su cuerpo de los humores mas pacíficos y templados; y finalmente la inspira el amor á la virginidad. En vano se

oponen sus padres á un proyecto confirmado por la divina Omnipotencia: en vano la persiguen las fuerzas hunas y las del abismo, unidas de concierto para desbaratar lo que Dios habia formado. Una tierna doncella triunfa de todo, porque tiene en su apoyo á la misma divinidad. Los hombres siguen conducta muy contraria; todo se lo arrojan á sí mismos, todo lo quieren disponer á su arbitrio, no cuentan con Dios, y atribuyen á su santa ley los defectos de su flaqueza. Se introducen temerariamente en los estados, sin mas vocacion ni exámen que el de los mundanos intereses. Hállanse despues sujetos á una cadena de obligaciones que contradice su genio, ó la convinacion de humores que puso en su formacion la naturaleza. Gimen y se quejan de las leyes á que está sujeta la condicion de su estado; pero no reflexîonan que esta es una consecuencia precisa de la temeridad con que le abrazaron. Hombres ciegos, acabad de conocer una vez la infinita bondad de vuestro Dios; y supuesto que no os obliga á vivir una vida contraria á vuestras inclinaciones naturales, que él mismo dispuso sabiamente, dadle gracias por ello, y procurad aprovecharos de tan soberano beneficio.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviàm sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Mediâ autem nocte clamor factus est: Ec-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor:

ce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las reponde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Sobre la modestia de los vestidos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la modestia en el vestir es una señal dichosa de la pureza de costumbres; así como por el contrario la inmodestia, luxo y vanidad son un indicio, no solamente de la ligereza de corazon, sino tambien de estar lastimosamente corrompido.

Esta verdad la testifica el Espíritu santo cuando dice en el Eclesiástico (*cap.* 19): *El adorno del cuerpo, la risa y la manera de presentarse dan indicio de la bondad ó malicia del hombre.* Así se vió que el rey Ochocías conoció al profeta Elías sin mas señas que las de su vestido. Hallábase este Rey enfermo, y envió á los sacerdotes de los ídolos á que implorasen su auxílio, ofreciendo víctimas para que le librasen del peligro en que estaba. Estos ciegos hombres dieron por casualidad con el profeta Elías, quien les mandó decir al Rey que supiese

de cierto que no se habia de levantar mas de la cama, sino que de aquella enfermedad habia de morir. Luego que Ochocías oyó una nueva tan terrible, preguntó ansioso á los mensageros, qué figura tenia, y qué vestido quien les habia mandado dar aquel recado. Respondiéronle que era un hombre velloso, ceñido con una correa de cuero. Y oyendo esto el Rey, exclamó: ¡*Ay de mí, que ese es Elías*! Tan cierto es lo que dice Tertuliano, *que aunque calle la lengua, habla el vestido, y manifiesta á los ojos prudentes las virtudes ó vicios del corazon.* El hombre virtuoso, persuadido á que el vestido no es otra cosa que una medicina contra la herida que recibió nuestra naturaleza, le usa con templanza, guardando estrechamente las leyes de la necesidad. Para esto basta que el vestido defienda al cuerpo de las inclemencias de las estaciones, dexándole ágil y proporcionado para los trabajos en que debe emplearse. Segun esta consideracion debe usarse del vestido como se usa de la medicina; esto es, lo que basta solamente para remediarse contra los daños de la enfermedad.

Siendo esto así, ¿cuánta locura y necedad no manifiestan aquellas personas que hacen vanidad de traer ricos vestidos recamados con el oro y plata, que bastarian para hacer la felicidad de muchos miserables? ¿Quién no se reiría si viese á un enfermo que hacia grande ostentacion de las vendas, cataplasmas y emplastos que le habian aplicado para curar sus llagas? ¿y quién no le tendria por de juicio rematado si le viese salpicar de oro y adornos costosos los mismos parches que le aplicaban á las heridas? Esto mismo executan, si se mira con ojos, no ya cristianos, sino ilustrados con la sana filosofia, aquellos que solicitan que sus vestidos tengan tales hechuras y adornos que arrebaten los ojos de los que los miran. Aún hay mas de monstruosidad en esta materia. El hombre, segun salió de las manos de Dios santo y perfecto no necesitaba de vestido. Pecó, y la misma transgresion le hizo conocer que estaba desnudo. Comenzó á sentir las incomodidades de la desnudez y las inclemencias del tiempo que no hubiera sentido si no hubiera pecado. Para precaverse de estas miserias usó al principio de unas hojas de higuera, á que añadió despues unas pieles cosidas con tanta rudeza co-

mo merecia su pecado. El vestido, pues, en el hombre es verdaderamente una señal de oprobio y de infelicidad; un verdadero Sanbenito que está manifestando su ignominia. Él dice que el hombre fue rebelde á su Dios: que traspasó sus preceptos: que olvidó el reciente beneficio de la creacion: que abrigó en su pecho el loco pensamiento de aspirar á la divinidad; y que en pena de todos estos delitos fue echado del paraiso, condenado á muerte, y á necesitar de vestido. Siendo esto verdad, como lo es, ¡cuánta necedad es la de aquellos que se glorían, y pretenden buscar honra en lo que realmente es una verdadera afrenta!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si la profanidad de los vestidos es exêcrable para un cristiano porque de luego á luego manifiesta la ligereza de corazon, y sus hábitos corrompidos, lo es todavía mucho mas por los daños que causa en el mismo que usa los profanos adornos, y en aquellas personas á quienes con éllos escandaliza.

Las familias enteramente arruinadas por este exceso: los peligros á que quedan expuestos unos hijos privados de los bienes de fortuna, que les habian concedido Dios y la naturaleza: las multiplicadas ocasiones de pecar, á que exponen el luxo y el vestido profano, son demasiado notorías, y su gravedad se hace conocer aun de el mas obstinado en cerrar los ojos á la luz. ¡Pero, ó Dios inmortal! ¿cuántos daños, cuántos precipicios causan los profanos, principalmente las mugeres, en los incautos que miran con ojos curiosos su compostura? Solo el exemplo doloroso de la prostitucion de los hijos de Israel, á vista de los adornos de las mugeres moabitas, basta para hacer temer al corazon mas insensible. Un pueblo instruido santamente, adicto con tenacidad á los ritos de la ley y á su escrupulosa observancia: un pueblo que miraba entre todos los pecados como el mas horroroso á la idolatría; este mismo pueblo se olvida de sus leyes, abandona la santidad de sus costumbres, desprecia á su Dios, y ofrece incienso á los ídolos. Las doncellas moabitas, que se habian adornado con todo el es-

mero y artificio mugeril, se presentan á sus ojos, y caen en sus lazos los hombres que mas se preciaban de adorar al verdadero Dios. Este exemplo manifiesta lo exêcrable de los adornos profanos, cuando éllos solos bastaron para mover á un pueblo santísimo á que abandonase el verdadero Dios, y ofreciese incienso á las obras de los demonios.

Regularmente suelen alegar las mugeres profanas, que ponen todo su esmero en buscar adornos artificiosos con que hacer resaltar mas su hermosura, y llevar tras sí los ojos de los incautos, que no hacen aquello con mala intencion, ni por fin pecaminoso y depravado. ¡Pero cuán miserablemente se engañan! porque siendo cierto que sus obras no se pueden graduar de obras puramente animales, es preciso convenir que obran por algun fin. ¿Intentarán pues agradar á Dios y servirle con aquellos profanos adornos? Afirmar esto sería una horrenda blasfemia, cuando el mismo Dios tiene dicho por su Profeta, que manifestará su ira y su indignacion contra semejantes artificios: ¿intentarán agradar á los hombres que las miran? Si así lo afirman, es un horroroso delito: y Dios ha asegurado que castigará con una eterna confusion la vanidad con que han querido usurparle los derechos de su inmortal y eterna hermosura: ¿intentarán últimamente agradarse á sí mismas, adornando su cuerpo con los artificios del luxo, y las invenciones de la vanidad? Pero esto sería una criminal complacencia, y un pecado muy semejante al de los ángeles rebeldes. De cualquier manera, y á cualquier aspecto que se consideren los profanos adornos es preciso convenir que son una sentina de delitos, y que ocultan intenciones depravadas y fines perversos.

JACULATORIAS.

Verus ornatus christianorum, mores boni sunt.

Aug. Epist. 73.

Conozco, Señor, porque vos me lo enseñais, que los verdaderos adornos de un cristiano, no son otros que las buenas costumbres.

Omnis caro fœnum, et omnis gloria ejus quasi flos agri.

Isai. 40.

Porque toda la carne se corrompe y acaba como el heno, y su gloria y vanidad es como la flor del campo, que al menor soplo de viento se marchita y convierte en podredumbre.

PROPOSITOS.

Todo cristiano debe tener presente, que por el bautismo renunció á las pompas de Satanás. Que por lo mismo se obligó á seguir en todo el exemplo de Jesucristo, y de sus santos apóstoles. Este exemplo en la materia presente enseña una modestia tan perfecta, como que el apóstol san Pablö escribia á su discípulo Timoteo, que estaba contento siempre que tuviese un alimento bastante á mantener la vida, y un vestido que fuese suficiente para cubrir la desnudez. De aquí se infiere, que tanto los hombres como las mugeres están obligados á observar rigurosamente las máxîmas cristianas de templanza, pudor y moderacion en esta materia. Pero como en todos tiempos han sido las mugeres mas débiles para dexarse llevar de la loca vanidad, y adornar sus cuerpos, buscando á toda costa modos exquisitos con qué complacer el capricho de los engañados mortales; á éstas han encargado los profetas, los apóstoles, y los padres con mayor cuidado la moderacion en los adornos, y asímismo contra éllas han fulminado las mas terribles amenazas. San Pablo, escribiendo á Timoteo (*Epíst.* 1. *cap.* 2.), da una regla del adorno que deben tener las mugeres cristianas. Allí dice el santo Apóstol cuál es su modo de pensar y su voluntad en esta materia: sus palabras son estas: *Quiero que las mugeres oren con un vestido decente, adornándose con vergüenza y modestia; no con los cabellos rizados ni con oro, ó perlas, ó vestidos preciosos; sino con las buenas obras, como conviene á mugeres que hacen profesion de piedad.* Estas palabras deben ser la pauta y norma que tengan presente las mugeres cristianas cuando tratan de sus adornos. En éllas deben mirarse como en un verdadero espejo, que les descubrirá los defectos de sus conciencias; y últimamente, de éllas se deben servir como de una instruccion para saber qué adorno deben destinar á sus hijas, para no faltar á las terribles obligaciones que ha puesto á su cargo la di-

vina Providencia. Dios y Señor mio, cuando considero el rigor de la doctrina evangélica, y miro á mis obras, me conozco con un sinnúmero de delitos. Yo comparezco en vuestra presencia oprimida mi alma de todos los escándalos que han causado mis locas profanidades. Yo hice desaparecer en mí la obra de vuestra mano, que era santa; y en su lugar coloqué los artificios de mi vanidad, haciéndome la piedra de escándalo para todos mis próximos. Yo he empleado lo mas precioso de mi vida y de mis pensamientos en buscar lazos y artificios con que apartar de vos á las almas, y destinar á una pérdida eterna todo el infinito precio de vuestra preciosa vida y de vuestra dolorosa muerte. A vuestros pies confieso mis abominaciones, y al mismo tiempo las detesto. De hoy mas mi cuerpo no tendrá otros adornos que los de la honestidad y la modestia; y con vuestra divina gracia mi alma percibirá los frutos de la templanza.

DIA DIEZ Y OCHO.

San Apolonio, senador de Roma, y mártir.

La mudanza que sucedió en el imperio el año de 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, influyó otra igualmente grande en el estado de la cristiandad. Habian padecido los cristianos en tiempo de este Príncipe una persecucion casi contínua aun despues del decreto que expidió en su favor el año 174 despues de la batalla que ganó á los alemanes, confesando haberla debido á las oraciones de los cristianos, y mandando, pena de la vida, que ninguno los acusase por causa de religion. Con todo eso fueron cruelmente perseguidos en tiempo de su reynado, ó por la malignidad de los filósofos gentiles que se consumian de rabia viéndose con-

fundidos, no solo por la pureza de las costumbres, sino por las sábias y convincentes apologías que publicaban los cristianos; ó por la ciega adhesion que el mismo Príncipe profesaba á las supersticiones del gentilismo; ó porque movido de una desacertada política, quiso dexar en su vigor todas las leyes que sus predecesores habian publicado contra los cristianos.

El emperador Cómmodo, su hijo, que le sucedió en el imperio, no omitió ni las virtudes morales, que se quiere suponer adornaban á su padre, ni aquella aversion al cristianismo, que el genio filosófico y supersticioso del difunto Emperador naturalmente le inspiraba; y así dexó vivir en paz á los cristianos; contribuyendo esta calma despues de tantas tempestades, para que se propagase mas el reyno de Jesucristo. En todas partes fructificaba la semilla del evangelio; en todas triunfaba la verdad de los errores y de la impiedad del paganismo; y particularmente en la ciudad de Roma, por la solicitud y zelo del santo papa Eleuterio, cada dia se veian muchas nobles, ricas y distinguidas familias dar el nombre á la sagrada milicia, y presentarse para recibir el santo bautismo, buscando en él puerto seguro, y camino derecho para la salvacion.

Entre las personas de calidad que entraron por aquel tiempo en el seno de la santa Iglesia, una de las mas considerables y de las mas distinguidas por su nacimiento, por sus talentos, y por el elevado empleo que ocupaba en la república, fue san Apolonio. Era senador romano, de casa ilustre, pero mas recomendable aún por su mérito personal. Generalmente era tenido por uno de los ministros mas sábios y mas elocuentes del senado, y el amor que profesaba á las letras humanas y á la filosofia le habian grangeado el universal concepto de uno de los mas vivos y mas cultivados ingenios de su tiempo. Las frecuentes conversaciones que tuvo con san Eleuterio, y probablemente tambien con san Luciano en aquel intervalo de tranquilidad, le hicieron abrir los ojos, añadiéndose el particular estudio con que se dedicó á instruirse en la substancia de nuestra religion, y á la lectura de los libros sagrados. Lloró amargamente el largo tiempo que habia vivido sepultado en las tinieblas de la idola-

tría, tuvo horror de su ceguera; y rindiéndose finalmente á los apretados impulsos de la gracia, abrió los ojos á las luces de la fe, sujetóse á la ley de Jesucristo, y recibió el santo bautismo.

No es fácil explicar el gozo de todos los fieles cuando vieron en el número de los discípulos de Cristo á un senador de Roma, y senador de tan gran mérito; pero mucho menos se pueden explicar las ventajas que se siguieron á toda la Iglesia de esta ilustre conversion. En poco tiempo nuestro Senador recien cristiano, fue prodigio devirtud, modelo de perfeccion, y uno de los primeros apologistas del cristianismo.

No pudiendo sufrir el demonio, dice Eusebio, la paz que gozaba la Iglesia, ni el gran número de personas ilustres, que el exemplo y el zelo de Apolonio sacaban cada dia de la ceguedad y del error, empleó para vengarse toda su fuerza y todo su artificio: incitó á un miserable esclavo, llamado Severo, segun dice san Gerónimo, para que sin atender al decreto que se habia publicado contra los denunciadores de los cristianos, acusase al senador Apolonio de que se habia hecho uno de éllos, renunciando la religion de sus padres.

El prefecto del pretorio, llamado Perenio, ante todas cosas condenó á muerte al miserable acusador, que en aquel mismo dia espiró en el tormento de la aspa: despues exhortó fuertemente á san Apolonio á que dexase la religion cristiana, y no quisiese perder con la fortuna la vida; pero viéndole inmoble en la fe, le ordenó que diese cuenta de su religion delante del senado, de cuyo cuerpo era uno de los principales miembros.

Como Apolonio, despues de su conversion, habia hecho su principal estudio en los libros de la religion, eran tan grandes sus progresos en esta ciencia divina, y se habia hecho en élla tan sábio, que no tuvo dificultad san Gerónimo en colocarle el segundo entre los padres de la Iglesia latina.

No se puede decir la alegría que tuvo nuestro Santo cuando se vió en la obligacion gustosa de dar una justa idea de lo que era nuestra religion, al tiempo de dar razon de su fe, en presencia de un cuerpo tan escogido y tan célebre. Compuso una hermosa y docta apología, en

que descubriendo á la mas clara y á la mas brillante luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, destruia todas las calumnias que hasta allí se habian inventado para desacreditar á los cristianos, y hacia palpables la ridiculez, las infamias, y las absurdas impiedades del paganismo.

Pronunció Apolonio esta defensa en senado pleno con tanta elocuencia, y con tanta eficacia, que los ánimos mas enconados, y mas declaradamente enemigos del nombre cristiano, quedaron como cortados y mudos. Fue sin duda un gran dia para la gloria de la religion; y ya iban todos á rendirse á la fuerza de la verdad, que aquel héroe cristiano acababa de hacer triunfar en medio del senado de Roma, cuando el prefecto del pretorio, advirtiendo la impresion que habia hecho en los ánimos el discurso de nuestro Santo, y temiendo que los aplausos y las aclamaciones con que le celebraban, tuviesen consecuencias contrarias á las leyes del imperio, le representó, que segun éllas, no podia ser absuelto ningun cristiano, una vez que fuese judicialmente acusado, si persistia en la fe de Jesucristo; y que así le exhortaba á que mirase por su honra y por su vida, renunciando la fe; para cuya deliberacion solamente le concedia algunas horas de tiempo.

No ignoraba Apolonio la ley que el emperador Marco Aurelio habia dexado en su vigor, aun cuando promulgó la ótra, que parecia contraria, de que fuesen condenados á muerte todos los denunciadores de los cristianos: y así respondió al prefecto, que se admiraba mucho tuviese aliento para exhortarle á que mudase de religion, cuando por el discurso que acababa de oir, podia conocer el concepto que formaba de la religion cristiana; que no le amenazase con el martirio, porque le hacia saber que ese era el objeto de sus ansias mucho tiempo habia, no pudiendo lograr ni mayor honra ni mayor dicha que derramar su sangre por la religion, cuya apología acababa de pronunciar; y que así á él, como al senado, los exhortaba á que mirasen por su salvacion, y dexando las impiedades y las extravagancias de los gentiles, abrazasen la religion cristiana.

Admiró el prefecto Perenio su constancia y su tranqui-

lidad; pero hizo poco caso de sus saludables consejós; y persistiendo Apolonio en la confesion de la fe, fué condenado por sentencia del senado á que le cortasen la cabeza; siendo este ilustre defensor de la fe el primero que ilustró la dignidad de senador de Roma con la corona del martirio el dia 18 de abril del año 189.

Desde entonces fue singular la veneracion que se tuvo en toda la Iglesia de Dios á san Apolonio. Sus preciosas reliquias se conservan en muchas partes del orbe cristiano. Los padres carmelitas de Ébora en Portugal conservan la cabeza: los jesuitas de Amberes veneran un gran hueso; y lo restante de sus reliquias se adora en la iglesia de san Francisco de Bolonia en Italia, donde fueron conducidas desde Roma el año de 1622 en el pontificado de Gregorio XV.

La misa es del Comun de un mártir, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Apollonii martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que seamos fortalecidos en el amor de tu nombre por intercesion de tu bienaventurado mártir Apolonio, los que celebramos su felíz nacimiento á la vida eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pedro, cap. 4.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus, non erubescat, glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo

Carísimos: Alegráos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegréis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, sereis dichosos: porque el honor, la gloria, y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, maldiciente, ó acechador de los bienes agenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de

Dei. Si autem primum à nobis: quis finis eorum, qui non credunt Deï evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius, et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patiuntur secundùm voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

NOTA.

»Hallándose san Pedro en Roma escribió esta su »primera carta á los fieles que vivian entre los gentiles, »singularmente á los judíos convertidos, para confir»marlos en la fe. Lo mas verisimíl es, que la escribió »en lengua griega, pero el año preciso en que se es»cribió no se sabe.

REFLEXIONES.

Alegráos de que comunicais y teneis parte en los trabajos de Jesucristo. No hay que admirarse de que todos los santos hubiesen sido tan amantes de los trabajos; porque habiéndolos ennoblecido Jesucristo padeciendo por nosotros, quiso, digámoslo así, que todos nuestros trabajos fuesen suyos. Siendo, como somos, miembros de Jesucristo, se puede decir que Jesucristo padece en sus miembros. Comprendamos el valor y el mérito de los trabajos en el cristianismo, pues todo cristiano que los padece con paciencia, con espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano, tiene parte en los trabajos de Jesucristo. Muy tibia tiene la fe el que mira con horror las adversidades y las cruces. Ninguna cosa caracteriza mejor á los cristianos. Muy extrangero es en el pais del cristianismo aquel á quien le coge de susto lo mucho que en él se padece. Es la cruz las armas ó la divisa de este pais; y no se ha de creer que es una divisa, ó un símbolo vacío, ó puramente especulativo. *Si fue menester que Cristo padeciese para*

entrar en la gloria; no es posible que nosotros tengamos parte en esta gloria sin tenerla tambien en lo que padeció para entrar en élla. *Para ser glorificados con él*, dice san Pablo, *es necesario padecer con él*. ¿Qué idea daremos de nuestra religion, ni qué prueba de que deseamos salvarnos, si pretendemos vivir siempre entre regalos y delicias, sin tener que padecer, ó padeciendo contra toda nuestra voluntad?

Si os afrentaren por Jesucristo, sereis bienaventurados. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis. ¿Créese bien esta verdad el dia de hoy? Aquellas personas tan delicadas en todo lo que toca á lo que éllas llaman su honra y su punto; tan sensibles á la mas ligera afrenta; tan difíciles en perdonar una injuria, ¿tienen por la mayor dicha el ser menospreciadas? En nuestra religion siempre debe conformarse la práctica con la doctrina. Segun este principio, ¿habrá en el cristianismo muchos cristianos verdaderos? Y aun aquellos mismos que hacen profesion de devotos, ¿no pueden temer que van errados si abrazan otro sistema? Comiencen el juicio por la casa de Dios: *Incipiat judicium à domo Dei.* Ninguna cosa injuria tanto á Jesucristo, ninguna desacredita tanto la religion, ninguna afea ni mancha tanto á la piedad, como las sombras de los que están destinados y propuestos para ser antorchas del mundo. El carácter, la dignidad, la profesion deben acercar la copia todo lo posible al divino original. Ser discípulos de Jesucristo, ministros de Jesucristo, y vivir con una enorme oposicion á las máxîmas de Jesucristo, es irrision, es impiedad, es sacrilegio. Pero si Dios se muestra tan severo cuando juzga á los de su misma casa, ¿cuál será su severidad, cuál su rigor con los que se pueden llamar extraños y forasteros en élla, segun lo poco que conocen á Jesucristo, segun lo poco que gustan de sus máxîmas? Si el Señor no perdona á sus amados siervos, ¿qué juicio tan terrible tendrá reservado para los impíos? Al justo le purifica en esta vida con las adversidades; pero al pecador le reserva los suplicios eternos. No hay señal mas visible de la ira de Dios, que dexar á los malos no solo sin castigar en esta vida sus pecados, sino que vivan llenos de gloria y de opulencia. El castigo mas terrible del pecador en este mundo es la prosperidad. ¡Oh,

cuántos y cuántos comprenden poco esta doctrina! Dichosos del siglo, ¿cuál será vuestro fin y vuestro paradero? Si el justo apenas se salva; si la inocencia alimentada con adversidades, purificada con el fuego de la tribulacion, defendida entre espinas y cambrones, apenas puede arribar al puerto, está en contínuo peligro de hacer naufragio, siendo así que siempre navega tierra á tierra; ¿qué será del pecador? ¿qué será de aquellos hombres de placeres, de aquellas personas mundanas, que se engolfan siempre en alta mar, que navegan entre escollos, combatidos de vientos impetuosos, sin ver casi jamás el cielo, sin velas, sin remos, sin gobernalle? Eres pecador, ¿y vives en una perpetua prosperidad, lleno de diversiones, de gustos, y de alegría? ¡Y estás tranquílo! Comprende bien, si puedes, los espantosos misterios de esta falsa seguridad.

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit amimam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificavit eum Pater meus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá: y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De las ilusiones de la penitencia en la mayor parte de los cristianos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas sujeta á ilusiones que la

penitencia de los cristianos imperfectos y tibios. Sus pasiones poco mortificadas, su amor propio siempre dominante, su tibieza habitual, todo concurre á engañarlos en punto de penitencia. La razon facilmente confiesa los pecados, y los detesta; pero las razones plausibles y caprichosas de la edad, del estado y de la salud, piden cuartel cuando se trata de la satisfaccion. Por pecador y por reo que uno sea, el amor propio nunca renuncia sus derechos. La flaqueza de la voluntad, ó por mejor decir, de la contricion, siempre se comunica hasta el mismo cuerpo. Para ofender á Dios todos están robustos; pero en hablándose de hacer penitencia, todos son achacosos: y como el tribunal en que se ha de sentenciar esta causa está ganado á favor de la relaxacion, siempre queda privilegiado el pecador, y sale tan mitigada la pena, que casi se viene á reducir á nada. A los pies del confesor todo se promete; pero entran despues cien pretextos, todos á cual mas frívolos, para dispensarse. En vano se cansa el Señor en amenazar, en vano en gritar, que el que no hiciese penitencia, perecerá: vienen los pretextos, y todo lo aseguran, todo lo tranquilizan. En vano declara la Iglesia, que la penitencia debe ser proporcionada á los pecados; pues sobornada la razon por el corazon, nunca le faltan interpretaciones; en vano da gritos la conciencia, porque apenas se la oye. Estáse debiendo mucho á la justicia de Dios: apenas se la paga nada; ¡y no obstante, se vive con seguridad!

Estremecen las penitencias canónicas que en otro tiempo tenia determinadas la Iglesia para ciertos pecados: por un solo pecado siete años de lágrimas, de humillacion y de penitencia. No es hoy mas abundante que era entonces el teroso de los méritos y de la satisfaccion de nuestro Señor Jesucristo; no era entonces la Iglesia menos amorosa madre de lo que es ahora. ¿Pues acaso pide ahora menos satisfaccion la divina Justicia? Es menester que la satisfaccion supla á la indulgencia con que nos trata la Iglesia. La penitencia es igualmente castigo que remedio. ¿Nos hemos de contentar con una leve penitencia por un número excesivo de enormísimos pecados? ¿Se ha de buscar la suavidad en el remedio cuando se trata de curarnos de una enfermedad mortal? Ciertamente, al considerar de cuántos pecados somos reos, y la poca penitencia que hacemos

por éllos, tenemos gran motivo para temer que hemos de morir cargados con todas nuestras deudas. ¡Ah, y cuánta verdad es que vivimos engañados, y que hay pocos verdaderos penitentes!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si la nobleza, si las dignidades, si la riqueza dispensan á los pecadores en el rigor de la penitencia, á vista de ser tan pocos los nobles, tan pocos los ricos que no se imaginen legítimamente dispensados en esto de ser penitentes. Y si no, ¿dónde están las mortificaciones de la carne, dónde los ayunos que acrediten su penitencia? ¡Cosa extraña! las dignidades, los empleos mas lustrosos no siempre son los que están mas á cubierto contra el desórden y la licencia de las costumbres. Raras veces se hallan juntas las riquezas con la inocencia. La abundancia fomenta las pasiones, y consiguientemente facilita mas el pecado: con todo eso parece que la penitencia solo se hizo para los pobres. Apenas reyna mas que en los claustros; y aun dentro de los claustros mismos, los mas imperfectos no siempre son los mas penitentes ni los mas mortificados. Nosotros somos pecadores: la penitencia no es de nuestro gusto. ¡Pues válgame Dios! ¿quién nos asegura?

¡Mi Dios, qué ilusion es imaginar que basta detestar el pecado, sin castigarse á sí mismo el pecador! ¿Qué contricion puede ser aquella que no va acompañada de la satisfaccion, cuando hay tiempo y fuerzas para hacerla? ¿Y será bastante satisfaccion para un número espantoso de los mas enormes pecados unas breves oraciones y una cortísima limosna?

Es cierto que Jesucristo satisfizo por nuestras culpas; ¿pero de qué nos servirá su satisfaccion si no nos la aplica? Será nuestra penitencia un fruto amargo y sin xugo si no la unimos con su pasion. ¿Pero con qué se ha de hacer esta union, si rehusamos padecer?

Tanto cuanto se vió de gloria, y cuanto se entregó á las delicias, tantos tormentos la habeis de dar, dice el ángel en el Apocalypsi (*Apocal. cap.* 18.). Y á vista de esto ¿no ha de haber alguna medida, alguna proporcion, alguna conveniencia entre la ofensa y la satisfaccion, entre el delito

y el castigo? Fuiste libertino desde la juventud, te hallas cargado de culpas, te ves ya como desgastado y consumido á fuerza de iniquidad: ¿y cuál es el rigor saludable de la penitencia? El ayuno te espanta: las mortificaciones corporales te inquietan: todo te hace daño á la salud, todo te parece impracticable: es preciso recurrir á la indulgencia, á la mitigacion, á los arbitrios. ¡Ah, Señor, y será esta penitencia!

Ilusion en la delicadeza y en los pretextos de la salud: ilusion en las dispensaciones y en los motivos de éllas: ilusion en el tiempo que tenemos destinado para hacer penitencia. Es cierto que la Cuaresma está singularmente destinada para llorar nuestros pecados; ¿pero se han de secar las lágrimas en acabándose la Cuaresma? ¿por ventura solamente somos pecadores en ciertos tiempos del año? ¿hemos ya pagado á Dios todas nuestras deudas cuando llega la Pascua? ¿nuestras pasiones, nuestra inclinacion al mal, nuestros hábitos viciosos se embotan, ó se apagan en la primavera?

Pregunto: ¿los santos tan inocentes, y tan hambrientos de mortificaciones, tan hidrópicos de penitencias, estuvieron ilusos, ó padecieron algun engaño en este punto? Pues lloremos nosotros nuestra ilusion. Ves aquí que nos hallamos ya en la declinacion de la vida; ¿y cuál ha sido hasta aquí nuestra penitencia? Este será el último año para muchos de los que harán esta meditacion; y si fueres tú uno de estos muchos, ¿será grande tu consuelo en este particular?

¡Ah, Señor! pues os habeis dignado por un grande efecto de vuestra misericordia hacerme conocer mis ilusiones, asistidme con vuestra gracia para que ya no me lisonjee mas en mi penitencia. Soy pecador; detesto mis culpas: no permitais que muera impenitente.

JACULATORIAS.

Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi. Cant. 1.

No mas flores para mí, amado Salvador mio, que la amargura de la mirra.

Quantum in deliciis fuit; tantum date ei tormentum et luctum. Apoc. 18.

Justo es, que á la medida de lo que me deleyte, me mortifique y llore.

PROPOSITOS.

Las ilusiones del corazon son mas difíciles de curar que las del entendimiento. De esta especie son las que se hallan en la penitencia de la mayor parte de los cristianos: con que no es de admirar que persevere tan obstinado el error en materia de penitencia. Conócese bien la desproporcion que hay entre la penitencia y el pecado; ¿pero qué produce este conocimiento? puesta la razon de acuerdo con el amor propio, recurre á los pretextos. Acaso no hay materia en que el entendimiento sea mas fecundo de especiosas escapatorias que en eludir la indispensable obligacion y precepto de hacer penitencia por los pecados. Debilidad de salud, delicadeza de complexion, importancia de los empleos, circunstancias de la dignidad, diferencia de estaciones, edad poco madura, ó tambien muy avanzada, razones de condescendencia, todo sirve de frívolos pretextos. No incurras tú en tan lastimosos errores. Pocas ilusiones hay que sean mas perniciosas, y en medio de eso, pocas hay que sean mas comunes: hallan en éllas su conveniencia los sentidos, las pasiones y el amor propio: esto es lo que perpetúa su error. Aplica desde luego el remedio á tan gran mal. ¿Qué penitencia has hecho hasta ahora por tus pecados, ó qué proporcion hay entre tus pecados y la penitencia que has hecho? No dexes para la otra vida las satisfacciones que debes por éllos; castígalos en ésta, que así se hace siempre en menos tiempo y á menos costa. No te persuadas á que despues de Pascua ya no es tiempo de hacer penitencia; porque ésta es fruta de todos tiempos. No se pase dia sin que hagas alguna mortificacion, ú dés alguna limosna por tus pecados; y aplica por el mismo fin los trabajos, penalidades y fatigas de tu empleo, de tu estado, como tambien todas las demas adversidades de la vida. Por falta de reflexion se pierde mucho de lo que se padece, y se hacen grandes penitencias sin ser penitentes.

2 Consulta este punto con un director zeloso, prudente y virtuoso; pero mira que los que lisonjean, perjudican. Tanto daño hace la demasiada indulgencia, co-

mo la excesiva severidad. Es necesaria discrecion en las penitencias; pero cada uno tiene necesidad de este remedio. Considera hoy sériamente las que podrás hacer, y las que algun dia te causará tanto dolor el no haber hecho. ¿Quién te quitará poder rezar todos los viernes los salmos Penitenciales, ó ayunar los sabados? Desde hoy en adelante cumple como penitencia la que te imponen en la confesion; esto es, con toda aquella exâctitud, con todo aquel fervor, respeto y contricion que pide esta parte del sacramento. Cuando la oracion, la limosna, el ayuno son penitencias, ó satisfacciones sacramentales, deben hacerse con mucha piedad y devocion. Las mortificaciones del cuerpo sirven para fomentar la inocencia, y para satisfacer á la divina Justicia por los pecados. No des oidos á tu delicadeza, ni mucho menos á tu repugnancia; pero tampoco hagas nada sin consejo y aprobacion de tu confesor.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Leon, nono de este nombre, papa.

San Leon, tan conocido en el mundo con el nombre de Bruno, antes de haber ascendido al sumo pontificado, fue de la ilustre casa de Abspurg, en la Alsacia, hijo de Hugo, pariente cercano del emperador Conrado, y de Eleveyda, de familia no menos noble, pero de mas ilustre virtud. Nació en el condado de Abspurg en el año de 1002. Luego que nació se percibieron esparcidas sobre el cuerpecito del niño varias cruces pequeñas de color roxo: pronóstico de santidad, que añadido á una extraordinaria vision que tuvo su madre antes que le pariese, le obligó á criarle élla misma á sus pechos, no queriendo fiar á ótras su primera educacion.

El bello natural de Bruno, su docilidad, su inclinacion nativa á todo lo bueno, y su prudencia anticipada, ahorraron mucho trabajo, ó dexaron poco que hacer á su virtuosa madre, que habiéndole educado por sí misma

hasta la edad de cinco años, le entregó á Bertoldo, obispo de Toul, para que le criase en virtud, y le enseñase las letras. Este santo Prelado, uno de los mas célebres de su siglo, escogió excelentes maestros que instruyesen al niño en las ciencias propias de un jóven de su calidad, que se iba destinando para la Iglesia, y él mismo se encargó de cultivarle en lo que tocaba á las costumbres.

Era Bruno no menos perspicaz en el ingenio, que galan en el cuerpo: templaba su natural vivacidad una dulzura y una modestia que hechizaba á cuantos le veían. Su ayroso despejo, su noble ingenuidad, y sus gratísimos modales le hacian recomendable á cuantos le veían. Hizo maravillosos progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Apenas se hablaba de otra cosa que del caballerito de Abspurg, y en todas partes le proponian por exemplar y por modelo. Habiéndole sanado milagrosamente san Benito de una mortal enfermedad, que le reduxo á los últimos extremos, pensaba en retirarse del mundo, cuando fue provisto en un canonicato de Toul por el obispo de Heriman, sucesor de Bertoldo. Ningun canónigo le excedió jamás en la exemplar regularidad de su vida. Pero el emperador Conrado quiso tenerle en la corte para servirse de sus consejos. No inficionó á su virtud el contagioso ayre del gran mundo, ni apareció en la corte como abate cortesano, sino como un eclesiástico santo y sabio, haciéndose igualmente amar que respetar de todos los cortesanos por su modestia, por su prudencia y por su circunspeccion, y extendiéndose su reputacion por toda la Europa.

Muerto el obispo Heriman el año de 1026, la iglesia de Toul le eligió por su pastor. Mostró poco gusto el Emperador de que quisiesen quitarle de su lado á un sugeto á quien amaba tanto, y cuya presencia era tan importante para su imperial servicio. Pero el haber de alejarse de la corte, y la cortedad del obispado, que eran los motivos de la oposicion del Emperador, fueron puntualmente los que incitaron al nuevo obispo á consentir en su eleccion. Fue consagrado por el arzobispo de Tréveris, su metropolitano, y en sus órdenes recibió, con la plenitud del sacerdocio, aquella plenitud del Espíritu santo, que le hizo uno de los mas grandes santos prelados de su siglo.

Inspiróle nuevo fervor la nueva dignidad, y se conoció presto en su obispado lo mucho que se gana en tener un santo por obispo. Los primeros frutos de su zelo fueron la reforma de los monasterios de Moyen Moutier, y de san Mansú, con la del clero y el pueblo. Aplicóse con particular cuidado á arreglar el culto divino en las iglesias, queriendo que se celebrase en todas con devocion y con magestad. Parecia que ya no habia pobres en el obispado de Toul desde que Bruno habia entrado á ser obispo, segun el desvelo con que atendia su caridad á socorrer á todos los necesitados, sin pasarse dia alguno, por ocupaciones que ocurriesen, en que él mismo no sirviese por sus manos á una banda de pobres á quienes mantenia, y despues los lavaba los pies. Era su humildad asunto de admiracion á cuantos conocian sus elevados talentos: estaba justamente reputado por uno de los hombres mas sabios de su siglo, y no habia en sus ojos hombre mas pequeño. Ocultaba una grande mortificacion debaxo de un exterior apacible, risueño, afable y magestuoso. Colocaba su magnificencia en las limosnas; y sus contínuos ayunos, la frugalidad de su mesa y abstinencia, eran efecto igualmente de su mortificacion que de su caridad. Correspondia á todas las demas virtudes su tierna devocion. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa derramaba muchas lágrimas, y el tierno amor que profesaba á la santísima Virgen le acreditó por uno de los mas fervorosos devotos de esta Señora.

No era posible que faltasen la persecucion y la envidia á una virtud tan ilustre como rara. En úna y en ótra halló nuestro santo Prelado bastante materia en que exercitar su paciencia. Procuraron por todos los medios posibles hacer sospechosa su fidelidad al Emperador; pero fue mas feliz la calumnia en enconar contra Bruno el ánimo de un conde muy poderoso, vecino suyo, llamado Odón. Y si la paciencia y la mansedumbre de nuestro Santo no bastaron para desarmar el enojo de aquel violento enemigo, fueron bastantes para ganarle el corazon de cuantos conocian las furiosas violencias y las injustas pretensiones del irritado conde: por una muerte repentina y funesta vengó presto al pacientísimo Prelado.

Por este tiempo el bien de la Iglesia y del Estado

obligaron al obispo de Toul á encargarse de negociar una paz estable entre la Francia y el Imperio. Consiguióla, habiéndose firmado entre Roberto, rey de Francia, y el emperador Conrado un tratado de alianza inviolable por medio de nuestro Bruno; cuya virtud admiró mas á entrambas córtes, que su rara habilidad y extraordinarios talentos.

El año de 1046 se vió precisado el santo Prelado de asistir á la dieta de Wormes, adonde el emperador Enrique, hijo y sucesor de Conrado, habia convocado á todos los obispos y grandes del imperio, para extinguir el cisma de Benedicto XI, que despues de la muerte del papa Dámaso II. turbaba todavía á la Iglesia. Convino toda la dieta, juntamente con los legados de Roma, en que no habia sugeto mas digno de ocupar la silla apostólica, ni mas á propósito para unir en su favor todos los ánimos, que el obispo de Toul. Una proposicion tan aplaudida de todos, solo á nuestro Santo sobresaltó extrañamente: no perdonó á diligencia, ni á medio alguno para evitar aquella suprema dignidad: llamó en socorro de su humildad á las lágrimas, á los ruegos, á las razones. Nunca habló con tanta elocuencia, como cuando se esforzó á persuadir á toda la dieta que era conveniente y aun necesario pensar absolutamente en otro sugeto. Pero su resistencia solo sirvió para acreditar mas su eleccion. Fue, pues, canónicamente electo por sumo pontífice el Obispo de Toul en la ciudad de Roma por todos los que tenian legítimo derecho para elegirle; y no pudiendo resistir mas á la voz de Dios, bien declarada en la pública aclamacion, quiso entrar en Roma con los pies descalzos. Subió al púlpito en presencia del clero y del pueblo: intentó persuadirlos que hiciesen nueva eleccion; pero fue solemnemente colocado en la cátedra de san Pedro con el nombre de Leon IX. el dia 12 de febrero, primer domingo de Curesma del año de 1049.

Muy presto se vió restaurada la Iglesia, por el zelo y por la santidad del nuevo Papa, en aquel su primer esplendor, y en aquella serenidad, que parecia haber obscurecido el funesto cisma. Fué su primer cuidado restablecer la disciplina eclesiástica, secular y regular, y reformar las costumbres en todos los estados. Convocó

un concilio en Roma, y poco despues otro en Pavía para exterminar la simonía, y depuso á algunos obispos convencidos de haber incurrido en élla. Declaró nulos los matrimonios incestuosos, que se habian hecho muy frecuentes entre la nobleza; y dispuso otros reglamentos necesarios para que volviese á florecer la piedad.

Teniendo sobre sí el cuidado de toda la Iglesia, no perdonó á trabajos, á salud, ni á su misma vida, por atender á todas sus necesidades. Pasó los Alpes, y llegó á Saxonia en busca del Emperador. Volvió á Colonia, y de allí á Toul y á Rems, donde elevó de la tierra con grande solemnidad el cuerpo de Remigio, llevándole sobre sus mismos sagrados hombros, y haciendo la dedicacion de su iglesia. Despues de haber celebrado en élla un concilio, pasó á Metz, donde dedicó la iglesia de san Arnoldo; de allí se dirigió á Maguncia, donde celebró otro concilio; y volviendo á entrar en Italia, se encaminó á Roma al principio del año siguiente, llevando consigo la alegría y el consuelo universal, que parecian haberse desterrado de aquella ciudad despues de su partida.

Mas no le permitió hacer larga mansion en élla la solicitud pastoral. Antes de acabarse el invierno salió á visitar la Pulla y las provincias vecinas: en todas partes corrigió abusos, reprimió desórdenes, é introduxo en todas la reformacion de las costumbres. Vuelto á Roma celebró un concilio, en que condenó la detestable heregía de Berengario sobre el sacramento de la Eucaristía, y le excomulgó. No contento con esto, él mismo escribió un tratado contra aquel impío heresiarca, y convocó otro concilio en Verceli, que se celebró por el mes de septiembre del año siguiente de 1050, en que se halló presente el santo Papa. Leyóse en pleno concilio el libro de Juan Escoto: oyéronse con horror los errores de que estaba lleno contra la Eucaristía, y el libro fue condenado y quemado públicamente. Aunque Berengario habia prometido hallarse en el concilio, no pareció en él, y fue de nuevo condenado: quisieron defenderle dos clérigos, que se decian enviados ó apoderados suyos; pero fueron confundidos y arrastrados. Infatigable siempre el santo Pastor por el bien de su rebaño, hizo segundo viage á Francia y Alemania, procurando remediar por sí

mismo las necesidades mas urgentes de lá Iglesia, y proveyendo á ótras por medio de sus legados.

Causa admiracion que aquel santo Pontífice de una salud tan debil y tan quebrantada, con tantas fatigas y contínuas enfermedades, pudiese atender solo á las necesidades de toda la cristiandad; hacer tantos viages, y añadir á sus trabajos apostólicos asombrosas penitencias, que continuó hasta la muerte. Movido de su vigilancia pastoral, emprendió tercer viage á Alemania el año de 1052 para conciliar á Andres, rey de Ungria, con el emperador Enrique. Despues de haber cangeado con el Emperador la ciudad de Bamberga, y la abadia del Fuld, que habian sido cedidas á la santa Sede por la ciudad de Benevento y sus dependencias, vino á celebrar un concilio en Mantua y otro en Roma contra el cisma de los griegos.

Por este tiempo, no pudiendo sufrir el santo Pontifice los desórdenes que los normandos causaban en la Pulla, suplicó al Emperador que enviase tropas para echarlos de aquella provincia; pero fueron derrotadas en la primera campaña, y el mismo santo Pontífice fue sorprendido en el camino por los enemigos de la Iglesia y de la quietud pública, y hecho prisionero. Admirados los normandos de la magestad y de la suavidad de nuestro Santo, le trataron con el mayor respeto. De órden de su príncipe ó capitan Hunfrido fue conducido á Benevento con mucho honor. Alli estuvo cerca de un año, cuyo tiempo empleó en la meditacion, en la oracion, y en aumentar el exercicio de las penitencias, que llegaron á ser excesivas. Ayunaba con mucho rigor los mas de los dias; vestía siempre un áspero cilicio, y no tenia mas cama que el duro suelo, en que extendia una sola alfombrilla, sirviéndole de almohada una piedra. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y dexaba contínuamente el altar regado de lágrimas: lo restante del tiempo le empleaba en negocios de la Iglesia, y en obras de caridad.

Crecia su fervor al paso que sentia se le iban debilitando las fuerzas. Saliendo una noche á hacer oracion á un oratorio algo distante de su cuarto, como lo hacia en Roma, yendo tres veces todas las semanas con los pies descalzos desde el palacio de san Juan de Letran hasta la iglesia de san Pedro, reparó en un rincon de la sala, don-

de vió un leproso medio desnudo, que causaba horror, y despedia de sí un hedor intolerable. Corrió á él el santo Pontífice, cubrióle con su ropa, cargóle sobre sus espaldas, y echóle sobre su cama de respeto, en la que nunca dormia: pero apenas entró el Santo en el oratorio, cuando el leproso desapareció.

Al peso de tanta solicitud, de tantos trabajos y de tantas penitencias se rindió en fin una salud, que siempre habia sido muy achacosa. Una gran debilidad acompañada de igual inapetencia á todo género de comida, fueron anuncios de su cercana muerte. Hízose conducir desde Benevento á Roma. Los normandos, que todos habian sido ganados por él para Jesucristo, le miraban mucho tiempo habia, no como su prisionero, sino como su legítimo Pastor. Acompañáronle hasta Capua: y acreditaron bien con sus copiosas lágrimas el vivo dolor que sentian en la pérdida de tan gran Pontífice, á quien amaban como á padre, y veneraban como á santo.

Luego que llegó á Roma mandó llamar á su cuarto á los cardenales, obispos, y á todo el clero, y los habló como verdadero pastor, y como santo pontífice. Mandóse despues llevar á la iglesia de san Pedro, donde habiendo recibido la santa Uncion, hizo al Señor esta oracion fervorosa: *Señor, lleno de misericordia, y Redentor de todos los hombres, vos sois toda mi confianza, y mi salvacion. Si quereis que todavía trabaje en la salud de vuestro pueblo, no rehuso el trabajo; pero si quereis llamar á vos á vuestro Siervo, dignáos abreviar el tiempo de mi destierro.* Despues hizo que le echasen en una camilla: oyó misa, recibió el santo Viático (*): y habiendo mandado que le dexasen solo con su Dios, espiró mientras estaba dando gracias el dia 19 de abril del año 1054 á los 52 de su edad, y el quinto de su pontificado.

Aquel mismo Señor, que habia manifestado la santi-

* Antiguamente se administraba la santa Uncion a los enfermos cuando estaban de algun peligro, y se recibia antes del Viatico, reiterandose por espacio de siete dias. En el siglo XII. se establecio la costumbre de no recibirla sino en el articulo de la muerte, y de no repetirla en una misma enfermedad, por algunos errores y abusos de parte de los que la recibian, y de parte de los que la administraban.

dad de su Siervo mientras vivió con gran número de milagros, mostró cuán preciosa habia sido en sus divinos ojos su dichosa muerte por las maravillas que obró en su sepultura: por lo que desde el mismo punto que espiró fue venerado como santo de todos los fieles; tanto, que el dia de sus funerales pudo parecer el primero de su fiesta.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Leonis, confessoris tui, atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Leon, se aumente en nosotros la devocion y el deseo de la salvacion eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la de san Pablo á los colosenses.

Fratres: Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia, et intellectu spiritali: ut ambuletis dignè Deo per omnia placentes: in omni opere bono fructificantes, et crescentes in scientia Dei: in omni virtute confortati secundùm potentiam claritatis ejus in omni patientia, et longaminitate cum gaudio gratias agentes Deo Patri, qui dignos nos fecit in partem sortis sanctorum in lumine: qui eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum filii dilectionis suæ, in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum.

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos de conocimiento de su voluntad con toda sabiduría é inteligencia espiritual: para que camineis de una manera digna de Dios agradándole en todo: dando fruto en toda obra buena, y creciendo en la ciencia de Dios: corroborados con toda especie de fortaleza por el glorioso poder suyo, en perfecta paciencia y longanimidad con alegría, dando gracias á Dios Padre, el cual nos hizo dignos de participar en la luz la suerte de los santos: el cual nos sacó de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reyno del Hijo de su amor, en el cual tenemos la redencion y remision de los pecados por medio de su sangre.

NOTA.

»Epafras, natural de Colo, ciudad de la Frigia, pro»vincia del Ásia menor, hizo un viage á Roma para abo»carse con san Pablo, á quien informó de los progresos »que hacia la fe en aquella ciudad, y del peligro que co»rrian los fieles de ser pervertidos por los enemigos de »Jesucristo: noticia que obligó al Apóstol á escribirlos »esta carta, aunque nunca los habia visto, y se escribió »el año 62 del nacimiento del Señor.

REFLEXIONES.

No cesamos de pedir á Dios os conceda un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la inteligencia de las cosas del espíritu, para que vuestra conducta sea digna de Dios. Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agitatione voluntatis Dei in omni sapientia et intellectu spiritali: ut ambuletis dignè Deo per omnia placentes. ¿Necesitábamos mas que saber lo que Dios quiere, para poner en execucion con la asistencia de la divina gracia todo aquello que le agrada? Con todo eso, es mucha verdad que son pocos los que ignoran lo que Dios les pide; pero son muchos menos los que hacen lo que quiere. A todos nos predica el evangelio su divina voluntad: las obligaciones del estado de cada uno son la mas clara publicacion de su ley: por el órgano de nuestros confesores y superiores nos manifiesta sus órdenes: no ignoramos su doctrina; ¿pero se hace mucho caso de élla? Oyése muy á sangre fria lo que manda Dios, y solo se practica lo que dicta el amor propio. El dia de hoy el móvil principal de nuestras operaciones son nuestras pasiones: todo se arregla al gusto de éllas. A Dios apenas se le oye, y mucho menos se le obedece. ¿Es digna de Dios nuestra conducta? ¿buscamos ansiosos todos los medios para agradarle? Esta solicitud ansiosa no la debemos considerar como primor de la perfeccion, sino como cristiano deber de la religion. ¿Quién dirá que se puede servir á Dios sin mucha fidelidad, con menos ardor, sin tanto zelo? En materia de su servicio cualquiera indiferencia es especie de

irreligion. No nos afanamos mucho por agradar á Dios; y es que cada uno se fabrica un ídolo de aquello que á él le agrada, y muchas veces de aquel á quien desea agradar. A vista del proceder de la mayor parte de los hombres, parece que para nada se cuenta con Dios.

En el cristianismo todo árbol estéril es reprobado: la fe sin obras es muerta: la caridad nunca está ociosa: la esperanza cristiana produce frutos en todos tiempos: talento sepultado, es talento perdido. No se permiten siervos perezosos: las vírgenes descuidadas, que acuerdan tarde para hacer provision del aceyte, son desatendidas. ¿Pues qué será, Señor, de tantos y tantas, que no fructifican género alguno de buenas obras? ¿será tiempo de hacerlo allá hácia la declinacion de la edad? Árboles infructuosos, que solo producen algo en el otoño. Una vida, que se pasó la mayor parte de élla en la ociosidad y en el regalo, que reserva dar algun fruto para lo último de la estacion, nunca produce frutos que lleguen á madurar. ¡Oh cuánto tiempo perdido! ¡oh cuántos dias vacíos! La inutilidad es la ocupacion mas universal de los hombres; porque todo lo que no conduce para el cielo, es verdaderamente inútil. Negocios sérios, negociaciones ruidosas, estudio que deseca, viages largos, trabajos que fatigan; todas son ocupaciones frívolas, entretenimientos pueriles, nada brillantes, ostentadas con magníficas palabras, si no sirven para facilitar la salvacion.

El evangelio es del cap. 13. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloe, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores fuerint præter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non, dico vobis: sed si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del mismo modo que aquellos diez y ocho sobre los cuales cayó la torre en Siloe, y los mató: ¿Creeis vosotros que éstos hayan sido tambien mas reos que todos los otros hombres habitantes en Jerusalen? Os digo que no: pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera.

MEDITACION.

Que en todo tiempo se debe hacer penitencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que como no hay tiempo en que no se pueda pecar, y en que el hombre adulto no sea pecador, ninguno hay en que no se deba hacer penitencia. En la Cuaresma es tiempo de penitencia; ¿qué quiere decir esto? Que la penitencia que entonces se hace con la abstinencia y con el ayuno es de precepto; ¿pero será por eso menos necesario en otro tiempo? ¿tenemos menos enemigos con quienes combatir despues de Pascua que antes de élla? ¿son menos vivas la pasiones? ¿son menos fuertes las malas costumbres? ¿son menos temibles los enemigos de nuestra salvacion, ó las tentaciones menos peligrosas? ¿Es posible que ya nada hemos quedado á deber á la divina Justicia? *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* ¿Puede haber mayor error que imaginar que este oráculo no es, ni habla con todos tiempos: que hay dias privilegiados, y que en ciertos tiempos del año se puede uno salvar sin hacer penitencia?

Aun cuando la penitencia de la Cuaresma fuese bastante para satisfacer por los pecados pasados, lo que ninguno creo pensará sin temeraria presuncion; ¿qué dia de la vida se nos pasa sin cometer faltas, sin tener necesidad de misericordia, y sin peligro? La inocencia no tiene otro abrigo; el corazon se corrompe sin esta sal; toda virtud se marchita sin el rocío de las lágrimas. Ni la soledad, ni el mas horroroso desierto es asilo suficiente sin el socorro de la mortificacion.

Cuanto mas nos acercamos á la sepultura, mas nos debemos acostumbrar á la ceniza. Fuera de la infancia, todas las edades deben ser tiempo de penitencia para un cristiano. Busca si no en el evangelio, que debe ser la regla de las costumbres, una edad que esté destinada para los gustos y los placeres.

¡Oh mi Dios, y qué poco gusta á los cristianos esta verdad! ¿Pero nuestro disgusto, nuestras ilusiones y nues-

tras preocupaciones debilitarán el vigor á las verdades del evangelio? Ciertamente, quien mira las cosas con alguna reflexion, no puede menos de indignarse al ver la licencia que precede, y que se sigue á la Cuaresma. Parece que solo en Cuaresma nos reconocemos por pecadores, y que en llegando la Pascua nos queremos desquitar de las abstinencias y de los ayunos, suponiendo que la mortificacion no es de todos tiempos.

¡Cosa extraña! el mundo y las pasiones tienen sus leyes de mortificacion y de ayuno, las cuales se observan inviolablemente: solo las leyes de Dios se quebrantan y se hacen intolerables. ¡Qué violencia, y aun se puede añadir, qué mortificacion, qué penitencia no se padece en el mundo por conseguir una moda, por brillar en un concurso! Las galas adornan, pero oprimen: hay cotilla que equivale á una tortura; pero todo se sufre, todo se tolera por satisfacer á su amor propio, al interés, á la ambicion; mas para agradar á Dios todo es impracticable. La penitencia del mundo dura toda la vida; y se quiere que la que se hace por Dios tenga sus intervalos. ¿Qué penitencia hemos hecho hasta aquí? ¿parécenos que ha sido proporcionada á nuestras culpas? ¿creemos que ya tenemos derecho á descansar? ¡Oh, y cuántas satisfacciones imperfectas! ¡cuánta penitencia quizá necesitamos hacer para satisfacer otras penitencias! ¡cuántas partidas se han de dar por nulas en llegando á la cuenta de nuestras obras satisfactorias.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la penitencia no solo es castigo, sino preservativo y remedio. ¿Pues qué tiempo, qué edad no tendrá necesidad de él?

Es la vida del cristiano una perpétua guerra sin paces ni treguas: aunque nosotros queramos hacer la paz con los enemigos de la salvacion, los enemigos de nuestra salvacion jamás la harán con nosotros. No podemos esperar vencerlos sino por la penitencia: al mismo tiempo que á éllos los debilita, á nosotros nos da mayores fuerzas. La misma perseverancia en la mortificacion es una victoria. Es menester morir todos los dias para vivir, como se ex-

plica san Pablo; es necesario castigar el cuerpo, para no ser contado en el número de los réprobos.

La misma vida delicada es uno de los mayores peligros. Estén mortificados los sentidos, esté el cuerpo reducido á servidumbre, que las pasiones meterán poco ruido, y harán menos daño. Es la mortificacion freno que contiene: es la penitencia el vallado que defiende la viña de las bestias y de los pasageros: es la zarza entre cuyas espinas se conserva la flor de la inocencia. Sin este auxílio no puede subsistir la castidad. Desmontóse el campo durante el santo tiempo de la Cuaresma: las gracias, la palabra de Dios, el uso de los sacramentos fueron la divina semilla que se sembró en este campo. ¡Qué desacierto! ¡qué error! ¡qué extravagancia sería echar por tierra, luego que llega la Pascua, esta barrera que detiene al enemigo: arrancar esta estacada, que sirve de estorbo á los pasageros para que no pisen la sementera; abrir á todo género de animales una viña, cuyos sarmientos están tiernos todavía!

Desengañémonos, que no hay tiempo, no hay sazon en que la penitencia esté de mas; ninguna hay en que no sea muy necesaria. Pasóse la Cuaresma, pero no se pasó el tiempo de la penitencia. Toda la vida es tiempo de élla: si hay alguno en que no sea tan pública, ninguno hay en que dexe de ser necesaria. El ayuno y la abstinencia se acaban con la Pascua; pero la mortificacion, la sobriedad y la templanza son de todos tiempos.

Así lo pensaron todos los santos, y nosotros mismos lo pensarémos tambien así en la hora de la muerte. ¡Oh buen Dios, y qué discretos, qué prudentes fueron aquellos santos, que hoy son objeto de nuestra veneracion y de nuestro culto, en haberse familiarizado, por decirlo así, con los rigores de la penitencia! Toda la vida se consideraron pecadores, y toda la vida quisieron ser penitentes. ¿Hallaránse por ventura algunos paréntesis de indulgencia en sus religiosas mortificaciones? ¿en aquellos sus penosos exercicios de penitencia? ¿desquitábanse por ventura de éllos, despues que se pasaban los dias consagrados á la dolorosa memoria de la pasion de Cristo? ¡Ah! que cada dia parecia nuevo su fervor, nuevos sus deseos de mortificarse: cada dia inventaban nuevas industrias para macerar

su carne, para domar sus pasiones, para reprimir su concupiscencia. Pregunto: ¿y fueron prudentes en proceder de esta manera? ¿y lo serémos nosotros, si procediéremos de ótra? ¿hicieron acaso demasiado aquellos que murieron con el dolor de no haber hecho mas? ¿y hemos hecho bastante los que quizá nada hemos hecho hasta ahora? ¿Cuándo, cuándo harémos lo posible para librarnos de estos justos remordimientos?

Desde este punto, Señor, desde este punto, mediante vuestra divina gracia, no será este año como el pasado: no será interrumpida mi penitencia con tantos intervalos, y espero que no cesará hasta que me falte la vida.

JACULATORIAS.

Lacrymæ meæ panes, die ac nocte. Salm. 41.
Las lágrimas serán mi pan cuotidiano dia y noche.

Laborávi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis stratum meum rigabo. Salm. 6.
¡Oh cuántos suspiros me han costado mis culpas! lavaré, regaré todas las noches mi cama con el copioso manantial de mis lágrimas.

PROPOSITOS.

La vida inmortificada y regalada de la mayor parte de los cristianos es una especie de impenitencia. Nuestros pecados son graves; el número es enorme; cada dia se multiplican nuestras maldades: ¿y cuál es nuestra penitencia? Pecan los grandes, y sus dias se consumen en delicias: pecan los mundanos, y su vida se pasa toda en delicadeza y en regalo: pecan los jóvenes, y el nombre solo de penitencia los estremece. La Cuaresma siempre es tiempo de penitencia para los que tienen obligacion de hacerla. ¡Pero qué lenitivos! ¡qué infracciones del precepto! ¡cuántas frívolas dispensas! ¿Mas, á lo menos, despues de Pascua se suplirá con mortificaciones voluntarias la penitencia que no se hizo en la Cuaresma? Sí por cierto; á lo mas se da una corta limosna, ó se rezan algunos rosarios. ¿Y bastará esto para suplir el ayuno de la Cuares-

ma? Bien se conoce la indignidad de tan lastimoso engaño. Si te sientes culpado en esto, júzgate á ti mismo con mayor equidad, y procura que sea menor la desproporcion entre la culpa y el castigo. ¿Por qué no se ayunará despues de Pascua, cuando se dexó de ayunar en la Cuaresma? Los sacrificios que llamaban de expiacion, en todos tiempos se hacian. ¿Pues qué el desobedecer á la ley, es título bastante para dispensarnos en la obligacion de obedecerla? Quien tiene verdadero dolor de la culpa, tendrá verdadero deseo de repararla por medio de la penitencia.

Pues si en todo tiempo eres pecador, en todo tiempo debes ser penitente; y para eso observa las advertencias siguientes. Primera: En todo aquello que puede causar alegría, en todos los regocijos públicos y particulares, hasta en los precisos desahogos del ánimo y de la naturaleza, hasta en las comidas ordinarias y forzosas, acuérdate que eres reo en los ojos del Señor, y que como tal estás condenado al último suplicio. Nunca te halles en alguna fiesta ó funcion sin decirte á ti mismo: Yo soy pecador; ¿y es ésta mi penitencia? Segunda: Es devocion utilísima y piadosísima, que aumenta mucho valor al exercicio de la penitencia, hacer cada dia uno ó dos actos de mortificacion, en atencion á la pena correspondiente á nuestras culpas, aumentando el número de dichos actos los dias de mayor fiesta ó regocijo. Tercera: Hay personas devotas, que los dias que son convidadas de sus amigos á comer, ó alguna otra diversion, se imponen la obligacion de rezar los salmos Penitenciales: ótras acompañan siempre esas honestas diversiones con algun acto de mortificacion. San Francisco de Borja decia, que no le sabia bien la comida, si no la sazonaba con alguna penitencia: y añadia, que estaria inconsolable si supiera que le habia de coger la muerte en dia en que no hubiese mortificado sus sentidos.

DIA VEINTE.

Santa Ines de Monte-Policiano, del órden de santo Domingo.

Nació santa Ines en Monte-Policiano, ciudad de la Toscana, el año de 1274. Sus padres, distinguidos por su nobleza y por su riqueza, pero mucho mas por su virtud, no perdonaron á medio alguno para la cristiana educacion de la Niña, persuadidos á que Dios la destinaba para grandes cosas, y que eran pronóstico de su elevada santidad las milagrosas luces que se dexaron ver en el cuarto en el mismo instante en que nació.

Anticipóse la devocion á la razon: apenas sabia articular las palabras, y ya mostraba el gusto que tenia en rezar. Cuando la estaban enseñando el *Padre nuestro*, y *el Ave, María*, se la notó que se retiraba á un rincon, y que pasaba en él de rodillas muchas horas. Preguntada, qué hacia allí, respondia: *Estoy rezando, y aprendiendo la leccion.*

Desde la cuna dió ya á entender, como podia, su ardiente amor á Jesucristo, y la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen; porque en mostrándola alguna imágen del Hijo ó de la Madre, saltaba de alegría. Nunca fue niña en materia de devocion. Crecia en edad, crecia en virtud, y al mismo paso crecia tambien en élla el disgusto á todas las cosas del mundo. A los cinco ó seis años de su edad decia claramente que queria ser religiosa. Aunque sus padres tenian mucha gana de que se quedase en el siglo, no se pudieron resistir á las instancias, á las lágrimas y á los suspiros con que anhelaba contínuamente por el convento. Luego que cumplió nueve años la llevaron al monasterio de las Saquinas, llamadas así, porque traían un escapulario de aquella estopa grosera de que se hacen los sacos. Pusiéronla al cuidado de una virtuosa y prudente maestra, llamada

Margarita: la cual admiró desde luego la abundancia de gracias con que el cielo habia prevenido á aquella alma inocente; y se vió precisada á moderar su fervor en vez de tener necesidad de excitarle, conociendo que el Espíritu santo habia tomado de su cargo la direccion de aquella alma privilegiada.

Á pocos dias fue Ines la admiracion de toda la comunidad. Su humildad ingénua y sincéra, la mortificacion de los sentidos, que admiraba á las mas perfectas; su puntualidad, su fervor, su tierna devocion, el grande amor que tenia á la oracion; una apacibilidad, y una modestia religiosa que cautivaba; una obediencia, un rendimiento tan ciego que parecia haber nacido Ines sin amor propio y sin propia voluntad; en fin, una alegría santa, que se difundia en todas sus acciones, y se dexaba notar en todos sus modales: todo este conjunto hacia formar tan elevado concepto de su virtud, que cierta abadesa extrangera, muger de singular mérito, la cual andaba visitando algunos monasterios de órden del señor obispo de Arezo, admirando las extraordinarias prendas de aquella virtuosa Niña, se dexó decir, que no honraria menos esta Ines á la religion con sus virtudes, que la otra Ines romana habia honrado á la Iglesia con su martirio.

Como era tan consumada su prudencia en medio de ser tan pocos sus años, que apenas llegaban á catorce, no dudó la comunidad encargarla el cuidado de lo temporal; cuya administracion desempeñó con tanto acierto, con tanta inteligencia y tan á gusto de todas, que acreditó con nueva experiencia que la virtud da entendimiento, y puede suplir la falta de la edad.

Pero la misma reputacion de su extraordinaria virtud privó presto de este tesoro al monasterio de Monte-Policiano. Informadas y movidas de las maravillas que se contaban de sor Ines las religiosas de un convento que se acababa de fundar en Proceno, pequeña ciudad del condado de Orvieto, alcanzaron del papa Nicolao IV. que se la diese por prelada, aunque habia pocos dias que habia hecho la profesion, y tenia solos diez y ocho años; pero el efecto acreditó haber sido de Dios esta eleccion.

Persuadióse desde luego nuestra Ines á que solo es-

taba á la frente de las ótras para darlas mayores exemplos de humildad, de mortificacion y de observancia. En la inteligencia de que el cargo que la habian encomendado, no daba otra preeminencia sobre las demas que imponerla la mas estrecha obligacion de servir á todas de guia y de modelo, no es facil explicar hasta qué punto de perfeccion llegó su religioso fervor. Ayunaba todos los dias á pan y agua: dormia sobre la desnuda tierra, sirviéndola de cabecera una piedra. Era jóven y de complexîon débil, con que el rigor de sus mortificaciones y los excesos de sus penitencias estragaron tanto su salud, que lo restante de su vida fue una contínua y dolorosa enfermedad.

Una que padeció á los veinte y ocho años de su edad, tan grave que la reduxo al último peligro, obligó á sus confesores y prelados á valerse de toda su autoridad para moderar sus penitencias. Pero la paciencia y la alegría que mostró en la enfermedad, no edificó menos á sus hermanas é hijas, que las demas virtudes de su santa madre.

Á la verdad, recompensaba Dios abundantemente aquella santa severidad que por su amor exercia Ines contra sí misma. Favorecida frecuentemente de visiones celestiales, y colmada de aquellas inefables dulzuras que da el Señor á gustar en la contemplacion á las almas privilegiadas, conversaba familiarmente con su divino Esposo, y cuando se acababa la oracion, era para élla un doloroso sacrificio.

Conocieron los vecinos de Monte-Policiano la gran pérdida que habian hecho de dexar á los de Proceno la posesion de nuestra Ines; y viendo que ni las súplicas, ni la autoridad de los prelados habian sido bastantes para recobrar esta prenda, se valieron de un piadoso artificio, que los salió á medida de su deseo.

Acordáronse del que habia mostrado nuestra Santa siendo aún todavía niña de ver convertida en convento de penitencia una casa de mugeres públicas, que habia á la entrada de la ciudad; y se obligaron á executar este piadoso proyecto, con tal que viniese la misma Ines á gobernar dicha casa. Cedió el amor del retiro al zelo de la salvacion de las almas; y obtenida licencia para pasar

á hacer la nueva fundacion, tuvo el consuelo de ver acabado en muy poco tiempo el convento. Formóse presto una comunidad numerosa por la priesa que se daban todas á venir á ponerse debaxo de su gobierno. Entabló en el monasterio la primitiva regla de san Agustin segun el instituto y espíritu de santo Domingo; y conseguida del legado apostólico la confirmacion, se dedicó enteramente á formar el edificio espiritual, que estaba empeñada en fabricar al Señor cultivando á sus nuevas hijas.

Desde luego se notó la exemplar observancia y el fervor de espíritu de toda aquella numerosa comunidad de vírgenes, animadas con el exemplo de su santa Fundadora. Bramaba el infierno de rabia; pero en vano, viendo triunfar la pureza, y todas las demas brillantes virtudes donde habia reynado la abominacion. Estableció Ines en aquel convento el espíritu de la primitiva regla con tanta felicidad, que desde entonces comenzó á ser venerado el nuevo monasterio de Monte-Policiano como un milagro de la perfeccion religiosa.

Admirábanse todos cómo aquella santa Doncella no se rendia al peso de tantos trabajos y de tantas enfermedades; pero no era éste solo el continuado prodigio que obraba Dios en su Sierva. Las frecuentes apariciones de los ángeles, de santo Domingo, de san Francisco, de la Reyna de los cielos y del mismo Jesucristo, la colmaban de tales consuelos y dulzuras interiores, que solo se pueden percibir bien cuando se gustan. Por la oracion de nuestra Santa brotó un manantial de agua viva, de virtud muy prodigiosa para curar todo género de enfermedades, y hasta hoy se llama *la agua de santa Ines*. Habiendo acometido á una de sus hijas una fluxîon á los ojos, tan violenta que perdió enteramente la vista, y entendiendo la santa Prelada que los padres de la enferma disponian sacarla del convento para solicitar su curacion, hizo oracion por élla, y al punto recobró la vista aquella religiosa. Resucitó tambien con su oracion á un niño que se habia ahogado en los baños; y por toda Italia resonaban las grandes maravillas que obraba Dios en Monte-Policiano y en otras partes por la intercesion de santa Ines.

Consumida en fin al rigor de sus grandes penitencias,

prolixas enfermedades y trabajos, conoció que el Señor la queria sacar de este destierro. Fue tan excesiva la alegría que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus de sus amorosos deseos de verse cuanto antes con Dios, que apenas los podia contener. Los postreros dias de su vida apenas fueron mas que una contínua oracion; y aunque eran indecibles los dolores que padecia, al ver la alegría y la serenidad de su semblante, parecia que no estaba enferma. Finalmente, sintiendo ya que se acercaba la última hora, recibidos los sacramentos de la Iglesia con nuevo fervor, y rodeada de sus hijas, que se deshacian en lágrimas, rindió dulcemente el espíritu en manos de su Criador hácia la media noche del dia 20 de abril del año de 1317, de edad de 43 años, habiendo pasado los 36 en el monasterio.

Al punto fue anunciada su muerte por muchos niños de pecho, que comenzaron á gritar en varias casas de la ciudad desde las camas: *Ya murió sor Ines*. Los que fueron testigos de esta maravilla la publicaron luego que amaneció, y acudiendo al convento, supieron de boca de las religiosas, que la Santa habia muerto el mismo instante en que los niños lo anunciaron. Hizo Dios glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró en él, siendo grande el concurso de los fieles á venerarle. El papa Clemente VII. permitió á los moradores de Monte-Policiano el culto público de nuestra Santa con fiestas y oficios, por una bula expedida en 28 de mayo de 1532. Clemente VIII., á instancia de Enrique IV., extendió este permiso á todas las casas de la órden de santo Domingo. No contribuyó poco á esta extension de culto Leonor de Borbon, tia del rey, y abadesa de Fontevraut, en cuyo reconocimiento los vecinos de Monte-Policiano regalaron á este monasterio con reliquias de santa Ines. Su devocion ha penetrado hasta el centro de las Indias y de la América, donde se hallan iglesias y monasterios dedicados á su nombre.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la Santa la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatæ Agnetis virginis tuæ festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que sois nuestra salud; oye nuestras súplicas, para que así como celebramos con gozo la festividad de vuestra vírgen santa Ines, así consigamos el fervor de una devocion piadosa: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 7. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat apud Deum. De virginibus autem præceptum Domini non habeo; consilium autem do, tamquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi.

Hermanos: Cada uno permanezca delante de Dios en aquello para que fue llamado. En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien atendida la necesidad que urge, porque á el hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una muger? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la muger? no busques esposa. Pero si tomares muger, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, éstos padecerán la tribulacion de la carne.

NOTA.

"Aunque el principal motivo que obligó á san Pablo »á escribir esta admirable epístola á los de Corinto, fue »el escándalo del incestuoso, y la division de espíritus »que se habia introducido en los fieles de aquella ciu- »dad, no tuvieron poca parte en él las consultas que al- »gunos hombres timoratos y deseosos del acierto le ha- »bian hecho acerca del matrimonio y de la virginidad. »Enseña, pues, en élla cómo uno puede santificarse en el

»matrimonio; pero al mismo tiempo prefiere á éste la »virginidad, descubriendo todo su valor y mérito."

REFLEXIONES.

Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat. Hay en el hombre cierto fondo ó cierto fermento natural de inquietud y desasogiego, que toda novedad le encanta; pero no le apaga, ni le satisface. Enemigos de nuestro reposo, apenas acertamos á ocuparnos sino en lo que nos turba: la ausencia del bien imaginario ó real aguijonea el apetito, y la posesion le fastidia. Parece que solo tenemos ingenio para atormentarnos. Pocos hay que estén contentos con su estado, y acaso ninguno que no imagine que sería mas feliz en ótro: enfermos inquietos y antojadizos, que juzgan consiste en mudar de ayre ó de cuarto todo el remedio del mal que llevan consigo mismos. Tal es el error de aquéllos, que descontentos con el empleo, ó con el estado en que los ha colocado la divina Providencia, se figuran que en cualquiera ótro asegurarian mas su salvacion; que en otro clima darian mas fruto, y que sus talentos pedian otro empleo. Somos ciegos, dice el Espíritu santo, y no advertimos que el verdadero orígen de nuestras inquietudes está dentro de nosotros mismos. Mantengámonos en el estado en que Dios nos puso: *Nescitis quid petatis.* Contentémonos con el empleo, y con el lugar en que Dios nos tiene. En todas partes hay cruces y hay espinas. Cuando la serenidad dura mucho tiempo, causa sequedad. En ninguna parte estamos bien, sino donde Dios nos quiere. No solicitemos mudar estado, empleo ó condicion, cuando no hay cosa contraria á la ley de Dios; pero procuremos cumplir todas las obligaciones de la justicia en nuestro estado; trabajemos en reformar nuestras costumbres y en mudar de conducta. Son imaginaciones pueriles, pensamientos inútiles, error craso ocuparse en pensar lo que se debia hacer, y no pensar en hacer lo que se debe.

De virginibus autem præceptum Domini non habeo. Es privilegio muy preciso conservar toda la vida la virginidad. Como en este estado nos acercamos á los ángeles, parece que nos constituye en una especie de clase superior

á la de los hombres. Las vírgenes son las que siguen al cordero á cualquiera parte donde vaya (*Apoc.* 14.). Privilegio fue de la virginidad recostarse en el pecho de Jesus: aquellas gracias especiales que reparte la predileccion, se reservan ordinariamente para las almas castas. Con todo eso, dice san Pablo, si estás atado con el vínculo del matrimonio, vive contento, y no desees desprenderte de él: *Alligatus es uxori? noli quærere solutionem.* El que se casa, hace bien; pero el que no se casa, hace mejor; mas cásese, ó no se case, en cualquiera estado que esté, su vida debe ser inocente. La virginidad es don de Dios: por eso no es mas que de consejo; pero la pureza es de precepto. No entrará en el cielo cosa manchada. Es la pureza la virtud de los cristianos: á la verdad, es una flor muy delicada, pero debe ser comun, y no se puede conservar sino entre espinas. La vigilancia la defiende, la devocion la fomenta, la mortificacion la nutre, y en exponiéndola al viento se marchita. Ningun estado pide mayor vocacion de Dios que el matrimonio; y ninguna vocacion pide mayores pruebas. ¡Cosa rara! Todos dicen, y dicen bien, que no se debe abrazar el estado religioso inconsideradamente; que es menester consultarlo con Dios, exâminar la vocacion, preveer las dificultades, comprender las obligaciones, no ignorar las cargas y los trabajos: siendo así que es un estado tan santo, que en él está á cubierto la inocencia; que no hay peligros; que todos los dias amanecen serenos, y que el cielo está en una gran calma. Pero trátese de una conveniencia que se ofrece en el mundo, donde todo es tentacion, todo peligros, todo sedicion de la carne, todo motin de las pasiones, todo estorbos, todo agitaciones, todo nieblas, todo uracanes y tempestades, ¿se exâmina por mucho tiempo la vocacion? ¿se consulta mucho con Dios? ¿se pesa y se pondera aquella portentosa carga de obligaciones? ¿se tarda en deliberar sobre una eleccion de tanta importancia? ¿y cuáles suelen ser los principales motivos de semejantes determinaciones? ¿hácese en éllas mucho lugar al motivo de agradar á Dios? ¿tiénense muy presentes la religion, la virtud y la salvacion? Y despues de esto, ¡nos admirarémos de que haya tan pocos matrimonios felices y dichosos! ¡nos admirarémos de que sean tantos los que se

condenan en el estado del matrimonio! Es cierto que puede uno ser santo en este estado; pero tambien lo es el que es menester vivir en él como vivieron los santos.

El evangelio es del cap. 17. de san Juan.

In illo tempore hæc locutus est Jesus; et sublevatis oculis in cœlum, dixit: Pater, venit hora, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te; sicut dedisti ei potestatem omnis carnis, ut omne, quod dedisti ei, det eis vitam æternam. Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. Ego te clarificavi super terram. Opus consummavi, quod dedisti mihi ut facerem: et nunc clarifica me tu, Pater, apud temetipsum, claritate, quam habui priùs, quàm mundus esset, apud te. Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo: tui erant, et mihi eos dedisti; et sermonem tuum servaverunt.

En aquel tiempo habló Jesus estas cosas; y alzando los ojos al cielo, dixo: Padre, ha llegado el tiempo, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo tambien te glorifique; así como le has dado potestad sobre todos los hombres para que dé la vida eterna á todos aquéllos que le has consignado. La vida eterna, pues, es que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra. Consumé la obra que me encargaste para que la hiciese: ahora pues, ó Padre, glorifícame delante de ti mismo con aquella gloria que tuve para contigo antes de que exîstiese el mundo. Manifesté tu nombre á aquellos hombres que me encargaste en el mundo: tuyos eran, y me los encargaste á mí; y han guardado tu palabra.

MEDITACION.

De la verdadera virtud propia de cada estado.

PUNTO PRIMERO.

Considera que cada uno se representa la virtud del estado ageno, y pocos se aplican á conseguir la que es propia del suyo. Los pobres piensan en los medios que tienen los ricos para santificarse; y los ricos juzgan que no es facil ser santo no siendo pobre. Á los mozos les parece que la vejez es el tiempo único y oportuno para pensar en la sal-

vacion; y los viejos dicen que pasada la mocedad, se pasó la sazon de aplicarse á la virtud. Los seglares no quieren creer, que es posible y muy posible ser santo sin salir del mundo; y los religiosos se forman una idea extraña de la santidad: colócanla en lo sublime, en lo maravilloso, y nada les parece santo, si no huele á prodigioso y á extraordinario. De manera, que por esta cuenta, la santidad, que, por decirlo así, es un fruto que se da en cualquiera tierra, segun la extravagante imaginacion del amor propio no se halla sino en lugares inaccesibles.

¿Pero qué dirémos, mi Dios, de aquel expreso precepto vuestro en que nos mandais, que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial? ¿á qué estado, á qué edad habeis vos dispensado de esta ley? Si hay algun cristiano que no pueda ser santo, ¿á qué fin imponernos un precepto que habla universalmente con todos?

Es cierto, pues, que Dios quiere sériamente que todos seamos santos; pero no lo es menos, que ninguno lo será sino cumpliendo exâctamente con las obligaciones de su estado. Toda idea de santidad que no sea de este carácter, es falsa y engañosa. Las devociones poco proporcionadas, ó poco convenientes á nuestro estado, son puras ilusiones del orgullo y del amor propio. Búrlase el enemigo de la salvacion con esas falsas apariencias de la credulidad de una alma simple: toda devocion que nos desvía de nuestro estado, es descamino.

No hay error mas grosero ni mas universal. Todos quieren representar el papel que no se les ha encargado: todos quieren servir á Dios en lo que Dios no quiere que le sirvan. Á un criado que sirviese no mas que segun su capricho, ningun amo le sufriria en su casa mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las demas virtudes cristianas, es cierto que convienen á todo género de gentes; pero no todos los exercicios de devocion convienen á todos. El retiro, el frecuente trato con Dios en la oracion, la ignorancia ó la abstraccion de los negocios seculares y el olvido de sus parientes, son virtudes muy propias de un religioso; pero un oficial, un magistrado, un padre de familias serían reprensibles si fuesen negligentes en las obligaciones de su estado. En cumplir exâctamente con estas obli-

gaciones, y en la fidelidad en hacer lo que Dios manda, consiste en rigor la perfeccion del cristiano. ¡Qué error tan craso es no concebirla jamás sino en la soledad, en los desiertos y en la cima de las mas altas montañas! Cualquiera tiene en su mano la santidad; nace la virtud cristiana en todas las tierras, en todas las heredades del Padre de familias; si alguna no produce este precioso fruto, es culpa de los obreros.

¡Qué consuelo tan grande es saber que en todos los estados puede uno ser santo, y que la santidad propia de cada estado es muy facil! ¡pero qué dolor, qué tristeza, qué amargura la de no querer ser santo pudiéndolo ser tan facilmente!

PUNTO SEGUNDO.

Considera la bondad infinita de Dios en haber puesto la santidad de cada uno en el cumplimiento de las mismas obligaciones de su estado. ¿Podia ponerla mas á tiro de nuestro alcance? ¿podia hacérnosla mas facil y á nosotros mas inexcusables?

¿Eres religioso? pues tu santidad consiste en la perfecta observancia de tu instituto y de tus reglas. ¿Te hallas elevado á los mayores empleos? pues tendrás gran mérito en el cumplimiento de tus obligaciones: y no hay virtud mas brillante que la que es inseparable de los buenos exemplos. El nacimiento obscuro, la condicion humilde, las enfermedades y las desgracias, son á la verdad los medios mas eficaces para conseguir una elevada santidad; pero la prosperidad ni es estorbo, ni lo fue jamás. Sin duda es menester ser humilde, dulce, sufrido, caritativo para ser santo; pero todo esto lo puedes y lo debes ser en cualquier estado. Para entrar en el cielo necesariamente se ha de caminar por muchas cruces; pero consuélate con que la sábia providencia de Dios sembró de éllas todos los estados, y solo consiste en saber aprovecharse de su carga. Tambien son necesarias las buenas obras; ¿pero cuántas puede hacer cada uno sin salir de su casa? Los cuidados de la familia son las principales obligaciones de la virtud.

Sean en buen hora loables, sean preciosas todas las de-

vociones; pero ninguno está seguro de que executa las que Dios quiere, sino el que hace las que son propias de su estado. Solas éstas están seguramente en su debido lugar. No toca á los criados escoger los oficios: al amo pertenece el determinárselos. Si no son de la eleccion y del gusto de éste, no aprecia los trabajos mas penosos ni los servicios mas desinteresados; ¿de qué servirá trabajar mucho, si no es de su gusto lo que se trabaja?

¿Puede haber mayor ilusion que la de aquellas personas que desatienden á las obligaciones de su estado por dedicarse á otras imaginarias devociones, que en realidad solo son un refinado artificio del amor propio, disfrazado con máscara de piedad? Aunque se omitieran todas las obras de supererogacion; visitas de enfermos, obras de misericordia, penitencias y mortificaciones corporales, cumpliria perfectamente con su obligacion el que sin éllas pudiese cumplir perfectamente con todas las obligaciones de su estado. Por el contrario, aunque tú solo hicieras todos los exercicios espirituales posibles; aunque te abrasára el zelo mas ardiente; aunque te exercitáras dia y noche en obras de misericordia; si olvidabas ó desatendias á las de tu estado, no serías siervo prudente, bueno y fiel. Cualquiera otra idea de virtud es falsa, es ilusoria. No encontrarás santo alguno que hubiese seguido otra ruta: cualquiera otro sendero es descamino. ¿Puede haber mayor consuelo que hallar cada uno dentro de su misma condicion, dentro de su mismo estado, dentro de su misma edad, toda aquella abundancia de gracias, aquella multitud de auxílios, aquel cúmulo de medios y de exemplos que ha menester para ser santo? ¡Pero puede haber mayor desgracia que no haberlos conocido, ó no haberse sabido aprovechar de éllos para serlo!

Repréndome, Señor, y reconozco lo mal que he hecho hasta aquí en figurarme una imaginaria imposibilidad de arribar á la santidad mas eminente, sin sàlir de la esfera de mi estado. En las obligaciones mas ordinarias y mas precisas de él, tengo cuantos medios he menester para santificarme con el auxílio de vuestra divina gracia. Concededmela, Señor, concedédmela, para que me aproveche de éllos.

JACULATORIAS.

Quæ placita sunt ei, facio semper. Joan. 8.
Nada hago sino lo que mi Padre celestial quiere que haga.

Quam bonus Israël Deus, his qui recto sunt corde! Salm. 72.
¡Cuán bueno es el Señor Dios de Israel para los que le sirven derechamente en lo que le deben servir!

PROPOSITOS.

1 Es artificio muy ordinario del enemigo de la salvacion hacer que se nos represente la santidad como un fruto de paises muy remotos, ó que solo se produce en las cumbres de los montes mas empinados. Á favor de estas falsas aprensiones, nunca nos la imaginamos á tiro; y nuestra imaginacion siempre nos la pinta allá entre unos lejos muy desviados y con colores poco comunes. ¿Vívese en el mundo? pues se considera la santidad como atrincherada dentro de los claustros, y cubierta con las mortificaciones y penitencias de la vida religiosa. ¿Se ha logrado la dicha de abrazar esta vida? pues piérdese el aliento en el camino de la perfeccion, porque no hay forma de concebir la santidad, sino revestida de aquellas acciones ruidosas, de aquellos prodigios de penitencia, de aquellos dones de contemplacion sublime y elevada que se admiran en la vida de los mayores santos. Corrige desde este punto una idea tan falsa y tan perniciosa; y deponiendo tu error, descubre este tesoro dentro de tu mismo terreno. Persuádete que tu perfeccion está únicamente anexa al cumplimiento de las obligaciones de tu estado. De ninguna otra cosa alabó el Espíritu santo á la muger fuerte, sino de que hiló, de que trabajó, de que cuidó de su casa y familia y fue siempre obediente á su marido. Este debe ser el verdadero elogio de una señora cristiana. No gusta Dios de esas largas horas que pasas en la iglesia, ni de esas visitas de los hospitales, si mientras tanto la ausencia de tu casa es causa de mil desórdenes en la familia. No hay virtud donde no hay órden, y todo le trastornas

cuando no atiendes á las obligaciones de tu estado. Hay tiempo para todo; pero haz todas las cosas á su tiempo. Ten zelo de la salvacion de los ótros; pero no descuides de la tuya. Haz obras de supererogacion; pero sea del tiempo que sobra de las obligatorias. Da limosna; pero paga á los oficiales y á tus acreedores. Esta leccion es importantísima: en no cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado, no hay devocion, no hay virtud.

2 Sea éste el primer cargo que te has de hacer en el exâmen de conciencia; y sea lo primero de que te acuses en las confesiones las faltas contra las obligaciones de tu estado; y cuenta por nada todas las devociones de mucho ruido, si faltas á estas primeras obligaciones, que por lo comun son de poco lustre, pero de gran mérito. Si eres religioso, estudia bien los deberes de tu estado, y sé exâctísimo en la observancia de las mas menudas reglas. Es loable un zelo ardiente: no hay duda que el rigor de la penitencia tiene grandes utilidades en órden á la perfeccion; pero si por hacer muchas cosas á que no hay obligacion, se dexan de hacer las que Dios manda; si con un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso se quebranta habitualmente la observancia regular; si exhortando con tanta elocuencia á los demas á que sean fervorosos, puntuales y mortificados, eres tú tibio, menos rendido, poco exâcto y nada humilde; ¿no te reprenderá nada tu conciencia? Pues trata desde luego de atajar estos remordimientos. Es tan importante este consejo, que no dudo le pondrás en práctica. Consulta con un prudente y zeloso director lo que debes reformar en este punto.

DIA VEINTE Y UNO.

San Anselmo, arzobispo de Cantuaria ó Cantorbery.

Fue san Anselmo uno de los mas ilustres y mas santos prelados de su siglo, y nació en Aosto, ciudad del Piamonte, el año de 1033. Era hijo del conde Gondulfo y de Ermerberga, úno y ótro de las mas nobles familias de la Lombardía y del Piamonte; y como reynaban en su casa el esplendor y la abundancia, fue criado Anselmo con delicadeza y cuidado. Ermerberga, su madre, señora mas distinguida aun por su piedad, que por su nobleza, conociendo las inclinaciones y máxîmas de Gondulfo, mas ajustadas á los dictámenes del mundo que á los de la religion, se encargó ella sola de la educacion de su Hijo. A pocos dias pudo darse el parabien de su determinacion. No hubo niño mas dócil; y si la brillantez y la vivacidad de su ingenio casi desde la cuna fueron asunto á la admiracion de cuantos le trataban; su candor y su bello natural le conquistaron los corazones de todos. Correspondió á los progresos que cada dia iba haciendo en la virtud el que hizo en el estudio de las letras humanas. Desde luego se le descubrió una devocion tan tierna á la santísima Vírgen, que nadie dudó sería con el tiempo uno de los siervos mas amados y mas favorecidos de esta Señora.

Como las lecciones y los exemplos de su virtuosa madre solo inspiraban al niño Anselmo un santo amor á la virtud y un deseo encendido de su salvacion, se disgustó presto de las grandezas y de los oropeles del mundo. Siendo de edad de quince años se determinó á abrazar el estado religioso; mas por no desazonar á su familia, no le quisieron recibir. Entristecióse tanto con esta repulsa, que le costó una enfermedad; pero no le duró mucho el fervor.

Entibióse en él luego que recobró la salud, y no contribuyó poco para apagarle del todo la muerte de la Condesa su madre. El poco caso que el Conde hacia de él, su vida no muy cristiana, y su poca inclinacion á la virtud dexaron al jóven Anselmo tanta libertad, que presto pasó á ser disolucion; aunque no duró en élla mucho tiempo, porque se sirvió Dios de la misma aversion que el padre concibió contra él, para traerle hácia sí. No hubo sumision ni rendimiento que Anselmo no practicase para desenojar á su padre irritado, de quien habia sido el ídolo hasta entonces; pero de nada sirvió sino de enconar mas aquel corazon irreconciliablemente enfurecido. No quiso Gondulfo ver mas á su Hijo: y Anselmo tomó la resolucion de ausentarse, pareciéndole que esto podria contribuir á templar el enojo de su padre: y retirándose á Francia, estuvo allí tres años, sin saber qué rumbo seguir, ni á qué determinarse.

Esta misma indecision despertó en él su antiguo amor á los libros; y llegando á su noticia la fama de Lanfranco, que tambien habia pasado á Francia desde Lombardía, resolvió pasar á la abadía de Bec en Normandía, donde se hallaba prior aquel insigne hombre. En la escuela de tan hábil como santo maestro aprendió la filosofia y la teología, en cuyas facultades hizo tan ventajosos progresos, que éllos mismos encendieron mas su ardiente pasion por el estudio. Considerando un dia la penosa vida que traia solo por hacerse sábio, se avergonzó de lo poco que trabajaba por hacerse santo; y esta reflexion volvió á encender en él los antiguos deseos de abrazar el estado religioso. Abrazóle finalmente, siendo de 27 años en la misma abadía de Bec, recibiendo el hábito de manos de Herlunio, que era su abad, y habia sido su fundador. Fueron tan extraordinarios y tan prontos los progresos que hizo en la perfeccion religiosa, que habiendo sido electo abad de san Esteban de Caen el célebre Lanfranco, tres años despues de su noviciado, fue Anselmo sucesor suyo en el priorato de Bec.

No obstante la virtud de los monges mas antiguos de aquella abadía no pudieron disimular el resentimientillo que esta preferencia les causaba; pero á poco tiempo supo Anselmo calmar los ánimos, y ganar los corazones con

su dulzura, con su humildad y con su invencible paciencia. Parecia que solo le habian hecho superior para ser mas oficioso, y para prevenir hasta las mas menudas necesidades de los monges. Su caridad no tenia límites; pero menos parece que tenia su mortificacion. Ayunaba todos los dias, y maceraba su cuerpo sin piedad. El estudio y la oracion le ocupaban casi todo el tiempo que le dexaban libre las obligaciones del oficio. No contento con orar, enseñaba á ótros á tener oracion. Todo cuanto se veía en él era instruccion y enseñanza: el ayre, la modestia, las conversaciones, hasta el mismo silencio, todo inspiraba amor á la virtud. Con estas mudas lecciones del jóven Prior refloreció presto la observancia y disciplina regular en el monasterio; y á vista de sus exemplos se volvió á encender en él el primitivo fervor.

Pero lo que sobre todo hizo célebre en toda Europa la abadía de Bec, fue la aplicacion y la gracia que tenia Anselmo para criar la juventud. Su modo grato, dulce, cortesano, con una prudente indulgencia, acompañada de una oficiosa y suave severidad, yendo en todo adelante con el exemplo, eran los eficacísimos medios de que se valia para allanar todas las dificultades. Escribiéndole un abad demasiadamente rígido, y quejándose de la poca docilidad de sus súbditos, el Santo le respondió en estos términos: "¿Cómo quieres que reyne en »tu casa la paz y la observancia, si no aciertas á alimen»tar á tus hijos mas que con hiel y amargura?" A otro monge jóven le decia en cierta ocasion: "¿Quieres ser »feliz en la vida religiosa? pues olvídate del mundo, y »alégrate mucho de que el mundo se olvide de ti. El ma»yor tirano del monge, añadió en otra ocasion, es la pro»pia voluntad; porque solo sirve para turbar su quietud, »y para hacerle padecer cada dia nuevos tormentos. El »claustro es el verdadero paraíso terrenal para aquél que »puede decir: No vivo yo, sino Cristo en mí."

No hubo en su tiempo hombre mas estimado, ni que mas mereciese serlo. Concurrian de todas partes sugetos de la primera calidad á ponerse debaxo de su gobierno; y su virtud no solo eminente, sino apacible, cortesana, urbanísima, y aun culta, por decirlo así, convirtió la abadía de Bec en un seminario de santos.

Ya no permitia á Heluíno su avanzada edad atender á los negocios del monasterio; y así encargó todo el peso del gobierno á la prudencia de su santo prior. Pero ni esta multitud de ocupaciones le sirvieron de estorbo para no enriquecer al público con excelentes obras, cuales fueron los libros *de la verdad de la exístencia de Dios, de su esencia y atributos*, *de la caida de los ángeles*, *y el libre alvedrío*. Así *sus cartas como los tratados sobre la oracion* estan llenos de una doctrina tan espiritual, y de una mocion tan exquisita, que muestran bien no haber sido nuestro Santo menos eminente en los sublimes secretos de la teología mística, que en los puntos mas profundos de la teología escolástica.

Muerto el venerable abad Heluíno, tuvieron poco que deliberar los monges en la eleccion del sucesor. En vano fue la suma tenacidad con que se resistió Anselmo; pues se vió precisado á rendirse á una eleccion que fue aplaudida de todos. Pero la nueva dignidad solo sirvió para que brillase desde mas alto su virtud, creciendo su fervor al paso de los años. Tan humilde, tan mortificado y tan exácto en todo era cuando abad, como habia sido cuando novicio. No se observó la menor alteracion en su dulzura, en su modestia y en su apacibilidad, de manera que solo se conocia que era superior en que iba delante de todos á los exercicios mas humildes y mas penosos de la observancia regular.

Obligado á pasar á Inglaterra por algunos negocios de la abadía, creció con su presencia el elevado concepto que ya se tenia en aquel reyno de su mérito y de su virtud. Todos los grandes, y hasta el mismo rey Guillelmo I., llamado el Conquistador, le veneraban como á santo, y le oian como á oráculo. No le veneró menos que su padre el rey Guillelmo II.; pero se aprovechó poco de sus consejos. Habia cinco años que estaba vacante la silla de Cantorbery por muerte del célebre Lanfranco; y dexando el Rey aquello que juzgaba ser bastante para mantenerse los monges y los clérigos, habia incorporado en su dominio todas las demas rentas de dicha iglesia. Hízose sordo aquel Monarca así á las amenazas del pontífice como á las justas quejas y representaciones de los buenos, sin dar oidos mas que á su pasion, hasta que la

pesada mano del Señor se agravó sobre él enviándole una peligrosa enfermedad. Estremecióle el miedo del tremendo juicio de Dios, y le pareció que el mejor medio de reparar los males que habia hecho á la Iglesia era nombrar á Anselmo por arzobispo de Cantorbery. No pudo ser mas aplaudida la eleccion del Rey; pero tampoco pudo ser mayor la resistencia de Anselmo. Lleváronle como arrastrando hasta el cuarto del Rey, proclamáronle arzobispo; pero ni las lágrimas de todo el clero, ni los ruegos de los prelados, ni las órdenes del Rey pudieron doblar su constancia y aun su tenacidad en la renuncia, hasta que finalmente le obligaron á aceptar por obediencia; pero las copiosas lágrimas que derramó mientras duró la funcion de su consagracion, que se celebró el dia 5 de diciembre del año de 1093, acreditaron bien lo mucho que le costaba aquel violento sacrificio.

Apenas recobró el Rey la salud, cuando se arrepintió de su eleccion. Hízole el nuevo Arzobispo representaciones llenas de respeto, mas ni aun así fueron de su agrado. La religiosa constancia del prelado en reconocer á Urbano II. por legítimo pontífice; su valor en defender los bienes de los pobres y los derechos de la Iglesia, y su blando, pero generoso teson en corregir los abusos y en reformar las costumbres enconaron contra él el corazon de aquel Príncipe. Pasó nuestro Santo á verse con el Rey, y no perdonó á medio alguno para conciliarse su benevolencia; pero desde luego conoció los muchos trabajos que le amenazaban. No por eso se acobardó, antes se animó mas su ardiente y generoso zelo. Restituido á su iglesia, se aplicó enteramente á la reforma de las costumbres y al alivio de los pobres, produciendo todo su efecto así las crecidas limosnas que hizo, como los grandes exemplos que dió, y acreditando con nueva experiencia que nada puede resistirse al zelo y á la virtud de un Obispo santo.

Noticioso Anselmo de lo irritado que estaba contra él el ánimo del Rey, juzgó que su ausencia podria conducir para templarle. Pasó á la corte, y pidió licencia á aquel Monarca para ir á recibir el pálio de mano del papa Urbano II. Lo mismo fue oir esto el Rey, que arrebatarse de cólera, y encendido en élla declaró que duran-

te el cisma no queria se reconociese en Inglaterra á otro papa que al que él mismo reconociese. Conformóse cobardemente con el Rey la junta del clero convocada en Rochingham, en la cual presidia nuestro Anselmo. Pero éste tomó á su cargo descubiertamente y con el mayor empeño la defensa del papa Urbano. Representó que habia aceptado el arzobispado con la precisa condicion de reconocerle; mas no fue oido, porque la adulacion, la política y el interes abrazaron el partido del anti-papa, y declarados los prelados por el cisma, despues de cargar de injurias á Anselmo, protestaron no reconocerle ya por primado.

No es fácil explicar lo mucho que padeció el santo Arzobispo. El cortesano que le insultaba mas, ese hacia mejor la córte al Rey, y alegaba por mérito el insulto. Quitáronle los criados que eran de su mayor confianza; desterraron á sus mejores amigos; estudiaron todos los modos y arbitrios de desazonarle; pero la ánsia que tenia de ser humillado y de padecer, le preservó aun de la menor impaciencia. Embargáronle sus rentas, persiguiéronle, despreciáronle, maltratáronle; pero tan invencible fue su heróico sufrimiento como su heróica fe. En fin, reconciliado el Rey con el papa Urbano, despues de haberse separado del cisma, no dexó piedra por mover para interesar al Pontífice en su pasion, insistiendo con él en que depusiese á Anselmo; pero solo consiguió que el Papa le estimase mas, enviándole el pálio, y declarándose protector y defensor suyo en todas ocasiones.

No podia durar mucho tiempo la paz entre la avaricia del Rey, que queria absolutamente sorberse todas las rentas de la iglesia de Cantorbery, y la delicada conciencia del Santo que no podia permitirlo. Pero juzgó que debia prevenir la tempestad, y se retiró á Francia con ánimo de pasar á Roma. Vióse precisado á detenerse en Leon para descansar y reponerse de lo mucho que le habian debilitado las fatigas del viage, juntas con sus excesivas penitencias. Desde allí escribió al Papa, representándole la repugnancia con que habia aceptado el arzobispado, y suplicándole se sirviese exônerarle de él, sin obligarle á pasar los Alpes; mas su Santidad, lejos de dar oidos á sus instancias, le ordenó que se llegase á Roma, donde le re-

cibió con la mayor ternura, y con toda la distincion que se merecia uno de los mas sabios y mas santos prelados de la Iglesia. Mandó que le pusiesen cuarto en su mismo palacio de san Juan de Letran, y con la presencia de Anselmo creció el grande concepto que ya tenia de su santidad. Instruido el Papa de lo mucho que habia padecido por defender los derechos de su Iglesia, admiró su paciencia, y mucho mas la moderacion con que se quejaba del Rey; pero haciéndosele mas insufribles las honras con que le distinguian en Roma que los malos tratamientos que habia recibido en Inglaterra, suplicó á su Santidad le diese licencia para retirarse á Telesio, ciudad del reyno de Nápoles, en la abadía de san Salvador, cuyo abad habia sido discípulo suyo en la de Bec.

En el retiro de la soledad se le renovó el tédio con que miraba el obispado, y así hizo nuevas instancias al Papa para que le permitiese renunciarle; pero tan sin fruto como las antecedentes. Estando en aquel santo retiro, tuvo órden de pasar á Bari para asistir al concilio que se celebraba en aquella ciudad. Dexóse ver y oir con general estimacion, y habló con tanta energía y con tanta elocuencia contra el error de los griegos, probando con tanta solidez el dogma de la Iglesia sobre el modo con que el Espíritu santo procede del Padre y del Hijo, que así el Papa como el concilio exclamó, que el mismo Espíritu santo habia hablado por la boca de Anselmo. Como fue tan elevado el concepto que formaron todos de las prendas de aquel hombre verdaderamente grande, quisieron los padres instruirse á fondo de los motivos que habia para perseguir á un hombre como él; conocieron toda su iniquidad y toda su malicia; y ya estaba el Papa resuelto á fulminar excomunion contra el Rey de Inglaterra, cuando fueron tantos los ruegos y aun las lágrimas de nuestro Santo, que estorbó con éllas á que se pasase á este extremo.

Concluido el concilio, volvió á Roma en compañía del Papa, y asistió á otro concilio que se celebró en aquella ciudad, donde le oyeron con la misma veneracion que en el de Bari. Pero las extraordinarias honras que le tributaban en Italia le obligaron á buscar en Francia un asilo que fuese como defensivo de su profunda humildad.

Consiguió finalmente licencia para volver á pasar los Alpes; y Hugo, arzobispo de Leon, le recibió con especial alegría. Pero no pudo detenerse mucho en aquel reyno por la funesta muerte del rey Guillelmo, que sucedió el año de 1100, porque su sucesor Henrique II. le llamó á Inglaterra, donde no le dexó vivir mas en paz que su predecesor. Suspendió, por decirlo así, la nueva persecucion el papa Pascasio II., sucesor de Urbano, y Anselmo se aprovechó de esta especie de treguas para dedicarse á la reformacion de las costumbres. Celebró en Londres un concilio nacional en que restableció la disciplina eclesiástica, restituyéndola á su primitivo vigor; instruyó al pueblo con sus palabras y escritos, pero mucho mas con sus exemplos.

Habiéndose renovado entre el Arzobispo y el Rey la antigua diferencia sobre las investiduras, se vió precisado á emprender segundo viage á Roma, donde el papa Pascasio excedió á su predecesor en las honras que hizo á nuestro Santo. Informado el Rey de la general aprobacion que habia merecido la conducta de Anselmo en aquella corte, le prohibió que volviese á Inglaterra; y obedeciendo el Arzobispo, escogió por lugar de su destierro á Leon de Francia, donde pasó diez y seis meses dedicado enteramente á los mas fervorosos exercicios de devocion y de virtud.

Pero Adela, hermana del Rey, que profesaba singular veneracion á nuestro Santo, no pudo permitir que estuviese mas tiempo en su destierro. Toda la Inglaterra clamaba por su primado, y la iglesia de Cantorbery por su arzobispo y por su apóstol. Hízole la Condesa pasar á Normandía, donde le restituyó á la gracia del Rey, el cual, depuestas sus falsas preocupaciones, reconoció la virtud del Arzobispo, que acreditaba Dios cada dia con grandes milagros. Recibióle con respeto, abrazóle con ternura, y le volvió á colocar en la pacífica posesion de todos sus derechos.

No gozó Anselmo largo tiempo de esta tranquilidad, porque acometido de una prolixa y molesta enfermedad, se detuvo en la abadía de Bec, y no pudo restituirse á su iglesia hasta el año de 1107. Fue recibido en élla con la pompa que inspira á todos los pueblos el respeto y la ter-

nura que profesan á la santidad; y no estuvo ocioso en aquella calma, porque se aplicó el vigilante Pastor á apacentar á sus ovejas con el mas zeloso desvelo.

Causa verdaderamente admiracion cómo este gran Santo, en medio de una salud tan débil y tan quebrantada con sus excesivas penitencias, con tantas y tan molestas persecuciones, con tantos trabajos y fatigas, pudo encontrar tiempo para enriquecer la Iglesia de Dios con tan prodigioso número de obras excelentes, en las cuales no se sabe qué debe admirarse mas, si su profunda erudicion y sabiduría, ó su tierna y fervorosa piedad. Son pocos los doctores de la Iglesia que han tratado los dogmas mas elevados y las cuestiones mas espinosas y sutiles con tanta precision y con tanta solidez como este hombre verdaderamente grande. A él le debe la teología escolástica su método, y la mística ó ascética sus progresos.

Aunque en todos sus escritos se dexa reconocer la ternura de su devocion, en ninguno brilla mas, ni se derrama con mayor abundancia que en sus meditaciones sobre la pasion de Cristo, y siempre que trata de las excelencias de la Vírgen. La devocion á la Madre de Dios nació con él, y creció al paso de sus años. Fue uno de los primeros doctores de la Iglesia que hablaron con mayor énfasis y con mayor energía de su inmaculada Concepcion; y no podia reprimir las lágrimas en el altar, ni cuando oia hablar de los privilegios y del poder de la santísima Vírgen.

Habia tres años que Anselmo gobernaba en paz su iglesia de Cantorbery, acabando de consumir las pocas fuerzas que le restaban en las penosas tareas de su pastoral ministerio, cuando reconoció que se acercaba su fin. Dobló visiblemente los ardientes esfuerzos de su fervor; y como su gran debilidad no le permitiese celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, se hacia llevar á la iglesia para asistir á él. Finalmente, el miércoles santo del año 1109, que cayó en 21 de abril, estando tendido sobre la ceniza, y cubierto con un áspero silicio mientras le leian la pasion del Señor, rindió en sus manos dulcísimamente aquel bienaventurado espíritu á los diez y seis años de arzobispo, y á los setenta y seis de su vida.

Los muchos milagros que hizo Anselmo en vida, y los que obró Dios en su sepulcro despues de muerto, le hicieron célebre y glorioso. Consérvanse sus reliquias en diversas iglesias, como en Colonia, Praga y Bolonia; en Italia y en Amberes estan expuestas á la pública veneracion. La iglesia le venera como á uno de sus ilustres doctores, y en sus escritos dexó eternos monumentos de su ingenio, de su piedad y de su sabiduría.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Anselmum ministrum tribuisti; præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste al bienaventurado Anselmo ministro de la eterna salvacion de tu pueblo; suplicámoste nos concedas que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que tuvimos por maestro y por doctor de la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 4. de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia IV, fól. 98.

NOTA.

»Hallándose el apóstol san Pablo el año de 65 ó 66 »del Señor en vísperas de acabar su carrera y terminar »sus trabajos por el martirio, escribió esta carta á su »amado discípulo Timoteo, instándole á que sin perder »tiempo se viniese á ver con él. Profetiza en élla las di»versas heregías que hacian turbar á la Iglesia, y le ex»horta á que predique el evangelio á pesar de la oposi»cion que habia de hacer el demonio.

REFLEXIONES.

Veniet enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt. Vendrá tiempo en que no podrán sufrir la doctrina sana. Pregunto; ¿y no ha llegado ya este desgraciado tiempo? ¿qué caso se hace hoy de la doctrina de Jesucristo? ¿qué respeto se profesa á sus mandamientos? ¿qué rendimiento á su voluntad? ¿qué sumision humilde á las decisiones de la Iglesia?

Erígese el dia de hoy por autoridad propia el espíritu del mundo un tribunal supremo, al cual pretende que deben hacer estar sujetas las mas sagradas máximas del evangelio, las mas respetables verdades de la religion, y hasta la doctrina del mismo Jesucristo. Todo se exâmina, todo se proscribe, todo se condena segun el capricho, segun las débiles ideas del entendimiento humano. Preténdese que un entendimiento de tan limitados alcances, que no puede penetrar los verdaderas causas de los efectos naturales mas comunes, que ignora lo mismo que palpa y ve, que no descubre la formacion maravillosa de una hormiga, ni las propiedades de la hojita de un árbol; preténdese, digo, que este limitadísimo entendimiento, medio sepultado dentro de la carne, y esclavo siempre de sus pasiones en el mundo, ha de ser juez supremo en materia de dogma y de doctrina. Todo lo que no es conforme á la extravagancia de su juicio y de sus inclinaciones, se reprueba; todo lo que es contrario al error de los sentidos, se proscribe. Si la razon no puede juzgar en punto de doctrina, entra siempre á ser substituta y lugar-teniente la pasion. Por aquí podrémos conocer la rectitud y la justicia de sus decisiones. La fe sigue ordinariamente la fortuna del mortal; por donde va éste, va regularmente aquélla. Luego que la pasion se apodera del tribunal de la religion, y quiere presidir en él, rompe los diques del error, y todo lo inunda; entonces todo es descamino, todo ilusion, todo orgullo, todo obstinacion. Presto ciega del todo el que ni ve, ni quiere ver sino con la luz medio apagada de su propio entendimiento. Este es el destino de los que no pueden tolerar la sana doctrina; ni los sentidos ni el amor propio se acomodan con élla; vencerse, violentarse, mortificarse, es una doctrina incómoda; pero al fin ésta es la doctrina sana, porque es la del evangelio. Mas el amor propio busca otros maestros que le enseñen al gusto de sus deseos.

Cien veces se ha dicho, y siempre será verdad el decirlo, que el entendimiento es muy de ordinario el juguete de la voluntad. ¿De dónde nace si no ese espíritu de error y partidario? ¿de dónde esa obstinada eleccion en seguir senderos singulares que desvian del camino real? ¿de dónde el fogoso empeño en sustentar y en defender

los descaminos? El moral del evangelio y la doctrina sana estrechan demasiado, y el amor propio quiere vivir á sus anchuras. ¿Pues qué se hace para evitar los remordimientos importunos, y para acallar una conciencia que asusta y desasosiega? Pártese la diferencia: al amor propio; al corazon y á las pasiones se las confirma en todos sus derechos; y al entendimiento se le dexa todo lo que oprime, todo lo que espanta, y aun todo lo que desespera. De aquí proviene que personas por otra parte de unas costumbres estragadísimas, de una conducta, ó de una vida que es una disolucion, tienen unos principios de moral sumamente estrechos, unos dogmas excesivamente severos. No hay herege, y por lo comun hay pocos libertinos que no hagan estas partijas. Cuando la verdad turba nuestra delicadeza, cuando asusta á la conciencia, cuando declara la guerra á la pasion, *à veritate auditum avertent*, vuélvese la cabeza á otro lado, ó se tapan los oidos por no escuchar lo que dice. ¿Pero qué se adelanta con este grosero artificio? descaminarse sin remordimiento, y perderse con seguridad.

El evangelio es del cap. 5. *de san Mateo, y el mismo que el dia IV, fólio* 101.

MEDITACION.

De la conversion verdadera.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ordinaria que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay mas rara que una conversion verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaidas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; ¿pero detesta íntimamente sus pecados? El espíritu está humillado; ¿pero está igualmente contrito el corazon?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algun dolor de sus faltas, muchos estarian

convertidos que en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado; Antíoco lloró los suyos, y ni úno ni ótro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; ¿pero cuántos se convierten en éllas?

Es necesaria la conversion del espíritu, es indispensable la conversion del corazon; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para esos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones; ¿te has convertido de veras? pues ya es preciso pensar todo lo contrario. Parecíante difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasion, á tu inclinacion, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshiciéronse esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinacion, y el evangelio es la única regla de tu vida; ya te parecen falsas y aparentes las brillanteces del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insípidos. Ya apenas aciertas á concebir cómo un hombre de razon puede ser libertino, cómo un corazon criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña. Siéntese una especie de indignacion contra su propia brutalidad. ¡Es posible que siendo yo cristiano pude ser vicioso! ¡es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo pude vivir tan descaminado! ¡es posible que experimentando en mí mismo la vanidad, la nada y aun la amargura de estos falsos deleytes, hice de éllos mi ídolo! Estos son los ordinarios defectos de una verdadera conversion, ¿tiene la mia estas señales?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque la verdadera conversion consiste principalmente en el corazon y en el espíritu, no por eso dexa de ser muy visible. El ayre, las modales, la conducta, el trage, las conversaciones, todo grita que el co-

razon está verdaderamente convertido. Los objetos son los mismos; pero no hacen la misma impresion: puede ser que se encuentren los mismos estorbos, las mismas dificultades; pero se siente nuevo vigor, nuevo aliento. El mundo presenta sus rosas; pero se las trata como si fueran espinas. Y como ya no se discurre sino por los principios del cristianismo, tampoco se habla sino segun las máxîmas y las verdades de la religion.

Es de admirar que se padezcan tantas equivocaciones en materia de conversion, siendo así que no hay cosa mas visible que las señales que la caracterizan. No solo se tiene horror al pecado; se tiene por lo menos otro tanto á las ocasiones de pecar. No solo se huye de la culpa, sino del lugar y de la persona que sirvió de tentacion. No solo se destierra el jugador del juego, pero aun de la casa donde se juega; porque, desengañémonos, el que solo se convierte á medias, no está verdaderamente convertido.

¿Quieres ver un perfecto retrato de una verdadera conversion? Pues pon los ojos en la Magdalena; detesta sus culpas; y como el motivo de su dolor es el amor de su Dios, no guarda medidas; y así se le perdonan todos sus pecados, porque amó mucho. No se avergonzó de ser pecadora; pero se avergüenza mucho menos de parecer arrepentida. Arrojóse á los pies del Salvador en la misma sala del convite; no busca ocasion de que no la vean; antes quiere entienda todo el mundo que está ya convertida. Es grande su confusion, pero es mucho mayor su resolucion y su aliento. Y despues de este paso, ¡qué vida fue la suya! ¡qué perseverancia en élla!

Ya no se aparta mas del lado de Jesucristo; mira con horror al mundo, y desea que el mundo la mire con horror á élla. Su devocion no está pendiente de la prosperidad; en todos tiempos es su fervor inalterable. Sigue al Salvador no solo hasta el Calvario, sino hasta el sepulcro. Tanto excitan su amor las ignominias que Cristo padece, como los milagros que hace. ¡Qué deseo! ¡qué ardor! ¡qué ánsia por hurtar, si pudiera, el cuerpo de su divino Maestro despues de sepultado! Ni la enorme y pesada piedra del sepulcro, ni el sello del príncipe, ni la compañía de los soldados que le guardaban son capaces

de templar su fervor, de desalentar su animosidad. Así piensa, así obra, así se muestra siempre una alma verdaderamente convertida. Concluyamos de aquí, que hay pocas conversiones verdaderas, y juzgamos tambien esto mismo por la poca perseverancia.

Reláxase san Anselmo; resbala en el desórden; no son extraordinarias sus caidas, pero conoce su perdicion con el auxílio de la divina gracia. ¡Qué arrepentimiento! ¡qué mudanza! ¡qué firmeza! Convirtióse una vez de veras, y jamás se desmintió. ¡Mi Dios, qué debo yo pensar de mis frívolos arrepentimientos, de mis inconstantes propósitos, de mis ineficaces deseos!

No permitais, Señor, que suceda lo mismo con esta mi presente conversion; detesto mis pecados, siento un verdadero deseo de convertirme y de mudar de vida. ¿Pero de que me servirán estos propósitos, si no son eficaces? Haced que lo sean con vuestra gracia, y que sea este el primer dia de mi perfecta conversion.

JACULATORIAS.

Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis. Salm. 67.

Confirma, Señor, y haz eficaces los deseos que tú mismo me has inspirado.

Redde mihi lætitiam salutaris tui: et spiritu principali confirma me. Salm. 50.

Restitúyeme, Señor, aquel espíritu de alegría que debe ser la prenda de mis paces con vos; pero dame al mismo tiempo el espíritu principal de la firmeza y de la perseverancia.

PROPOSITOS.

1 Puesto que la conversion no es otra cosa que un volverse el alma á Dios, es de extrañar que haya tan pocas conversiones sincéras. ¿A quién se pretenderá engañar con estas resurrecciones aparentes? ¿qué fruto se sacará de esas hazañerías? Si la conversion es verdadera, ¿cómo no es constante? Y si el propósito es falso, ¿qué será la

penitencia? Tantas confesiones sin enmienda no pueden tranquilizar nuestra conciencia; ¿pero estará mas tranquila cuando se prosigue pecando sin confesarse? No dilates un punto el poner remedio á este inagotable manantial de amargos remordimientos. Sea tu confesion en estas pascuas efecto de una conversion verdadera, y que vaya acompañada de todas las señales que la caracterizan. Detesta tus pecados, y mira con horror todas las ocasiones de pecar. Es ilusion imaginar posible una voluntad séria de no pecar, sin una resuelta determinacion de romper toda comunicacion con el cómplice. ¿Estás resuelto á entablar una vida cristianana? pues comienza desde hoy á moderar esos excesos en las galas; esa refinada delicadeza, esos aparatos de profanidad, comienza prohibiendo esa frecuente concurrencia al juego, esos cortejos en que se gasta el tiempo algo mas que en cosas inútiles, esa vida regalona, esos dias ociosos y vacíos. Sin reforma no hay conversion; por aquélla se conoce ésta. Ese ayre, esas modales, esa fantasía, toda esa conducta no corresponde á la santidad de tu estado. No se pase el dia de hoy sin que des señales visibles de tu conversion verdadera. Comienza por la observancia de esas reglas que quebrantas sin remordimiento; deshaciéndote de ese espíritu propietario, de ese fondo de propia voluntad que algun dia te harán gemir sino los reformas desde luego. No cuentes mucho sobre esas licencias vanas y generales; sobre esas dispensaciones abusivas, sobre esos estilos poco religiosos que en la hora de la muerte sobresaltan justamente á la conciencia. Comienza hoy á vivir como quisieras morir; esta es la resolucion mas importante.

2 La contricion es interior; pero la conversion debe ser visible. Jesucristo resucitó, decia el Ángel á las mugeres que le iban á buscar al sepulcro: ya no está aquí: *Surrexit*, *non est hic*. Este es el verdadero modelo de una alma verdaderamente convertida. Detesta ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaidas, tu vida regalona, inútil, entretenida. Pues haz que despues de esta pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó: *Surrexit*; y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque

non est hic: ya no está aquí: en nada de esto se encuentra, ni se halla en esas diversiones peligrosas, ni asiste á esas tertulias ocasionadas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devocion en el templo, y aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. ¿Y por qué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas bellas pruebas? Acaso será esta la postrera pascua para ti. ¿Qué locura es dilatar para el año que viene, cuando ciertamente para muchos no habrá tal año, una conversion, que aun suponiéndola en este año, quizá habrá ya tardado demasiado? Postrado, pues, delante de tu crucifixo, dile á Dios resueltamente, ó que no te quieres convertir jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.

DIA VEINTE Y DOS.

San Sotero y san Cayo, papas y mártires.

San Sotero, tan recomendable por su caridad y por su zelo, fue natural de Fundi, en el reyno de Nápoles. Nació por los fines del primer siglo, ó por los principios del segundo, y tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices dias de su primitivo fervor, y así mamó todo su espíritu. No contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el clero, así por su virtud como por su sabiduría, su larga mansion en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los romanos servian de modelo á todas las iglesias del mundo. Venerábanle como á santo, y oíanle como á oráculo; y así habiendo muerto san Aniceto por los años de 161, fue san Sotero elegido unánimemente por sucesor en la silla de san Pedro.

No sirvió esta suprema dignidad mas que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase mas aquella ardiente caridad, que fue siempre el carácter de

nuestro Santo. Dióle grandes ocasiones para que la exercitase durante el tiempo de su pontificado el emperador Marco Aurelio por la cruel persecucion que excitó contra los cristianos. No fue solo Roma el teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fue testigo, y á un mismo tiempo admirador de su magnanimidad y de su constancia. Unos enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los hierros; ótros sepultados en las minas; éstos despedazados en los cadahalsos; aquéllos expuestos á las fieras en los anfiteatros. Este era el espectáculo que ofrecian á los ojos del mundo los cristianos cuando san Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia: con que tuvo ocasion de emplear toda su vigilancia y su desvelo en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su zelo en remediarlas.

Excediendo á la caridad de los santos pontífices sus predecesores, ó siendo mas feliz en los medios de explicarla, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, enviándolas, como las envió, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañadas de instrucciones muy saludables en las cartas que las escribia, en que exhortaba á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre sí con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecian por amor de Jesucristo, y que les merecian la corona del martirio.

Pero el que así atendia á que se comunicasen los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿cómo podria olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos y á su vista? Era, pues, digno de la mayor admiracion ver á aquel gran Papa, oprimido de años y trabajos, buscar en persona á los cristianos dentro de las cavernas y lugares subterráneos, alentarlos con sus palabras, animarlos con sus exemplos, y mantenerlos con sus contínuas limosnas.

Aunque la caridad de nuestro Santo á ningun pobre excluia, principalmente la explicaba, y aun la doblaba con aquellos que actualmente estaban padeciendo por Cristo, ya en las cárceles, ya en las minas, donde muchas veces se hallaban destituidos de todo socorro, como se re-

conoce sobre todo por la carta que le escribió san Dionisio, obispo de Corinto. *Desde luego*, dice, *te acostumbraste á derramar tu beneficencia sobre los hermanos, enviando á muchas iglesias con que mantenerse; aquí socorres á los pobres en sus grandes necesidades; allí asistes á los que trabajan en las minas; en todas partes renuevas la generosa caridad de tus antecesores, socorriendo á los que padecen por Jesucristo. Vuestro bienaventurado obispo Sotero no se contenta con seguir, con imitar sus exemplos, sino que hace excesos á su caridad: no solo cuida de buscar y recoger limosnas, enviándoselas á los santos, sino que recibe con amor paternal á todos los hermanos que acuden á él, los consuela con sus palabras, los alienta con sus exemplos, y los asiste con sus socorros.*

No se contentaba Sotero con aliviar á los generosos confesores de Cristo con las grandes limosnas que los hacia; alentábalos, manteníalos, fortificábalos en la fe por medio de sus cartas, que inspiraban á todos los fieles nuevo fervor, y así le leian con veneracion en las iglesias. *Hoy celebrámos el santo dia del domingo*, continúa el santo obispo de Corinto, *y hemos leido vuestra epístola, que proseguirémos leyendo para nuestra instruccion.*

Ni se dedicó con menor aplicacion á cortar, prevenir y atajar todo cuanto podia corromper la pureza de la fe que los hereges pretendian alterar, principalmente despues de la muerte de los apóstoles. Opúsose con vigor y fortaleza á los montanistas ó catafrigas, cuya heregía comenzó á asomar la cabeza en su pontificado; y lo hizo con tanta valentía y con tanta felicidad por medio de sus sabios escritos, que muchos años despues no se echaba mano de otras armas para combatir contra Tertuliano, cuando se declaró sectario suyo.

Atento Sotero á todas las necesidades de la Iglesia, expidió varios decretos; entre los cuales hay uno que prohibe á las vírgenes consagradas á Dios tocar los vasos y ornamentos sagrados, como tambien subministrar el incienso en el Oficio divino. Gobernó san Sotero la Iglesia por espacio de ocho ó de nueve años, y no podia faltar la corona del martirio á una vida tan pura, tan santa y tan apostólica como la suya, en un tiempo en que todo el infierno parecia haberse desencadenado con-

tra los cristianos. Despedazadas en todas partes las ovejas, era consiguiente que el Pastor no se escapase al furor de los tiranos: y aunque ignoramos el género de martirio con que nuestro Santo ilustró la fe, en todos los martirologios le hallamos contado en el número de los santos mártires. Sergio II. trasladó su cuerpo del cementerio de Calixto á la iglesia de Equicio, dedicada á los santos san Silvestre y san Martin. Venéranse en Toledo algunas reliquias suyas, y se celebra su fiesta en aquella iglesia con grande solemnidad. Tambien guardan algunas en la suya los jesuitas de Munich en Baviera, y las conservan con mucha veneracion.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta del santo pontífice Cayo, originario de Dalmácia, y pariente del emperador Diocleciano. Es probable que sus padres fueron cristianos, y que desde niño le criaron en los principios de nuestra religion. No se sabe con qué ocasion vino á Roma; y solo es cierto que por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion, y por su vida exemplar fue recibido en el clero con general gozo de todos; y que en él se hizo desde luego distinguir, no menos por su sabiduría que por su virtud. Y como universalmente estaba reputado en Roma por uno de los mas santos clérigos de la Iglesia, muerto el papa Eutiquiano el año de 283, no se deliberó un punto sobre colocarle en la silla de san Pedro.

Hallándose cabeza de los obispos y padre comun de todos los fieles, dió bien á conocer que estaba eminentemente dotado de todas las prendas necesarias para desempeñar tan elevado empleo. El zelo, el valor, la prudencia, la heróica virtud, y la ardiente caridad que mostró en todas ocasiones, le acreditó desde luego por uno de los mas dignos pontífices, que hasta entónces habia logrado la Iglesia. No es facil explicar la solicitud, el caritativo desvelo, y las fatigas de este santísimo Papa durante aquellos calamitosos tiempos de persecuciones y de trabajos. Como los cristianos se veian precisados á estar escondidos en los bosques, y sepultados en las cavernas, el santo Pontífice por algun tiempo tomó tambien el mismo partido de esconderse para poder asistirlos. Visitábalos en las cuevas y en los montes; consolába-

los, socorríalos, y los animaba á defender valerosamente la fe, aunque fuese á costa de la vida.

Habiendo calmado un poco la tempestad, volvió á Roma nuestro Cayo, acompañado de crecido número de gloriosos confesores de Cristo. Pero renovada presto la persecucion contra los cristianos con mayor furia que nunca, en todas las plazas públicas, esquinas, y encrucijadas de las calles colocaron unos idolillos, con bando riguroso de que nada se pudiese comprar, ni vender, sin haberles antes incensado; y ni aun se podia sacar agua de las fuentes y los pozos públicos sin ofrecer primero estos impíos sacrificios.

En tan tristes circunstancias, nuestro vigilantísimo Pontífice ordenó á Cromacio, que habia sido prefecto de Roma, y era á la sazon uno de los mas fervorosos discípulos de Cristo, que se retirase á su tierra para asistir á los cristianos que se habian refugiado en élla: y aunque deseó que san Sebastian fuese tambien en su compañía, supo alegar tales razones este generoso defensor de la fe para persuadirle lo mucho que importaba que él asistiese cerca de su persona, que al fin se rindió á éllas, y dió órden al presbítero Policarpo para que siguiese á Cromacio.

Luego que partieron estos confesores, Cayo ordenó á los dos hermanos Marco y Marcelino; y de presbítero á Tranquilino su padre. Vivian todos juntos en casa de un oficial del Emperador, llamado Castulo, zelosísimo cristiano, el cual tenia cuarto dentro del mismo palacio, y estaba en lo mas alto del edificio. Allí se juntaban secretamente los fieles todos los dias, y el santo Pontífice los apacentaba con la palabra de Dios, distribuyéndoles el pan de los fuertes, y celebrando el divino sacrificio.

Tiburcio, que era un caballero mozo, gran cristiano, y muy distinguido entre todos por su zelo de la religion, conducia cada dia algun nuevo neófito, á los cuales bautizaba san Cayo despues de haberlos instruido.

Mientras nuestro Santo se ocupaba dia y noche en estas obras de caridad y de religion, vinieron á decir á su hermano san Gabino, que Maxîmiano, hijo adoptivo del emperador Diocleciano, pedia á su hija Susana para casarse con élla. Noticioso de esto el santo Papa, en-

vió á llamar á su sobrina, la cual informada del ánimo del Emperador, venia á echarse á los pies de su santo tio para pedirle su bendicion, y disponerse para el martirio. La conferencia fue breve, pero tierna: *Ya sabeis, amado tio mio* (dixo la santa doncella), *que habiendo hecho voto de castidad, no puedo dar la mano á otro esposo que á Jesucristo, y vengo á declararos que jamás la daré á otro. Viendo estoy que no habrá género de tormentos de que no se valga el tirano para obligarme á mudar de resolucion; pero llena de confianza en la misericordia de mi Señor Jesucristo, espero que antes me arrancarian mil almas del cuerpo, que la fe del corazon, y que no hará ni aun titubear la determinacion de vuestra humilde sobrina.* Deshacíanse en lágrimas de ternura todos los circunstantes; pero mas eternecido que todos nuestro Santo, se contentó con darla su bendicion, y con exhortarla breve, pero patéticamente, á la perseverancia, y á no hacerse indigna de la gloria del martirio. Triunfó santa Susana de la crueldad y del furor de los tiranos; y todos cuantos estaban en Roma con nuestro Santo tuvieron la misma dicha, y consiguieron todos la misma victoria.

San Cayo la alcanzó poco despues conservándole Dios al parecer solo porque lograse el consuelo de enviar delante de sí al cielo aquella ilustrísima tropa: siendo cierto, que sus gloriosos trabajos y felicísimas fatigas le habian hecho muy digno de la corona del martirio. Padecióle hácia el año 296, habiendo ocupado la silla de san Pedro doce años y algunos meses. Fue enterrado en el cementerio de Calixto, y de allí fue trasladado su santo cuerpo el año de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre; y en Novelara de Italia se conserva parte de sus preciosas reliquias.

La misa es en honra de los Santos, y la oracion la que sigue:

Beatorum martyrum, pariterque pontificum Soteris et Caii nos, quæsumus, Domine, festa tueantur: et eorum commendet oratio veneranda: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos defienda la festiva memoria que celebramos de tus santos mártires y pontífices Sotero y Cayo, y que su venerable intercesion nos sirva su recomendacion para vos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del Apocalipsi de san Juan, cap. 19.

In diebus illis: Post hæc ego Joannes audivi quasi vocem turbarum multarum in cœlo dicentium: Alleluia: Salus, et gloria, et virtus Deo nostro est: quia vera, et justa judicia sunt ejus, qui judicavit de meretrice magna, quæ corrupit terram in prostitutione sua, et vindicavit sanguinem servorum suorum de manibus ejus: Et iterùm dixerunt: Alleluia. Et fumus ejus ascendit in secula seculorum. Et ceciderunt seniores viginti-quatuor, et quatuor animalia, et adoraverunt Deum sedentem super thronum, dicentes: Amen: Alleluia. Et vox de throno exivit, dicens: Laudem dicite Deo nostro, omnes servi ejus: et qui timetis eum pusilli, et magni. Et audivi quasi vocem turbæ magnæ, et sicut vocem aquarum multarum, et sicut vocem tonitruorum magnorum, dicentium Alleluia: quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus, et exultemus, et demus gloriam ei: quia venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus præparavit se. Et datum est illi, ut cooperiat se byssino splendenti, et candido. Byssinum enim, justificationes sunt sanctorum. Et dixit mihi: Scribe: Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt.

En aquellos dias: Despues de esto yo Juan oí como la voz de muchas turbas en el cielo que decian: Aleluya: Salud y gloria y virtud sea á nuestro Dios. Porque sus juicios son verdaderos y justos, y juzgó á la gran ramera que corrompió la tierra con su prostitucion, y vengó la sangre de sus siervos que élla derramó con sus manos. Y dixeron segunda vez: Aleluya: Y el humo de élla subió por los siglos de los siglos. Y los veinte y cuatro ancianos, y los cuatro animales se postraron y adoraron á Dios sentado sobre el trono, diciendo: Amen: Aleluya. Y salió del trono una voz que dixo: Dad alabanza á nuestro Dios vosotros todos sus siervos: y vosotros que le temeis pequeños y grandes. Y oí una voz como de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decian: Aleluya: porque reynó nuestro Señor Dios omnipotente. Alegrémonos y regocijémonos, y démosle gloria: porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa está ya adornada. Y se le ha dado á él para vestirse de viso cándido y resplandeciente. Porque el viso son las justificaciones de los santos. Y me dixo: Escribe: Bienaventurados aquellos que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero.

NOTA.

»Un domingo hácia el fin del imperio de Domiciano, »esto es, por los años del Señor de 95 tuvo el evangelista »san Juan las revelaciones del Apocalipsi en la isla de »Pathmos: *Desterrado allí*, dice san Gerónimo, *de la con»versacion de los hombres, fue participante de los mayores »secretos de los ángeles, durante sus maravillosos raptos.*

REFLEXIONES.

Beati, quid ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt. Bienaventurados los que son llamados á la cena de las bodas del Cordero. Cualquiera otra idea de felicidad es quimérica. La estancia de los bienaventurados, la alegría de la corte celestial, la bienaventuranza eterna, que esta cena y estas bodas representan, es lo único que puede hacer á un hombre verdaderamente feliz. Como solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede saciar nuestros deseos: cualquiera otro objeto inquieta la conciencia, cansa y disgusta necesariamente. Solo Dios puede contentar una alma, calmar sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores y todas las turbaciones que nacen del fondo de nuestro corazon. Aquellos que se juzgan dichosos por los bienes de fortuna, por las felicidades del mundo, hablando en propiedad, son dichosos de teatro, y felices de representacion, como personages de comedia. Toda su imaginaria felicidad consiste en mostrar lo que no son; pero siempre descubren lo que verdaderamente son, mas que manden como reyes, ó hablen en tono de amos. Este es el retrato menos lisonjero y mas natural de los dichosos del siglo.

Por mas que me esfuerce, decia san Agustin, á llenar el inmenso vacío de mi corazon con cualquiera otra cosa, en ninguna encuentro equivalente á aquel gusto puro y exquisito que experimento en cumplir con la obligacion de servir á mi Dios. Al paso que es cosa dura y amarga negar la obediencia, ó sacudir el yugo de la sujecion á tan dulce como amable dueño; á ese mismo paso no la hay mas suave, ni de mayor consuelo que amarle y que servirle. Los buenos nunca están expuestos á aquella odiosa alternativa de alegría y de tristeza, á aquellos crueles remordimientos que turban todas las fiestas de los munda-

nos, y jamás los conceden un dia de treguas, ni de reposo.

Atentos siempre á complacer únicamente á aquel Señor, cuyo enojo será algun dia motivo de desesperacion á todos los que le hubieren ofendido, hallan en su misma fidelidad una alegría y una felicidad perfecta. Si alguna vez se les representa dificultoso el desempeño de su obligacion, presto les enseña la experiencia que no hay gusto igual al de cumplir con todas las que son propias de su estado. Y si este gusto no es de aquellos vivos y halagüeños que lisonjean la corrupcion del corazon humano, es á lo menos tan sólido y tan puro que nunca tiene revueltas enfadosas y molestas. No es de aquellos gustos momentáneos que se acaban con el dia de la fiesta, ó del regocijo público, y que muchas veces penden del capricho y de la extravagancia de no pocos: es un gusto permanente que satisface, y que puede lograrse todos los instantes de la vida sin fastidio, sin dolor y sin remordimiento.

No es de aquellos gustos que consumen la hacienda, manchan la honra y alteran la salud: es un gusto útil en todos tiempos, siempre honroso, y que no contribuye poco á conservar la salud del cuerpo, por la tranquilidad, por la satisfaccion que causa al que la disfruta. A las demas diversiones no se las toma el gusto sino por la pasion que las da todo el saynete: el gusto que se siente en cumplir cada uno con su obligacion y en servir á Dios, no admite otro saynete que el que le da la razon.

En cualquiera otro gusto cada uno desaprueba interiormente sus deseos, condena su propia flaqueza, aborrece á sus concurrentes, teme las revoluciones, desconfia de su mismo corazon, enójase contra su desigualdad, irrítase contra sus inquietudes; los zelos pican, los pesares turban, la inutilidad de los pasos que se dan desespera, la posesion fastidia, y los remordimientos perpétuos causan un cruel arrepentimiento. Nada de esto se experimenta en el servicio de Dios, en este convite de las bodas del Cordero. El pensamiento de haber cumplido con su obligacion consuela: la presencia del dueño á quien se sirve aníma: el que se tiene presente llena de honra y de alegría.

Conócese que eternamente se complacerá el alma del

partido que tomó; sábese bien que los mas disolutos, los mismos que con mayor insolencia se burlan de la virtud y de los virtuosos, los miran con envidia: el número de los concurrentes aumenta el consuelo, excitando con el buen exemplo el zelo y el fervor. La vista, el conocimiento de nuestros propios defectos en vez de desalentarnos, nos anima á ser mejores por la enmienda de éllos: no se da cuartel á alguna de aquellas baxas é indignas pasiones que despedazan el corazon. Sirve de pábulo á la alegría su misma tranquilidad: no inquieta el miedo de las borrascas, ni las tempestades, porque el Señor á quien se sirve manda á los mares y á los vientos. Con tal proteccion, ¿cómo pueden no ser serenos y tranquílos todos los dias de los virtuosos? En servicio de tal dueño, ¿cómo puede no gozarse de una perpétua calma? ¡Y es posible que se busque en otra parte la felicidad! ¡y es posible que no se sacrifique cuanto hay que sacrificar por lograr este banquete! ¡y es posible que se suspire por otro bien, que se anhele por otro gusto en la tierra!

El evangelio es del cap. 15. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittètur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint; quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis. In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiamini mei discipuli. Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea. Si præcepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y en quien yo permanezco, da mucho fruto: porque sin mí nada podeis hacer. Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento; se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y se os concederá. Es para gloria de mi Padre que vosotros deis mucho fruto, y seais mis discípulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo á vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, así como yo he

præcepta servavi, et maneo in ejus dilectione. Hæc locutus sum vobis: ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.

guardado los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

MEDITACION.

De las recaidas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo pecado es el mayor mal del hombre; pero la reincidencia en el pecado es prueba muy sensible de la extrema malignidad de este mal. Muchos se escapan de los mayores males; pero pocos se levantan de las recaidas. En lo moral el que recae da motivo para sospechar que no estaba bien curado.

Las recaidas en las enfermedades lo mas comun suelen causarse por aquellos mismos humores que alteraron el cuerpo la primera vez, y no quedaron del todo corregidos ó purgados. ¿Y será menos de temer que estos nuevos pecados no sean todavía efectos de los antiguos? La falsa penitencia es de ordinario causa de la recaida. Es inconstante la voluntad, no lo niego; pero no es regular que se mude de repente en órden á aquellas cosas que llegó á querer con vehemencia: es menester, por decirlo así, que el tiempo la vaya disponiendo, que vaya borrando poco á poco las ideas, los motivos de la primera resolucion. ¿Cuántos argumentos, cuántas instancias, cuántas razones fuertes y eficaces vemos cada dia, que son menester alegar para obligarnos á mudar partido, para desvanecer todas nuestras preocupaciones, para empeñarnos en dar un paso que hasta aquí juzgábamos perjudicial, por aquel errado dictámen que habia impreso en nuestras almas una pasion tan nociva como vehemente? Pecadores y penitentes casi en una misma hora presumimos pasar de un extremo á ótro, sin pasar por el medio. Amar lo que poco tiempo ha se aborrecia, tomar ya gusto en lo que se acaba de detestar como el mayor mal de todos los males,

buscar con ansia aquello mismo de que habias resuelto huir aunque te costase la vida, volver á tragar con apetito lo que acabas de vomitar con horror. Motivos, razones, religion, eternidad, cólera de Dios, infierno, nada hace ya fuerza, todo desaparece de repente, todo es inútil. ¡Y se persuadirá á que era verdaderamente penitente, el que tan de golpe y con tanto descaro pasa á ser un público, ó á lo menos un intrépido pecador! ¡el que no conserva ni aun la menor reliquia de la antecedente penitencia! Esas imaginarias conversiones, seguidas de prontas recaidas, son, hablando con propiedad, ciertos intervalos de frio, que preceden á las accesiones mas violentas de la calentura. Son á lo mas una suspension de armas que sirve para volver á la guerra con mayor furor: esa facilidad en mudarte no arguye que se mudaron los principios por donde te gobernabas. Gemiste á los pies del confesor, sentístete movido y aun penetrado de dolor de tus pecados, llegó este dolor hasta arrancarte suspiros del corazon y lágrimas de los ojos. Esto quiere decir que la gracia fue bien fuerte, que fue extraordinario el movimiento que el Espíritu santo imprimió en tu corazon. Pero si al punto te volviste á enredar en los antiguos lazos, y en las primeras ocasiones; si dentro de ocho dias, y acaso al dia siguiente resucitó el pecado que parecia muerto, y aquel enemigo, vencido, desarmado, arrojado del corazon, destruido, aniquilado, se halla un momento despues tan fuerte, tan dueño de la plaza como si Dios nunca la hubiera tomado; ¿todo esto querrá decir que la penitencia fue muy sincera? Las prontas recaidas forman por lo menos una vehemente presuncion de que el dolor fue fingido, el propósito imperfecto, la reconciliacion falsa, la confesion nula. Y esto que se dice de las culpas graves, á proporcion se debe entender tambien de las leves. ¡Oh mi Dios, cuántos falsos arrepentimientos, y cuántas penitencias aun todavía mas falsas descubriran algun dia las frecuentes recaidas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si la falsa penitencia es la causa mas ordinaria de las recaidas, no es menos cierto que la im-

penitencia es tambien el efecto mas natural de éllas. El que vuelve á caer tiene motivo para sospechar que no se levantó bien, y no le tiene menor para temer que no se volverá á levantar.

Cuando el diablo fue una vez arrojado del alma, si vuelve á entrar en élla, dice el Salvador, lleva consigo otros siete espíritus infernales mas perversos que él, para que puedan hacer mas larga y mas vigorosa resistencia á la gracia. Y el enemigo que volvió á ganar el puesto que habia perdido, ¿será menos vigilante despues que lo habia sido antes de perderle? Habiéndole enseñado la experiencia por dónde puede abrir brecha la gracia, ¿se descuidará en guardar mejor, y en fortificar mas los parages mas flacos y mas expuestos? ¿cuántos esfuerzos hará para evitar la confusion de otra segunda sorpresa? A vista de esto, ¿qué te parece? ¿las frecuentes recaidas dexan grandes esperanzas de segunda conversion? Fuera de los estorbos que opondrá el enemigo de nuestra salvacion, ¿cuántos encontrarémos en nosotros mismos?

Una recaida en cierta manera da mas fuerzas á la inclinacion que tenemos al mal que cien actos repetidos antes de la penitencia. El pecado que se comete despues de una verdadera conversion es en cierto modo mas grave que todos los que se cometieron antes de élla. Porque para cometerle fue menester apagar todas las ilustraciones que nos alumbraron para salir del mal estado, todos los auxilios que se habian recibido, todos los buenos propósitos que con tanta generosidad se habian hecho. Pecóse, teniéndose muy presente todo lo que podia dificultar la resolucion de pecar: atropelláronse todos los estorbos que podian detener la execucion: verdades eternas, castigos terribles, misterios tiernos de la redencion, sangre preciosísima del Redentor, cuya superabundante virtud se habia recibido en el uso de los sacramentos durante el tiempo pascual; todo se inutizó: venció la pasion, y arrastró la inclinacion al pecado. ¿Qué estrago no hará un torrente tan impetuoso que fue capaz de romper diques tan fuertes, y qué cosa podrá bastar á detenerle?

No se convirtieron los demonios, porque ofendieron á Dios con pleno conocimiento del pecado que cometian. Los pecados de recaida se cometen, por lo comun, con

una eterna malicia, y así merecen todo el rigor de la divina justicia. Por eso á ningun pecador convirtió el Salvador del mundo, á quien no le hiciese esta prevencion: *Guárdate bien de volver á pecar, no te suceda alguna cosa peor.* ¡Y despues de esto se miran tan á sangre fria los pecados de recaida! ¡y no asustan al alma las reincidencias! ¡y despues de haber confesado y comulgado en tiempo de Pascua, se vuelve otra vez á meterse en las mismas ocasiones de pecar!

Adorable Salvador mio, si hubiéramos de juzgar de vos como juzgamos de los hombres, la salvacion de estos pecadores relapsos sería desesperada. Verdad es que tienen mas motivos para temer, que para esperar; mas no por eso se agotaron vuestras misericordias: la misma sangre que los lavó tantas otras veces, puede tambien lavarlos ésta, porque igualmente corre por vuestras divinas venas. Todo lo podeis, ¡oh gran Dios! Cuanto mayores y mas enormes fueren nuestros pecados, mayor y mas gloriosa será la misericordia con que nos los perdonaréis. Conozco toda la malicia de mis culpables recaidas; veo todas las funestas consecuencias de los pecados de reincidencia: no permitais, benigno Salvador mio, que tenga la desgracia de volver á caer en éllos.

JACULATORIAS.

Non supergaudeant mihi, qui adversantur mihi iniquè. Salm. 34.

No permitais, Señor, que los enemigos de mi salvacion logren la satisfaccion de executar los malignos intentos que tienen contra mí.

Ne dicant devorabimus eum. Salm. 34.

No permitais que digan: Ya está perdido, ya le hemos tragado.

PROPOSITOS.

1 La experiencia enseña, que á una verdadera conversion se sigue casi siempre un eterno divorcio con el pecado. Si sucede alguna vez que se vuelva á caer en el mismo infeliz estado de donde efectivamente se habia salido,

nunca es de golpe; porque es menester algun tiempo para borrar la memoria de una contricion amarga. No se comienza por los pecados graves; vánse poco á poco dexando los exercicios espirituales, cométense mil pequeñas infidelidades á las divinas inspiraciones, y se va disponiendo el alma á cometer ótras mayores. Pero cuando la recaida es muy inmediata á la conversion, hay muchos motivos para desconfiar de élla. Si quieres tener señales menos equívocas, poco inciertas de tu verdadera reconciliacion con Dios, observa cuánto es tu cuidado, cuánta tu aplicacion, cuánto tu fervor en hacer todo lo que le puede agradar, y en huir de todo lo que puede ofenderle. El enfermo que en su convalecencia no guarda una gran dieta, y no quiere abstenerse de todo lo que le puede hacer daño, da justo motivo para creer que puede mas con él la fuerza del apetito, que el amor de la salud. ¿Pues quién no vé que una persona que visita, que trata, que cultiva indiferentemente la correspondencia con todos aquellos que pueden corromper su alma y estragar su corazon; que concurre con gusto á todos los parages donde se respira un ayre contagioso, donde el suelo está resbaladizo, y cada paso es un peligro? ¿quién no vé, digo, que esta tal persona no tiene mucho horror á las recaidas? Desvíate de todo cuanto pueda servirte de peligro: espectáculos profanos, concurrencias mundanas, amigos ocasionados, diversiones nocivas, conversaciones peligrosas, libros envenenados ó sospechosos, pinturas indecentes: todo se acabó para ti. Son pocas las recaidas que no tienen su orígen de la falta de vigilancia, y de una prudente precaucion. A quien se acaba de levantar de una grave enfermedad, un ayre poco sano, un alimento mal preparado, el menor exceso suelen ser golpes mortales. Acordémonos que en materia de costumbres lo que se llama flaqueza, hablando en propios términos, no es mas que una perversa voluntad.

2 ¿Quiéres no volver á caer? Pues haz reflexíon sobre la causa mas visible de tus precedentes recaidas. ¿No fue aquella visita, la leccion de aquellos libros, aquella conversacion, aquella correspondencia, el haber dexado aquella devocion, aquel exercicio espiritual, el no haberte mortificado en aquella ocasion, el haberte descuidado

en el cumplimiento de las obligaciones de tu estado? La relaxacion y la tibieza necesariamente van disponiendo para las recaidas. Escribe hoy mismo la causa particular de aquellas reincidencias, de aquella funesta vuelta al vómito del pecado, de aquella tibieza, de aquella relaxacion, de aquellas pasiones que volvieron á resucitar. Todas las mañanas al acabar la oracion, ó al ofrecer las obras del dia, lee el papel de estos saludables apuntamientos, imponte una penitencia, ó una considerable limosna para todas las veces en que te expusieres á algun peligro. Estos que parecen pequeños cuidados, son pruebas seguras de una voluntad muy sincera, y mueven al Señor á dispensarnos aquellos grandes auxîlios, que son de tanto provecho en la ocasion; y en fin es de gran consecuencia este exercicio.

DIA VEINTE Y TRES.

San Jorge, mártir.

San Jorge, uno de los mas célebres mártires de la Iglesia, á quien los griegos llaman por excelencia *el gran mártir*, nació en Capadocia, de familia ilustre y distinguida por su nobleza, pero mas señalada por el zelo con que profesaba y defendia la verdadera religion.

Su calidad y distincion le precisaron á seguir la profesion de las armas; y como era un jóven de los mas bien dispuestos, mas valientes, y mas cultivados de todo el exército, ganó en poco tiempo la gracia del emperador Diocleciano, quien le dió una compañía, y le hizo su maestre de campo. Acreditó el acierto de esta eleccion el valor, la prudencia, y toda la conducta de su porte en una edad tan poco avanzada. Y descubriendo cada dia el Emperador mas y mas las prendas, los fondos, y el extraordinario mérito del nuevo oficial, pensaba elevarle á los primeros cargos, colmándole de fa-

vores; cuando comenzó á descubrirse la tempestad que desde algunos años antes se iba fraguando contra los cristianos, y desde los primeros anuncios se comenzó á temer que al cabo inundaría en sangre de mártires á toda la Iglesia de Dios.

Desde entonces, aunque Jorge tenia solos veinte años, se consideró como víctima destinada al sacrificio, y se dispuso para él con el exercicio de las mas heróicas virtudes. Como tenia el grado de oficial general, era del consejo del Emperador, y conoció que esto le obligaria á declararse de los primeros, dando pruebas de su fe, y no disimulando su religion. Hizo sacrificio de sus bienes antes de llegar el caso de hacer el de su vida. Y hallándose heredero de una rica sucesion por muerte de su madre, la repartió toda entre los pobres: vendió sus preciosos muebles, sus ricos vestidos, y distribuyó el precio entre los fieles, que al primer ruido de la persecucion, se habian esparcido aquí y allí, dando libertad á sus esclavos.

Despojado ya de todo, entró, por decirlo así, en la lid, y se fue á la sala del consejo. Habiendo propuesto el Emperador el impío y cruel intento de exterminar á todos los cristianos, le aplaudió toda la junta; pero toda élla quedó extrañamente sorprendida y admirada, cuando vió levantarse de su asiento á nuestro jóven Oficial, y con un noble despejo, pero modesto, atento, y respetoso, contradecir lo que todos habian dicho, y en pocas, pero graves palabras, reprender la resolucion que se habia tomado de perseguir á los cristianos, y de exterminarlos en todo el imperio.

Era naturalmente elocuente, y como hablaba con mucha gracia, con energía, y con fuego, se hizo escuchar con admiracion y con respeto. Hizo demostracion al consejo de la injusticia y de la impiedad de aquella resolucion; defendió con una discreta apología á los cristianos, y acabó exhortando al Emperador á que revocase unos edictos, que solo se dirigian á oprimir violentamente á la inocencia. Habia ya acabado de hablar, y aun no habian vuelto de su admiracion los que le oían: la viveza de su discurso, el ayre religioso con que le pronunció, y su rara modestia, tenian como entredichos á los oyentes, y por algun tiempo suspendieron

las pasiones de todo el consejo. El Emperador, aun mas aturdido que los ótros, mandó al cónsul Magnencio que respondiese á nuestro Santo. *Bien se conoce*, le dixo el Cónsul, *por el desahogo con que has hablado en presencia del Emperador*, *que eres uno de los principales gefes de esta secta*: *tu confesion confirmará tu insolencia*; *pero nuestro augusto Príncipe*, *defensor de los dioses del imperio*, *sabrá vengarlos de tu impiedad.*

Si la impiedad ha de castigarse, respondió Jorge, *no sé yo que haya otra mas abominable que la de atribuir á las criaturas*, *aun á aquellas que son inanimadas*, *los soberanos títulos y derechos propios y peculiares de la divinidad. No puede haber mas que un solo Dios verdadero*: *éste es aquel á quien yo sirvo y adoro. Sí*, *cristiano soy*, *y de este nombre me glorío*, *no aspirando á mayor dicha en esta vida*, *que á darla derramando toda mi sangre por aquel Señor de quien la recibí.* Enfurecido el Emperador al oir este discurso, y temiendo que hiciese impresion en los ánimos de los circunstantes, mandó que al punto le cargasen de cadenas, y le encerrasen en un calabozo.

Halló en él nuestro fervoroso Santo abundante materia para satisfacer el ardiente deseo que tenia de padecer por amor de Jesucristo. El primer efecto de la cólera del tirano fue mandarle atormentar con un género de suplicio nunca oido hasta aquel dia. Mandó atarle á una rueda sembrada toda de agudas puntas de acero, la cual á cada vuelta que daba, le levantaba hácia arriba pedazos de carne, y hendia en sangrientos canales aquel delicado cuerpo. Quedaron atónitos los mismos verdugos, viendo la alegría del generoso mártir todo el tiempo que duró este horrible tormento: pero aún quedaron mas asombrados, cuando suponiéndole ya muerto, le hallaron enteramente sano de todas sus heridas.

Convirtiéronse muchos gentiles á vista de esta milagrosa curacion; pero élla misma irritó mas al tirano. Como era Jorge una de las primeras víctimas que Diocleciano sacrificaba á su innata crueldad, no perdonó á especie alguna de suplicio que no emplease para vencer su magnanimidad y su constancia. Apenas se puede creer lo que refieren de sus tormentos las actas mas antiguas

del martirio de nuestro Santo. Todo lo que puede inventar la mas bárbara inhumanidad: todo lo que es capaz de discurrir la cólera de un tirano, y todo lo que puede sugerir la rábia y la malignidad del infierno, todo se puso en execucion para atormentar al invencible Mártir; pero todo sirvió para confundir á los paganos, y para manifestar mas la gloria y el poder de Dios que adoraba Jorge. El acero, el fuego, la cal viva, de todo se valieron para combatir su resolucion y su fe; pero la firmeza, y aun la alegría que manifestaba en medio de los tormentos; cierto resplandor maravilloso de que se vió rodeado todo su cuerpo, tan brillante, que disipó las tinieblas del obscuro calabozo; muchos milagros que obró en beneficio de los mismos que le atormentaban; todo esto hizo triunfar la religion, y convirtió á la fe á muchos infieles. De este número fueron los dos pretores Prótolo y Anatólio. En vano gritaban algunos que todo era hechicería, sortilegio, arte mágica, encantamiento: la heróica paciencia que todos observaban en él, en medio de los mas crueles tormentos, y las milagrosas maravillas que obraba, hicieron titubear á los mas obstinados, tanto, que el Emperador llegó á temer una conversion general en toda la ciudad. Y aun se asegura que la emperatriz Alexandra se convirtió, y que mereció la corona del martirio. Pero sea de esto lo que fuere, es cierto que el Emperador, viendo que eran inútiles todos los tormentos, recurrió al artificio; mudando repentinamente de tono y de conducta, mandó que le quitasen las prisiones, y le conduxesen á su presencia.

Luego que le vió en élla, le dixo con afectada blandura: *Jorge, no sin grande dolor mio me he visto precisado á mandar se executase contigo todo el rigor de los edictos publicados contra los enemigos de mi imperial religion. No puedes ignorar la grande estimacion que siempre he hecho de tu mérito; y el puesto que ocupas en mis exércitos, es buena prueba de mi bondad. El único obstáculo que puede oponerse á tu fortuna, será tu obstinacion: eres jóven; logras toda la gracia del Emperador; el favor añadido al mérito te prometen los primeros cargos del imperio. ¿En qué te detienes para volver á tu obligacion, y para aplacar con tus sacrificios la cólera de los dioses?*

Suplicó Jorge al Emperador que le mandase conducir al templo, para ver aquellos dioses á quienes su Magestad Imperial queria que ofreciese sacrificio. No dudó ya Diocleciano que su suavidad y sus promesas habian finalmente vencido y triunfado del Confesor de Jesucristo. Fue conducido al templo acompañado de innumerable pueblo: apenas descubrió la estátua de Apolo, cuando la preguntó nuestro Santo: *¿Dime, eres Dios? No soy Dios*, respondió la estátua, con voz terrible y espantosa, que estremeció á los circunstantes: *Pues venid acá, espíritus malignos, ángeles rebeldes, condenados por el verdadero Dios al fuego eterno; ¿cómo teneis atrevimiento para estar en mi presencia que soy siervo de Jesucristo?* Al decir estas palabras, acompañadas con la señal de la santa cruz, se oyeron en el templo gritos horribles, ahullidos espantosos, y se vieron caer derribadas por mano invisible todas las estátuas, haciéndose pedazos contra el suelo. A vista de un espectáculo tan maravilloso, al principio quedaron todos atónitos; pero despues los sacerdotes de los ídolos con sus gritos y con sus lágrimas excitaron una sedicion tan general, que apenas se oían mas que las descompasadas voces con que clamaba todo el pueblo, que cuanto ántes se librase á la tierra de aquel monstruo.

Informado el Emperador de lo que acababa de suceder, mandó que al instante le cortasen la cabeza; lo que se executó el dia 23 de abril hácia el año de 290.

En todas las iglesias de Oriente y de Occidente ha sido siempre muy célebre la memoria de este ilustre Mártir, y su culto es de los mas antiguos en la Iglesia. Asegúrase que desde el fin del quinto siglo ya habia altares dedicados á su nombre, y erigidos por santa Clotilde, muger del rey Clodoveo. Contribuyó mucho al culto de san Jorge en Francia san German, obispo de Paris, uno de los mas célebres prelados del siglo sexto, cuando con ocasion de su peregrinacion al Oriente, el emperador de Constantinopla le regaló con muchas reliquias, y á su vuelta hizo edificar una capilla á honra de san Jorge en la iglesia de san Vicente, que hoy es la de san German de los Prados. Las otras muchas capillas y altares que que en toda la Europa se han erigido con el nombre de

nuestro Santo, son buena prueba de la devocion que le profesan todas las demas naciones, y de la ansia con que desean todas merecer su poderoso amparo y proteccion. Algunas órdenes militares toman el nombre de san Jorge, como la que fundó el emperador Federico IV, primer archiduque de Austria, en el de 1470; y ótra en la república de Génova, diferente de ótra, que con el nombre de los caballeros de san Jorge de Alfama se fundó por los años de 1200 en el reyno de Aragon. Tambien los exércitos cristianos suelen ponerse debaxo de la proteccion de san Jorge. Comunmente se le pinta á caballo, armado de todas armas, con una lanza en la mano, en ademan de acometer á un dragon, para defender á una doncella, que teme ser despedazada á violencia de sus garras. Pero esto mas es símbolo que historia, para denotar que este ilustre Mártir defendió á su provincia, representada por la doncella, del fiero dragon de la idolatría. Y como entre los griegos casi todas las cosas degeneraron en mil extravagancias, la singular veneracion que profesaban á nuestro Santo, vino á parar con el tiempo en cien supersticiones ridículas, que son el orígen de las groseras fábulas que nos venden los viageros visionarios acerca de san Jorge.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Georgii martyris tui meritis, et intercessione lætificas: concede propitius, ut qui tua per eum beneficia poscimus, dono tuæ gratiæ consequamur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos alegras con los merecimientos y con la intercesion de tu bienaventurado mártir san Jorge, concédenos que consigamos por tu gracia los beneficios que pedimos por su intercesion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charíssime: Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundùm evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi male operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo

Carísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo del linage de David resucitó de la muerte segun mi evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor: pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas

propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria cœlesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones: qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Iconii, et Lystris: quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

las cosas por amor de los elegidos, para que éllos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesus con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimidad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquía, en Iconio, y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que querian vivir piadosamente en Cristo Jesus, padecerán persecucion.

NOTA.

"La opinion mas comun es que el Apóstol escribió esta »carta en tiempo de su segunda prision, el año del Señor »de 66, y en élla parece desea con ánsia que su querido »discípulo venga cuanto ántes á verle, asegurándole esta»ba ya cerca del fin de su carrera, y de ser sacrificado á »Cristo por medio del martirio, como efectivamente su»cedió en aquel mismo año."

REFLEXIONES.

Omnes, qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesus, serán perseguidos. Son las persecuciones la herencia de los buenos: con todo eso es cierto que no son las mas crueles las que padecen de parte de los impíos, las mas terribles son las que vienen por mano de los que hacen profesion de virtuosos, y debieran ser los mas ardientes defensores de la virtud.

Determínase á observar con la mayor exâctitud y puntualidad las mas menudas reglas de su instituto una persona religiosa, persuadida á la indispensable obligacion en que está constituida de aspirar á la perfeccion de su estado. Mucha resolucion ha menester; pero aún ha menester mayor paciencia para no ceder á la multitud y á la autoridad de los que están mal con tanta reforma.

Los menos fervorosos, que en una comunidad, por lo regular suelen hacer el mayor número, consideran aquella exácta puntualidad en un particular como una especie de tácita censura, y su favor se les figura una muda, pero sangrienta reprension de su tibieza. No le basta al tal religioso retirarse al recogimiento de su celda y su silencio; no meterse en otra cosa que en cumplir con su obligacion, y con lo que está á su cargo; no ceder á otro alguno en humildad, en oficiosidad, en afabilidad y cortesanía. Sabida cosa es que la emulacion no se vence á fuerza de virtudes. Quieren persuadirse á sí mismos, y aun intentan persuadírselo á ótros, que aquella es una especie de secreto orgullo, un espíritu de teson y de singularidad, un genio de reformador impenitente, que viene á introducir novedades, y á turbar la quieta y pacífica posesion en que estaba la relaxacion de la comunidad. El ceño con que le miran, el desvío, y aun el desprecio con que le tratan, las alusiones satíricas, y las quemazones con que le hieren, consecuencias tan ordinarias donde reyna la emulacion, ponen en terribles pruebas á una virtud tierna y recien nacida. Hasta la estimacion que hacen de él los ajustados y los fervorosos, le da muchas ocasiones en que merecer.

Distínguese en una comunidad un sugeto por su singular virtud; por ser mas humilde, mas obediente, mas mortificado que los ótros. Bien puede hacer el ánimo á que ha de cargar con los oficios mas penosos de la casa. Todos aquellos en que hay algun especial trabajo, todos aquellos de que huyen los tibios y los imperfectos, todos vendrán á buscarle, y serán los que le toquen á él. El concepto que se tiene de su mortificacion, y de su rendida obediencia, hace que se pase á ciegas por encima de su virtud. A los tibios, á los imperfectos se les trata con mil pinzas, con mucho miramiento; pero permite Dios que ninguno se tenga con los virtuosos. Los buenos suelen estar oprimidos con el peso de las cargas, mientras los malos, los que solo hacen aquello que se les antoja, están ociosos, y gastan el tiempo en censurar todo cuanto hacen los únicos que verdaderamente trabajan. La misma irregularidad se observa á proporcion en las familias y casas particulares respecto de los hijos y criados

mas ó menos virtuosos. Mucho tiene que padecer el amor propio en una distribucion muy desigual; pero en élla halla su cuenta la virtud; y aunque esta distincion sea incómoda y desagradable, al cabo la honra mucho. Es verdad, por otra parte, que si esta prueba es sumamente útil á una alma fervorosa, tambien desalienta y retrae de la virtud á otras muchas pusilánimes. Aquella condescendencia que se tiene con los imperfectos, á los cuales quizá se les disimula, y se les consiente demasiado; y aquella aparente dureza con que se trata á los fervorosos, con quienes en nada se repara, puede ser ocasion de que los únos se mantengan tranquilos en su vida poco regular, y aun relaxada; y puede serlo tambien de que los ótros, apurada la paciencia con el demasiado exercicio, se disgusten de su exâcta observancia, viendo que á los primeros su misma relaxacion los sirve para vivir con mas autoridad y con mayor descanso. No se puede negar que este disgusto será irracional, y que este pretexto será frívolo; pues nadie ignora que Dios muchas veces parece que perdona al pecador y que aflige al justo. Con este mismo espíritu proceden los superiores en la distribucion de los empleos, y en las condescendencias que suelen tener con los imperfectos. La prosperidad, que parece habia de ser el privilegio de los virtuosos aun en esta vida, es de ordinario la legítima de los indevotos. ¿Pero será menos infeliz la suerte de los buenos porque sea mas trabajosa? ¿Y qué motivo tendrán los justos para quejarse, dice san Gregorio, de que Dios los reserve todo el premio para la otra vida, al mismo tiempo que á los malos los recompensa en ésta aquello poco bueno que hacen en élla?

El evangelio es del cap. 15. de san Juan, y el mismo que el dia XIV, fol. 246.

MEDITACION.

De la vida inútil de la mayor parte de los hombres.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo aquello que no sirve ni conduce para el cielo es inútil: negocios grandes, trabajos inmensos, gastos excesivos, palacios soberbios, herencias ricas, vida deliciosa, honras, dignidades, distinciones; si no contribuis á mi salvacion, si no haceis un gran caudal de méritos para la eternidad, si de nada me servis para la otra vida, no sois para mí sino vanidad, fruslerías, puerilidades, sueños lisonjeros, manantial funesto de mil remordimientos, de mil desesperados ayes á la hora de la muerte.

¡Buen Dios! ¿pues en qué se ocupan nuestros dias? Si ningun pensamiento, ningun deseo, ninguna accion nuestra debiera dexar de referirse á Dios, ¿de cuántas inutilidades, de cuántas nadas está llena nuestra vida? Conversaciones ociosas, visitas divertidas, entretenimientos frívolos, diversiones sin substancia, horas de juego, paseos, espectáculos, placeres; esto es en lo que pasan su vida la mayor parte de los hombres del mundo, á lo menos mientras algun grande contratiempo, los achaques, ó los muchos años no los condenan al retiro de su casa; y entonces ocupa el lugar de una ociosidad delicada una inaccion enfadosa. Los últimos dias de la vida son mas molestos; pero no son menos ociosos. Está el viejo ocioso por necesidad, despues de haberlo estado por su gusto. Este es el retrato de la vida de muchos; ¿pero será éste el retrato de la vida cristiana?

Y aun aquellos que al parecer están mas ocupados, lo estarán por eso menos inútilmente. ¿Qué fruto, qué provecho se saca para la eternidad de esos continuos viages, de esas vigilias que desecan, de esa vida afanada, austéra, llena de cuidados, de esos negocios que solo sirven para acortar los dias de la vida? Porque éste es el fruto que se coge de todo lo que no sirve para la vida eterna.

Velad, orad sin intermision, dáos priesa, esforzáos á entrar por la puerta del cielo, dice el Salvador: *Contendite.* No trabajando incesantemente por el cielo, no haciéndose una contínua violencia para llegar á tiempo, ya no hay lugar en él. Aunque fue pura, aunque fue irreprensible la vida de aquellas vírgenes, que por haberse dormido ú descuidado, no hicieron á tiempo la provision necesaria para recibir al esposo; este descuido y falta de providencia fue bastante para carecer eternamente de su presencia, y para que fuesen justamente reprobadas. Los motivos de aquella dichosa sentencia que pondrá á los escogidos en posesion del reyno de los cielos, todos se reducen al exercicio de las obras de misericordia: el siervo perezoso solo fue condenado por no haber negociado con su talento. Cotejemos estas verdades con la vida inútil y regalona de la mayor parte de los seglares, y aun de no pocos eclesiásticos, que haciéndose sordos á sus mas estrechas obligaciones, pasan la vida en una delicadeza y escandalosa ociosidad.

¡O mi Dios, y qué impresion, qué efecto tan triste hará algun dia en nuestros corazones el paralelo entre la vida laboriosa de los santos y la ociosidad de la nuestra!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si en el dia del juicio, como dice el Salvador, hemos de dar estrecha cuenta hasta de la menor palabra ociosa, ¿qué cuenta se dará de todas aquellas horas perdidas, de todos aquellos dias inútiles?

La higuera de que se habla en el evangelio no tenia otro defecto que el no haber dado fruto, aunque no era tiempo de él: con todo eso el Señor la echó la maldicion, y al punto se secó. Fácil es entender el verdadero sentido de esta parábola. Nunca debe ser estéril la vida del cristiano; comienza á ser culpada desde que comienza á ser infecunda. A vista de esto, la vida de aquella gente de conveniencias, de aquellos hombres de distincion, de aquellas damas del mundo, y aun de tantas personas eclesiásticas, que se gasta y se consume en vanas inutilidades, ¿será vida muy inocente, será muy alabada de aquel Señor, que quiere, que aun los que han trabajado mas estén persuadidos á que nada han hecho?

¿Cuántos hombres, cuántas mugeres ociosas hay que hacen punto de nobleza de la ociosidad, y juzgarian acreditarse de gente plebeya si trabajasen? Hoy se establece por ley en el mundo, y aun se llega á hacer mérito de no saber hacer cosa: el mundo, la diversion, el juego, y las bagatelas se sorben todo el tiempo.

Una gran parte de él se la lleva el tocador y el espejo; y el juego y las diversiones ocupan otra gran porcion; y aquellas visitas inútiles, que muchas veces no tienen otro asunto que verse y que mirarse, y aun aquellos negocios, cuyo único móvil es la ambicion y la codicia; ¿pasarán en el tribunal del supremo Juez por ocupaciones sérias y legítimas? ¿serán recibidas en cuenta como obras de vida? ¿admitiránse por frutos sazonados, que se conservan por toda la eternidad? ¿y semejante vida será obra digna de nuestra santa ley?

¡Buen Dios, qué sentirán aquellas almas mundanas, aquellos corazones terrenos, aquellos cristianos floxos, é imperfectos, cuando disipados los prestigios de las pasiones, á favor de la luz de la razon, que hasta entonces habia estado como esclava, y de una fe que habia estado casi del todo apagada, descubrirán y verán, que todos aquellos proyectos de que tanto se alimentaban eran vanos; aquellas acciones brillantes que hacian tanto ruido; aquella elevada fortuna que les costó tantos sudores; aquellas diversiones seguidas de tantos remordimientos; que todo esto no fue mas que ilusion, inutilidad, pérdida de tiempo, manantial fecundo de arrepentimientos, y semilla, por decirlo así, de una eternidad de suplicios! ¡Cuando verán que aquella vida, solo regular en la apariencia y en la superficie, fue no mas que una virtud de perspectiva; aquellas obras que parecian buenas y virtuosas, estaban viciadas con fines torcidos, que las hicieron inútiles! *seminastis multum, et intulistis parum* (Agg. 1.). ¡Qué de trabajos perdidos! ¡qué de dias vacíos ¡qué de acciones malogradas! ¡qué de flores! ¡qué de hojarasca sin fruto!

Padécese mientras se vive una especie de atolondramiento. La inclinacion natural, el mal exemplo, la perversa costumbre, todo conspira, todo contribuye á que pasemos la vida en una perniciosa inutilidad para

el cielo en medio de los mas penosos trabajos

¡Ah mi Dios! véisme aquí ya hácia el fin de mi carrera: ya estoy descubriendo la sepultura; ya va declinando el dia, y he pasado la vida en inutilidades frívolas, en vanos pasatiempos, en ocupaciones pueriles. No permitais, Señor, que aumente el número de los dias vacíos: cese desde hoy la esterilidad de las buenas obras. No, divino Salvador mio, ya no quiero vivir una vida inútil y ociosa: concededme vuestra gracia, y ya no seré un árbol estéril, bueno solo para el fuego.

JACULATORIAS.

Ego autem, sicut oliva fructifera in domo Dei, speravi in misericordia Dei in æternum. Salm. 51.

Seré de aquí adelante como oliva fecunda plantada en la casa de mi Dios, que crecerá y fructificará á los ojos de su divina misericordia.

Ecce mensurabiles posuisti dies meos: et subtantia mea tamquam nihilum ante te. Salm. 58.

Disteme, Señor, medidos y meditados los dias de la vida, y esos pocos dias no han tenido xugo ni substancia en vuestros divinos ojos.

PROPOSITOS.

1 La ociosidad adormece, pero no hace insensibles á los que amodorra. Hay ciertos intervalos de religion y de razon, que dexan conocer con espanto el caos horroroso de pecados en que cria y sepulta la vida inútil á las personas mundanas. Por mas que disimule, se siente el escozor de los remordimientos, se gusta la amargura de las funestas consecuencias que trae consigo la ociosidad. ¿De qué otro principio puede provenir aquel tédio de la virtud, aquella debilidad en la fe, aquellas comunicaciones ilícitas, aquellos enredos y artificios? Y despues se preguntará, ¿qué mal hay en pasar una vida ociosa? Antes se debiera preguntar, ¿si puede haber mayor mal en la vida de un cristiano? ¿Y será este mal menos de temer en las personas consagradas á Dios? La ociosidad y delicadeza pueden tal vez introducirse hasta en el retiro mas austéro: ¿y

qué estragos no causará en un estado santo, pero menos solitario, y por lo mismo mas expuesto? A una gruesa renta en el estado eclesiástico acompañan, por lo comun, grandes obligaciones; ¿pero no es verdad que no pocas veces esta misma gruesa renta es causa de que haya grandes ociosos? Los beneficios ricos, por lo general, están llenos de grandes cargas; ¿y el fruto de la piedad de los fieles, el patrimonio de los pobres estará por ventura destinado para perpetuar una ociosidad mas brillante, y para fomentar una delicadeza mas escandalosa? En cualquier estado en que te halles, en cualquier lugar que ocupes en el mundo, huye la ociosidad como madre de todos los vicios. Lo mas ordinario en las personas entregadas á la ociosidad es precipitarse en el desórden. Ella es perniciosa á los grandes, peligrosa á la gente comun, y nociva para todos. Ninguna cosa perjudica tanto como una vida inútil: ¿está exênta la tuya de este perjuicio? ¿Se pueden llamar llenos todos tus dias? Pero advierte que pueden ocuparse en mil inutilidades. ¿Y no podrán entrar en este número esas conversaciones poco sérias, esas diversiones contínuas, esos pasatiempos, esas visitas inútiles, tantas horas perdidas en el dia, y tantos dias malogrados en el discurso de tu vida? Haz el cálculo en este mismo dia, exâmina si son útiles todas tus ocupaciones, y ten entendido, que las que no conducen para la salvacion se deben contar por nada.

2 Desde hoy te has de imponer una ley de no estar jamás ocioso. Tiene el cuerpo necesidad de algun descanso, y el espíritu de algun desahogo; pero aun este mismo desahogo, y este mismo descanso deben ser útiles, y has de cuidar tú de sacrificarlos con la oracion, ó á lo menos con frecuentes jaculatorias. Mientras tuviéremos á Cristo realmente presente en el Sacramento del altar; mientras hubiere pobres enfermos en los hospitales, y vergonzantes en las casas particulares; ¿se podrá decir sin vergüenza que no hay nada que hacer, y que no sabemos en qué emplear el tiempo? Una señora cristiana siempre debe tener en las manos alguna labor; porque de esta continuacion en el trabajo, celebra y alaba el Espíritu santo á la muger fuerte. Las señoras de la mayor distincion hacen vanidad de estar siempre con la labor en las manos; ¡y una muger

ardinaria, orgullosa con los bienes de fortuna, ó con el empleo de su marido, tendrá vergüenza de que la vean trabajar! Tambien las personas devotas pueden dar en el extremo de fanáticas y de holgazanas: una contemplacion demasiadamente abstraida, y una oracion de quietud demasiadamete quieta, sin otros peligros que traen consigo, son no pocas veces una mera ociosidad. Nada se ha de temer tanto como la inaccion y la inutilidad aun en las mismas acciones: Dios debe ser el objeto principal, el motivo y el fin de todas éllas.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Santa Beuva, y santa Doda, vírgenes.

Santa Beuva, tan ilustre por su nobleza, y mucho mas por su virtud, nació al mundo por los años de 600. Fué de sangre real, deuda muy cercana del rey Dagoberto, y una de las princesas mas cabales de su siglo. Correspondió su educacion á su nacimiento; pero el bello natural de la princesa dexó poco que hacer á la educacion. Anticipóse el uso de la razon á la edad, y no hubo niña que menos lo pareciese.

Habiendo nacido con una viva inclinacion á la virtud, no hallaba gusto en otros entretenimientos que en los exercicios de devocion. No acertaba en su niñez en otras diversiones, que con la oracion y con la lectura de las vidas de los santos. Brillaba tanto por su discrecion como por su hermosura; pero aún brillaba mucho mas por su extremada modestia. Su virtud eran las delicias y la admiracion de la córte; y respetada aun mas por ésta, que por las otras prendas sobresalientes que tanto la adornaban, presto conocieron todos que no la destinaba Dios para el mundo.

Prevenida Beuva desde la cuna con las mas dulces bendiciones de la gracia, en nada encontraba satisfaccion sino en los consuelos espirituales; suspiraba por el retiro; érala

pesada su misma libertad, y toda su ambicion, todos sus deseos eran de consagrarse á Dios eternamente.

Hallábase en tan santas disposiciones, cuando la vino á visitar su hermano el bienaventurado Baudry, el cual edificado y admirado de ver á su jóven Hermana tan ansiosa del claustro y del retiro, resolvió contribuir eficazmente al logro de sus piadosos intentos. Mandó edificarla un monasterio en uno de los arrabales de la ciudad de Rems, en el cual se encerró la santa Doncella con gran número de vírgenes que quisieron acompañarla.

Encendióse luego en él un admirable fervor, avivado por los ilustres exemplos de nuestra Santa. El recogimiento interior, el contínuo exercicio de oracion, de mortificacion y de silencio, resucitaron en el nuevo monasterio aquellos milagros de observancia, de devocion y de penitencia que se observan en el nacimiento de todas las religiones; pero ninguna se señalaba mas en el exercicio de estas virtudes que nuestra Beuva. Olvidada enteramente de lo que era por su empleo, por fundadora, y por su nacimiento, solo tenia presente lo que estaba obligada á ser por su vocacion. Siendo jóven, delicada, y criada en el regalo de la córte, no hallaba exercicio tan humilde, ni tan penoso que la contentase; y solo se valia de su autoridad y privilegios para escoger para sí el mas abatido.

Luego que se acabó la fábrica del monasterio, que fue hácia el fin del año de 639, y se dedicó con la advocacion de san Pedro, todas las religiosas, sin atender á la repugnancia, ni á las lágrimas de su bienhechora, la eligieron unánimemente por su primera abadesa. Sabiendo Beuva que era mucho mejor obedecer que mandar, se resistió con todas sus fuerzas á sus instancias, hasta que cedió finalmente á la autoridad de su hermano san Baudry, que quiso absolutamente que se encargase del gobierno de aquella recien nacida comunidad.

No hizo novedad en su modo de vivir por el nuevo cargo; pero pareció desde entonces mas humilde, mas mortificada y mas desprendida que ántes de las cosas de la tierra, sin valerse de su autoridad mas que para aumentar sus ayunos, su oracion y sus vigilias.

Persuadida á que la leccion mas eficaz de todas es el

exemplo, y á que una prelada debe ser tan superiora en virtudes, como lo es en dignidad, se dedicó á que en sus acciones viesen sus hijas practicadas las virtudes á que las exhortaba. No parece posible gobernar con mayor suavidad, ni con mayor prudencia de lo que élla lo hacia: moderaba las penitencias, no en sí, sino en las ótras: y su afabilidad y dulzura la ganaba el corazon de todas sus hijas. No hubo abadesa mas respetada, porque tampoco la hubo que menos se empeñase en serlo. Nunca permitió que las religiosas jóvenes tratasen con hombres, ni aun á aquellos que hacian profesion de devotos. En fin, se extendió tanto la fama del nuevo monasterio, que concurriendo á él excesivo número de excelentes doncellas, fue preciso edificar ótro en la ciudad.

Por la tierna devocion que profesaba Beuva á la santísima Vírgen la consagró el nuevo monasterio, cuya iglesia dedicó san Nivardo, arzobispo de Rems, con la advocacion de esta Señora. Vióse precisada á encargarse tambien del gobierno de esta segunda comunidad, cuya observancia aun hacia excesos á la primera.

Tenia consigo nuestra Santa á una sobrina, á quien educaba con cuidado muy particular. Y como en la escuela de los santos se hacen grandes progresos, Doda, que así se llamaba la sobrina, los hacia extraordinarios en la de su santa tia. No hubo discípula que mas acreditase á su maestra, ni cuya buena educacion hubiese costado menos. Parecia haber nacido Doda para la virtud, con que en poco tiempo fue una perfecta copia de su tia. Desde su infancia estaba prometida á un gran señor de la córte de Austrasia; pero apenas tomó el gusto á la dulzura del claustro, cuando se resolvió á renunciar al mundo, y á no tener otro esposo que Jesucristo. Noticioso aquel señor de esta resolucion, tomó la de sacarla por fuerza del monasterio; pero habiendo caido del caballo en el camino de Metz á Rems, se hirió tan gravemente, que murió dentro de pocos dias.

Residia san Baudry ordinariamente en su monasterio de Montfaucon, de que era fundador y padre, y llegando á su noticia este suceso, vino á Rems á felicitar á su hermana y sobrina por el partido que habia abrazado. Como todos tres estaban animados de un mismo espíritu,

todas sus conversaciones servian para aumentar el fervor recíprocamente; y con éllas creció tanto en san Baudry la devocion del amor de Dios, que cayó enfermó, y lleno de virtudes y merecimientos murió pocos dias despues. Dispuso santa Beuva que le enterrasen en una iglesia del arrabal, dedicada á la santísima Vírgen, y le sobrevivió poco tiempo. Consumida al rigor de sus grandes penitencias, abrasada en el fuego del divino amor en que siempre estaba encendida, y colmada de merecimientos, fue á recibir en el cielo el premio debido á su inocencia y á sus exemplares virtudes. Murió el dia 24 de abril de 674. Sus exêquias fueron acompañadas de las lágrimas de sus hijas, y de la veneracion de todos. Quiso que la enterrasen en la iglesia de nuestra Señora, y el Señor hizo glorioso su sepulcro por la multitud de milagros que obró en él.

Sucedió Doda en el empleo á su santa tia, cuyas virtudes y santidad habia heredado. Fue tan feliz su gobierno como el antecedente. Florecia aún en aquel monasterio la regla que san Benito acababa de publicar, y la nueva Abadesa cimentó tan sólidamente con su prudencia, con su virtud, con su suavidad, y sobre todo con su exemplo, la observancia que su antecesora habia plantado en él, que apenas habia monasterio mas ilustre ni mas recomendable por su santidad. Pocos años despues terminó Doda una vida tan santa con una dichosa muerte, y fue enterrada junto á su tia en la misma iglesia de nuestra Señora del Arrabal. Pero con el tiempo fueron trasladados á otra parte los tres santos cuerpos: el de san Baudry al monasterio de Montfoucon, y los de santa Beuva y santa Doda al monasterio de san Pedro, dentro de la misma ciudad de Rems.

La misa es propia del Comun de las santas vírgenes, y la oracion la siguiente.

Da nobis, quæsumus, Domine Deus noster, sanctarum virginum tuarum Beuvæ et Dodæ palmas incessabili devotione venerari: ut quas digna mente non pos-

Concédenos, Dios y Señor nuestro, gracia para venerar con perpétua devocion los triunfos de vuestras santas vírgenes Beuva y Doda, á fin de que ya que no pode-

sumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis: Per Dominum nostrum...

mos rendirlas dignos honores, las consagremos humildes y frecuentes obsequios: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10. *y* 11. *de la segunda de san Pablo á los coríntios, y la misma que el dia XVII, fol.* 249.

NOTA.

»Dieron ocasion á esta segunda carta, que escribió el »apóstol san Pablo á los coríntios, aquellos falsos apósto»les, que por acreditarse á sí mismos, alabándose necia y »descaradamente, no cesaban de desacreditar al santo »Apóstol. Esto le obligó á declarar en esta carta cuánta »era su autoridad, cuánto habia padecido por Cristo, y la »pureza de su doctrina.

REFLEXIONES.

Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. No es espíritu aprobado el de aquel que él mismo se recomienda y se alaba á sí propio, sino el de aquel á quien recomienda y alaba Dios. No obstante ser el mundo tan injusto en sus juicios, no puede menos de justificar la verdad de este oráculo; pues no sabe tratar sino con el mayor menosprecio á los que se engrandecen y se alaban á sí mismos. Entre todos los vicios ninguno está mas desacreditado que el orgullo; y aunque el mundo está lleno de hombres, que solo estudian en burlarse únos de ótros, y en engañarse recíprocamente, no puede sufrir á aquellas almas baxas, que arrastrando siempre por la tierra, solo saben echar polvo á los ojos, y brillar con un esplendor aparente y artificial. Ciertamente, si los hombres mas diestros en engañar estuvieran bien instruidos del concepto poco favorable que forman de éllos aun aquellos mismos que en la apariencia los adoran, esto solo bastaria para abatir su necia vanidad y presuncion; pero es dificil corregir un error, que igualmente preocupaba el corazon que el entendimiento. *Infelices de vosotros*, dice el Profeta, *que sois sábios á vuestros propios ojos, ó que no siéndolo en los de Dios, quereis parecerlo á los ojos de los hombres.* Pero el orgullo se alienta poco de la realidad; con-

téntase con una brillantez falsa y aparente; triunfa de la credulidad de los buenos; búrlase de la simplicidad de los sencillos: mas al cabo, ¿qué saca de hacer tanto ruido? La virtud lleva consigo misma su esplendor, y el mérito su estimacion. Que se sepa, ó que se ignore, no es menos rico el que encierra con mayor cuidado en su cofre su tesoro. Los cuerdos siempre desconfian de un hombre, que solo se ostenta poderoso por sus excesivos gastos; y están esperando á que el engaño, la ruindad y la pobreza sigan muy inmediatamente á estas artificiosas ostentaciones.

Los que tienen mas mérito son los que se alaban menos. No siempre conviene á cierto género de gentes darse á conocer mucho, porque la moderacion realza un mérito mediano. Las sombras resaltan los colores apagados, y si se les representa con demasiada claridad, desaparecen. Alábase uno, revienta por darse á conocer para hacerse estimar, y se desacredita. En este hipo de manifestarse y darse á conocer, se exponen á los ojos de todos cien groseros defectos, que en el retiro se ocultarian aun á la perspicacia de los malignos: y el ánsia ó el prurito de ser conocido, siempre se satisface á costa del que adolece de él.

Un hombre capaz y de buen entendimiento no se dexa deslumbrar de falsas apariencias; su penetracion le conduce mas allá. Pero un entendimiento limitado jamás sale de su propio terreno: como es tan corta su esfera, no se extienden mas sus luces, y no descubriendo en los demas cosa que á su parecer no sea muy comun, solo se admira á sí propio. ¡Buen Dios, qué irracional es esta pasion! ¡y qué prueba tan clara es de una gran pobreza de talentos el concepto demasiadamente favorable de su propia excelencia! Al mérito mudo le dá á conocer su sola brillantez: el ruido solo sirve para descubrir el secreto orgullo que enfada y se reprueba: la verdadera virtud brilla y calla.

Pero el mérito que no es conocido, ¿de qué sirve? Mas yo replico: ¿y qué añade al mérito este conocimiento? ¿Es uno mas rico porque se sepa que lo es? Entre todos aquellos á quienes llega la noticia de nuestro mérito, ¿cuántos nos darán su voto? ¿cuántos nos le rebaxarán allá en su corazon? ¿qué pocos habrá que en su concepto no le

disminuyan, por persuadirse que tienen éllos mucho mas que nosotros?

Pero aun dado caso que todos los hombres fuesen menos injustos ó menos envidiosos, y que todos estuviesen muy pagados de nuestro mérito; ¿por ventura toda su estimacion nos haria mas estimables? Lo cierto es que élla puede ser nociva á mi virtud; pero no puede aumentar su valor. Tanta verdad es, que al cabo siempre es menester recurrir á este oráculo: *No es digno de estimacion aquel que se recomienda y se engrandece á sí mismo, sino aquel á quien Dios recomienda.*

De este Señor hemos recibido todo lo bueno que se halla en nosotros; entendimiento, talentos, industria, bellas prendas, sabiduría, todos son dones de su pura liberalidad, y en tanto nos hacen estimables, en cuanto los reconocemos por tales. ¿Tememos acaso que no nos encontrará si no nos damos á conocer? ¿ignora por ventura lo que somos? Aunque estemos sepultados en el retiro y en la obscuridad; aunque seamos invisibles y desconocidos á todas las criaturas, ¿qué importará con tal que él nos apruebe? La dicha y la honra de agradarle equivale para nosotros á todo lo demas.

El evangelio es del cap. 25. *de S. Mateo, y el mismo que el dia XVII, fólio* 351.

MEDITACION.

De la indiferencia con que se mira la salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa nos importa mas, ninguna nos interesa mas que nuestra salvacion; y con todo eso ninguna hay en que la mayor parte de los cristianos se ocupe menos. En el mundo todo es ocupacion, negocios, empleos, industrias, diversiones, y hasta la misma ociosidad; los dias mas largos parecen breves, la vida mas dilatada parece corta para todo lo que se llama negocio; todo merece nuestras atenciones; de sola la salvacion generalmente se descuida.

La salvacion es en rigor el negocio propiamente nuestro; todos los demas son extraños, son forasteros para nosotros; son, digámoslo así, negocios del estado, del reyno, del tribunal, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, de tus amigos; pero nada de esto es negocio tuyo. Y si al salir de este mundo todo lo hiciste bien, menos el negocio de tu salvacion, haz cuenta que desempeñaste grandemente los negocios agenos, pero que no hiciste tu negocio; y al contrario, si saliste bien en el de tu salvacion, aunque fueses infeliz en todos los demas, hiciste tu negocio personal: cada uno nació primero para sí, despues para los demas.

Es digno de admiracion que amándose tanto los hombres á sí mismos, hagan tan poca reflexîon sobre una verdad en que tienen tanto interes: *Cuarenta años ha*, decia un cortesano á la hora de la muerte, *que estoy trabajando en los negocios del rey, y ni un solo cuarto de hora he trabajado en el mio. Aunque debo al rey mucho amor, no tiene poder para alargarme un cuarto de hora la vida. Si yo hubiera servido á mi Dios con tanta fidelidad y con menos trabajo, ¿qué premio, qué alegría, qué dichosa eternidad me esperaria ahora?*

La salvacion no solamente es nuestro negocio personal, sino que es nuestro único negocio; porque hablando en propiedad no tenemos otro negocio que este. Un pobre hombre, desnudo, abandonado, sepultado en la obscuridad y en el olvido, si se salva, hizo su negocio por toda la eternidad; ya á nadie ha menester para nada. Un hombre rico, dichoso, honrado, si se condena, es infeliz para siempre.

¿Estamos nosotros bien persuadidos á estas verdades? ¿consideramos nuestra salvacion como nuestro único negocio? ¿qué lugar ocupa en nuestro corazon y en nuestro cuidado? Respondámonos á nosotros mismos. Hombres de negocios, gentes del mundo, esclavos de los pasados tiempos, responded á lo que vuestra conciencia os pregunta, y á lo que élla misma os responde. ¿Hay alguna cosa que nos toque mas inmediatamente que la salvacion? ¿es la salvacion el móvil de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros designios, de todos nuestros pasos, intenciones y operaciones? ¿va, por decirlo así, la salvacion á la

frente de todo cuanto hacemos? ¿está en el lugar que la corresponde?

Los santos, los ajustados todo lo refieren á esto; el negocio de la salvacion es el que enteramente los ocupa; cualquiera otro negocio le pospone á él. ¿Son prudentes en esto? ¿se engañan por ventura? ¿hacen mal en la intencion resuelta que tienen de salvarse, y de preferir la salvacion eterna á todo lo demas? Pero si son prudentes, si son sabias estas personas cristianas, estos santos, nosotros que pensamos tan poco, y trabajamos tan poco en el negocio de nuestra salvacion, ¿qué serémos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la mayor parte de los que son muy hábiles, muy capaces, muy diestros en el negocio del mundo, en el negocio de la salvacion son unos topos.

Es muy dificil salvarse en el mundo, dicen éllos, pues librémonos de este cuidado. Hay en el mundo mil estorbos que vencer; pues dexemos á los religiosos el empeño de superarlos. Es muy contagioso el ayre que se respira en el mundo: todo él está lleno de peligros; pues expongámonos á él sin preservativos, y caminemos sin guia. El negocio de la salvacion es muy dificultoso, está lleno de espinas; pues no hay que matarnos mucho por trabajar en él desde luego; dexemos esto allá para cuando no podamos hacer cosa de provecho. Causa compasion este modo de discurrir, y la misma razon natural se amotina contra él. ¿Pero nunca hemos discurrido así nosotros? Y los que tanto se quejan de las grandes dificultades que hay en el mundo para salvarse, y trabajan tan poco en vencerlas, ¿discurren mejor por ventura ó por desgracia?

En buena fe: aun cuando las dificultades que hay en el mundo para salvarse fueran de tanto bulto como se figuran, ó como se ponderan, ¿debíamos siquiera deliberar un punto sobre la necesidad de vencerlas? Pero no es cierto que estas dificultades sean tan grandes como se abultan. A un enfermo y á un niño cualquiera carga se les hace muy pesada; pero en creciendo éste, y en sanando aquél, llevan la misma carga sin dificultad. La mala disposicion de nuesrro corazon hace que nos parezca

tan penoso el camino del cielo. Digan los mundanos lo que quisieren, el yugo del Señor es suave, y su carga ligera. ¿Qué dificultad, qué estorbo, qué aspereza hay que su gracia no la facilite, no la endulce, no la allane?

Pero concedamos á los cristianos tibios y cobardes que el negocio de la salvacion tiene sus dificultades, que es penoso. ¡Y por eso le hemos de mirar con indiferencia, nos hemos de acobardar, hemos de emperezar en trabajar en él! Sin embargo, esto es lo que se hace el dia de hoy en el mundo; y quiera Dios, quiera Dios que no haya tambien algo de esto aun en la misma vida religiosa. Luego se distinguen los fervorosos de los tibios. Siempre será verdad que las personas verdaderamente piadosas, las que se ocupan únicamente en el negocio de la salvacion componen un rebaño pequeño: *Pusillus grex*. Parece que ya ha pasado á ser prescripcion la costumbre de mirar la salvacion con ojos indiferentes; apenas se piensa en élla, y falta poco para que se tenga lástima de los que ocupan en esto su pensamiento. Aquellas personas mundanas tan divertidas y tan alegres; aquellos hombres de negocios y de pasatiempos; aquellos libertinos; aquellos indevotos; aquellas gentes tan poco cristianas que jamás piensan en el infierno, en la eternidad, en la salvacion, sino cuando la muerte los amenaza y los asusta; que solo llegan á los sacramentos cuando la muerte se va llegando á éllos; ¿todos estos cristianos, fantasmones de la religion, miran la salvacion como su único y mayor negocio? Aun aquellas personas consagradas á Dios por voto, y obligadas por estado y por profesion á caminar incesantemente á la perfeccion cristiana, ¿viven siempre ocupadas en el cumplimiento de sus obligaciones? ¿se afanan mucho por aspirar á lo que no deben? ¿no tendrán cosa de que acusarse sobre su indiferencia en órden á la perfeccion evangélica?

Buen Dios, aun cuando el negocio de la salvacion fuera tan fácil, como es dificultoso segun el sentir de las mismas gentes del mundo; aun cuando fuera de ninguna consecuencia este negocio, ¿se pudiera hacer menos caso del que se hace de él? ¿qué negocio hay, qué bagatela que no nos merezca mas atencion y mas cuidado que este negocio decisivo de nuestra eternidad? Si se tratara de la fortuna de un extrangero, de la suerte, de la vida de un

hombre desconocido, ¿se pudiera mirar con mas indiferencia este negocio que con la que tantos y tantos miran el de su eterna salvacion? ¡Y á vista de esto habrá quien se admire de que sean tan pocos los que se salvan!

¡Ah Señor, cuánta ha sido hasta aquí mi brutalidad! ¡pero cuál será mi suerte eterna si vos solo atendeis á mi infidelidad y á mi indiferencia! A vuestra misericordia me acojo, vuestra infinita bondad es todo mi refugio; lleno de confianza en vuestra divina gracia, voy desde luego á trabajar incesantemente en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.
Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo, que yo procuraré pagaros todo lo que os debo.

Porrò unum est necessarium. Luc. cap. 10.
No, Señor, no hay mas que un negocio necesario, este es el de mi salvacion.

PROPOSITOS.

1 Al ver la frialdad y aun el digusto con que la mayor parte de las cristianos mira todo aquello que conduce á salvarse, ¿quién no dirá que la salvacion es una cosa muy indiferente, que importa poco condenarse, y que Dios nos queda muy obligado cuando nos da la gana de no perdernos. ¡Con qué destreza y con qué tiento es menester tratar á los libertinos y á muchas damas del mundo cuando dan algunas señales de querer convertirse! Son necesarias la dulzura, la compasion y aun la elocuencia, acompañada de todos los lenitivos que pueden inspirar el zelo y caridad cristiana. Todo esto prueba el poco concepto que se hace de la salvacion, y la indiferencia con que se la mira. ¿Será buena disculpa el decir que esto de salvarse es cosa árdua? Pues qué, ¿la salvacion es para nosotros cosa indiferente? Tiene la salvacion sus dificultades, es cierto; ¿pero qué otro negocio hay que no tenga las suyas? ¿no hay algo que vencer para adelantarse por la carrera de las armas, para ser hombre de caudal en el comercio, para hacer fortuna por cualquiera otro rum-

bo que se siga? ¿Quién hay que no conozca las dificultades que le salen al encuentro en su empleo, en su deber, en su estado? ¿cuántos desvelos, cuántos sudores, cuántos malos ratos ha de pasar para vencerlas? ¿qué estado, qué condicion hay en la vida que esté á cubierto de las inquietudes, de las mortificaciones, de los enfados, de los contratiempos? ¿quién, sino que quiera ser tenido por un hombre insensato, se resuelve á estarse ocioso con pretexto de que cuesta trabajo aplicarse á sus negocios? ¿en qué clase del mundo colocarémos á los que nada quieren hacer por no cansarse? ¡Es posible que no solo en el negocio de la salvacion nos ha de ser lícito no parecer racionales, que solo en él podamos mostrar falta de entendimiento y de conducta, sin peligro de desacreditarnos por eso! Mira, pues, con horror desde este momento tan detestable indiferencia, y convéncete á que es la mas insigne locura, la mas funesta y la mas irremisible desdicha no aplicarse con seriedad al negocio de su salvacion. Acaba siempre las preces ú oraciones de la mañana con estas bellas palabras que debieran estar grabadas en todas las paredes: *Porrò unum est necessarium.* Hoy no tengo mas que un negocio preciso y necesario, que es el de mi salvacion. Procura tenerlas escritas con letras grandes en alguna parte pública de tu cuarto, donde te den, por decirlo así, en los ojos muchas veces al dia, y cuando te salga alguna pretension, algun negocio temporal, imagina que te dice Dios allá dentro del corazon: *Porrò unum est necessarium*: una sola cosa te es necesaria, que es salvarte.

2 Imponte una ley de no emprender jamás negocio alguno que no le refieras á tu salvacion. Dite á ti mismo lo que se decia á sí propio san Francisco de Borja: ¿Este negocio, este estudio, esta diversion conducirán para salvarme? Déxalo todo antes que dexar las obligaciones de cristiano: ningun negocio ha de estorbarte tus exercicios espirituales diarios, tu oracion, tu misa, tu leccion espiritual, tu visita de altares, tu frecuencia de sacramentos. El hombre de un solo negocio todo está ocupado en él.

DIA VEINTE Y CINCO.

San Marcos, evangelista.

Fue san Marcos judío de orígen, y se conoce por su estilo que estaba mas versado en la lengua hebrea que en la griega. Era originario de Cirene en la provincia de Pentápolis; asegura Beda que era de familia sacerdotal. Bien pudo alcanzar á Cristo; pero se tiene por cierto que no fue del número de sus discípulos. Fue sí uno de los primeros que convirtió el apóstol san Pedro despues de la venida del Espíritu santo, y por eso le llama *hijo* en su primera epístola, por haberle engendrado en Jesucristo.

Por su fervor, por su zelo, por su devocion y por el grande amor que profesaba á su Maestro, le escogió éste por compañero suyo en los viages, haciéndole su intérprete y confidente. Acompañóle á Roma, donde Marcos tuvo gran parte en lo que san Pedro hizo y padeció para plantar la fe de Cristo en aquella capital del mundo. Sembraba san Pedro, regaba san Marcos, y Dios hacia crecer en abundancia el número de los fieles tanto, que apenas se hablaba de otra cosa que de la fe de los romanos.

Precisado san Pedro á ausentarse de Roma por atender á las otras funciones de su apostolado, dexó en élla á su amado discípulo Marcos, que cultivó aquella viña con felicidad. En este tiempo fue cuando los fieles de Roma, inflamados cada dia mas y mas en el amor de la verdad, y penetrados de los grandes misterios del evangelio que san Pedro les habia predicado, rogaron á san Marcos que los dexase por escrito la historia evangélica, para tener el consuelo de conservarla en la memoria, y de repasar muchas veces la doctrina que habian oido al Apóstol. Vencido nuestro Santo de sus piadosas instancias, escribió lo que habia oido al Príncipe de los apóstoles, ya en sus instrucciones públicas á los fieles, ya en

las conversiones familiares y privadas. No se detiene san Marcos en referir las cosas segun la cronología exâcta de los tiempos, sino en observar una grande exâctitud y precision en los hechos que refiere, cuidando sobre todo de no omitir cosa alguna de cuantas habia oido de la boca de su Maestro, y de seguir fielmente la iluminacion del Espíritu santo, por cuya inspiracion y órden escribia.

Supo san Pedro por divina revelacion, estando ausente, que san Marcos habia escrito el evangelio; y vuelto á Roma, le aprobó y mandó que se leyese en la Iglesia. Es este evangelio, por la mayor parte, como un compendio del de san Mateo, aunque en algunas cosas en pocas palabras añade circunstancias muy considerables. Apunta san Crisóstomo que fue san Marcos mas breve que los otros tres evangelistas por imitar á san Pedro que gustaba hablar poco. Y dice Eusebio, que como solo escribió lo que oyó al mismo san Pedro, omitió todo lo que Cristo dixo en tanta gloria y honra de este Apóstol, despues que le confesó por Hijo de Dios vivo; y que callando tambien el milagro de cuando caminó san Pedro por el agua, arrojándose al mar en busca de su Maestro, se detiene por el contrario en referir muy despacio y con gran menudencia todo lo que podia ceder en humillacion del Apóstol, como el lance de sus tres negaciones, que le costaron tantas lágrimas, del cual hablaba el humildísimo Apóstol con mucha frecuencia.

Escribió san Marcos en griego su evangelio, por ser esta la lengua mas comun en aquel tiempo, no solo en el Oriente, sino dentro de la misma Roma, donde todos hablaban mas en griego que en latin, hasta las mas ínfimas mugercillas, como se queja y lo satiriza un poeta. Tambien se valió san Pedro de nuestro Santo para escribir la epístola á los fieles de diferentes provincias de la Asia; y aun san Gerónimo cree que todo el estilo es de san Marcos, y que san Pedro solo le dictó la substancia. Asegúrase que san Pedro envió á san Marcos á Aquileya, y que se detuvo dos años y medio en aquella ciudad, donde convirtió á la fe gran número de personas, y fundó aquella iglesia que en los primeros siglos fue muy célebre en el Occidente.

Habiendo sido expelidos de Roma todos los judíos por decreto del emperador Claudio por los años de 49 del Señor, fue san Marcos de órden de san Pedro á Egipto para predicar el reyno de Dios en aquel vasto pais y en todas las provincias que dependian de él. Llevó consigo el evangelio que habia escrito, para que las naciones á quienes enseñase de viva voz tuviesen despues la misma comodidad que los romanos; porque la lengua griega era, por decirlo así, la lengua de comercio en todo el Oriente, y se usaba aun mas en Alexandría que en Roma.

Lleno san Marcos de aquel mismo espíritu que animaba á los apóstoles, solo suspiraba por introducir en todas partes la luz de la religion. Desembarcó en Cirene, de la provincia de Pentápolis, donde obró muchos milagros, y logró gran número de conversiones. Abriendo los ojos aquellos pueblos idólatras á las verdades que los predicaba el nuevo Apóstol, hicieron pedazos los ídolos, y echaron por tierra las estátuas que habian consagrado á los demonios. Desde allí pasó á las otras partes de Libia, esto es, á aquellas provincias que se llamaban Marmarica y Amoniaca, en las cuales trabajó doce años, y en todas con el mismo buen suceso. Penetró hasta el alto y baxo Egipto en una y en otra Tebayda, y echó el Señor tantas bendiciones á sus apostólicos trabajos, que aquellos pueblos donde habia reynado el paganismo por espacio de tantos siglos, con tanta obstinacion que eran los mas adheridos á las supersticiones mas groseras de la idolatría, fueron en lo sucesivo aquella tierra afortunada, dichosa habitacion de tantos santos anacoretas; y en fin, la tierra mas agradecida de todo el universo, donde mas y mejor fructificó el grano del evangelio.

Despues que san Marcos desmontó aquel vasto campo cubierto de malezas, resolvió pasar á predicar la fe en la misma Alexandría, que á la sazon era despues de Roma la ciudad mas principal del imperio. Habiendo, pues, dexado á sus discípulos para que cultivasen la nueva cristiandad, partió á la corte y cabeza del Oriente, para cuyo apóstol lo tenia destinado el cielo.

Refiérese en las actas mas antiguas que al mismo entrar en la ciudad, habiéndosele descosido una sandalia, se la dió á componer á un zapatero, el cual por descuido

se picó con la lesna, y en aquel primer movimiento de dolor, exclamó sin libertad, *¡ay mi Dios!* porque, como observa Tertuliano, hasta ahora no ha podido conseguir la mas ciega y mas estragada idolatría, que el alma en sus primeros movimientos naturales no parezca como naturalmente cristiana, reconociendo á un solo Dios verdadero. Tomó ocasion san Marcos de la exclamacion y grito de aquel pobre zapatero para darle á conocer al único y verdadero Dios, á quien él invocaba sin advertirlo; y aplicándole un poco de lodo á la herida, haciendo sobre élla la señal de la cruz, se le cerró al instante. Aniano, que así se llamaba el zapatero, admirado del milagro, y prendado del ayre grave, modesto y mortificado de san Marcos, le instó para que entrase en su casa, descansase y refrescase en élla con todos los de su comitiva; y al mismo tiempo quiso instruirse de la verdad por medio de las preguntas que hizo á su huesped. Despues de suficientemente instruido, fue bautizado con toda su familia, y con otras muchas personas que se convirtieron por la doctrina y milagros de san Marcos, haciendo Aniano en poco tiempo tantos progresos, así en el conocimiento, como en el exercicio de las virtudes cristianas, que dos años despues le hizo san Marcos obispo de Alexandría; y éste fue el principio de la religion cristiana en aquella gran ciudad.

Multiplicóse tan prodigiosamente en poco tiempo el número de los fieles, que san Marcos se vió precisado á instituir en Alexandría varias iglesias ó parroquias donde se les instruia en los misterios de la fe, se partia y se les distribuia el sagrado pan de la comunion.

Creció el fervor con el número de los nuevos cristianos. Movidos muchos de éllos de un ardiente deseo de aspirar á la mas elevada perfeccion, se determinaron añadir la práctica de los consejos evangélicos á la observancia de los preceptos; y en poco tiempo se llenó, no solo aquella gran ciudad, sino todo su territorio de héroes cristianos, que renunciando todas las conveniencias y regalos de la vida, se ocupaban únicamente en Dios, pasando los dias en el exercicio de muy rigurosas penitencias, en la leccion de la sagrada Escritura, y en la meditacion de las verdades eternas. Como la mayor parte de estos

fervorosos cristianos era de la nacion hebrea, y conservaban todavía muchas ceremonias judáicas, Filón creyó que eran judíos, y son aquellos contemplativos de Egipto, llamados *Terapeutas*, nombre que significa los *que estan particular y únicamente dedicados á servir á Dios*; y esta fue como la semilla de aquel prodigioso número de solitarios que algunos siglos despues poblaron el Egipto y la Tebayda.

Tantas y tan ruidosas conversiones no podian menos de excitar alguna violenta persecucion. Amotinóse toda la ciudad contra san Marcos, á quien llamaban el *Galileo*, que solo habia venido, como decian éllos, para echar por tierra los ídolos y arruinar el culto de los dioses. Viendo el Santo alborotado el pueblo, y previendo las consecuencias de la persecucion, dió las providencias convenientes para el bien de su iglesia, y consagró por obispo de élla á san Aniano, que está tenido por el primer obispo de Alexandría; porque aunque san Marcos lo fue antes que él, mas se le considera como apóstol, que como pastor de un determinado rebaño.

Despues de haber proveido de esta manera á las necesidades espirituales de la iglesia de Alexandría, volvió san Marcos á visitar á sus amados hijos en Cristo que habia dexado en Pentápolis; y gastó dos años en correr aquellas provincias y en consolar á los fieles, cuyo número, piedad y devocion crecian cada dia. Restituido á Alexandría, comenzó á disponerse para el sacrificio de su vida que habia de hacer á Jesucristo, el cual no se dilató mucho, porque un dia que el pueblo de aquella ciudad celebraba la fiesta de su ídolo Sérapis, comenzó á gritar furioso: *Búsquese con toda diligencia, y sea sacrificado á nuestra justa cólera el enemigo de nuestros dioses.* Poco tiempo gastaron en buscarle, porque le encontraron en el altar ofreciendo á Dios el divino sacrificio. Arrojáronse sobre él, echáronle una soga al cuello, y arrastrándole por las calles, gritaban: *Llevemos este buey á Bucoles para llevarle despues al matadero.* Era Bucoles un sitio cerca del mar, lleno de peñascos, entre los cuales habia algunas praderías donde pastaban los bueyes de la ciudad. Mientras le arrastraban de esta manera desde la mañana hasta la noche, quedando la tierra regada con su

sangre, y viéndose en élla algunos pedazos de carne que se desprendian del santo cuerpo con la fuerza de los golpes, el Santo no hacia mas que dar mil gracias á Dios, y cantar sus alabanzas. Habiendo cerrado la noche, le metieron en un espantoso calabozo, donde Cristo se le apareció, le consoló, y le aseguró que presto sería con él en su gloria.

Apenas amaneció el dia siguiente, cuando le sacaron de la cárcel, y le volvieron á arrastrar por las calles con la misma algazara é inhumanidad que el dia precedente, hasta que en fin rindió su alma á Dios, y consumó su martirio á los 25 de abril del año 68, en cuyo dia toda la iglesia latina y griega celebra su fiesta.

Intentaron los gentiles quemar el santo cuerpo; pero habiéndose levantado de repente una furiosa tempestad que los hizo retirar mas que de paso, los cristianos se aprovecharon de la ocasion, y le enterraron en un hueco ó concavidad abierta en uno de los peñascos de Bucoles, dode solian juntarse para hacer oracion. En el año de 316 se edificó en aquel sitio una magnífica iglesia, en la cual en el sexto siglo se conservaba todavía el manto ó *pallium* de san Marcos, que el obispo Alexandrino se ponia antes de tomar posesion de su silla episcopal.

Aunque en el octavo siglo estaba ya la ciudad de Alexandría en poder de los sarrracenos ó de los árabes mahometanos, todavía se conservaban en élla estas preciosas reliquias con singular veneracion, encerradas en un sepulcro ó urna de mármol que se veia delante del altar de una iglesia en lo último de la ciudad hácia la parte del mar, lo que muestra que las habian trasladado del lugar donde las habian enterrado al principio.

En el año de 870 era ya opinion pública y universalmente recibida que el cuerpo de san Marcos no estaba en Alexandría, porque los venecianos le habian hurtado secretamente, bien persuadidos á que era un grande acto de religion libertarle del furor dé los mahometanos y de los árabes.

Está debaxo de la proteccion de san Marcos esta serenísima república, y el dia 25 de abril se celebra en Venecia la fiesta del santo Evangelista con solemnidad verdaderamente augusta. Tambien se celebra en élla con sin-

gular magnificencia la fiesta ó la memoria de su traslacion el dia 31 de enero, y el 25 de junio se celebra otra tercera fiesta con el título *de la aparicion de san Marcos*, esto es, de la invencion ó descubrimiento de su santo cuerpo, que fue hallado en el siglo undécimo, habiéndose ignorado por mucho tiempo el sitio donde estaba escondido aquel precioso tesoro.

En el mismo dia celebra la Iglesia la restitucion de las letanías mayores, hecha por san Gregorio el Grande el año de 590, para aplacar la cólera de Dios que se experimentaba en Roma con efectos muy sensibles, por la cruel peste que desolaba la ciudad. Queriendo aplacar la ira de Dios aquel insigne Pontífice, ordenó que por tres dias consecutivos se hiciesen procesiones generales y oraciones públicas. Llamáronse entonces *Letanías septenarias*, porque disponiendo el Santo que todos los fieles se distribuyesen en siete coros, mandó que á un mismo tiempo saliesen todos de siete iglesias diferentes, como para formar otras tantas procesiones. No le engañó al fervorosísimo Pontífice su grande confianza en la intercesion de la santísima Vírgen y de los santos; porque llevando en la mano la imágen de nuestra Señora, que se cree comunmente haber sido pintada por san Lucas, al llegar cerca de la mole de Adriano se dexó ver sobre élla un ángel en ademan de quien metia en la vayna una espada desenvaynada que tenia en la mano, y desde aquel punto cesó el azote de Dios; y el castillo que se levantó despues en aquel mismo sitio se llamó, y se llama hoy en memoria de esta aparicion, *el castillo del santo Angel*. Y porque se cree que estas procesienes fueron instituidas el dia 25 de abril, consagrado á la memoria de san Marcos, por eso hace la Iglesia en este dia su conmemoracion anniversaria.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Marcum evangelistam tuum evangelicæ prædicationis gratia sublimasti: tribue, quæsumus, ejus nos semper eruditione proficere, et oratione defendi: Per Dominum nostrum...

O Dios, que elevaste á tu santo evangelista Marcos por la gracia de la predicacion del santo evangelio; concédenos que nos aprovechemos de su santa doctrina, y seamos protegidos de su poderosa intercesion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1. de Ezequiel.

Similitudo vultus quatuor animalium: facies hominis, et facies leonis à dextris ipsorum quatuor: facies autem bovis, á sinistris ipsorum quatuor, et facies aquilæ desuper ipsorum quatuor. Facies eorum, et pennæ eorum extentæ desuper: duæ pennæ singulorum jungebantur, et duæ tegebant corpora eorum: et unumquodquè eorum coram facie sua ambulabat: ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur, nec revertebantur cùm ambularent. Et similitudo animalium, aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium, et quasi aspectus lampadarum. Hæc erat visio discurrens in medio animalium, splendor ignis, et de igne fulgur egrediens. Et animalia ibant et revertebantur, in similitudinem fulguris coruscantis.

La figura del semblante de los cuatro animales: tenian cara de hombre, y cara de leon tenian todos cuatro por su parte derecha: y cara de buey tenian todos cuatro por la parte izquierda sobre los mismos cuatro semblante de águila. Sus caras y sus alas se extendian hácia arriba: dos alas de cada uno de éllos se juntaban, y dos cubrian sus cuerpos. Y cada uno de éllos se movia segun la direccion de su semblante: adonde les llevaba el ímpetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvian atras. Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de éste rayos. Y los animales iban y venian á manera de rayos resplandecientes.

NOTA.

»Era el profeta Ezequiel de familia sacerdotal, y se »hallaba dentro de Jerusalen cuando la sitió Nabucodo»nosor. Habiéndose entregado Jeconías, rey de Judá, fue »Ezequiel llevado cautivo á Babilonia; allí profetizó, y

»allí tuvo aquellas misteriosas visiones que encierran tan »altos sentidos. La de los cuatro animales que tiraban el »misterioso carro de la gloria de Dios, la aplica la Igle»sia á los cuatro evangelistas.

REFLEXIONES.

En el lenguage de los profetas todo es enigma, todo misterio. Habla Dios muy de otra manera que los hombres; y la sabia y mas juiciosa inteligencia y penetracion de los hombres, es sujetarse con respeto y con humildad á la magestuosa obscuridad de la palabra de Dios. ¿Qué concepto haríamos de nuestro Dios si solamente pensase y hablase como hablan y piensan los hombres; ó si los hombres pudiesen penetrar y comprender todo lo que Dios piensa y habla? ¡O, y qué prueba tan sensible de la necesidad de la fe es esta infinita desproporcion! En Dios todo es sobrenatural, todo superior á la razon; descamínase, y se pierde el entendimiento humano cuando solo quiere seguir lo que alcanza por sí mismo. Lleno está el mundo de experiencias concluyentes que acreditan esta verdad. Todas cuantas heregías han brotado en todos tiempos son pruebas y exemplos que la convencen. La luz del entendimiento humano en materia de religion es como aquel fuego fátuo, ó como aquellas exhalaciones luminosas y fugaces que se encienden de noche, y solo sirven para conducir al precipicio á los que se fian de éllas. Ni hay, ni puede haber otras antorchas seguras que las luces de la fe; camínase con seguridad yendo delante tales guias. ¿Pudiera Dios instruir al hombre en unas verdades tan sobrenaturales, tan superiores á lo que puede concebir, tan desproporcionadas á las ideas que tiene, sino por medio de las luces de la fe? ¿pudiera Dios instituir una religion que estuviese exênta de esta humilde sujecion y ciego rendimiento á sus revelaciones y á su divina palabra? ¿puede haber mayor extravagancia que pretender que un entendimiento tan corto, tan limitado como el nuestro, que ignora la maravillosa estructura de una hojita, de una flor; que no sabe contar los cabellos de la cabeza, quiera erigirse en censor y en juez de las verdades de la religion; que apele de éstas á su tribu-

nal; que condene y repruebe todo lo que no entiende; y que intente que Dios no sepa decir sino lo que él sabe comprender? Pero si fuere obscura la divina palabra, ¿quién nos declarará su verdadero sentido? Ya proveyó esto el mismo Cristo, comunicando su espíritu á la Iglesia para que élla sola fuese su legítimo intérprete; fuera de élla, todo los demas son profetas falsos. Una es la verdad, uno es el oráculo, y este único oráculo es la Iglesia. ¡Mi Dios, qué seguro, y al mismo tiempo qué breve y qué fácil es este camino de la salvacion! Para hacernos hábiles en esta sublime ciencia, todo nuestro estudio se debe reducir á cautivar el entendimiento en obsequio de la obediencia de Jesucristo. El sér de Dios, las verdades elevadas de la religion son incomprensibles al entendimiento humano; esto mismo convence á mi razon de que son verdaderas, y para esta reflexíon me sirve mi razon. La vision que tuvo el profeta Ezequiel representaba la gloria de Dios, como él mismo lo declara en estos términos: *Tal fue la imagen de la gloria del Señor.* ¡Pues de qué nos admiramos ya, si habiéndosela representado esta imágen toda envuelta en obscuridad, habla por geroglíficos y por misterios! ¡qué elevados sentidos no encerró Dios en estas imágenes! ¡qué idea mas magnífica de la grandeza de Dios! ¡qué representacion mas magestuosa de su santidad! ¡qué retrato mas misterioso de los sagrados reyes de armas del evangelio! Escribieron y predicaron únicamente por el impulso é inspiracion del espíritu divino, que gobernaba su pluma y su lengua; fueron á todas las partes donde Dios los envió, andando y desandando, segun el Señor les inspiraba, sin que nadie fuese capaz de detenerlos; tuvieron alas y manos; contemplaron á Dios, y le anunciaron á los hombres. La santidad que nos enseña el evangelio es ciencia práctica; la fe sin obras es muerta. No hay en la Escritura misterio que no sea un documento.

El evangelio es del capítulo 10. de san Lucas.

In illo tempore designavit Dominus, et alios septuaginta duos, et misit illos binos antè faciem suam in omnem civitatem et locum, quò erat ipse venturus, et dicebat illis: Messis quidèm multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primùm dicite: Pax huic domui: et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra; sin autem ad vos revertetur. In eâdem autem domo manete edentes et bibentes quæ apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede suâ. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quæ opponuntur vobis: et curate infirmos, qui in illâ sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares adonde él habia de ir; y les decia: La mies es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la mies que envie operarios á su hacienda. Id: he aquí que os envio como corderos entre lobos. No lleveis bolsa ni zurron, ni sandálias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea á esta casa: y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero si no, se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á ótra. Y en cualquiera ciudad que entráreis y os recibieren, comed lo que os pongan delante: y curad los enfermos que hay en élla, y decidles: Se acercó á vosotros el reyno de Dios.

MEDITACION.

De la palabra de Dios, y de la disposicion con que se debe leer y oir.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas eficaz, no la hay mas fuerte que la palabra de Dios. ¡Qué no ha obrado en el

órden de la naturaleza, y qué maravillas no ha hecho en el órden de la gracia! Esta divina palabra fue la que con su divino poder sacó de la nada todo cuanto tiene sér; la que estableció los cielos, y dió á la tierra su consistencia y su fecundidad. Por la virtud de esta divina palabra el sol se para en medio de su carrera, y las aguas se consolidan, y se detienen inmobles. Habla Cristo, y el mar se humilla, las tempestades calman, y hasta la misma muerte oye y obedece su voz. ¡Pero qué no ha hecho en el órden de la gracia esta palabra omnipotente! ¡qué milagros mas estupendos! ¡qué maravillas mas asombrosas!

¿No es la palabra de Dios la que convirtió y santificó al mundo? ¿la que triunfó de la idolatría? ¿la que domó el vicio y la impiedad? ¿la que destrozó los cedros del Líbano, y abatió el orgullo de las potestades de la tierra? ¿no es élla la que anunciada por doce pobres pescadores, sin cultura, sin elocuencia, sin arte, se dexó escuchar de todo el Universo, persuadió á los filósofos, confundió á los disolutos, convenció á los ateistas? La sabiduría humana, la razon orgullosa, las pasiones desenfrenadas, la inclinacion á los deleytes, el amor de la vida, todo cejó, todo se rindió, todo cedió á la omnipotente virtud de la divina palabra. Vióse ya mas de una vez que al acabar de oir un sermon, al acabar una leccion espiritual, al salir de una meditacion, se dexó el trono, se abandonó la córte, se buscó un desierto, y se trocó la púrpura real por un áspero silicio. Nada ha perdido de su virtud la palabra de Dios, porque ni se envejece, ni se debilita. ¿Pues de dónde nace que siendo tan fecunda como de suyo lo es, parezca el dia de hoy tan desvirtuada y tan estéril en el cristianismo? Nunca se predicaron mas sermones; y nunca se vieron menos conversiones. Puede decirse con verdad, que el ministerio santo de la predicacion, que en el curso regular de la providencia debiera producir frutos tan abundantes y copiosos, hoy con grande confusion nuestra se ha hecho uno de los empleos, al parecer, mas inútiles. No atribuyamos esta espantosa esterilidad á la divina semilla, sino á la tierra que se recibe. Oyese la palabra de Dios sin disposicion; con que no es maravilla que se oiga sin gusto: léese con or-

gullo, por curiosidad, con espíritu de contradiccion, con el corazon preocupado, sin sumision, sin docilidad, sin respeto. ¡Y despues nos admiramos de que se convierta en veneno este excelente alimento! ¡qué este admirable maná se derrita y se corrompa! En un estómago enfermo los mejores alimentos se corrompen, y causan enfermedades mortales. El mayor castigo con que amenaza Dios á su pueblo, es no ya el hambre, sino quitar la virtud al pan. No hay hoy cosa mas comun entre los fieles que la palabra de Dios: ¿cuántas veces la he oido, y la he leido? ¿pero cuántos milagros, cuántos frutos ha producido en mí? ¡Buen Dios, cuánto debe espantarme esta esterilidad!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que tan pernicioso es no tomar alimento, como tomarle estando en mala disposicion. Igualmente se muere de hambre que de enfermedad. ¿Oyese la palabra de Dios como palabra de Dios? Preguntémoselo á la ánsia que se tiene de oirla, al respeto y á la docilidad con que se oye. ¿Cuántos van á oirla solo por hacer crisis de los talentos y de la habilidad del que predica? Se hace vanidad de la misma resistencia, solo por acreditarse de mejor y mas delicado gusto. Cuando hace alguna fuerza el sermon, se piensa que todo está ya hecho, y sin embargo se puede decir que nunca nos resta mas por hacer. Algunos van á oir la palabra de Dios solo por oir al predicador; esto es, no tienen otro motivo para asistir al sermon, sino el estar convidados: van por bien parecer, por atencion, por costumbre, ó por pasar una hora de tiempo: vase tambien por empeño, por parcialidad, y tal vez por pura adulacion, lisonja ó complacencia. Los motivos de aquellas damas, que solo van al sermon por dexarse ver, por brillar y por lucirlo: los de aquellos disolutos de tan poca religion: los de aquellos ociosos que solo se mueven por humor ó por capricho: los motivos de todas estas personas tan poco cristianas, ¿son siempre muy espirituales, son muy puros? ¡Y no sería maravilla que la palabra de Dios fructificase en corazones tan mal dispuestos; que estos peñascos diesen agua; que prendiese el gra-

no sembrado entre estas piedras y en medio del camino!

Son pocos los que se aplican á sí lo que oyen al predicador. Se hace un retrato que se nos parezca, se dice que aquello no es predicar sino morder: no es doctrina sino sátira. ¿Y á vista de esto nos causará admiracion, que con tantos ministros del Señor, que anuncian su palabra con tanta energía; que resonando á cada paso en todos los púlpitos las verdades mas terribles de la religion, sean tan pocos los que se conviertan? Se sale por la mañana del sermon con ánimo de ir por la tarde á la comedia; y se oye ésta con mas atencion que aquél. Háblanos Dios; ¿con qué respeto, con qué docilidad, con qué sumision, con qué humildad se le debe oir? ¿será buena disposicion para oir, ó para leer la palabra de Dios un gusto de novedad, un espíritu de curiosidad y de crítica?

¡Ah Señor, y cuánto he perdido yo! ¡y qué motivos de dolor me he fabricado á mí mismo! Solo con consultar el fruto que he sacado de vuestra divina palabra, me basta para comprender cuánto he perdido, y cuánto tengo que llorar. Si basta sepultar el talento para condenar á un deudor negligente y perezoso, ¿qué deberé pensar yo de lo que os debo? Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo; que con vuestra divina gracia yo sabré aprovecharme tan bien de vuestra divina palabra; yo negociaré tanto con este celestial tesoro, que todo os lo pagaré.

JACULATORIAS.

Beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Luc. 11.
Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la practican.

Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis. Salm. 118.
Tu palabra es luz que me dirige, y linterna que me alumbra.

PROPOSITOS.

1 La palabra de Dios es omnipotente. Habló Dios, y todo le obedeció. Hasta la nada, por decirlo así, oyó su voz, y no pudo resistirse á sus preceptos. ¿Qué virtud

no tiene esta dîvina palabra aun en la boca misma de los hombres? Hace que las ondas se endurezcan y se consoliden debaxo de los pies; hace que los mas duros peñascos broten agua en abundancia; hace que se abran los sepulcros, y que vomiten vivos á los que tragaron cadáveres. Toda la naturaleza enmudece, todo calla cuando habla Dios, y su voz jamás se debilita. ¿Pues de dónde nace que esta divina palabra, cuya virtud nunca se envejece, sea hoy tan poco eficaz; y que la voz de Dios que se hace oir hasta en los abismos, que trastorna los mas empinados, los mas robustos cedros del Líbano, pueda, al parecer, penetrar el corazon del hombre, ni abatir su orgullo? Dios predica, Dios habla, Dios amenaza; ¿pero quién se convierte? ¿de dónde proviene esta impía resistencia de nuestros corazones? Proviene de que se oye la palabra de Dios sin docilidad; de que se asiste á los sermones con mala disposicion. Cae este misterioso grano ó en medio del camino, y le pisan los pasageros, ó en tierra pedregosa, y se seca por falta de xugo; ó entre zarzales y espinas, y éstas le sufocan: es muy poco el que cae en buena tierra. Exâmina cuál de estas parábolas te comprende. Tu corazon es esta tierra; ¿pero es acaso la tierra del camino real por donde todos pasan? ¿es la tierra pedregosa? ¿es la que está llena de las espinas que brotan las pasiones? ¿con qué disposicion vas á oir el sermon? Prueba clara del poco caso que haces de él, es el poco fruto que sacas. Comienza acusándote con dolor en la primera confesion de este poco aprecio, de esta indiferencia, y de lo que has abusado tanto tiempo ha de la palabra de Dios, observando en adelante los consejos siguientes. Primero: Antes de ir al sermon, dite á ti mismo que vas á oir la palabra de Dios. Segundo: Al empezarse el sermon, pide al Señor te dé gracia para aprovecharte de él con esta breve oracion: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*: Hablad, Señor, que vuestro siervo oye; ó por medio de esta ótra: *Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua; tempus faciendi, Domine*: Vuestro siervo soy, Señor: dadme entendimiento para conocer lo que quereis que haga, y para practicarlo; porque ya es tiempo de acreditar mi rendimiento mas con obras que con pala-

bras. Tercero: Oye con respeto la palabra de Dios, estando persuadido á que á ti solo se dirige, y contigo solo habla. Cuarto: Cuida que las aves no se coman todo el grano; y despues del sermon pide al Señor su gracia para que no se pierda lo que oiste.

2 Es la sagrada Escritura la palabra de Dios pura y neta. ¡Qué indignidad es leerla sin atencion, sin devocion y sin respeto! ¡qué impiedad abusar de élla para burlas, para chanzonetas, para aplicaciones profanas! Desde el principio de la Iglesia se valió el demonio de todos los hereges para corromper el sagrado texto. Ellos gritaban y publicaban en todas partes que aquella era la palabra de Dios. De aquí nació aquella tropa de espíritus ligeros ó corrompidos, que en todos tiempos corrieron á engrosar el partido de los hereges: de aquí aquel espíritu de rebelion contra la Iglesia, que siendo la única depositaria de la fe, y la única á quien el Señor ha prometido su verdadero espíritu, es tambien la única que puede descubrir, desenmarañar, y proscribir el error. Ninguna heregía ha habido en que no haya reynado el fanatismo: habla la pasion, el orgullo y la disolucion, y élla grita que es Dios el que habla. No hay cosa mas perniciosa que los libros heréticos: ten un santo horror á todos los que condena la Iglesia. Por lo comun están escritos con mucho arte, con bello estilo, con gracia, con sal: el papel, la letra, hasta la misma curiosidad de la encuadernacion embelesa; pero es muy peligroso el veneno de que están llenos: cuanto mejor preparado, es mas sutil, mas digno de temerse; rara vez se expele si una vez se introduce. Sola la Iglesia conserva la palabra pura de Dios: nunca leas otros libros que los que élla autoriza, ó no condena; y procura informarte de un sábio y santo director qué libros podrás leer sin peligro. El estómago débil no puede con alimentos fuertes. Apenas ha habido secta ó heregía que no haya traducido en lengua vulgar la sagrada Escritura, poniéndola en manos de ignorantes y de mugeres. Presto se toma una plaza cuando se envenenan todas las fuentes. No sin razon ha prohibido tantas veces la Iglesia en sus concilios que se traduzca la sagrada Escritura en lengua vulgar. No la leas en esta lengua sin licencia, y léela siempre con devocion y con mucho respeto. Muchos

santos la leían de rodillas y con la cabeza descubierta. ¡Oh, y cuánto es de temer que este prurito que tienen de leer la sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortísimos entendimientos no nazca del enemigo de la salvacion y del espíritu de orgullo!

DIA VEINTE Y SEIS.

San Cleto y san Marcelino, papas y mártires.

San Cleto fue romano; y habiéndole convertido á la fe el apóstol san Pedro, se hizo discípulo suyo, y en la escuela de tal maestro aprovechó tanto en poco tiempo, que fue exemplo y modelo de todo el clero de Roma, así por su zelo, como por su fervor y admirable devocion.

Con su afabilidad conquistaba los corazones de todos hasta de los mismos paganos; y el grande amor que profesaba á Jesucristo, daba á entender que habia heredado de su Maestro aquella singular ternura, con que éste habia mirado siempre al Salvador. Hacia san Pedro tanto aprecio de san Cleto, que se cree, y con razon, haberle escogido juntamente con san Lino, no solo para trabajar á su vista en Roma y sus contornos, como los demas operarios evangélicos que empleaba en la viña del Señor, sino tambien para que en su ausencia gobernasen aquella primera iglesia del mundo.

Habiendo terminado san Pedro el año 67 del Señor su gloriosa carrera por medio del martirio, le sucedió inmediatamente san Lino, y á san Lino sucedió san Cleto. Bien era menester un pontífice tan grande en aquellos dificultosos tiempos de una Iglesia recien nacida y de una persecucion tan universal, en que los fieles estaban necesitados de quien los socorriese y los alentase. Todo lo hallaron en la inmensa caridad de nuestro Santo. No hubo provincia tan remota en toda la extension del imperio romano; no hubo rincon tan escondido que no sintiese los

efectos de su caridad y de su zelo en las necesidades de los cristianos. Á únos socorria con limosnas, á ótros alentaba con sus cartas, y á todos dirigia y consolaba con sus paternales instrucciones. Aunque el rebaño era muy numeroso, á todo proveía el vigilante Pastor. Ordenó en Roma á veinte y cinco presbíteros, y no omitió medio alguno de cuantos podian contribuir al bien, aumento y propagacion de la Iglesia.

Habia doce años que la gobernaba con toda aquella vigilancia, prudencia y acierto que se podia esperar de uno de los mas amados discípulos del Príncipe de los apóstoles, cuando Domiciano, el tirano mas cruel y el mas enemigo de los cristianos que hasta ahora se ha conocido, excitó contra éllos una de las mas horribles persecuciones que padecieron jamás. No se pueden decir las crueldades que exercitó contra los siervos de Cristo, cuyo nombre estaba resuelto á exterminar. Á un mismo tiempo rompió la tempestad en todas partes: en un solo dia se contaron muchos millares de mártires; y en todos los rincones del mundo corrian arroyos de sangre de aquellos héroes cristianos.

Pero hacia poco caso el Tirano de la exterminacion del rebaño, mientras quedase con vida el Pastor; y así convirtió contra él toda su rabia. Mandó que fuese buscado el Pontífice romano, el cual no cesaba de correr dia y noche por la ciudad y por la campaña, arrastrado, digámoslo así, por grutas y por cavernas, para asistir y consolar á los fieles. Fue preso san Cleto, y metido en una cárcel cargado de cadenas. La alegría que mostró, con admiracion de todos, acreditaba el deseo que tenia de derramar su sangre por Cristo; pero la impaciencia con que estaba el Tirano por verle acabar la vida, le ahorró muchos tormentos. Fue, pues, martirizado en Roma el dia 26 de abril del año de 96. Consérvase su cuerpo en la iglesia de san Pedro en el Vaticano, y se muestran algunas de sus santas reliquias en la de san Pablo de Plaza Colona.

Hónrale como á su patrono y titular la ciudad de Ruvo en la antigua Calabria, creyéndose en élla, por antigua tradicion, que habiendo venido á élla san Cleto, viviendo todavía san Pedro, ó poco despues de su muerte,

siguiendo sus carreras apostólicas, convirtió á la fe á la mayor parte de sus vecinos, y fue su primer obispo, ó á lo menos su apóstol, antes de ascender al sumo pontificado.

Celebra en este mismo dia la Iglesia la fiesta de san Marcelino, cuya vida y santa muerte ha sido siempre á los fieles de no menos enseñanza, que motivo de confianza en la misericordia del Señor.

Fue san Marcelino de Roma, hijo de uno que se llamaba Proyecto. Sus grandes prendas y virtud se dexan conocer por lo mucho que se distinguia en el clero, y por la general estimacion que se merecia en toda la ciudad. Habia hecho importantes servicios á la Iglesia en el pontificado de san Cayo. Era sábio en la ciencia de los santos; infatigable en el trabajo; y estaba bien instruido en las necesidades de la Iglesia; por lo cual, despues de la muerte de san Cayo, fue escogido para gobernarla en aquellos borrascosos tiempos del imperio de Diocleciano y Maxîmiano, enemigos inexôrables del nombre cristiano, que habian jurado perder á la Iglesia del Señor. Ascendió san Marcelino á la Silla apostólica el año de 296. Asegura Teodoreto, que supo adquirirse grande gloria en tiempos tan calamitosos. Era de gran consuelo su prudencia y su virtud en medio de un pueblo, á quien el nombre solo de cristiano irritaba y enfurecia; y su zelo se dexó sentir de los fieles. Hácia el año de 303 se declaró la guerra contra la Iglesia, y publicó Diocleciano nuevos decretos, mandando que se emplease todo género de tormentos para exterminar de una vez á los cristianos. Fue tan horrible la persecucion, que en menos de un mes se contaron quince mil mártires. No perdonó al pontífice de Roma; porque echando mano de Marcelino, y arrastrándole á la cárcel, le hicieron padecer todo cuanto puede inventar un pueblo furioso para cansar la mas sufrida paciencia.

Usaron de todas las amenazas que pudo discurrir la mas bárbara inhumanidad para intimidar á un pobre viejo: lleváronle arrastrando al templo de Júpiter, y amenazándole que le harian sufrir de una vez todos los suplicios, si no sacrificaba á los dioses, le obligaron á ofrecer incienso á los ídolos. Olvidado entonces Marcelino

de quien era, vencido del temor de los tormentos y abatido de su propia flaqueza, cayó en la miseria de ofrecer incienso á los dioses falsos, afligiendo y contristando á la Iglesia con tan funesta caida.

A la verdad, no duró mucho, porque inmediatamente se siguió el arrepentimiento. Apenas se vió en libertad, cuando penetrado del mas vivo dolor, se entregó todo á las lágrimas y á los suspiros. Horrorizado con la gravedad de su culpa, y no queriendo perder un instante de tiempo para reparar el escándalo, escribió luego á todos los obispos que podian juntarse prontamente, y los convocó para Sinuesa, ciudad de Italia en la Campaña, ó tierra de Labor.

Habiendo concurrido á élla muchos obispos, se dexó ver el papa Marcelino en medio del concilio en trage de penitente; y deshaciéndose en lágrimas, pidió á los padres le alcanzasen del Señor el perdon de su enorme culpa, y le impusiesen por élla la penitencia que gustasen. Aturdidos los padres al ver en estado y trage tan humilde á la cabeza visible de la Iglesia, le respondieron todos á una voz: "La primera silla del mundo no reconoce tribunal »superior, ni puede ser juzgado de algun ótro. Pues imitásteis á Pedro pecador, imitad á Pedro penitente; sed su »copia, así como sois su sucesor. Por su contricion y por »sus lágrimas obtuvo él la remision de sus pecados: por »las vuestras debeis vos esperar de la bondad infinita de »Dios la remision de los vuestros. Ninguno de nosotros »tendrá osadía para juzgaros; sed vos mismo vuestro juez: »á vos os toca reparar el escándalo que habeis dado."

No dilató mucho tiempo el repararle. En aquel mismo dia se presentó él propio ante el juez, y le dixo con valor, que si por haber presumido demasiadamente de sus propias fuerzas, habia tenido la desdicha de ceder al miedo de los tormentos, esperaba ahora en la gracia de Jesucristo, único y solo Dios verdadero, que repararia su flaqueza, padeciendo por la fe que confesaba los mas horribles suplicios. Presentáronle luego á Diocleciano, y en viéndose Marcelino en su presencia, le dixo: "Confieso, »Señor, que tuve la desgracia de dexarme intimidar de »vuestras amenazas, y de ofrecer incienso á los ídolos; »pero aquí estoy para reparar mi culpa. En vuestras ma-

»nos me teneis: cuanto mas me hiciéreis padecer, mas »contentaréis la ánsia que tengo de hacer penitencia. Bien »podreis atemorizar á los cristianos; y bien pueden apos- »tatar algunos tan flacos y tan miserables como yo; pero »ni nuestra miseria ni vuestros tormentos podrán derribar »la Iglesia. Cristo, mi divino Salvador, único y solo Dios »verdadero, la cimentó sobre un fundamento inmutable y »eterno."

Irritóse tanto el Tirano al oir aquella tan generosa confesion de nuestro Santo, que mandó le cortasen al punto la cabeza, lo que se executó al instante. Y de esta manera reparó este ilustre mártir y santo papa, con el derramamiento de su sangre, su triste caida, y el escándalo que habia dado.

No ignoro que algunos autores modernos han querido poner en duda este hecho; pero habiendo pesado bien sus razones, me pareció mas acertado deferir á los autores que florecieron mas ha de mil y doscientos años, y á la de unas actas tan antiguas, que á la crítica poco segura de los que escribieron de ayer acá.

Mas de un mes estuvo en la plaza, donde se executó la sentencia, el cuerpo de nuestro Santo, con los de san Claudio, Quirino y Antonio, por haber mandado el Emperador que ninguno los diese sepultura; pero al fin el presbítero Marcelo los hurtó de noche, y los enterró en el cementerio de Priscila. Aseguran muchos que el año de 849 el papa Leon IV. regaló el cuerpo de san Marcelino á Nomenoy, duque de Bretaña, que habia tomado el título de rey; y fué llevado con gran pompa á la abadía de san Salvador de Rodon, en la diócesi de Vanes, cuyo abad era san Couvoion, que hacia oficio de embaxador de Nomenoy cerca del papa.

La misa es en honra de los dos Santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum, pariterque pontificum Cleti et Marcellini, nos, Domine, foveat pretiosa confessio, et pia jugiter intercessio tueatur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que en las fiestas de tus pontífices y mártires Cleto y Marcelino, merezcamos su poderosa proteccion, y que por su intercesion sean gratas á vos nuestras oraciones: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1. de la primera del apóstol san Pedro.

Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundùm misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hereditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem conservatam in cœlis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc si oportet contristari in variis tentationibus; ut probatio vestræ fidei multò pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual por su gran misericordia nos reengendró á una viva esperanza, por medio de la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, á una heredad incorruptible, é incontaminada, é immarcescible reservada en los cielos para vosotros; quienes por virtud de Dios sois guardados por la fe para la salud, que está preparada para manifestarse en el tiempo postrimero. En el cual os regocijaréis, si por ahora conviene que seais algo afligidos con varias tentaciones; para que la prueba de vuestra fe sea hallada mas preciosa que el oro (el cual se prueba con el fuego) para alabanza y gloria, y honor en la manifestacion de Jesucristo Señor nuestro.

NOTA.

"Habiendo vuelto á Roma de su viage al Oriente el »apóstol san Pedro el año 47 ó 48 de Cristo, escribió esta »epístola, que dirigió principalmente á los judíos convertidos que estaban esparcidos en el Ponto, Bitinia, Galacia, Asia y Capadocia. Tiénese por cierto que el Apóstol se valió de san Marcos, su intérprete ó secretario, »para escribirla en griego. Llama á Roma Babilonia por »muchas razones que ya hemos dicho en otra parte."

REFLEXIONES.

El Señor, segun su gran misericordia, nos ha reengendrado en la viva esperanza de aquella herencia, que no está sujeta á corromperse, ajarse, ni marchitarse, la cual está reservada para vosotros en el cielo: *Qui secundùm misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam::: in hæreditatem incorruptibilem, incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cœlis in vobis.* ¿Qué herencia es esta? ¿y quiénes son los que la logran? Una felicidad sin límites, sin medida; un bien inmenso, eterno; una alegría pura, colmada, exquisita; una tranquilidad inalterable; una hartura, una saciedad de todos los deseos; un lugar que es por excelencia todas las dignidades, término feliz de todos los honores: en una palabra, es la posesion del mismo Dios. ¿Y quiénes son los dichosos herederos de esta herencia? Nosotros, todos los cristianos. ¡Y es posible que pueda algun otro objeto excitar nuestro apetito, lisonjear nuestra ambicion, ni divertir nuestros deseos! ¡es posible que otro bien alguno pueda mover, embelesar, satisfacer tanto al alma, que la haga olvidarse de su herencia, hasta hacerse digna de ser desheredada! ¡puede haber locura mas de bulto! ¿Y en qué otro sentido puede entenderse aquella sentencia del Sábio, que *es infinito el número de los necios*?

¡Espérase en el mundo alguna herencia: ¿á qué cosas no se sujeta el que tiene esta esperanza? ¿qué leyes tan duras no le impone? Contínuo y molestísimo cortejo; condescendencia eterna y universal; sumisiones que humillan, sufrimiento, baxezas, lisonjas, vigilias, disgustos, todo se traga, nada le aterra. ¡Y esto por una esperanza poco segura, muchas veces mal fundada, y por unos bienes siempre vacíos, siempre caducos, siempre falsos! Y una esperanza infalible en el motivo que la anima, que tiene por objeto un bien lleno, sólido, eterno, incapaz de corromperse, podrirse, ni marchitarse: un bien que el solo vale por todos los demas bienes, y que sin él todos los demas son un sueño, una sombra, una apariencia, una nada; ¡esta esperanza á nada nos alienta! ¡nada hacemos por élla! ¡Mi Dios, qué pobreza de entendimiento! ¡qué

corrupcion de corazon! ¡qué fascinacion ó que ceguedad mas lamentable que la nuestra si suspiramos por otro bien; si nos dexamos deslumbrar por la vana esperanza de otra herencia! ¡Ah, Señor, qué verdad hay mas palpable! ¡pero qué pocos la conocen! Léense estas reflexîones sin hacerlas. Convienen todos sin dificultad en que no hay otros bienes sólidos sino los eternos; en que todo lo transitorio debe ser para nosotros muy indiferente; y en medio de eso los bienes presentes son los que únicamente nos hacen fuerza. ¡Oh, y cuánta verdad es, que ninguno puede ser verdaderamente cristiano, sin ser verdaderamente hombre de razon; y que cuando se debilita la fe, tambien se debilita el entendimiento! El que se considera como peregrino ó como forastero en este mundo, poco caso hace de sus bienes ni de sus males. Las aflicciones de esta vida avivan el ansia de los bienes de la ótra: pesa poco la cruz á una alma que está animada con una viva esperanza; antes bien salta de gozo al verse afligida con diferentes pruebas por un poco de tiempo, sabiendo bien que los trabajos y adversidades de este mundo son como fianzas y prendas de la herencia que nos está prometida. En este sentido una persona pobre, enferma, perseguida, despreciada, abandonada, es una rica heredera. No repara en lo que tiene, sino en lo que tendrá. El heredero presuntivo de un reyno goza todos los honores, aunque no goce las rentas ni la autoridad. Ahora soy un pobre pastor, decia en otro tiempo David, pero despues seré rey. Tengamos una fe animada, una esperanza viva, una virtud constante, y nos hará saltar de gozo el pensamiento de la eternidad.

El evangelio es del cap. 15. *de san Juan, y el mismo que el dia XXII, fólio* 423.

MEDITACION.

De la eternidad infeliz.

PUNTO PRIMERO.

Considera que despues de esta vida tan corta, tan frágil, que á cada hora y á cada instante se nos escapa; despues

de este puñado de dias tan tristes y tan inquietos, hay otra vida que ha de durar para siempre: dichosa para los que se salvan; pero supremamente infeliz y desgraciada para las almas que se condenan. ¡Ah! ¿Y de qué número seré yo? ¿cuál será mi destino? Si no soy eternamente feliz, seré infeliz eternamente. No hay medio entre estos dos extremos. El sarmiento que no está unido á la vid, solo sirve para el fuego; ¡y aun si la semejanza fuera en todo perfecta! ¡si el condenado, que es arrojado en las llamas, se consumiera en éllas! Pero el caso es, que aquel fuego conserva á los mismos que abrasa.

Es la eternidad un infeliz estado, en que, por decirlo así, todas las diferencias de tiempo concurren, y se reunen en un mismo punto para hacer mas infeliz al alma que se condena. ¡Qué novedad! ¡qué desesperacion para una alma, acostumbrada acá abaxo á esta contínua sucesion de tiempos y de estaciones, de dias, de meses y de años; divertida con la variedad, y entretenida con la mudanza: que en un momento se halla en aquel abismo infinito de la eternidad, donde nada se muda! Desde el primer instante que entra en él, tendrá todo cuanto ha de tener para siempre: hallábase inmutablemente en el mismo estado, en el mismo sitio, en la misma disposicion, en los mismos dictámenes que ha de tener por toda la eternidad. En aquel mismo momento padece ya toda la eternidad infeliz: eternidad de amargura, eternidad de arrepentimiento, eternidad de desesperacion, eternidad de tormentos. Toda la eternidad, digámoslo así, se junta, y la padece en cada instante.

¡O Dios, y qué desatino! ¡sufrir cada momento todos los tormentos imaginables, todos los tormentos que puede sufrir un alma! ¡y sufrirlos todos juntos! ¡y sufrirlos para siempre! ¡y siempre sin esperanza de verlos acabar jamás sin el menor alivio, sin el mas leve rasgo de paciencia! ¡O justicia de mi Dios, y qué terrible que eres! Pero, ¡ó locura! ¡ó malicia del hombre, y á qué extremo no llegas! ¡Cuando sabes, cuando crees que hay una eternidad infeliz, y pecas! ¡y vives en pecado! ¡y te expones á peligro de morir en pecado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en la imaginacion de esta eternidad se pierde el entendimiento; pero el alma del condenado jamás perderá ni un solo instante de esta eternidad. Si despues de tantos millones de siglos como instantes han pasado desde que el sol gira sobre nuestras cabezas, se hubieran de acabar las penas de los condenados, no por eso dexaria de ser inexcusable el pecador en haberse grangeado voluntariamente una prodigiosa duracion de suplicios, por unos sucios deleytes que se pasaron en pocos momentos; pero al fin su locura sería menos intolerable. ¡Qué por un solo pensamiento consentido un millon de siglos de penas! ¡por un pecado de algunos instantes un infierno de cien mil millones de años! ¡O Dios, y qué rigor! Pero paciencia, que esos tormentos no son eternos. Aunque su duracion sea espantosa, al cabo ha de tener fin. Podria entonces decir un condenado: Todo lo que he padecido, eso menos me resta que padecer: ya tengo dos años, diez años menos de tormentos. ¡Pero una eternidad! ¡una eternidad! Sin poder jamás decir: ¡Un cuarto de hora menos tengo que sufrir! Sin que al cabo de mil millones de siglos entre tormentos pueda decir: ¡Ya se pasó una hora de mis penas!

Sepultado, hundido, anegado en medio de un grande remolino de fuego, que es al mismo tiempo todos los suplicios; inmoble como una roca en medio de las llamas; penetrado de fuego como un carbon hecho ascua, el infeliz condenado se abrasa, rabia, se desespera, siempre está padeciendo, y siempre pensando que ha de padecer sin fin y sin alivio. ¡Hay infierno; y los cristianos pecan! ¡hay infierno eterno; y el pecado tiene atractivo para los cristianos!

Aunque se haya pasado un incomprensible número de siglos desde que el miserable condenado está padeciendo, nunca podrá decir: *He padecido.* Sus tormentos siempre son presentes; porque en la eternidad no hay tiempo pasado. ¡Siempre arder, y estar cierto de que ha de arder para siempre! Este es su destino. ¡O Dios, y es

posible que tan atolondradamente se corra á este horroroso precipicio, á esta espantosa eternidad!

Imagina que un hombre esté condenado á padecer todas las penas del infierno hasta que haya anegado en sus lágrimas á todo el universo, en la suposicion de que solo ha de llorar una sola lágrima de mil á mil años. Cain solo hubiera derramado hasta ahora cinco ó seis. ¡Buen Dios, qué prodigioso número de siglos se pasarian antes que llegase á llenar de sus lágrimas este cuarto! ¡pues qué si hubieran de llenar toda esta casa! ¡pues qué si se hubiese de esperar á que de sus lágrimas se formasen grandes y caudalosos rios! ¡pues qué si hubiese de padecer hasta derramar todas las precisas para llenar todo el inmenso espacio que ocupa el mar! ¡pues qué si fuese necesario que inundasen toda la tierra, y que ocupasen todos los interminables vacíos que hay desde la tierra al cielo! hace estremecer este solo pensamiento: justamente asombrada, sobresaltada la razon, se confunde, se pierde en esta espantosa extension de siglos. Con todo eso, aun siendo tan asombrosa, tan incomprensible esta duracion, no es la eternidad, no es ni la mas mínima parte de la eternidad; porque despues de esa duracion de tiempo casi infinita, la eternidad se queda toda entera. Ha de llegar tiempo en que un condenado pueda decir, que si hubiera derramado una sola lágrima de mil á mil años, desde que está en el infierno, y que si Dios la hubiese milagrosamente conservado, ya estaria anegado en su llanto todo el universo. Pero entonces le restará que padecer toda entera la misma eternidad; ni un solo momento se habrá disminuido de su eternidad infeliz.

¡Ah Señor! ¿y seré yo por ventura ó por desgracia desdichado objeto de cólera tan terrible? ¡Ay de mí! que demasiadamente lo soy; ya he merecido por mis culpas todas vuestras venganzas; pero mi dulce Salvador y vuestro hijo Jesucristo derramó sobrada sangre para apagar todo el fuego del infierno, y para merecerme vuestra misericordia. Concededme, Señor, esta misericordia que vos mismo me habeis merecido, para que la cante en el cielo por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.

¿Quién de vosotros podrá habitar en medio de aquel fuego abrasador? ¿quién podrá habitar en aquellas llamas eternas?

Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me. Salm. 6.

¡O Señor, no me castigueis en medio de vuestro furor; no me juzgueis cuando estais airado contra mí!

PROPOSITOS.

1 Todo lo que pasa con el tiempo, todo lo que tiene fin es poca cosa, y hablando en rigor, es nada. ¿Qué es lo que tenemos ahora de los gustos ó de los disgustos que experimentamos en la niñez? Dentro de cien años, ¿qué impresion nos hará, ni molesta ni gustosa, lo que ahora pasa por nosotros? Mientras vivimos se suceden únos á ótros los bienes y los males; pero demos que duren éstos por toda la vida, ¿qué nos restará de éllos un instante despues de la muerte? y respecto de la eternidad, ¿qué es toda nuestra vida? Hablando en propiedad, ningun mal es horrible; ninguno nos debe hacer desesperar sino el que nunca pasa, el que jamás se ha de acabar. Y siendo este mal extremo, siendo el supremo mal, ¿qué cosa mas terrible que su eterna duracion? Pues esta es la herencia de todos los que mueren en pecado mortal; esta es la suerte de todos los que se condenan. Dolores sin medida, tormentos sin número, duracion sin fin. ¡O Dios, qué desgracia mas horrible ni mas digna de temerse! ¿y es esta la desgracia que se teme mas? ¡O, que prudentes fueron los santos en no perder nunca de vista esta espantosa eternidad! Imita su exemplo y sus piadosas industrias. Si una cosa te deleyta y otra te mortifica, considera que úna y ótra se pasa, y que despues de este puñado de dias se sigue una eternidad. Al acabar tus oraciones de la mañana y de la noche, piensa siempre que hay una eternidad infeliz, y que una gran parte de los que hoy viven, y acaso la mayor, ha de tener por sù destino es-

ta infeliz eternidad. Cuando veas morir algun amigo, á algun vecino tuyo, haz luego reflexion sobre cuál será su desdicha si le ha cabido en suerte una eternidad infeliz. Nunca tomes diversion, nunca emprendas negocio de consecuencia sin echar una ojeada hácia esta espantosa eternidad. No temas sazonar tus diversiones con este pensamiento: á la verdad no te darán tanto gusto; pero tambien te ahorrará muchos arrepentimientos. Uno de los medios para no caer en el infierno ni en la infeliz eternidad, es pensar en élla con frecuencia. ¡O mi Dios, qué dichosos, qué buenos cristianos seríamos si estuviéramos pensando siempre en élla!

2 Nunca te olvides de que la eternidad infeliz es fruto de unos deleytes que duraron pocos momentos. Si el tentador te importuna, si la pasion se irrita, si el deleyte es dulce, si la tentacion es violenta, llama luego al pensamiento la memoria, y la imágen de la espantosa eternidad. ¿Apodérase de tu corazon la codicia ó el amor de las riquezas? pues compara esa opulencia, esos bienes que gozas ó esperas gozar con la eterna falta de todo, que es la herencia de los condenados. ¿Inquiétase la carne con el amor de los deleytes? pues pregúntate á ti mismo con el Profeta, si esos deleytes tan cortos y tan superficiales podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando se te excita la cólera; cuando tus enemigos te ofendan; cuando las desgracias y los trabajos te persigan, considera qué cosa es arder, sufrir, rabiar, ser infeliz y estar en desgracia de Dios por toda la eternidad. El pensamiento y la memoria de la eternidad embota, es así, el saynete de los gustos; pero tambien suaviza la amargura de los trabajos, y hace tolerables y meritorias las adversidades. No te contentes con aprovecharte tú solo de esta piadosa industria; procura enseñarla tambien á tus hijos y á tus criados; háblalos con frecuencia de la eternidad; de cuando en cuando hazlos una pintura de élla viva y penetrante. Estas reflexiones son siempre muy provechosas. ¿De qué me sirve ocupar el trono, vivir rodeado de esplendor y de abundancia por algunos pocos años, si soy despues infeliz por toda una eternidad?

DIA VEINTE Y SIETE.

Santa Cita, virgen.

No hay estado en el mundo, no hay condicion tan obscura ni tan abatida en que, con la asistencia de la divina gracia, no se pueda arribar á una eminente santidad. Prueba ilustre de esta verdad es santa Cita.

Fue de nacimiento humilde, hija de un pobre paisano. Llamábase su padre Lombardo, y su madre Bonísima; eran ámbos pobres, pero temerosos de Dios; y como no esperaban dexar ningunos bienes á su hija, se dedicaron á dexarla á lo menos el de la virtud, que es el mayor de todos.

Nació Cita al principio del siglo trece en una aldea llamada Monsagradi, poco distante de la ciudad de Luca. Los desvelos de la virtuosa madre en criarla en el temor santo de Dios fructificaron fácilmente en aquel tierno corazon, que parecia como nacido para la virtud, por estar lleno de inclinaciones naturalmente piadosas. Hechizaba á todos la dulzura de su genio y su modestia; hablaba poco, trabajaba mucho, y solo interrumpia la labor para entregarse á la oracion. Luego que tuvo advertencia para conocer y amar á Dios, le amó de tal manera, que nunca le perdió de vista, y en ningun otro objeto hallaba gusto su corazon. Siendo niña, la bastaba oir que alguna cosa era ofensa de Dios, para mirarla con horror por toda la vida; ni su madre necesitaba valerse de otros términos para enseñarla y para corregirla: *Dios manda esto*; *Dios prohibe aquello*: en estas dos palabras se comprendia todo para élla.

Siendo de doce años la pusieron á servir en casa de un ciudadano de Luca, llamado Fatineli, que vivia contiguo á la iglesia de san Frigdiano. Consérvase esta casa hasta el dia de hoy con singular veneracion, adornados todos sus cuartós de ricas y primorosas pinturas que re-

presentan las principales acciones y virtudes de nuestra Santa.

Hallándose Cita en el humilde estado de criada, desde luego se persuadió á que la verdadera virtud consistia en cumplir perfectamente con las obligaciones de su estado; y á esto se aplicó con el mayor empeño. Levantábase siempre al despuntar el dia; y mientras los demas dormian, élla oraba; cuidando de tener ya oida misa todos los dias antes que fuese hora de dar principio á los oficios de la casa.

Como era muy advertida y de mucha capacidad, prevenia de ordinario con anticipacion todo aquello que la tocaba hacer. Segun su aplicacion, parecia que no pensaba en otra cosa que en las que eran de su oficio: con todo eso la era sumamente familiar la presencia de Dios, y tenia para élla indecibles atractivos.

Siendo humilde, mortificada, laboriosa y obediente, ¿quién no diria que habia de ser muy estimada de todos cuantos la conociesen y tratasen? Con todo eso permitió Dios que por algunos años fuese bien exercitada. A su circunspeccion la llamaban simpleza ó brutalidad; y la gran diligencia que ponia en prevenir todo lo que era de su cargo, la atribuian á vanidad y á deseo de sobresalir entre las demas. Nunca acertaba con cosa que fuese del gusto de su ama, cuya antipatía se aumentaba con los malignos chismecillos que la iban á contar los demas criados. Si éstos faltaban ó se descuidaban en algo, la culpa siempre cargaba sobre nuestra Santa. Censuraban su silencio y su devocion, hacian chacota de su delicadeza de conciencia y de su puntualidad; su moderacion los enfadaba, y hasta su vida austera y penitente los era pesada. Hallándose Cita tan despreciada, tan aborrecida, tan recargada, y tan injustamente maltratada, nunca se desmintió á sí misma, siempre igual, siempre serena, siempre apacible y siempre oficiosa; jamás salió de su boca ni la mas mínima queja. Una virtud tan probada y tan constante se descubrió en fin á pesar de la emulacion, de la antipatía y de la malignidad. Conocieron los amos, y conocieron los criados el tesoro que tenian en su casa, y todos hicieron justicia á su virtud y á su mérito.

La prueba mas insufrible de todas para élla, fue esta repentina mudanza de ánimos y de corazones en su favor. Como era tanta su ánsia de padecer y de ser humillada, se persuadió á que esta novedad era castigo de Dios; y llegó á afligirse tanto con este pensamiento, que habiéndoselo conocido su ama, afectaba de cuando en cuando reñirla para consolarla.

Como era tanta la confianza y la estimacion que hacian de élla, pusieron los amos á su cuidado todo el gasto y gobierno económico de la casa. No se puede decir cuánta fue su exáctitud, vigilancia y aplicacion; así el dinero que la daban para el gasto, como las provisiones que hacia, lo consideraba todo como un depósito que la habia confiado Dios para que le diese menuda cuenta de él; y era tanta su economía, que casi tocó la raya de nimiedad, y llegó á ser escrúpulo.

Era enemiga mortal de la ociosidad, por lo cual siempre estaba ocupada, tanto, que en casi sesenta años que estuvo en aquella casa, jamás la vieron sin alguna labor en las manos. Acostumbraba decir, que las principales prendas de una criada cristiana eran el temor de Dios, la fidelidad, la humildad y el amor al trabajo. Ninguna criada, decia, puede ser virtuosa, si no es trabajadora; una virtud holgazana, especialmente en las que son de nuestra esfera, es una falsa virtud.

La tierna devocion que profesó desde su infancia á la santísima Vírgen, no solamente la inspiró un extraordinario amor á la pureza, sino que la mereció el don de esta virtud. En este particular no es facil explicar hasta qué punto llegaba su delicadeza; jamás miró á hombre alguno á la cara. Nunca se alivió de ropa, ni aun en medio de los mas abrasados calores del estío; nunca se la levantó, ni aun cuando tenia que hacer los oficios mas penosos ó menos limpios de la casa, temiendo aparecer con menos decencia, modestia y compostura. Habiendo en cierta ocasion tenido atrevimiento un criado para decirla no sé que palabras descompuestas, se horrorizó tanto, que hubo de caer desmayada; y ya iba á salirse de la casa, si en la misma hora no hubiera sido despedido de élla aquel atrevido.

Conservó esta delicada virtud á favor de una rigurosa

mortificacion y penitencia. Era grande su abstinencia; ayuna todo el año, y casi todos los dias á pan y agua. Andaba con los pies desnudos, aun en el mayor rigor del invierno, y dormia sobre la dura tierra, ó algunas veces sobre unos sarmientos. No se sabia cómo podia vivir con tan poco alimento, con una vida tan penitente; pero creció la admiracion cuando despues de muerta encontraron su virginal cuerpo rodeado de un cordel que se entraba dos dedos en la carne. Semejante instrumento de penitencia, en quien estaba siempre en un contínuo trabajo, era muy áspero tormento.

Habíanla permitido sus amos que en el discurso del año hiciese algunas devotas peregrinaciones, bastantemente distantes y dificultosas; siempre las hacia á pie y en ayunas. Como los menesteres de la casa no la hubiesen dado lugar una vez para salir por la mañana á visitar el santuario del santo Ángel, que se venera en un monte á dos leguas de Luca, quiso ir por la tarde; y mostró Dios cuán grata le era esta devocion con el prodigio de hallarse Cita milagrosamente transportada á dicho santuario.

Dotada de un don sublime de oracion, todo el dia estaba trabajando, y todo el dia estaba orando, porque ni el trabajo interrumpia la oracion, ni la oracion era estorbo al trabajo. Abrasada del fuego del divino amor, se la oia exclamar incesantemente dia y noche: *Sí, divino Esposo mio, yo os amo.* Habia fabricado una especie de celdilla en el rincon mas retirado de la casa, á la cual solia ir de cuando en cuando á pasar toda la noche en contemplacion; y depusieron los demas criados que muchas veces habian visto esta celdilla rodeada de un brillante resplandor y claridad.

Como un dia se hubiese dexado llevar de su fervor mas de lo acostumbrado, se acordó, aunque ya algo tarde, que tenia que amasar; dexó su devocion, y corrió prontamente á reparar su falta; pero ya Dios la habia remediado, porque encontró amasado el pan, y en disposicion de poderle meter en el horno; manifestando el Señor con semejantes y frecuentes prodigios la santidad de su sierva.

Correspondia su humildad á todas las demas virtudes.

Estaba tan penetrada del baxo concepto que formaba de sí misma, que se admiraba cómo no la despreciaban todas las criaturas, y cómo podia sufrirla la tierra sobre sí. Respetaba á los demas criados como si todos fueran sus amos; apenas abrian la boca cuando eran obedecidos sin réplica y sin dificultad. Ciertas señoritas de poca edad, amigas de su ama, sabiendo su pronta obediencia, tenian gusto, solo por divertirse y por probarla, de enviarla con recados supuestos á un parage, distante media legua de la ciudad, cuando estaba lloviendo á cántaros; obedecia con puntualidad, hacia su recado, y volvia calada de agua sin quejarse.

Su apacibilidad sosegaba los ánimos mas irritados. Cuando su amo estaba colérico, solo con que Cita se dexase ver y le dixese una palabrita, desarmaba su cólera. Algunas veces se echaba á sus pies para interceder por los ótros.

Pero la mas sobresaliente de todas sus virtudes fue la caridad. No puede explicarse á qué grado llegó en élla esta generosa virtud, era sin límite su compasion con los pobres, con los afligidos y con todos los atribulados. Comunmente se cree que uno de los motivos que tuvo para ayunar casi siempre á pan y agua, fue por tener mas para dar limosna, pues nunca daba nada sin licencia. Viendo su amo que los bienes parece que se multiplicaban en sus manos, la dió ámplia licencia para que diese la limosna que le pareciese; usó de élla con liberalidad; pero con discrecion, y Dios la autorizó muchas veces con milagros.

En tiempo de hambre, habiendo gastado todo el dinero que la dieron sus devotos, y habiendo apurado tambien toda la panera de su amo, se la llenó presto Dios; porque volviendo á élla para recoger algunas pocas de legumbres, y algunos puñados de grano que habian quedado, la encontró mas llena que estaba antes que se abriese para la limosna. En cierta ocasion llegó á élla un pobre forastero, y la pidió un traguito de vino por amor de Dios; afligióse porque no lo tenia, pero llena de confianza, acudió á un pozo que estaba cerca, sacó una jarra de agua, que milagrosamente se halló convertida en un excelente vino. Hasta el dia de hoy se conserva este pozo, y se llama el pozo de santa Cita.

Nunca tuvo mas muebles que el vestido que traia puesto, porque todo se lo daba á los pobres, y cuando la reprendian por esto, respondia: *¿Pues qué? pídeme Cristo limosna en la persona de sus pobres, ¿y habia yo de tener corazon para negársela?*

Una noche de Navidad, en que era excesivo el frio, la presentó su amo una capa aforrada, mandándola que usase de élla; pero que en todo caso la volviese. Al entrar en la iglesia vió á un pobre medio desnudo, y todo transido de frio; no hubo menester mas ruegos para echarle al punto la capa aforrada sobre las espaldas; pero acabada la misa, al entrar en casa el pobre la restituyó la capa, y desapareció.

Del mismo principio nacia su inclinacion natural á excusar las faltas de todos. Algunas veces los que hablaban con élla fingian defectos supuestos en sugetos tambien fingidos, solo por el gusto de ver los esfuerzos, las razones, las sutilezas que discurria para excusarlos. Jamás se la oyó hablar mal de nadie; cuanto hacian las demas era bueno, era loable; solo élla, en su entender, estaba llena de miserias y de faltas.

Pero lo que tenia mas impreso en el corazon era la salvacion de las almas; por eso una de sus principales devociones era pedir incesantemente á Dios por los que trabajan en ministerios conducentes á la salud espiritual del próximo, para que echase su bendicion á su zelo y á sus trabajos. Tambien se compadecia mucho de aquellos que por sus delitos eran condenados á muerte: pasaba semanas enteras pidiendo al Señor los asistiese con su gracia, para que se aprovechasen del suplicio, padeciéndole en espíritu de penitencia, y doblaba su oracion y mortificacion para que su Magestad los concediese una buena muerte.

Hallándose dotada de tantas virtudes, y sobre todo abrasada de tan perfecta caridad, no es maravilla que fuese favorecida con los mayores dones sobrenaturales, y singularmente con el don de milagros. En la misa y en la comunion la vieron muchas veces toda bañada en aquellas dulces lágrimas que los consuelos interiores, anticipados destellos de la gloria, hacen derramar á los santos, acompañadas no pocas veces de admirables éxtasis. Solo

con ver alguna imágen de la santísima Vírgen, á quien llamaba su madre, bastaba para experimentar en sí los mismos efectos; y ocupada toda su alma en Dios los últimos dias de su vida, era esta una oracion contínua.

A tan alto grado de perfeccion habia llegado, cuando quiso el Padre de las misericordias recompensar con la gloria eterna á su fiel sierva. Cayó mala; y aunque parecia ligera la enfermedad, quiso recibir los sacramentos. Hízolo con tanta devocion, que la infundió en todos los circunstantes. Ninguno se persuadia á que hubiese de morir con tan ligero mal; pero élla estaba mejor instruida que todos de su postrera hora. Con efecto, al quinto dia de su enfermedad espiró entre fervorosos actos de amor de Dios, en los cuales se habia exercitado toda la vida; y fue su muerte el dia 27 de abril del año 1272, á los setenta de su edad.

El mismo dia de su muerte manifestó Dios la santidad de aquella bienaventurada doncella; dexóse ver sobre la casa donde acababa de espirar un resplandor maravilloso; y los niños de toda la ciudad comenzaron á gritar: *Ya murió santa Cita.* Fue prodigioso el concurso del pueblo á venerar el santo cadáver, y las exêquias parecian un magnífico triunfo. Venérase su cuerpo en la iglesia de san Frigdiano, y se conserva hasta el dia de hoy sin corrupcion. Cuéntanse mas de ciento y cincuenta milagros jurídicamente aprobados, con mucho mayor número de éllos que obra cada dia el Señor por la intercesion de esta Santa.

El año de 1580 se abrió la sepultura, y se halló entero el santo cuerpo. Colocáronle en una rica caxa para satisfacer á la devocion del pueblo; está todo él cubierto con una ropa de brocado de oro; y la cara y manos, que se ven por un cristal, pudieran persuadir que aún está vivo. Leon X. dió licencia para que en la iglesia de san Frigdiano se rezase con oficio doble de nuestra Santa, á la cual profesa singular veneracion toda la ciudad de Luca.

La misa es del Comun de las vírgenes, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Citæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum...

Oid, Señor Salvador nuestro, la súplica que os hacemos, de que así como nos alegramos santamente en la festividad de tu bienaventurada vírgen santa Cita, así experimentemos en élla una verdadera y piadosa devocion: Por nuestro Señor..

La epístola es del capítulo 10. *y* 11. *de la segunda de san Pablo á los corintios, y la misma que el dia XVII, fólio* 349.

NOTA.

»Teniendo noticia san Pablo de lo que pasaba en Co»rinto, donde algunos falsos apóstoles procuraban des»acreditarle para quitar á los fieles la estimacion y con»fianza que hacian de él, escribió esta segunda carta, di»rigida, no solo á los de Corinto, sino á todos los fieles »de la provincia de Acaya. Contiene excelentes instruc»ciones, singularmente sobre la castidad. Escribióse en »Macedonia, y la envió el Apóstol por Tito y por san »Lucas el año 57 de Cristo.

REFLEXIONES.

¡Qué trastornamiento tan lastimoso de entendimiento y de buen juicio! Todos se glorían el dia de hoy de todo aquello que no es gloriarse en el Señor; y todo lo que es gloriarse en el Señor, se reputa entre los mundanos por baxeza de ánimo, por despecho, por melancolía. Todo el mundo alaba á un hombre que está lleno de ambicion; el orgullo es el que se lleva en todo lo primacía; la soberbia es la pasion de moda; la mas simple vanidad se dexa atender, y si es atrevida, descarada y fiera, se hace respetar. En medio de eso convienen en que no hay cosa mas baxa, mas odiosa ni mas despreciable que el orgullo.

Con efecto, siempre es hijo de un ánimo apocado, y prueba de un pobre y corto entendimiento. Los tontos y los mentecatos siempre estan pensando en cómo podrán

hacerse estimar. Mírase con risa, ó á lo menos con lástima, á un mendígo infeliz, que habiendo perdido el juicio se imagina príncipe. Entre quien adolece de este achaque y un orgulloso, no hay otra diferencia que la de mas ó menos.

Un hombre de buen entendimiento no se dexa deslumbrar de sus prendas; adelántase su penetracion á conocer lo mucho que le falta; pero un entendimiento limitado apenas sale de sí mismo, y como sus escasas luces no se extienden mas allá de su esfera, todo lo que hacen los ótros le parece cosa muy comun, y solo halla que admirar en lo que él hace.

Ciertamente no hay hombre mas despreciable, ni con efecto mas despreciado, que un orgulloso; y sin embargo no hay hombres mas hidrópicos de honras, mas ansiosos de distinciones, que estos animales de gloria. Revientan por ser estimados; y en esto mismo acreditan que no merecen serlo. No hay pasion mas opuesta al fin á que aspira, ni á los bienes imaginarios con que se alimenta, que el orgullo. Hipa por brillar, por distinguirse, por sobresalir entre todos los demas; ¡pero ó qué vanos esfuerzos! ¡ó qué proyectos tan frívolos! Busca en todo la distincion el orgulloso, y todo conspira á humillarle y á confundirle. Fatigándose por introducir en el pueblo un alto concepto de sí mismo, se hace la fábula del lugar, y singularmente la risa de toda la gente cuerda. ¡Pero si á lo menos escarmentara á costa de su propia experiencia! Nada menos. El orgullo es ciego; bien puede estar á los pies de todos; mas ni por esas se dará por vencido. Las mayores humillaciones le irritan, pero no le curan. ¡Cosa extraña! No pocas veces se quiere combatir contra el orgullo con el orgullo mismo. Ni los que mas gritan y mejor escriben contra esta pasion son siempre los que menos adolecen de élla: comunícase su veneno hasta á lo que podia servirla de remedio; aun en la misma humillacion se sabe introducir el orgullo. Esta misma generalidad es la que nos le ha hecho tan casero; pero las enfermedades epidémicas y populares no son menos peligrosas porque sean mas comunes. La verdadera gloria, dice el Sabio, siempre huye de los que la siguen, siempre sigue á los que van huyendo de élla. Así se complace Dios en llenar de

ignominia á los corazones soberbios. El mismo orgullo es castigo y suplicio de los orgullosos. ¡Cuántos disgustos se ahorrarian si cada uno se hiciera justicia á sí mismo! ¡feliz, Señor, aquel que coloca toda su gloria en agradaros! ¿Quiénes son mas dignos de estimacion y de respeto que los que os sirven?

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo*, *y el mismo que el dia XVII*, *fólio* 351.

MEDITACION.

Del pecado de omision.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aquellas vírgenes necias, desgraciadas, repudiadas del Esposo, al fin eran vírgenes, eran de costumbres irreprensibles, eran respetables por su conducta; mas para agradar á Dios es preciso llenar todos los deberes de la justicia. No basta no hacer mal; es necesario hacer todo el bien que quiere Dios hagamos: omitir el menor de estos deberes, ya es falta. Aquellas vírgenes estaban aguardando al esposo; habian hecho algunos gastos para hacerle un honrado recibimiento; mostrábanse bastantemente ansiosas y solícitas de su venida; pero se descuidaron en hacer las provisiones á tiempo, tenian lámparas., mas faltaba el aceyte. ¡Buen Dios, cuántas almas estan ardiendo en el infierno por pecados de omision! ¡cuántos padres, cuántas madres estan condenadas por haberse descuidado en la educacion de sus hijos, por no haberles reprendido y castigado; dexándose llevar de una blanda y culpable condescendencia! ¡cuántas personas constituidas en dignidad arden y arderán eternamente por no haber velado sobre sus súbditos y dependientes! A la verdad, éllos no cometieron los pecados, pero no los impidieron; éllos fueron íntegros, rectos, desinteresados; pero no lo fueron sus subalternos; supiéronlo, y no lo remediaron; pudiéronlo saber, y quisieron ignorarlo. Aquella matrona es modesta, es virtuosa, es exemplar; pero si da demasiada libertad á su hija; si la disimula

aquel modo de vestir demasiadamente profano, aquel excesivo desembarazo, aquel desahogo que ya pasa de alegría; si la permite asistir á la comedia, al sarao nocturno, al juego, al bayle, ¿no se hará rea de todos los pecados que comete la hija, y del pecado que hay en el peligro en que élla misma la mete? ¡Buen Dios, cuántos aparecerán en vuestra divina presencia cargados de deudas agenas!

Los príncipes y los soberanos tienen grandes y estrechas cuentas que dar. ¡Cuántos bienes debieron hacer! ¡cuántas virtudes practicar! ¡con cuántas obligaciones debieron cumplir! ¡cuántos vicios enmendar! ¡cuántos desórdenes corregir! Si es gran pecado faltar á lo primero, ¿será menor descuidarse en lo segundo?

Los prelados deben grandes exemplos á su pueblo y á toda la Iglesia. Cuanto mas los eleva su caracter; mas elevados deben ser, y mas deben brillar por sus virtudes. La solicitud pastoral debe ser su única y total ocupacion. ¡Qué cuenta tienen que dar de su rebaño! ¡qué vigilancia en guardar de los lobos á sus ovejas! ¡qué aplicacion, qué desvelo en desviarlas de pastos nocivos! El menor descuido, la menor omision en estos puntos es de terribles consecuencias; y omisiones que son de tan grandes consecuencias, ¿serán pecados veniales?

¡Mi Dios, cuántos que se imaginaban inocentes se hallarán condenados por estos pecados de omision! Es cierto que no cometieron aquello que les estaba prohibido cometer; pero tampoco practicaron aquello que les estaba mandado practicar. Aquel siervo, de quien habla el evangelio, no perdió su talento; pero enterróle y escondióle; en esto estuvo su delito. ¡O qué documento tan importante para muchos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no siempre se despide á un criado por delitos grandes y atroces; antes por lo comun solo se le despide, y con mucha razon, por perezoso, por haragan, por descuidado, por omiso en el cumplimiento de sus obligaciones. Toda la filosofía moral del cristianismo se funda en estos dos principios: huir el mal, y hacer el bien. A la verdad no te condenará Dios por haber usurpado los

bienes agenos, ni por haber cometido enormes crímenes; ¿pero diste mucha limosna? ¿socorriste á los pobres en sus necesidades? ¿qué devociones tuviste? ¿en qué buenas obras te exercitaste? Mientras haya pobres enfermos en los hospitales, vergonzantes en las casas, y presos en las cárceles, siempre tendrás obras de misericordia en que poderte exercitar.

Redde rationem villicationis tuæ. Dame cuenta de lo que puse á tu cargo. Habiéndote llamado al estado religioso, ó á la sublime dignidad del sacerdocio, ¿qué grandes, qué terribles obligaciones contraxiste? ¿cuántos consejos evangélicos comenzaron desde entonces á ser preceptos para ti? ¿bastaráte por ventura haber guardado los mandamientos? Eres sal de la tierra y luz del mundo: ¿bastará que la sal no corrompa el alimento, cuando élla misma debiera preservarle de la corrupcion? ¿bastará que no esté apagada la luz, si está escondida debaxo del celemin? ¿y quién tendrá la culpa de los tropiezos de aquél y de los descaminos del ótro? ¡O pecados de omision, y cuántas almas condenaréis!

Ocupas un grande empleo; ¿y qué? ¿te parece que soló te pusieron en él para que descollases sobre los demas? A quien hicieron superior en dignidad, ¿no es para que sea superior en las virtudes? ¿no es para que haga observar las leyes y las reglas? ¿serán excusables en este punto la inaccion y la pereza? ¿á un superior no se le pide con razon que vaya adelante con el exemplo? Llámanse las dignidades *cargos*, porque en realidad son cargas que imponen grandes obligaciones.

¿Pero cuáles son mas formidables que las de un magistrado? árbitro de la fortuna y de la vida de los hombres, ¿se contentará con estar no mas que medianamente instruido en las leyes? ¿podrá encontrar tiempo para dedicarse á sus indispensables estudios, sin faltar á sus diversiones? ¿bastarále una leve tintura de doctrina? Si por su ignorancia, ó por no haber estudiado bien el derecho; si por su falta de penetracion y poca capacidad éste pierde el pleyto, y aquél la vida; ¿quién será responsable de estos daños? ¿servirále de excusa el dinero con que acaso compró un oficio que pide tantos talentos y tanta sabiduría?

¡O Señor, y qué manantial tan copioso de reflexîones!

pero no menos abundante de sobresaltos, de temores y de remordimientos. El que es mas distinguido por su nacimiento, por su carácter y por sus empleos, ese el que tiene mas que temer en pecados de omision. ¿Cuántos hay de una suma delicadeza de conciencia en todo lo que trae consigo sobrescrito de pecado, que no hacen caso de los pecados de omision, ni aun se exâminan acerca de éllos? ¿y no seré yo quizá del número de estos mismos? ¿no tendré de qué acusarme en este particular?

¡Ah Señor, conozco que tengo demasiado! y si no colocára toda mi confianza en vuestra misericordia, desconfiaria de mi salvacion. Pero confio tanto en la asistencia de vuestra gracia, que me atrevo á prometeros una inviolable fidelidad en el cumplimiento de todas mis obligaciones; resuelto estoy á no omitir cosa alguna que sea de vuestro agrado, y lleno de confianza de que me perdonaréis todo lo que hasta aquí he omitido.

JACULATORIAS.

Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

Limpiadme, Señor, de los pecados ocultos, y perdonadme los agenos que se han cometido por mi culpa.

Ignorantias meas ne memineris, Domine. Salm. 24.

No os acordeis, Señor, de mis culpables ignorancias.

PROPOSITOS.

1 Aquellas deudas que se llaman mudas, y se van acumulando, arruinan las casas. El que debe mucho, y nada paga, es digno de que le tengan lástima. Acaso hace mas daño á la salud la demasiada inquietud y la inaccion, que el exercicio mas violento. Es cierto que el veneno ha quitado la vida á muchos; pero muchos mas la han perdido por no haber querido tomar ciertos remedios. No pocas veces se siente tanto una falta de atencion como una injuria. Consiste la virtud en no omitir nada de lo que se debe hacer, y en no hacer nada de lo que se debe omitir. Gran desconsuelo es aparecer en el tribunal de Dios cargado de innumerables deudas, todas á cual mas esenciales (cuya satisfaccion se omitió, se despreció con pleno conocimiento), sin fondos

para pagarlas. Considera á un pobre deudor delante de un juez rodeado de acreedores, que todos prueban con buenos documentos lo mucho que los está debiendo. El mismo oficio hace la conciencia en la hora de la muerte; ¡pero con qué severidad se trata de prevenir su acusacion! A muchos los parece que esto de ser buenos consiste en no cometer pecados, ¿pero cumplen éstos exâctamente con todas sus obligaciones? Tiéneslas tú de todas especies: tu estado, tus empleos, tu condicion, tu cargo. Convengo en que no haces excesos, en que no cometes injusticias, en que es prudente y moderada tu conducta; ¿pero no es omisa? Exâmina si te descuidas en algo: ¿haces la limosna que puedes á proporcion de tu renta? ¿te aplicas con el desvelo que debes á la buena educacion de tus hijos? ¿velas, como tienes obligacion, sobre el porte de tus súbditos y de tus criados? ¿es posible que no eres omiso en cosa alguna de las que corresponden á tu empleo? ya sabes que pide estudio, aplicacion y capacidad. ¿No te fias acaso de ótros mas de lo que fuera justo? Tienes á la verdad personas á quienes has encargado la educacion de tus hijos, y el cuidado de tu familia; ¿pero puso Dios sobre tus hombros esta carga para que enteramente la echáras sobre los de ótro? ¡Oh mi Dios, cuántos y cuántos se condenarán por pecados de omision! Nunca dexes de tomarte estrecha cuenta de tus pecados en tu exâmen de conciencia.

2 Las personas consagradas á Dios tienen infinitas obligaciones que cumplir, en las cuales se dispensan con demasiada frecuencia; y nunca sin detrimento. Hay reglas, hay constituciones: ¿cuántas omisiones, cuántas negligencias se cometen? Pero las reglas, dicen, no obligan debaxo de pecado: es verdad; ¿mas será por eso indiferente para un religioso la observancia, ó el quebrantamiento de sus reglas? No se obligó Dios indiferentemente á dispensarle sus mayores gracias. Fuera de que hay pocas reglas que no tengan alguna conexîon con la exâcta observancia de los votos. Uno de los lazos que arma el demonio á los religiosos imperfectos, es hacerlos descuidar con el concepto en que están de que no es pecado la inobservancia de las reglas: rara vez dexa de estár acompañada de menosprecio esta negligencia habi-

tual. Exâmínate bien sobre este punto: teme las omisiones, porque si no, éllas te harán llorar mucho algun dia.

☞ DIA VEINTE Y SIETE.

Santo Toribio Mogrobejo, obispo.

En todo el orbe cristiano fue maravillosa la fecundidad con que en el siglo décimosexto produxeron varones consumados en todo género de virtudes y de letras. Pero en donde mas brilló fue en el católico reyno de España, el cual en solo aquel siglo tuvo hombres capaces de hacer la gloria de nuestras naciones. Entre los que mas sobresalieron en santidad, en sabiduría, y en el cumplimiento de las grandes cargas episcopales, fue uno santo Toribio Alfonso Mogrobejo, natural de Mayorga, en el obispado de Leon. Sus padres, ilustres por su gloriosa ascendencia, y mucho mas distinguidos por la piedad de sus costumbres, fueron don Luis Alonso Mogrobejo, regidor perpétuo de Mayorga, y doña Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. Ignórase el dia de su nacimiento, el cual sucedió en el año de 1538, el mismo en que, no léjos de Milan, nació san Cárlos Borromeo, semejante á nuestro Santo en la inculpable conducta de su vida, en el zelo fervoroso por la restauracion de la disciplina eclesiástica, en el cuidado de sus ovejas, y en todas las obligaciones de un gran sacerdote. Criáronle sus padres con una educacion propia de la alteza de su linage. El niño Toribio, que habia recibido del cielo una índole dócil á todos los preceptos de la moral cristiana, daba desde aquella tierna edad los mas claros indicios de los tesoros que en él se depositaban para beneficio de la Iglesia. Los juegos y entretenimientos de su edad eran aquellos solamente que manifestaban apego á las cosas sagradas; no aquéllos que son indicio de que hemos recibido de nuestros padres una naturaleza

corrompida con el pecado del primer hombre. Hacer altares, colocar en éllos las santas imágenes de Jesus y de María, ponerse de rodillas delante de éllas, encender antorchas, ordenar procesiones, y otros exercicios semejantes, eran las ocupaciones ordinarias del santo niño. Así pasó su infancia hasta la edad robusta, en que los jóvenes van comenzando á estar aptos para emprender las ciencias. Cuidaron sus padres de que le instruyesen en los rudimentos de la latinidad; y habiéndolo conseguido, á la edad de trece años le enviaron á Valladolid, para que en aquellas florecientes escuelas se ilustrase su alma con los conocimientos de la sabiduría. Desde el punto que entró Toribio en las aulas, comenzó á ser exemplo de virtud y aplicacion para los demas estudiantes, cuya atencion arrebataron dulcemente la blandura de sus modales, y la rectitud de sus operaciones.

Apenas sabía, despues de algunos años de residencia en Valladolid, otras calles, ni otros caminos que el que llevaba desde su casa á la iglesia, ó desde su casa á la universidad. Sus condiscípulos admiraban en el santo Jóven un conjunto de prendas celestiales, que les obligaba á amarle sin interes, y á respetarle sin servidumbre. Advertian en él una virtud rigurosa y austera consigo mismo, pero dulce, amigable y condescendiente para los demas; una virtud con que cumplia exáctamente todas sus obligaciones, y movia á hacer otro tanto á sus condiscípulos; á veces con amonestaciones dulcísimas, y siempre con el poderoso medio del buen exemplo. En breve creció su fama; y no solamente era tenido por erudito en las bellas ciencias, sábio en las artes liberales, y por docto en el derecho civil y eclesiástico, sino que además era venerado por un jóven maduro, prudente y de conducta irreprensible. Luego que recibió el grado de bachiller, juzgaron sus padres que Valladolid era pequeño teatro para que pudiese lucir su ingenio; y así procuraron enviarle á Salamanca, que era á la sazon el empóreo de las ciencias. Florecian en élla muchos sábios, y entre éllos un tio de Toribio, llamado don Juan Mogrobejo, que era colegial en el colegio mayor del Salvador, llamado por otro nombre de Oviedo.

En este tiempo, habiendo proyectado don Juan III,

rey de Portugal, hacer célebre la universidad de Coimbra, llevando allá á cualquier precio los maestros mas grandes de Europa, pasó Toribio á esta universidad en compañía de su tio, que fue uno de los sábios elegidos, y que mas la ilustraron en sus principios. En esta ciudad se aumentó prodigiosamente el mérito de Toribio, tanto en la santidad, como en la literatura. Veía su tio en él un jóven ardientemente dedicado á los exercicios de piedad, sin olvidar por eso el estudio de las letras. Sucedíanse mútuamente los ayunos, la oracion y la disciplina, y la asistencia á la universidad, las lecciones llenas de sabiduría, y los argumentos sólidos é ingeniosos. Toda Coimbra se gloriaba enriquecida con varones como Juan y Toribio Mogrobejos, que brillaban entre los demas doctores como el sol entre las demas estrellas. Diez años residieron en aquella ciudad, hasta que habiendo vacado la cátedra de derecho civil, y la canongía doctoral de la santa iglesia de Salamanca, solicitó esta ciudad recuperar lo que habia perdido; y así se proveyó úno y ótro en don Juan de Mogrobejo, que con este motivo dexó á Coimbra, y volvió á Salamanca en compañía de su sobrino.

Un año habria pasado cuando Toribio padeció el golpe irreparable de la perdida de su tio, á quien llamó Dios á mejor vida. Perdió en esta ocasion, no solamente un maestro, con cuyas lecciones crecia su sabiduría, sino un compañero en sus costumbres, y un amigo en el trato familiar. Pero su alma, acostumbrada á meditar las verdades sobrenaturales, y á venerar sumisamente las admirables disposiciones de la divina Providencia, conoció que su tio habia sido llamado á gozar del premio que sus obras merecian, y enxugó las lágrimas de sus ojos con una santa resignacion en la voluntad de Dios. Viéndose Toribio sin la amable compañía de su tio, determinó hacerse colegial en el mismo colegio; y habiendo vendido la rica biblioteca que le habia dexado para socorrer y establecer á dos hermanas, recibió la beca teniendo treinta y tres años de edad. En este estado manifestó que el colegio era para él un riguroso monasterio. Se informó de los estatutos para no faltar á la observancia de ninguno; y se prefixó tal método de vida, que mas parecia un rígido anacoreta, que un pro-

fesor de Salamanca, y un colegial mayor. Dormia poco; su comida y bebida eran parcas y ordinarias; interiormente vestía un cilicio, ya que en lo exterior no le era lícito abandonar el vestido comun de colegial; ayunaba con frecuencia, meditaba con continuacion, frecuentaba los sacramentos; y en todas sus operaciones se manifestaba irreprensible. Pero en lo que mas sobresalia su fervor, era en la maceracion del cuerpo, al cual afligia con tan copiosas disciplinas de sangre, que llegaron á temer que perdiese enteramente la salud. Pensaron, pues, los colegiales que se le debia ir á la mano, y así buscaron medio de corregir aquel exceso de piedad. Tenia en el colegio un grande amigo suyo que conformaba enteramente con su genio y sus costumbres, llamado don Francisco de Contreras. Á éste dieron la comision de hablar á Toribio, advirtiéndole que debia moderar el rigor de sus penitencias. Ya habia pensado lo mismo Contreras, pero no se habia atrevido á decirle cosa alguna, ya porque conocia la severidad de Toribio, y cuán poco acogimiento hallarian en él las propuestas de condescendencia; y ya porque no encontraba razon tan poderosa para persuadírselo, que le diese esperanza de lograr su intento.

Pero apenas se vió encargado de esta comision por todo el colegio, cuando Dios le ilustró el etendimiento, y le sugirió un camino tan facil, que le conduxo seguramente al fin deseado. Propuso á Toribio, entre otras razones, que en aquel rigor que habia entablado estaba tan léjos de agradar á Dios, que antes bien por el contrario, era de temer no le degradase; que la virtud consistia en un medio, y que todo exceso era reprensible: que los demas colegiales hablaban mucho de sus penitencias, calificándolas de ostentosas, y practicadas tal vez con un espíritu mas próximo á la singularidad y á la vanagloria, que á la humildad y abatimiento cristiano: finalmente, que él era de parecer que aquellas penitencias excesivas podrian destruir su salud, é inutilizar su persona sin edificar á sus próximos, sino antes bien escandalizándolos. El discurso de Contreras hizo tanto efecto en el santo Jóven, que inmediatamente templó sus penitencias, pero sin mitigar el rigor de los demas exercicios. Esta conducta de vida le grangeó un con-

cepto tan alto, que así en el colegio como fuera de él, era respetable su virtud. Pero no contento con los fervorosos y penosos exercicios que hacia en el colegio, deseó ótro todavía mas penoso y mas arriesgado. Este era la peregrinacion á Santiago, para ganar las inmensas indulgencias que han concedido los sumos pontífices á los que van á visitar al santo Apóstol, y asimismo, para experimentar las forzosas penalidades de un camino largo y mal provisto. Solo le faltaba un buen compañero para verificar sus deseos; pero le halló en Contreras, quien se acomodó fácilmente á todos los proyectos de su piedad fervorosa. Habiendo tomado, pues, el hábito de peregrino, salió con su compañero á pie, descalzo, y pidiendo limosna de puerta en puerta, lo que bastaba para exercitar las virtudes de la pobreza y de la humildad; puesto que por lo demas llevaban dinero suficiente para no ser gravosos á sus hermanos. En esta expedicion le sucedió, que entrando en una casa se encontraron una negra, la cual juzgándolos pobres de solemnidad por el vestido, echó mano á la faltriquera y les dió un ochavo de limosna. Toribio le recibió con gusto para no privar á la negra del que habia tenido en exercitar la limosna; pero considerando que élla tenia mas necesidad de aquel dinero, se lo volvió, conservando por toda su vida tan agradecida memoria á aquella muger, que el mismo Santo confesaba que en todas sus oraciones hasta el fin de su vida, era el primer objeto que se le venia á la intencion.

Concluida su peregrinacion felizmente, volvió al colegio menos mortificado su cuerpo; pero mas enriquecida su alma con el tesoro de la divina gracia. Volvió nuevamente á sus antiguos exercicios sin cuidarse ni de los honores, ni de las dignidades, ni de su propia fama, que tan ancho camino le abria para éllas. Pero cuando los ojos de un rey sábio velan sobre sus súbditos para ver el mérito sólido de la virtud, es muy dificultoso que puedan ocultarla ni los santos artificios de la humildad, ni los esmeros con que sabe esconderle el desprecio de sí mismo y del mundo. Bien descuidado estaba Toribio una noche en su colegio, cuando llamando á deshora le traxeron los despachos en que el

Rey le nombraba inquisidor de Granada. Los colegiales recibieron con suma complacencia y aplauso esta noticia, considerando que en la virtud de Toribio era este empleo un medio proporcionado para dar al colegio el honor de un varon consumado en todo género de virtud. En el alma del Santo hizo diferente sensacion el nuevo empleo, como que le consideraba, no como un honor, sino como una pesada carga, que al tiempo que multiplicaba sus obligaciones, añadia peligros á su conciencia. Pero conociendo que era voluntad de Dios, aceptó aquel honor, y tomó posesion en el año de 1575. Constituido Toribio en el delicado empleo de inquisidor, se propuso un camino templado de justicia y de misericordia por donde dirigir sus pasos. Aborrecia los delitos, pero no á los delincuentes, á quienes siempre amaba como á próximos. Conocia la debilidad de las luces del humano entendimiento: sabía con cuánta facilidad suele extraviarse la razon humana cuando no se propone mas guia que la vana filosofía. Estas consideraciones le hacian mirar con la compasion de un padre amoroso á los infelices que habian caido en algun desliz siempre que le detestasen con un verdadero arrepentimiento. Por el contrario, á los rebeldes, á los endurecidos, á los contumaces en sus errores, les aplicaba toda la severidad de la justicia, sin perder por esto de vista el fruto de su correccion y el escarmiento de los que veían. Fue tal la rectitud é integridad con que Toribio se portó en el empleo de inquisidor, que habiendo sido necesario, por causas gravísimas, exâminar de órden superior la conducta de aquel tribunal, de cuyo exâmen resultaron desterrados y privados algunos inquisidores, Toribio, no solamente fue hallado inocente é irreprensible, sino que mereció alabanzas por su conducta.

Cuatro años obtuvo la plaza de inquisidor, en cuyo tiempo, habiendo vacado el arzobispado de Lima, por muerte de don Diego Gomez Madrid, fue electo para ocupar esta silla. Turbó á Toribio la repentina nueva, tanto mas dolorosa para él, cuanto menos esperada. Pero Felipe II., que tenia en el primer lugar de un libro secreto, en que estaban escritos todos los hombres sá-

bios y virtuosos de España, á Toribio, sin que éste lo pretendiese, tuvo presente su mérito para premiarle. Todos los artificios de la ambicion son inútiles cuando un monarca de talento, y de prudencia se empeña en cumplir con sus delicadas obligaciones. Entonces quedan desarmados la intriga y el manejo: y los resplandores que despiden de sí el mérito y la virtud, no pueden ocultarse, por mas que procuren esconderlos la humildad y la modestia. Vióse esto en nuestro Santo, pues cuando pensaba que nadie en la corte se acordaba de él, se halló nombrado para un arzobispado tan respetable como el de Lima. A un corazon ambicioso le hubiera producido esta dignidad mucha satisfaccion y alegría; pero en el de Toribio causó tal melancolía y turbacion, que solo pudo tranquilizarse despues de haber escrito al consejo de las Indias y al Rey su renuncia, concebida en los términos mas activos y eficaces, á su parecer, para que el Rey se la admitiese. Representábale que era todavía muy jóven: que carecia de las prendas necesarias á un buen obispo: que no estaba ordenado mas que de prima tonsura; en una palabra, que era absolutamente inepto para la alta dignidad que le habia conferido. El Rey, que tenia la virtuosa sagacidad inseparable de la prudencia, conoció inmediatamente cuán acertada habia sido su eleccion. Las excusas de Toribio fueron otros tantos incentivos que le confirmaron en el juicio que habia hecho de la aptitud del Santo para obispo. Escribióle, pues, mandándole que aceptase la dignidad; y que á lo mas, se convenia en que lo meditase por espacio de tres meses antes de admitir su dexacion. En este tiempo los parientes de Toribio, sus concólegas y sus amigos, le combatieron fuertemente, proponiéndole muchas razones, que no lograban otro efecto que confirmar en su corazon la renuncia del obispado. Viéndole impenetrable ciertos amigos suyos, que conocian su carácter y su virtud, pensaron oportunamente un medio, el cual sería al Santo irresistible. Propusiéronle que el obispado de Lima, en el estado en que se hallaba, no era un cargo de honor y de interes, sino de penalidades y de inmenso trabajo: que habia infinitas ovejas, que jamas habian oido la voz de su pastor; y

en una palabra, que el no aceptar aquel cargo, era lo mismo que preferir su propia conveniencia al trabajo de conquistar almas para Dios. Estas razones pudieron tanto con Toribio, que aceptó el obispado, porque no sabia negarse á cosa alguna de donde resultase su propia mortificacion, el honor de Dios y provecho de sus próximos. Pero antes exploró la voluntad de Dios con muchos exercicios espirituales, y fervorosa contemplacion, que es el medio de hallar favorable al Padre de las luces. Mientras venian las bulas de Roma pasó á Madrid á recibir las instrucciones del Rey; y de allí á Mayorga á ver á su madre, que aún vivia, á sus hermanos y parientes, y decirles, Adios para siempre. Hecho esto, y consagrado obispo en Sevilla, trató de pasar cuanto antes á su iglesia; y así salió del puerto el año de 1580. La navegacion fue feliz, pues llegó al puerto llamado Nombre de Dios, sin haber padecido novedad importante que pusiese su vida en peligro. No sucedió así en el camino que hay hasta Panamá; pues debiendo pasarse lugares muy fragosos, profundos pantanos, y caudalosos rios, en uno de éstos muy rápido y caudaloso todos consintieron en que habia perdido la vida. Abundan por lo comun aquellos rios de ferocísimos caimanes, animales sumamente carniceros, que luego que perciben que va andando por el rio cualquier animal, se tiran á él con ferocidad, le despedazan y le devoran. Camínase regularmente en mulos ó machos de la tierra, los cuales, acostumbrados á la aspereza y fragosidad de los caminos, recompensan con la seguridad la molestia de la pesadez con que caminan. Badeaba el Santo un rio, y al llegar á la mitad se advirtieron venir hácia él dos grandes caimanes, de cuya ferocidad, estremecido el mulo, hizo tales contorsiones, viendo tan cercana su muerte, que echó de sí al Arzobispo, el cual cayó en el agua embarazado en sus propias vestiduras. Los caimanes, luego que vieron la presa segura, se aceleraron á devorar al santo Arzobispo. Nadie dudó de su muerte, ni de que su vida no podia prolongarse mas que lo que tardase en llegar cualquiera de los caimanes, y atravesarle con sus espantosos colmillos. El Santo advirtió el grande peligro en que se hallaba, por una

parte de ahogarse viéndose en medio de un rio sin saber el arte de nadar, ni poderle practicar, aunque le supiera; y por otra parte viendo venir con las bocas abiertas á despedazarle dos bestias tan enormes. Levantó su corazon á Dios, imploró su misericordia, y al punto advirtió dos contrarios efectos. Los caimanes quedaron inmobles como si fueran dos rocas; y el cuerpo del Santo tan ligero, que como si fuera de corcho fue nadando sin industria y sin trabajo hasta llegar a la orilla. Dió gracias á Dios por el beneficio recibido: hicieron lo mismo todos los que le acompañaban, firmemente persuadidos á que el suceso habia sido verdaderamente milagroso.

Siguió su víage, hasta que el dia 24 de mayo del año de 1581 llegó felizmente á Lima, en donde le hicieron un recibimiento ostentoso. Salióle al encuentro toda la nobleza de la ciudad, y todo el estado eclesiástico, manifestando en sus semblantes un sencillo gozo, que revosaban sus corazones. Las calles por donde habia de pasar estaban adornadas con todo el luxo de la riqueza y todo el primor del buen gusto. Los balcones y las ventanas, las plazas y las calles todo estaba lleno de gente, que al son de acordadas músicas prorrumpian en vivas festivos. Toribio recibió estos aplausos y honores con un corazon lleno de gratitud, y con un alma convencida de las acibaradas consecuencias que se siguen á estas pasageras honras. Uno y ótros se manifestó en su magestuoso semblante, que pareció aquel dia mas bien de un ángel que de un hombre mortal y perecedero. Todos sus súbditos quedaron contentos con la vista de su nuevo Prelado: todos concibieron de él unas ventajosas esperanzas, y todos confirmaron con su vista el alto concepto que de sus virtudes les habia anticipado la fama. Tranquilizadas las cosas, comenzó Toribio á echar los fundamentos de las grandes obras que pensaba edificar. Mandó que le hiciesen un plan exácto de toda su diócesis, en donde se viese claramente su estado actual, el número de los súbditos, la cantidad y cualidad de los réditos, las rentas de las iglesias, sus utensilios y alhajas; de manera que á una simple vista conociese las necesidades que padecian sus ovejas, y los

medios de que se podia valer para remediarlas. Y conociendo que son inútiles todos los esfuerzos de cualquier prelado para reformar y arreglar á sus súbditos cuando da entrada en su casa á la relaxacion y al mal exemplo, cuidó ante todas cosas de arreglar su familia, no permitiendo en élla sino sugetos de probadas costumbres. Así parecia su casa un convento de religiosos fervorosos y contemplativos, mas bien que un palacio de un poderoso príncipe abastecido de grandes rentas y fortuna. Habiendo puesto en órden las cosas de su casa de manera que nadie le pudiese reprender, trató de comenzar una general reforma por todas las clases y en todas las materias. Registró por sí mismo los sagrarios y los ornamentos de las iglesias, dando á las que eran pobres las alhajas necesarias para que celebrasen con decencia los divinos oficios. Averiguó con qué pompa y solemnidad se hacian éstos en todas las iglesias de su obispado; pero principalmente le llevaron su atencion las casas de misericordia, los hospitales, y la instruccion de los indios que habitaban en los parages mas remotos.

Para conseguir todos estos efectos tan importantes á la recta administracion del oficio pastoral, no omitió medio alguno de cuantos juzgó oportunos. Procuraba que obtuviesen los oficios de curas párrocos, confesores y predicadores sugetos idóneos, no solamente por la integridad de sus costumbres, sino tambien por la suficiencia de su sabiduría y de sus luces. A éstos los exhortaba, los pedia, y aun los forzaba á que no desistiesen de repartir contínuamente el pan de la doctrina, como quien estaba bien enterado de que en los vastos paises de la América habia muchas almas perdidas, y muchos campos estériles por falta de obreros evangélicos. Para proporcionar á sus ovejas este espiritual alimento, erigió de nuevo muchas iglesias, en las cuales hacia celebrar diariamente los divinos oficios con todo el aparato de ceremonias, que tanto excita la piedad de los fieles. Proveíalas ademas de lámparas, campanas, ornamentos, y de un predicador que explicase con frecuencia la doctrina cristiana. En cualquier pueblo que el Santo se hallaba, por pequeño que fuese, no se desdeñaba de predicar por sí mismo, ó

de autorizar con su presencia la explicacion de la doctrina que hacia cualquiera sacerdote. En las obligaciones de su cargo episcopal se empleaba de manera, que no le privaba de asistir á los oficios públicos de la catedral en compañía de los canónigos. Veíasele con tanta frecuencia en las horas canónicas, en las oraciones públicas, en el púlpito, en el confesonario, y en la administracion de sacramentos, privativa de su dignidad, que parecia no tener que hacer otra cosa. Estos exercicios no le impedian la oracion, los exercicios de penitencia, y el rezo contínuo, en que era tan exácto, que mientras rezaba, ni al mismo virey admitia á visita. Estableció un tenor de vida tan riguroso y constante, que parecia superior á las fuerzas humanas, y mas propio para acabar con la vida, que para emplearla en obsequio de Dios, y en el provecho de su iglesia. Levantábase el primero de su casa, y antes de romper la aurora; é inmediatamente se ponia en oracion hasta que era hora de decir misa. Decíala con gran devocion y ternura, y despues se entregaba á oir las causas de sus súbditos, á componer entre éllos las discordias, á socorrer á los necesitados, á consolar á los afligidos, y á señalar alimentos á las viudas y huérfanos; y si algun tiempo le sobraba, le consumia en la oracion, ó en el coro. Comia parcamente, y se recogia á un aposentillo, en donde pedia á Dios luces para administrar dignamente el oficio de pastor. Toda la tarde la consumia en oir las representaciones de sus ovejas, y dar las providencias oportunas para su consuelo y beneficio. En esto tenia todo su desahogo, todo su recreo y toda su diversion. A las oraciones se retiraba á su casa, y consumia dos horas en el oratorio en profunda meditacion. Seguíase á esto el decir con los eclesiásticos, sus familiares, el oficio divino; y dicho, pasaba á cenar pan y agua, que fue la cena toda su vida. Retirábase despues de la cena á un aposento secreto, en donde rezaba el oficio de Difuntos, el de nuestra Señora, y su santo rosario. A eso de media noche se recogia á descansar; pero su sueño era tan breve y ligero, que contínuamente le interrumpia pronunciando versos de Salmos, ú otras oraciones jaculatorias. Su casa estaba abierta para todos, y á todas

horas encontraban los necesitados misericordia, y los ofendidos justicia. Sus ojos se fixaban inmediatamente en el mas pobre y andrajoso que le buscaba; y su justicia recta jamás se dexó doblar, ni de la opulencia, ni de la riqueza, ni del poder. Si la justicia le obligaba á exercitar la severidad, era tal la humanidad y dulzura con que aplicaba la sentencia, que los mismos castigados se veian en la precision de reconocer en él, mas bien que á un juez, á un padre amoroso. Puso gran cuidado en que reynase el desinteres en sus tribunales; para este efecto dotó con generosidad á los escribanos, notarios y demas ministros, castigando severamente al que se dexaba corromper de los humanos intereses.

Puesto este órden y arreglo en su casa, en sus familiares, en sus tribunales, en sí mismo y en sus súbditos, trató de ordenar y reformar la disciplina de aquella iglesia, que con los tiempos turbulentos se habia notablemente relaxado. Para este efecto convocó á un concilio provincial citando á todos los obispos sufragáneos; y entretanto emprendió la visita de su obispado con ánimo de volverse á Lima luego que hubiesen llegado allí los vocales, como lo hizo. Desde la fundacion de aquella silla no habia habido mas que dos concilios con el nombre de congregaciones; úno en el año de 1552, y ótro en el de 1567: pero habiéndole faltado al primero la forma legítima de concilio, y al segundo la confirmacion del sumo pontífice, habian quedado sin efecto los decretos y determinaciones de úno y ótro. En el año de 1582, siendo virey de aquellas provincias don Martin Enriquez, se juntaron los obispos sufragáneos de Lima; y habiendo celebrado cinco sesiones, se concluyó felizmente. En él se hicieron muchos decretos y constituciones santísimas, que fueron aprobadas por la Silla apostólica, y mandadas executar por el real consejo de las Indias. Fue tanta la utilidad de sus cánones, la prudencia y sabiduría con que fueron establecidos, que se juzgó oportuno extender su observancia á otros tres arzobispados, y diez y siete obispados, como si fuesen de un concilio nacional, y en todos éllos se observan hasta el dia de hoy con tan conocido provecho, que manifiesta bien el sublime espíritu con que

fueron dirigidas todas las acciones. En este concilio tuvo Toribio algunas amarguras que sufrir; porque habiendo juzgado oportuno comenzar la reforma por los mismos obispos y demas eclesiásticos, se resintió agriamente la avaricia de algunos de éllos, protegida con el favor de muchos poderosos. Pero habiendo conocido el Papa y el Rey el santo zelo de Toribio, la justicia de sus determinaciones, mandaron unánimemente que todos las obedeciesen, de lo cual le resultó al santo Arzobispo mucho mayor amor y respeto que el grande con que hasta entonces habia sido mirado. Otros dos concilios hizo celebrar en su tiempo, pero sus actas se reduxeron únicamente á la observancia de los decretos del primero.

Luego que el santo Prelado estuvo cierto de que su concilio habia sido aprobado por la Silla apostólica, y mandado executar por el Rey, se aplicó á hacer que se observasen con todo rigor sus determinaciones. Una de las mas principales era el establecimiento de seminarios conciliares, en donde se criase con santas instrucciones la juventud, para entresacar de élla ministros aptos, que sirviesen á la Iglesia con la integridad de sus costumbres y con las luces de su sabiduría. En el año de 1581, habiendo juntado antes los caudales necesarios, comenzó la fábrica del primero en la ciudad metropolitana de Lima. Una obra tan santa y provechosa padeció inmediatamente las contradicciones y adversidades que suelen padecer las de su clase. Con pretexto del real patronato quiso el virey hacer privativamente suya la eleccion de seminarista, quitando al arzobispo la accion, juntando á esto otras pretensiones, que apoyadas en el poder y la fuerza, dieron mucho en que exercitarse la paciencia del santo Arzobispo. Pero este digno Prelado, así como tenia una alma grande para emprender obras heróicas, así tambien tenia una fortaleza invencible para no decaer de ánimo en las persecuciones, y para defender á todo riesgo los derechos de la iglesia. Llegó á noticia del Rey la desavenencia entre su virey, y el Arzobispo: reconoció por sí mismo las razones de úno y ótro, y persuadido á que los derechos del sacerdocio no era justo que se confundiesen con los del im-

perio, falló á favor de las justas pretensiones de santo Toribio. A esta contradiccion se siguieron otras muchas sobre diversos puntos que interesaban á la inmunidad eclesiástica. Pero como Toribio habia fixado su alma sobre el firme fundamento de una virtud sólida, y no eran sus propios intereses el móvil de sus acciones, sino la honra y gloria de Dios, este Señor le llenó de una admirable paciencia para sufrir todas las adversidades, y de una fortaleza superior á todas las contradicciones. Pacificadas éstas, se dedicó con todo ardor á cumplir las funciones de su ministerio. Edificó monasterios á las esposas de Jesucristo: destinó lugares de piedad para las doncellas, cuyo honor peligraba: dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos, y curacion de los enfermos. Las rentas de su obispado, que eran cuantiosísimas, no tenian otro destino que el seno de los pobres, en donde sabia que no se las habia de robar el ladron, sino que antes bien las habia de hallar multiplicadas. Un trabajo incesante, y un cuidado contínuo sobre su propia santificacion y la de sus próximos, eran dos exes sobre que rodaba toda la vida de este santísimo Prelado.

Desde el punto que tomó sobre sus hombros tan penosa carga, se propuso conocer á todas sus ovejas una por una, si fuese posible. A este fin emprendió tres veces la visita de su obispado, haciendo las dos completas, y dexando la tercera comenzada por haberle faltado la vida. Caminaba inmensos espacios cubiertos por todas partes de selvas espesas, de pantános peligrosos, y horrorosos precipicios. Nada arredraba la encendida caridad de este santo Prelado, ni los montes intrincados, ni las montañas inaccesibles, ni la fiereza y barbarie de las gentes. Superior á todo buscaba sus ovejas en las quebradas y grutas, en donde vivian á manera de fieras: allí las enseñaba, allí las agasajaba, y daba por bien empleados los repetidos peligros de la vida que habia padécido, por tener el consuelo de haber visto sus ovejas, y haberlas encaminado por sí mismo á la grey de su verdadero pastor, que es Jesucristo. Ya habia consumido este admirable varon cerca de setenta años en una vida irreprensible, y era justo que el Eterno remunerador le

llamase á darle el premio debido á sus merecimientos. Pero así como al buen capitan debe cogerle la muerte con la espada en la mano, así tambien al buen obispo debe faltarle la vida mientras la está empleando en beneficio de sus ovejas. Habia salido de Lima santo Toribio haciendo la tercera visita de su obispado. Llegó cerca de Saña estando ya próxîma la Semana santa, cuyas augustas ceremonias queria celebrar allí por sí mismo. Persuadiéronle que pasase á Truxillo, por cuanto el primero era un lugar poco sano por causa de los calores excesivos. El Santo despreció este peligro, que le pareció remoto; y dirigiéndose á Saña, antes de entrar en el pueblo se sintió con calentura. Agravándose la enfermedad, le mandaron los médicos comer carne, pero como era Semana santa lo rehusó cuanto pudo, hasta que se lo mandaron en conciencia. Viendo los médicos que era su muerte inevitable, ordenaron que se le diese esta noticia para que hiciese sus disposiciones, lo cual executó un capellan suyo. Léjos de entristecerse con la nueva, exclamó con aquellas palabras del Salmo: *Regocijado me he con las cosas que me han sido dichas: iremos á la casa del Señor*; y al que le dió la noticia mandó que le diesen las albricias, que muy de antemano tenia prometidas al que le anunciase la muerte. Dispúsose á ésta, mandando hacer una justa reparticion de todo cuanto tenia, sin excluir el utensilio mas despreciable, entre los pobres de todas clases, á quienes llamaba sus acreedores. Confesóse con grande compuncion y lágrimas; y diciendo que era indigno de que el Señor le visitase en su casa, hizo que le llevasen á la iglesia en una camilla, y allí recibió el Viático con tal devocion, que todos quedaron enternecidos. Vuelto á su casa recibió la Extrema-Uncion, exhalando ardientes suspiros entre frecuentes actos de contricion. Repetia muchas veces aquellas palabras de san Pablo: *Deseo ser desatado y estar con Cristo*, consolando incesantemente á sus familiares, que lloraban su muerte con amargura. Dia de Jueves santo á la misma hora que solia lavar los pies á los pobres, pidió al prior de san Agustin que le cantase el salmo: *In te, Domine, speravi*; y al llegar aquellas palabras: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, exhaló su al-

ma bienaventurada con aquella dulce tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito en el año de 1606, á los sesenta y ocho de su edad, y veinte y cinco de obispado. Su cuerpo quedó tratable y hermoso, y fue enterrado en la iglesia catedral con una pompa, concurso y aclamaciones admirables. El Señor manifestó bien pronto la santidad de su Siervo por medio de infinitas maravillas; y habiéndose hecho las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heróico, y de los milagros con que testificó Dios su santidad, fue beatificado por el papa Inocencio XI., y Benedicto XIII. le canonizó despues en el año del Señor de 1726.

La misa es en honor de este Santo, y la oracion la siguiente.

Ecclesiam tuam, Domine, beati Thuribii confessoris tui atque pontificis continua protectione custodi; ut sicut illum pastoralis solicitudo gloriosum reddidit, ita nos ejus intercessio in tuo semper faciat amore ferventes. Per Dominum nostrum...

Defended, Señor, vuestra Iglesia con la proteccion contínua del bienaventurado Toribio nuestro confesor y pontífice: para que así como la solicitud pastoral le hizo glorioso, de la misma manera su intercesion nos haga fervorosos en vuestro amor. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 50. del Eclesiástico.

Ecce sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroborabit templum. Templi etiam altitudo ab ipso fundata est, duplex ædificatio, et excelsi parietes templi. In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum, et quasi mare adimpleti sunt supra modum. Qui curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione. Qui prævaluit amplificare civitatem, qui adeptus est gloriam in conversatione gentis: et ingresum domus et atrii amplificavit. Quasi stella matutina in medio nebulæ, et

He aquí un gran sacerdote, que mientras vivió sostuvo la casa; y en sus dias restauró el templo. Tambien fue fundada por él la altura del templo, el edificio con dos viviendas, y las paredes altas que rodean al templo. En su tiempo los pozos tuvieron agua copiosa, y se llenaron fuera de medida como si fueran un mar. Él tuvo cuidado de su gente, y la libró de la perdicion. Él mismo llegó á amplificar la ciudad, y alcanzó gloria viviendo en medio de su pueblo, y extendió la entrada del templo. Como la estre-

quasi luna plena in diebus suis lucet. Et quasi sol refulgens, sic ille effulsit in templo Dei. Quasi arcus refulgens inter nebulas gloriæ, et quasi flos rosarum in diebus vernis, et quasi lilia quæ sunt in transitu aquæ, et quasi thus redolens in diebus æstatis. Quasi ignis effulgens, et thus ardens in igne. Quasi vas auri solidum, ornatum omni lapide pretioso. Quasi oliva pullulans, et cypressus in altitudinem se extollens, in accipiendo ipsum stolam gloriæ; et vestiri eum in consummationem virtutis. In ascensu altaris sancti, gloriam dedit sanctitatis amictum. In accipiendo autem partes de manu sacerdotum, et ipse stans juxta aram. Et circa illum corona fratrum: quasi plantatio cedri in monte Libano. Sic circa illum steterunt quasi rami palmæ, et omnes filii Aaron in gloria sua.

lla de la mañana entre la niebla, y como la luna luce en los dias de su lleñura, y como resplandece el sol, de la misma manera resplandeció él en el templo de Dios. Como el arco Iris que resplandece entre las claras nieblas, y como la flor de las rosas en tiempo de primavera, y como las azucenas que están cerca de las corrientes, y como la planta del incienso que huele bien en los dias del estío; como llama resplandeciente, y como incienso que arde en el fuego, como un vaso de oro macizo adornado de todo género de piedras preciosas; como el ciprés que se levanta á lo alto. Al rededor de él hay una corona de hermanos; y así como un alto cedro plantado en el monte Líbano, de la misma manera estuvieron al rededor de él los hijos de Aaron en su gloria, como si fueran ramos de palma.

REFLEXIONES.

Entre las pasiones que combaten el corazon humano con mayor fuerza, y poder mas irresistible, apenas hay una, cuyos esfuerzos le llevan tras sí con mayor violencia que la pasion de gloria. A este ídolo aéreo han ofrecido inciensos los hombres sábios y los ignorantes; los hombres obscuros y los monarcas mas poderosos. Hasta los facinerosos, que obscurecen su vida con exêcrables delitos, han ofrecido víctimas á la gloria de su nombre. Tantos conquistadores exponiendo su vida y su reposo por un pedazo de tierra, que no habian de gozar: tantos sábios acortando los dias de su vida en profundas meditaciones, escribiendo libros que acaso olvidan para siempre las generaciones futuras: tantos des-

lumbrados, que han tenido la temeridad de precipitarse en una sima profunda, ó dexarse morir porque su nombre fuese aclamado como el de un héroe, manifiestan claramente hasta qué punto llegan á embriagarse los hombres con la pasion de gloria. Puede tanto con éllos el lisonjero pensamiento, de que despues de muertos se acordarán los hombres de sus acciones, y repetirán sus heroicidades con entusiasmo, que esta sola consideracion les excita á hacerse singulares entre los demas hombres, sin reparar mucho en que la distincion provenga del vicio ó de la virtud.

Pero si reflexîonasen la enorme distincion que hay de lo úno á lo ótro, y qué diferente gloria reciben, aun en este mundo, los que sirven verdaderamente á Dios, respecto de aquellos que se entregan á los deseos de su corazon, conocerian que aun en lo temporal premia Dios mucho mas ventajosamente que el mundo. El elogio que contiene la epístola de este dia, dedicado por el Espíritu santo á Simon, hijo de Onías, y aplicado por la Iglesia á santo Toribio Mogrobejo, prueba claramente la generosidad con que premia Dios las obras de la virtud. Él es tan magnífico, tan sublíme, tan lleno de imágenes, de magestad y de belleza, y tan expresivo de un mérito heróico y extraordinario, que todos los oradores de Atenas y de Roma no llegaron jamás á imaginar una cosa semejante. Aun prescindiendo de los sólidos fundamentos en que estriba este elogio, hace muchas ventajas por la estructura y por la idea que da del héroe á cuantos panegíricos ha tributado la lisonja al poder y á la tiranía. Jamás cupo en el entendimiento de Plinio un elogio tan magnífico del emperador Trajano; y todos los emperadores hubieran sacrificado gustosos las alabanzas que les tributó la elocuencia, si hubieran llegado á conocer la grandeza de éstas que da el Espiritu santo, y hubiesen tenido el talento y virtud suficiente para merecerlas. La gloria que de esto les resultaria, sería una gloria verdadera, y que dura para siempre: sus alabanzas no se marchitarian como sus laureles; y sus virtudes no serian tan insensibles é insensatas como las piedras que las representan. Si se considera, ademas de esto, el fundamento que tienen únos y ótros

elogios, es preciso convenir en que hay tanta diferencia de únos á ótros, como hay distincion entre lo verdadero y lo falso. La virtud es hermana de la verdad; mútuamente se ayudan, mútuamente se recomiendan, y mútuamente se apoyan. La virtud que tiene el carácter de verdadera, es una misma en todos los tiempos, en todas las naciones, en todas las circunstancias. La verdad la presenta á todos los ojos como amable y digna de aprecio. Su mérito es una luz resplandeciente, cuyos brillos no pueden ocultarse. El corazon mas bárbaro siente la dulce fuerza de sus atractivos; y aun los hombres injustos aprueban en el secreto de su corazon los elogios que se la tributan. De consiguiente, la gloria que consigue un justo por estar contínuamente velando sobre sus obligaciones, es una gloria verdadera, durable, y que debiera llevar la atencion de los hombres, siempre que á éstos les inquietase algun deseo de gloria. ¿Pero se hace así? ¿Son estas ideas las que mueven el corazon humano en la execucion de tan vano proyecto? Dios mio, vos sabeis que no solamente se hacen sacrificios á la vanagloria y á la ambicion, sino que mucha parte de nuestras víctimas las sacrificamos á la necesidad; porque no se puede llamar con otro nombre aquella pasion que dexa al hombre sin discurso, y equivoca sus operaciones con las de los brutos irracionales.

El evangelio es del capítulo 25. de san Mateo, y el mismo que el dia I, fólio 29.

MEDITACION.

Sobre la vigilancia cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cristiano debe velar contínuamente sobre el cumplimiento de sus obligaciones, y que el descuidar en esto juzgándose seguros, y que se camina por un terreno llano y sin precipicios, es una señal funesta que acuerda al temeroso de Dios que está su peligro muy cercano.

A la verdad, dar oidos á la satisfaccion con que el corazon está descuidado, pareciéndole que no necesitaria

velar sobre el cumplimiento de sus obligaciones, sino que basta una atencion ordinaria, que tiene menos de atencion que de costumbre, es una soberbia insoportable que nos hace caer en gravísimos precipicios. Semejante indiferencia provoca la ira de Dios; el cual, viendo la soberbia con que nos atrevemos á poner en nosotros mismos la confianza que debíamos de colocar en él, determina negarnos sus divinos auxílios, con los cuales hacíamos el bien, y sin los cuales no podemos hacer sino el mal. Nos dexa con solas nuestras fuerzas, para que viendo que no son bastantes para precavernos contra nuestros enemigos, conozcamos nuestra debilidad y flaqueza con una expeperiencia funestísima. Este modo de proceder de nuestro Dios es justísimo; porque habiendo despreciado tantos paternales avisos, en que nos manda que velemos sobre nuestras obligaciones, castiga debidamente nuestra temeraria presuncion, desamparándonos, y dexándonos únicamente en manos de nuestra flaqueza. La caida escandalosa del rey David, que en una sola accion cometió tantos y tan horrendos delitos, en ninguna otra cosa consistió que en la seguridad excesiva con que se echó á dormir, sin temer el peligro que le amenazaba. El mismo Profeta santo lo decia así en el salmo veinte y nueve, cuando contrito y pesaroso clamaba á Dios diciendo: *En medio de mi abundancia dixe para mí, Jamás seré apartado, ni removido de la gracia y virtud que ahora tengo. Vos, Señor, apartásteis de mí vuestros ojos, é inmediatamente sucedió en mi alma una turbacion asombrosa.*

Pero ningun exemplo convence mejor los peligros funestísimos de la falta de vigilancia, ó de una confianza necia, que el exemplo de la negacion de san Pedro. Cuando el Salvador del mundo avisaba á todos sus apóstoles que estuviesen alerta, porque podia suceder que en la noche de su pasion padeciesen escándalo sobre su persona, llegó á tanto la temeridad de Pedro, que no dudó afirmar, *que aun cuando todos los apóstoles se escandalizasen, él nunca se escandalizaria.* El misericordioso Señor, que le tenia destinado para pastor universal de su Iglesia, y sabia cuán necesaria le habia de ser la vigilancia, quiso que aprendiese con un saludable escar-

miento, que le diese que llorar para toda su vida, los graves peligros y ruinas espirituales que trae consigo una vana confianza. Dexóle por un momento entregado á sus propias fuerzas; y produxo lo que puede producir por sí mismo un hombre flaco y miserable. Negó á su Maestro, negó á la verdad misma por esencia; negó á su Dios: negó tantos milagros y prodigios como habian visto sus ojos; negó la santísima vida y costumbres que habia visto en su Maestro, y de que estaba cierto hasta la evidencia; y todo esto lo negó con juramento. Pero en esto mismo has de considerar que afirmó: que el hombre nunca está en mas peligro que cuando confia de sus mismas fuerzas: que nunca está mas débil que cuando no le robustece el poderosísimo vigor de la gracia; que nunca está mas cercano á caer en el precipicio que cuando camina descuidado, imaginando que vá seguro; y últimamente, san Pedro nos afirmó con su exemplo, que debemos tener presente el aviso de Jesucristo: *Velad y orad para que no seais tentados*, á fin de que no experimentemos funestas caidas, que llenen por toda la vida de lágrimas nuestros ojos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que vives en un pais enemigo; y de consiguiente, que te es necesaria la vigilancia para precaver tu ruina, y caer en manos de tus contrarios, que forzosamente han de saciar en tí su furor y su ódio.

Es notoria la sentencia del santo Job, que afirma: *Que la vida terrena del hombre es una contínua milicia.* La experiencia diaria nos enseña, que desterrado el primer hombre de aquel lugar de paz y de felicidad en que habia sido criado, nos vemos reducidos á vivir desterrados y peregrinos, pisando siempre un terreno mal seguro, cubierto por todas partes de peligros y asechanzas. San Pedro nos amonesta, *que estemos siempre alerta y velando, porque nuestro comun enemigo anda al rededor de nosotros como leon rabioso que desea despedazarnos.* Es constante que cuando todo faltara, el consejo de un varon tan experimentado en esta materia como el apóstol san Pedro bastaria para hacer conocer al cristiano la necesidad que

tiene de estar contínuamente en vela, para no perder lastimosamente la integridad y la justicia. Nunca logra con mayor seguridad sus fines la astucia de un prudente capitan, que cuando su contrario duerme en los brazos de una necia confianza. Por esta causa el rey Baltasar cayó en una prision vergonzosa, sin que bastase á libertarle de élla un poderoso exército, que no era justo que velase al tiempo mismo que su capitan y su rey estaba descuidado de su ruina. Entregado con los grandes y capitanes de su exército á las delicias de un opíparo convite, se durmió en brazos de la embriaguez: su astuto enemigo velaba entretanto: le acometió, le venció, y con una esclavitud vergonzosa le hizo pagar la falta de vigilancia.

Otro tanto le sucede al cristiano que descuida de la custodia de su alma sabiendo que vive cercado de enemigos. Estos usan mas á su salvo de sus astucias, y executan sus daños sin riesgo de ser sorprendidos. Sus fuerzas se duplican con la propia vigilancia, y con el descuido que advierten en aquel cuya ruina solicitan. ¡Y que siendo esto verdad se ha de ver en el pueblo cristiano tanto descuido de su salud, y tanta indiferencia en los daños que le amenazan! Nada se ve con mas frecuencia que hombres entregados á una necia seguridad. En medio de que no pueden ignorar las estrechas obligaciones que les rodean, y que cada una de éllas requiere toda la atencion del cristiano para su exácto cumplimiento, se vive sin pensar siquiera que hay una virtud que se llama vigilancia. De aquí resultan las frecuentes caidas, que necesitan tambien de una expiacion frecuente. De aquí nacen las transgresiones que se advierten en todos los estados. El magistrado, el juez se dexan sorprender con el interes, ó faltan muchas veces á la justicia por no tener la vigilancia debida, ó para guardarse de los enemigos que intentan corromperles, ó porque no viven de sobreaviso sobre los principios necesarios para exercer bien su ministerio. Los padres de familia ven con dolor los desórdenes de sus hijos y criados, sin advertir que todos éllos nacen del funesto sueño en que éllos yacen dormidos. A este tenor, si acada individuo mete la mano en su pecho, y reflexîona sobre las contínuas faltas que laceran la integridad de su conciencia, conocerá que todos estos males re-

sultan de la falta de vigilancia sobre sus obligaciones, y del descuido criminal que tiene de precaverse contra sus vigilantes enemigos.

JACULATORIAS.

Factum est mihi verbum tuum in gaudium, et in lætitiam cordis mei. Jer. 45.

Vuestra palabra, Señor, ha sido para mí motivo de gozo, y ha regocijado todo mi corazon.

Nos vero orationi, et ministerio verbi instantes erimus. Actor. 6.

Convencido de vuestras soberanas verdades os prometo, que de aquí adelante velaré de contínuo, para que no me sorprendan mis enemigos, empleándome en la contemplacion de vuestras verdades, y en hacer que se guarde vuestra divina palabra.

PROPOSITOS.

Son innumerables los avisos y preceptos que hay en la sagrada Escritura acerca de la virtud de la vigilancia; de manera, que apenas hay punto capital de la religion sobre que se haya manifestado mas copiosamente la doctrina de Jesucristo. *Vigilad*, decia en el capítulo 24 de san Mateo, *porque no sabeis á qué hora ha de venir vuestro Señor. Bienaventurados aquellos siervos*, decia en el capítulo 12. de san Lucas, *á los cuales cuando, venga su señor, los encuentre velando.* San Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo (*Epist.* 2. *cap.* 4.) le decia: *Tú vela, trabaja en todo, y cumple con tu ministerio.* De manera, que la vigilancia es una virtud tan universal y necesaria al cristiano, como prueba claramente la continuacion con que se ve recomendaba en las sagradas Escrituras. En vista de esto, ¿cuáles deberán ser tus propósitos en este dia? Has visto en la vida de santo Toribio Mogrobejo un hombre sumamente zeloso de su salvacion, y que por lo mismo desde niño hasta el último instante de su vida tenia una escrupulosa observancia de todas sus obligaciones. Sin embargo de tan sólida virtud, de tan multiplicados exercicios piadosos, y de estar rodeado de buenos exemplos, se veia en él

un temor contínuo de desagradar á su Dios, que le tenia en contínua vela sobre la mas mínima de sus muchas y delicadas obligaciones. Has considerado los peligros y caidas funestas que han dado los varones mas encumbrados en virtud, cuando se han entregado, ó á una necia confianza, ó á un criminal descuido. Has visto que son innumerables los enemigos que te cercan para dañarte, y extraordinaria su vigilancia. Desde hoy, pues, debes atender menudamente á todas tus obligaciones: hacer mucho caso aun de las cosas mas mínimas: considerar cada una de éllas como el principal objeto de tus esmeros y cuidados: y empeñarte eficazmente en vencer con tu vigilancia la vigilancia de tus enemigos. Cualquiera falta en esta materia te precipita en un abismo; y en un solo instante que te descuides, recibirás un daño irreparable. En todas las materias, á todas las horas, en todas las ocasiones te es necesaria la vigilancia. El enemigo comun del género humano contrahace, y procura imitar por su parte con su malicia, para introducirte al mal, todos los santos artificios de que se vale la gracia para inclinarte al bien. Y así como ésta esconde sus anzuelos en todos los acontecimientos de la vida, en todas las acciones y circunstancias para cautivarte en el servicio de Dios; de la misma manera el dragon infernal siembra asechanzas en todo cuanto ves, en todos los negocios que tratas, velando contínuamente para lograr tu ruina. *No durmamos, pues, como los que están apartados de Dios*, dice san Pablo á los tesalonicenses (*Epíst.* I. *cap.* 5.), *sino velemos, y estemos alerta.*

DIA VEINTE Y OCHO.

San Vidal, mártir.

San Vidal, tan célebre en todo el orbe cristiano, y singularmente en Milan, fue de ilustre y antigua familia. Algunos le hacen padre de los santos mártyres Gervasio y Protasio: lo cierto es que él y toda su familia eran cristianos. Mas por no habérsele ofrecido ocasion oportuna de declararse, y de hacer pública profesion de su fe, se contentaba con asistir, consolar y socorrer á los fieles, sirviendo á éstos de exemplar y de modelo su ajustada vida; y aun á los mismos gentiles causaba admiracion su honradez y su bondad.

Habia servido de oficial en los exércitos del emperador, y se habia distinguido en las funciones. Así por el grado que tenia en el exército, como por el mucho papel que hacia en la ciudad, habia contraido estrecha amistad con el consul Paulino, enemigo mortal de los cristianos; pero en medio de su ojeriza, muchas veces los habia perdonado por respetos de Vidal, cuya intercesion juzgaba ser mero y simple efecto de aquella su bondad natural, que sin distincion de personas se extendia á todos los infelices. A favor de esta reputacion, y del gran crédito que tenia, hizo á los cristianos muy importantes servicios: visitábalos por el dia en las cárceles y en los calabozos, socorriendo sus necesidades, y de noche salia á visitar y á consolar á los que estaban escondidos en las cavernas y entre los peñascos.

Teniendo Paulino que hacer un viage á Ravena, quiso que su amigo Vidal le acompañase. Era en tiempo del mayor furor de la persecucion; y pareciéndole que su presencia podia ser de tanto servicio y consuelo á los cristianos de Ravena, como lo habia sido á los de Milan, consintió en la jornada. Al entrar en la ciudad tuvo noticia de que un cristiano, médico de profesion, lla-

mado Ursicino, á quien conducian al suplicio, atemorizado con la vista de los tormentos, de las uñas de hierro, y del ecúleo, titubeaba en la fe. Parecióle que habia llegado la ocasion en que era preciso declararse, y que tenia estrecha obligacion de ir á alentar á aquel pobre cristiano, á quien el miedo de la muerte estaba ya para precipitar en la mas infeliz apostasía. Encendido de zelo, dexa al consul arrebatadamente, corre al lugar del suplicio, halla medio vencido á Ursicino: rodeábale una caterva de paganos, que ya casi le tenian persuadido á sacrificar á los ídolos. Rompe, atropella, hácese lugar Vidal por medio de la muchedumbre; y comienza á gritar luego que pudo ser oido: " ¿Qué es esto »Ursicino? generoso confesor de Cristo. ¿qué es esto? ¿Al »fin del combate te acobardas? ¿tienes la corona entre las »manos, y por un vano temor quieres dexarla caer de éllas? »Has llegado despues de tantos trabajos al fin de tu ca»rrera, ¿y en el mismo instante que vas á triunfar, te re»tiras? ¿temes media hora de tormentos, y te vas á pre»cipitar en las llamas eternas, que son todos los suplicios? »¿es posible que quien ha sabido dar la vida corporal á »tantos, quiera él mismo irse por su pie á la muerte eterna? »Vuelve á animar tu fe, hermano mio carísimo, alienta ese »pobre espíritu, y lleno de confianza en la misericordia de »aquel Señor, por cuyo amor das la vida, consuma gene»rosamente tu sacrificio." Fueron tan eficaces estas palabras, que sin vacilar un punto Ursicino, confesó á Cristo con mas valor que nunca, y fue coronado del martirio. Quiso Vidal rendirse por sí mismo los honores de la sepultura: y hecho esto, comenzó á disponerse para la corona que le esperaba.

No podia ignorar el consul lo que habia pasado habiendo sido un lance tan ruidoso. Fuéle á buscar á su casa, y hablándole como amigo, le dixo: *¿Has perdido el juicio, ó te has vuelto insensato? porque á menos de estar loco, ó de ser tú mismo cristiano, no es posible hicieses el disparate que hiciste. ¿Qué dirá el pueblo, y qué pensará el Emperador? El Emperador*, respondio el Santo, *pensará que soy cristiano; el pueblo ya dice bien claro que lo soy, y confieso que hago gran gloria de serlo. Tú, Paulino, no trates esto de locura, antes bien reconoce, como*

estoy seguro que tu buen juicio y gran capacidad no puede dexar de conocerlo, que la mayor locura y la mayor insensatez es adorar por dioses á unos malvados que no merecian ser hombres. Ni hay mas que un Dios, ni puede haber mas, y este único Dios es aquel á quien adoran los cristianos, por cuyo amor tienen á mucha dicha el morir.

Mientras hablaba el Santo estaba Paulino cortado y como mudo; por una parte amaba á Vidal, prendado sumamente de su bondad, de su honradez, y de su buen entendimiento, por otra parte le hacia gran fuerza su exemplo, y lo que acababa de oirle; pero vencida la pasion á la razon, mandó que le prendiesen por cristiano, y que como tal fuese desposeido de todos sus títulos y honores.

No se puede explicar el gozo de que se vió inundado el corazon de nuestro Santo: fue tan grande, que no cabiendo dentro del pecho, rebosó por el semblante. Dábase á sí mismo mil parabienes cuando se vió cargado de cadenas, y mezclado en la prision con otros muchos cristianos. Su presencia redobló el valor de aquellos generosos mártires, y con sus exhortaciones hacia todos los dias alguna nueva conquista. Perdiendo el juez Paulino la esperanza de pervertirle, mandó que le atormentasen en el eculéo con tanta crueldad, que se tuvo por milagro que saliese vivo de aquel tormento: descoyuntáronle todos los huesos, desgarráronle los costados con uñas aceradas, tan inhumanamente, que horrorizados hasta los mismos verdugos, no tuvieron valor para llevar mas adelante su barbaridad. Apenas tenia aliento Vidal, y le sobraba espíritu para predicar á Jesucristo en medio de los tormentos. Enfurecido el tirano á vista de la invencible constancia de nuestro Santo, y rabiosamente irritado de verse vencido, mandó que le conduxesen al mismo lugar donde se habia hecho la execucion de Ursicino, que se erigiese en él un altar, y que si no quisiese sacrificar á los dioses del imperio, fuese enterrado vivo en el mismo sitio del altar. Llevaron al Santo como en triunfo al lugar del suplicio, y siendo cada instante mayor su firmeza en confesar á Jesucristo, le arrojaron en una profunda fosa, donde cubierto de piedras y de la tierra, fué á recibir en el cielo el premio debido á

su fidelidad el dia 27 de abril del año de 172 segun Baronio. Luego que espiró nuestro Santo entró el demonio en el cuerpo de un sacerdote de Apolo, que era el que mas habia encendido al juez contra él, y le atormentó de manera, que ni de dia ni de noche cesaba de gritar: *Atorméntasme, Vidal; abrásasme, Vidal*; hasta que al séptimo dia, no pudiendo sufrir el fuego que le consumia las entrañas, se arrojó en un rio, y se ahogó.

Hay en Ravena una de las iglesias mas magníficas del mundo cristiano dedicada á nuestro Santo, y fundada en el mismo sitio en que es tradicion fué su glorioso martirio. Consérvanse sus reliquias en un magnífico sepulcro, y una parte de éllas se venera en la Isla, en Bolonia, y en Praga.

El mismo dia es la conmemoracion de santa Valeria, muger de san Vidal, que volviendo de Ravena á Milan, despues del glorioso martirio de su marido, fue cruelmente asesinada en el camino por unos paisanos, que la quisieron obligar á comer de las viandas que estaban consagradas á los ídolos; pero como respondiese que era cristiana, y que tenia horror á todo cuanto estuviese dedicado á los dioses falsos, la apalearon con tanta crueldad, que llevada á Milan medio muerta, rindió su bienaventurado espíritu dos dias despues, y es reverenciada como mártir.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Vitalis martyris tui natalia colimus; intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor todopoderoso, que los que celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurado mártir Vidal, seamos por su intercesion fortificados en el amor de tu santo nombre: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría, y la misma del dia XIV, fólio 243.

NOTA.

"El libro de la Sabiduría está tan lleno de élla, »que le llama san Agustin, *el libro de la Sabiduría »cristiana.* Es de un estilo elevado y patético: inspira »un profundo respeto á Dios, y un gran menospre»cio de lo que en el mundo parece mas estimable. Ha»ce un vivo y muy parecido retrato del infeliz estado »en que se hallarán los malos, cuando comparezcan an»te el tribunal de Dios."

REFLEXIONES.

Estarán en pie los justos con gran constancia: *Stabunt justi in magna constancia.* En este mundo los malos, por lo comun, llevaron el mejor partido, sobresalieron, triunfaron, brillaron mientras los justos vivian abatidos, humillados en una despreciable obscuridad. Parece puesto en razon, que habiéndose mudado la condicion de únos y de ótros, se mude tambien de tono, y que muden de lugar. Es el mundo la region de las pasiones: éstas reynan en él con fiereza y con imperio: todo cede al poder de los mundanos. La virtud, como extrangera, no puede hacer fortuna; no se entiende su idioma; no se toma gusto á sus máxîmas, porque son enteramente contrarias á las del mundo: parece que se la hace merced en acordarse de éllas aun solo para ser asunto de zumba y de diversion. Se hace gran burla de su modestia, de su circunspeccion, de su recogimiento, de aquella regularidad de costumbres, de aquella severidad, de aquella aspereza de vida. Toda la defensa de los buenos se reduce á un religioso silencio, á una muda paciencia. Ningun mundano se atreve á volver por éllos. A la verdad, su mismo porte es su mejor apología; pero ésta no se oye con el tumulto del mundo y con el ruido de las pasiones. La mayor parte de los escogidos de Dios vive entre el polvo, y muere en la obscuridad; mientras un gran número de libertinos insulta á la virtud hasta el fin de la vida; bien que en la postrera hora los mas la hacen justicia.

Stabunt justi: pero al fin á cada uno le ha de venir su

vez. Hay un tribunal en que los justos han de ser oidos, en que se les ha de hacer justicia, porque encuentran con un Juez íntegro é imparcial. Abogará por éllos no solo su propia conciencia, sino tambien la de los mundanos. Allí se presentarán con la mayor confianza: aquellos hombres tan obscuros, tan humillados y tan tímidos se dexarán ver con desembarazo y con despejo, porque su religion los autoriza, y el mismo Dios será su esfuerzo y su apoyo. ¿Y qué se ha hecho de aquellos hombres tan vanos, de aquellos espítitus tan orgullosos, de aquellas damas tan fieras? Apoderóse de éllos el miedo, cubriéronse de vergüenza, su descamino los llenó de confusion: *Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur*. Quedarán atónitos, pasmados y aturdidos al ver, al acordarse de la felicidad de los santos. Pues qué, ¿es posible que aquellas personas tan retiradas; aquellas mugeres virtuosas tan desatendidas; aquellos pobres tan olvidados, aquellas personas religiosas que mirábamos como enterradas, aquellas almas devotas, de quienes hacíamos tan alto desprecio, que nos complacíamos en hacerlas ridículas, y en reirnos á su costa; aquellos hombres de virtud, á quienes el mundo trataba tan mal, y que eran la fábula, la diversion de sus conversaciones. *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*; esos son aquellos que allí están agregados al número de los hijos de Dios? ¿esos son aquellos que vemos allí constituidos ya objeto de la pública estimacion y veneracion? ¿esos son aquellos, cuya herencia es el cielo, cuya porcion es Dios, cuya suerte es la de los santos, *et inter sanctos sors illorum est*? Sí; *hi sunt*: éllos son; y esta es la suerte de aquel hombre consumido de trabajos, de aquel pobre oficial tan maltratado, de aquel hombre de bien, de aquel hombre virtuoso oprimido. *Nos insensati*! ¿Cuál fue nuestra locura? ¡Cuánta fue nuestra insensatez! De esta manera, tarde ú temprano se hace justicia á la virtud. Así discurrirán algun dia ese jóven atolondrado, ese hombre sin religion, esa muger embriagada del espíritu del mundo, que temen hoy hacer estas reflexîones, ú oirlas desde los púlpitos, porque no inquieten, no perturben su condenable seguridad: *Nos insensati*. ¡Cruel confesion á quien espera el fin de la vida para hacerla conocer! la imprudencia, cuando puede corregirse, es prudencia verdadera; pero cono-

cer el descamino, cuando ya no puede enmendarse, es desesperacion.

El evangelio es del cap. 15. de san Juan, y el mismo que el dia XIV, fólio 246.

MEDITACION.

De la infinita duracion de las penas del infierno.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por terrible que sea la imágen con que nos representamos el infierno; por espantosa que sea la idea que formamos de aquella desgraciada infeliz eternidad; todo cuanto podemos concebir es poco, es casi nada respecto de lo que élla es en sí verdaderamente. Un conjunto, una union, una complicacion de todos los males en supremo y superlativo grado. Dolores sin intermision, tormentos sin límite, arrepentimientos sin medida, duracion sin fin, eternidad, infinidad de suplicios. Todo esto se halla en el infierno; pero el infierno todavía añade alguna cosa mas terrible, mas espantosa que todo esto.

Son sin duda espantosas estas verdades, pero por terribles, por espantosas que sean, al fin son verdades. El rigor, la universalidad, la duracion de aquellos tormentos es una cosa incomprensible; pero mas incomprensible es que el pecador pueda componer creer todo esto y pecar.

¡Ah, que no hay valor, dicen algunos, para pensar en esta espantosa eternidad! Convengo en esto: este pensamiento espanta á los mas resueltos, asusta á los mas inocentes. ¿Pero será la eternidad menos cierta y menos terrible porque no se piense en élla? ¿serán menos eternos los tormentos que merezco?

Añade á esta eternidad de suplicios otra eternidad de arrepentimientos. Ser uno infeliz por necesidad, es suerte tristísima; pero serlo por eleccion, por su gusto, por su antojo, es locura que no tiene otro exemplo sino el de los condenados. Siente entonces el alma todo el ri-

gor de sus penas; toma muy despacio el gusto á toda su amargura; la misma razon sirve para aguzar la punta de sinsabor, y queda toda élla entregada como en presa á los mas desesperados arrepentimientos. ¡O Dios, y qué suplicio!

Padece un condenado, y su mismo entendimiento le sirve de tirano. Fixo inmutablemente en aquel objeto que fue causa de su condenacion, conoce clarísimamente la ninguna substancia de aquellos bienes volátiles que le engañaron; la falsa brillantez de aquella fortuna imaginaria que le deslumbró; la ponzoña oculta de aquellos envenenados é insípidos deleytes que le atosigaron. Conoce, pero de un modo vivísimo, agudísimo, toda la ridiculez de su conducta, todos los errores de su capricho, toda la vanidad, toda la malignidad de sus deseos. En vano hace todos los esfuerzos que puede para apartar los ojos y la imaginacion de estos tristes objetos, cuya vista aumenta la amargura, el dolor y la desesperacion á sus tormentos; el objeto es fixo, y el ánimo está clavado en él inseparablemente.

De aquí nacen aquellos remordimientos desesperados y eternos. Pude no condenarme, y me condené, porque no quise aplicar los medios para evitarlo. Pude ser dichoso por toda una eternidad, y no lo soy, porque no me dió gana de practicar los medios conducentes para serlo. Pude salvarme, tuve mil veces pensamiento, y aun llegué á formar la resolucion de dedicarme á esto, y no me dediqué. ¿Fulano y fulana tenian acaso mas interes que yo en no condenarse? ¿tuvieron mas medios que yo para evitar el infierno? ¿tuvieron menos estorbos que yo para ser buenos? ¿el precio del cielo se puso mas alto para mí que para éllos? Éllos consiguieron su salvacion, yo no conseguí la mia, ¡y me condené!

¡Ah, y si hubiera yo hecho estas reflexiones cuando estaba en parage de hacerlas, y de aprovecharme de éllas! ¡Mas ay de mí! que ya las hice, y aun tuve muy presente el eterno arrepentimiento que me habia de costar el haberlas hecho tan mal, y tan sin provecho. Ya llegó este arrepentimiento; ya le padezco y le padeceré por toda la eternidad. Considera bien toda la amargura, toda la desesperacion de esta rabia. ¡O mi Dios, y qué terrible

es tu venganza! ¡pero al mismo tiempo qué justa! ¡ó y qué profunda es mi malicia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no son el menor tormento del infierno las reflexîones que está precisado á hacer un infeliz condenado por toda la eternidad.

Yo, se dirá él á sí mismo, insensato por disolucion, impío por capricho, por condescendencia y por humor, tenia lástima y aun me reia de los que eran cuerdos y prudentes, porque pensaban en la eternidad. ¿Cuántas veces me zumbé de su reforma, de sus costumbres arregladas, de su delicadeza de conciencia? ¿cuántas me burlé de que no quisiesen ser lo que yo era? ¿pero qué daria yo ahora por haber sido lo que fueron? Preciábame yo de espíritu fuerte, y poco docil de creederas; ahora recibo la paga de mi incredulidad. Su herencia es el cielo; el infierno es la mia: éllos son santos, yo condenado; ¡y pude ser santo como éllos! ¡y eternamente me acordaré que pude serlo! ¡y eternamente estaré pensando que si no lo fui, fue porque no quise! ¡Pude ser santo! ¡ah, y si ahora lo fuera! ¡Pude ser santo, y ya no puedo serlo! ¡y eternamente me estará devorando el arrepentimiento de no haberlo sido!

Estar eternamente pensando en la sangre y en la muerte del Redentor, en la eficacia de los sacramentos, en la multitud de auxîlios, en la facilidad de tantos medios; y estarlo pensando no mas que para tener contínuamente presente el buen uso que debiera haber hecho de éllos, lo mucho que pudieron aprovecharme, y lo infinito que perdí por haber abusado libre y voluntariamente de estos bienes.

¡Mi Dios, qué tormento tan cruel es un arrepentimiento eterno! Es, hablando en propiedad, el tormento del espíritu y del corazon todo junto. ¡Pero qué dolorosa impresion hace en el alma la triste memoria de la breve y casi imperceptible duracion de aquellos vanos y fugaces deleytes que la sepultaron en aquel abismo de desdichas! ¡Ay de mí, y qué fue una vida de ochenta años compara-

da con esta espantosa eternidad! Menos, infinitamente menos que un punto indivisible, comparado con toda la vasta extension del universo.

De aquí nacerá aquella eternidad de arrepentimientos, acompañados de un ódio furioso contra su propia libertad, de que usó tan mal; de una encendida cólera contra la baxeza de aquellas ocasiones de que fue víctima infeliz; de un vivo y agudo dolor por los tormentos que está padeciendo, y fue tan digna de padecer.

Si pudiera un condenado olvidar por algunos momentos el arrepentimiento que le despedaza, ese suplicio menos tendria; pero todo lo tiene presente en la memoria, y el corazon padece contínuamente en estas reflexiones el mas horrible suplicio. Considera bien cuánto le penetrarán estos amargos recuerdos.

Por no disgustar á media docena de hombres ociosos, de hombres desacreditados, sin mérito y sin honra, ¡yo me condené!

Por dar gusto á cuatro libertinos, teniendo cien razones para despreciarlos, desobedecí, desagradé á mi Dios, á quien tenia indispensable obligacion de agradar, ¡y yo me condené!

Por no desobligar á unos amigos disolutos, que debiera avergonzarme aun de mirarlos á la cara, pues nunca podia esperar de éllos cosa buena, incurrí en la desgracia de Dios, ¡y yo me condené!

Por conseguir un vano título de honra, que se sepultó conmigo, perdí el cielo, todo lo perdí, ¡y yo me condené! En fin, por algunas horas de diversion, de insulsísimos deleytes, que solicité por inclinacion, por condescendencia, por respetos humanos, por complacer á ótros, sacrifiqué mi eterna felicidad, perdí mi alma, ¡y yo me condené! Aquella persona tan modesta, tan recogida, tan mortificada se salvó, ¡y yo me condené! Aquel pariente, aquel amigo, aquel religioso, aquella religiosa estan al presente en el cielo, la gloria es su herencia, pude tener el mismo destino, ¡y yo me condené! Así discurre, así habla, así se arrepiente inútilmente un condenado en el infierno. ¿Cuántos de los que estan haciendo esta meditacion hablarán algun dia de la misma manera? No permitais, Señor, que me suceda á mí esta desgracia; y pues

me dais tiempo para prevenir anticipadamente estos arrepentimientos, dadme gracia para evitarlos.

JACULATORIAS.

Miserere meí, Deus, secundùm magnam misericordiam tuam. Salm. 50.

Tened, Dios mio, misericordia de mí por vuestra infinita misericordia.

Adjuva me, Domine Deus meus: salvum me fac secundùm misericordiam tuam. Salm. 108.

Ayúdame, Señor Dios mio, y por tu gran misericordia sálvame.

PROPOSITOS.

1 Creer que hay una eternidad infeliz, y no temerla, es impiedad; temerla, y no pensar contínuamente en élla, es locura: pensar en élla, y no convertirse, es señal visible de reprobacion. ¡Cosa extraña! solo el pensamiento de esta eternidad estremece; y solo porque no nos haga fuerza apartamos de élla el pensamiento. Por lo que toca á ti, procura tenerle siempre muy presente; cuida de que se pasen pocos dias sin traer á la memoria y á la consideracion la desdicha de aquellos, que sepultados en una horrible eternidad, no tienen esperanza de lograr jamás el mas mínimo alivio en sus tormentos. ¿Cuántos de aquellos mismos á quienes tú has sucedido en los empleos, en los mayorazgos, en los estados, en las casas estan ya perdidos en esta espantosa eternidad? Hazte familiares estas reflexîones, porque todas éllas son muy saludables.

2 No eches en olvido esta santa costumbre. Siempre que padezcas algun accidente, algun dolor, como de gota, de piedra, de muelas, &c. haz esta consideracion: ¿Qué tormento sería para mí sufrir este dolor por un año, por seis años, por veínte y cinco años sin el menor alivio, sin la menor tregua? Una cólica viva y una ceática aguda de dia y de noche, sin reposo, sin descanso, ¡y por treinta años! ¡O Dios, y qué tormento sería estar en una cama blanda y regalada sin el mas leve dolor, pero sin mudarse ni moverse por espacio de cuarenta años! Tormento insufrible. ¿Pues qué será padecer todos estos

dolores juntos, todos de una vez, todos complicados únos con ótros, y todos por una eternidad? Pocos exercicios hay mas útiles, pocos que se puedan practicar con mas facilidad, y pocos tambien de que se pueda sacar mayor provecho.

DIA VEINTE Y NUEVE.

San Pedro, mártir.

San Pedro, uno de los primeros mártires que dió á la Iglesia de Dios el sagrado órden de predicadores, nació en Verona de Lombardía por los años del Señor de 1205, de padres inficionados de la heregía de los catáros ó maniquéos; pero como la divina Providencia le destinaba para azote de éllos, le preservó de la infeccion en medio del contagio.

Parece que habia nacido con una como aversion natural á las máximas de esta abominable secta, y á todos los que pretendian imbuirle en élla. Prevenido de no sé qué oculta gracia, aun antes del uso de la razon, igualmente despreciaba los halagos, caricias y solicitaciones, que las amenazas, golpes y malos tratamientos de los que deseaban con la mayor ánsia instruirle desde niño en los elementos de su heregía.

Persuadido el padre á que el horror que mostraba el niño á la doctrina de su secta era inquietud orgullosa de la niñez, que con la edad podria corregirse, resolvió enviarle á la escuela de un maestro católico, por no haberle en Verona maniquéo. Aprendió el niño Pedro con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, singularmente el símbolo de los apóstoles, como se enseña en la Iglesia. Al salir un dia de la escuela le encontró un tio suyo, de los mas furiosamente encaprichados en los errores de su secta, y preguntándole qué leccion habia dado aquel dia, el niño comenzó á recitarle el Credo. Indignado el herege, quiso corregirle, y comenzó á amenazarle, á interrumpirle, á intentar hacerle callar; pero el niño sin

turbarse ni hacer caso de él, fue continuando su leccion, y no le fue posible al tio hacerle que callase, hasta que le encaxó el resumen de todo lo que creia. Admirado y aun enfurecido el herege, se fue derecho á casa de su hermano, contóle lleno de cólera lo que acababa de pasar con su hijo, añadió que si esto no se remediaba con tiempo, algun dia daria mucho que hacer á su secta, y concluyó con aconsejarle que en todo caso no le permitiese estudiar.

O porque el padre de nuestro Pedro fuese uno de aquellos que hacen vanidad de ser muy indiferentes en materia de religion, ó porque hiciese juicio que siempre le sería facil reducir á su hijo á lo que le pareciese, no hizo mas que reir y celebrar el lance; y estuvo tan lejos de no permitir que estudiase, que antes bien observando en el chico un excelente ingenio, le envió á la universidad de Bolonia, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para que saliese hombre sabio.

Con efecto, lo fue en poco tiempo nuestro Pedro; pero aunque hizo maravillosos progresos en las letras, fueron mayores los que hizo en la ciencia de los santos. Era lastimosa la corrupcion de costumbres que reynaba en la juventud de aquella universidad; y es verisímil que esto mismo moviese al padre de nuestro Pedro á enviarle á Bolonia, pareciéndole que una vez que la licencia de las costumbres le estragase el corazon, sería facil borrar de él las impresiones de la doctrina católica. Pero aquel mismo Señor que en Verona habia preservado á su entendimiento de los errores, preservó en Bolonia á su corazon de los pecados, y le asistió para que conservase una maravillosa inocencia de vida en medio de tanta disolucion.

Al paso que la virtud crecia con la edad, crecia con la virtud el miedo á los peligros. Cada dia los iba descubriendo nuevos y mayores: su viveza, la brillantez de su ingenio, su edad, su calidad, sus nobles y gratísimas modales, todos eran lazos contra su inocencia; conociólo, y resolvió ponerse á cubierto de ellos.

Acababa de nacer la santa y célebre religion de Predicadores, y reputándola todos por puerto seguro de salvacion, y asilo muy propio para librarse de las borras-

cas del siglo, apenas conoció Pedro su instituto, cuando resolvió abrazarle, y pasando á buscar á su santo Fundador, se echó á sus pies, y le pidió con instancias le recibiese por hijo y por discípulo.

Aunque tenia á la sazon solos quince años, descubrió en él santo Domingo tanta inocencia, prendas tan raras y una vocacion tan conocida y tan visible, que luego le admitió en la órden, previendo que algun dia habia de ser lustre y ornamento suyo. Muy desde luego confirmó el porte de Pedro al santo Fundador en el concepto que habia formado de él; porque ningun novicio comenzó el noviciado con mayor fervor. Eran sin duda muy grandes los exemplos que tenia á la vista en una comunidad donde todos servian de modelo; pero él no solo propuso imitarlos, sino que hizo esfuerzos extraordinarios para ver si podia excederlos en el camino de la perfeccion.

Dexándose llevar con demasía del impulso de su fervor, declinó en excesos. Era su vida un perpétuo ayuno, y apenas daba lugar á que el cansancio interrumpiese por pocos instantes sus vigilias. Rindióse presto á tan inmoderada austeridad un temperamento tan delicado como el suyo. Cayó enfermo el novicio tan peligrosamente, que se llegaron á perder las esperanzas de su vida. Conocieron todos que su excesiva abstinencia era causa de la enfermedad, cuando advirtieron que se le habian cerrado todos los conductos de la comida de manera, que costaba mucha dificultad hacerle pasar el alimento. En medio de eso quiso Dios que cobrase la salud; y habiendo hecho la profesion religiosa, hubiera aumentado el rigor de su penitencia, á no haber la obediencia moderado y puesto límites á su fervor.

Los progresos que hacia en el estudio de las ciencias eran correspondientes á lo que adelantaba cada dia en el de la virtud. Igualmente santo que sabio, se proporcionó presto para esparcir entre los próximos los ardores de su zelo. Descubrió un talento eminente para el púlpito, una elocuencia varonil y persuasiva, con una mocion que ablandaba los mas duros corazones. Elevado al sacerdocio, esta dignidad perfeccionó su virtud y sus talentos. Ya hacia mucho ruido en toda la Italia la fama de nuestro Santo, cuando el Señor quiso preservarle de los tiros de

la vanidad por medio de una de las mortificaciones mas dolorosas y de mayor humillacion.

Hallábase en Cómo del Milanés extraordinariamente favorecido de gracias celestiales; y estos extraordinarios favores que recibia en la contemplacion eran tan grandes, que algunas veces comunicaba y hablaba familiarmente con Dios y con sus santos. Oyéronle en una ocasion hablar dentro de su celda algunos religiosos, ó poco advertidos, ó demasiadamente zelosos, ó no muy aficionados á fray Pedro; y figurándoseles que habian percibido la voz de una muger con quien hablaba, le acusaron al prior, vistiendo la acusacion de circunstancias tan plausibles, que el prelado llegó á creer que por lo menos habia habido alguna imprudencia, y por élla fue severamente reprendido en público capítulo. Teníase gran concepto de su virtud, y así solo se creyó que habia tenido la indiscrecion de dexar entrar en su celda á alguna muger para oirla de penitencia. Él mismo contribuyó mas que nadie á su condenacion, porque preguntado por el prior sobre el caso en presencia de la comunidad, solo respondió que era grande pecador, y que pedia penitencia. Impusiéronsela, y despues le desterraron al convento de Jesí en la Marca de Ancona, quitándole la licencia de predicar.

Esta dolorosa y humillante mortificacion no solo acrisoló su virtud, sino que le dió tiempo para gustar en su retiro los consuelos celestiales. Empleaba en el estudio y en la oracion todo lo que no gastaba en obras de caridad con los frayles, y en los exercicios mas humildes y mas penosos de la casa; pero Dios volvió por su inocencia cuando el Santo estaba mas gustoso con su humillacion. Llegóse á descubrir la falsedad ó la temeridad de la acusacion, y se le restituyeron todos los honores, volviendo á emplearle en los mismos lustrosos ministerios que antes, lo que fue para el humildísimo Pedro mortificacion mas dura y mas insoportable que la primera.

Dedicado al ministerio de la predicacion, se hizo en poco tiempo como el apóstol de Italia; sintieron y experimentaron los efectos de su apostólico zelo la Marca de Ancona, la Romanía, la Toscana, el Bolonés y el Milanés. Siempre que se dexaba ver en el púlpito movia á

los mas durós, convertia á los mayores pecadores, y todo el auditorio salia por lo menos deshaciéndose en lágrimas y compungido. Los pueblos le salian á recibir en tropas á los caminos; y apenas habia pecador ni aun herege que pudiese resistir á la fuerza de sus razones, á la eficacia de sus discursos y á la poderosa virtud de sus exemplos.

Siendo tan poderoso en obras como en palabras, luego que predicó en Florencia, se acobardaron los hereges, y habiendo triunfado hasta entonces, ya no se atrevian á parecer en público. Persuadió á los católicos á que se coligasen en una especie de cruzada para arrojar de todo el pais á los hereges; y en menos de seis años logró ver católica á toda la Toscana. No persiguió con menos zelo ni con menos dicha á los pecadores y á los hereges del Milanés. No cabiendo en las iglesias su numeroso auditorio, se veia precisado á predicar en las calles, en las plazas y en los campos. Siempre que iba de una parte á otra anunciaban su llegada los pueblos, las villas y las ciudades enteras que se anticipaban por oirle, y al entrar en las ciudades le recibian con repique general de todas las campanas. En Milán se vieron obligados á hacer una silla de manos portatil y cerrada para conducirle de un lugar á otro despues que acabase de predicar, sin peligro de que fuese sofocado por la muchedumbre.

Nunca predicó sin lograr maravillosas conversiones, y rara vez se dexaba ver en público sin obrar grandes milagros. Conociendo bien los hereges que este nuevo Apóstol no pararia hasta exterminarlos, recurrieron al artificio, y juntándolos el que era como xefe ó cabeza de éllos, los habló de esta manera: "Ya veis que el crédito »que este frayle ha sabido grangearse de este pueblo, »igualmente ciego que insensato, por medio de sus falsos »milagros, va á ser la ruina total de nuestra secta: no »hay que perder el tiempo, el mal insta, el remedio de»be ser pronto, y veis aquí el expediente que me ha ocu»rrido. Yo me hallo sano y bueno como me veis, fingi»réme enfermo, mezclaréme entre los demas, y cuando »pase ese embustero comenzaré á clamar como éllos »que me sane; él entonces me pondrá sin duda la ma»no sobre la cabeza, hará la señal de la cruz, y dirá

»que ya estoy sano. Yo descubriré el embeleco, y ha»ré visible al pueblo el embuste de su predicador."

Aplaudieron todos el artificio, y luego se puso por obra; pero con gran confusion del partido. Presentóse el herege delante del Santo, y éste le dixo: *Si estás malo ruego á Jesucristo que te ponga bueno; pero si estás bueno y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo, para que escarmientes, y el pueblo le glorifique.* Al instante cayó desmayado aquel infeliz, y se apoderó de él una calentura tan ardiente y tan maligna, que se creyó no podria llegar vivo á la noche. Viéndose en este estado, él mismo comenzó á publicar á voces su artificio; pide al Santo que se compadezca de él, abjura públicamente la heregía, y recobró la salud del alma y la del cuerpo.

No es facil referir todas las maravillas que obró el Señor por su siervo para confundir á los hereges. Muchas veces se vieron quedar mudos los doctores de la secta en presencia de nuestro Santo; viéronse desvanecer los enredos y marañas del demonio con la fuerza de sus oraciones; y por mas que el infierno bramaba contra fray Pedro de Verona, que así le llamaban los hereges, él confundia á éstos, y triunfaba de aquél.

Animada su fe con el encendido amor que tenia á Jesucristo, y con la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, era cada dia mas viva y poderosa. Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa se derretia en lágrimas, y cuando rezaba el rosario siempre recibia del cielo algun nuevo y especial favor.

Por los años de 1232, viendo el papa Gregorio IX. los tristes progresos que iba haciendo la heregía, y bien informado de la virtud, sabiduría y zelo de nuestro Santo, le hizo inquisidor general de toda Italia. Este santo tribunal, valuarte firmísimo de la fe, centinela de la religion, terror de los hereges, contra el cual en todos tiempos se han desatado éstos tan furiosamente; este santo tribunal á quien España, Portugal é Italia deben el haber estado perpétuamente desterrado de sus confines el error y la mas pronta extincion de la heregía; este santo tribunal, vuelvo á decir, nunca se dexó ver con mayor esplendor, ni jamás se hizo tan temible á los enemigos de

la religion, como cuando logró tener á su frente á nuestro Pedro. Estremecióse, bramó de rabia la heregía, especialmente cuando Inocencio IV. le confirmó en tan importante empleo. Creciendo el zelo con la autoridad, persiguió la heregía hasta su mismo atrincheramiento, y emprendió arrojarla de toda Italia.

Pero aunque su zelo era ardiente y vigoroso, nunca fue amargo ni violento: su carácter era en parte la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo; buscaba la conversion del herege, no su muerte. Mas ni por eso se ablandaron los hereges, ni depusieron el miedo y el horror que le tenian, sabiendo bien que sin convertirse no habia que esperar cuartel ni buena composicion: con que obstinados en no hacerlo, se conjuraron para matarle.

No ignoró el santo Inquisidor la conspiracion, pues predicando un dia, dixo públicamente: *Ya sé que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia han puesto precio á mi cabeza; pero esta es la mayor dicha que me pueden solicitar, hacer que derrame mi sangre por la fe. Mucho tiempo ha que todos los dias pido á Dios esta gracia en el santo sacrificio de la misa. Pero nada ganarán con quitarme la vida, porque espero hacerlos mayor guerra despues de muerto.*

Habiendo sabido los xefes de los sectarios que estaban en Milán, como el Santo se restituia á esta ciudad de su convento de Cómo, donde era prior, y adonde habia ido á pasar las pascuas, apostaron dos asesinos en el camino para que le quitasen la vida. Convenidos en el precio, fueron éstos á esperarle entre Barsalina y Guisano. Uno de éllos, llamado Carin, alcanzó al Santo, que iba rezando, y descargándole sobre la cabeza dos furiosos golpes de hacha, le dexó por muerto. Derribado el santo Mártir en tierra, y nadando en su misma sangre, recogió todos sus espíritus, y comenzó á rezar el símbolo de la fe mientras el asesino estaba dando de puñaladas á su compañero, que se llamaba fray Domingo; pero advirtiendo que el santo Inquisidor se habia levantado lo mejor que pudo, y se habia puesto de rodillas para acabar el Credo, dexó al compañero, volvió á él como una furia, metióle por el pecho el estoque hasta la guarnicion; y con tan gloriosa muerte le labró la preciosa co-

rona del martirio el dia 29 de abril de 1252, á los 46 de su edad.

Fue conducido el santo cuerpo á Milán, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de san Eustorgio, titular del convento de predicadores. Y desde luego se hizo tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesion, que el papa Inocencio IV. le puso en el catálogo de los santos aun antes de cumplirse el año de su muerte, dentro del cual expidió el decreto de su canonizacion. Elevóse el sagrado cuerpo; y habiendo estado algunos dias expuesto á la pública veneracion, fue colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslacion durante el capítulo general de los dominicos, que se celebró en Milán, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho mas magnífico que el primero, dentro de una capilla baxa; y en fin, el año de 1651 hicieron los padres dominicos nueva traslacion de la sagrada cabeza, preciosamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas mas suntuosas y magníficas de la iglesia.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martyris tui fidem congruâ devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei dilatatione martyrii palmam meruit obtinere: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, nos concedas gracia para imitar con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, que por dilatar la misma fe mereció conseguir la palma del martirio: Por nuestro Sêñor...

La epístola es del cap. 2. y 3. de la segunda del apóstol san Pablo á su discípulo Timoteo, y la misma que el dia XXIII, fólio 434.

NOTA.

»Hallándose san Pablo en Roma en su segunda prision »el año 66 de Cristo, escribió esta segunda epístola á su »querido discípulo. Instale mucho á que cuanto antes ven»ga á verle, trayéndole su manto, sus libros, y princi»palmente los pergaminos, que á lo que se cree era la sa»grada Escritura, escrita y arrollada en pergamino segun

»el uso de los judíos. Exhórtale á que se abstenga de cues»tiones inútiles, que solo sirven para escandalizar y para »excitar disensiones.

REFLEXIONES.

Que una virtud falsa, fingida y aparente irrite la cólera de todos, y excite contra élla la indignacion universal, no hay cosa mas justa; porque los hipócritas son objeto del ódio de Dios, y exercicio de la aversion de todos los buenos. Pero que tambien se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo, son hechos que solo puede hacerlos creibles la experiencia, porque parecen igualmente opuestos á la religion y á la razon: *Omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.*

Por mas que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su prudencia; por mas bello, por mas alegre, por mas fino, por mas brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su ayre fiero, desdeñoso, molesto, porque no es la razon la que pinta á los libertinos la virtud, sino su corazon estragado y corrompido. De aquí nace aquel desenfrenamiento tan general contra la virtud cristiana: mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está expuesta la pobre devocion á todos los tiros de la mas maligna crítica. Cada uno juzga que tiene derecho para censurar, para desacreditar, para morder á las personas devotas; apenas hallan abrigo estas pobres contra la murmuracion, y de aquí proviene aquella antipatía tan universal, que es la verdadera causa de la persecucion que padecen: *Persecutionem patientur.*

Los impíos persiguen á la virtud por ódio, los indevotos por venganza, los indiferentes por emulacion, los grandes por orgullo, los plebeyos por despique, por capricho ó por humor. ¿Pero de cuándo acá es delito el no ser úno tan malo, ó peor que ótro? Hasta aquí habíamos oido, aun á los mismos gentiles, que el nombre solo de

cristiano hacia concebir el exercicio y la práctica de todas las virtudes, siendo él solo la mejor apología. ¿Quién habia de creer que en algun tiempo pudiera haber cristianos que desaprobasen la pureza de las costumbres, y una vida arreglada á las máximas del evangelio?

Asombro es que entre hombres que todos profesan una misma religion se encuentren censores tan impíos y tan irracionales; pero cesa la admiracion cuando se exâmina la verdadera causa que pone de tan mal humor á estos desapiadados críticos. Una dama que se reforma, es una muda pero insufrible censura de otras ciento, que conocen muy bien tienen mas necesidad de reformarse que élla; pero las falta la resolucion y el juicio que es menester para hacerlo. Los buenos exemplos de una señorita regular son tantas reprensiones de la que tiene poca cabeza, y esto la obliga á soltar su maldita lengua en toda ocasion contra las devotas.

Un jóven de costumbres cristianas es una viva y penetrante leccion á todos sus compañeros disolutos, que á vista de su exemplo conocen la indispensable necesidad que tienen de imitarle. Siéntese no sé qué secreta desazon y enfado de que los que antes no eran mejores que nosotros hayan abierto los ojos, y comiencen á tener juicio; hácese cuanto se puede para aburrirlos, ó á lo menos para entibiarlos por medio de zumbas insulsas, y tal vez de molestas importunaciones. Pero como el interior de la conciencia rara vez se engaña, ni nos engaña, crece el despique con el remordimiento, y esto es lo que avinagra á los libertinos contra los buenos; esta es la verdadera causa de la doméstica persecucion contra la virtud, y esto es lo que siempre se debe esperar mientras haya en el mundo mugeres locas y hombres disolutos. La demasiada luz ofende á los ojos flacos, porque irrita el mal humor. Muérdese, censúrase, satirízase á los buenos, porque los malos quieran persuadirse á que no hay verdadera virtud en el mundo, para vivir tranquilos en su vida licenciosa, y autorizar de este modo el desórden de sus costumbres.

El evangelio es del cap. 15. *de san Juan, y el mismo que el dia XIV, fólio* 246.

MEDITACION.

De la fe.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe viva nos une con Jesucristo. El justo vive de la fe, y el alma sin élla es como el sarmiento separado de la vid, que solo sirve para el fuego. ¿Pero piensas si cuando venga á juzgar el Hijo del hombre encontrará mucha fe sobre la tierra? ¿hallaria mucha si viniera á juzgar el dia de hoy? Es cierto que hay muchos cristianos; ¿pero entre éllos hay tambien muchos verdaderos fieles? ¿ó son propiamente fieles todos los cristianos? Aquella fe que venció al mundo, disipando los errores, desterrando el vicio, corrigiendo las costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, tan eficaz en milagros; aquella fe que dió á la Iglesia mas de diez y siete millones de mártires; que pobló los desiertos con un casi infinito número de solitarios; ¿esta fe, digo, vive verdaderamente en mí? ¿mis máxîmas, mis costumbres, mi conducta dan á conocer esta fe? El que solo tuviese una noticia especulativa del verdadero cristiano, ¿se persuadiria á que yo lo era solo con verme y observarme?

¡Mi Dios, qué contrariedad tan monstruosa se nota en lo que creo y en lo que hago! Creemos que solamente fuimos criados para Dios; esto es, que no fue el sol criado para alumbrar, ni el fuego para arder, mas que nosotros lo fuimos para amar á Dios y para servirle. Estan contados todos nuestros dias, y ni el mismo Dios puede dispensarnos por una sola hora de éllos en la estrecha obligacion que tenemos de servirle y de amarle. Todo aquello á que se nos antojó dar el título de grande, negocios importantes, proyectos magníficos, empresas animosas, todo es bagatela, todo es nada, cuando Dios no es el motivo de ello. Esta es la verdad fundamental de nuestra religion; esta es la basa sobre que estriba todo el edificio del cristiano; conviene á saber, el persuadirnos y creer firmemente que ningun otro objeto nos puede hacer feli-

ces sino la posesion de solo Dios; que ésta es la que únicamente puede satisfacernos aquella vehemente ánsia que tenemos de serlo; que hablando en rigor y en propiedad, no hay otro bien sólido y verdadero sino solo Dios; y que el único medio de poseerle es vivir segun las máximas del evangelio; finalmente, que si Dios no fuere nuestra suprema felicidad, de necesidad ha de ser nuestra suprema desdicha.

Creemos que el pecado es el supremo mal del hombre, ó por mejor decir, que es el único verdadero mal; convenimos tambien en que sola la virtud nos puede hacer dichosos aun en el mundo, y en que nuestro gran negocio, nuestro único negocio es salvarnos. Tampoco se puede decir que ignoramos la dificultad que ha de costar el salvarse, ni las terribles consecuencias que se siguen de perderse. Creemos que despues de esta vida se sigue una eternidad feliz, ó una eternidad infeliz, y que la muerte, aunque sea la mas imprevista, es el momento decisivo de nuestra suerte eterna. Creemos que hay infierno; y creemos que la espantosa infinidad, la eternidad de tormentos que se padecen en él, es justo castigo de un solo pecado mortal. Este es un compendio de las verdades mas esenciales que creemos, esto es lo que hacemos profesion de creer, y lo que es menester creer indispensablemente; esto es, mi Dios, lo que yo creo. ¿Pero cómo se compone con esto mi desordenada vida?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque es cosa bien extraña que se hallen en medio del cristianismo algunos cristianos que hacen todo lo que pueden para no creer aquello mismo que temen; aun es mucho mas extraño que se encuentren no pocos que hacen ostentacion de no temer aquello mismo que creen. ¡Puede haber mas impenetrable misterio de iniquidad! Rendirse el entendimiento á la ley, y resolverse el corazon contra sus preceptos; religion santa y costumbres estragadas en los que la profesan; crees todo aquello que impone una indispensable necesidad de vivir una vida inocente, exemplar, irreprensible, y vivir de manera que se desmienta todo lo que se cree. A la verdad

es deplorable la suerte de los infieles; ¿pero el desórden de la mayor parte de los cristianos los promete mejor suerte? Gran desgracia es no vivir dentro del gremio de la Iglesia; no tener derecho á la eterna bienaventuranza; ¿pero será desgracia menor ser hijo de la Iglesia, y hacer indigno de la eterna bienaventuranza á que se tiene derecho? Ciertamente, ¿cuál será menos malo, ó no creer lo que hay obligacion de creer, ó no hacer casi nada de lo que se cree? ¿por cuál de estas dos partes me comprenden estas concluyentes reflexiones? ¿cuál es mi fe? ¿y cuáles mis costumbres? En fin, yo creo, porque me causaria horror el ser infiel; ¿pero vivo como cristiano?

Creo que el infierno, que una eterna desdicha es pena justa del pecado mortal; ¡y todavía peco! Creo que Jesucristo, mi Señor, mi Redentor y mi Juez está realmente presente en el sacramento del altar; ¡y estoy sin respeto, sin devocion, sin un reverente temblor en su presencia! ¿Atreveríame á ponerme delante de los grandes del mundo con la misma inmodestia, con la misma libertad con que me presento en la iglesia? Sé muy bien lo que es, y lo que vale una misa; ¿y con qué devocion, con qué ánsia asisto á élla? ¡O Dios, y qué terrible efecto hace en el corazon de un moribundo esta oposicion de fe y de costumbres! ¿Qué pensaré yo mismo de esto en aquella fatal hora, que dentro de poco tiempo ha de decidir mi suerte eterna?

Créese que hay infierno, ¡y se peca! Aquella muger profana, cuya conciencia es un caos, y que idolatra en el mundo, cree las verdades del evangelio, ¿y cree que hay infierno?

Aquellos hombres perdidos y disolutos, cuya vida es una cadena de maldades, que se burlan con la mayor insolencia de todo cuanto suena á devocion, que hacen chacota hasta del infierno mismo, ¿creen que hay infierno?

Aquella gente ociosa y haragana; aquellos idólatras de la diversion, del regalo y del deleyte, que pasan la vida en un afectado olvido de Dios, en una delicadeza gentílica, que solo tienen un baño, una superficie de religion; aquellos hombres que todo lo sacrifican á un vil interes y á otras cien torpes pasiones; ¿todos estos creen que hay infierno?

Estremécese uno solo con la consideracion del infierno; ¡y con todo eso á vista de este mismo infierno peca! ¿Pero acaso no se creerá esta terrible verdad? ¡Mas ah, que sí se cree! Y si no, ¿por qué se clama tanto por el confesor á vista de una muerte que amenaza? Pero valga la verdad; ¿se podrá ajustar una vida gentílica con las máximas de la religion en aquel mismo momento en que se espira? Entre la conversion y la muerte es menester que se pase algun tiempo.

Ámome mucho y no quiero condenarme; ¿pero vivo de manera que no pueda temerlo? Si se considera lo que creo, y cómo vivo, ¿podré racionalmente esperar que me salvaré? ¿cuántos que meditan esto desesperarian de la salvacion de ótro que viviese como éllos viven?

¡Ah mi Dios! ¿qué sería de mí? ¿cuál suerte sería la mia si en este mismo punto hubiera de ir á daros cuenta de mi vida? ¿me serviria de disculpa decir que no lo pensaba? Pensándolo estoy ahora; pero mis obras desmienten mi fe; mis costumbres contradicen mi religion. ¿Y me contentaré con solo considerar que sería digno de la mayor compasion si muriese en circunstancias en que yo mismo habia de ser el primero que me condenase, y que me hiciese justicia? Ah Señor, pues no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia, que con élla de hoy en adelante mis costumbres, mis máximas, mi vida corresponderán á mi fe.

JACULATORIAS.

Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam. Marc. 9.
Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe.

Domine, adauge nobis fidem. Luc. 17.
Señor, aumentadme la fe.

PROPOSITOS.

1 Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, pero la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias. Por eso la infidelidad es igualmente fruto de un

corazon estragado, que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un heresiarca, ó á algun herege? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente su propio juicio al juício de toda la Iglesia, y aun á las soberanas luces del mismo Espíritu santo. ¿Se ha visto nunca que un herege se rinda de buena fe á las constituciones de los papas, ni aun á las decisiones de los concilios? Cree el herege que solo en él reside el espíritu de Dios: *Ego sum videns* (1. *Reg.* 9.). Yo solo soy el que tengo buena vista. ¡Puede haber mas lamentable ceguedad! Y con todo, este es el verdadero carácter de todos los que adolecen de la falta de fe. Imponte, pues, una ley de rendir tu juicio, tu razon, tu estudio, todo tu saber á cuanto decidieren tus prelados, y especialmente la santa silla apostólica. En hablando la Iglesia, todos deben oir, todos obedecer, todos callar. En este punto el rendimiento de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente, y estar muy pagado de su entendimiento y de su juicio, ó es señal, ó es incentivo del espíritu del error. Los de corta capacidad y corto espíritu son mas difíciles en sujetarse; de aquí nace que los semisabios, los ignorantes y las mugeres son los que con mayor dificultad deponen sus caprichos. Comprende bien la malignidad de este defecto, y prevee todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la Iglesia cree; de no ver sino lo que élla te pone delante; de no hablar sino el lenguage que élla habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquiera otra xerga ó gerigonza.

2 Exercítate entre dia en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no solo en la iglesia en el santo sacrificio de la misa, y durante los demas exercicios espirituales de obligacion ó de devocion, sino en lo restante del dia, y en medio de otras ocupaciones. El orígen de los desórdenes es el desmayo y la debilidad de la fe; y estos frecuentes actos la alientan, la excitan y la avivan. Dí con aquel Padre de quien habla el evangelio: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe; otras veces dí con Marta: *Utique, Domine, ego credidi quia tu es Christus Filius Dei vivi,*

qui in hunc mundum venisti. Sí, Señor, yo creo firmemente que vos sois Cristo hijo de Dios vivo, que baxásteis al mundo á redimirle; ó en fin con los apóstoles: *Adauge nobis fidem*: Señor, aumentadnos la fe.

DIA TREINTA.

Santa Catalina de Sena, vírgen.

Santa Catalina, á quien hicieron tan célebre en el mundo los extraordinarios favores que recibió del cielo casi desde la cuna, fue hija de un tintorero de Sena en Toscana, llamado Jacobo Benincasio. Nació Catalina gemela y acompañada de otra hermanita suya, el año de 1347, resolviéndose su madre á criarla por cierto movimiento de especial amor á esta niña, aunque no la habia hecho con ninguno de los demas hijos.

La alegría natural y el humor inocentemente festivo que mostró desde luego la niña Catalina, movió á todos á que la diesen el epíteto de *Eufrosina*, y la innata propension, que en medio de su alegría descubrió á todo lo que era virtud, la mereció ya á los cinco años el general renombre de la *Santica*, anticipándose la virtud á la razon, y la razon á la edad.

Luego que aprendió el Ave María, notaron que siempre que subia las escaleras de su casa se paraba á cada escalon para rezarla. Parece que habia nacido con élla la devocion á la Madre de Dios; y el Hijo la inspiró un deseo tan ardiente de consagrarse toda á él, y de no tener otro esposo, que al entrar en los ocho años hizo voto de perpetua castidad.

Desde entonces fueron mas abundantes los favores, y visibles los progresos que adelantaba cada dia en la virtud: y una vision que se cre tuvo en aquel tiempo, en que se la apareció Jesucristo, la abrasó tanto en su divino amor, que fue víctima de sus incendios. Desde aquel

punto todo su gusto era la soledad y la oracion; haciéndosela muy familiares la abstinencia, el ayuno y otras ingeniosas mortificaciones que ocultaba cuidadosamente á la noticia de sus padres, y no pensando mas que en agradar y complacer á su celestial Esposo.

Costóla bien caro una leve condescendencia. Viendo su madre que en ninguna de sus hijas podria afianzar tanto las esperanzas de un ventajoso acomodo como en las sobresalientes prendas de Catalina, la mandó que se vistiese con menos desaseo, ó no con tanto descuido, y que cultivase los dotes naturales de que el Señor la habia adornado. Instábala sobre lo mismo otra hermana suya casada, y no la dexaban sosegar. Por librarse de esta especie de persecucion doméstica consintió Catalina en dexarse rizar el cabello; pero conociendo en la oracion lo mucho que habia desagradado á Dios esta complacencia, concibió tan vivo dolor y arrepentimiento, que toda la vida la lloró como el mayor pecado que habia cometido, y tenia cuidado de acusarse todos los años de él con muchas lágrimas.

No gustaba á sus padres la inclinacion al retiro que mostraba Catalina. Y habiéndola pretendido por esposa un caballero, á quien habia prendado su virtud y su hermosura, toda la familia celebraba mucho esta grande conveniencia; y apurando toda élla á nuestra Santa para que prestase su consentimiento, tomó la resolucion de cortarse el cabello, y echarse un velo sobre la cabeza; así lo hizo, saliendo un dia de repente en esta disposicion, para que sirviese al mundo de desengaño de que no pensaba tomar otro esposo que á Jesucristo. No se puede ponderar lo que sintieron sus padres una determinacion tan impensada; y así en despique, como para que perdiese tódas las ideas de devocion, la echaron á cuestas el cuidado de toda la casa, mandándola hacer los oficios mas baxos y mas penosos de élla.

Aunque esta sensible y dolorosa humillacion la resarcia en parte el tiempo que la quitaban para vacar á Dios, la mortificó mucho verse privada de su dulce soledad. Quejándose al Señor un dia de esto, oyó una voz interior que la dixo fabricase dentro de su corazon una celdilla, en la cual podia retirarse, y vivir muy sola en medio del

bullicio hacendoso de la casa. Desde aquel punto no perdió de vista á Dios, sin que interrumpiese su oracion la multitud de las ocupaciones, y mostrando bien la risueña alegría del semblante la tranquilidad de que gozaba su corazon. Finalmente, su constancia desarmó la cólera de sus gentes; porque observando el padre su perseverancia y su igualdad en la virtud, conoció que era Dios el autor de sus resoluciones; y prendada la madre no menos de su paciencia que de la apacibilidad que habia mostrado en aquella doméstica persecucion, determinó no oponerse á la voluntad del Señor, y ámbos la dexaron libertad para que siguiese lo que la inspirase la divina gracia.

Valióse Catalina de esta licencia para ensayarse en el rigor de la vida que pensaba hacer entrando en la tercera órden de penitencia del padre santo Domingo. Abstúvose absolutamente de vino y de toda carne, no comiendo mas que yerbas crudas sin pan: dos costales, ó dos quilmas sin paja, y sin otras mantas, eran su cama, su mesa y todas sus sillas. En vez de silicio se rodeó al cuerpo una cadena de hierro armada de puntas, que nunca desprendió de él hasta pocas horas antes de su muerte, y entonces por obediencia. Desde edad de diez y ocho años se interdixo para siempre el uso del lino, y desde entonces fue su vida un contínuo ayuno, y un prodigio de penitencia. Apenas tomaba una hora de sueño por la noche; todo lo restante de élla lo pasaba en oracion. Confesó á su director que ninguna cosa le habia costado tanto como vencer el sueño. Cada dia tomaba tres sangrientas disciplinas con inocente crueldad; no pudiéndose apenas comprender cómo una tierna doncellita de diez y ocho años de edad, de salud debil y de complexîon delicada tenia fuerzas para tan espantosas penitencias. Todo el cuidado de su director era moderarlas, poniendo límites á las encendidas ánsias que tenia Catalina de mortificarse.

Por este tiempo cayó mala; y como su madre, que la queria mucho, aunque la hábia mortificado tanto, se sobresaltase extrañamente, la declaró Catalina que su salud dependia absolutamente de entrar en la tercera órden de santo Domingo; lo que obligó á la madre á que élla misma solicitase con las beatas que admitiesen á su hi-

ja, no obstante haberse opuesto siempre á esta resolucion.

Recibió el hábito, y con él aquella extraordinaria abundancia de dones sobrenaturales que hicieron á Catalina una de las mas célebres santas de estos últimos siglos. Libre ya de todos los estorbos que en cierta manera aprisionaban su fervor y sus devociones, se prescribió á sí misma un riguroso silencio por espacio de tres años, en cuyo tiempo no habló mas que con su confesor, ni salió de su celdilla sino para la iglesia. Impúsose una como ley de pasar en oracion todo el tiempo de la noche que los religiosos no estuviesen en el coro; y aun el corto descanso que tomaba, ó sobre unos sarmientos, ó sobre la desnuda tierra, tampoco interrumpia su oracion; siendo tan extraordinario su fervor, y tanto el rigor de sus penitencias, que todos estaban persuadidos á que solo vivia de milagro.

Invisible la santa Vírgen á todo el resto de las criaturas, gustaba sosegada y plácidamente de aquellas espirituales dulzuras, que son como anticipados destellos de las delicias del cielo; cuando irritado y envidioso el infierno de su inocencia, excitó contra élla una tempestad horrible. Sintióse asaltada su imaginacion de los pensamientos mas feos y mas torpes, y combatido su purísimo corazon de las tentaciones mas vergonzosas y mas impuras. Fue tanto mayor su sobresalto y su susto, cuanto era mas perfecta y mas delicada su pureza. En vano dobló la oracion, aumentó las penitencias, y se esforzó á apagar con sus lágrimas las llamas de aquel incendio; porque el Señor queria acrisolar su virtud con aquella dolorosa prueba, haciéndola conocer mejor así la fuerza como la necesidad de su divina asistencia, y humillándola tan sensiblemente, disponerla por este medio para recibir los favores divinos mas extraordinarios.

Terminóse el combate, y fue señal de la victoria una amorosa aparicion de la santísima Vírgen, y de su dulcísimo Hijo, á cuya vista se disiparon los vapores, y remaneció en el alma la serenidad. Desde aquel dia todo fue una perpétua série de éxtasis, de arrobamientos y de frecuentes revelaciones. Pasaba dias enteros arrobada en íntima comunicacion con su Dios; conversaba con los san-

tos del cielo familiar y ordinariamente; pero sobre todo era admirable su singular familiaridad con la santísima Vírgen, á quien llamaba su querida madre, y con Jesucristo su divino esposo.

El reverendísimo padre fray Raymundo de Capua, general de la órden de santo Domingo, y confesor de nuestra Santa, que escribió su vida, asegura, que doblando sus oraciones y penitencias en los últimos dias del Carnaval, se sintió movida en el fervor de su oracion á pedir al Señor una fe tan viva, que nunca se debilitase, y una fidelidad á toda prueba, que la asegurase la dicha de ser eternamente esposa agradable á sus divinos ojos. Añade el mismo Historiador que al punto se la apareció Jesucristo, acompañado de la santísima Vírgen, de san Juan, de santo Domingo y de otros santos, y la declaró que habia sido oida su oracion, que la otorgaba su súplica, y que desde allí adelante se dignaba de recibirla por esposa suya, dándola por señal un anillo que debia traer en el dedo todo el resto de su vida.

Hasta este tiempo vivia Catalina como enterrada en su soledad y en su celda, sin dexarse apenas ver mas que en la iglesia y al pie de los altares; pero despues de este insigne favor la dió á entender su celestial Esposo que pedia la caridad se dexase ver en el mundo un poco mas. Dió principio á los exercicios exteriores de esta virtud, encargándose de la asistencia de dos pobres mugeres enfermas; una de éllas, llamada Toca, estaba cubierta de tan asquerosa lepra, que ninguno se atrevia á arrimarse á élla, y ya se trataba de exponerla en el campo, echándola fuera de la ciudad. Viéndola Catalina abandonada de todos, tomó de su cuenta cuidarla por sí misma, y dos veces al dia la visitaba, asistiéndola y socorriéndola en sus necesidades. En lugar de agradecer Toca tan extraordinaria caridad, se irritaba con élla, y siempre recibia á Catalina con enfado: tratábala con desabrimiento, y cargábala de injurias, como si la santa Vírgen fuese esclava de la ingratísima enferma. Pero este bárbaro desconocimiento encendia mas la caridad de Catalina; y la sirvió hasta que espiró con zelo ardiente y con teson asombroso.

La otra muger se llamaba Andrea, y tenia un pecho

encancerado, y tan hediondamente podrido, que no habia quien pudiese tolerar el mal olor. Los primeros dias se mostró, no solo agradecida, sino confusa á vista de caridad tan portentosa; pero acostumbrándose á élla insensiblemente, llegó á olvidarse tanto del beneficio, y á cobrar tanto horror á Catalina, que manchó su honra con las mas feas calumnias, publicando que andaba divertida, y que empleaba en la torpeza el tiempo que fingia retirarse á la oracion. Juntóse á esta mala muger otra tan mala como élla, llamada Palmerina, y ámbas supieron vestir de tan aparentes colores la impostura, que no solo se la persuadieron á los disolutos, pero aun se la hicieron creer á muchos buenos. Sin embargo de ser tan sensible y tan afrentosa la calumnia, no despegó Catalina sus labios para justificarse; no habló ni una sola palabra, y solo cuidó de doblar sus visitas y sus limosnas á la enferma; tanto, que como un dia sintiese no sé qué repugnancia, horror ó asco en el estómago al tiempo de curarla, la generosa Vírgen aplicó intrépidamente su purísima boca á la hedionda llaga encancerada, echándose á pechos la podre, y venciéndose á sí misma, venció tambien á la calumnia á fuerza de beneficios. Reconocieron en fin su culpa aquellas pobres mugeres, y publicaron la inocencia de nuestra Santa, cuya humildad tuvo mas que padecer en esta justificacion, que en aquel feo borron de su fama.

La caridad que usaba con los pobres hubiera agotado los fondos que encontraba para socorrerlos, así en su familia, como en otras personas devotas, á no haber suplido Dios algunas veces con milagros. El mismo Cristo, disfrazado en figura de pobre, quiso, al parecer, experimentar hasta dónde llegaba su caridad y su paciencia. Despues de haberle dado Catalina todo lo que habia podido recoger, como el pobre aún no se mostrase satisfecho, élla le rogó que tomase tambien aquello que era de su uso. Apareciósela el Salvador la noche siguiente, y la dió á entender de un modo tan tierno como lleno de consuelo, que él era aquel pobre á quien habia socorrido con tanta generosidad el dia precedente.

Al paso que era inmensa su caridad, era tambien excesivo su zelo por la salvacion de las almas; siendo po-

cos los miserables á quienes no convirtiese al mismo tiempo que los socorria. En una palabra, la vida de esta insigne Santa fue una tela de maravillas, un asombro compuesto de milagros. Perdió enteramente el gusto y aun el uso de todo género de comida; sustentábase de la Eucaristía, siendo este pan de ángeles casi su único alimento. Una vez pasó desde principio de Cuaresma hasta la Ascension sin probar otro bocado, sirviéndola de sustento la comunion que recibia cada dia. Dixo un dia á su confesor que su divino Esposo y élla habian trocado de corazones, y que aquél la habia impreso sus sagradas llagas, cuyo vivísimo dolor sentia sin intermision en los lugares correspondientes, aunque habia alcanzado de él el singular beneficio de que este favor se ocultase á los ojos de los hombres.

Añadióla el cielo á estas gracias un entendimiento tan elevado, y una tan consumada prudencia, que era venerada como oráculo de su siglo. Las obras que logramos con nombre de santa Catalina, y singularmente muchas cartas que escribió á los papas y á los cardenales, y á varios príncipes, son pruebas admirables de su ingenio, de su cultura y de su discernimiento.

Habiéndola obligado el bien público de la santa Iglesia á salir de su retiro, dió al mundo esa prueba mas de que la verdadera santidad está reñida con la inaccion y con la poltronería; y que los santos saben dexar las dulzuras de la soledad siempre que entienden quiere Dios servirse de éllos para los negocios exteriores.

Como los florentinos se hubiesen sublevado contra la Iglesia romana, y el papa Gregorio XI. los hubiese excomulgado por esta rebelion, creyeron que ninguna persona sería mas oportuna para negociar la reconciliacion con la santa Sede que nuestra Catalina; y la nombraron por su diputada al papa, que residia en Aviñon. Ningun trabajo la costó el aplacar el ánimo del Pontífice, quien defirió tanto á élla, que quiso fuese sola el árbitro de la paz que concedia á los florentinos. Pero Catalina no tenia menos en el corazon otro negocio de mucha mayor importancia, que era la restitucion de los papas á Roma, de donde habia sesenta años que se habian ausentado. Reprendiendo un dia el papa Gregorio á cierto obis-

po, porque faltaba á la residencia en su obispado, le respondió: *Santítimo padre, en eso no hago mas que imitar el exemplo de los papas, que ha sesenta años que no residen en el suyo*; y aunque la respuesta fue irreverente y atrevida, hizo tanta fuerza al Papa, que en el mismo punto hizo voto en su corazon de restituir á Roma la silla apostólica; y consultando este punto con nuestra Santa, sin declararla el voto que habia hecho, le respondió Catalina: *Santísimo padre, ¿para qué consulta V. Santidad una cosa que ya tiene ofrecida á Dios?* De lo que admirado el Papa, porque solo Dios podia saber el voto que habia hecho, deliberó ya ponerle en execucion; y así, partiendo de Aviñon el dia 13 de septiembre de 1373, entró en Roma á 17 de enero del año siguiente. Luego llamó á la Santa á aquella corte, y aprovechándose mucho de sus consejos, no fiaba menos de la eficacia de sus oraciones.

A la muerte del Papa, que sucedió dos años despues, se siguió un funesto cisma. Urbano VI., sucesor de Gregorio, no honró menos á santa Catalina que su predecesor; y convencida la Santa de que éste era el legítimo pastor de la Iglesia, trabajó con todas sus fuerzas en que todos le reconociesen por tal; experimentándose principalmente en esta importante ocasion cuánto poder tenia en los corazones, no solo la opinion de su eminente virtud, sino su admirable ingenio, su elocuencia, su espíritu varonil, su comprension y su extraordinaria capacidad.

Habia resuelto el Papa enviarla por diputada y como legada suya á la reyna de Nápoles y de Sicilia; Catalina llena de fe, de caridad, de zelo y de valor, estaba determinada ya á emprender todo por la mayor gloria de Dios, cuando se sintió acometida de una grave enfermedad. Cuatro meses estuvo padeciendo dolores tan vivos y tan extraordinarios, que nadie dudaba era aquella enfermedad tan sobrenatural, como se consideraba su vida milagrosa; y mostró una paciencia tan heróica en todos éllos, que por ningun otro lado se acreditó su espíritu de tan grande como por éste; siendo cierto que las aflicciones y trabajos en que Dios la exercitó casi sin intermision por todo el tiempo de su vida, la hicieron mucho mas admirable que las brillantes y ruidosas acciones que tanto se admiran en élla. Fue su preciosa muerte parecida

en todo á su santa vida: suspiros, éxtasis, arrobos, incendios del amor divino fueron toda su agonía. Desgastada al rigor de sus incomprensibles penitencias, consumida de trabajos, colmada de gracias y merecimientos, espiró en Roma el dia 29 de abril del año de 1380, á los 33 de su edad, dexando, no solo á sus hermanas, de quienes fue superiora, sino á todos los fieles, admirables exemplos de todas las virtudes; pero singularmente de lo que puede la omnipotente fuerza de la divina gràcia.

Estuvo algunos dias expuesto el sagrado cuerpo á la veneracion pública, y despues fue enterrado solemnemente en la iglesia de la Minerva, donde presto confirmó el Señor con nuevos milagros la opinion de su santidad que habia merecido en vida. El año 1461 fue canonizada por el papa Pio II. con toda la solemnidad y pompa que correspondia á la singular veneracion y confianza que siempre han colocado todos los pueblos y naciones en esta insigne Santa.

Adórase en Sena su cráneo, y en el convento de los dominicos de san Sixto de Roma una mano entera, como tambien un pie entero en Venecia en el convento de las monjas dominicas.

Es cierto que muchos tiempos antes de santa Catalina de Sena florecia ya en todo el orbe cristiano la tercera órden de penitencia del patriarca santo Domingo, por la exemplar vida de innumerables personas piadosas, que sin dexar el mundo ni encerrarse en la clausura del claustro acreditaba visiblemente que se podia vivir en el siglo, y vivir practicando los ápices de la perfeccion cristiana, por la observancia de la regla que dexó instituida el santo Patriarca. Pero no se puede dudar que la eminente reputacion de nuestra Santa añadió un grande y brillante esplendor á esta congregacion, la que continúa en edificar al mundo con las grandes virtudes que practican los que tienen la dicha de alistarse en élla. Suelen en algunas partes llamar monjas de santa Catina á todas las religiosas dominicas, cuyo sagrado órden es uno de los mas célebres que se veneran en la universal Iglesia, y es mucho mas distinguido por el resplandor de las virtudes en que se exercitan las que le profesan, por la nobleza y

prendas naturales que las adornan; notándose en todo él una observancia constante, una virtud humilde, exemplar y nada afectada, un grande espíritu de union, y una como innata aversion á todo lo que suena á novedad perniciosa.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion la siguiente.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beatæ Catharinæ virginis tuæ natalitia colimus, et annua solemnitate lætemur, et tantæ virtutis proficiamus exemplo: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que pues celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurada vírgen Catalina, nos alegremos santamente con su anual solemnidad, y nos aprovechemos del exemplo de su eminente virtud: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 10. *y* 11. *de la segunda de san Pablo á los corintios, y la misma que el dia XVII, fólio* 349.

NOTA.

»Empleó san Pablo cinco ó seis meses en la visita de »las iglesias de Macedonia, donde tuvo mucho que pa»decer; pero le consoló Dios con la venida de Tito y con »las alegres noticias que éste le dió del florido estado en »que dexaba á la iglesia de Corinto, cuyos cristianos se »habian ya separado del incestuoso. Volvió á despachar á »Tito á dicha iglesia, y por él la escribió esta segunda »epístola, en la cual perdona al que habia excomulgado »en la primera, dando en élla saludables consejos á los »corintios, singularmente acerca de la virginidad.

REFLEXIONES.

¿Hay por ventura título mas tierno, mas glorioso ni mas respetable entre todos aquellos con que la bondad de Dios honra á las almas que el título de esposa de Jesucristo? Pues éste es el título y el privilegio de las vírgenes; éllas siguen al Cordero inmaculado á cualquiera parte adonde vaya; éllas llevan escrito en la frente su nombre

y el nombre de su padre, para que se entienda que son suyas, y le pertenecen á él por un título muy especial; éllas cantan en el cielo delante del mismo trono un cántico nuevo que nadie puede cantar sino las almas privilegiadas que nunca mancharon su pureza. Pero no solamente en el cielo logra la virginidad aureolas y privilegios; aun en la tierra aquellas gracias de particular distincion, aquellos singularísimos favores, aquellos dones extraordinarios que pueden dispensarse en esta vida, estan particularmente destinados para las vírgenes. Y aunque es así que Dios es liberal con las almas fieles en todos estados, las vírgenes parece que adquieren no sé qué particular derecho á su mas íntima comunicacion, y confianza á aquellas grandes gracias en que se suele explicar mas su bizarría.

Dabitur enim illi fidei donum electum (*Sap.* 3.). Dichosas, dice el Sábio, aquellas almas puras y sin mancha, que no permitieron se manchase, ni aun se ajase jamás la flor de su pureza, porque éllas gozarán de una fe viva, activa y laboriosa. Ningun pecado debilita tanto la fe como el de la impureza.

Herencia ordinaria es de las vírgenes un don de oracion y de contemplacion muy extraordinario. La carne embrutece el espíritu, y la vista de Dios solo se promete á los corazones puros. Extráñase y aun se admira la obscuridad y la sequedad que se experimenta en la oracion, sin advertir que la serenidad y el rocío pide calma. En las tierras húmedas y pantanosas siempre reynan nieblas; ni el cielo se descubre nunca sereno sino cuando sopla el ayre puro.

Experiméntase una fe lánguida y amortiguada, créese con desmayo, y tal vez insensiblemente se duda de algunos artículos. ¿Qué mucho? ¿son acaso muy puras las costumbres? ¿está limpio el corazon? ¿ese cuerpo es templo de Dios vivo? Pues desengañémonos, que la fe se alienta de la pureza. Como la virginidad nos arrima tanto al estado de los ángeles, tambien nos pone á cubierto de las tempestades que son tan frecuentes en el mundo. Manda Dios á Moyses que pase á cuchillo á los madianitas; pero le ordena que perdone á las doncellas. Es misterio escondido á muchos las excelencias y los privilegios que go-

za la virginidad. Él es don de Dios; pero con este solo don, ¿cuántas dificultades se allanan? ¿cuántas pasiones se vencen? ¿cuántos monstruos se doman?

El que no tiene muger, dice san Pablo, *atiende á las cosas que son del Señor, y cuida de agradar á Dios; pero el que la tiene atiende á las cosas que son del mundo, y á los medios de agradar á su muger, con lo que se hace preciso que su corazon esté repartido. De la misma manera; una muger que no está casada, una doncella, una vírgen solo atiende á las cosas que son del Señor, para ser santa de cuerpo y de espíritu; pero al contrario, la que está casada piensa en las cosas que tocan al mundo, y en los medios de agradar á su marido.* Si se penetrara bien el alma y el sentido de un razonamiento tan justo como verdadero, ¿qué efecto no produciria? ¿y qué gracias no estimarian dando á Dios contínuamente aquellas almas privilegiadas á quienes ha favorecido con tan excelente don, aquellas personas religiosas á quienes parece que el mismo Señor ha separado de los demas para sí solo? ¿qué alto concepto formarian de la elevacion de su estado? ¿con qué cuidado, con qué vigilancia conservarian esta preciosísima flor? ¿ni qué condicion tendrian por mas dichosa, por mas respetable aun al mismo mundo que la suya?

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo, y el mismo que el dia XVII, fólio 351.

MEDITACION.

De la suprema desdicha del hombre.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado, ser arrojado de la presencia de Dios con aquel *nescio vos*, no os conozco. Su mayor felicidad es la posesion de Dios; ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego su mayor desgracia es perderle para siempre.

El hombre fue únicamente criado para Dios: este es nuestro fin, esta nuestra satisfaccion, este nuestro centro,

sobre lo cual no hay mas que consultar á nuestro corazon. Despues de mas de seis mil años que todos los hombres trabajan en hacerse felices, ninguno ha encontrado hasta ahora satisfaccion llena y perfecta que fixase todos sus deseos: aún queda en el corazon humano un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados, y es que el hombre no se hizo para éllos. Es preciso que eleve á Dios todas sus ánsias, y desde el mismo punto que toma este partido experimenta en su corazon una paz, un consuelo, una dulzura que no pudo encontrar en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida, ¿qué será en el cielo por toda la eternidad? Allí cuando Dios se comunica amorosamente al alma; allí cuando Dios se entrega todo á élla sin reserva; allí cuando el alma entra, se engolfa, se anega, y por decirlo así, se pierde en la felicidad del Señor. Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha. Pero concibe tambien por esto mismo qué desdicha es perder á Dios, ser aborrecido, ser reprobado de Dios, ser objeto funesto de su ódio y de su cólera: *nescio vos.*

Aunque hubieras sido el mas grande, el mas poderoso monarca del universo, aunque hubieras sido el hombre mas rico, el mas dichoso que han conocido los siglos, si en el punto que espiras oyes de la boca de Dios *nescio vos*, no te conozco; no sé quién eres, ni lo sabré, ni te conoceré jamás; siempre te mirarán mis ojos con horror, siempre serás abominable á mi corazon, siempre serás objeto de mi mas viva indignacion, *nescio vos*: ¿qué comenzarás á ser desde entonces, y qué serás por toda la eternidad?

Caer en la desgracia de un padre, de un protector poderoso de quien pendia toda nuestra fortuna; perder un amigo que era todo nuestro consuelo, es sin duda situacion triste y melancólica. Perder un pleyto que arrastra tras de sí la ruina de toda la casa; incurrir en la desgracia del príncipe, y consiguientemente en la pérdida de la honra, de los bienes, de los empleos y de la patria, parece que se debiera preferir la muerte á esta cadena de infortunios; pero en buena fe, ¿qué es todo esto comparado con la condenacion eterna? ¿qué decretos de príncipes, qué sentencias de magistrados, qué pú-

blicos pregones pueden cotejarse con aquel *nescio vos*, de un Dios justísimamente irritado? ¿qué rayo que mas espante, que mas aniquile, que mas desespere que aquellas tristes palabras?

Haced, Señor, que yo comprenda todo el rigor, todo el sentido de éllas; y haced tambien que trague en esta vida toda su amargura, para no oirlas jamas de vuestra boca por toda la eternidad: *Confige timore tuo carnes meas, á judiciis enim tuis timui* (Salm. 118.). Penetrad todo mi cuerpo de vuestro santo temor, para que este santo estremecimiento me libre de vuestros terribles juicios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en este mundo desgracia que no tenga recurso, infortunio que carezca de esperanza, ni trabajo que no pueda tener algun alivio; pero busca algo de esto en el sentido de aquellas terribles palabras, *nescio vos*, no te conozco.

Si un tratado, si una importante negociacion se desbarata, si el comercio no sale como se piensa, si se perdió el tiempo y el dinero en una empresa considerable, si se frustraron las esperanzas de una rica herencia, si se perdió un pleyto en que se atravesaban los mayores intereses, si por una clara, fea y torpe injusticia se halla uno despojado de todos sus bienes, cuando no haya otro recurso en esta vida, hay por lo menos el de que todo se ha de acabar presto con élla, y el pensamiento de la muerte consuela; pero cuando se incurrió en la desgracia eterna de Dios; cuando se nos acabaron ya los amigos y los intercesores con su Magestad; cuando se cerró para nosotros el manantial de las misericordias; cuando se acabó ya el tiempo de toda gracia; cuando ya no hay tiempo; cuando la espantosa eternidad sucedió á este puñado de dias que se perdieron; cuando se oye que Dios nos dice en el furor de su cólera, *no te conozco*, *no sé quién eres*; cuando ya desde aquel punto no se hace caso, ni de los trabajos que padecimos, ni de los servicios que hicimos; cuando ya no hay que esperar compasion, no hay que esperar misericordia, ¿qué recurso tendrémos? Llorarémos, gemirémos, nos lamentarémos, cla-

marémos, pero en vano; porque *Amen dico vobis, nescio vos*. Hubiérais hecho la provision á tiempo; hubiérais velado sin dormitar, ni estar ociosos; hubiérais trabajado en vuestra salvacion mientras era de dia: os cogió la noche, os cogió la muerte, y ya nada se puede hacer.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años solo se te habia concedido para disponerte á recibir al divino Esposo; la incertidumbre de la hora en que habia de llegar pedia una contínua vigilancia. No te basta ser vírgen: era menester aplicarte á cumplir con tu obligacion: tampoco bastaba tener las lámparas encendidas; era necesario tener provision de aceyte. Te dormiste, vino el Esposo: advertiste que se apagaban las lámparas y que faltaba el aceyte: quisiste acudir por él, pero ya era tarde. Un desmayo, un accidente hacen clamar por un confesor, pedir los sacramentos, acudir á la penitencia; pero en medio de estas priesas, de esta turbacion, de estos sobresaltos y congojas llega el Juez. Clámase por tiempo para prevenirse; ¿pero ignorábase por ventura, que ya se debia vivir prevenido para cuando el Señor llamase? Ciérranse con la vida las puertas de la misericordia: llámase á éllas, pero el Señor responde adentro: *nescio vos*, no os conozco, ya no es tiempo. Dióse ya principio á la desdichada eternidad: y el mortal arrepentimiento, la desesperacion, la rabia, los tormentos que comenzaron, ya no tendrán fin.

¡Ah Señor! ¿qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿y qué equivalente podrá encontrar por esta alma querida? Asombro es ver á personas de buen juicio, de mucha capacidad ocuparse en los negocios del mundo los dias, los meses, los años enteros; separarse para esto de lo que mas aman; privarse de todo gusto; cargar con la mortificacion de estar siempre metidos en las dependencias mas enfadosas; y salir del mundo, sin haber pensado jamás sériamente á qué vinieron á él, ni adónde han de ir á parar cuando lo dexen. ¡Mi Dios, qué prudentes, qué discretos fueron los santos en pensar en esto toda la vida! No permitais, Señor, que estas reflexîones que acabo de hacer, sirvan solo para mi mayor condenacion y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS.

Ne projicias me à facie tua. Salm. 50.
Señor, no me arrojeis de vuestra divina presencia.

Quò ibo à spiritu tuo, et quò à facie tua fugiam? Salm. 138.
¿Adónde iré, Señor, si vos no me quereis reconocer por vuestro hijo? adónde me esconderé, si no me quereis sufrir en vuestra divina presencia.

PROPOSITOS.

1 La suprema desdicha del hombre en esta vida es vivir en pecado, y en la ótra es morir en él. La pérdida de los bienes y de la salud, los contratiempos mas molestos, las adversidades, las persecuciones, las desgracias, ¿qué vienen á ser todos estos aparentes infortunios en el sentido mas natural? En suma, no suelen ser mas que vivir uno con alguna menos conveniencia; baxar algunos grados mas respecto de aquellos que estaban al mismo nivel con nosotros; tener un protector, algunos amigos menos, ocupar el último lugar en la aprension de los hombres; y á lo mas verse uno despojado de lo que fomentaba la ambicion y nutria la concupiscencia, irritando las pasiones; pero verse despojado algunos dias ántes de todo aquello de que pocos dias despues nos habia de despojar necesariamente la muerte. Mas estar en pecado, es ser objeto de horror á todo el cielo, vivir en desgracia de Dios, merecer todos los tormentos eternos; y morir en pecado, es ser objeto de horror y de infamia, es ser un insigne facineroso, víctima triste de las llamas abrasadoras por toda una ternidad. Ni tengas horror á otra cosa que al pecado, ni temas sin cesar á ótra que á la de morir en pecado. Todas las demas que se llaman aflicciones, desgracias, adversidades, miserias, todas tienen recurso; pero no hay consuelo, no hay alivio, no hay remedio contra la muerte en pecado. Procura que este horror y este temor, no solo te hagan familiares, sino como naturales; inspírale á tus hijos y á tus criados, repitiéndoles contínuamente aquellas palabras del Salvador: *Quasi à*

facie colubri fuge peccatum: huid del pecado, como de una venenosa serpiente: porque si os arrimais á élla, os asirá, y os morderá: *Dentes leonis dentes ejus*; son sus dientes como dientes de leon, que despedazan las almas: *Quasi romphæa bis acuta omnis iniquitas*: todo pecado es como una espada cortadora de dos filos: *Plagæ illius non est sanitas*: La herida que abre no tiene cura. Ten cuidado de que se pasen pocos dias sin repetir esta leccion á los que están á tu cargo, y tambien sin repetírtela á ti mismo.

2 De hoy en adelante guárdate mucho de abandonarte á excesos de tristeza y desolacion cuando te suceda algun trabajo. Quitóte Dios lo que voluntariamente te habia dado, ó no te concedió lo que no te debia, y quizá sería pernicioso para ti. ¿Pues por qué son esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te han hecho en negarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres á las honras, á los empleos, á los bienes temporales que pretenden? No te aflijas, pues, sino por el pecado; y cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que no es pecado. Por molesto, por trabajoso que sea lo que te sucediere, pregúntate á ti mismo con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* Alma mia, ¿por qué estás triste? ¿por qué te afliges, y me turbas? La pérdida de este pleyto no es pérdida de la gracia; este infortunio no es pecado; por esta desgracia no he perdido la amistad de Dios. ¿Pues *quare tristis es?* ¿Por qué he de afligirme, ni desconsolarme por un accidente que al cabo no es algun mal? No pocas veces puede mas la tristeza que las máxîmas de la religion; pero á pocas reflexîones cristianas que se hagan, se disipa la tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; el colmo de todos los males, el mayor y mas terrible es morir en pecado. Sea esta verdad la materia mas comun de nuestra meditacion.

FIN DEL MES DE ABRIL.

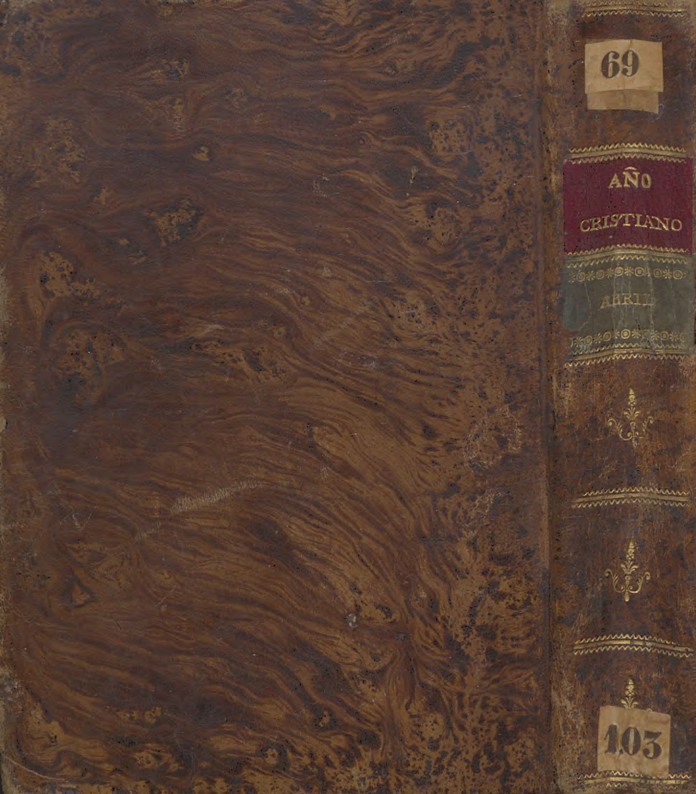
TABLA

De los títulos que se contienen en este tomo cuarto.

FIN DE LA TABLA.




1 069(257)/103
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BUS
600154329
1 23916394


69
AÑO
CRISTIANO
ABRIL
103


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm